1° de enero de 1944

Hoy mi único goce ha sido la contemplación del santo Rostro de Jesús.

Puede que mi Jesús considere que ya habló bastante a través del dictado que inició el 31 de diciembre de 1943 y terminó a las 2:30 de la madrugada del 1° de enero, tras una interrupción de algunas horas debido a los motivos exteriores que Ud. bien conoce y que son mi tormento, pues mi deseo sería poder ocuparme solamente de Él, es cucharle solamente a Él. Puede que lo haya querido así también porque la pobre María hoy boquea como un lucio fuera del agua y entre las 15 y las 21 sin dudas ha estado muy mal, con su jadeo y unas palpitaciones impresionantes de verdad, que me han sumido en el sopor antes de lo acostumbrado y tan rápidamente que no me he quitado las almohadas, de modo que estoy hecha un único dolor.

Pero soy feliz porque Le he visto. Sobre todo he visto sus ojos benditos. Me he sumergido en ese vivo magnético zafiro y he resurgido en plena beatitud. Y, tras estas pocas palabras, me ensimismo en esa beatitud para que ella me acompañe por toda la noche.

2 de enero de 1944

8 de la mañana.

Por ahora sigue la contemplación.

Me ha sido concedido ver a Jesús y a Juan. El Uno junto al otro; Él tenía el brazo derecho sobre el hombro de Juan, que es mucho más bajo y robusto que Jesús. ¡Pero es tan bello!

No lleva barba ni bigote o, por lo menos, tiene sólo una leve pelusa rubia sobre el labio superior, que se pierde en la tez rosada de su rostro. Es rubio, pero de un color más claro que el de Jesús; es un rubio casi castaño, no el rubio cobrizo de Cristo.

También él tiene los ojos azules. Es un límpido azul, más oscuro que el de María, pero no tanto como el de Jesús, ni tan reluciente. Son ojos de niño puro, manso y amoroso. Ojos que dan sosiego a quien los mira.

Sus labios sonríen con la sonrisa serena de la criatura joven y feliz, naturalmente porque está junto al Maestro. No es la sonrisa extasiada de María ni la de Cristo, llena de dignidad y de una gravedad que es casi tristeza. Es una sonrisa más humana que esas. ¡Pero es tan bella!

Tras haber observado muy bien, he notado una semejanza entre los rasgos de Jesús y los del discípulo, como si Jesús fuera un hermano mayor y tuviera, por lo tanto, rasgos más viriles, rasgos más refinados debido a una… ¿cómo podríamos llamarla?... cultura, profesión, elevación espiritual alcanzada plenamente.

Se me ocurrió pensar: "¿Eran algo parientes, acaso?" y cogí el Evangelio. Pero me mareé a fuerza de buscar y no entendí nada. Habla de Zebedeo y de Salomé ¿y lo demás?... Es verdad que en eso de reconstruir parentelas no valgo para nada pero, al hojear los 4 evangelios, tampoco encontré nada que lo explicara de modo verdaderamente adecuado, ni siquiera en las notas puestas a pie de página.

Vale. No importa. He visto a Jesús y al que es su predilecto y el mío, y eso me basta.

El mismo día, a las 23.

Dice Jesús:

"Y ahora que, por fin, puedes ser completamente mía, te hablo.

Caridad es soportar también a quienes molestan y no debes sustraerte a esa caridad ni ponerte nerviosa. Mira a tu Maestro. Yo te doy una gran lección de tolerancia. No quiero someterte a una fatiga doble hablándote mientras otros te hablan o alborotan a tu alrededor ni quiero que otros sepan que te guío; por eso espero, con una paciencia que no se cansa de ser tal, que puedas ser completamente para Mí. Ves con cuánta tranquilidad espero y con cuánta benevolencia vuelvo a hablarte cuando llega el momento. Aprende también

tú a hacer así, sin temor a perder nada, sin irritarte de ningún modo. No pierdes nada. Quédate tranquila. Adquirirás tan sólo el mérito de un acto virtuoso.

Esta noche te hablaré de los que elegí como apóstoles míos porque creyeron en el Precursor y Me siguieron. Y te hablaré también de la oveja descarriada de ese pequeño rebaño, del que se originó el rebaño inmenso que ahora está esparcido por la Tierra y que es el rebaño bautizado en mi Nombre.

Las semejanzas físicas no tienen importancia, María. Son casos fortuitos. Hay parientes que no se parecen físicamente tanto como se parecen dos personas que, en cambio, no lo son y viceversa. También hay atracciones físicas tales que dos personas que se asemejan se aman más que dos que son diversas, casi como si el uno contemplara en el otro a un segundo "yo", pero lo viera engalanado con esos ornamentos que sugiere el amor y que hacen perfecto para el amante el objeto de su amor. Pero eso no tiene importancia.

Hay que tener presente que Galilea no era basta y que los galileos no eran muchos, que se casaban casi siempre entre ellos y que por eso los rasgos somáticos se hallaban reproducidos en dos o tres prototipos que, por siglos, volvían a reflejarse en esos rostros. No sería errado decir que si se hubiera remontado a los orígenes en todas las pequeñas aldeas, se habrían encontrado dos o tres cepas familiares originarias, cuyos miembros se habían casado o vuelto a casar entre ellos y de este modo habían dado a toda la raza galilea un carácter físico acentuado.

Por eso no debe asombrar que Juan tuviera una semejanza física conmigo. Era un galileo rubio. Ese era un carácter más raro que del galileo moreno mas, de todos modos, existía. *Pero su semejanza era más acentuada aún en lo que se refiere al espíritu.*

Vino a Mí aún virgen, inocente; pudo asimilarse a Mí como ningún otro. Era una copia fiel del maestro. El amor le había llevado a coger no sólo mi pensamiento, sino hasta mi modo de hablar, de gesticular, de moverme. Y hasta le había hecho más semejante a Mí en el rostro, aunque este no es un fenómeno único entre seres que se aman a la perfección. Y Juan me amó con un amor perfecto. ¿Ves cómo se ilumina por la alegría de oírselo decir? Excepto la Bendita, nadie me amó como él, con un amor que no tuvo un instante de duda o de error. Y nadie, menos mi Madre y los niños que venían en busca de mi caricia, me ofreció el don de un corazón tan puro como el suyo.

Juan murió viejo, pero el acumularse de los lustros no ofuscó ese candor angélico que no conoció más llama que la del amor divino ni más caricia que la de mi Madre.

Era el más joven del grupo de apóstoles. Después de él, seguía por edad el Iscariote. Y dada su edad, habría podido ser también él como Juan. Pero no lo era. Y si ya no era virgen, tampoco se volvió casto tras haberme conocido. Era impuro. Y la impureza más que cualquier otra pasión, impide la obra de Dios en los corazones y favorece la de Satanás.

Tú conoces su rostro. Es el de que se apareció como el Seductor. Porque, en efecto, por su belleza se asemejaba al Bellísimo, que se había rebelado a Dios y que es el padre de todos los enemigos de Dios.

En las manos de Satanás, también la belleza es un arma y él no deja de imprimir su huella de seducción en quienes son sus instrumentos. De este modo los atrae hacia su abismo y puede morderles el corazón, inoculando en él el triple pecado. Por eso Judas albergaba en su corazón la concupiscencia del dinero, de la carne, del poder. Y por estas tres Némesis que le perseguían, y a las que no quiso oponerse ni vencer, se convirtió en deicida. Cuando Satanás quiere apoderarse de alguien, le ofrece a la mujer, para cuya conquista se necesitan dinero y prestigio. Cuando ya se ha apoderado de él, niega el dinero, el prestigio y la mujer, y otorga únicamente desesperación y muerte.

Juan era el sol del grupo de apóstoles; Judas, la tiniebla. Era hijo de la mentira. Mi Luz y mi Verdad no pudieron penetrar en él. Y si a pesar de su desconfianza, pude hacer que Nataniel se convenciera[1] y que Leví se convirtiera[2] –porque en el primero no había engaño ni en el segundo resistencia a la gracia- nada pude en Judas, pues su alma estaba poseída y Yo no podía penetrar en ella, porque él me impedía la entrada. *Me siguió en pos de una esperanza humana. Me traicionó en pos de la avidez humana*. Vendió a Cristo, le vendió a quienes habían de crucificarle; su alma la vendió a Satanás, que desde hacía años era su instigador, porque *Satanás no es como Dios que, para conquistarnos para Sí, da aunque no deis. Satanás pretende ciento por uno. Os pretende por la eternidad, a cambio de una hora de falaz triunfo*. Recordáoslo.

Soporté a esta serpiente en el *grupo para enseñar a los hombres a soportar y a insistir para lograr salvar*. Yo conocía todos los pensamientos de Judas. Y tenerle cerca fue como una pasión anticipada. Fue un tormento que vosotros no habéis contemplado, pero que no fue menos amargo que los otros. Así os he enseñado a soportar a las personas y las cosas molestas, pues ¿quién es más repulsivo del que traiciona?

La vida de Cristo os enseña aun en los detalles más insignificantes, María; y te lo enseño porque quiero que me conozcas y me imites también en las pequeñas cosas.

Te bendigo".

Durante todo el día he visto el colegio de los apóstoles y no veía la hora de que llegara la noche para que Jesús me lo explicara. Hoy ha sido para mí un día de… ejercitación de la paciencia. No he tenido nunca la posibilidad de escuchar a Jesús.

Ahora le cuento lo que he visto.

Juan ya ha sido descrito tan bien que no lo repito. Es el más joven de todos y, para mí, el más bello. Por la edad le sigue Judas Iscariote, en quien descubro el rostro de aquel sueño que hice hace ya tantos años y que le describí en mis notas personales. Es de una belleza que, si bien se le mira, repugna y atemoriza, porque se advierte que se trata de un ser malvado y falso. Tiene una belleza satánica.

Veo después al otro Judas, pariente de Jesús, a quien no se asemeja absolutamente porque es robusto y moreno y más bajo que él. Tendrá unos treinta años. La barba es oscura y cuadrada. Judas Iscariote, al igual que Juan, no lleva barba; sus cabellos son rizados y más cortos que los de Juan. Parecen cortados más o menos a la altura del cuello, siguiendo una circunferencia.

También Pedro lleva corto el cabello, pero ya es entrecano porque en medio de la cabellera oscura asoman hebras blancas. Parece tener más de 45 años. Es bajo y musculoso.

Luego hay un grupo de hombres de alrededor de 40 años, donde por cierto estarán Andrés, Tomás, Mateo y los dos Santiagos. Además hay dos muy ancianos, con la barba y el cabello más bien blancos que oscuros. No sé por qué, pero se me antoja que son Felipe y Bartolomé. Pero el Maestro no me lo explica y sigo con la mirada concentrada en Juan, Pedro, Judas Iscariote y Judas Tadeo, cuya única semejanza con Cristo son los ojos azul oscuro, pero son el resplandor de los de Jesús.

Y me acuesto llevando esta visión en mi corazón. Mañana le descubriré la alegría a Paola[3], debida a un sueño, y también la mía porque yo misma provoqué ese sueño al rogar a la "Madre de los huérfanos" que fuera hacia Paola.

---

[1] Juan 1, 45-51

[2] Mateo 9,9; Marcos 2, 13-14; Lucas 5, 27-28

[3] Hija de Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora. En este volumen se nombrará a menudo.

3 de enero de 1944

Dice Jesús:

"Yo soy el buen Samaritano[1]. Sólo Yo tengo piedad de vuestras heridas y me inclino sobre vosotros para derramar, sin repugnancias ni desfallecimientos, el óleo y el vino extraídos del amor.

A cambio de todo el vinagre y la hiel que me dais, ¡oh hombres que me ofendéis en mi índole y en mi doctrina!, Yo os doy el vino de mi Sangre extraído de las venas como del racimo que se exprime en la pisadora; la sangre extraída no tanto por obra de quienes me crucificaron sino por el amor que os profeso y que me entregó en las manos de quienes me crucificaron. Y os doy el óleo de mi Misericordia, que fluye del corazón, lacerado aun después de la muerte para que no quedara exento de ofensa mi cadáver ni se conservara una gota de mi Sangre para Mí.

Satanás, el ladrón, os asalta y os hiere, y luego os abandona. El mundo os mira y os escarnece, aunque no se alía con Satanás para heriros. Solamente Yo vengo y me apiado de vuestro estado.

No rechacéis al Amigo que quiere salvaros. Dejad que Él os cuide. Venid a quien os ama".

[1] Lucas 10,29-37

4 de enero de 1944

Daniel 2, 27

Dice Jesús:

"Inspirado por Dios, Daniel enuncia una verdad ya demasiado desatendida.

Pueden conocer, del modo y con la amplitud que Dios desea, el misterio del fruto y el misterio aún mayor del más allá sólo aquellos seres a quienes Dios quiere darlos a conocer. Y quiere hacerlo directamente, sin intermediarios, sin marcos, sin oropeles, sin ayudantes.

No hay restricciones para el Espíritu, ni obstáculos, ni límites, ni flaquezas, ni requerimientos. Es potente, libre, inmediato. Arrastra consigo luz e inteligencia. Si están arrebatados por el Espíritu de Dios, aun el ignorante y el tonto se convierten en eruditos conocedores no ya de la pobre ciencia humana sino de la sublime Ciencia de Dios.

He dicho: "Te agradezco, oh Padre, porque has ocultado estas cosas a los doctos y las has revelado a los humildes"[1] Y al decir "Padre" decía también "Espíritu", pues el Padre es Uno con el Espíritu y Yo con Ellos; y por eso quien bendice a Uno les bendice a los Tres, quien es amado por Uno está estrechado por los Tres, porque no hay tres Dioses, sino un solo Dios de naturaleza trina y única unidad.

Grande es el Padre, grande el Hijo y grande el Espíritu. Es potente del Padre, potente el Hijo y potente el Espíritu. Es santo el Padre, santo el Hijo y santo el Espíritu. Y los tres son en igual medida.

Viene el Padre en su unidad que nos engendra. Viene el Hijo que, por su origen, nos salva. Viene el Espíritu con su septiforme llama que santifica. Vienen amándose y amando y así transforman al humilde, al mísero, en un ojo que penetra en el misterio de Dios, en una boca que pronuncia las palabras de Dios.

No son besados por Dios los que entre los hombres, sumergidos en el error, tienen fama de magos y adivinos. No lo son quienes intentan simular en ellos la presencia de Dios con manifestaciones histriónicas para encantar a los crédulos, carentes de una auténtica fe. No lo son quienes convierten en lucro su satanismo. ¡Malditos sean todos ellos! ¡Y que lo sean cada vez más!

Son besados por Dios los que viven la vida casta, de mortificaciones, de amor del siervo de Dios; los que rehuyen las alabanzas y odian la popularidad; los que, perdidos en el torbellino de la luz que es Dios, con el corazón pletórico de fe y el espíritu de caridad, se apoyan en Mí como místicas bocas y de Mí absorben la Verdad y el Conocimiento. Como no son violentos ni prepotentes ni comercian con el misterio, acogen lo que les doy con simplicidad, con amor, con honradez. Como no son profanadores, no tendrían nunca la osadía de suscitar de modo alguno las circunstancias aptas para crear la atmósfera que Yo no necesito –pues, os lo repito, no me precisan climas ni atmósferas- pero que es menester a su satanismo para recibir las exhalaciones del Maligno.

Los que imitan a Dios y a sus santos o, peor aún, los que parodian a Dios y a sus santos –pues de ellos ofrecen una representación sacrílega- son hijos, súbditos, ministros de Satanás, son sus títeres. Sus labios no pronuncian una sola verdad, su corazón no alberga una sola luz. La Mentira los arrastra –y arrastra también a los que creen en ellos- al fondo del abismo que han pretendido. Y no puede ser de otra manera porque ni siquiera el Astuto puede conocer totalmente el pensamiento de Dios y porque él tampoco expresa la parte que conoce, ya que es la Serpiente que canta canciones engañadoras para destruir lo que sus celos consideran aún como una posible morada para el Señor.

¿Por qué creer en esas larvas, vaho de la satánica boca, que se os muestran para simular *lo que sólo Dios puede enviaros para constituir vuestra guía espiritual?* ¿No pensáis que si es verdad que Dios puede acoger vuestro deseo de sentirle como Padre amoroso, aun más de lo que la mayor parte de los hombres desea, es también verdad que nadie *–e insisto: nadie- ni siquiera un santo, puede imponérsele a Dios y decirle: "Ven. Te lo ordeno"?*

Yo vengo cuando, donde y como quiero, en el tiempo y el lugar que quiero. Os hablo cuando deseo. Y entre la sincera simplicidad, que es mi signo, y la sencilla humildad, que es el signo de mis siervos, por una parte y la engañosa coreografía y la ávida soberbia de los falsos poseedores de la verdad por la otra, hay una diferencia mayor que entre el sol y la noche sin estrellas y un abismo más vasto que entre una orilla y la otra de los océanos que, en ciertas zonas, tienen una magnitud que os es imposible concebir. De esta parte está Dios y su Verdad. De aquella, Satanás y su Error. De esta parte está mi mano tendida para bendecir a las humildes flores que acogen mi luz bendiciéndome y juzgándose indignas de merecerla. De aquella, está mi mano tendida para maldecir, porque se trata de las venenosas flores de un pútrido estanque, ceñidas por serpientes que emanan su ponzoña enteramente mortal.

En cuanto a ti, te digo: "Esta es mi palabra. Acógela para estar en paz".

Las tres cruces son el símbolo de las tres víctimas de esta ciudad. *Una soporta ya el fruto maduro que ha de desprenderse del árbol santo para ser depositado en la ciudad de Dios*. Para ella ha llegado la paz y, como Cristo tras el martirio, la bajan de la cruz para ser semilla de una vida bienaventurada. Saluda a tu alma gemela.

Las restantes cruces son de otras dos víctimas. Una es la tuya. Todavía está erguida hacia el cielo porque tu misión debe durar aún. El monte es árido y es triste su triple corona. Pero observa qué cerca está el Cielo y cuánto cielo hay en derredor. Observa qué lejos está el mundo. ¡Oh, queridas víctimas mías, estáis ya entre el altar y el cielo, y los ángeles ya están en torno a vosotras para recibir vuestro espíritu cuando hayáis consumido el último dolor!

Cada vez más cerca te llegará la visión, porque tengo el ardiente deseo de hacerte vivir mi Pasión. Pero no temas. La Cruz te depondrá tras la prueba, como un ramo que se curva suavemente, así como ha depuesto a tu hermana, y el Cielo se abrirá para ti.

Ve en paz".

[1] Mateo 11, 25-27; Lucas 10, 21-22

5 de enero de 1944

Dice Jesús:

"Lo que has visto ha sido el beato tránsito de mi Madre. Estás tan exhausta y angustiada que mi amor siente la necesidad de derramar sobre ti la dulzura de las visiones. ¿Y qué visión más reconfortante que ésta para ti, que has de morir?

No siempre la muerte de las víctimas es plácida como en el anochecer de María. Entre vosotras hay quien permanece en la cruz hasta el último aliento. Pero aun en este caso, junto con el dolor, también el éxtasis os acompaña hacia la paz del cielo, Cuando cae vuestra noche, ya está agotado el dolor y de los Cielos se derrama sobre vosotras la paz, que no está allí esperándoos sino que se lanza a vuestro encuentro para cubriros con su bálsamo, tras tanto martirio.

¡Oh vosotras, las que os inmoláis, no tengáis temor! Tan sólo Yo, El que expió por el mundo entero, no conocí el consuelo al morir. Y porque conocí esa amargura tengo piedad y abro las puertas del Cielo a mis pequeños cristos para inundarles de luz y de gozo, en el momento extremo. No, no morís lo que habéis elegido la cruz. *Dejáis el dolor para entrar en el gozo. Y como el gozo del hijo de Dios es poseer a Dios, ese gozo os es dado, ya antes de la muerte, a través del conocimiento de Dios, pues le ven vuestros ojos aún antes de dejar de ver los horrores de la tierra.*

Tened fe en Mí. Hasta los ángeles envidian la muerte de mis discípulos.

Ya mi Madre te dijo[1] que al final de sus días terrenos, el amor fue aumentando en Ella como el río que desborda por la crecida o el incendio que se propaga con su máxima violencia.

[1] Probablemente el 18 de diciembre de 1943 en los cuadernos. 1943."

La vida de María ha sido siempre el vivir en el Señor. Los hechos y los menesteres de la vida no eran un obstáculo para su unión con Dios. Para Ella, vivir había sido orar, orar había sido contemplar. Sus horas de plegaria eran abismos de adoración, de caridad; eran perlas de inestimable belleza en el gran tesoro de sus días. El ardor, que consumía los días de los demás, era para Ella aumento de vida; descansar no era dormir sino ensimismarse en Dios en el silencio de las noches y amarle, amarle con el espíritu extasiado mientras la carne, que el alma había abandonado, yacía a la espera del regreso del espíritu regocijado y vigorizado por el abrazo con su Dios. El alimento de las flores es el rocío. El alimento de María era el rocío del amor. Y con él se nutría como néctar divino.

Cuando llegó su última noche, tal como un lirio exhausto que se dobla bajo las estrellas y cierra su cándido ojo, María se tendió sobre su lecho y cerró los ojos al mundo para abstraerse en una postrera contemplación terrenal de su Dios.

Velando su reposo, el ángel de María aguardaba con ansias que el apremio del éxtasis separara para siempre su espíritu de la Tierra, mientras descendía del Cielo la afable orden de Dios: "Ven, oh Tú, que eres toda Bella". Y la luz angélica resplandecía aún más en su goce sublime y llamaba desde el Cielo a otras cohortes de luz para cantar loas a la Vencedora, que iba ascendiendo hacia su triunfo.

Velando su reposo, también el ángel-Juan se inclina sobre la Madre que le dejaba solo. Y cuando se apagó su llama. La veló aún, para que no la rozaran miradas profanas y siguiera siendo así, hasta después de la muerte, a la Criatura de Dios nunca alcanzada, que dormía envuelta en su belleza y placidez. Juan, a quien la virginidad había otorgado el don de presenciar los deseos de María, así como el amor le había permitido comprenderme como nadie lo hiciera jamás, no consintió arbitrariedades para con la Bendita, cuya muerte había sido como el palidecer de una flor hasta llegar a un candor aún más puro, el candor del lirio que brota en un alba de abril. Como Ella brotó en su alba del Cielo.

Vuestra leyenda dice que había flores en el sarcófago de María, vuelto a abrir por Tomás. El sepulcro de María no devoró su cuerpo. Nunca estuvo allí el cuerpo de María. María no Murió. Con su cuerpo se unió al espíritu que la había precedido. Invirtiendo las leyes usuales según las cuales el éxtasis termina cuando el espíritu regresa al cuerpo, el cuerpo de María volvió al espíritu tras haber yacido en el lecho fúnebre.

Para Dios es posible. Yo salí del sepulcro sin más ayuda que mi poder. María vino a Mí sin tener qué conocer la horrible podredumbre del sepulcro. Éste es uno de los milagros más luminosos de Dios.

No tenéis reliquias del cuerpo y de la tumba de María porque María no tuvo una tumba. Su cuerpo subió al Cielo. Y allí os espera mientras ruega a su Hijo por vosotros.

Le he contado que ayer por la noche vi el sueño de la Virgen. La vi toda blanca, compuesta, serena. Tenía las manos cruzadas sobre el pecho, la rodilla derecha apenas flexionada. Vi que se reclinaba sobre una especie de lecho y que cerraba los ojos como quien se adormece en medio de una gran paz.

Es imposible describir la gracia de sus gestos y de su aspecto. Es algo que sosiega y que conmueve.

6 de enero de 1944

1 Macabeos 3, 18. 19. 21.

Dice Jesús:

"Más y más veces he dicho y hoy en el día de la manifestación de Cristo[1] os lo digo una vez más, que cuando Dios está con vosotros todas las fuerzas de la tierra juntas son como humo que un viento impetuoso disipa.

La potencia no consiste en las armas ni en el número de los que van armados. La potencia reside en esa parte que Dios lleva consigo. Dios está donde hay una vida honrada, amor al Señor, justicia.

[1] Mateo 2, 1-12.

En vano esperar que Dios esté donde las culpas van más allá del límite que mi Misericordia admite, porque se acuerda de haber sido Hombre, de haber soportado los ataques del Enemigo y de haberlos vencido porque era uno con la voluntad del Padre, esa voluntad que no quiere que el hombre se pierda, que quiere verle vencer para salvarse. Dios no está donde la prepotencia permite el abuso y la arbitrariedad. Dios no está donde no existe el amor hacia Él, y no hay amor donde se vive una vida culpable y no se practica la caridad hacia el prójimo.

No mintáis asegurando: "Amo a Dios, pero no puedo amar a mi prójimo porque ha hecho esto o aquello contra mí". No es así. Es que no amáis.

Si os hubierais nutrido de caridad hasta el punto de convertirla en vuestra misma carne, en vuestra misma sangre, no podríais distinguir y separar, y pasaríais sin discontinuidad del excelso amor a Dios al santo amor a vuestro prójimo. Si en vosotros viviera la Caridad, cubriría como un manto divino las miserias de vuestros hermanos y os los haría ver como copias menores de Dios, de quien son hijos tanto como vosotros. Si la Caridad fuera vuestra misma vida, seríais felices al amar a quien no os ama, sabiendo que de ese modo alcanzaríais el amor perfecto, que no obra a la espera de la recompensa del beneficiado porque cree, con fe absoluta, que el Magnánimo registra vuestros afectos y los transforma en riquezas eternas, que vais a encontrar cuando estéis en el Reino.

Y Yo, ¿qué he hecho, qué hago por vosotros? ¿Amo a quien me ama? No, amo también, con doliente amor, a quien me ofende. Os amé antes de que existierais, aun sabiendo que me habríais ofendido y si bien es cierto que conservo predilecciones celestes para quienes me aman porque ellos son el consuelo de mi corazón, albergo una desbordante misericordia para con vosotros, los que me fustigáis y, cual fuente inagotable, derramo sobre vosotros la ola del amor para llamaros a Mí, para salvaros para Mí, para donaros ese goce que sólo en Mí podéis hallar, y espero penetrar en vosotros y mitigar vuestra dureza y haceros buenos, ¡oh, hijos que me habéis costado tanto y que no queréis creer en Mí!

No rechacéis mi mano que se tiende hacia vosotros; mi mano que conoció el dolor que causa ser herida, pero que sufre mucho más con vuestro rechazo que con la laceración. Leve habría sido la herida si hubiera sabido que con ella obtendría vuestra salvación. Caricias habrían sido las infinitas heridas y besos las espinas y un abrazo la cruz, si mi omnividente pensamiento hubiera sabido que con mi Sacrificio obtendría redención para todo el género humano. Ahora, mi mano se desploma agobiada por el peso de la misericordia que encierra y que no puede derramar.

Las plegarias de los santos me dan el oro; el holocausto de las víctimas, el incienso; pero la mirra, la mirra tan amarga, me la dais vosotros, los que no me amáis y que con vuestro desamor me hacéis beber otra vez el cáliz del Getsemaní y probar la esponja del Calvario. Son muy preciosos, por cierto, el oro y el incienso depositados a mis pies, que afanosos corrieron a la muerte por vosotros. Pero son poco, poco, demasiado poco comparados con los cúmulos de mirra que recubren la Tierra, desde lo alto de los cuales ríe Satanás burlándose de Mí, pues me cree vencido por la inutilidad del sacrificio.

Pero no estoy vencido. Los vencidos serán siempre y únicamente los siervos de Satanás. Los victoriosos por la eternidad seremos Yo y los que habré salvado y desde nuestra pacífica, fúlgida y eterna gloria veremos desaparecer en la Muerte eterna a los que mi Nombre, el Nombre santo y terrible, abatió.

Hijos que aún me amáis, no tengáis miedo. Yo soy el Salvador. Y vosotros, los que no me odiáis pero que, aun sin odiarme, no sabéis amar, sacudíos, venid a Mí. Os llamo en torno a mi signo. Venid. Creed. Purificaos, inflamaos, esperad. Abatid a vuestros enemigos espirituales y a vuestros enemigos materiales con la espada del amor".

7 de enero de 1944

Dice Jesús:

"¡Oh, hombre a quien quiero a pesar de tus errores, oveja descarriada por la que caminé y por la que vertí mi Sangre para enseñarte la senda de la Verdad!, lo que voy a dictar es para ti. Es una enseñanza para ti. Es una luz para ti. No rechaces mi don. No cometas el sacrilegio de pensar que hay otra palabra más justa que ésta. Ésta es la mía. Es mi voz, que es siempre la misma a través de los siglos, que no cambia, que no se

contradice, que no se renueva a lo largo de los siglos porque es perfecta y el progreso no la toca. Vosotros podéis renovaros. Yo, no; Yo soy como el primer día en mi doctrina y así es mi naturaleza desde siempre y para siempre. Yo soy la Palabra de Dios, la Sabiduría del Padre.

En mi verdadero y único Evangelio está escrito: "Yo soy el Dios de Abraham, el Dios de Isaac, el Dios de Jacob. No soy el Dios de los muertos; soy el Dios de los vivos"[1] Abraham vivió sólo una vez. Isaac vivió sólo una vez. Jacob vivió sólo una vez. Tú vivirás una sola vez, Yo, que soy Dios, me encarné una sola vez y no volveré a hacerlo, porque también Dios respeta el orden. *Y el orden de la vida humana es éste:*

Que a la carne se funda el espíritu para hacer que el hombre se asemeje a Dios, que no es carne sino espíritu, que no es animal sino sobrenatural.

Que cuando para la carne llega la noche y se eclipsa, caiga como un despojo, como una simple envoltura, en la nada de donde proviene y que el espíritu vuelva a su vida: una vida bienaventurada, si vivió de verdad; una vida maldita, si pereció porque permitió que le dominara la carne en lugar de hacer que Dios dominara su espíritu.

Que desde ese más allá, del que inútilmente queréis conocer los límites sin contentaros de creer en su existencia, el espíritu aguarde temblando de miedo o palpitando de regocijo que la carne resurja y le recubra en el día postrero de la Tierra para precipitar con ella en el abismo o para penetrar con ella en el Cielo, donde también la materia será glorificada, porque con ella habéis triunfado al convertirla de enemigo natural en aliada sobrenatural.

Mas, llegado el momento de mi excelsa reseña, ¿cómo podríais revestiros con una carne para ser condenados o glorificados con ella, si cada espíritu hubiera poseído muchas carnes? ¿Cuál habría elegido entre ellas?, ¿la primera o la última?

Si según vuestras teorías, la primera le permitió ascender a la segunda, era ya una carne merecedora del Cielo, aún más merecedora que las otras, pues la que más cuesta es la primera victoria. Luego cobra impulso la escalada. Mas, si en el Cielo han de entrar sólo los perfectos ¿cómo podrá entrar la primera? Sería injusto excluir la primera carne, como lo sería creer que se excluirá la última de esas carnes que vosotros, con abominable teoría, creéis que puedan cubrir en series ascendentes, vuestro espíritu, que se encarna y se desencarna para volverse a encarnar como si fuera una prenda que se quita de noche y se pone otra vez por la mañana.

¿Cómo podríais llamar a los beatos, si éstos ya estuvieran reencarnados? Y a vuestros difuntos, ¿cómo podríais considerarles vuestros; si en ese momento ya son hijos de otros?

No. El espíritu vive. Una vez creado, ya no se destruye. Vive en la Vida, si en la Tierra vivió la única vida que se os concede, como un hijo de Dios; vive en la Muerte si vivió su vida terrena como un hijo de Satanás. Lo que es de Dios, vuelve a Dios por la eternidad. Lo que es de Satanás, vuelve a Satanás por la eternidad.

No digas: "Esto está mal". Yo, que soy la Verdad, te digo que es un bien supremo. Aunque vivierais mil veces os convertiríais en títeres de Satanás y no siempre seríais capaces de salir vivos, aunque heridos, de tales situaciones. Dado que vivís sólo una vez y que sabéis que en esa vez se juega vuestro destino, si no sois malditos adoradores de la bestia, obrad al menos con la mínima voluntad que me basta para salvaros.

Quienes, en lugar de esa mínima parte, lo dan todo de sí y viven en mi Ley, son bienaventurados. El Dios de los vivos les mira desde el Cielo con infinito amor y todo el bien del que aún gozáis en la Tierra lo debéis a esos santos que a veces despreciáis, pero a quienes los Santos llaman "hermanos", a quienes los ángeles acarician y a quienes el Dios Uno y Trino bendice".

[1] Mateo 22,32

8 de enero de 1944

Dice Jesús:

<<Entre las muchas cosas que el mundo actual –henchido de orgullo y de incredulidad– niega están el poder y la presencia del demonio. Es lógico que el ateísmo que niega a Dios niegue también a Lucifer, aquel a quien Dios creó, el que se rebeló a Dios, el adversario de Dios, el Tentador, el Envidioso, el Astuto, el Incansable, el Simulador de Dios.

Ya os he dicho[1] que Satanás –transformado en demonio por haber cometido pecado de soberbia y tras haberse precipitado, desde el reino celeste que había osado atacar, al profundo abismo donde sólo hay tinieblas y horror– se ha obstinado en instaurar en esas profundidades una copia de la corte del Altísimo, con sus ministros y sus ángeles, sus súbditos y sus hijos, y se manifiesta simulando ser un espíritu de luz, cubriendo su aspecto y sus intenciones de Bajísimo con engañosos atavíos copiados de los del Altísimo para haceros errar.

Mas quienes de verdad viven con el espíritu vivificado por la Gracia, advierten su sonido falso y ven más allá de las apariencias y, por una intuición interior, reconocen al Seductor tras el aspecto larvado con que se muestra. Naturalmente, esto les sucede sólo a quienes están vivificados por la Gracia y protegidos por las triples virtudes con sacrosanta defensa. Los demás –no sólo los ateos que niegan, sino también los tibios que se adormecen, los indiferentes que no observan, los distraídos que no reflexionan, los imprudentes que van tras sus locuras– no pueden descubrir a Satanás tras la apariencia inocua, tras la apariencia hipócrita y, por tanto, se convierten en su fantoche.

¡Oh, hijos que perecéis porque negáis siempre, porque lo negáis todo!, no neguéis la existencia de Satanás. No se trata de patrañas de chismosas; no es una superstición medieval. Es autentica realidad.

Satanás existe. Y no se cansa nunca de obrar. En lo alto, Dios no se cansa nunca de hacer el bien. En las profundidades, Satanás no se cansa nunca de hacer el mal. La palabra del salmo no es una bella frase piadosa, así como no es una bella frase oratoria la palabra del Apóstol[2]. Satanás merodea a vuestro rededor como un león rugiente y obra en las tinieblas para llevaros consigo. Aunque, en vedad vuestra incredulidad, vuestra indiferencia, vuestro ateísmo le permitirán obrar abiertamente, en plena luz, pues vosotros mismos le abrís de para en par las puertas del alma y le decís a través de vuestros deseos desenfrenados: "Entra. Con tal de que en esta hora terrena yo pueda lograr lo que deseo, te hago dueño de mi yo". Si no fuera así, no podríais haber llegado a esa forma de vida que habéis alcanzado y que horroriza a Dios y a sus santos, a sus siervos y a sus hijos.

Mas acordaos de que Satanás, ya sea metafóricamente, artificialmente o realmente, cumple su acción solapada en las tinieblas. Os asedia con sus enredos y sutilezas de serpiente al acecho en un tupido matorral. Y porque sabe sois viles tanto en el mal como en el bien, aunque os vea ya muy alejados de Dios no osa aún presentarse ante vosotros cara a cara y deciros: "Aquí estoy. Sígueme". Son pocos todavía los audaces que entre vosotros osarían decirle en este encuentro manifiesto: *"Vengo". Sois hipócritas también en el mal y aunque anheléis su ayuda, no osáis confesarlo.*

Pero Satanás no necesita palabras. Su mirada, como la mía, os traspasa el corazón. Yo veo vuestro anhelo de satanismo; él ve lo mismo que veo Yo y obra.

Después de haber intentado destruir a Cristo con las tentaciones[3]; a la Iglesia deparándole épocas oscuras; el Cristianismo por medio de los cismas; la sociedad civil con las sectas, *ahora que está en vísperas de la manifestación preparatoria para la final, intenta destruir vuestras conciencias tras haber destruido vuestro pensamiento. Sí, es así, Lo ha destruido no como capacidad de pensar como hombres sino de pensar como hijos de Dios*. El racionalismo, la ciencia que se aparta de Dios, ha destruido vuestro pensamiento de índole divina y ahora pensáis como sólo el fango puede pensar: por tierra. En las cosas que ve, vuestro ojo no advierte a Dios, no advierte su sello. Para vosotros son solamente astros, montes, piedras, aguas, hierbas,

[1] El 19 de junio y el 22 de agosto de 1943 en los "cuadernos 1943".
[2] Salmo 109; 1Pedro 5,8
[3] Mateo 4, 1-11; Marcos 1, 12-13; Lucas 4, 1-13

animales. Para el creyente son obras de Dios y no necesita más para sumergirse en la contemplación y la alabanza del Creador ante los innumerables signos de su poder, que os circundan y embellecen vuestra existencia y son útiles para vuestra vida.

Ahora Satanás ataca las conciencias. Ofrece el antiguo fruto[4]: el placer, el ávido deseo de saber, la arrogante y sacrílega esperanza de llegar a ser dioses, a fuerza de morder en la carne y en la ciencia. Y así, el placer os convierte en fieras consumidas por la lujuria, repelentes, enfermas, condenadas tanto en ésta como en la otra vida a los morbos de la carne y a la muerte del espíritu. Y así, el ávido deseo de saber os entrega al Simulador pues, al intentar imponer a Dios vuestra voluntad de saber debido a la ilícita sed de conocer los misterios de Dios, hacéis de modo que Satanás os atrape con sus engaños.

Me causáis piedad. Me causáis horror. Siento piedad porque sois locos. Siento horror porque queréis serlo y os marcáis la carne del alma con el signo de la Bestia y rechazáis la Verdad para acoger la Mentira.

¿Pensáis que Satanás os sirve? No. *Es mucho más fácil que Dios os conceda lo que pedís, si es lícito, que no que os lo conceda Satanás. Satanás se hace servir. Y os aseguro que por una hora os exige toda la vida; por una victoria, toda la eternidad*.

¿Pensáis que si decís: "Quiero", Dios querrá? No. Dios quiere lo que es para vuestro bien, no todo lo que queréis.

¿Os hacéis la ilusión que, si lo mandáis, Dios y sus ministros vendrán a vosotros? No. Sólo a través de una vida casta y pía; de una vida aureolada por las tres antorchas de la fe, la esperanza y la caridad; de una vida defendida por las otras virtudes que se practican contra Satanás, el mundo y la carne; de una vida vivida en mi Ley en mi doctrina, que existe desde hace veinte siglos (y existirá hasta que exista la tierra y el hombre) y que está encerrada en mi cuádruple Evangelio; de una vida "cristiana", que significa vida semejante a la de Cristo, vida de reverencia, de obediencia, de fidelidad al Padre constante generosidad, vuestro espíritu obtendrá esa purificación, esa sensibilidad, que os permitirán recibir a Dios y a sus ministros de modo tan evidente que tendréis el gozo de la visión y el gozo de la palabra, ya sea simplemente inspirada o realmente pronunciada.

Ya os lo he dicho: "No se puede servir conjuntamente a Dios y a Satanás"[5]. No. Donde está el uno, no está el otro. Vuestra vida es un signo de Dios o vuestra vida es un signo de Satanás.

Si tenéis la capacidad de reflexionar –suponiendo que exista aún en vosotros una brizna de alma libre del dominio que mata-, juzgaos y juzgad vuestras obras y las inspiraciones que recibís. Si las consideráis honestas, aunque sea sólo desde el punto de vista humano, decid: "Aquí puede existir el poder de Dios". En cambio, si son contrarias a la moral humana y están en las antípodas de la moral sobrehumana, decid: "Aquí no puede estar Dios; está su Enemigo".

Y vosotros, los que ya estáis desviados hasta el punto que habéis abrazado la infame religión que Yo llamo "satanismo" –esa parodia de la religión que es un sacrilegio y un delito-, recordad que Yo no tengo necesidad de tinieblas, ni de soledad o de magnetismo para venir. Yo soy Luz y mis santos son luz. Yo no temo el sol ni la multitud. Yo sé extasiar aun en medio de una multitud y brillar como un Sol en el sol.

Mis discípulos pueden explicar *de qué modo simple, dulce, espontáneo y absoluto vengo hacia ellos; cómo les elevo por sobre todo lo que les circunda y les sumerjo en un abismo de luz y de sonidos, o sea, en el Cielo venido a ellos.*

Ellos pueden explicar cómo, *tras cada contacto, sienten que la propia materia pierde peso y adquiere espiritualidad; cómo, tras cada fusión, la carne muere un poco más y Yo vivo siempre con más fuerza en ellos*. Porque Yo soy el Vencedor de la carne –instrumento de Satanás– y, por tanto, soy el vencedor de Satanás.

Ellos pueden explicar cómo, al renovarse cada vez más profundamente, mueren místicamente y resurgen más espiritualizados cada vez.

[4] Génesis 3, 1-15
[5] Mateo 6,24; Lucas 16, 13

Ellos pueden explicaros qué paz, qué serenidad, qué equilibrio albergan en sí, y qué inteligencia, qué amor, qué pureza. No son valores humanos, son más que sobrehumanos. Son míos, porque Yo me convierto en ellos y ellos en Mí. La criatura ya no existe. Existo Yo. Yo les hago dioses porque les hago a mi semejanza.

A mis discípulos les doy lo que Satanás no da, lo que no puede dar: la semejanza con Dios, porque les fundo conmigo y con esa fusión les convierto en dioses".

9 de enero de 1944

Isaías 44, 9.11.17.18. 25.

Dice Jesús[1]

"¡Hombre, sigo hablándote a ti[2] y a todos los que como tú adoran ídolos engañosos!

No hace falta crear un Olimpo como los antiguos paganos para ser idólatras. No hace falta crear fetiches como las tribus salvajes para ser idólatras, porque adoráis lo que no es verdadero, servís al culto de Satanás, adoráis al Tenebroso por no querer doblegar la cabeza descarriada y el descarriado corazón ante lo que fue la guía y la luz sobrenatural para millones y millones de hombres, aun de esos hombres que se cuentan entre los grandes de la Tierra, que ostentaron la verdadera grandeza del genio y del corazón y que en esa luz y en esa guía sobrenatural hallaron el estímulo para su elevación, el consuelo para su vida y el goce para su eternidad; esos hombres a los que el mundo, a pesar de su continua evolución, sigue admirando mientras añora el no albergar más en sí esa fe que hizo que los grandes fueran tales en la Tierra y más allá de la Tierra.

Vosotros en quienes la esencia del alma no está nutrida por la Fe verdadera y el conocimiento de las eternas Verdades que son la vida del espíritu; vosotros, que habéis cometido contra vosotros mismos el delito de negar al espíritu, que Dios creó, el conocimiento de la Ley y de la Doctrina proclamada por Dios; vosotros, que llamáis a la Religión superstición y definís inútiles sus prácticas, os consideráis superiores aún a dichos grandes que, según vosotros, no deben ser absueltos de la culpa de haberse rebajado al mismo nivel de una mujerzuela ignorante, por haber rendido homenaje a la Iglesia y obediencia a la Religión, que no es más que la suma de mi Ley y de la Doctrina de mi Hijo y que, por eso, significa verdadero culto a un Dios verdadero, cuyas manifestaciones son innegables y seguras. Todas ellas lo son: desde el Sinaí al Calvario, desde el Sepulcro tronchado por una fuerza divina a los milagros que a millares, a lo largo de los siglos, han escrito en el tiempo la gloria de Dios y la verdad de su existencia, como si fueran palabras hechas de un fuego que no se apaga, de oro fundido que no se empaña.

Rechazáis la Religión de Dios porque no la consideráis digna de vosotros -¡oh, pseudos superhombres con la mente endemoniada, el corazón corrompido, el espíritu vendido, que sois, también vosotros, ídolos con los pies de creta![3]- rechazáis la Religión y luego acogéis el satánico culto del Enemigo de Dios y os convertís en ministros o prosélitos del mismo, tal como enajenados que echan al mar espléndidas joyas y recogen guijarros como si fueran objetos preciosos, o que rechazan alimentos sanos y luego se llenan la boca de inmundicias.

¡He aquí a los que critican mi culto; helos aquí a los jueces de mi Iglesia; helos aquí a los acusadores de mis ministros; helos aquí a los censores de mis fieles! Consideran que el culto, la Iglesia, los sacerdotes, los fieles, son temas de burla y medio de envilecimiento. Mas luego, los que dicen que el hombre no tiene necesidad de practicar un culto, que no tiene necesidad de los sacerdotes, que no tiene necesidad de ceremonias para comunicar con Dios, se crean un culto propio: tenebrosos, oculto, sobrecargado de un ceremonial secreto, respecto al cual el ceremonial evidente, solar, de mi culto es como nada. Y hay ministros de este culto: con hombres corruptos y descarriados como ellos y más que ellos, en quienes tienen fe ciega y, por eso, toman los histrionismos de estos poseídos de Satanás por palabras y manifestaciones de Dios. Hay prosélitos de esta obscena parodia del culto, de este sacrílego embuste; ¡y hay que ver qué observantes son!

---

[1] En cambio, se trata del eterno Padre, tal como queda escrito al final del dictado.

[2] Como en el. Dictado del 7 de enero.

[3] Daniel 2, 31, 36.

Helos, helos aquí los que en lugar del Dios santo, del Salvador eterno, entronizan la Entidad y las entidades infernales y ante ellas doblan hasta los suelos su cerviz y sus espaldas, que consideran indigno de un hombre doblar ante un *verdadero altar* en el que triunfa mi Gloria, resplandece la Misericordia de mi Hijo, fluye el vivificante Amor del Espíritu, y la Vida y la Gracia surgen de un Tabernáculo y de un Confesionarios no porque un hombre –materialmente semejante a vosotros pero depositario de un poder divino por obra del Sacerdocio– os da una pequeña forma de pan ácimo y pronuncia una fórmula hecha de palabras humanas, sino porque esa pequeña forma de pan es mi Hijo, vivo y verdadero, como está en el Cielo a mi diestra con su Cuerpo y Sangre, con su Alma y Divinidad, y esas palabras hacen caer como lluvia su Sangre (que se duele de haber derramado por tantos de vosotros, que sacrílegamente le despreciáis), como caía desde lo alto de su Cruz, esa Cruz en la que mi corazón le clavó por amor hacia vosotros.

¡Oh, pseudos superhombres hechos de pútrido fango que ninguna luz ennoblece!, ¿es que no pensáis en vuestra incongruencia? Rechazáis a Dios y adoráis los ídolos de un culto obsceno y demoníaco. Afirmáis que veneráis a Cristo, y que creéis en Él y luego huís de su Iglesia Católica, Apostólica, Romana; claváis una cruz allí adonde llamáis al Enemigo de la Cruz y del santo Crucificado. Es como si escupierais sobre esa Cruz el vómito de vuestras entrañas.

¿Qué grandeza veis en vuestros grotescos sacerdotes? En el numeroso grupo de los míos, hay muchos a quienes es necesario amonestar. Pero, ¿y los vuestros? ¿Cuál de ellos es "santo"? Los mejores son lujuriosos, viciosos, embusteros, soberbios; los peores, delincuentes y despiadados. Mas entre vosotros no hay nada mejor. Ni podría haberlo, pues si fueran honestos, castos, sinceros, avergonzados, humildes, serían "santos", es decir, hijos de Dios, y Satanás no podría poseerles para descarriarles o para descarriaros a través de ellos.

Después de que por tantos años se han proclamado como "instrumentos" en manos de Dios, ¿acaso han mejorado su índole? No. Han quedado tal cual, aunque en verdad no han empeorado. Mas, ¿es que no sabéis que el contacto de Dios es una continua metamorfosis que convierte a un hombre en un ángel? ¿Qué buen consejo, confirmado luego por los hechos, os han dado? Ninguno. Sobre el mismo tema, dicen una cosa al uno y otra diferente al otro porque son títeres en manos de Satanás y porque Yo, Yo, que soy el poder supremo, confundo sus oscuras ideas con el fulgor insostenible de mi Luz, que no pueden soportar. Esa Luz es solamente goce y guía para mis hijos que, llevándola en el corazón, penetra en el futuro, no por el propio poder sino gracias al que ella les confiere. Así ven con los ojos del espíritu y oyen con el oído del espíritu el secreto de Dios, el futuro del hombre, y en mi Nombre pronuncian lo que el Espíritu pone en sus labios, purificados por el amor y santificados por el dolor.

¡Oh, adivinos, astrólogos, sabios y doctores del satanismo, que mi Hijo condena y que Yo condeno doblemente, triplemente, porque vuestra religión satánica –que no es más que satanismo, aunque se oculta bajo nombres pomposos– es un pecado contra Mí, Señor del Cielo y de la Tierra ante el cual no existe otro Dios, es una ofensa hacia el Hijo, Salvador del hombre que Satanás arruinó, es una ofensa hacia el Espíritu Santo porque niega la Verdad conocida!, sabed que yo convierto en necedad vuestra ciencia y preparo un inexorable futuro eterno para vosotros, los que habéis preferido como reino el Infierno en lugar del Cielo, los que habéis preferido como pontífice, rey y padre a Satanás en lugar de Dios.

Creía que quien hablaba era Jesús; en cambio, era el Padre Eterno. Quiera Dios que su palabra penetre en ese corazón que usted conoce.

Luego Jesús me dice:

"María, ¿verdad que te has ofrecido sin reserva? ¿Verdad que quieres que las almas se salven por su sacrificio?

Y entonces, ¿por qué no piensas que te he dicho[4] que las almas se conquistan con las mismas armas con las que se pierden? La impureza de un alma se conquista con pureza; la soberbia, con la humildad; el egoísmo con la caridad; el ateísmo y la tibieza, con la fe, y la desesperación, la desesperación, la

[4] El 18 de julio de 1943 en " Los cuadernos 1943"

desesperación, María, con vuestras angustias que no desesperan sino que claman a Dios, miran a Dios, buscan a Dios, esperan en Dios aun cuando parece que Satanás, el mundo, los hombres, los acontecimientos, conjuran contra la esperanza y se alían para proclamar:"Dios no existe".[5]

¿Qué es lo que desde la Tierra sube al Cielo en esta hora satánica que vivís, cuando sólo se debería usar un arma para vencer la guerra que Satanás ha declarado a las criaturas de Dios; cuando bastaría invocar mi Nombre con fe, esperanza y caridad intrépidas, apremiantes, encendidas, para ver huir los ejércitos de Satanás y caer en pedazos sus engaños, que Yo maldigo? ¿Qué es lo que sube al Cielo sobre todo cuando pesa sobre vosotros el horrendo flagelo de las armas homicidas, asesinas que Satanás les enseñó a los hombres y que los hombres aceptaron al dejar de lado la ley que dice: "Amaos como hermanos"[6] para adoptar la que dice: "Odiaos como odio yo, Satanás"? Sube al Cielo un coro de blasfemias, maldiciones, escarnio hacia Dios, desesperación. Muchas veces la muerte detiene en vuestros labios esas palabras como si se quedaran clavadas en ellos y así os conduce ante Mí marcados por la última culpa.

María, te sorprendes de que, tras haberte ayudado tanto, Yo te deje sumida en tal angustia. Te ayudé en la hora de la muerte de quien amabas[7]; te di mi corazón como almohada y mi boca como música, que mitigó tu dolor con su canto amoroso, y como paño, que enjugó tu llanto con su beso. Mas entonces se trataba de un dolor tuyo. Ya me los habías ofrecido y Yo ya lo había utilizado. Era hora de que te premiara. Era hora de que te sostuviera porque aún debes servirme, mi pequeña "voz", y no quiero que mueras antes del momento en que tu voz pueda callar por haber trasmitido ya suficientemente mi palabra a los hombres indignos.

Ahora, demasiados de ellos se atormentan en la desesperación y mueren acusándome. Hasta los niños –esas pobres flores enfangadas por el mundo y su rey infernal, cuando aún son sólo capullo cerrado– hoy saben blasfemar más que rezar, maldecir más que sonreír y cada vez más aprenderán a blasfemar y maldecir.

Es necesario que haya víctimas que amen, padezcan, oren, bendigan, esperen, para que a vuestras excesivas, excesivas, excesivas maldiciones, Yo no responda con una maldición, que os extermine sin daros tiempo de volverme a invocar; para que, en respuesta a vuestras excesivas, excesivas, excesivas acusaciones, Yo no lance sobre vosotros mi tremenda acusación; para que, como retribución de vuestras excesivas, excesivas, excesivas desesperaciones, fruto natural de vuestra vida de bastardos, mi condena eterna no caiga sobre vosotros, los que Yo salvé, los que me habéis pisoteado y que habéis pisoteado la salvación que os di[8].

Mas, lo repito, han de ser víctimas que padezcan, padezcan, padezcan por el padecimiento que hace sufrir a los hermanos; víctimas que purifiquen con su amor, su sufrimiento, su plegaria, su bendición, su esperanza, los lugares en que se va al encuentro de la Muerte, naturalmente de la Muerte del espíritu, no ya de la carne.

Yo te digo que todas las insidias y los propósitos de los demonios y de los hombres–demonio, serían desbaratadas y truncadas sin haceros más daño –como cuervos a los que han quebrado las alas y ya no pueden cazar la presa-, si el número de quienes aman, creen y esperan fuera igual al de los que no aman ni creen ni esperan, y si en los trágicos momentos en que amenaza el desastre subiera al Cielo un número de invocaciones igual al de las imprecaciones; y nota que no digo un número mayor, sino un número igual.

¡Ánimo! Sé una de las dedicadas a salvar al prójimo.

¡Salvar! Por salvar a la Humanidad dejé el Cielo. Por salvar a la Humanidad conocí la Muerte.

¡Salvar! Salvar es la caridad más grande. Es la caridad que tuvo Cristo. Es la que os convierte, ¡oh, almas salvadoras!, en las más semejantes a Cristo.

Yo os bendigo a todas vosotras, que sois mis hermanas en la salvación. Yo os bendigo. Y te bendigo a ti, a quien concedí el privilegio de salvar para hacerte feliz, feliz con una felicidad inconmensurable y eterna.

Ve en paz. Quédate en paz. Yo estoy contigo, siempre>>.

---

[5] Salmo 14 (Vulgata: 13) 1; Salmo 53 (Vulgata 53), 2.

[6] 1 Juan 3, 11-22; 4, 11-16

[7] Quizás se refiera a la muerte de Iside Fioravanti, madre de la escritora, que falleció el 4 de octubre de 1943. Véanse los escritos y los dictados correspondientes al 2-3-4-5 de octubre en "Los cuadernos 1943".

[8] Hebreos 10, 29.

10 de enero de 1944

Isaías 45, 11.16.18.19.21.23.

Dice el Espíritu de Dios:

"Que no deje de llamarte la palabra de Él que es Sabiduría y Amor de Dios, Él que eternamente se difunde por todo lo creado para consagrarlo a Dios, Él que con su fuerza presidió todas las obras de nuestra Trinidad y que no es ajeno a todo lo que es santo en el tiempo y en la eternidad, porque Yo soy el Santificador, El que os purifica con su don de siete partes, El que os conduce a Dios y os lo hace conocer a través de sus designios en la tierra y de su gloria en el Cielo.

Yo soy la Sabiduría de Dios. Soy Aquel a que la Segunda Persona de nuestra Santísima Trinidad llama "Maestro de todas las verdades, El que no os hablará de sí mismo, sino que os dirá todo lo que ha oído y os anunciará el porvenir"[1].

¡Oh vosotros, los que intentáis conocer más aún de lo que es necesario! He aquí quién es el que puede daros ese conocimiento que anheláis. Soy Yo. Yo, Luz de la Luz; Yo, Espíritu del Espíritu; Yo, Inteligencia de la Inteligencia, soy el custodio, el depositario de todas las verdades pasadas, presentes y futuras, el conocedor de todos los decretos de Dios, el administrador del fulgor divino para los hombres. Yo soy Aquel cuyo consejo no está ausente en las obras del Creador; El que no está ausente en el decreto de la Redención y que tampoco está ausente para vosotros, pues está a vuestro lado para aconsejaros y guiaros, con dulce amor; cuando convertís en un acto cumplido la voluntad propuesta por el Padre. Yo soy todavía más. Soy el Amor que os inspira cuanto os hace merecer el abrazo de Dios y que, por sendas de santidad, os conduce a su regazo.

Como una misericordiosa nodriza, os crío y educo vuestra incapacidad de recién nacidos a la Vida. Os estrecho entre mis brazos para daros el calor que os haga asimilar la dulcísima leche de la Palabra de Dios y la haga vida en vosotros. Yo mismo os hago escudo contra los peligros del mundo y de Satanás porque el Amor es una fuerza salvadora. Yo os guío y os sostengo y, como maestro de amorosa paciencia, os instruyo. Hago de vosotros –que sois lentos y torpes, pusilánimes y débiles- héroes y atletas de Dios. Hago de vosotros –que sois pobres de espíritu- reyes del espíritu, porque cubro vuestro espíritu con mi divino resplandor y lo elevo a un trono, el más grande, porque es de santidad eterna.

Mas, para conocerme, es necesario no albergar idolatría en el corazón. Es necesario creer en lo que Yo he santificado. Es necesario creer en las verdades que Yo he iluminado. Es necesario alejarse del error. Es necesario buscar a Dios allí donde Él está y no donde está el Enemigo de Dios y del hombre.

¿Queréis conocer la Verdad? ¡Oh! ¡Venid a Mí! Sólo Yo puedo decíroslo. Y, para no turbar vuestra humana debilidad y vuestra relatividad os la digo del modo que mi bondad sabe qué es adecuado para vosotros.

¿Por qué amáis lo tortuoso, lo complicado, lo tenebroso? Amadme a Mí, que soy simple, coherente, luminoso, que soy gozo de Dios y del espíritu.

¿Queréis conocer el futuro del espíritu? Pues Yo os lo enseño hablándoos de la eternidad que os espera en una beatitud que no alcanzáis a concebir y en la que, tras esta hora de pasaje, esta única hora de pasaje por la Tierra, reposaréis en Dios de todos los afanes, de todos los dolores; olvidaréis el dolor porque poseeréis el Gozo. Y aunque el Amor –que en el Cielo es más vivo que en cualquier otro lugar- os haga palpitar por los sufrimientos de los vivos, no será piedad que provoca dolor, sino sólo amor activo, que en sí es gozo.

¿Queréis conocer la perfección del Creador en las cosas, los misterios de la creación? Puedo explicároslo Yo; Yo, que por ser Sabiduría, "fui el primero en salir de la boca de Dios, fui la primogénita entre todas las criaturas"[2] Yo que existo en todo lo que existe, porque todo lleva impreso el sello del amor y Yo soy el Amor. Mi Ser se difunde por todo el Universo; mi Luz baña los astros, los planetas, los mares, los valles, los

[1] Juan 16, 13

[2] Sirácida 24, 5.

prados, los animales; mi Inteligencia se expande por toda la Tierra, instruye hasta a los más lejanos, lleva a todos un reflejo de lo Alto, les prepara la búsqueda de Dios; mi Caridad penetra como aire y conquista los corazones.

Atraigo a Mí a los justos de la Tierra y también envío reflejos de este santo Dios vuestro a quienes son rectos pero no conocen al Dios verdadero; por lo tanto, en todas las religiones reveladas hay una corriente de Verdad que Yo, El que riega y fecunda, puse en ellas.

Además, cual potente surtidor de eterna fuente, Yo desbordo los confines de la Iglesia Católica de Cristo y, por medio de la Gracia, de los siete dones y de los siete sacramentos hago de los católicos fieles, de los siervos del Señor, de los elegidos para el Reino, de los hijos de Dios, de los hermanos de Cristo, dioses cuyo destino es tan sublime que se enfrenta cualquier sacrificio para merecerlo.

Dirigíos a Mí. Sabréis, conoceréis y obtendréis la salvación porque conoceréis la Verdad. Apartaos, apartaos del error, que no os concede alegría ni paz. Plegad la rodilla ante el Dios verdadero, ante El que habló en el Sinaí[3] y evangelizó en Palestina; ante el Dios que os habla a través de la Iglesia que Yo, Espíritu de Dios, erigí en Maestra.

No existe otro Dios más que Nosotros, que somos Uno y Trino. No existe otra Religión más que nuestra religión secular. No existe otro futuro en la Tierra y fuera de ella más que el que se lee en los Libros santos. Todo lo demás es sólo Mentira cuyo destino es ser desenmascarada por Él que es Justicia y Verdad.

Pedimos la Luz a nosotros, que somos Potencia, Palabra y Sabiduría, para no seguir recorriendo tortuosos senderos de muerte y poder acudir también vosotros, los errabundos, al camino que dio la salvación a quienes causaron placer a Dios por su fe humilde, sabia, santa, y que por ellos fueron hechos santos".

Dice María:

"Y, dado que soy la Madre, hablo yo también estrechándoos a mi pecho para impulsaros a la fe, ¡oh, hijos míos, a quienes veo morir por ser nutridos con veneno mortal!

Por ese Hijo mío que ofrecí con doliente gozo por vuestra salvación, os ruego que volváis a los senderos de Cristo. Habéis escrito su santísimo Nombre en vuestro camino, pero así profanáis ese Nombre. Pues, si no fuera porque el Enemigo os ofusca la mente y os guía la mano, forzándola a escribir lo que el sentido común os impediría escribir, no escribiríais ese Nombre bendito en los caminos por los cuales Satanás viene a vosotros y en las puertas de vuestros grotescos templos de hombre sin Dios.

Mas, por vosotros le digo al Padre: "Padre, perdónales pues no saben lo que hacen"[4], y os pido al Padre santo, ¡oh, pobres hijos engañados por Satanás! Vencí a Satanás en mí y por los hombres. Está bajo mi pie. Si venís a mí, le venceré también en vosotros.

Yo soy la Madre, la Madre que el Amor convirtió en madre del buen amor. Soy ésa en la que reposa, como en un arca, el maná de la Gracia. Estoy plena de Gracia y Dios no pone límites a mi poder de dispensadora de este tesoro divino. Soy la Madre de la Verdad, que se hizo carne en mí. Soy la portadora de la esperanza del hombre. A través de mí, se convirtió en realidad la esperanza de los patriarcas y de los profetas. Soy la sede de la Sabiduría, que me hizo suya, y la Madre del Hijo de Dios.

Venid para que os lleve de la mano hacia Cristo, con esta mano que sostuvo los primeros pasos de Jesús-Salvador por las sendas de la tierra y le enseñó a caminar para que bien pronto subiera al Gólgota para salvaros a vosotros, los que más quiero porque sois los más infelices entre los hombres, porque sois los condenados por quienes lucho para arrancaros al poder que os arrastra hacia el abismo y salvaros para el Cielo.

Mira cuánto llanto derramé por vosotros, pues no sois de los que caen arrastrados por el peso de la carne, tan impetuoso e improviso que os bate sin daros tiempo y modo de reaccionar. Sois de los que, con tenacidad, con pleno entendimiento, cometen culpas que no se perdonan. Así lo ha dicho mi Hijo[5]. Sois de

[3] Éxodo 19-20
[4] Lucas 23, 34.
[5] Mateo 12, 32; Marcos 3, 29; Lucas 12, 10.

los que niegan la Verdad para convertir en verdades las infames mentiras. Sois de los que se convierten en demonios. ¡Y podríais ser ángeles!

No os pido mucho. Os pido sólo que me améis como a una Madre; os piso sólo que me llaméis. Y ya sólo mi nombre será como miel para vuestros labios envenenados. Y será salvación, porque donde está María, allí está Jesús y quien me ama no puede no amar la Verdad, que es el Hijo de mi carne. No reprocho, no condeno. Amo. Tan sólo amo.

No debéis temerme, porque soy más mansa que una cordera y más pacífica que el olivo. Soy más mansa que una cordera porque sin reaccionar, sin maldecir, dejé que me arrancaran del seno a mi Criatura y la sacrificaran sobre un sangriento altar. Soy superior al olivo porque he hecho de mí misma, por mí misma, oliva en la muela del molino y me he dejado prensar por el dolor para destilar de mi virginal y materno corazón inmaculado el óleo que cure vuestras heridas y os consagre al Cielo.

Apoyad en mi regazo la cabeza enferma. Yo la sanaré y os diré las palabras que me dicta la Sabiduría para conducirlos a la Luz de Dios".

¡Que hermoso! ¡Que hermoso! ¡Que hermoso es lo que veo!

Trataré de ser más precisa y clara al descubrirle lo que me ha traído la Comunión.

Usted sabe ya que yo era feliz. Mas no sabe qué beatitud, qué gozosa visión se me concedió desde el momento de la unión eucarística en adelante. Fue como un cuadro que iba revelándoseme poco a poco. Pero no era un cuadro: era contemplación. Me ensimismé en él por más de una hora y mi única plegaria fue esta contemplación que me arrebataba más allá de la tierra.

Comenzó inmediatamente después de haber recibido la sacra Partícula y creo que usted no habrá dejado de advertir con qué lentitud respondía y saludaba: ya que estaba ensimismada. A pesar de ello, expresé en voz alta la acción de gracias mientras la visión se me hacía cada vez más evidente. Y luego quedé inmóvil, con los ojos cerrados, como si durmiera. Pero no he estado nunca tan despierta, con todo mi yo, como en esta hora. La visión dura aún, en su fase final, mientras escribo. Escribo bajo la mirada de tantos seres celestiales, que ven que escribo únicamente lo que veo, sin añadir detalles o hacer cambios. He aquí la visión.

Tan pronto como recibí a Jesús, sentí, en el lado izquierdo de mi lecho, a María, su Madre, que me rodeaba con su brazo derecho y me atraía a sí. Llevaba el hábito y el manto blanco como en las visiones de la Gruta, en diciembre. Al mismo tiempo, me sentí envuelta en una luz dorada y en un indescriptible color tenue, mientras los ojos de mi espíritu buscaban la fuente de lo que sentía descender sobre mí. Tuve la impresión de que mi cuarto, aun conservado el piso, sus cuatro paredes y los adornos, ya no tenía techo y que yo podía ver el ilimitado ámbito celestial de Dios.

Y en este ámbito celestial estaba suspendida la Divina Paloma de fuego de modo perpendicular a la cabeza de María y, por lo tanto también mi cabeza, pues yo apoyaba mi mejilla a la de María. El Espíritu Santo estaba con las alas abiertas, erguido, vertical. Estaba inmóvil y, sin embargo, vibraba y en cada vibración emitía ondas, relámpagos, fúlgidos destellos. De Él emanaba un cono de luz dorada, como vértice partía del pecho de la Paloma y como base nos envolvía a María y a mí. Estábamos cobijadas en este cono, en este manto, en este abrazo de luz gozosa. Era una luz vivísima y, sin embargo, no encandilaba porque transmitía a los ojos una fuerza nueva, que aumentaba con cada resplandor que se desprendía de la Paloma, por lo que el resplandor ya existente aumentaba a cada vibración de Ella. Sentía que mi ojo se dilataba adquiriendo potencia sobrehumana, casi como si no fuera el ojo de una criatura sino más bien el de un espíritu ya glorificado.

Cuando, gracias al Amor encendido y suspendido sobre mí, alcancé la capacidad de ver más allá, mi espíritu fue llamado a mirar aún más arriba. Y contra el celeste más terso del Paraíso, vi al Padre. Le vi claramente a pesar de que su figura estaba envuelta en una luz inmaterial. No intento describir su belleza porque es algo superior a toda capacidad humana. Se me presentaba como en un trono. Me expreso de ese modo porque estaba sentado con infinita majestad. Pero no es que yo viera algún trono o sillón o dosel o nada que pudiera presentar la forma terrena de un asiento. Se me aparecía a la izquierda (para darle una indicación: tenga presente la dirección en que se encuentra mi Jesús crucificado) y, por lo tanto, a la diestra de su Hijo y

a una altura incalculable. No obstante, veía hasta el más pequeño de sus luminosísimos rasgos. Y (siempre para darle una indicación acerca de la posición) le señalo que dirigía la mirada hacia la ventana. Y esa mirada refleja un infinito amor.

Seguí su mirada y vi a Jesús. No era el Jesús-Maestro que veo de costumbre. Era el Jesús-Rey. Estaba vestido de blanco, con un atavío luminoso y sumamente cándido como el de María. Parecía un atavío hecho de luz. Le veía bellísimo, vigoroso, imponente, perfecto resplandeciente. Estaba de pie y como la diestra sostenía su cetro, que es también su estandarte. Es una vara larga, casi un báculo pastoral, aún más alto que mi altísimo Jesús; pero la vara no termina curvándose como en el pastoral sino con otra vara transversal que, por lo tanto, forma con ella una cruz así[1]; sostenido por esta vara transversal, pende de la cruz un estandarte de seda cándida y luminosísima, hecha así[2], que ostenta en ambos lados una cruz purpúrea; en el estandarte está escrita en letras relucientes, como de diamantes líquidos, la palabra: "Jesucristo".

Veo muy bien las llagas de la mano pues la diestra sostiene la vara en la parte superior, cerca del pendón; la izquierda señala la llaga del costado, que percibo sólo como un punto sumamente luminoso del que emanan rayos hacia la Tierra. La herida de la derecha está cerca del pulso y parece un resplandeciente rubí que tiene el diámetro de de una moneda de 10 céntimos[6]. La de la izquierda está más al centro; es muy vasta y se alarga hacia el pulgar de esta manera[3]. Las dos resplandecen como tizones ardientes. No veo otras heridas. Por el contrario, el Cuerpo de mi Señor es bellísimo y está íntegro en todas sus partes.

El Padre mira al Hijo, que está a su izquierda. El Hijo mira a su Madre y a mí. Y le aseguro que, si no fuera que sus ojos reflejan amor, yo no podría sostener el fulgor de su mirada y de su aspecto. Sin dudas, es como le han llamado: el Rey de tremenda majestad[7].

Cuanto más dura la visión, más crece en mí la facultad de percibir los más mínimos detalles y de abarcar una zona más vasta.

En efecto, tras algún tiempo veo a San José (en el rincón donde está el belén). No es muy alto; es más o menos como María. Es robusto; tiene cabellos grises, cortos y rizados, y barba cuadrada. La nariz es aguileña: fina y larga. Dos arrugas le surcan las mejillas: parten de los lados de la nariz, desciendes hasta la comisura de los labios y se pierden en la barba. Los ojos son oscuros e intensamente buenos. En ellos vuelvo a ver la mirada amorosa y buena de mi padre. Todo el rostro expresa bondad; es pensativo sin ser triste, lleno de dignidad y, sobre todo, bueno, enormemente bueno. Lleva una túnica de un azul violáceo, como el de los pétalos de algunas pervincas, y un manto de color claro como el del pelo del camello. Dirigiéndose a mí, Jesús le indica y exclama: "He aquí el santo patrón de todos los justos".

Luego la Luz llama a mi espíritu hacia el otro lado del cuarto, o sea, hacia el lecho de Marta[8], y veo a mi ángel. Está arrodillado, con el rostro vuelto hacia María, a quien parece venerar. Está vestido de blanco. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho y las manos se apoyan en los hombros. La cabeza está muy inclinada y por eso casi no veo su rostro. Ostenta una actitud de profunda reverencia. Veo las bellas alas amplias, blanquísimas, aguzadas, en verdad alas hechas para volar, rápidas y seguras, de la tierra al Cielo; alas ahora recogidas detrás de los hombros. Con su actitud me enseña cómo se dice; "Ave María".

Mientras sigo mirándole, advierto que hay alguien a mi derecha, alguien que me apoya una mano sobre el hombro derecho. Es mi San Juan, en cuyo rostro resplandece un gozoso amor.

Siento una gran beatitud. Me ensimismo en ella y me parece haber alcanzado el ápice. Mas el creciente resplandor del Espíritu de Dios y de las llagas de Jesús, mi Señor, aumenta aún mi capacidad de ver. ¡Y veo entonces la Iglesia celestial, la Iglesia triunfante! Ahora intentaré describírsela.

---

[1] aquí Valtorta dibuja una cruz

[2] La escritora dibuja nuevamente, ahora un especie de estandarte, con una cruz que abarca todo el estandarte.

[6] Antigua moneda italiana de 2 cm. de diámetro, aproximadamente.

[3] (Valtorta dibuja una figura en forma de ojal.

[7] En el "Dies irae, dies illa" de la liturgia romana.

[8] Cuando la escritora nombra a Marta se refiere a Marta Diciotti, nacida en Luca en 1910. Desde 1935 vivió junto con María Valtorta, asistiéndola amorosamente hasta la muerte de la escritora inválida, acaecido el 12 de octubre de 1961 y luego custodiando sus memorias en la casa de Viareggio. Marta Diciotti murió en dicha ciudad el 5 de febrero de 2001. Esta advertencia vale para todo el volumen.

En lo alto, como siempre, están el Padre, el Hijo y ahora también el Espíritu, situado más arriba y en medio de los Dos, a los que une con sus rayos.

Más abajo, reunida en un valle bienaventurado, como entre dos laderas de un color celeste que no es terreno, está la multitud de los bienaventurados en Cristo, el ejército de los marcados con el nombre del Cordero[9], una multitud que es luz; una luz que es canto; un canto que es una adoración; una adoración que es beatitud.

A la izquierda están las filas de los confesores. A la derecha, las de los vírgenes. No vi la fila de los mártires y el Espíritu me indica que los mártires están con los vírgenes, pues el martirio da otra vez virginidad al alma, como si estuviera apenas creada. Me parece que todos, tanto los confesores como los castos, están vestidos de blanco, de ese blanco luminoso de las vestiduras de Jesús y María.

El suelo celeste y las celestes laderas del valle beato emanan luz, como si fueran de brillante zafiro. Los atavíos, de paño adamantino, emanan luz. Y, sobre todo, los cuerpos y los rostros espiritualizados emanan luz. Intentaré describir aquí lo que noté en los diferentes cuerpos. Únicamente Jesús y María poseen un cuerpo de carne y espíritu vivo, palpitante, perfecto, sensible al tacto y al contacto; son "cuerpos" realmente, aunque son cuerpos divinos. El Padre Eterno, el Espíritu Santo y mi ángel son cuerpos modelados en la luz, de modo que esta humilde sierva de Dios pueda percibirlos. San José y San Juan ostentan ya una luz más compacta, de seguro porque no sólo debo advertir la presencia, sino además escuchar la palabra. Y todos los bienaventurados que forman la muchedumbre celeste son llamas blancas, que representan sus cuerpos espiritualizados.

Ninguno de los confesores se vuelve. Todos ellos miran hacia la Santísima Trinidad. Alguno de los vírgenes se vuelve. Distingo a los apóstoles Pedro y Pablo porque, aunque resplandecen como todos con sus cálidas vestiduras, muestran rasgos más característicos en el rostro: son característicos rostros hebreos. Me miran con bondad (¡menos mal!).

Luego veo tres espíritus bienaventurados; comprendo que son mujeres y veo que me miran, me hacen señas, me sonríen, casi como si me invitaran. Son jóvenes. Mas, en realidad, me parece que todos los beatos tienen la misma edad –una edad joven, perfecta- y la misma belleza. Son copias menores de Jesús y María. No sé decir quiénes son estas tres criaturas celestiales pero, dado que dos llevan palmas –las palmas son el único rasgo que distingue a los mártires de los vírgenes- y una solamente flores, no creo equivocarme si las identifico como Inés, Cecilia y Teresa de Lisieux.

Lo que, a pesar de mi buena voluntad, no puedo describirle, es el Aleluya entonado por esta multitud. Es una Aleluya potente y, sin embargo, suave como una caricia. Y a cada ¡hosanna! de la multitud a su Dios, todo ríe y resplandece con más vivacidad.

La visión cesa y, en su intensidad, queda fija en esta forma. María se aleja de mí y con Ella van Juan y José; María retoma su lugar frente al Hijo y los demás el propio en la fila de los vírgenes.

Sea loado Jesucristo.

[9] Apocalipsis 7.

11 de enero de 1944

12 y cuarto de la noche.

Dice Juan:

<<Por haber sido formado, penetrado, unificado con el Maestro, en mi Evangelio vive la Palabra tal cual fue dicha, pues pude repetirla sin alteraciones debido a dicha fusión. Es Cristo El que habla. Juan es sólo un instrumento que escribe. Igual que tú.

La nuestra es una suerte extraordinaria y a ella debemos ser fieles hasta en las nimiedades para no contaminar la doctrina divina con nuestra naturaleza de criaturas; por esta suerte debemos seguir llevando una vida pura, de modo que la Palabra descienda donde no hay nada impuro, donde ni siquiera la sombra de un pensamiento lo es.

Acoger la Palabra de Dios es como acoger el Pan del Celo. Pues es Pan del Cielo que se hace Palabra en nosotros para convertirse en Pan para el espíritu de nuestros hermanos. Es la Eucaristía de la Palabra, no meno santa que la Eucaristía del altar porque el Cristo eucarístico que viene a nosotros nos trae su Palabra –tanto más sentida cuanto más es intensa en nosotros la vida espiritual- y el Cristo Maestro que viene a nosotros nos trae su alimento, que nos pone en condiciones de hacer de la Eucaristía, cada vez más, el Pan de vida eterna.

Tu Maestro, que es también el mío, lo ha dicho: "Bienaventurados sean los que conservan en el corazón la Palabra de Dios". Y ha dicho también: "El que escucha mi Palabra merece la vida eterna", y: "Yo soy el Pan vivo que desciende del Cielo. El que se nutre de Mí no morirá y el último día Yo le resucitaré"[1]. Por lo tanto, el Maestro dispone un único destino para quien se nutre de Él: el Verbo del Padre y el Pan del Cielo.

Mas estas palabras no las dirijo particularmente a ti, que eres una discípula que vive en la luz. Yo, luz de Cristo, hablo de Cristo, Luz del Mundo, a los tenebrosos que, como aquellos a quienes una membrana cubre las pupilas, avanzan a ciegas en la oscuridad y no saben ir por el sendero por donde pasa el Maestro, no quieren ir por él y gritar: "¡Jesús, sálvanos! ¡Danos tu Luz!

Si le llamaran, Él iría a ellos, permanecería en ellos, y les dispensaría la bienaventurada suerte de convertirse en hijos de Dios, nacidos por segunda vez (la única vez que se puede renacer no es en la carne que, cuando se ha extinguido no vuelve jamás a revestir ese espíritu del que fue atavío, excepto en el último día para acompañarlo a la gloria o a la perdición, sino en el espíritu, que uniéndose a Cristo se regenera, pues al cobijarlo Cristo en Sí como parte de su santísimo Ser, lo une al espíritu de Dios, o sea, de El que nos permite renacer, no ya como hombres sino como hijos de Dios). Si te llamaran, ellos conocerían la Luz, se alejarían de las tinieblas y de la mentira, porque Cristo es Verdad, porque Cristo es Luz, y Luz y Verdad es el Paráclito que Cristo dona a los "suyos"; quien recibe a Cristo, recibe en sí la Verdad y la Luz de la Divinidad Trina.

Apartaos del eterno Homicida, que pereció y hace perecer porque no perseveró en la verdad que, por su afortunado destino de ángel, había poseído desde el primer instante de su creación. Creed en Cristo, que no puede mentir porque es Dios y de Dios posee la Perfección.

Él os dice y repite: Yo os resucitaré". Y Él, el Perfecto en la Ciencia y en la Inteligencia, ¿podría proferir palabras impropias? Él dice "resucitaré y no "reencarnaré". Y precisa: "en el último día"; más aún, proclama: "Así como el Padre resucita a los muertos y les devuelve la vida, así también el hijo da la vida a quien quiere… Quien escucha mi palabra y cree en el que me ha enviado, posee la vida eterna y no merece condena; al contrario, pasa de la muerte a la vida… Llegará la hora en que los muertos oigan la voz del Hijo de Dios y quien la oiga vivirá. Llegará la hora en que todos oigan en el sepulcro la voz del Hijo de Dios y los que hicieron el bien saldrán de él hacia la resurrección de la vida; los que se dedicaron al mal, hacia la resurrección de la muerte"[2].

[1] Lucas 11, 28; Juan 6, 22-59

[2] Juan 5, 21-29.

Por eso, el que es Verdad y Ciencia dice, repite, insiste, jura que existe una sola y única vida de la carne y una sola y única vida del espíritu. Esta vida se vive en nuestra única jornada humana y luego sólo en el último día, al mandato de Jesús-Dios, resurge para revestir el espíritu del que fue atavío. Esta vida eterna nos es dada solamente a través de nuestra jornada única y, si durante ella matamos aunque sea una vez el espíritu, ésta ya no podrá reencarnarse jamás para lograr pasar, por sucesivas fases, de la muerte a la vida. No. El poder de Dios Padre, de Dios Hijo Jesús, de Dios Espíritu Paráclito, puede concedernos la resurrección del espíritu en la tierra mediante un milagro de la gracia o mediante la intercesión de un "santo" –ya sea perteneciente a la Tierra o al Cielo- o mediante vuestro deseo de resurgir: *Mas esto sucede sólo aquí, en la Tierra, en vuestra única jornada. Cuando para vosotros se acaba el día y entráis en el sueño de la noche humana, ya no hay ninguna resurrección posible a través de nuevas fases vitales. Y si estáis muertos en cuanto al espíritu, hay sólo muerte.*

Yo, discípulo de Cristo, Yo que he visto, más allá de la vida, la vida futura y la resurrección final, os juro que esto es verdad.

Libraos de estas cadenas. De las que puede usar contra vosotros Satanás: son las más peligrosas. Dad el primer paso para decirle a Cristo: "Vengo a Ti" y a Satanás: "Retrocede, en nombre de Jesús". Coged la primera verdad.

Ni siquiera podéis imaginar cuán dulce es el Señor; el buen Maestro, el Pastor santo, con quien se dirige a Él. Os estrecha como un padre contra su pecho y os enseña, os cuida, os nutre. No digáis que le amáis. No le amáis en la verdad y, por eso, no le amáis.

La verdad está en el Evangelio. El Evangelio es el que Él confió a sus discípulos y que aún hoy confirma y explica, guiado por su bondad de Salvador. Y, tras tantos siglos transcurridos, es siempre igual. *No existe otro.*

Si hubiera habido dos, o más vidas. Él lo habría dicho. No sois parsis o sintoístas; sois "cristianos". Y, por lo tanto, dejad las quimeras, los errores, los engaños que Satanás prepara para arrancaros a Dios y creed en lo que ha dicho Cristo.

Quien ama cree. Quien ama poco, duda. Quien no ama, acepta una doctrina adversa. La doctrina que seguís es adversa a la de Jesucristo, Verbo de Dios, Maestro nuestro, Luz del mundo. Por lo tanto, no amáis a Cristo en la verdad>>.

El mismo día 11 de enero a las 7.

Dice María:

"El anhelo de mi espíritu era el de permanecer virgen alabando al Señor en el Templo por toda la vida y orando para que Emmanuel fuera concedido a quienes desde hacía siglos esperaban la Gracia de su llegada.

Por eso, cuando el Sumo Sacerdote me comunicó su voluntad de concertar mi matrimonio, por primera vez experimenté turbación en lo íntimo de mi ser. La segunda vez la experimenté por la Anunciación del ángel[3]

Por un instante, María, me quedé desconcertada, abatida, porque me parecía que el Señor rechazaba la ofrenda de mi virginidad por no hallarla digna de su Perfección. Me examiné a mí misma para comprender cuál era el motivo que había disgustado a mi Señor pues, como es natural, no pensaba mínimamente que la Justicia divina pudiera ser injusta. Y en humilde análisis de mí misma encontré la respuesta y la paz.

Con su diáfana voz de amor, el Espíritu me dijo que esa voluntad sacerdotal respondía a la voluntad de Dios y que, a los ojos de Dios, no era un retroceso sino un progreso en los rangos del espíritu; *que, por ser voluntad del Señor, con sólo acogerla con pronta obediencia, habría obtenido bendiciones y méritos y una unión más intensa con mi santo Señor Dios.*

[3] Lucas 1, 26-38.

Entonces, por medio de su sacerdote, le dije a Dios con gozosa obediencia: "Heme aquí, oh Señor, para hacer tu Voluntad, no la mía". Las palabras de mi Hijo[4] brotaron muchos años antes de los labios y del corazón de su Madre.

A cambio de mi obediencia, sólo pedí que Dios le concediera a su Sierva un esposo que no significara para mi virginidad, consagrada al Señor, violencia que turba o agravio que escarnece; un esposo que, al contrario, fuera un compañero respetuoso y pío, a quien el temor y el amor de Dios iluminaran el corazón para hacerle comprender el alma de su Mujer. Pedí esto únicamente. Ni siquiera fugazmente pensé en la belleza, la juventud, la posición social o la riqueza, porque para mí eran cosas insignificantes que no merecían atención. Pedí que en mi futuro esposo hubiera "santidad". Y no me preocupé de nada más.

Dirigirse a Dios y pedir de sus manos el consorte adecuado a vuestro carácter y a vuestra posición y sobre todo, el consorte propicio a sus ojos, es la condición esencial, demasiado desatendida en vuestros matrimonios de hoy. No pedís nada a Dios en esa hora decisiva de la vida de la mujer y no reparáis ni en vuestro espíritu ni en el espíritu del consorte. Os basta que sea bello, rico, joven, que tenga influencias en la sociedad. Lo demás no cuenta en el momento de elegirle. Mas, desgraciadamente, cuenta mucho después de la boda y por eso muchos matrimonios se convierten en una desilusión, que se limita a ser tan sólo en el caso de que la esposa sea una mujer de sentimientos cristianos. Si le faltan también estos, el matrimonio se convierte en un desastre, cuyas víctimas expiatorias son los inocentes, y que muchas veces culmina en un adulterio doble. *Arriesgáis el alma –y a menudo la conducís a la muerte- porque en el matrimonio veis sólo fines humanos y no os dirigís al Padre de los Cielos en es hora solemne.*

Cuando vi a José, toda mi ansia natural se disolvió como la nube que se disuelve en un arco iris. Para mí fue suficiente mirarle a los ojos para leer en ellos que era honesto, fiel, puro y justo. A pesar de la edad, que era el doble de la mía, conservaba la mirada limpia de un niño, porque si bien el Mal se había agitado tumultuosamente a su alrededor, dado que José vivía en el mundo, no había logrado penetrar en su corazón, pletórico de amor de Dios.

¡Con qué confianza puse mi mano en la suya, con la sensación de haber hallado en él a un padre amoroso, un esposo fiel, un compañero casto que habría sido como el olivo y la higuera, que dan sombra a la pequeña casa y la defienden de los vientos y el bochorno y así proporcionan alivio y consuelo, dulzura y sustento!

¡Oh, dulce esposo mío, que nunca me has desilusionado! Dulce esposo que creyó en mí aún contra las apariencias[5], porque me amaba; que me ocultó su llanto para no turbarme; que tuvo para mí sólo sonrisas y auxilio; que me ayudó como a su primera hija putativa, pues me dio su mano para hacerse sentir que estaba junto a mí con su amor; apartó de mí los obstáculos, previno mis necesidades y fue siempre paciente, silencioso y casto, casto como puede serlo solamente un ángel.

¡Oh, sí! ¡Bendito sea el Señor! Yo, La que el eterno había designado para reina de sus ángeles, tuve ya en la tierra dos ángeles por súbditos: mi Ángel de la Guarda –cuya invisible presencia percibía junto a mí sin cesar, a través de ráfagas de luz y de perfume celestial- y mi angélico consorte, cuya carne –que no estaba ofuscada por deseos voluptuosos- vivía cerca de la mía como la de dos lirios brotados en un mismo cuadro, que se perfuman recíprocamente y florecen para el Señor; que son ejemplo recíproco para ascender cada vez más alto, hacia Dios, para perfumar cada vez más intensamente por caridad de Dios y del compañero, pero cuyos labios nunca florecieron en un beso, que habría manchado con su polen la seda angélica de su atavío de pureza.

¡Santo y bendito José mío! Mi corazón no cesa de agradecer a su Señor por habérmelo concedido por consorte; no cesa de agradecerle que haya cuidado de su Sierva como un Padre santo y que haya creado esta defensa viva para mi virginidad apartada del templo, de modo que el vaho del mundo se estrellaba contra José, sin que el estrépito o el hedor de la fealdad humana penetrara allí donde la eterna Virgen seguía alabando al Señor como si estuviera destinada al servicio del altar, más allá del Santo de los santos, en el lugar donde resplandecía la gloria del Eterno Dios".

[4] Mateo 26, 39-44; Marcos 14, 35-36; Lucas 22, 41-42.
[5] Mateo 1, 18-19.

Esta mañana he tenido un despertar feliz. Había escrito desde la medianoche hasta las 2, siempre bajo la luz de la Paloma de oro y cobijada en el abrazo de María porque la visión[6], que se había ofuscado durante el día, se presentó otra vez por la noche, antes del sopor, en todo su magnificencia y luego se volvió como en sus fases iniciales, con la aparición del Espíritu Santo y de María[7], tal como lo había percibido siempre desde las 11 hasta las 18. Cuando terminé de escribir, me acosté rezando y hacia la mañana me quedé dormida, a pesar de los fuertes dolores que turban continuamente mi sueño.

Me despertaron por última vez al tocar las 6. Junto con el dolor del espasmo, sentí un leve beso en la frente y la dulce e inconfundible voz de María que me decía suavemente: "¡Que la gracia del Señor esté siempre contigo!". Respondí inmediatamente, pues no podía equivocarme: "Bendita tú eres entre todas las mujeres". Y me acurruqué en el silencio y la tibieza con la sensación de que la Madre, que me había despertado con el más bello de los "¡buenos días!" que puedan pronunciarse, velaba sobre mí.

Quería escribirle todo esto enseguida. Pero a las 7 y media, María ha empezado a hablarme de sus nupcias y he escrito después. Ahora agregaré otras hojas porque me han dicho que recibiré un dictado, que pertenece a la serie de los anteriores y que, por eso, debo añadir aquí.[8]

Siempre en el día 11 de enero a las 10.

Dice el apóstol Pablo[9]:

"Hasta tal punto está encarnada y enraizada en vuestra mente la teoría de la reencarnación –y más que nunca hoy, tras veinte siglos de predicación evangélica- que parece que los antiguos paganos, a quienes yo partía el pan de la Fe, están vivos aún, o mejor, han vuelto a reencarnarse, según vuestra creencia y sus antiguas teorías sobre la resurrección y la segunda vida.

Lo único que se reencarna es esta teoría vuestra que reaparece como herrumbre, en períodos alternados de oscuridad espiritual, pues éste es el signo de un crepúsculo y no de una aurora del espíritu. ¡Sabedlo, oh vosotros que creéis ser los de espíritu más evolucionado! Tanto más baja el Sol de Dios en vuestro espíritu y tanto más en la sombra que aumenta se forman larvas, se estancan las fiebres, pululan los portadores de muerte y germinan las esporas que mellan, corroen, absorben, destruyen la vida de vuestro espíritu, así como en los bosques impenetrables, densos de vida vegetal y animal, la larga noche, que dura seis meses, convierte la espesura en zonas muertas, semejantes a las de un mundo extinguido.

¡Necios! *Los muertos no regresan. Ni siquiera con un nuevo cuerpo. Hay una sola resurrección: la final.*

Vosotros, los que estáis hechos a imagen y semejanza de Dios, no sois semilla que en ciclos alternados germina y se convierte en tallo, flor, fruto, semilla, para que esta, a su vez, se haga de nuevo tallo, flor, fruto. Vosotros sois hombres, no hierba del campo. Vosotros estáis destinados al cielo, no al establo donde se cobija el jumento. *Vosotros poseéis el espíritu de Dios, ese espíritu que Dios os infunde por medio de una continua generación espiritual, que corresponde a la generación humana de una nueva carne.*

¿Qué creéis? ¿Que tiene límites el poder generador que posee Dios, el omnipotente, ilimitado, eterno Dios nuestro? ¿Creéis que ese límite le obliga a crear no más de un determinado número de espíritus de modo que, para que pueda continuar la vida de los hombres sobre la Tierra, tenga qué obrar como el dependiente de un gran almacén, que busca entre los espíritus apiñados en los estantes el que puede volver a usar como determinada mercancía? O, mejor aún, ¿creéis que Él es como un escriba que, si debe hacer conocer un acontecimiento, saca a relucir un determinado expediente y busca un determinado rótulo porque ha llegado la hora de volver a usar dicho material?

[6] Del día anterior.
[7] Traducimos el periodo tal como está escrito, aunque pueda parecer incompleto y poco claro.
[8] En efecto, el cuaderno terminaría aquí si la escritora no hubiera añadido otras hojas (8 carillas) cosidas con hilo de algodón, en las cuales figuran el dictado sucesivo y su nota como comentario.
[9] Respecto a las alusiones del sucesivo dictado, véanse: Hechos 17, 22-34; 1 Corintios 15.

¡Oh, necios, necios, necios! Vosotros no sois mercancía, ni pergaminos ni semillas. Vosotros sois hombres.

Cual semilla, el cuerpo cae en la putrefacción de la fosa, cuando su ciclo ha terminado. El espíritu vuelve a su Fuente para que se juzgue si está vivo o si está podrido como la carne y, de acuerdo con ello, cumple su destino. *Y de él ya no nacerá otro sino para llamar a una única resurrección lo que ya le había pertenecido;* y en esta resurrección, el que condujo una vida depravada, será depravado por la eternidad, con el espíritu corrompido y la corrompida carne que tuvo en su única, sola e irrepetible vida. Y el que en su vida fue "justo" resurgirá glorioso e incorruptible, elevará su carne a la gloria de su espíritu glorioso, la espiritualizará, la divinizará, pues con ella y por ella logró vencer y es justo que con ella celebre el triunfo.

Aquí, el espíritu que poseéis os hace animales con uso de razón y obtiene la vida también para la carne que él logra vencer. *En la otra vida, seréis espíritus que vivifican la carne, que ha salido victoriosa por haber permanecido sujeta al espíritu.* Antes, prevalece siempre la índole animal y ésta es la verdadera evolución. Mas es la *única*. Después, de la naturaleza *animal*, que por la triple virtud ha sabido elevarse, se pasa a la naturaleza espiritual.

Según como viváis en esta vida, viviréis en la segunda. *Si en la primera predominó en vosotros lo celestial, advertiréis en vosotros mismos la naturaleza de Dios, poseeréis dicha naturaleza, pues Dios será vuestro eterno patrimonio.* Si, en cambio, predominó lo terreno tras la muerte conoceréis la oscuridad, la desolación, el hielo, el horror, las tinieblas, todo lo que recibe el cuerpo que desciende en la fosa; con esta diferencia: que esta segunda, y verdadera, muerte dura por toda la eternidad.

¡Oh, hermanos, herederos de Dios por voluntad de Dios!, no hagáis que se pierda esta herencia por seguir la carne y la sangre y el error de vuestras mentes.

También yo erré y fui contrario a la Verdad, perseguí a Cristo. Tengo presente siempre mi pecado, aun en la gloria de este reino, cuyas puertas abrieron mi arrepentimiento, mi fe, el martirio que sufrí por profesar mi fe en Cristo y en la vida inmortal. Mas, cuando la Luz me rindió, al darse a conocer; abandoné el error para seguir la Luz[10].

La Luz se dio a conocer a vosotros a través de veinte siglos de prodigios, que ni siquiera el más feroz opositor o el más obstinado podría negar. Entonces, ¿por qué vosotros, los afortunados que tenéis como testimonio de esa Luz veinte siglos de manifestaciones divinas, queréis permanecer en el error?

Yo, testigo de Cristo, os lo juro. *Ni la carne ni la sangre pueden heredar el reino de Dios; sólo el espíritu puede heredarlo.* Y como está escrito en el Evangelio de Jesús nuestro Señor[11], *los destinados a resurgir* y a volver a casarse porque tienen una segunda vida terrena no son los *hijos de este siglo* (considerad hermanos, que aquí "siglo" define a los que están en este mundo, es decir, a los terrestres). *Resurgirán sólo los que son dignos del segundo siglo, el eterno, o sea los que, dado que han vivido, no pueden volver a morir y que, además, no anhelan nupcias humanas porque han obtenido la vida espiritual y se han hecho semejantes a los ángeles e hijos del Altísimo y para su espíritu desean un solo connubio: con Dios-Amor; un solo patrimonio: Dios; una sola morada: el Cielo; una sola vida: la Vida.*

¡Amén, amén, amén!

Os digo: creed para obtenerla"

Y así pues ha venido S. Pablo. ¡Oh, qué huracán! ¡No me sorprende que con la vehemencia de su palabra haya arrollado hasta a los atenienses, ya acostumbrados a sus oradores! Si Juan es un soplo de viento perfumado de cielo, Pablo es un ciclón rebosante de todos los elementos aptos para doblegar las cumbres más altivas.

[10] Hechos 9, 1-22.
[11] Mateo 22, 23-33; Marcos 12, 18-27; Lucas 20, 27-40.

Creo que el ciclo está cerrado. Y si todo este concierto de notas no logra penetrar en ellos (…)[12], no sé qué es lo que podrá lograrlo. Desde hacía muchos meses deseaba un dictado acerca de este tema. Esperé. Y me llegaron siete; si yo estuviera en el lugar de algunas personas, me sentiría como un ratón en la trampa o un pájaro en la red. Me acosaría la evidencia por todas partes.

No esperaba que justo fuera a hablar S. Pablo.

Ahora siento los hombros doloridos y descanso mirando con los ojos del alma la Divina Paloma de oro y sintiendo a mi lado a María. Su palabra matutina sigue cantando en mi corazón.

[12] El paréntesis y los puntos suspensivos se encuentran también en el cuaderno autógrafo. En especial, la escritora alude a una persona que conoce; pero, en general, se refiere a los adeptos de la doctrina de la reencarnación o metempsicosis, a quienes están dedicados casi todos los dictados precedentes, empezando por el del 7 de enero.

12 de enero de 1944

Hechos de los Apóstoles, 10.

Dice Jesús:

"Mi discípulo dice: "Dios es Caridad y quien tiene caridad tiene a Dios. ¿Cómo puede decir alguien que ama a Dios, si no ama a los propios hermanos?[1]

No se llama aquí hermanos a lo hijos de la misma sangre ni tampoco a los hijos de una sola nación o a los de una sola religión. Sois todos hermanos porque única es la cepa: Adán, y único el origen: Dios. Aunque seáis latinos, arios, asiáticos, africanos, civilizados o no, no os crearon progenitores diversos sino un único Creador: vuestro Dios, que es Señor de los Cielos y Padre de todos los seres vivientes.

Los hijos que más ama su corazón son los regenerados en el Bautismo de Cristo. Los hijos más dilectos y herederos, junto con el Hijo, de la Ciudad celestial, son los que viven la doctrina de Cristo. Mas, si son diversos el nivel de la paternidad y, por consiguiente, la categoría de los hijos, siempre es única la semilla –tanto la natural como la sobrenatural- que os generó: Dios, Padre divino; Adán, padre terrenal.

Por lo tanto vosotros, los que queréis ser "perfectos" no por perversa arrogancia de la mente sino para obedecer a mi dulce mandato, que os dice: "Se perfectos así como es perfecto mi Padre"[2], vosotros no debéis albergar sentimientos de desprecio o repugnancia hacia quienes no son como vosotros "cristianos" de hecho o católicos de nombre. No debéis decir: "Visto que no es religioso, visto que es un hereje, visto que es pagano, para mí este ser es un reptil, un inmundo animal, causa de repugnancia y escándalo". *Una sola cosa debe provocarnos repugnancia y ser causa de escándalo, porque se trata de inmundicia y corrupción. Es vuestra relación con Satanás, que arruina vuestro espíritu y os hace repugnantes a los ojos de Dios. Esto es lo que tenéis que eludir, evitar, rehuir hasta con el pensamiento.* Sólo esto.

Pero si sois o queréis ser "hijos de Dios", verdaderos hijos de Dios, debéis ser generosos con los hermanos pobres de espíritu, con los de espíritu indigente, con los de espíritu enfermo, con los de espíritu impuro. Son pobres los idólatras; indigentes, los herejes; enfermos, los pecadores; impuros, los que están desviados por doctrinas aún más nefastas que las de las religiones cristianas menores, que creen en Cristo pero no son un ramo del árbol verdadero sino un ramo no injertado en Cristo y, por tanto, un ramo silvestre que da frutos agrios, indignos del altar celestial. Debéis obrar así, pues si la bondad de Dios juzga con ecuanimidad las acciones de todos y concede un premio a los "buenos" porque es cosa justa, dicho premio no será nunca tan fúlgido y pletórico como el de los que son los verdaderos hijos de la verdadera Iglesia.

Mucho se le perdona al que mucho ama y cree en otra religión pensando que está en lo justo. Mas, dado que el Evangelio se predica también en esos países que están separados de Roma, también mucho se les pedirá a esos sordos que no quisieron oír la Voz y ver la Luz de Jesucristo, que está vivo en su Iglesia Apostólica Romana.

Mas no es a vosotros, los católicos, a quienes compete juzgar. He dicho: "No juzguéis". He dicho: "Quita antes la viga de tu ojo y luego la paja del ojo de tu hermano"[3]. ¡Oh, cristianos católicos de fe menoscabada, de caridad demasiado incierta, en quienes las cuatro virtudes cardinales se han extinguido! Muchas vigas hay en vuestros ojos. Son muchas; demasiadas. Cuidad que no os suceda que idólatras y gentiles os superen en el amor de Cristo y merezcan ser alabados antes que vosotros por su segura fe en la religión de sus progenitores, por su caridad hacia el Dios conocido, por las virtudes que practican generosamente.

El amor purifica aun lo impuro y profano. El amor purificó a María de Magdala y a Leví[4]. Podemos comparar las religiones no católicas a estos dos seres que el Evangelio nos muestra redimidos, *redimidos por el amor.* Podemos comprender, ¡oh hijos! *Que los creyentes de esas religiones, que viven en el amor a Dios tal como les fue enseñado* (y, a lo más, Dios interrogará sobre el motivo del error a los responsables de su

[1] 1 Juan 4, 8-21.
[2] Mateo 5, 48.
[3] Mateo 7, 1-5; Lucas 6, 37, 41-42
[4] Hechos 10, 34-35

separación de Roma), *para Mí son puros por la caridad que vive en ellos.* Lo repito: se les preguntará por qué no quisieron aceptar el Evangelio predicado en Roma; más no se les negará la mirada de Dios, porque su altar impuro, el altar de su espíritu, ha sido purificado por el amor.

Recordad las palabras de Pedro: "Reconozco que Dios no hace distinciones entre las personas y que, en cualquier país, le es grato quien le teme y pone en práctica la justicia"[5]. Por eso, sin soberbia en la mente ni falta de caridad en el corazón, *mirad con espíritu ultraterreno a los hermanos separados de Roma y derramad sobre ellos vuestro amor operante para unirles a la Roma de Cristo. Hacedlo, cualquiera que sea el error que cometieron.*

Si os eleváis más allá de la carne y la sangre, más allá del pensamiento humano, *no podrá dañaros el contacto de la carne y de la mente* porque viviréis en zonas que el contagio no alcanza. Quedaos en Mí. *Yo soy la defensa del que vive en Mí.* Y derramad sobre todos, esa caridad que en mi corazón vive para todos y es maestra de todos.

La comunión de los santos no se limita a los hermanos en la fe. Se derrama sobre todos los seres vivientes porque el Primero que la estableció y ejerció fui Yo, que por todos derramé mi Sangre.

La Plegaria por todos los que están separados de Mí –ya sea por cismas, doctrinas, sectas o herejía- *no es más que celo por mi Causa. No es más que imitación de vuestro Maestro,* que no le ahorró a Sí mismo ningún dolor, con tal de lograr que los hijos separados fueran conducidos a Dios, al Padre santo.

Me dirijo a vosotros, ¡oh perlas de mi rebaño, mis almas penitentes, mis copias perfectas, mi consuelo y mi gloria! *El sufrimiento* –oro puro de vuestro amor, sangre del corazón de la mística comunión de los santos- *es el que, al igual que el mandato de Cristo [6] arranca de la muerte a los muertos. Y esta resurrección del espíritu es infinitamente más alta y parecida que la de la carne;* ya lo veréis en el Cielo, cuando me oigáis exclamar: "¡Benditos!"[7] hacia todos vosotros que, como evangelizadores ocultos pero más poderosos que tantos sacerdotes poco solícitos, ya habréis conquistado para la Verdad a los no circuncisos de hoy"[1].

[5] Hechos 10, 34-35
[6] Juan 11, 41-43
[7] Mateo 25, 34
[1] Valtorta dibuja una figura en forma de ojal.

13 de enero de 1944

Dice Jesús:

"Está dicho: "Dios, porque amó infinitamente al hombre, le amó hasta la muerte"[1].

Los más verdaderos entre mis adeptos no son y no han sido diferentes de su Dios y, siguiendo su ejemplo y para su gloria, a Él y a los hombres han prodigado un amor inconmensurable que va hasta la muerte.

Ya te he dicho [2] que la muerte de Inés tiene, como la de Teresa, un único nombre: amor. Ya sea la espada o la enfermedad la causa aparente de la muerte de estas criaturas, que supieron amar con esa "inmensidad" relativa de la criatura (lo digo así para los que manejan con sutileza las palabras), que es la copia menor de la "inmensidad" perfecta de Dios, *el único y verdadero agente es el amor.*

Una sola palabra bastaría como epígrafe para estos "santos" míos. La que se usa para Mí: "Dilexit". Amó. Amaron la adolescente Inés y la joven Cecilia, amó la fila de los hijos de Sinforosa, amó el tribuno Sebastián, amó el diácono Lorenzo, amó Julia, la esclava, amó el maestro Casiano, amó el carpintero Rufo, amó el pontífice Lino, amó el cándido cuadro de las vírgenes, el tierno prado de los niños, la dulce fila de las madres, la viril de los padres y la férrea cohorte de los soldados, y la sacerdotal procesión de los obispos, de los pontífices, de los clérigos, de los diáconos, amó la humilde multitud de los esclavos, doblemente redimida.

Amó ésta, mi purpúrea corte, que en medio de los tormentos profesó mi doctrina. Y amaron, en épocas más serenas, los innumerables consagrados de los claustros y los cenobios, las vírgenes de todos los conventos y los héroes del mundo que, aun viviendo en el mundo, supieron hacer que el amor fuera clausura para el espíritu, de modo que éste viviera amando únicamente al Señor, por el Señor, y a los hombres, a través del Señor.

Amó. Esta pequeña palabra que, sin embargo, es más grande que el universo porque en su brevedad encierra la fuerza más fuerte de Dios, la característica más característica de Dios, el poder más potente de Dios; esta palabra -cuyo sonido ultraterreno define una vida ya vivida, colma de sí todo lo creado y estremece de admiración a la humanidad y de júbilo a los Cielos- es la llave que abre, el secreto que explica la resistencia, la generosidad, la fuerza, el heroísmo, de tantas y tantas criaturas que, por edad o ambiente familiar o posición social, parecían los menos adecuados para tal perfección heroica. Pues si no causa estupor que Sebastián, Alejandro, Mario, Expedito, por Cristo hayan sabido desafiar a la muerte, así como habían sabido desafiarla por César, causa estupor que seres apenas adolescentes, como Inés, o madres amorosas, hayan sabido despojarse de la vida entre tormentos y hayan aceptado, como primer tormento, el de desprenderse del abrazo de los parientes y de los hijos, llevadas por el amor hacia Mí.

Mas a esta generosidad humana y sobrehumana del mártir del amor corresponde la generosidad divina del Dios de amor. Yo soy el que da fuerzas a estos héroes míos y a todas las víctimas del martirio incruento pero prolongado y no menos heroico. *Yo me convierto en fuerza dentro de ellos. Yo soy el que infunde fuerzas* a la adolescente Inés como al viejo decrépito; a la joven madre como al soldado; al maestro como al esclavo; y, a lo largo de los siglos, a la que vive en el claustro como al estadista que muere por la fe, a la víctima ignorada como al adalid del espíritu.

No encontraréis en el fondo del corazón de estos mártires y en sus labios más que esta preciosidad y este sabor: "Jesús". Yo, Jesús, estoy allí donde irradia la santidad y se difunde la caridad"

Es medianoche, Jesús acaba de dictarme este trozo, que asocio a mi visión de esta noche.

[1] La escritora añadió a pié de página: Juan cap 13° v. 1° (me lo hace ver S. Juan) tras haberlo señalado en el texto con una pequeña cruz

[2] El 14 de octubre de 1943 3n "Los cuadernos 1943".

Desde esta mañana resonaba en mi corazón la frase: “Dios, porque amó infinitamente al hombre, le amó hasta la muerte”. Hasta tal punto me la repetía, que he revisado todo el nuevo testamento para encontrarla. Pero no la he encontrado. O se me pasó o no está allí.

Casi cegada por el cansancio, me he resignado a suspender la búsqueda, convencida de que Jesús hablaría seguramente de este tema. Y no me he equivocado. Pero antes de hablarme de ello, mi Señor me ha ofrecido una dulce visión y albergándola en mi corazón, me he abandonado a mi consabido… descanso; luego, cuando he vuelto a estar entre los vivos, la he encontrado de nuevo, con la tersura del primer momento.

Me parecía distinguir una especie de pórtico (quizás un peristilo o un foro) un pórtico de la antigua Roma. Lo llamo “pórtico” porque había un hermoso piso de mármol y columnas de mármol blanco que sostenían un techo abovedado, decorado con mosaicos. Puede haber sido el pórtico de un templo pagano o de una casa romana o la Curia o el Foro. No lo sé.

Contra una pared había una especie de trono, formado por un estrado de mármol sobre el que se erigía un sitial. En este sitial estaba un antiguo romano, que llevaba una toga. Más tarde comprendí que se trataba del Prefecto Imperial. Contra las paredes había estatuas grandes y pequeñas de dioses, y trípodes para el incienso. En medio de la sala o pórtico, no había más que una gran losa de mármol blanco. En el muro que estaba frente al sitial de aquel magistrado, se abría el verdadero pórtico y a través de él se veían la plaza y la calle.

Mientras observaba estos detalles y la fisonomía grave del Prefecto, tres jovenzuelas entraron en el vestíbulo, pórtico, sala, lo que usted quiera.

Una de ellas era muy joven, casi una niña. Estaba vestida completamente de blanco: una túnica la cubría por entero pues dejaba ver tan sólo el cuello sutil y las manos pequeñas, con muñecas infantiles. Tenía la cabeza descubierta y era rubia. Iba peinada de modo muy simple, con la raya en medio y dos largas y pesadas trenzas sobre los hombros. Pesaban tanto los cabellos que la obligaban a inclinar ligeramente la cabeza hacia atrás y esto le daba, sin querer, un porte real. Jugueteaba a sus pies un corderillo casi recién nacido, todo blanco y con un hociquillo rosado como los labios de un niño.

Las otras dos jóvenes estaban detrás a pocos pasos de ella. Una parecía casi de la misma edad que la primera, pero tenía un aspecto más robusto y rústico. La otra era mayor: habrá tenido a lo sumo unos 16 ó 18 años. También ellas estaban vestidas de blanco e iban con la cabeza cubierta, pero su atavío era más humilde. Parecían doncellas de la otra joven, pues guardaban hacia ella una actitud respetuosa. Comprendí que esta era Inés, que la que tenía la misma edad era Emerenciana y la otra no sé quién era. Sonriente y aplomada, Inés se dirigió a la tarima del Magistrado. Y oí el siguiente diálogo:

“¿Me deseabas? Heme aquí”.

“No creo que, cuando sepas el porqué de mi llamado, seguirás definiéndolo deseo. ¿Eres cristiana?”.

“Sí, por gracia de Dios"

“¿Comprendes lo que puede significar para ti esta afirmación?”.

“El Cielo”.

“¡Cuidado! La muerte es fea y tú eres una niña aún. No sonrías, porque no estoy bromeando”.

“Yo tampoco estoy bromeando. Te sonrío porque eres el padrino de mis nupcias eternas y te quedo agradecida”.

“Es mejor que pienses en bodas terrenas. Eres rica y hermosa. Ya hay muchos que piensan en ti. No tienes más que elegir para convertirte en una patricia feliz”.

“Ya he hecho mi elección. Amo al Único que es digno de ser amado y ésta es la hora de mis bodas, este es el templo en que han de celebrarse. Oigo la voz del Esposo que viene y veo ya su amorosa mirada. A Él le sacrifico mi virginidad para que la convierta en una flor eterna”.

“Si te interesa tu virginidad y también tu vida, ofrece sacrificios a los dioses cuanto antes. Así lo establece la ley”.

"Tengo un único Dios verdadero y a Él le ofrezco sacrificios de buenas ganas! [3]

En ese momento me pareció que algunos ayudantes del prefecto daban a Inés un vaso con incienso para que lo vertiera en el trípode que había elegido, delante de un dios.

"No son estos los dioses que amo. Mi Dios es Jesucristo, nuestro Señor: Y a Él, a quien amo, me sacrifico yo misma".

Me pareció entonces que el Prefecto, irritado ordenaba a sus ayudantes que, visto que desde ese momento se la consideraba rea y prisionera, colocaron las cadenas en los pulsos de Inés para impedirle la huída o cualquier acto irreverente hacia las imágenes.

Mas la virgen se volvió sonriente al verdugo y le dijo: "No me toques. He venido aquí espontáneamente porque aquí me llama la voz del Esposo que, desde le Cielo, me invita a las bodas eternas. No me hacen falta tus grillos ni tus cadenas. *Tendrías que ponérmelos sólo si quieres arrastrarme al mal.* Y (quizás) no servirían, porque mi Señor Dios los convertiría en algo más inútil que un hilo de lino en la muñeca de un gigante. *No, hermano, tus cadenas no sirven para ir al encuentro de la muerte, del júbilo, de las bodas de Cristo.* Te bendigo si me martirizas. No huyo. Te amo y ruego por tu espíritu".

Tan bella, cándida, erguida como un lirio, Inés era una visión celestial en la visión…

El Prefecto pronunció la sentencia, que no logré oír bien. Me pareció que se había producido una interrupción durante la cual perdí de vista a Inés y me distraje debido a las muchas personas que se habían aglomerado en el entorno.

Luego volví a encontrar a la mártir, aún más bella y gozosa. Ante ella había un trípode y una estatua de oro, que representaba a Júpiter. A su lado, el verdugo ya había desenvainado la espada. Probablemente, quería hacer la última tentativa para doblegarla. Mas Inés, con una mirada resplandeciente, sacudía la cabeza y con su pequeña mano rechazaba la estatuilla. Ya no estaba a sus pies el corderillo, que ahora se encontraba en brazos de Emerenciana, sacudida por los sollozos.

Vi que hacían arrodillar a Inés en el piso, en medio de la sala, allí donde estaba la gran losa de mármol blanco. La joven se recogió en sí misma, con las manos sobre el pecho y la mirada fija en el cielo. Sus ojos absortos en una dulce contemplación, estaban bañados de lágrimas de gozo sobrenatural. El rostro no había palidecido y en él se reflejaba una sonrisa.

Uno de los ayudantes le cogió las trenzas como si se hubiera tratado de una cuerda, con la intención de tener fija la cabeza. Pero no era necesario.

"¡Amo a Cristo!" gritó al ver que el verdugo alzaba la espada; vi que la misma penetraba entre la escápula y la clavícula y hendía la carótida derecha; vi que la mártir se desplomaba, sin perder la posición arrodillada, hacia el lado izquierdo, como quien se abandona en el sueño, un sueño feliz, porque la sonrisa no se borró de sus labios: sólo quedó oculta tras el borbotón de sangre que manaba impetuosamente de la garganta tronchada.

He aquí mi visión de esta noche. No veía la hora de estar sola para escribirla y tener el gozo de revivirla en paz.

Durante la visión, corrían mis lágrimas –espero que la penumbra de mi habitación las haya ocultado a los presentes- y yo permanecía con los ojos cerrados, ya sea porque estaba tan atraída por la contemplación que necesitaba concentrarme, ya sea porque quería hacer creer que dormía, pues no me gusta que se comprenda… dónde estoy. La visión era tan bella que no logré soportar los trozos de frases comunes y muy

[3] En el cuaderno autógrafo, el texto de los cinco párrafos precedentes está condensado de este modo: "Y yo tampoco. Te sonrío porque tú eres el padrino de mis nupcias eternas y te quedo agradecida". "Ofrece sacrificios a los dioses. Así lo establece la ley". "Tengo un único Dios verdadero y a Él le ofrezco sacrificios de buenas ganas. Pero luego a escritora tachó y escribió de través sobre él: corregido según el dictado de Inés y en una hojita suelta colocada en el cuaderno escribió: Mientras hago la acción de gracias de la Comunión, la mártir me dice: Has referido exactamente. Pero has olvidado un punto. Corrige así y escribe así"… (sigue el trozo que figura en el texto, que sustituye el que tachó la escritora) Etc., etc…En verdad, dado el cuchicheo que oía a mi alrededor y también el tiempo transcurrido (6 horas) entre la visión y el momento en que la describí y aunque tengo buena memoria, no transcribí esa parte del diálogo que, ahora que la mártir me lo ha repetido recuerdo perfectamente. Me alegra poder corregir mi omisión gracias a la bondad de la Santa, y ofrecer la versión exacta del diálogo.

terrenas que llegaban a mis oídos y que flotaban como chatarra en medio de la belleza de mi visión. Por eso dije: "¡Callaos, callaos!", como si me molestaran los rumores. Pero no era eso. Era que quería quedarme sola para contemplar en paz. Y, en efecto, lo logré.

Después Jesús me habló.[4]

[4] Se refiere al dictado precedente.

14 de enero de 1944

Hechos de los Apóstoles 10, 15.

Jesús dice:

"El que Dios ha purificado es un espíritu que busca a Dios con intentos puros, aun cuando pueda presentar la apariencia de lo impuro.

No debéis juzgar [1] y, a través de ti, se lo digo también a tantos que aún menos que tú están evangelizados en mi doctrina. Sólo Dios es juez. Cuando veo, desde lo alto de mi trono, un espíritu recto que persigue su anhelo y que, con todos sus medios busca a Dios y trata de servir y amar a este Dios con todas sus fuerzas, lo justifico y lo hago puro y placentero a mis ojos como a un hijo mío, y suplo la carencia de los hombres, dando la luz espiritual.

¡Oh, cristiano-católicos tibios, cuántas veces mi Palabra brilla y se convierte en luz en el corazón de alguien que no es un hermano en el catolicismo, pero que os supera en cuanto a amor hacia Cristo y, aunque no conozca a Cristo, en cuanto a amor al Dios verdadero, que le es desconocido pero que siente vivir eternamente a través de su creación! En verdad os digo que el Espíritu de Dios no conoce límites y se vuelve Maestro de Verdad para muchos de los que reputáis desagradables a Dios.

Como marea que cubre esta orilla y descubre la opuesta que, por estar tan cubierta de arena, no permite que las aguas la limpien e impregnen, el Espíritu Santo *–cuya venida impiden demasiados, entre vosotros los católicos, por su modo de vivir-* difunde su luz a otros, que más que vosotros merecen recibirle y les purifica para Dios, pues Él es El que purifica, El que prepara, y El que perfecciona la obra del Verbo.

Así como en la historia humana el Espíritu, por medio de la palabra de los Profetas, preparó a los hombres para mi venida y, después de mi retorno a Dios, perfeccionó en vosotros la capacidad de comprender mi Palabra, del mismo modo Él, la tercera Persona divina, me prepara el camino en los corazones que aún no han acogido mi Verdad y los riega para que mi Verdad, depositada en ellos como semilla transportada por el viento divino, se convierta allí en un árbol grande en el que moren todas las virtudes. Antes que Yo, Él bautiza a los paganos de hoy (por paganos entiendo: todos los no católicos); ¡que vuestra buena voluntad haga que os bautice, por segunda vez, también a vosotros, que os estáis volviendo, o ya os habéis vuelto, paganos! Él bautiza con el fuego del amor verdadero.

Por lo que vuelvo a repetiros: No juzguéis profano lo que Dios ha purificado y guardad sentimientos de fraterna caridad para todos".

Le obedezco y escribo la advertencia de Jesús en relación con el epígrafe de Antonia[2]

Cuando, después de que yo le di la hojita, Usted se fue con ella, Jesús me dijo: "Trata de advertir al Padre, porque te has olvidado de poner el acento sobre la "e" que precede la palabra "beatitud"[3] Y esto cambia el significado de la frase, que así no tiene sentido. Acuérdate de decírselo para que añada ese acento". Pues… acabo de hacerlo.

Esta mañana no me ha ocurrido nada en particular y hasta este momento, en que son las 23, tampoco.

---

[1] En el dictado del 12 de enero.

[2] Se trata de Antonia Dal Bo Terrazzi que nació en Como en 1907 y murió en Viareggio el 4 de enero de 1944. Transcurrió los últimos nueve meses de su vida gravemente enferma y se ofreció a Dios por la salvación de Italia. Su agonía comenzó tres días antes de la muerte y tuvo manifestaciones que turbaron a sus parientes; a ellos les llegó, a través del P. Migliorini, el consuelo del tranquilizador mensaje escrito por María Valtorta, que luego hicieron imprimir en las tarjetas distribuidas en su recuerdo: "Porque fue tocada por la caridad, se ofreció como una flor en el altar, como víctima por las desventuradas naciones. Conoció la noche de Cristo en Gestsemaní y la amargura de la hora nona en la cruz. Mas, aún antes de la resurrección en Jesús-Vida le fue revelada la beatitud de los elegidos y así, con la anticipada posesión del Amor, exhaló el espíritu santificado por su heroísmo, con la mirada en María. Estrella de su eterna mañana". Véase también la nota n° 2 del texto del 4 de enero.

[3] El texto italiano dice: "…ciò che è beatitudine" (lo que es beatitud), donde la e acentuada corresponde a es, 3° persona singular del presente del verbo ser. En cambio la e no acentuada se traduce con la conjunción copulativa *y*. Es evidente que, en tal caso, la frase no tiene sentido.

15 de enero de 1944

Dice Jesús:

"Una vez te hice ver al Monstruo de los abismos[1]. Hoy te hablaré de su reino. No puedo tenerte siempre en el paraíso. Recuerda que tú tienes la misión de evocar en los hermanos las verdades que han olvidado demasiado. Pues en este olvido que, en realidad, es desprecio por las verdades eternas, se originan tantos males para los hombres.

Por lo tanto, escribe esta página dolorosa. Luego tendrás consuelo. Es viernes por la noche. Mientras escribes, mira a tu Jesús, que murió en la cruz, entre tormentos tales que pueden compararse a los del infierno, y que quiso esa muerte para salvar a los hombres de la Muerte.

Los hombres de nuestro tiempo ya no creen en la existencia del Infierno. Se han construido un más allá según el propio deseo, de tal modo que sea menos aterrador para su conciencia, merecedora de grandes castigos. Como son discípulos relativamente fieles del Espíritu del Mal, saben que su conciencia retrocedería ante ciertas fechorías, si de verdad creyeran en el Infierno tal como lo enseña la Fe, saben que, si cometieran esa fechoría, su conciencia volvería en sí misma y, por el remordimiento, llegaría a arrepentirse, por el miedo llegaría a arrepentirse y, arrepintiéndose, encontraría el camino para volver a Mí.

Su maldad, que les enseña Satanás –del que son siervos o esclavos, según su adhesión a los deseos e instigaciones del Maligno-, no admite estos retrocesos y estos regresos. Por eso anula la creencia en el Infierno tal como es y construye otro –si es que se decide a hacerlo- que no es más que una pausa para tomar impulso hacia nuevas elevaciones futuras.

E insiste en esta opinión hasta *creer sacrílegamente* que el mayor pecador de la humanidad puede redimirse y llegar a Mí a través de fases sucesivas. Hablo de Judas, el hijo predilecto de Satanás; el ladrón, tal como está escrito en el Evangelio[2]; el que era concupiscente y ansioso de gloria humana, como Yo lo defino; Iscariote que, por la sed insaciable de la triple concupiscencia, se convirtió en mercante del Hijo de Dios y que me entregó a los verdugos [3] por treinta monedas y la señal de un beso: un valor monetario irrisorio y un valor afectivo infinito.

No; si él fue el sacrílego por excelencia, Yo no lo soy. Si él fue el injusto por excelencia, Yo no lo soy. Si él fue quien con desprecio derramó mi Sangre, Yo no lo soy. Perdonar a Judas sería un sacrilegio hacia mi Divinidad, que traicionó; sería una injusticia hacia *todos* los demás hombres que, en todo caso, son menos culpables que él y que, aún así, son castigados por sus pecados; sería despreciar mi Sangre y sería, en fin, faltar a mis leyes.

Yo Dios Uno y Trino, he dicho [4] que lo que está destinado al Infierno, quedará en él *eternamente*, porque de esa muerte no se surge a una nueva resurrección. He dicho que ese fuego es *eterno* y que acogerá a todos los que cometieron escándalos e iniquidades. Y no creáis que esto dure hasta el momento del fin del mundo. No; al contrario, tras la tremenda reseña, esa morada de llanto y de tormento se hará más despiadada, porque el infernal solaz que aún se concede a sus huéspedes –poder dañar a los vivos y ver precipitar en el abismo a nuevos condenados- ya no será posible y la puerta del abominable reino de Satanás será remachada y clausurada por mis ángeles para siempre, para siempre; será ese un siempre cuyo número de años no tiene número; un siempre tan ilimitado que, si los granillos de arena de todos los océanos de la tierra se convirtieran en años, formarían menos de un día del mismo, de esta inconmensurable eternidad mía, hecha de luz y gloria en las alturas de los benditos; de tinieblas y horror en el abismo para los malditos.

Te he dicho [5] que el Purgatorio es fuego de amor. Y que *el Infierno es fuego de rigor*.

---

[1] Ya desde la noche del 18 de julio de 1943 y, en particular, el 20 en "Los cuadernos. 1943".
[2] Juan 12, 4-6.
[3] Mateo 26, 14-16 y 47-50; Marcos 14, 10-11 y 43-46; Lucas 22, 3-6 y 47-48; Juan 18, 1-3.
[4] El 7 de enero
[5] El 17 y 21 de octubre de 1943 en "Los cuadernos 1943".

El Purgatorio es un lugar en el cual expiáis la carencia de amor hacia el Señor Dios vuestro mientras pensáis en Dios, cuya Esencia brilló ante vosotros en el instante del juicio particular y despertó en vosotros un deseo no satisfecho de poseerla. A través del amor conquistáis el Amor y, por niveles de caridad cada vez más viva, laváis vuestras vestiduras hasta hacerlas cándidas y brillantes para entrar en el reino de la Luz, cuyos fulgores te hice ver día atrás[6]

El Infierno es un lugar en el cual el pensamiento de Dios, el recuerdo de Dios visto en el juicio particular no es, como para los que están en el Purgatorio, deseo santo, nostalgia dolorida mas plena de esperanza, esperanza llena de serena espera, de segura paz, que será perfecta cuando llegue a convertirse en conquista de Dios, pero que ya va dando al espíritu que purga sus faltas una jubilosa actividad purgativa porque cada pena, cada instante de pena, le acerca a Dios, su único amor. En cambio, en el Infierno, el recuerdo de Dios *es remordimiento, es resquemor, es tormento, es odio; odio hacia Satanás, odio hacia los hombres, odio hacia sí mismos.*

Tras haber adorado en la vida a Satanás en vez de a Mí, ahora que le poseen y ven su verdadero aspecto, que ya no se oculta bajo la hechicera sonrisa de la carne, bajo el brillante refulgir del oro, bajo el poderoso signo de la supremacía, ahora *le odian porque es la causa de su tormento.*

Tras haber adorado a los hombres –olvidando su dignidad de hijos de Dios- hasta llegar a ser asesinos, ladrones, estafadores, mercantes de inmundicias por ellos, ahora que se encuentran con esos patrones por los que mataron, robaron, estafaron, vendieron el propio honor y el honor de tantas criaturas infelices, débiles, indefensas –que convirtieron en instrumento de lujuria, un vicio que las bestias no conocen pues es atributo del hombre envenenado por Satanás-, ahora, *les odian porque son la causa de su tormento.*

Tras haberse adorado a sí mismos otorgando todas las satisfacciones a la carne, a la sangre, a los siete apetitos de su carne y de su sangre y haber pisoteado la Ley de Dios y la ley de la moralidad, *ahora se odian porque ven que son la causa de su tormento.*

La palabra "Odio" tapiza ese reino inconmensurable; ruge en esas llamas; brama en las risotadas de los demonios; solloza y aúlla en los lamentos de los condenados; suena, suena y suena como una eterna campana que toca a rebato; retumba como un eterno cuerpo pregonero de muerte; colma todos los recovecos de esa cárcel; es, por sí misma, tormento porque cada sonido suyo renueva el recuerdo del Amor perdido para siempre, el remordimiento de haber querido perderlo, la desazón de no poder volver a verlo jamás.

Entre esas llamas, el alma muerta, al igual que los cuerpos arrojados a la hoguera o en un horno crematorio, se retuerce y grita como si la animara de nuevo una energía vital y se despierta para comprender su error; y muere y renace a cada instante en medio de atroces sufrimientos, porque el remordimiento la mata con una maldición y la muerte la vuelve a la vida para padecer un nuevo tormento. *El delito de haber traicionado a Dios en el tiempo terrenal está integralmente frente al alma en la eternidad; el error de haber rechazado a Dio en el tiempo terrenal está presente integralmente para atormentarla, en la eternidad.*

En el fuego, las llamas simulan los espectros de lo que adoraron en la vida terrena, por medio de candentes pinceladas las pasiones se presentan con las más apetitosas apariencias y vociferan, vociferan su memento: "Quisiste el fuego de las pasiones. Experimenta ahora el fuego encendido por Dios, cuyo santo Fuego escarneciste".

A fuego corresponde fuego. En el Paraíso es fuego de amor perfecto. En el Purgatorio es fuego de amor purificante. En el Infierno es fuego de amor ultrajado. Dado que los elegidos amaron a la perfección, el Amor se da a ellos en su Perfección. Dado que los que están en el Purgatorio amaron débilmente, el Amor se hace llama para llevarles a la Perfección. Dado que los malditos ardieron en todos los fuegos menos en el fuego de Dios, el fuego de la ira de Dios les abrasa por la eternidad. *Y en ese fuego hay hielo.*

¡Oh, no podéis imaginar lo que es el Infierno! Tomad fuego, llamas, hielo, aguas desbordantes, hambre, sueño, sed, heridas, enfermedades, plagas, muerte, es decir, todo lo que atormenta al hombre en la tierra, haced una única suma y multiplicadla millones de veces. *Tendréis sólo una sombra de esa tremenda verdad.*

[6] El 10 de enero.

Al calor abrasador se mezcla el hielo sideral. Los condenados ardieron en todos los fuegos humanos y tuvieron únicamente hielo espiritual para con el Señor su Dios. Y el hielo les espera para congelarles una vez que el fuego les haya sazonado como a los pescados puestos a asar en las brasas. Este pasar del ardor que derrite el hielo que condensa es un tormento en el tormento.

¡Oh, no es un lenguaje metafórico, pues Dios puede hacer que las almas, ya bajo el peso de las culpas cometidas, tengan una sensibilidad igual a la de la carne, aun antes de que vuelvan a vestir dicha carne! Vosotros no sabéis y no creéis. Mas en verdad os digo que os convendría más soportar *todos los tormentos* de mis mártires *que una hora* de esas torturas infernales.

El tercer tormento será la oscuridad, la oscuridad material y la oscuridad espiritual. ¡Será permanecer para siempre en las tinieblas tras haber visto la luz del paraíso y ser abrazado por la Tiniebla tras haber visto la Luz que es Dios! ¡Será debatirse en ese horror tenebroso en el que solamente se ilumina, por el reflejo del espíritu abrazado, *el nombre del pecado que les ha clavado en dicho horror!* Será encontrar apoyo, en medio de ese revuelo de espíritus que se odian y se dañan recíprocamente, *solos en la desesperación que les enloquece y cada vez más les hace malditos.* Será nutrirse de esa desesperación, apoyarse en ella, matarse con ella. Está dicho: *La muerte nutrirá a la muerte. La desesperación es muerte y nutrirá a estos muertos eternamente.*

Y os digo que, a pesar de que Yo creé ese lugar, cuando descendí a él para sacra del Limbo a los que esperaban mi venida, *sentí horror de ese horror.* Lo sentí Yo mismo, Dios; si no hubiera sido porque lo ha hecho Dios es inmutable por ser perfecto, habría intentado hacerlo menos atroz, porque Yo soy el Amor y ese lugar horroroso produjo dolor en Mí.

¡Y vosotros queréis ir allí!

¡Oh hijos, reflexionad sobre esto que os digo! A los enfermos se les da una amarga medicina; a los cancerosos se les cauteriza y cercena el mal. Ésta es para vosotros, enfermos y cancerosos, medicina y cauterización de cirujano. No la rechacéis. *Usadla para sanaros. La vida no dura estos pocos días terrenos. La vida comienza cuando os parece que termina, y ya no acaba más.*

Haced que para vosotros la vida se deslice donde la luz y el júbilo de Dios embellecen la eternidad y no donde Satanás es el eterno Torturador>>

Dice Juan:

<<Seré yo el consuelo, pequeña hermana.

Ayer por la mañana te quejaste un poco con nuestro buen Jesús. Te pareció que te había pospuesto a la obrera de la última hora[8], a la víctima inmolada inmediatamente, mientras tú, que desde hace años está sobre el altar y que fuiste la primera en pronunciar la plegaria que confió el Maestro[9], ves que tu sacrificio no se consuma nunca.

Eres mi hermana, María. Fui el primer discípulo de Jesús, fui el que le asemejaba más que todos los otros. Hice mías sus palabras, sus afectos, sus deseos. Tuve su misma aspiración de morir para redimir. Y vi cómo los otros me precedían para ir junto a Dios. También me precedió Pablo, el apóstol de la hora ya transcurrida. Y Estéban, que llegó después del Maestro, fue el primero en caer. Y yo me he quedado.

Conocí el dolor de la separación del Maestro, la angustia de la espera, las persecuciones, el martirio, el exilio. Mas no conocí la rápida consumación del sacrificio. Yo, que tenía hambre de mi Jesús, fui obligado a ver deslizarse los años hasta llegar a una tardía vejez antes de poder alcanzarle.

¿Y acaso por eso mi martirio de amor y de anhelo fue menos martirio que el de los otros? ¿O fue menos provechoso? No, mi pequeña hermana. Existen los que son acogidos inmediatamente y los que *"deben* permanecer hasta que Él así lo quiera"[10] porque tienen la misión de ser para los hermanos la voz de Dios.

[8] Mateo 20, 1-16.
[9] Mateo 26, 39-44; Marcos 14, 35-39; Lucas 22, 41-42.
[10] Juan 21, 23.

Pero créeme, ¡oh tú que eres mi hermana en el amor a Cristo!, que tu espera es signo de la predilección de Jesús. Él te deja aquí porque eres su pequeño Juan y a los hermanos debes predicarles el amor, por medio de la palabra que el Maestro te dona. Y es la misión más dulce.

Que la paz sea contigo siempre>>

16 de enero de 1944

Colosenses 1, 15-20.

Dice Jesús:

<<Ya he dicho una vez[1], al explicar el Apocalipsis de Juan, que Yo soy el primogénito de todas las criaturas[2]. Soy el primogénito porque fui el primero en surgir de la mente del Padre, antes de que, tanto en el Universo celeste como en el planetario, exista cosa alguna. Soy el primogénito porque fui el primero que nació de la estirpe de Adán del modo en que, según la voluntad del Padre, debían nacer los hijos del hombre: por medio de una procreación sin sensualidad y sin dolor.

Al heredero que siempre es el primogénito, se le da poder sobre todo lo que pertenece al padre y el padre, por el gozo de que es el primero surgido de su amor, hace todos los esfuerzos y sacrificios posibles para aumentar los bienes y el poder de su primer hijo, del que está destinado a llevar el nombre de la estirpe.

A Mí, que soy el primogénito del Padre Santo y por tanto su heredero, el Padre me dio sin esfuerzo ni sacrificio, un infinito reino que abarca la Tierra y el Cielo; un reino hecho de criaturas espirituales y criaturas terrestres; un reino hecho de infinitas "vidas" que el Dios Padre y Creador hizo perfectas. Son "vidas" de astros y planetas que giran en los campos del cielo y cantan a Dios las loas de la esfera celeste con su eterno, veloz y esplendente girar. Son "vidas" de animales, minúsculos y enormes, canoros o mudos, que vuelan, que se arrastran, que se deslizan, que corren, que son sumamente fuertes o sumamente delicados: fuertes como rocas o delicados como flores, que os dan carne, plumas, canto, ayuda, lana, miel; que fecundan las flores lejanas, que transportan y siembran las semillas aún más lejos, que limpian las aguas y los terrones, que unen entre sí los continentes atravesando, con lento o con velos andar, desiertos y sabanas florestas, cadenas de montañas.

Son "vidas" vegetales que os dan sombra, deleite, alimento, fuego, ornato. Son "vidas" minerales que os dan sustancias necesarias. Son "vidas" microscópicas pero que tienen razón de existir. A todas mi Padre las creó con perfección y me las dio como súbditos al Rey para quien todas las cosas han sido creadas[3]. Son las "vidas" perfectas de los seres angélicos, que son mis súbditos espirituales, los que adoran hasta una señal mía, una señal que para ellos es una orden ya convertida en eco por el amor que les impuse. Son "vidas" que alcanzaron la perfección a través de Mí y de la propia buena voluntad y que, tras haber vuelto a subir al Cielo, de donde provienen, constituyen mi eterna corte.

Son las "vidas" que mi Padre *creó por generación continua: almas destinadas a dar vida a la carne concebida en la Tierra que,* a través de Mí, sanarán de la mordedura hereditaria de Satanás y de nuevo serán gratas al Señor Dios omnipotente, como futuras ciudadanas de mi Reino.

El Padre lo creó toda para mi gloria y mi gozo y Yo, cual divino imán, atraigo a Mí todas las cosas creadas, que reconocen en Mí al que les dio vida.

Fui el primero que nació y fui también el primero que resucitó de la muerte, al alba del tercer día, cuando la carne no había comenzado aún a corromperse pues no era propio de mi naturaleza que conociera la podredumbre. Mi Carne era divina por parte del Padre y sin mancha por parte de Madre. Por lo tanto, estaba libre de condena que hace de vuestros cuerpos, que amáis demasiado, un cúmulo de inmundicia verminosa ante de convertirlos en un montón de huesos calcinados y, por una lenta descomposición de los mismos, en un montón de harinosa cal, o sea, en polvo, nada más que polvo.

[1] El 16 y 17 de agosto en "Los cuadernos, 1943".
[2] Apocalipsis 1, 5.
[3] Juan 1, 3; Hebreos 1, 2.

Por ser Expiador supremo, tuve qué conocer la muerte. Por ser el Redentor y el jefe de una nueva religión –la mía- tuve qué daros una señal que os hiciera comprender que *esa era la única religión divina*. ¿Y podía haber encontrado signo mayor que la resurrección tras tantos dolores mortales que mostraron a todos mi último instante, tras tantas horas transcurridas en el encierro hermético de un sepulcro bajo vendas impregnadas de aromas tan violentos que ya en sí mismos podían provocar la muerte? ¿Y quién, después de tal martirio, después de tal encierro, sin ayudas humanas, como un gigante que sacude las guirnaldas de flores con las que un niño le ha ceñido, puede surgir y librarse de las vendas impregnadas de aroma y de las piedras rebatidas de su sepulcro y emerger sacudiendo la tierra, triunfante sobre la muerte y el mal, bello, sano, fuerte, libre?

Mas, adelante de esta prueba que sufrí por amor vuestro, por vosotros, que sois tan torpes y os rebeláis a la Fe, no era justo que el Hijo de Dios conociera otra prueba y a la muerte siguió la resurrección así como el ocaso de la estrella matutina; ella no podía tenerme en su abrazo por demasiado tiempo; podía tenerme sólo el tiempo necesario para presentarme, como la hostia en el ostensorio, a la humanidad, para que ésta viera a la Gran Víctima, no negara su sacrificio y me adorara como a su Dios y su Vencedor, pues Yo soy El que, tras haberla creado, la venció; la convertí en bendición para el hombre que muere en Mí, en lugar de ser una maldición. Lo logré porque con la Sangre derramada en mi Cruz, anulé la ira del Padre y, de este modo, el morir no es ya separación sino unión con el Padre vuestro con quien Yo, el Primogénito, os he reconciliado al unir vuestras manos con las mías, traspasadas por vosotros.

Yo, el Príncipe de la Paz, he traído paz a las cosas y si vosotros no tenéis la paz, no es por culpa mía, sino por vuestra perversidad, que prefiere el mal al bien, el delito la santidad, la sangre al espíritu>>

17 de enero de 1944

Colosenses 2 y 3.

Dice Jesús:

<<Mira que, más que para ti y para muchos como tú, este dictado corresponde al grupo de los "siete dictados"[2]. Cuando se ha comenzado a destruir un sistema, no está mal seguir haciéndolo a golpes de ariete. Este modo de pensar es una norma férrea. Es necesario insistir para vencer.

Hay una sola Fe verdadera: la mía, tal como os la he entregado, como una gema divina, cuya luz es vida. Pero no basta permanecer nominalmente en ella, como un trozo de mármol, abandonado por casualidad en un cuarto. *Hay qué fundirse en ella, convertirla en una parte vuestra.*

¿Acaso el traje que lleváis, para vosotros es la vida? ¿Acaso se convierte en carne y sangre para vosotros? No, no lo es. Es una indumentaria que os resulta útil, pero que no quita nada a vuestra vida íntima si os despojáis de ella para poneros otra. En cambio. El alimento que ingerís se convierte en vuestra sangre y vuestra carne y ya no podéis quitároslo. Es una parte vuestra esencial, porque sin sangre y sin carne no podríais vivir y sin alimento no tendríais sangre y carne.

Lo mismo sucede con la Fe. No debe ser algo apoyado sobre vosotros por algunas horas, como si fuera un velo para embelleceros y seducir a los hermanos, sino que *debe ser una parte intrínseca de vosotros mismos, inseparable de vosotros. La fe no es sólo esperanza en lo que se cree, la fe es certeza de vida. Una vida que comienza aquí, en esta quimérica vida humana, y que se cumple en el más allá, en la vida eterna que os espera.*

Hoy está cometiéndose una gran herejía, la herejía más sacrílega. Uno de los hijos de Satanás, uno de los mayores, predica una nueva fe. No se trata de Judas, que era el hijo mayor en el pasado, ni del Anticristo, el hijo mayor del futuro; es uno de los hijos que vive actualmente para castigo del hombre que ha adorado al hombre en lugar de adorar a Dios, del hombre que se ha dado muerte a través del hombre, mientras Yo le di la Vida a través de mi muerte. ¡Meditad sobre esta diferencia! La fe que predica el hijo de Satanás es una parodia trágica, sacrílega, maldita, de mi Fe. Se predica un nuevo evangelio, se funda una nueva iglesia, se

[2] Sobre la reencarnación o metempsicosis, como está escrito en el trozo final del texto del 11 de enero.

alza un nuevo altar, se eleva una nueva cruz, se celebra un nuevo sacrificio. Evangelio, iglesia, altar, cruz, sacrificio, fruto del hombre. *No de Dios.*

Hay un solo Evangelio: el mío.

Hay una sola Iglesia: la mía, la católica romana.

Hay un solo Altar: el que está consagrado por el óleo, el agua y el vino; el que está erigido sobre los huesos de un mártir y de un santo de Dios.

Hay una sola Cruz: la mía. Ésa en que pende el Cuerpo de Jesucristo, el Hijo de Dios; ésa que repite la forma del leño que Yo cargué con infinito amor e infinita fatiga hasta la cima del Calvario. No existen otras cruces. Puede haber otros signos, jeroglíficos como los trazados en los hipogeos de los Faraones o en las estelas de los Aztecas, pero son signos, sólo signos humanos o satánicos; no son cruces, no son el símbolo de todo un poema de amor, de redención, de victoria sobre todas las fuerzas del Mal, cualesquiera que sean.

Desde el tiempo de Moisés hasta hoy y desde hoy hasta el momento del Juicio[3], habrá una sola cruz: *la que es semejante a la mía; la que* llevó en primer lugar la "serpiente"[4], el símbolo de la vida eterna; la que me sostuvo; *la que* Yo sostendré cuando os aparezca como Juez y Rey para juzgaros a todos: sea a vosotros, los benditos que creéis en mi Signo y en mi Nombre, sea a vosotros, los malditos, los simuladores y sacrílegos, que habéis arrojado de los templos, de los estados y de las conciencias mi Signo y mi Nombre y lo habéis sustituido con vuestra sigla y vuestro apelativo de satánicos.

Hay un solo sacrificio: el que repite místicamente el mío, y en el pan y el vino os da mi Cuerpo y mi Sangre inmolados por vosotros. No existe otro cuerpo y otra sangre que puedan sustituir a la Gran Víctima. ¡Oh, feroces sacrificadores de los que os están sometidos, de quienes disponéis porque les habéis convertido en galeotes, prisioneros del remo, marcados con vuestra inicial como si fueran bestias para el matadero, vueltos incapaces hasta de pensar porque les habéis robado, prohibido, censurado, lo que da al hombre supremacía sobre las bestias, y de seres inteligentes habéis hecho una enorme manada sobre la cual agitáis el látigo y amenazáis de "muerte" aunque *osen juzgaros sólo con el pensamiento!:* la sangre y los cuerpos que inmoláis *no celebran el sacrificio, no lo sustituyen, no le sirven.*

Mi sacrificio os concede gracias y bendiciones. *Este otro os ofrece condenas y maldiciones eternas.* Oigo los gemidos y veo las torturas de los oprimidos que degolláis en el alma y en la mente aún antes que en el cuerpo. Ni siquiera uno de los que oprimís se salva de vuestro cuchillo, que les priva de la libertad, la paz, la serenidad, la fe, que hace de ellos seres de moralidad torpe, atemorizados, desesperados, rebeldes. Oigo los estertores de los asesinados y veo la sangre que baña "vuestro" altar. *Veo esa pobre sangre que despierta en Mí una misericordia inconmensurable, esa pobre sangre a la que perdono aun el error porque ya el hombre la ha castigado y Dios no se ensaña donde ya se ha expiado.*

Mas os juro que haré de esa sangre y esos gemidos vuestro tormento eterno. Comeréis, regurgitaréis, vomitaréis sangre, os ahogaréis en ella, esos estertores y esos gemidos retumbarán en vuestra alma hasta haceros enloquecer y os obsesionarán los millones de rostros espectrales que, a gritos, proclamarán vuestros millones de delitos y os maldecirán. Esto es lo que encontraréis en el lugar donde os espera el padre vuestro, el rey de la mentira y la crueldad.

¿Y dónde está, entre vosotros, el Pontífice, el Sacerdote que celebra misa? *Sois verdugo, no sacerdotes. Ese no es un altar; es un patíbulo. Ése no es un sacrificio; es una blasfemia. Ésa no es una fe; es un sacrilegio.*

Descended, oh malditos, antes de que os fulmine con una muerte horrenda. Morid al menos como las bestias que, saciadas de presas, se retiran a su cueva para morir. No esperéis sobre vuestro pedestal de dioses infernales que Yo os entregue, no a la expiación del espíritu sino a la de vuestro cuerpo de bestias y os haga morir entre el escarnio de la multitud y las torturas de los que hoy son torturados. *Existe un límite.* Os recuerdo. *Y no existe piedad para quien remeda a Dios y se hace semejante a Lucifer*[5].

[3] Mateo 25, 31-46.
[4] Números 21, 4-9; Juan 3, 14-15.
[5] Isaías 14, 9-15.

Y vosotras, gentes, sabed manteneros con firmeza en la Verdad y la Justicia. La filosofía humana, las doctrinas humanas, están contaminadas por escoria. *Las actuales están saturadas de veneno.* Y no se bromea con las serpientes venenosas. Llega la hora en que la serpiente sale de su encanto y os descarga el golpe fatal. *No os dejéis envenenar.*

Permaneced unidos a Mí. En mí hay justicia paz y amor. *No busquéis otras doctrinas. Vivid el Evangelio. Seréis felices. Vivid de Mí, en Mí.* No conoceréis los grandes placeres corporales. Yo no los dispenso*: Yo dispenso los gozos verdaderos que no son únicamente placer de la carne sino también del espíritu;* dispenso los goces honestos, benditos, santos, que concedí y aprobé, esos goces en los que no rehusé participar.

He aquí lo que Yo bendigo y llamo santo: la familia, los hijos, un honesto bienestar; una patria próspera y tranquila, la buena armonía entre los hermanos y entre los pueblos. Con esto obtendréis también la salud, porque la vida familiar. *Vivida honestamente,* da salud al cuerpo; con esto obtendréis serenidad, porque un oficio o profesión *practicados honestamente,* dan tranquilidad a la conciencia; con esto obtendréis una patria, una nación próspera y en paz, porque *viviendo en buena armonía* con los compatriotas y con los pueblos vecinos evitáis los rencores y las guerras.

Sé que vuestra sangre fermenta de veneno de Satanás, pobres hijos míos. Mas por antídoto os he donado a Mí mismo. Yo os he enseñado a grabar mi Signo, que vence a Satanás, sobre vosotros, en vosotros.

Circuncidad vuestro espíritu por Mí. ¡Es una circuncisión mucho más alta y perfecta! *Ella extirpa de vuestra carne las células en que se anidan los gérmenes de muerte e implanta en vosotros la Vida, que soy Yo. Ella os despoja de la animalidad y os viste de Cristo. Ella os sumerge, como hijos del culpable Adán* – aunque también vosotros sois culpables, ya por la culpa original, ya por las culpas propias- *en el Bautismo y la Confesión de Cristo y os hace resurgir como hijos del Altísimo.*

No os separéis de Mí. ¡Oh! Si permanecéis en Mí, Yo os llevaré al Cielo y aunque no seáis completamente "cielo" –porque siempre queda en vosotros un poco del fango de la Tierra- os prometo que la bendición del Padre no faltará ni siquiera sobre vuestro cieno, pues el Padre no podrá dejar de bendecir a su Hijo, *y si permanecéis en Mí y conmigo rezáis diciendo "Padre nuestro" como os he enseñado*[6]*, mi Potencia os amparará tanto que el Padre os dará ya sea el Reino de los Cielos,* como se pide en la primera parte, *ya sea el pan cotidiano y el perdón de las culpas,* como se pide en la segunda.

Si permanecéis en Mí, como niños en el regazo de la madre, el Padre nuestro, verá solamente la vestidura que os viste: Yo, su Hijo, vuestro Redentor, vuestro Generador para el Cielo. Y sobre su Hijo, objeto de todos sus favores, para quien creó además de todas las cosas, también el perdón y la gloria, y para júbilo de su Hijo, que quiere veros absueltos y gloriosos, derramará sus gracias.

Yo destruí vuestra muerte con la mía. Yo anulé vuestras culpas con mi Sangre. Yo las rescaté en lugar vuestro, anticipadamente. Al clavar en mi Cruz vuestro pecado, desde el de Adán hasta el de cada uno de vosotros, yo hice que nada fuera capaz de dañaros en la vida futura. Puedo decir que por haber sorbido la esponja impregnada de hiel y vinagre del Gólgota, consumí todo el veneno del mundo y os restituí Bien por Mal porque, muriendo, lo destilé y convertí la mixtura de muerte en agua de Vida, que fluía de mi pecho desgarrado.

Permaneced en Mí con pureza y fortaleza. En la Fe no seáis hipócritas, sed sinceros. Fe y amor no están definidos por las prácticas exteriores. Estas prácticas son seguidas también por los sacrílegos, que se sirven de ellas para engañaros y obtener glorias terrenas. No tenéis qué ser así.

Recordaos que, así como os regeneré para la Vida de la Gracia, para la que estabais muertos, os resucité conmigo para la Vida eterna. Por lo tanto, dirigid la mirada hacia ese lugar de Vida. Buscad todas las cosas que son como un billete para entrar en él. *Son todas las cosas del espíritu: la Fe, la Esperanza, la Caridad, las otras virtudes que hacen del hombre un hijo de Dios.*

Buscad la Ciencia que no se equivoca: la que está contenida en mi doctrina. Es la que os da la capacidad de orientaros de modo que el Cielo sea vuestro.

[6] Mateo 6, 9-13; Lucas 11, 2-4.

Buscad la Gloria. Mas no busquéis la gloria terrena que es irrisoria y suele ser culpable, *una gloria que a menudo condeno y siempre juzgo como gloria no verdadera, que considero únicamente como una misión que os da Dios para que tengáis un medio para alcanzar la Gloria celeste. La Gloria verdadera se obtiene con un vuelco total de los valores del mundo.* El mundo dice: "Gozad, acumulad, sed soberbios, prepotentes, sin corazón odiad para vencer, mentid para triunfar, sed crueles para imperar". Yo es digo: "Sed moderados, temperantes, no tengáis sed de carne, de oro, de poder, sed sinceros, honestos, humildes, pacientes, sumisos, misericordioso[7]. Perdonad al que os ofende, amad al que os odia, ayudad al que es menos feliz que vosotros. Amad, amad, amad".

En verdad os digo que ningún acto de amor, aunque sea mínimo como un suspiro compasivo para quien sufre, quedará sin recompensa. Será una infinita recompensa en el Cielo. Ya habrá también en la Tierra una gran recompensa, aunque la comprenderá sólo quien la reciba. Será la recompensa de la paz de Cristo para todos mis hijos buenos; la recompensa de la luz de la Palabra para los "buenísimos", a los que vengo para hallar mi consuelo.

Querido hijos míos, a quienes amo con un amor mucho más grande que todo el odio que como fluido infernal circula por la Tierra, amadme también vosotros. Hagáis lo que hagáis, digáis lo que digáis hacedlo en nombre de vuestro Jesús; de este modo, a través de Él, agradeceréis a Dios, Padre vuestro. Y la gracia del Señor permanecerá en vosotros como una protección en la Tierra y una segunda aureola en el Cielo>>

[8]Este "discurso" fue hecho hace unos ocho días más o menos, o sea, hacia el 10 u 11 del corriente mes. En él tras varias frases que expresaban conceptos diversos, se afirmaba éste: que los sacerdotes no son necesarios ni a Dios ni a las almas, porque son mercaderes etc., etc. que sólo se preocupan de obtener lucro de su actividad etc., etc. que cuando termine la guerra, naturalmente con la victoria de Alemania, se instaurará un nuevo y *verdadero* culto, se erigirán nuevos y *verdaderos* templos y los fieles de la nueva fe irán a presenciar cómo se consuma el sacrificio, en el que se ofrecerá el pan dado al pueblo germánico y la sangre del mismo.

Son palabras y promesas que Hitler hizo a sus súbditos.

19 de enero de 1944

Dice Jesús:

<<Escúchame, pobre hija mía que estás tan disgustada por todo lo que te rodea sea en casa o en la patria. Ayer por la noche estuve cerca de ti para darte el consuelo que no le falta al que sufre sin apartarse de Mí.

¡Cuánto mejor sería si, en lugar de empeñarse sólo en imprecar contra todos los inconvenientes, las penas, las desventuras de la vida, todos supieran venir a Mí cuando el prójimo ofende, muerde, daña, cuando calumnia, cuando decepciona, cuando abate, cuando hiere con su indiferencia, con su falta de caridad, con su incomprensión como si blandiera una espada! Sufrirían menos y obtendrían bendiciones divinas. Mas, en lugar de ello, de estos labios humanos que están cansados de rezar pero no de insultar, brota siempre la imprecación contra todo y contra todos, incluso contra Mí.

¿Cómo puedo ir a quien alberga en sí odio que fermenta? ¿Acaso no es la imprecación odio que fermenta? Es odio contra Mí, contra el prójimo, contra la Voluntad de Dios, contra vosotros mismos. Y debéis saber, aun cuando es contra vosotros mismos, la desapruebo porque *Yo aborrezco los corazones y las bocas que odian* y no importa que me odien a Mí, o a Dios, o a los hermanos, criaturas de Dios, o a sí mismos, obra de Dios.

Para Mí, odiar es no amar; no amar no significa necesariamente matar; para no matar basta carecer de ese sentimiento de paciente compasión que hasta los animales domésticos experimentan por el amo que

[7] Mateo 5, 3-12; Lucas 6 20-23.

[8] La siguiente nota de la escritora se encuentra en una hojita pegada al principio del cuaderno, pero la hemos colocado aquí porque parece referirse al dictado, que antecede, del 17 de enero.

sufre. El que, además, odia a un infeliz y le hace notar duramente su condición y así agudiza las heridas que Yo curé con mi amor para que sufriera menos, me ofende a Mí, que he dicho: "¡Bienaventurados los misericordiosos! Hasta el que dé un vaso de agua tendrá su recompensa"[1]. Y una palabra buena se recompensa mucho más que un vaso de agua.

Y en fin cuando, con intención ultrajosa, se juzga mal a un siervo mío y se le turba hasta el punto de hacerle incapaz físicamente de transcribir mi Palabra, entonces se comete una doble ofensa contra mi Persona. Porque sólo Yo puedo quitarle a un siervo mío la facultad de recibir, si dicho siervo no sigue esa forma de vida que Yo le exijo. Y el que, en cambio, le fustiga con medios humanos y le convierte en un mísero herido incapaz de moverse, sobre quien Yo, el Samaritano divino[2], debo curvarme para curar las heridas y reanimar las fuerzas con mi piadoso amor, ése se arroga un derecho que no tiene y priva a Dios de un derecho y de un instrumento que le pertenecen.

En verdad te digo que, aun conociendo ese corazón, le dicté una palabra importante para estimularlo, para obligarlo al bien; lo hice por ti, y también por ella, para que el recuerdo de su madre, que era una verdadera cristiana, le sirviera de acicate para imitar sus virtudes. Pero, a veces, de un manzano dulcísimo nacen frutos agrios y así se quedan porque no acogen *con fe* la palabra de Dios. Yo soy El que injerta el Bien en vosotros. Pero quien no me acoge, queda agrio y silvestre como el fruto de una planta silvestre.

En verdad, no es éste el modo en que se practica "la caridad hacia el prójimo". La Marta del Evangelio era mucho mejor. Se afligía por demasiadas cosas[3], mas no se burlaba del amor de su hermana; por el contrario, la alegraba que ésta se hubiera entregado a él, y dicho amor no la turbaba hasta el punto de extender entre su hermana y Yo el velo amargo de una incomprensión que, aun siendo fraternal, turba siempre.

Yo le dije a la mujer de Samaria: "Quien beba de esta agua, no apagará su sed, más bien quien beba del agua que Yo doy no tendrá más sed; más aún: el agua por Mí dada se convertirá en él en una fuente de agua vital, que manará por la eternidad"[4].

Mas, ¿cómo puedo convertirme en fuente de agua vital que mane en él por la eternidad, si ése en el que Yo vengo y ofrezco, bajo el ropaje eucarístico, la divina fuente que guarda en sí todas las virtudes y las gracias aptas para hacer de un hombre un santo, permanece como mármol que no absorbe y, con su falta de fe y de caridad, sigue siendo no sólo jofaina de impenetrable mármol sino, además, jofaina perforada por su ausencia de genuina fe y de caridad? Por eso, en verdad Yo huiré de él después de haber venido a él –pues no amo a los incrédulos y a los faltos de caridad- y cada vez le dejaré árido y vacío como antes.

Este es el destino del que pretende que Dios cumpla el milagro y no hace por su parte ningún esfuerzo para mejorarse a sí mismo.

¡Cómo se afana Satanás en torno de estos corazones! Si ellos se vieran, se estremecerían. Como avecillas distraídas, no escuchan el reclamo paterno, que les llama y les advierte del peligro; no ven, no quieren ver que el pajarero maléfico ya empuña la red para capturarles y hacerles infelices. Y acaban siendo su presa e instrumentos de aflicción para mis dilectos.

El mundo está lleno de estos seres distraídos. *Son los más difíciles de convertir porque les posee la soberbia y no hay en ellos caridad alguna que les purifique.* Me causan piedad. También tú ten piedad por ellos y reza. Si tu rezo, al igual que mi gracia, no es provechoso, volverá a ti, así como la gracia vuelve a Mí, y tu mérito será conocido como si con él hubieras obtenido la conversión de ese corazón.

Sobreponte al disgusto humano, María. Tienes goces que te compensan de él cien veces>>.

20 de enero de 1944

Dice Jesús:

[1] Mateo 10, 42.
[2] Lucas 10, 29-37.
[3] Lucas 10, 38-42
[4] Juan 4, 13-16.

<<Quiero explicarte la epístola y el Evangelio de la misa de ayer. Anoche estabas demasiado cansada para que lo hiciera.

En el trozo evangélico está escrito: "El que preserve hasta el fin será salvado"[1]. Y la epístola dice: "Por tanto, no desechéis vuestra confianza, pues le espera una gran recompensa. Ahora necesitáis paciencia para poder conseguir, cumpliendo la voluntad de Dios, lo que os fue prometido, pues falta poco: el que debe venir, vendrá y no tardará; mas el justo vive de fe y si retrocede, ya no será grato a mi alma".

Helas aquí, hija mía: Ten presente siempre estas luminosas palabras, tanto en éste como en los muchos desalientos futuros, todos ellos fruto de la falta de caridad que te rodea. Son las palabras que les dieron fuerza a los mártires de los tiranos y a los mártires de la propia familia o de sus superiores.

Es necesario perseverar hasta el fin, a pesar del escarnio, de los golpes, de las presiones, de las penas. Yo soy el premio que se da a los perseverantes. Piénsalo, María: el premio soy Yo, tu Jesús. Y ¿qué significarán *entonces* para ti estas espinas que ahora te laceran y te hacen sufrir tanto? No significarán nada o, más que nada, un gran regocijo. Las mirarás con amor, las besarás con gratitud, porque justo por ellas siempre con más fuerza me tendrás a Mí.

Cada una de las penas superadas sin doblegarse aumenta la unión con el Cielo. Recuérdalo. Allí todo se ve con una nueva luz. Aun a ésos, a quienes ahora amas sólo por amor mío –pues su conducta te impulsaría, dada tu naturaleza, a no amarles- allí les amarás por amor tuyo, pues les verás como los medios por los cuales has obtenido el infinito Tesoro que Yo significo

La última oración de los mártires era para sus verdugos, para que éstos alcanzaran la Luz. La última oración de los santos era para sus opresores, para que éstos alcanzaran la Caridad.

No sabes, ¡oh, no lo sabes!, mas Yo te lo diré. En muchos superiores de los conventos, a pesar del hábito talar que significa la renuncia a la carne, persistió una naturaleza tal que les lleva a la soberbia y, por lo tanto, a la falta de caridad hacia sus subordinados; fueron capaces de arrepentimiento y, a través de él, llegaron a un renacimiento espiritual –que es el comienzo del nacer para el Cielo- *justamente gracias a las oraciones de un "santo" de su propio ambiente, que retribuyó sus durezas e injusticias con actos de sobrehumano amor, y rezó y sufrió por la redención de ese corazón que tan escasa bondad les dispensaba.* Ahora, en el Cielo, mis ángeles ven que el oprimido y el opresor están vecinos *y no predomina el opresor sino el oprimido que, como un padre amoroso, mira con júbilo al que salvó y que ahora ha entrado en la vida eterna gracias a su verdadero amor.*

La luz de estos espíritus que *salvaron a sus torturadores es una luz especial* y proviene del rayo de mi costado abierto y de mi corazón, que en la cruz rezó por quienes lo crucificaron, *pues los que rezan por quienes les hacen sufrir son semejantes a Mí, que recé por mis verdugos*[3].

Ten confianza en Mí, que todo lo veo, y paciencia hacia los demás, hacia las cosas que se enseñan contra vosotros. La recompensa es tan grande, que merece todos los sacrificios. Y no tardará en llegar.

No te abatas. Deja que los demás sean lo que quieren ser. Tú sé mía y basta. *O mejor, reza –que es la caridad más grande- para que los demás sean lo que Yo quiero que sean.* Y sé siempre mía. Ve en paz. Te bendigo>>

Aquí está insertada la descripción de la visión que ella tiene.

16 horas

Para consolar mi tristeza, el buen Jesús me concede la siguiente visión, que me apresuro a describirle porque creo que le dará placer.

Asisto a la deposición de Inés[5].

[1] Mateo 10, 22; 24, 13.
[3] Lucas 23, 34.
[5] Se le puede considerar la continuación del martirio de Inés el 13 de enero.

Veo el jardín de una casa patricia. No sé si es la casa paterna de Inés o de otra familia cristiana. Por otra parte, eso no tiene mucha importancia. Pues bien, veo este extenso jardín con senderos anchos y otros estrechos, con cuadros, viveros de peces y altos árboles.

Podría afirmar que ya es de noche, pues las sombras son densas. El lugar está iluminado por un hermoso claro de luna y por escasas antorchas o luces por el estilo. Veo las llamas, que cada tanto se inclinan a causa de la dulce brisa nocturna. La luna debe estar en su primer cuarto y, por lo tanto creo que son las 20 o quizás algo menos, pues acaba de alzarse en el horizonte y en enero de 1944 se alza temprano, especialmente si está en su fase inicial.

Al principio veo sólo esto. Luego la escena se anima. Muchas personas con luces y antorchas entran en el jardín y la claridad aumenta. Seguramente se trata de cristianos y cristianas, que sus sacerdotes y diáconos conducen al entierro de Inés.

En un determinado momento, se abre una puerta de la casa y se ve un peristilo muy iluminado que, de seguro, da a la calle, porque frente a la mencionada puerta –digamos, la que da al interior- hay otra, que se abre como si alguien hubiera llamado desde afuera y entra un grupo de personas que transporta sobre una parihuela una forma envuelta en un sudario.

Tras haber colocado las parihuelas en el centro del peristilo y cerrado la puerta que da a la calle, descubren la forma, la alzan piadosamente y la depositan en otra especie de parihuela semejante a una pequeña cama sin largueros, cubierta con un rico paño rojo oscuro, que me pareció completamente bordado.

Veo que han lavado y arreglado a la mártir. Ya no hay sangre en su rostro ni en su cabellera; ya no la hay en las vestiduras. Deben de haberle puesto una túnica limpia porque no se ve en ella ninguna mancha.

La joven mártir parece una estatua de mármol, dada la palidez de su rostro. Pero también denota placidez. Sonríe. Bajo el velo cándido que la cubre por entero, se ven sus largos cabellos rubios y sueltos, que ya constituyen como un primer velo, un verdadero manto dorado que la envuelve hasta las rodillas. Tiene las manos unidas sobre el pecho y entre ellas sostiene una palma. La herida del cuello no se ve. Se la han cubierto piadosamente con los cabellos dorados y el cándido velo.

A su alrededor se agolpan los parientes –que lloran quedamente y le besan las manos pequeñitas y céreas y la frente de mármol-, los siervos, los compañeros en la fe, los sacerdotes.

Entra un anciano venerable flanqueado por otras dos personas. Todos están vestidos como antiguos romanos. Por lo que va sucediendo, me doy cuenta de que el anciano es el Pontífice o un vicario suyo. Pero creo que es el Pontífice, porque todos se arrodillan en el momento en que entra y bendice. También él se acerca a la mártir y ruega, curvándose sobre ella. Luego se pone los paramentos sacerdotales y los dos diáconos que le acompañan y muchos sacerdotes mezclados entre los fieles le imitan; el cortejo va ordenándose.

Un grupo de vírgenes, entre las que está Emerenciana, se estrecha contra las parihuelas y las alza. Aun cuando así acostada Inés parece más alta de lo que era en vida, el peso no debe ser excesivo: es casi una niña y ni siquiera muy robusta. Todas las vírgenes visten de blanco y llevan un velo cándido; son como un cercado de lirios alrededor del lirio extinto, extendido sobre la púrpura del paño fúnebre. Todos van por los senderos del jardín hacia el lugar donde éste limita, según me parece, con el campo pues, por cierto, no se ven casas más allá, sino más plantas y prados: delante van el Pontífice y los sacerdotes, precedidos y flanqueados por siervos que llevan antorchas; detrás van las vírgenes con la mártir, luego los padre, los parientes, los cristianos; todos llevan luces.

La escena es plácida y solemne. La luna besa la cándida forma y el viento la acaricia. Veo un mechón rubio que ondea ligeramente al soplo de la suave brisa.

Los cristianos cantan en voz baja. Al principio me cuesta entender; probablemente porque me distrae observar tantas cosas. Luego entiendo las palabras de la santa melodía latina y comprendo que la conozco, no es nueva para mí. Intento recordar dónde la oí o la leí.

Mientras tanto, el cortejo ha llegado a una especie de pozo, de boca muy ancha, al que se desciende por una escalerilla excavada en la toba o, si se prefiere, arenisca. Los personajes principales bajan lentamente y

en la cavidad subterránea –que tiene forma circular y presenta muchos cubículos, al parecer apenas iniciados a excavar en varias direcciones- las voces se vuelven más fuertes y solemnes.

Ahora recuerdo bien. Son las palabras del Apocalipsis, en el trozo en que hablan de ese "canto" que sólo podrán entonar los que no se contaminaron en la tierra[6]. Mas no lo cantan todo. Lo cantaron así; entonaron este himno tan lentamente que pude transcribirlo y luego controlé que mi ignorancia no me hubiera hecho incurrir en muchos errores de latín. Era así:

Los hombres cantaban: "Et vidi supra montem Sion Agnum stantem".

Y las mujeres respondían: "Et audivi vocem de caelo, tamcuam vocem aquarum multarum".

"Sicut citharoedorum citharizantium in citharias suis".

"Et cantabant quasi canticum novum".

"Et nemo poterat dicere canticum, nisi illa 144,000 qui empti sunt de terra".

"Hi sunt qui cum mulieribus non sunt coinquinati: virgines enim sunt".

"Hi sequuntur Agnumm, quocumque ierit".

"Hi empti sunt ex hominibus primitiae Deo et Agno".

"Sine macula enim sunt ante thronum Dei" cantaban alternándose: un verso los hombres y otro las mujeres.

¡Era una verdadera armonía celeste! Yo tenía los ojos arrasados de lágrimas y aún ahora siento en mí como un reguero de dulzura *que todo lo aplaca.* Y la percibo en mí por encima de todos los rumores que me rodean…

Tras el último saludo de los parientes, alzan los rastros mortales y la llevan hacia el estrecho y largo lóculo que han excavado verticalmente en la arenisca. El Pontífice observa la deposición mientras pronuncia estas palabras: "Veni, sponsa Christi. Veni, Agne santissima. Requiescat in pace".

Sobre la abertura del lóculo fijan y rebaten una piedra.

Y en este punto termina la visión.

Me siento en paz como si yo también estuviera extendida en el pequeño lóculo junto a la dulce criatura a la espera de resurgir con ella en Cristo después del martirio. En paz como si, al igual que ella, ya hubiera acabado con los tormentos y las maldades del mundo y cantara a su lado el cántico que cantan sólo los que fueron rescatados de la tierra.

¡Es bello de verdad morir por Jesús! ¡Es bello de verdad poder decirse: "Gracias a mi dolor, obtengo el Paraíso!"

Ahora me abstraigo mientras le aguardo. Me abstraigo con el eco de ese dulce canto tan lleno de promesas para quien se ha dado, con todo su ser, al servicio del Cordero y le sigue en cada uno de sus deseos

Escrita de nuevo en la mañana del día 23 por temor a que se pierdan esas hojas arrancadas.

Veo el jardín de una casa patricia. Hay senderos, prados, viveros de peces, césped, altos árboles. Parece muy basto y debe de confinar con el campo o con otros jardines tan bastos como él, como veo después, porque más allá de sus límites no hay casas sino otros prados y plantas.

Cuando inicia la visión, no hay gente en el jardín. Lo compruebo al resplandor de las escasas luces, que provienen de candiles de aceite o de antorchas apoyadas sin orden preciso. Veo las llamas rojizas que se curvan cada tanto por la ligera brisa nocturna. Hay claro de luna, de una luna en su fase inicial porque su sección es delgada y está orientada al poniente. Dado el periodo del año y la posición de la luna, que no está completamente alta en el cielo, juzguo que estamos en las primeras horas de la noche, que en esta estación es, en verdad, muy precoz. Poco después noto cerca de la casa, que parece completamente cerrada, como si estuviera vacía, numerosos grupos de hombres y mujeres, vestidos como en esa época y acompañados por otros hombres, que parecen estar investidos de cargos especiales y de rangos, a los que todos obedecen muy respetuosamente. Comprendo que son cristianos que han venido al entierro de Inés.

[6] Apocalipsis 14, 1-5.

Muchos sostienen pequeños candiles de aceite, lo que me permite ver *que algunos de los hombres llevan el cabello corto, casi diría rapado, y vestiduras cortas, de color grisáceo; otros tienen una cabellera más cuidada aunque siempre corta y atavíos largos y claros, con un manto cuyo borde les pasa sobre la cabeza como una capucha. También entre las mujeres, algunas van vestidas modestamente de oscuro; otras, de claro, están mejor vestidas; un compacto grupo viste de blanco y lleva en la cabeza un velo también blanco*[9].

Mientras observo todos estos detalles, en la fachada de la casa que da al jardín se abre una amplia puerta y a través de ella se filtra una viva luz, que proviene de un peristilo muy iluminado. Frente a esta puerta hay otra que, de seguro, corresponde a la fachada que da a la calle; en un determinado momento, dicha puerta se abre como si alguien hubiera llamado desde afuera.

Entra un grupo de personas que rodean una parihuela *transportada por cuatro hombres robustos vestidos de oscuro (un color como de lana grisácea),* que depositan su carga en el centro del peristilo, mientras la puerta de la casa vuelve a cerrarse cuidadosamente. *Cuando se alzan los velos de las parihuelas, veo que ella transporta un cuerpo extendido y envuelto completamente en un sudario. Piadosamente lo alzan y lo acomodan sin el sudario, que queda en las parihuelas,* en otra especie de camilla cubierta por un rico paño purpúreo, que parece labrado como si fuera de Damasco. De seguro, este lecho ya estaba preparado para recibir su carga.

Veo a la mártir Inés, con la rigidez de la muerte. Su rostro es tan exangüe que parece una estatua de cándido mármol, y así también sus pequeñas manos, sus piecitos calzados con sandalias. Está toda vestida de blanco y un velo cándido la envuelve por completo. Pero el primer velo se lo hacen ya sus espléndidos cabellos rubios, largos hasta la rodilla, que ahora están sueltos como un manto de oro. No son rizados, sino levemente ondulados y sedosos; es una cabellera abundante y bellísima. Sonríe como ante una visión de paz. Tiene las manos unidas en el regazo y entre los dedos rígidos estrecha una palma, como único adorno.

Está completamente lavada. Se ve que le han limpiado la sangre y la han cubierto con una túnica pulcra antes de transportarla aquí, porque ni en su rostro, ni entre los cabellos o en las vestiduras se advierten huellas de sangre. La herida del cuello no se ve. Se la han cubierto piadosamente con los cabellos y el velo.

Se acercan los parientes y, llorando, le besan las pequeñas manos céreas y la frente helada. *Pero su dolor es compuesto y digno. No hay ninguna de esas manifestaciones histéricas acostumbradas en estos casos. Es un dolor cristiano.* Tras los parientes, se agolpan los amigos y hermanos de fe. Veo a Emerenciana, que llora y ríe a la vez ante la hermanita de leche que la ha precedido en la gloria. Todos saludan a la mártir y rezan.

Aquí percibo algo que me olvidé de escribir en la primera versión y me limité a decirle oralmente a Usted. *Es la impresión de un gran amor entre los cristianos, la sensación de lo que es la "comunión de los santos", tal como la consideraban los primeros cristianos, de quienes tendríamos mucho qué aprender.* Desafiando todos los peligros, ellos habían venido a rendir honor a la mártir de Cristo, a recomendarle, ahora que ya había ascendido al Cielo, que fuera para todos ellos una fuente de intercesión ante Dios en las próximas batallas por la Fe. *Y me parecía que ya el espíritu de la mártir volaba sobre los presentes e infundía en ellos sus sentimientos heroicos y su protección. El Cielo y la Tierra se enlazaban.*

En ese momento vuelve a abrirse la puerta que da al exterior y entra un anciano acompañado por dos hombres entre 25 y 35 años de edad. El anciano tiene un aspecto grave pero dulce, *es muy delgado, está sumamente pálido, casi se diría que está enfermo.* Debe de ser alguien de mucha influencia entre los cristianos porque, cuando aparece, todos se arrodillan y él pasa bendiciendo entre dos filas de cabezas bajas. Tengo la impresión de que es un obispo o el mismísimo Pontífice.

Se acerca a las parihuelas, bendice a la muerta y se curva sobre ella. Luego se pone las vestiduras sacerdotales (*veo el palio, no sé si se dice así: es una faja blanca que se extiende de modo circular sobre los hombros y el pecho y de la que descienden dos tiras hacia adelante y atrás. Está toda ornada de pequeñas*

[9] Como siempre, el texto en bastardilla indica lo que en el cuaderno autógrafo está subrayado. Pero en este caso, todo el subrayado está hecho con una tinta diferente (por eso es sucesivo en momento de la escritura, probablemente) y la escritora lo justifica con la siguiente nota en el margen superior de la página: *Los puntos subrayados corresponden a los dichos oralmente y que, al volver a escribir la visión, he insertado en la narración, según su deseo.*

cruces oscuras). También los otros dos que le acompañan se ponen el hábito de diáconos (*se trata de una túnica hasta la rodilla, con mangas que llegan algo más arriba del codo)*

Luego el cortejo se ordena. Delante va el clero, es decir, el anciano, los dos diáconos y los demás clérigos que antes estaban mezclados con el grupo de los cristianos *y que, a su vez, se han puesto las estolas sacerdotales.* En torno a ellos se disponen hombres que sostienen antorchas encendidas. *Llevan hábitos cortos y oscuros. Me parece que son siervos, también ellos cristianos, pues tengo la impresión de que en la casa todos siguen al Señor.* También las parihuelas están rodeadas por una hilera de luces sostenidas por las vírgenes, vestidas de blanco y con velos blancos, que forman así un verdadero seto de lirios alrededor de ese lirio truncado. Cuatro vírgenes, entre las cuales está también Emerenciana, alzan con facilidad las parihuelas. No debe pesar mucho porque, aunque Inés así extendida parezca más alta de lo que era en vida, es solo una adolescente y, para más, no muy robusta.

El cortejo se encamina hacia la tumba a través de los senderos del jardín. Todos llevan antorchas o candiles encendidos. Cantan en voz baja. Cantan un himno lleno de dulzura y esperanza, que al principio no reconozco. Me parece haber oído ya antes esas palabras, pero no sé dónde. La brisa nocturna inclina las llamas, que luego se yerguen aún más bellas. Veo claramente un mechón de cabellos de Inés, que sobresale del velo y se mueve al soplo de la brisa. El cortejo denota orden y piedad.

Llega al extremo del jardín. Allí hay una especie de pozo, de boca muy ancha. Una escalerilla, excavada en la arenisca o toba, permite descender a su interior. Y así lo hacen muchos de los presentes. *Quien no puede hacerlo, permanece en torno al borde del pozo y sigue entonando cantos en respuesta a los que se oyen desde abajo. En la cavidad del pozo, las voces adquieren mayor resonancia* y logro comprender cuál es el himno. Se trata de los versículos del Apocalipsis que hablan de los vírgenes que siguen al Cordero. Los hombres cantan un versículo y las mujeres otro, alternándose, tal como lo escribí en la primera narración.

Veo que el pozo es semicircular, o mejor, tiene forma de herradura y de él parten varias galerías formando como una estrella. De este modo

(Valtorta incluye un dibujito de la entrada del pozo hoja 84)

Donde puse la cruz hay un lóculo excavado en la toba; es el que han preparado para Inés. Es el primero de esta catacumba, que será el sepulcro futuro de muchos mártires. La primera galería a la derecha de la cruz (con referencia a quien lo mira, o sea ese que marco con una V), *es el más profundo. Penetra en la tierra por unos 5 ó 6 metros.* En cambio, los demás son menos profundos y uno de ellos, el primero a la izquierda de quien lo mira, vecino a la escalerilla, está apenas comenzado.

Tengo la impresión de que se trata de un hipogeo iniciado hace poco, como si la muerte de Inés lo hubiera encontrado sin terminar.

Los parientes y los más allegados se avecinan para darle un último saludo. *Luego alzan los bordes del paño purpúreo sobre el cual está apoyada la mártir, de modo que queda envuelta en la preciosa tela de la cabeza a los pies.*

El Pontífice le da el último saludo: "¡Veni, sposa Christi. Veni Agne santissima. Requiescat in pace!" como si la tomara bajo su guarda en nombre de la Iglesia. Levantan el cuerpo con devoción, lo depositan en el lóculo y cierran la entrada con una piedra, que luego rebaten.

La visión se detiene aquí.

Y queda en mí la dulzura del canto y la religiosidad de toda la escena aun en sus detalles mínimos, que demuestran con toda evidencia la unión y el fervor de los primeros cristianos.

He vuelto a escribir esta visión por orden de Jesús, que me ha dicho: "Esta es una razón probatoria más. *Sólo el que vio* una escena que le impresionó vivamente puede volver a narrar con exactitud al cabo de unos días".

Esto me lo acaba de decir esta noche del 23 de enero, a las 24, es decir, cuando he escrito por la causa que me ha dicho al principio.

Siempre el 20 de enero de 1944, a las 23:30; debe escribirse después del relato de la visión.

Dice la virgen Inés:

<<No mires solamente mis despojos. Mira más bien mi espíritu, que ahora es bienaventurado allí donde resuena ese cántico que te gusta tanto.

Aquí soy feliz. Nada en absoluto de lo que fue un momento de dolor en la Tierra me ha seguido a la morada del Esposo. Aquí he encontrado sólo un inefable gozo.

Aquí, en la luz que emana de Dios, que es nuestro gozo, vivimos en la paz. Las armonías de los bienaventurados se entrelazan con las de los ángeles. Todo es luz y armonía. En lo alto, resplandece la Santísima Trinidad y sonríe la Madre de Dios.

No te puedes imaginar qué es el Paraíso, aunque hayas tenido una fugaz visión de él[12]. Conocerlo en todo su deleite sería morir, pues es una beatitud que la carne no logra soportar y, por eso, muere. Dios te da a conocer una muestra para animarte a la prueba, lo mismo que a nosotras, que sufrimos por Él.

Ven. El dolor cesa y el gozo perdura por la eternidad. Visto desde aquí, el dolor es sólo un instante; la gloria que nos da el dolor es eterna. Aquí está El que nos ama y amándole, no cometemos pecado mas, al contrario, merecemos premio.

Jesús te ha redimido con su amor. Ámale con todo tu amor para merecer la gloria de unirte al coro que colma el bienaventurado Paraíso>>

Después que Usted se ha ido a las 18, me he quedado envuelta en el júbilo de esa armonía y de esa visión.

Mas luego se mudó en la presencia del cuerpo glorificado de Inés, bellísima, vestida de blanco, con la mirada extasiada. Y me parecía sentir que dos manos pequeñitas, manitas de niña, me acariciaban dulcemente. De este modo caí en un sopor angustioso, porque los tremendos dolores no me dan tregua (es la noche entre el jueves y el viernes).

Cuando vuelvo en mí, mientras mis dolores se agudizan cada vez más e intento pensar en lo que vi para aliviarlos, la joven mártir me dice esas palabras.

Ahora me recuesto y siento que está cerca para consolar el martirio de mi carne y de mi corazón. Sólo el espíritu experimenta beatitud. Pero el reloj da la medianoche: comienza el viernes. Pienso en el viernes de pasión de mi Señor y no me lamento por sufrir. Sólo le pido que *sepa sufrir mucho* por Él y por las almas.

22 de enero de 1944

Dice Jesús:

<<[...] Te preparo para la lección de mañana; señala el punto del capítulo 12° de Daniel, donde se leen las palabras que le dirigió mi ángel luminoso: "No temas, la Paz es contigo. Date ánimos y sé fuerte" y acuérdate de responder siempre: "Habla, oh mi Señor, porque Tú me has fortalecido"[13].

23 de enero de 1944

Daniel 12.

Dice Jesús:

<<El arcángel que derrotó a Lucifer y que guarda mi Reino y los hijos del mismo, será el que surgirá como signo celeste en el tiempo último. Será el tiempo en que Israel se unirá con la Roma de Cristo y ya no

[12] En la visión del 10 de enero.
[13] Daniel 10, 18-19.

habrá más dos ramas del pueblo de Dios, o sea, el bendito y el maldito por culpa de su deicidio, sino un único tronco, llamado *de Cristo* porque vive en Mí[1].

Entonces, dado que se habrá completado el número de salvados, vendrá la resurrección de la carne y los muertos, que yacen en los infinitos cementerios, en los desiertos, en los mares, donde quiera que repose uno que fue un hombre, se alzarán para venir a Mí, el Juez supremo, como la multitud dormida a la que despierta el toque del clarín que llama a asamblea.

¡Cómo te derramarás jubilosamente sobre mis bienaventurados ese día, oh Luz. Tú que eres un atributo mío y que harás relucir como estrellas a los que conocieron la Sabiduría y enseñaron y vivieron la Justicia!

El último periodo –tres años y seis meses- será el más tremendo de los vividos por el hombre y en él Satanás, a través de su hijo, consumido por un supremo rencor –porque ya no existirá la división entre las dos ramas del pueblo de Dios, la división que fue causa de tantos males materiales, morales y espirituales-. Empleará sus perfectas, pero también últimas, astucias para dañar, arruinar, matar a Cristo en los corazones y matar los corazones destinados a Cristo.

Los sabios comprenderán la artimaña de Satanás, las innumerables artimañas de Satanás, *porque el que posee la verdadera Sabiduría está iluminado* y, por su fidelidad a la Gracia se volverán puros e indudables como el fuego, dignos de ser elegidos para el Cielo. Los impíos, seguirán el Mal y practicarán el mal pues no comprenden el Bien, dado que por espontánea voluntad colmaron su corazón de Mal.

Entonces vendrá el tiempo en que la Iglesia, mancillada más que nunca, ya no podrá celebrar el sacrificio perpetuo y la abominable desolación se alzará en el Lugar Santo y en los lugares santos, tal como han dicho los profetas y como he repetido Yo, que nunca me equivoco.

Dice Daniel: "Esta abominable desolación durará 1290 días. Bienaventurado el que espera y llega a 1335"[2].

Esto quiere decir que en los tres años y seis meses que precederán al fin, se reservará un breve tiempo para que los fieles se reúnan con el fin de escuchar la última Palabra, que resonará en el espíritu de cada uno de ellos como invitación al Cielo, *mientras Miguel con sus ángeles vencerá a Satanás y sus demonios.* "Bienaventurado el que espera y llega a 1335" quiere decir: *"Bienaventurado el que persevera hasta el fin", pues será salvado*[3].

A ti te digo: "*Ve hasta el plazo establecido* (de tu tiempo de vida en la tierra) *y tendrás sosiego* y permanecerás en tu suerte hasta el fin de los días"[4]>>

25 de enero de 1944

Daniel 7.

Dice Jesús:

<<Daniel es el que tiene el mismo acento que Juan, y Juan es el que recoge y amplifica el acento inicial de Daniel: He ahí por qué, pequeño Juan, te gusta tanto.

Como el pez en una límpida pecera, eres feliz cuando te mueves en la atmósfera de tu Cristo, cuyo supremo triunfo se producirá en la hora en que Satanás, su hijo y sus cortesanos se volverán impotentes para siempre. En Daniel existe esta atmósfera. Si Isaías es el pre-evangelista que habla de mi adviento para salvar el mundo[1], Daniel es el pre-apóstol, el pre-Juan que anuncia las glorias de mi eterno triunfo del Rey de la Jerusalén imperecedera.

[1] Daniel 12, 1-13; Mateo 25, 31-46.
[2] Daniel 12, 11-12.
[3] Mateo 10, 22.
[4] Daniel 12, 13.
[1] Isaías 2, 1-5; 7, 10-17; 9, 1-6; 11, 1-9.

Nota cómo en las cuatro bestias descritas por Daniel[2] están anticipados los rangos de los ministros diabólicos del Apocalipsis[3]. Los críticos se han afanado por dar un significado histórico-humano a esos cuatro monstruos. *Mas es necesario dirigir la mirada mucho más adelante y mucho más arriba. Elevaos de la Tierra cuando meditáis sobre los libros santos; apartaos del momento presente; fijad los ojos en el futuro y lo sobrenatural. Allí está la clave del misterio.*

Las cuatro fieras son *los cuatro errores que precederán el fin, los cuatro errores que serán como horrores para la humanidad y que darán a luz el Horror final.*

El hombre era un semi-dios por obra de la Gracia y de la Fe. Como un águila, como un león, sabía enfrentar y vencer los peligros de los sentidos y elevarse para moverse libremente en la atmósfera de Dios, allí donde el alma se une en nupcias sobrenaturales con su Señor en raudas y continuas conjunciones de pasión, tras las cuales desciende a la tierra, renovada cada vez en energía, en júbilo, en caridad, que derrama sobre sus hermanos para luego lanzarse de nuevo hacia Dios, porque cada unión aumenta la perfección, que es total cuando se hace eterna en mi Paraíso.

El ateísmo le arrancó al hombre sus alas de águila y su corazón de semi-dios y lo convirtió en animal que camina en el fango, que lleva al fango, hacia al fango, su pesado corazón, hecho sólo de carne y de sangre. El hombre soporta en su "yo", privado de las espirituales alas del espíritu, una carga más pesada que el plomo; es un grave peso que le curva, le extiende, le hunde en el fango.

El hombre era un semi-dios debido a la Caridad que vivía en él. Al amar a Dios y su Ley de Caridad, poseía a Dios y con Dios poseía la Paz, que es un atributo principal de Dios, y con la paz poseía un enorme bien, universal e individual.

El hombre rechazó la Ley de Dios para abrazar muchas otras doctrinas. Mas ninguna era y es una propia de Dios y por eso en ninguna existe Caridad verdadera. De ahí que el hombre que, al abrazar el ateísmo, había dejado de ser águila y león para convertirse en simple hombre, por infernal sortilegio dio a luz a sí mismo bajo forma de oso, es decir, de feroz devorador de sus semejantes.

Mas el horror engendra horror en escala ascendente. El horror es cada vez más grande porque en los malditos connubios con Satanás el hombre, a quien Cristo había vuelto a su índole de semi-dios engendra monstruos siempre más monstruos. Son los hijos de su error, que le lleva a venderse a Satanás para obtener su terrenal ayuda.

Del hombre semi-dios se generó el hombre, del hombre oso, del oso el nuevo monstruo, feroz y falso como el leopardo, al que Satanás dotó de alas múltiples para que lograra dañar más rápidamente. Ya os he dicho[4] que Satanás es el imitador de Dios. Por lo tanto, también él quiso dar alas a "su" criatura, *a la que era ya su criatura,* a una humanidad sin Fe y sin Dios. No le dio alas de águila; se las dio de vampiro, para que fuera pesadilla de la humanidad misma y para que velozmente corriera a abatirse sobre sus mismas partes, victimas de sí mismos, y les sorbiera la sangre.

Yo, el místico pelícano, me abrí el corazón para daros *mi* sangre. Satanás convierte al hombre, a quien di mi sangre, en un vampiro que sorbe partes de sí mismo y que, entre tormentos, se procura la muerte.

¿No parece una leyenda alucinante? En cambio, es vuestra realidad. No se trata de un monstruo mítico. Sois vosotros mismos que en diabólica hambre, devoráis partes de vuestro mismo ser, os desangráis, os mutiláis para generar luego las nuevas partes mientras seguís devorando las ya existentes, con una continuidad que lleva en sí misma algo de manía, aunque siempre se trata de una manía diabólica.

La tercera bestia es el poder, el poder anhelado, impuesto, impulsado hasta el delito. Dado que se trata de poder humano, es decir vendido a Satanás con tal de ser siempre mayor, contra toda ley divina y moral, engendra su monstruo llamado Revolución que, por su misma índole, alberga en el seno de su monstruosidad todos los siniestros horrores propios de las revoluciones, las cuales representan el naufragio social del Bien y de la Fe.

[2] Daniel 7, 1-8, 11-12; 15-25.
[3] Apocalipsis 13; 17; de 19, 11 a 20, 10.
[4] El 8 de enero.

Mueren la honradez, el respeto, la moralidad, la religión, la libertad, la bondad, cuando ese monstruo exhala su hálito infernal sobre una nación y se expande, como una pestífera emanación, más allá de los confines de la misma. De modo que contagia con su vaho pueblos y más pueblos hasta contagiar al mundo entero; así, sobre los despojos de las víctimas que mató y devoró, sobre las ruinas de las naciones, de las que quedan sólo escombros, prepara la cuna para el monstruo final: *el Anticristo.*

Ya os he dicho[5] que éste será hijo de la lujuria del hombre; un hijo nacido del connubio entre ella y la bestia. Ya os he dicho. N*o cambio* lo que he dicho. Lo que digo *es verdad*. Lo conozco sin necesidad *de leerlo, lo recuerdo sin necesidad de releerlo. Está escrito en mi mente de Dios, ante la cual todos los hechos del hombre a lo largo del tiempo se deslizan sin cesar, se agolpan unos sobre otros, sin que el uno impida la visión del otro.*

Este Anticristo, perfección del Horror como Yo fui perfección de la Perfección, dispone de infinitas armas, simbolizadas en los diez cuernos, en las mandíbulas con sus dientes de hierro, en los pies bestiales y, en fin, en el pequeño cuerno, símbolo del extremo rencor del que Satanás dotará a su hijo para que intoxique a la humanidad, mientras sus labios rebosantes de mentiras la seducirán para lograr que lo adore como a un dios. Con estas armas atormentará sumamente a mi pequeño rebaño fiel, a los que seguirán siendo mis adeptos. De hora en hora, el pequeño cuerno crecerá para dañar, la inteligencia satánica crecerá para hacer pronunciar a los labios las mentiras más turbadoras, crecerá en poder como Yo crecía en sabiduría y gracia[6] y, dotado de ojos para leer el pensamiento de los hombres santos, les matará precisamente a causa de tal pensamiento.

¡Oh, santos míos del tiempo final! Si fue heroico el vivir de los primeros santos en medio de las persecuciones del paganismo, el de los últimos santos lo será tres veces, siete veces, siete veces siete veces siete. Sólo los que se nutrieron con el pan de la Fe podrán ostentar un corazón de león para afrontar estos tormentos, y ojos y alas de águila para fijar la mirada en Mí-Sol y volar hacia Mí-Verdad, mientras las tinieblas les dominarán por todas partes y la Mentira intentará persuadirles para que la adoren y crean en ella.

Tras los precursores del Anticristo, vendrá el Anticristo mismo. El periodo anticristiano estará simbolizado por la Bestia armada de diez cuernos, o sea, los diez *siervos* de Satanás, que se creen *reyes*. Pon atención: tres de ellos serán arrancados y arrojados en la nada, es decir, en el abismo donde no está Dios y donde, por lo tanto, está la *Nada*, lo opuesto a Dios, que es el *Todo*. Este periodo culminará en el nacimiento y desarrollo *hasta alcanzar la máxima potencia*, del undécimo cuerno, causa de la caída de tres precursores y *sede del verdadero Anticristo,* quien blasfemará contra Dios como ningún hijo del hombre osó hacer; pisoteará a los santos de Dios y torturará a la Iglesia de Cristo; dado que es hijo del connubio de la soberbia demoníaca con la lujuria humana, creerá "que puede hacer cosas extraordinarias, mudar los tiempos y las leyes" y por tres años y medio el Horror reinará en el mundo.

Luego el Padre dirá: "Basta" ante el gran coro que resonará en el Cielo por el "rumor de las grandes palabras" de los santos. Y matarán a la Bestia perversa y la arrojarán en el pozo abismal y la acompañarán todas las bestias menores para que se queden con Satanás, su generador, eternamente.

Entonces el Padre me llamará "para juzgar a los vivos y a los muertos", como está dicho en el Símbolo de la Fe. Y los "vivos", los que han conservado en ellos la vida porque han mantenido viva la Gracia y la Fe, heredarán "el reino, la potencia y la magnificencia de Dios". Los muertos en el espíritu recibirán la Muerte eterna, como su voluntad ha preferido elegir.

Y ya no existirá la Tierra ni hombres de carne. Existirán solamente "hijos de Dios", criaturas libres de todo dolor, y ya no existirá el pecado, y ya no habrá más tinieblas ni temor. Habrá sólo júbilo, júbilo, un inmenso y eterno júbilo, como los hombres no pueden concebir. Será el júbilo de ver a Dios, de poseerle, de comprender su pensamiento y su amor.

¡Venid hombres, a la Fuente de la vida! Yo haré brotar el manantial. Tomad, fortaleceos en ella para ser intrépidos en las pruebas y para llegar a sumergiros completamente en ella, en Mí, fuente de beatitud, en el hermoso Paraíso que mi Padre creó para vosotros y en el cual os espera el triple Amor de Dios Uno y Trino y

[5] 23 de julio. "Los cuadernos. 1943"
[6] Lucas 2, 40.

la Pureza de la Madre "nuestra" y con ellos os esperan también los que, por haber sido fieles, ya han obtenido la Vida>>.

Luego Jesús me dice:

<<Cuando te veo tan atenta a mis lecciones, me pareces una alumna diligente y encariñada con su Maestro, que es para ella el "saber" absoluto. En cambio, cuando descubres por ti misma algunas partes nuevas o haces algunas observaciones (como en el caso de las visiones), me das la impresión de un niñito bueno que su padre lleva de la mano para conducirle ante lo que él quiere que *vea* el niño para desarrollar su inteligencia pero que, al mismo tiempo, no interviene, para permitirle al hijo la alegría de descubrir algo nuevo y, de ese modo, aumentar el concepto de sí mismo.

Para que sea así, siempre debes estar libre de preocupaciones humanas, cada vez más libre de ellas. Debes sentirte cada vez más segura para caminar sin empacho por los senderos de la contemplación y cada vez más tranquila y confiada en Mí, que te llevo de la mano.

Aun sin darlo a conocer, un papá inventa mil ardides amorosos para que su criatura vea *esa* cosa determinada que quiere hacerle ver. ¡Oh!, para mis pequeños, Yo soy el más amoroso de los padres y el más paciente de los maestros y cuando puedo llevar de la mano a uno de ellos, que es dócil y atento, soy feliz. Soy feliz de ser Maestro y Padre.

¡Es tan difícil que mis criaturas pongan confiadamente su mano en la mía para que Yo las guíe y las instruya y para decirme: "Te amo por sobre todas las cosas y con todo mi ser"! Las que son *"mías"* por completo, sin reservas, son pocas, mas a ellas descubro los tesoros de las revelaciones y de las contemplaciones y me doy, también Yo, sin reservas.

Mas recuerda, María: puesto que os elijo para desempeñar el papel de divulgadoras de mi Divinidad, en sus diversas manifestaciones, entre los que necesitan ser despertados y conducidos a vislumbrar a Dios, deberás ser sumamente escrupulosa, cuando repitas lo que estás viendo. Hasta una nimiedad tiene valor y no se trata de una nimiedad *tuya*, sino *mía*. Por eso no tienes el derecho de retenerla para ti. Eso sería deshonesto y egoísta. Recuerda que eres la cisterna del agua divina[7] y que dicha agua se vierte en ella para que *todos* vengan a cogerla.

En los dictados has alcanzado la fidelidad más fiel. En las contemplaciones observas mucho pero, por la prisa en escribir y por las especiales condiciones de salud y de ambiente, acontece que omites algún detalle. No debes hacerlo. Ponlos a pié de página, mas escríbelos *todos*. No se trata de un reproche, es un dulce consejo de tu Maestro.

Hace unos días me dijiste: "Si a través de mí los hombres te aman un poco más, eso justifica y recompensa todos mis afanes y mi misma vida; aunque *un* solo hombre volviera a Ti por medio de tu "violeta escondida"[8], ella sería feliz".

Cuanto más atenta y exacta seas, tanto mayor será el número de los que vengan a Mí y mayor será tu felicidad espiritual en el presente y tu felicidad eterna en el futuro.

Ve en paz. Tu Señor es contigo>>.

27 enero de 1944

Dice Jesús

<<Es doloroso dictar, escribir, leer esta página. Pero es la verdad y hay que decirla. Escribe. Es para los sacerdotes.

Se acusa mucho a los fieles de ser *poco* fieles y *muy* tibios. Se acusa mucho a los hombres de no tener caridad, ni pureza, ni desapego por las riquezas, ni espíritu de fe. Mas, así como los hijos, salvo raras excepciones, son como les forman los padre (no tanto con las represiones cuanto con el ejemplo), *también los*

[7] En el dictado del 21 de junio de 1943 y en los dictados del 11 de diciembre de ese mismo año, en "Los cuadernos. 1943".
[8] En la visión del 22 de abril de 1943, jueves santo, por la noche, en "Los cuadernos. 1943".

fieles son, salvo las excepciones siempre presentes, *tal como les forman los sacerdotes, no tanto con las palabras cuanto con el ejemplo.*

Las iglesias, esparcidas en medio de las casas de los hombres, deberían ser como un faro y un centro de purificación. De ellas debería emanar una luz dulce y potente, penetrante y atrayente que, como sucede con la luz de día, penetrara, a pesar de todas las barreras, en los corazones.

Imaginad un hermoso día de verano. Una luz radiante emana del sol y abraza la tierra. Es tan potente e invencible que aun en el cuarto más cerrado la oscuridad nunca es completa. Siempre habrá en ese cuarto un rayo sutil como el cabello de un niño, un punto tembloroso sobre la pared, un polvillo de oro que danza en el aire, para testimoniar que afuera brilla el refulgente sol de Dios.

Del mismo modo, si de las iglesias esparcidas entre las casas se difundiera una "luz" igual a la que Yo os he indicado como vuestro signo, ¿oh, sacerdotes a quienes denomino "luz del mundo"[1] (os llamé así cuando os creé)!, aun en los corazones más cerrados penetraría una hebra, un punto, un polvillo de luz, lo suficiente para engendrar en los corazones hambre de luz, de "esa Luz".

Mas, ¿cuántas son las iglesias de las que emana una luz tan viva que es capaz de forzar las puertas cerradas de los corazones y penetrar en ellos para llevarles a Dios, a Dios que es Luz? Mas, ¿cuántos sois vosotros, los párrocos y clérigos; vosotros, los sacerdotes y monjes; vosotros, todos los que Yo he designado para que fuerais portadores de Mí hacia los corazones, cuántos de vosotros, las almas de la iglesia, estáis inflamados por la Caridad hasta tal punto que lográis vencer el hielo de las almas y llevar al corazón de los hombres el amor de Dios y el amor a Dios, a Dios que es Caridad?

Los dolores de los hombres son diversos de los vuestros. O, al menos, los vuestros deberían ser diversos, porque tendrían que consistir en las penas provocadas en el celo hacia vuestro Señor Dios, que no es amado lo bastante; provocadas por los fieles que se pierden; por los pecadores que no se convierten. *Sólo éstos, no otros, deberían ser vuestros dolores* porque, al llamaros, no os asigné una mansión, una mesa, una fortuna, una familia, *sino una cruz, mi Cruz,* esa en la que perecí desnudo; ésa en la que expiré solo; ésa a la que subí *despojado de todo,* despojado hasta de mi pobreza, que era riqueza comparada con mi miseria de ajusticiado al que sólo le queda el patíbulo hecho con poca madera y tres clavos, y un puñado de espinas entrelazadas formando una corona. Esto lo recuerdo *para decirles a todos –y a vosotros en particular- que las almas se salvan con el sacrificio, con la generosidad en el sacrificio llevado hasta el despojo total, absoluto, de los afectos, de las comodidades, de lo necesario de la vida.*

En cambio los hombres, acosados por sus dolores -¡y sólo Yo sé cuántos son!-, tendrían que poder mirar hacia su iglesia como a una madre en cuyo regazo se va a llorar y a escuchar palabras de consuelo tras haberle narrado las propias angustias, con la certeza de ser escuchados y comprendidos. En los momentos en que les envuelven las tinieblas –provocadas por *tantas* causas no siempre originadas en su voluntad sino impuestas por voluntad *ajena, por un complejo de circunstancias que les inducen a creer en el error o a dudar de Dios*- los hombres tendrían que encontraros a vosotros, los portadores de luz, de *mi* luz; a vosotros, los piadosos como el samaritano[2], a vosotros, que sois maestros como vuestro Maestro; a vosotros, que sois padres como vuestro Padre.

La Tierra, corrompida por tantas cosas, fermenta como un cuerpo que se pudre y contamina las almas con su hedor de pecado. . Mas, si las iglesias esparcidas entre las casas fueran incensarios en los que un sacerdote vive ardiendo y se inflama amando, el hedor del mundo quedaría equilibrado por el perfume de Dios, que emana del corazón de los sacerdotes *que viven en total "fusión" con Dios, anulados en Dios hasta ser únicamente semejantes a Mí,* Dios, que estoy en el Sacramento a disposición del hombre *en todo momento,* sin desfallecimientos, sin soberbias, sin resistencias; entonces, *los corazones se purificarían.*

Los sacerdotes que son así, es decir, *perfectos,* son como el sol. Aspiran las almas hacia el Cielo como si fueran gotas de agua y las purifican en la atmósfera celeste para ser luego como nubes que se disuelven blandamente en benéfico rocío, de noche, *recatadamente,* para llevar refrigerio a las heridas y las quemazones de los corazones, pobres flores heridas por tantas cosas.

[1] Mateo 5, 14-16.
[2] Lucas 10, 29-37.

Aspiran, atraen a sí: para ello es necesario tener una fuerza muy grande. *Sólo el amor vivísimo hacia el Señor y hacia los hermanos puede dároslo.* Si lo queréis, permaneciendo firmes en Dios y en lo alto, muy en lo alto respecto a la tierra, *vosotros podéis atraer las almas a vosotros, o sea a Dios, en quien vivís.* Es una operación que requiere *generosidad y constancia.* Hasta un parpadear debe servir para este fin. *Todas vuestras acciones deben proponerse esta meta*. Hay miradas que pueden convertir un corazón, *si en tales miradas resplandece Dios.*

Disolverse: sacrificarse, de todas las maneras, recatadamente, llevando a las almas abrasadas el refrigerio celeste, que se difunde tan dulcemente que ellas no saben cuando les ha llegado, aunque se encuentren regadas por él. Tal como lo hace el rocío que, silencioso y púdico, desciende mientras todo reposa: los hombres, los animales y las flores; limpia el aire de las impurezas del día, sacia la sed de los tallos y las frondas y los cubre de perlas.

Sacrificio, más y más sacrificio, ¡oh, sacerdotes*! Plegaria, más y más plegaria, ¡oh, pastores!*

Os he llamado *pastores*[3]*. No os he llamado "solitarios" ni tampoco "capitanes". El solitario vive por su cuenta. El capitán marcha a la cabeza de los suyos. En cambio,* el "pastor" está en medio de su rebaño y lo guarda. No se aísla, porque el rebaño se dispersaría. No camina a la cabeza de él, porque las ovejas distraídas quedarían rezagadas en el camino y a merced de los lobos y los ladrones.

Si no es un enajenado, *el pastor vive en medio de su rebaño,* lo llama, lo reúne, va incansablemente de un extremo al otro del mismo, lo precede en los puntos difíciles, *es el primero* en tantear las dificultades, las allana en lo posible, se afana por hacer seguros los tramos dificultosos, luego permanece en el punto más arduo para controlar el paso de sus ovejillas y si ve alguna temerosa o débil, se la pone sobre los hombros y la lleva más allá del punto peligroso; si aparece el lobo, no huye: al contrario, se arroja sobre él, poniéndose delante de sus ovejas, y las defiende, aun a costa de morir por salvarlas. *Se inmola por ella, para saciar el hambre de la fiera, de tal modo que ésta no siente ya la necesidad de devorar.* ¡Cuántas fieras acechan a las almas! El pastor no pierde el tiempo en inútiles diálogos con los que pasan, no se distrae con cosas que no le competen. *Se ocupa de su rebaño y nada más.*

Ahora poned atención. ¿No parece estar leyendo el capítulo 8° de Ezequiel?

Primer ídolo: los celos.

Tendríais qué ser caridad, ¿no es verdad? Tendríais qué ser caridad para inducir a otros a la caridad. Y, en cambio, ¿qué sois? Tenéis celos el uno del otro. Os ofendéis si un laico os critica. Mas, ¿no os criticáis recíprocamente y, a menudo, injustamente? El superior critica a los inferiores. El inferior critica a los superiores. Tenéis celos si uno de vosotros se destaca, si uno de vosotros tiene éxito, si uno de vosotros se enriquece. Es más: *esto, que tendría qué horrorizaros, es lo que más os apetece*. ¿Acaso era rico Yo, el Sacerdote eterno? Sed perfectos y os notarán y alabarán, a*un cuando tendría qué interesaros sólo la alabanza de vuestro Dios.* Sed perfectos y alcanzaréis el único fin digno de vuestro hábito*: el de llevar almas a Dios.*

Segundo ídolo, o mejor, numerosos ídolos: las diversas herejías que en vosotros sustituyen el culto que deberíais practicar.

También vosotros, como los setenta ancianos que nombra Ezequiel[4], incensáis a los ídolos, cada uno al que prefiere. Y lo hacéis en la oscuridad, esperando que los ojos del hombre no os vean. Pero os ven. Y le escandalizáis. Porque los fieles, y los hombres en general, son como los niños que, aunque parezca que no observan, no pierden nunca de vista ni de oídos a los mayores.

Mas, ¿es que no sabéis que, aun cuando el hombre no os viera, Dios os ve? Y entonces, *¿por qué esparcís vuestro incienso ante el poder del oro o ante el poder del hombre?* ¿Es que acaso no veo desde lo alto de mi trono que demasiados sacerdotes míos *ocupan su tiempo -ese tiempo que Yo les otorgo para que lo empleen en la propia misión sacerdotal- dedicándose a tratos humanos, aptos para aumentar su bienestar?* Sí, lo veo. ¿Es que acaso no observo –y, al hacerlo, mi corazón siente un profundo disgusto- que demasiados sacerdotes míos *abjuran mi Ley para obedecer a la ley de hombres desgraciados, porque así esperan obtener honores y ganancias? Sí, lo veo.*

[3] Juan 10, 1-21.
[4] Ezequiel 8, 11.

¡Oh, sacerdotes politicastros! ¡Sois los miembros del Sanedrín de hoy! Mas, recordad cuál fue el final del Sanedrín, *precisamente por obra de aquellos a cuyos pies habían prosternado su conciencia y violado mi Ley*. Y no os digo nada más. Todo esto os acaeció por parte de los hombres. *Lo demás os llegará después, por el Juez eterno y justo.*

Tercer ídolo: la sensualidad.

Sí, veo también esto. Y no agrego nada más por respeto a mi "portavoz". Mas, que cada uno de vosotros *se examine* para comprobar si en lugar de las únicas criaturas femeninas que le es permitido a un sacerdote recordar con amor –es decir, mi Madre y la propia- no existe *una diosa pagana.* Recordad que me tocáis, que me recibís. Nada más. *No pongáis al Purísimo en contacto con una carne manchada por la lujuria.*

Cuarto ídolo: la adoración del oriente.

Las *sectas*. Sí, veo también esto. ¿Y no tendría qué mirar con desdén a muchos de vosotros y dirigir a muchos las invectivas que dirigí a los fariseos y a los doctores de mi época[5]? ¿Y no tendría qué suscitar "luces" entre los laicos que me aman como muchos de vosotros no me aman, por piedad hacia las almas que dejáis en el hielo, en la oscuridad, en la impureza, hacia las almas para las que no sois un camino hacia Dios, sino un sendero que lleva hacia abajo? ¿Cómo osáis repetir mi Palabra y predicar mi Ley cuando dicha Palabra y dicha Ley son una condena para vosotros? *El que es puro, que sea aún más puro; el que no es puro, que se purifique.*

La humanidad se encuentra ante una gran encrucijada. De allí parten dos caminos: uno sube y lleva a Dios; el otro baja y conduce a Satanás. En la encrucijada hay una piedra. *Sois vosotros.* Si hacéis de vosotros un baluarte y un estímulo hacia el primer camino. Satanás no irrumpirá y las almas serán impulsadas hacia Dios. Mas, *si sois vosotros los primeros en rodar por la pendiente de Satanás, arrastraréis a la humanidad, con anticipación, hacia los horrores del Anticristo.*

Y si éste debe venir, *¡ay de los que anticipan su venida y la prolongan!, porque él cesará de existir a la hora eterna fijada y cuanto más largo sea el tiempo de su permanencia, mayor será el número de las almas que se perderán. Mas, recordáoslo: ni siquiera una de ellas dejará de ser vengada,* pues si vuestro Dios ve hasta el pájaro que muere, ¿cómo puede no ver un alma que muere? *A sus asesinos, quienesquiera que sean, exigiré la razón y decretaré mi condena".*

29 de enero de 1944

Tendría qué decirle aquí dos cosas que por cierto le interesarán y que había decidido escribirle en cuanto me librara del sopor. Pero como hay algo más apremiante, se lo escribiré después.

Lo que estoy viendo esta noche:

Veo una inmensa extensión de tierra; podría llamarla mar, porque no tiene confines. La defino "tierra" porque hay tierra como en los campos y en los caminos. Pero no existe un árbol, una rama, una brizna de hierba. Sólo hay polvo, polvo y más polvo.

Todo esto lo veo a una luz que no es luz. Se trata de un resplandor apenas definido, lívido, con un matiz verde-violáceo como se advierte cuando se desata un fortísimo temporal o se produce un eclipse total. *Es una luz,* que da miedo, *como de astros apagados. Esto es: no hay astros en el cielo. No hay estrellas en el cielo. No hay estrellas, ni luna, ni sol. El cielo está vacío y así también la tierra. El uno está despojado de sus flores de luz; la otra, de su vida vegetal y animal. Son dos inmensos despojos de lo que ya ha sido.*

Tengo todo el tiempo para contemplar esta desolada visión de la muerte del universo, que creo será semejante a la de su primer instante[1], cuando ya existía el cielo y la tierra pero en el primero no había astros y la segunda estaba desprovista de vida; cuando era un globo solidificado, pero aún deshabitado, que surcaba el espacio a la espera que el dedo del Creador le otorgara hierbas y animales.

[5] Mateo 23, 1-32; Lucas 11, 37-54.
[1] Génesis 1, 1-2.

¿Por qué comprendo que se trata de la visión de la muerte del universo? Por una de esas *"segundas voces",* que no sé de quién provienen, pero que obran en mí como el coro en las tragedias antiguas: son las que indican especiales aspectos, que los protagonistas no ilustran por sí mismos. Precisamente es lo que deseo decirle y que le diré más tarde.

Mientras mis ojos recorren esta desolada escena cuya necesidad no comprendo, veo a la Muerte[2], salida quién sabe de dónde, erguida en medio de la inconmensurable llanura. Es un esqueleto que ríe, con sus dientes descubiertos y sus órbitas vacías, que reina en este mundo muerto y va envuelto en un sudario como en un manto. No lleva la guadaña. *Ya lo ha guadañado todo.* Gira su mirada hueca sobre su siega y ríe con sarcasmo.

Tiene los brazos cruzados sobre el pecho. Luego abre esos brazos esqueléticos y también las manos, que son sólo un puñado de huesos descarnados y esa figura gigantesca y omnipresente –o, mejor dicho, *omnicercana*-, me apoya un dedo, el índice de su diestra, sobre la frente. Siento el frío glacial del hueso puntiagudo, que parece perforarme la frente y entrarme como una aguja de hielo en la cabeza. Pero comprendo que el único significado de este gesto es el de llamar mi atención sobre lo que está sucediendo.

En efecto, con gesto del brazo izquierdo me indica la desolada extensión sobre la que estamos de pie, ella como reina y yo como único ser viviente. Ante la tácita orden de los dedos esqueléticos de su mano izquierda y con el rítmico girar de derecha a izquierda de su cabeza, la tierra se abre en mil y una grietas y en el fondo de estos surcos oscuros veo blanquear cosas esparcidas, sin comprender qué son[3].

Mientras me esfuerzo en pensar qué son, la mirada y el mando imperioso de la Muerte siguen surcando, como un arado los terrones –que van abriéndose cada vez más hasta el horizonte lejano-, hienden las olas del mar sin velas y las aguas se abren formando vórtices líquidos.

Y luego, de los surcos de tierra y de los surcos del mar surgen y se ordenan esos objetos blancos que he visto antes esparcidos y mezclados. Son millones y millones, infinitos millones de esqueletos que afloran de los océanos y que se alzan de la tierra. Son esqueletos de las más variadas estaturas, desde los minúsculos de los niños, con las manos semejantes a pequeñas arañas polvorientas, hasta los de hombres adultos, y a veces gigantescos, cuya mole hace imaginar algún ser antidiluviano. Y están estupefactos, como si temblaran, semejantes a quien se despierta bruscamente de un sueño profundo y no logra comprender dónde se encuentra.

La vista de todos esos cuerpos esqueléticos, que parecen blancuzcos en medio de esa "no luz" apocalíptica, es tremenda.

Luego, en torno a esos esqueletos va condensándose lentamente como una cerrazón, una niebla que surge del suelo agrietados, de los mares hendidos, y toma forma y opacidad, se hace carne, se transforma en un cuerpo semejante al nuestro de seres vivos; en las órbitas vuelven a formarse los ojos y brillan los matizados iris, los pómulos se cubren formando las mejillas, sobre las mandíbulas descubiertas se extienden las encías y los labios vuelven a delinearse y los cráneos se pueblan de cabellos y los brazos vuelven a ser torneados y los dedos ágiles y todo el cuerpo es ya un cuerpo vivo, igual que el nuestro.

Son cuerpos vivos, igual que el nuestro, pero ostentan diferentes aspectos. Hay cuerpos bellísimos, tan perfectos en las formas y los colores que son semejantes a obras de arte. Hay otros horrendos, que no lo son debido a verdaderas cojeras o deformaciones, sino porque su aspecto general les asemejan más al bruto que al hombre. Tienen ojos torvos, el rostro contraído, un aspecto feroz, y lo que más me impresiona es la tenebrosidad que emana del cuerpo y que aumenta la lividez del aire que les circunda. En cambio, los más bellos tienen un mirar risueño, rostro sereno, aspecto dulce, y emanan una luminosidad que forma una aureola en torno a ellos, de la cabeza a los pies, y que se irradia también alrededor.

Si todos fueran como los primeros, la oscuridad se haría total, hasta el punto que lo ocultaría todo. Pero, gracias a los segundos, no solo aumenta la luminosidad sino que la aumenta tanto, que puedo ver todo perfectamente.

---

[2] 1 Corintios 15, 26.
[3] Ezequiel 37, 1-14.

Los feos, acerca de cuyo destino maldito no albergo duda puesto que llevan esta maldición grabada en la frente, callan mientras echan a su alrededor miradas atemorizantes y siniestras, de lo bajo a lo alto, y se agrupan de un lado obedeciendo a una orden que no oigo, pero que alguien les debe haber dado y que los resucitados han percibido. También los muy bellos se reúnen sonriéndose y mirando a los feos con una mezcla de piedad y horror. Y además cantan, entonan un coro, lento y suave, de bendición a Dios.

No veo nada más. Comprendo que he contemplado la resurrección final[4].

Lo que deseaba decirle al principio es esto. Ud. me ha preguntado hoy cómo había llegado a saber los nombres de Hil.lel y Gamaliel y también el de Sciammai. La que me dice estas cosas es la que llamo "segunda voz". Es una voz aún menos sensible que la de mi Jesús y de los otros que me dictan. Ya se lo he dicho y se lo repito: estas últimas son voces que mi oído espiritual percibe como *iguales a las voces humanas.* Por eso son dulces o airadas, fuertes o bajas, risueñas o tristes, como si alguien hablara precisamente cerca de mí. En cambio, esta "segunda voz" es como una luz, una intuición que habla en mi espíritu. "*En mi espíritu, no "a" mi espíritu.* Es una indicación.

Es por eso que, mientras me acercaba a grupo de los que discutían y no sabía quién era ese personaje ilustre que estaba al lado de un anciano y se acaloraba tanto, este "no sé qué" interior me dijo: "Gamaliel-Hil.lel". Sí, primero dijo Gamaliel y luego Hil.lel. No tengo duda alguna. Mientras estaba pensando quiénes eran estos dos personajes, mi indicador interior me señaló al tercer individuo, muy antipático, justo en el momento en que Gamaliel le llamaba por su nombre. De este modo pude saber quién era ese personaje de aspecto farisaico.

Del mismo modo, hoy mi indicador interior me ha hecho comprender que estaba viendo el universo cuando ya todo había muerto en él. Me sucedió así muchas veces en las visiones. Es la indicación que me permite entender ciertos detalles que haya qué entender y que no lograría comprender por mí misma.

No sé si me he explicado bien. Pero debo interrumpir porque empieza a hablar Jesús.

Dice Jesús:

"Cuando el tiempo haya terminado y la vida sea únicamente la Vida en el Cielo, antes de ser disuelto completamente, el universo volverá a ser –como has pensado- lo que era al principio. Esto acontecerá cuando Yo haya juzgado.

Muchos creen que desde el momento postrero hasta el Juicio universal transcurrirá sólo un instante. Mas, ¡oh, hija!, Dios será bueno hasta el fin. *Dios será bueno y justo.*

No todos los seres vivientes de la hora extrema serán santos, ni todos serán réprobos. Entre los primeros habrá algunos que ya están destinados al Cielo pero que tienen algo qué expiar. Yo sería injusto si les privara de la expiación que ordené para todos los que les precedieron y que, en la hora de la muerte, se encontraban en las mismas condiciones.

Por eso, mientras llegarán para otros planetas la justicia y el momento final y uno a uno se irán apagando los astros del cielo como antorchas sobre las que se sopla, y la oscuridad y el hielo irán aumentando, en mis horas, que son vuestros siglos, (*y ya ha comenzado la hora de la oscuridad, tanto en el cielo como en los corazones),* los seres vivientes del último instante, que sean merecedores del Cielo pero que necesiten aún una purificación, serán destinados al fuego purificador. Aumentaré el calor de dicho fuego para que sea más rápida la purificación y los bienaventurados no esperen demasiado para llevar a la glorificación su carne santa y hacerla gozar al ver a su Dios, a su Jesús, en su perfección y en su triunfo.

Es por eso que has visto la tierra sin prados ni árboles, ni animales, ni hombres, ni vida y los océanos sin velas, como una llanura de aguas inmóviles porque el movimiento ya no le será necesario para dar la vida a los peces, así como a la tierra no necesitará el calor para dar la vida a las mieses y a los hombres. Es por eso que has visto el firmamento vacío de luces, sin sus fuegos y sus resplandores. La luz y el calor no le harán

[4] 1 Corintios 15, 35-58.

más falta a la tierra, que será ya como un enorme cadáver que en sí encierra los cadáveres de todos los seres vivientes, desde Adán hasta el último hijo de Adán.

La Muerte, mi última servidora en la tierra, cumplirá su última tarea y luego también ella cesará de existir. Ya no habrá Muerte. Habrá tan sólo Vida eterna. Habrá Vida en la beatitud o en el horror. Habrá Vida en Dios o vida en Satanás, para vuestro yo, que se habrá vuelto a componer en cuerpo y alma.

Ahora basta. Descansa y piensa en Mí>>.

¡También esta noche, en que no quería escribir pues estaba agotada, he tenido qué escribir 12 cuartilla!... Está todo dicho.

Me he olvidado de explicarle que los cuerpos estaban desnudos completamente, pero que no daba fastidio, como si también la malicia hubiera muerto: tanto en ellos como en mí. Por otra parte, los cuerpos de los réprobos estaban protegidos por la propia oscuridad y a los de los bienaventurados les vestía su misma luz. Por eso, la parte animal que existe en nosotros desaparecía bajo el efluvio del espíritu interior que es el amo –plenamente gozoso o plenamente desesperado- de la carne.

30 enero de 1944

¡Cuánta dulzura he sentido hoy!

Estaba bordando ese encaje que Ud. ya conoce mientras escuchaba música en compañía de mis parientes. Por lo tanto, no ponía atención en las cosas corrientes. De repente, la visión me ha abstraído totalmente y ha provocado en mi rostro un cambio de expresión que afortunadamente, sólo Paola ha comprendido. Ese gozo me ha acompañado por toda la tarde hasta el momento del consabido colapso, que esta vez ha llegado antes de lo acostumbrado, porque cuando "veo" de este modo mis fuerzas físicas y, sobre todo, mis energías cardiacas sufren una gran dispersión, que no me aflige porque está compensada por el enorme goce espiritual.

Ahora que ya todos están durmiendo, le narro mi júbilo. He "visto" el Evangelio de hoy[2]. Figúrese que, al leerlo esta mañana, me he dicho a mí misma: "He aquí un episodio evangélico que no podré ver nunca porque se presta muy poco a una visión". En cambio, cuando menos lo pensaba, me ha llegado para colmarme de gozo.

He aquí lo que he visto.

¡Qué lástima que hoy Ud. no haya venido! Habría visto un rostro colmo de beatitud y yo habría podido saber en qué consiste mi cambio, pues Paola dice que, aunque sigo trabajando a pesar de todo y lo hago aún con mayor velocidad de lo acostumbrado, ella se da cuenta de mi cambio pero no se lo sabe explicar... Al menos sabría cómo comportarme y, si fuera necesario, haría como Moisés[3]: me cubriría el rostro con un velo.

31 de enero de 1944

Ezequiel 10 y 11.[1]

Dice Jesús:

<<El antiguo Tau es una cruz mocha, como justamente debe ser la que designa a los súbditos, los cuales no pueden ornar su trono con un dosel y darse el nombre de rey. Son hijos de Dios mas no "primogénitos del Padre". Sólo el Primogénito se sienta en el trono real. Sólo Cristo, cuyo trono terrenal fue la Cruz, lleva en lo

[2] Se trata del episodio de la tempestad aplacada: Mateo 8, 23-27; Marcos 4, 35-40; Lucas 8, 22-25 que María Valtorta describió en la vasta obra sobre el Evangelio.
[3] Éxodo 34, 29-35.
[1] Es mejor considerar Ezequiel de 9.1 a 11, 21.

alto de la misma, el trozo que se alza sobre su cabeza, su glorioso emblema: "Jesucristo, Rey de los judíos"[2]. Los cristianos llevan el signo de Cristo, mocho en la punta por humildad, como es justo para quienes son hijos de una estirpe real pero no son los primogénitos del Padre.

¿En qué consiste el signo Tau? ¿Dónde está colocado? ¡Oh!, dejad la materialidad de las formas cuando os sumergís en el conocimiento de mi reino, que es tan sólo espíritu.

Un signo material no os librará del veredicto establecido por los ángeles. *Dicho veredicto está escrito es vuestros espíritus*, con caracteres invisibles para el ojo humano más bien visibles para mis ministros angélicos; ese signo, que os hace dignos de ser salvados para la Vida, lo escribirán *vuestras obras*, o sea, lo escribiréis *vosotros mismos*, o la posición social. *El único valor será ese signo. Él hará iguales a reyes y mendigos, ha hombres y mujeres, a sacerdotes y guerreros.* Será igual en cada uno de ellos si, en la respectiva forma de vida, de la misma manera sirvió a Dios y obedeció la Ley; *también el premio será igual* para todos los que se presentan ante Mí con ese fúlgido signo grabado en el espíritu: el premio será *ver y gozar de Dios eternamente.*

Ya al estar tan convencidos de la necesidad, del deber de glorificar y obedecer a Dios totalmente, os graba en el alma ese signo santo que os hace *míos* y que os otorga una dulce semejanza conmigo, el Salvador; por eso vosotros, como Yo, os afligís por los pecados de los hombres, sea porque significan una ofensa hacia el Señor, sea porque llevan la muerte espiritual a los hermanos. Se enciende la caridad y donde hay caridad hay salvación.

Ezequiel dice que oyó que el Señor le ordenaba al hombre vestido de lino que cogiera las brasas ardientes que estaban en medio de los querubines y que las arrojara en la ciudad para castigar a los culpables, empezando por los del santuario, porque el ojos del Señor se había cansado de ver las obras del hombre, que cree poder hacer el mal impunemente porque Dios se lo permite y se forja la ilusión de que Dios no ve más el hipócrita aspecto exterior.

No. Con su infinita potencia, Dios lee en el fondo de vuestro corazón, ¡oh, ministros del santuario, potentes de la tierra, cónyuges pecadores, hijos que transgredís el cuarto mandamiento, profesionales que mentís, vendedores que robáis, todos vosotros, los que desobedecéis mis diez mandamientos[3]! Es inútil todo velo. Al igual que vuestros rayos X, que tanto os enorgullecen, *y aún mucho más que ellos,* el ojo de Dios os penetra, os traspasa, hurga en vosotros, lee en vosotros, descifra lo que sois realmente. Recordadlo.

El fuego cogido entre los querubines para que sirviera de castigo, no es una acción simbólica.

Cuando faltáis, ¿cuál es vuestra falta? Es falta de caridad. Ya os lo he explicado cuando os he hablado del Purgatorio y del Infierno[4], de estas dos *verdades* que vosotros creéis embustes. Los tres primeros mandamientos indican la caridad hacia Dios. Los otros siete, hacia el prójimo.

¡Oh! muchas veces me oiréis volver a este tema. ¡Sería mejor que no fuera tan necesario! Querría decir que mejoráis. Mas no mejoráis. Al contrario, os precipitáis con la velocidad de un meteorito hacia la anticaridad.

Vuestras acciones, o mejor, vuestras "malas acciones" hacia la Caridad se hacen cada vez más numerosas, como setal nacido en la podredumbre de un terreno. Observo este germinar cada vez más vasto y vigoroso, este prosperar de malas acciones sobre las ya existentes, como si de un estrato de podredumbre surgiera otro estrato aún más venenoso, y siguiera siempre así. Y la atmósfera de pecado y delito, el terreno de pecado y delito, el estado de pecado y delito en que vivís, en que os apoyáis del que surgís, es lo que alimenta con su corrupción el nuevo estrato, el nuevo terreno, la nueva atmósfera, aún más corrompidos y sanguinarios. Es un perenne movimiento, un ciclo caótico y maligno, semejante al de ciertos microbios patógenos que sigue reproduciéndose sin cesar y cada vez con más virulencia en una sangre contaminada.

Ahora es justo que por las culpas contra la Caridad seáis castigados *con el fuego de la Caridad que habéis rechazado.* Era Amor. *Ahora es castigo.* No se desprecia el don de Dios. Lo habéis despreciado.. *El don se muda en castigo.* Dios os retira la Caridad y os deja en vuestra anticaridad. *Dios os lanza*, como una

[2] Mateo 27, 37; Marcos 15, 26; Lucas 23, 26;
[3] Éxodo 20, 1-17; Deuteronomio 5, 1-22.
[4] En el dictado del 15 de enero.

saeta, *la Caridad que habéis despreciado y os castiga*. Lo hace para llamar aún *a los que son susceptibles al arrepentimiento y meditación*, aunque no sean muchos.

Los querubines, o sea el símbolo de la Caridad sobrenatural, custodian en medio de ellos las brasas de la Caridad. La acción, que parece simbólica solamente, esconde una verdad real.

Cuando seáis llamados al Juicio supremo, *no se verán abrasados por el fuego castigador a los que vivieron en la Caridad.* Ellos son ardientes por sí mismos, por el santo amor que los colmó, más no conocerán las mordeduras de los encendidos castigos divinos, sino únicamente el beso divino, que les embellecerá. Por el contrario, los que fueron carne, tan sólo carne, llevarán en esa carne las cicatrices del rayo divino, pues únicamente la carne puede quedar marcada por dichas cicatrices, como no puede serlo el espíritu, que es fuego que vive en el Fuego del Señor.

En este Juicio, flanqueando al Juez, que soy Yo, estarán mis cuatro Evangelistas. Consumieron su propio ser para llevar a los corazones la ley de la Caridad y prosiguieron su obra más allá de la muerte a través de sus Evangelios, por los que tiene vida el mundo, ya que conocer a Cristo es albergar en sí la Vida. Por eso es justo que Juan, Lucas, Mateo y Marcos estén conmigo cuando seáis juzgados *por haber o no haber vivido el Evangelio*[5]. No soy un Dios celoso y avaro. Os llamo para que compartáis mi gloria. ¿Acaso no tendría que hacer compartir la gloria del Juicio a estos fieles servidores míos, que os divulgaron mi Palabra y la suscribieron con la propia sangre y el propio penar?

"'En los confines de la vida', es decir, allí donde dejará de existir la vida para convertirse en eternidad. Yo os he de juzgar, mas no era la vida *sino por la vida que habéis vivido.* Os he de juzgar a todos, desde el primero hasta el último, definitivamente, por el bien que habéis hecho o que no habéis hecho y, como tú misma has visto, al resurgir seréis todos iguales: pobres huesos desordenados, pobre humo que vuelve a condensarse en carne, esos huesos y esa carne de los que ahora estáis orgullosos, como si fueran algo superior a Dios.

No sois nada como materia. No sois nada. *Sólo mi espíritu infundido en vosotros os convierte en algo y sólo si conserváis mi espíritu –convertido en alma en vosotros- merecéis que os envuelva esa luz imperecedera que servirá de vestidura a vuestro cuerpo y que será incorruptible eternamente.*

Os he de juzgar, mas ya entre vosotros, en vosotros, os juzgaréis aún antes que Yo aparezca, porque en ese momento *os veréis.* Ya habrá muerto la tierra, a la que estáis unidos con tanta avidez, y con ella ya habrán muerto todos los sabores terrenales, entonces abandonaréis esa embriaguez de que os saciáis y veréis.

¡Oh, qué tremenda "vista" para quien vivió únicamente de la tierra y sus mentiras! ¡Oh, qué "vista" gozosa para quien, más allá de las voces de la tierra, *"quiso"* escuchar las voces del Cielo y permaneció fiel a ellas!

Los primeros serán muertos y los segundos, vivos; serán oscuridad o serán luz, según la forma de vida que condujeron: con la Ley o contra la Ley (por haberla sustituido con la ley humana o demoníaca); por eso, los unos serán estrechados en el abrazo tremendo de la Oscuridad eterna y los otros en el beatífico de la Luz trina, que arde en espera de fundiros en Sí, ¡oh mis santos, mis amantes!, para toda la eternidad>>.

3 de febrero de 1944

Jesús me dice:

<<Lo que escribiste el 30 de enero podría dar motivo a los desconfiados de avanzar sus *pero* y sus *si.* Yo responderé por ti. Escribiste: "...cuando *veo* de este modo, mis fuerzas físicas y, sobre todo, mis energías cardiacas sufren una gran dispersión".

No faltarán por cierto los "doctores de lo imposible" que afirmen: "He aquí la prueba de que todo lo que sucede es humano, porque lo sobrenatural siempre da fuerzas y no debilidad".

Entonces tendrán que explicarme por qué los grandes místicos, tras un éxtasis en el que han superado los poderes humanos por haber abolido el dolor, el peso de la materia, las consecuencias de heridas internas y de

[5] Mateo 25, 31-46.

imponentes hemorragias y en el que han gozado de una felicidad que les embellece hasta físicamente, tan pronto como el éxtasis cesa quedan exánimes en el suelo, de modo que parece que el alma les ha abandonado.

También tendrán que explicarme por qué, tras pocas horas de horrenda agonía –que repite mi misma agonía-, retoman –o retomaban- la fuerza y el equilibrio físico, aún más que las mismas personas sanas, tal como ocurre con *mi* sierva Teresa, o como ocurrió con mi santa Gemma[1] y con muchos otros espíritus que mi amor y su amor hicieron dignos de vivir mi Pasión.

Soy el Amo de la vida y de la muerte, de la salud y la enfermedad. *Me valgo de mis siervos del modo que quiero*, tal como jugaría, por pasatiempo, con un sedoso hilo entre mis dedos.

En tu caso, el milagro, uno de los milagros, consiste en esto: que en tu estado físico –cuya prolongación ya es en sí un milagro- puedas alcanzar esa beatitud sin perecer por ello, ya que la vives *aún hallándote en una postración que a otros les impediría hasta los pensamientos más elementales.* El milagro consiste *en la vitalidad que afluye a tu ser en esas horas al igual que en aquellas en las que escribes mis dictados o los de los otros espíritus que te traen su palabra celeste.* El milagro consiste *en la capacidad de recobrar de golpe las fuerzas para escribir,* después de que el gozo ha consumido esa sombra de vitalidad que aún te queda.

Mas esa vitalidad te la infundo Yo. Es como un flujo de sangre que de Mí entra en tus venas exhaustas, como la ola que se vuelca en la orilla y la riega y la mantiene mojada por todo el tiempo de su riego; más, luego la orilla se aridece otra vez hasta llegar a una nueva ola; te acontece también a ti, cuando quedas vacía de mi sangre hasta que llega una nueva transfusión.

Por ti misma no eres nada. Eres un pobre ser agonizante que sigue viviendo porque Yo lo quiero, para cumplir mis fines; eres una pobre criatura que vale únicamente por su amor. No tiene otros méritos. Tienes sólo el amor y el deseo de ser la causa de otros amores hacia tu Dios, o sea, se trata siempre de amor. Amor que justifica tu existencia y mi condescendencia para dejarte en vida, mientras que, desde un punto de vista humano, ya desde hace tiempo tendría qué haberte aniquilado la muerte.

El que te sientas de nuevo un "trapo", como tú dices, cuando dejo de llevarte conmigo por los campos de la contemplación o cuando dejo de hablarte, es la prueba que te doy a ti y a los demás de que todo lo que sucede se debe únicamente a mi Voluntad. Y si alguien piensa, desde un punto de vista humano, que con la misma voluntad y amor podría sanarte, dándote de este modo la mejor prueba de voluntad y amor, le respondo que siempre he conservado la vida a mis siervos hasta que he juzgado que su misión debía continuar, pero que no les he dado una vida humana feliz *porque las misiones se cumplen en el dolor, con dolor y, por otra parte, mis siervos tienen sólo un deseo, que es semejante al mío: "Sufrir para redimir".*

Por lo tanto, no digas: "dispersión de fuerzas". Di: "Después que la bondad de Jesús, según sus fines y para mi gozo, anula en mí mi situación de enferma, vuelvo a ser la que su bondad me ha permitido ser: una que está crucificada en su amor y por su amor".

4 de febrero de 1944

Como ve, me he apresurado a fijar esos detalles que, por su insignificancia, se habían pasado inadvertidamente y que Ud. desea conocer.

Además, mientras hoy leía el fascículo[1], he notado una frase de Jesús que puede servirle como norma.

Esta mañana decía Ud. que no podrá dar a conocer mis descripciones a causa del estilo y a mí, que tengo un verdadero terror de ser conocida, eso me puso contenta. Pero ¿no le parece que tal afirmación se opone a lo que dice el Maestro en el último dictado del fascículo?: "Cuanto más atenta y precisa seas (se refiere a la descripción de lo que veo), mayor será el número de los que vengan a Mí". Esto implica que las

[1] Se trata de Teresa Neumann (1898-1963), que por entonces estaba viva, y de la santa Gemma Galgani (1878-1903).

[1] Debe de tratarse de los fascículos escritos a máquina por el Padre Migliorini, que era una copia de los cuadernos autógrafos de María Valtorta, o sea, de los cuadernos que nosotros consultamos directamente.

descripciones deben ser dadas a conocer; de lo contrario, ¿cómo puede haber un número de almas que, gracias a ellas, vayan a Jesús?

Le someto este punto y después haga Ud. lo que mejor le parezca; para mí es indiferente. Es más, *humanamente* estoy de acuerdo con Ud. Pero aquí no estamos en un ámbito humano y también el aspecto humano del portavoz debe desaparecer.

En el dictado de hoy, Jesús dice también: "...*al mostrarte* el Evangelio, hago una tentativa más enérgica para atraer a los hombres hacia Mí. Ya no me limito a palabras... Recurro a la visión y la explico para hacerla más clara y atrayente". Entonces, ¿qué hay que hacer?

Ante todo, visto que soy una pobre nada que ya por mí misma me recojo rápidamente en mi mundo interior; le digo que su observación me ha turbado, me ha turbado tanto, que he llegado a pensar en no escribir más lo que veo y escribir únicamente los dictados. El Envidioso se aprovecha de mi turbación. Me susurra en el corazón: "¿Ves? ¡Tus famosas visiones no sirven para nada! Sirven sólo para hacerte pasar por loca, como en realidad eres. ¿Qué es lo que ves? Los espectros de tu cerebro turbado. ¡Por cierto se necesita mucho más para merecer ver el Cielo!"

Desde hoy me mantiene bajo la colada corrosiva de su tentación. Le aseguro que no he sufrido tanto por mi enorme dolor físico, como he sufrido y sufro por esto. Quiere hacerme desesperar. Hoy mi viernes es viernes de tentación espiritual. Pienso en Jesús en el desierto y en Jesús en Getsemaní…

Pero no me doy por vencida para no provocar la risa de este astuto demonio; y luchando contra él y contra mi lado menos espiritual, le escribo mi gozo de hoy y le aseguro al mismo tiempo que por mi parte sería muy feliz si Jesús me privara de este don de ver, que es mi júbilo más alto. Basta que me conserve su amor y su misericordia.

Hoy por la tarde he visto la aparición de Lourdes.

Veía con nitidez la gruta excavada en el monte, con sus protuberancias rocosas en las que nacieron, aprovechando la escasa tierra depositada en grietas, pequeñas plantas típicas. Son frágiles hierbas, musgos, alcaparras, o mejor dicho, hierba parietaria, hiedra silvestre con sus ramos colgantes y en el lado derecho (respecto a mi), al borde de la gruta, un espinoso rosal silvestre que extiende sus ramos, aun despojados de hojas, hacia el interior y hacia lo alto, donde la roca presenta una hendidura que va internándose en ella como si fuera un corredor ascendente, oscuro y estrecho.

La gruta está hecha así (y no se ría de mi garabato)[2]:

Esa especie de ventana es la hendidura y esos garabatos que parten del suelo y suben hasta ella intentan representarle el rosal silvestre. Las dos líneas que se ven detrás de la hendidura representan el presunto recorrido del corredor de piedra. En el suelo hay tierra mezclada con guijarros y hierba: es la característica hierbecilla corta y brillante de ciertos lugares montañosos.

En un determinado momento, un dulcísimo resplandor entre amarillo y rosado ilumina la hendidura, como si un rayo de sol hubiera penetrado en su umbría y la hubiera dorado, o como si una lámpara escondida le hubiera conferido su jubilosa claridad. Es una luz que da alegría.

Luego mi dulce Señora, a quien amo tanto, la Madre que ahora ya conozco tan bien, emerge de la luz. Sonríe con su rostro de lirio, con la mirada amorosa y casta. Está vestida completamente de blanco, como cuando la vi en el Paraíso, pero lleva un largo cinto de espléndida seda celeste, que está anudado en la cintura, debajo del corazón, y desciende casi hasta el borde de su larguísima túnica, bajo la que asoman las puntas de los pies, delgados y rosados. Algo más arriba de ellos, precisamente en la rueda de la túnica, están prendidas dos rosas magníficas, como modeladas en una filigrana de oro. Lleva un largo velo, ligero y consistente al mismo tiempo, que la cubre de pies a cabeza. En sus manos juntas sostiene un largo rosario, que parece de perlas unida con hilos de oro. Me preció que el rosario estaba completo, o sea que tenía 15 cuentas.

[2] M. Valtorta pone un dibujito que aparece en la hoja 112 y que parece una cueva.

Ya me olvidaba decirle que, cuando la luz iluminó la hendidura de la roca, el manojo de ramas del rosal que estaba al pie y a lo largo de la pared derecha de la misma, se agitó como si el viento doblara sus tallos espinosos y las pocas hojas de un verde rojizo, como de herrumbre, que aún permanecían en ellos, abarquilladas por el hielo.

María sonríe sin hablar, aureolada por la luz dorada que hace aparecer más nívea su túnica y el color de las manos, del cuello y del purísimo rostro casi de adolescente. No se le darían más de veinte años, ¡y bien llevados!

María desciende hacia la abertura de la grieta, hasta su borde. Veo su andar, ligeramente ondulante, como ya he observado las otras veces que la vi caminar: es el paso característico de quien usa sandalias sin tacón alguno. Cuando llega al borde de la abertura, justo sobre el rosal, se detiene.

María se santigua. *Me enseña a santiguarme*. ¡Tendríamos qué avergonzarnos por cómo lo hacemos nosotros! El ángel de la visión del Paraíso me enseñó a decir: "Ave María"[3]. María me enseña a decir: "En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo".

Separa las manos que estaban unidas en la plegaria, apoya la izquierda sobre el corazón y con la derecha, que ya no sostiene el rosario, mientras mira el cielo se toca la frente, el pecho, los hombros y luego, al decir "Amén", dobla la cabeza, reúne las manos como al principio y vuelve a sonreír, pues antes, al santiguarse, no estaba ni seria ni risueña: estaba absorta en Dios. El gesto es muy amplio y lento. Ni se asemeja vagamente a nuestros gestos, con los que parece… que espantamos moscas, a la vez que mutilamos las palabras.

Luego comienza a desgranar el rosario. Lo hace lentamente, pronunciando en voz alta el "Gloria Patri" mientras baja evidentemente la cabeza, como si pretendiera hacer una reverencia. Mientras digo las "Aves" y los "Padre nuestros" sonríe y calla. Cada tanto, la ligera brisa mueve los bordes de su cinto de seda.

Por fin abre los brazos y los lleva hacia el suelo mientras baja la cabeza y todo su esbelto cuerpo, inclinándose en una ligera reverencia que expresa humildad, y dice con su suavísima voz inimitable: "Yo soy la Inmaculada Concepción". Al decirlo, levanta la cabeza, vuelve a unir las manos y eleva al cielo sus ojos humedecidos por una emoción sobrenatural.

No dice nada más. Pero su gesto, su sonrisa y su mirada me hacen comprender que Ella es "la Doncella de Dios", que *siempre se considera tal (*y por eso baja la cabeza y los brazos con humildad); que lo es por gracia de Dios y no por sus propios méritos (he ahí el significado de su gesto inicial); que lo es por el Señor al que debemos alabar porque lo donó al mundo como expresión del primer perdón concedido a la humanidad culpable (he ahí el significado de la segunda parte del gesto que traduce en alabanza, gratitud y humilde recogimiento).

Referir este gesto no significa nada. ¡Pero ver tan sólo ese gesto, ya enseñaba tantas cosas!

Luego María se recoge como en una íntima plegaria, con la mirada extasiada en Dios –a quien sólo Ella ve- y de este modo su imagen se disuelve, vuelve a su Paraíso y deja en mí la luz, la música, el perfume de su candor y la espiritualidad de su plegaria.

He escrito venciendo los impedimentos que me creaba el Tentador y mi misma naturaleza humana. Y ahora me quedo sosegada, con mi rosario entre las manos, tratando de imitar a María, la Madre-Maestra que ha venido para enseñarme a rezar y a alabar al Señor por todo lo que hace por nosotros.

Nuestra Señora de Lourdes, enséñame a rezar y protégeme del demonio y de mí misma. Amén.

6 de febrero de 1944

Ezequiel 47.

Dice Jesús:

"He dicho: "Yo soy (para quien me acoge) fuente de agua viva que brota para vida eterna"[4].

[3] En la misma visión del 10 de enero.

Ya sea que me escuche un solo hombre o una nación, bienaventurados sean los que me acogen y albergan en sí los prodigios del Agua de Vida verdadera. Más ahora ya son muy pocos los que me acogen y aún menos lo son las naciones. *Y ya se ven también los frutos de este rechazar o, al menos, de este desatender a Jesucristo*. Se ven dichos frutos en todo su trágico aspecto y se gusta en todo su venenoso sabor, que os llevan a la desesperación y a la muerte, tras haberos revuelto en el miedo al mañana que casi os hace enloquecer. *Y tenéis razón en enloquecer.*

Si vierais en toda su verdad el futuro que avanza, ni siquiera uno de vosotros resistiría, a no ser que le sostuviera Satanás. Digo Satanás, porque no pensáis absolutamente en buscar sostén en Cristo. Pero aún: cuanto más necesitáis de un piadoso apoyo, de una luz en las tinieblas, de una palabra que os consuele y que os guíe, tanto más volvéis la mirada hostil hacia estas cosas, acusáis a Dios y volcáis en Él el rencor que tendríais que volcar en el causante de tanto mal: *en Satanás y en vuestras malsanas pasiones.*

Mirad en qué os habéis convertido y *temblad, temblad*, pensando en qué os habéis convertido. Seréis peor que las áridas arenas salobres que se encuentran en los sitios más desolados del desierto, y en las que es absolutamente imposible toda forma de vida, donde ninguna semilla puede enraizarse y ningún pájaro detener su vuelo y ningún reptil apoyarse en su suelo ni siquiera para arrastrar su lúcida piel con rápido desplazamiento. Seréis peores que esas áridas arenas, más desoladas aún que el páramo estéril que, a pesar de ello, muestra el pobre atavío de sus míseras hierbas, de sus matas espinosas, de sus escasos animales, que logran poblar su soledad de vuelos, de trinos, de brincos, evidenciando así que esa porción de tierra no es polvo muerto desde hace siglos. Os convertiréis en algo peor que las áridas arenas, *ya os estáis convirtiendo, ya os habéis convertido en buena parte, por haber rechazado a Cristo, que es Agua que fecunda.*

Desde mi Cielo Yo, la Cabeza del místico Cuerpo compuesto por todos los cristianos, emano mis ondas vitales y desde mi Iglesia las derramo sobre el mundo. O, mejor dicho, *las derramaría, porque el mundo alza barreras y diques para impedir que lo haga. Porque el mundo empuja estos diques contra la Iglesia para ahogarla, para sepultarla, y a Mí con Ella.* Es una lucha sin cuartel. Es la verdadera Guerra, de la que derivan todas las guerras de la humanidad entera de la era cristiana. *Es la lucha contra Cristo.*

Tenéis qué saber que no es necesario organizar grandes persecuciones o grandes cismas para luchar contra Cristo. También es lucha contra Cristo la pequeña e individual e íntima lucha de cada uno de vosotros contra mi Ley; la velada y astuta y nacional lucha de un País contra la voz de Roma católica, contra la voz que habla en mi nombre por boca de mi Vicario y exhorta a los hombres –especialmente a los jefes- a la ley de la honestidad, del deber, del amor. Son guerrillas. Ahora ya conocéis tan bien los términos bélicos que me entendéis si las llamo así. Son guerrillas. Pero, de ellas se originan luego los verdaderos asaltos, las grandes avanzadas, las imponentes maniobras y las crueles masacres.

Satanás es el capitán de este ejército que comenzó a formarse en Jerusalén, en el seno del Sanedrín, en la casta de los fariseos, de los escribas, de los saduceos, que tuvo como alférez a Judas, que ha ido aumentando de número cada vez más en los siglos de las persecuciones cristianas, que los cismas, las doctrinas demagógicas, los partidos políticos, las nuevas formas de gobierno, han ido alimentando con elementos siempre nuevos hasta convertirlo en avalancha; este ejército que culminará en el Anticristo, que contrapondrá a mi torrente de Gracia un torrente de ferocidad y de sangre en el que os revolcaréis y precipitaréis y entre todos serán pocos los que castigan invocando a Cristo, como víctimas santas. La mayor parte caerá como un bruto degollado, harto de vicios, abundante en vicios, turbado, envenenado, poseído por doctrinas malditas, un verdadero demonio por la palabra que blasfema, por la mente que niega, por el corazón que abjura.

¡Oh, Agua de la divina Gracia, que a tu paso habrías traído la vida, habrías purificado y nutrido los llanos arenosos, habrías eliminado la sal y la podredumbre de las ondas con las que te hubieras mezclado y, de este modo, habrías permitido que los primeros fueran cuna de árboles frutales, cargados de los más variados frutos y que las segundas fueran morada de los más variados peces! ¡Oh, esplendoroso lenguaje de mi Profeta! El agua purificadora es la que mana de mi Corazón abierto por amor a la humanidad. Ella lleva consigo la esencia de este amor divino, a cuyo contacto desaparecen todas las impurezas, como filtradas por un filtro bendito.

---

[4] Juan 4, 13-14.

¡Vuestra humanidad es filtrada a través de la mía! ¿Puede haber poema de amor más grande que éste, el poema de amor de un Dios que se hace hombre para salvar a través de sí mismo a la humanidad entera?

La arena simboliza *las almas* –numerosas como los granitos de arena, precisamente-, que mi contacto, mi fusión, hace fértiles, buenas, aptas para que brote en ellas el árbol de la vida.

Las plantas representan igualmente *las almas* pero las que, por vivir en un terreno regado por la Gracia, prosperan hasta llegar a tocar el Cielo y se cubren de toda especie de frutos, o sea, de todas las virtudes.

Las aguas, que estaban contaminadas y que por obra de la Gracia se sanearon y permitieron que en ellas prosperaran numerosos peces, son *las obras del bien.*

Tratada de comprender el lenguaje de mi Profeta. ¡Es tan límpido, si se le mira con ojos purificados por el amor de Dios! No os obstinéis en segur siendo pútridas ciénegas y litorales poco profundos, donde se estanca la áspera sal, o sea, el mal; donde reina la podredumbre, o sea, el mal más grande. Pues si el mal de la escasa caridad, de la tibieza, del desinterés, es sal que impide que vivan las obras del bien, la podredumbre del gran mal –o sea, los siete vicios, del anticristianismo-, *niega hasta el fugaz tránsito de un pensamiento bueno.*

No descendáis a la podredumbre. Intentad elevaros de vuestro barranco. Remontaos a la fuente de Dios. Mezclaos con ella. Haced de modo que, avanzando, hacia Mí cada vez más, el Agua de Dios os sumerja, os cubra, anule vuestro pobre yo, bajo su inmenso poder de Redención y os haga santos, os haga bienaventurados, os haga felices. Y logre hacerlo *aun en esta vida*, donde ya existe, ¡oh, hijos míos!, tanta infelicidad; donde para llorar no es necesario añadir esa otra desgracia de estar contra Cristo, lo cual provoca muchas ruinas individuales y colectivas.

Escuchad la voz que os llama. Escuchad la voz de Él que os ama. No, no existe ningún otro que os ame como vuestro Dios; no hay ningún otro que os diga palabras más verdaderas que las mías. Abríos para recibirlas. Abríos a la Gracia. Ella desciende para curar vuestros males, para enjugar vuestro llanto. Desciende… y espera en el umbral que le digáis: "Entra" para precipitarse en vosotros con todos sus dones de paz, de tranquilidad, de salud y, en fin, de vida eterna, pues ésta es el compendio de todos los goces>>.

Advierto que he escrito esto tras un día tremendo de desolación, en que me parecía que el cielo y la tierra eran para mí solamente un único castigo. ¿Por quién sufro de esta manera? Jesús no me lo dice. Pero derrama sobre mí su palabra para que haya un bálsamo en mi cáliz de hoy.

8 de febrero de 1944

Dice Jesús:

<<Ven, pequeño Juan. Tras haber gozado con la visión de tu Jesús que ama a los niños, así como también a ti, vayamos juntos a leer a mi Daniel y el tuyo en el trozo en que cuenta de tres niños que le gustaron a Dios porque manifestaron su fe, esa confianza y esa fidelidad, que son propias de los niños y creyeron con tenacidad, creyeron sin titubear, creyeron también en una prueba tremenda, porque amaban "con la mente, con el corazón, con todas sus fuerzas, con todo su ser al Señor Dios"[5]

Siempre ha habido tiranos. Y el ejercicio de su tiranía –de la que se sirve Satanás para pervertirles y para angustiar a sus súbditos haciéndoles desconfiar sobre todo de Dios-, se complacen en promulgar leyes inicuas, proclamadas bajo el estímulo de la soberbia y apoyadas en la fuerza de la espada.

Es una fuerza mezquina que condeno. Es una fuerza que maldigo. *Es una fuerza que es debilidad* porque es la fuerza de un prepotente que, al final, se convierte en un arma *contra él mismo*. En efecto, dicha fuerza suscita otras fuerzas que, a su vez, resuelven la situación ya sea de un modo humano, con un delito que es la consecuencia de todos los delitos precedentes, ya sea de un modo sobrenatural, atrayendo la ayuda divina, que es mucho más potente que todas las armas y todas las palabras, que doblega la soberbia del tirano, la muta en bondad y de esta manera santa libra a sus sujetos de su tiranía sacrílega.

[5] Daniel 3, 8-97.

A Nabucodonosor, embriagado de poder, le pareció lícito pasar el límite también respecto a Dios, pues sustituyó con la idolatría por una estatua de oro –símbolo de su potencia, que él creía divina- hasta el culto de los que adoraban al Dios verdadero.

Sólo Dios es divino. Sólo el poder divino es verdadero poder. Los demás son cometidos de mando porque, por cierto, debe existir un jefe en un grupo étnico, *pero eso no implica un superpoder y, tanto menos, un poder divino.* Ya he explicado[6] que se trata de poderes que son tales hasta que Dios permite que lo sean. He explicado que merecen o no la protección celeste, según actúen para ayudar o para castigar a los hombres. He explicado que dejan de existir cuando exageran al hacer demasiado rudo el castigo para los malvados. *Porque Dios no permite que, para castigar una culpa, se cometa una mayor y,* por lo tanto, condena al que ya no es un administrador de justicia sino un culpable abusador del poder.

El hombre dobla su cerviz ante los tiranos, o mejor, ante los potentes y tanto más la dobla cuanto más éstos ejercen despóticamente su poder mal entendido y mal practicado. Se produce esa idolatría de las multitudes –de la que ya he hablado más de una vez[7]- hacia uno solo entre ellos, uno que, de modo más o menos lícito y santo, se ha convertido en cabecilla y cumple más o menos justamente su misión. Y entonces ocurre que estos triunfadores por una hora se ven tanto más idolatrados cuanto menos merecen serlo. Ocurre porque Satanás es el centro generador de engaños, el que siempre crea nuevas "bestias" apocalípticas para apoderarse del hombre y las dota del máximo poder de seducción; ocurre porque los hombres llevan en sí el acicate del mal más que el del bien, porque son más propensos al Mal –que es Satanás- que al Bien –que es Dios- y no compensan y neutralizan el impulso maléfico con el amor y la unión con Cristo, vencedor de Satanás.

En el reino de Babilonia, los súbditos, hechizados por el fulgor de la estatua de oro (¡vaya profundo significado!) y por los gritos de los pregoneros que proclamaban la voluntad del rey, se apresuraron a adorar al ídolo. ¡Adoraron al ídolo y no a Dios! ¡Adoraron al ídolo porque era de oro, y el oro es el eterno hechicero!

Dios no es un ídolo de oro. *Dios es un Espíritu infinito, eterno, perfecto, que está en el Cielo; Dios es una Carne santísima que en la Tierra pende de una cruz y que en el altar eucarístico vive en el Sacramento.* En el Cielo, los nueve coros angélicos cantan en torno a su trono. En la Tierra, desde la hora del Gólgota hasta hoy y hasta el fin del mundo, en torno a su Cruz se alzan las voces de los que oran y aman (¡que son pocos!) y los alaridos de los que blasfeman (¡que son muchos!) Los corazones que le adoran y esperan de Él vida y consuelo, parecen lámparas en torno a su Tabernáculo.

Éste es Dios: Espíritu y Carne. No es oro, no es el metal al que habéis dado gran valor porque, cual eternos salvajes os habéis dejado seducir por su centelleo, *pero que es menos precioso que el grisáceo hierro con el que se hacen los arados, las hoces, las azadas*, es decir, las únicas armas útiles y santas porque rompen los terrones, los abren para que reciban la semilla, siegan la espiga, que es el inapreciable don que Dios ha hecho al hombre, *la espiga que es vuestro pan cotidiano.*

Los súbditos de Nabucodonosor adoraron el ídolo, la mayor parte de ellos por la seducción del oro; los demás por miedo a los castigos reales. Todos lo adoraron, menos los tres jóvenes que, por el cuidado del Profeta de Dios, *no se habían contaminado con alimentos impuros.*

Notad bien la magna enseñanza. *Muchas veces el acicate del pecado entra en la boca.* En un cuerpo que se nutre ávidamente, con gula, se despiertan también los otros apetitos. *Surge la concupiscencia en su triple apariencia,* porque la ofuscación que provoca el alimento excesivo despierta la sexualidad, excita la soberbia y, por consecuencia, impulsa al hombre con avidez hacia el dinero pues, tanto para poseer a las mujeres como el poder, se necesita mucho dinero. *En el fermento de las pasiones muere la fe, el alma se separa de Dios y se prepara de este modo a adorar el primer ídolo que le presenten.*

Sidrac, Misac y Abdénago habían llevado una vida casta también en cuanto al alimento. Habían sido fieles a Dios, a su Dios, también al nutrirse. Y Dios había crecido en ellos junto con ellos mismos. Dios

[6] El 30 de junio, el 23 y el 30 de octubre en "Los cuadernos. 1943".
[7] El 21 y el 28 de julio, el 5 y el 10 de noviembre y el 20 de diciembre en "Los cuadernos. 1943".

imperaba en su corazón, que era el puro altar al que dedicaban todos sus cuidados, porque era el trono de su Señor.

Has de saber, María, que supieron resistir a todas las amenazas *y no temieron, no temieron,* porque llevaban vivo en ellos a Dios, el amo de todas sus fuerzas o, más que amo, Padre y Regulador de sus fuerzas. Ni siquiera pensaron que sería oportuno discutir con el tirano. Es una regla conveniente la de no discutir con los malvados, *sino implorar a Dios que discuta por nosotros* (y, sin duda, mejor de lo que podríamos hacer nosotros) *en el corazón de estos seres.*

Mira lo que hice Yo, aun siendo Dios, con mis acusadores, inquisidores y jueces. *Siempre he truncado de raíz y no he dado ninguna respuesta.* Primero subí a la Cruz rezando y sufriendo; luego, desde el Cielo, obré. Se hace así, pequeño Juan, para aquellos a quienes se quiere convertir. *La primera conversión se obtiene con el dolor y la plegaria. Luego, en el alma preparada para recibirla, desciende la Luz de Dios y se hace Palabra y Vida.*

Los tres adolescentes no discuten. Saben que ninguna discusión daría frutos y que es necesario un prodigio para disipar las nieblas en el corazón del rey. Es necesario un prodigio logrado a través de un acto de fe absoluta y de heroísmo intrépido. *Fe y heroísmo son las dos flores del amor.*

El Amor responde al amor. Dios no decepciona nunca. Y por eso Dios, que en su perfección ya sabe cómo reaccionarán los adolescentes, les hace preceder en el horno por su ángel de modo que, cuando los malvados les arrojen a las llamas, ya esté preparado el lugar, fresco como un prado cubierto de rocío al amanecer y ventilado por el ala angélica con suave brisa, respecto a la cual la dulce aura de abril es sólo un vaho putrefacto. Les hace preceder por su ángel para que las llamas no puedan ni siquiera rozar el cabello más sutil de sus inocentes cabezas y constituyan sólo una viva cortina de color menos, ¡oh, mucho menos! intenso que el de su caridad, una cortina extendida entre el mundo pagano y la morada preparada por Dios.

Dios es Padre, María. Dios anticipa siempre las necesidades de sus hijos. Cuando le llamáis para que os ayude, Él ya ha dispuesto lo necesario. *Pero hay qué tener fe, una fe grande, y una gran gratitud.*

¡Es tan bello el grito que se alza de la tierra, del corazón de un hombre agradecido, y sube al trono de Dios! Resuena como un acorde de arpa en el Paraíso y por un instante callan todas las armonías celestes porque todo el Empíreo se inclina a escuchar este grito de gratitud que un hijo bueno envía al Padre bueno. Luego todos los coros de los ángeles y de los bienaventurados recogen, repiten, expanden ese grito, que se convierte en el canto de ese día en el lozano Paraíso, y resplandece la Trinidad en su alegría y ríe María con su risa de Reina y Madre.

Recuerda, María, que son muy pocos los que agradecen. ¡Y sólo Dios sabe cuántos dones os regala! Ni siquiera los advertís. Para no ofenderos como con un óbolo, su amor Paterno os los concede tan dulcemente, que estáis convencidos de que es un mérito vuestro. No, no es así. De la mañana a la noche, de la noche a la mañana, Dios os colma de beneficios. Y no se lo agradecéis. No agradecéis ni siquiera las "grandes" gracias recibidas.

Pero tú ya no eres un ser humano: tú eres el pequeño Juan. ¿Sabes qué quiere decir "Juan"? Quiere decir: "Dios concede gracias" En verdad, a pocos concedí y concedo tantas gracias como a ti. Mira que llevas los dos nombres que me son más queridos: María y Juan. Uno te lo pusieron tus parientes. Pero el otro te lo puse Yo, que soy tu Rey y esposo. Eras la Perla amarga, el Mar amargo. Pero he querido endulzarte: convertirte en una perlita de mi Corazón que es dulzura divina. Y te he vuelto a bautizar, con el nombre de Juan, porque soy el Dios que te concede gracias.

Pero debes decir "gracias" siempre, siempre, siempre, desde el alba hasta el ocaso, desde la noche hasta la mañana. Que tu "gracias" colme el cielo continuamente, por ti y por todos los infinitos seres que viven y mueren sin expresar un "gracias" a su Dios. Como los tres adolescentes, expande tu "gracias" exhortando a todas las cosas creadas a unirse a tu canto. A las cosas, pues con su lenguaje, *saben alabar a Dios mejor que los hombres.*

Únete a los santos del Cielo y a los santos de la tierra para expresar tu "gracias". Únete a Mí-Eucaristía y, con los labios endulzados y perfumados por el Pan de vida, reza y agradece a Dios Padre junto con el mismo Cristo, que vive en ti. Y como aconteció para los tres adolescentes y el rey cruel, el prodigio volverá a

acontecer. Los hombres "verán" a Dios por medio de tu rezo. No todos le verán. *Pero aunque fuera uno solo, recibirías mi bendición una vez más.*

Nabuconodosor en el ángel ve a Dios y comprende que no se lucha contra ese Dios. Comprende que su ídolo es una materia inerte convertida en pecado por culpa del hombre y que el verdadero Dios es sólo uno: el de Sidrac, Misac y Abdénago e, inflamado por la Luz, reconoce el error, lo confiesa y honra y practica el culto del Dios santo, Señor del Cielo y de la tierra.

¿Ves, pequeño Juan, cuánto puede la fe de tres adolescentes?

Y ahora tú, que ayer decías que no querías ser más mi pequeño discípulo hasta que no te escuchara, porque estabas *demasiado* herida por lo que sucede en el mundo y a tu alrededor, confiésame: ¿acaso no pasó todo: el dolor, el disgusto, el desconsuelo de ayer? ¿No quedó anulado todo por la profusión de gozo que derramé sobre ti? ¿Qué harías sin Mí, oh pobre alma que vives de mi Pan, de mi Palabra, más que del pan de trigo con que calmas tu hambre? ¿No sabes acaso, que cuando alguien queda atrapado en mi torbellino de amor, ya no puede huir de él, *ya no quiere huir de él?* Pero tú lo sabes. Es como cuando en el cielo abrileño surgen nubes: ellas no son más que agua lustral que hace brillar más el sol y embellece la tierra.

Ven, ven como los chiquillos de ayer. Ven a apoyar tu cabeza en mis rodillas. Es el gesto de los niños y de los enamorados. Ven y nunca tengas miedo. Yo estoy contigo>>

11 de febrero de 1944

Viernes, a las 23 y 30 horas.

La visión de las primeras horas de hoy vuelve a repetírseme más nítidamente. Y Jesús me dice que la escriba[8].

En medio del grupo de sus discípulos, Jesús se encamina por una callejuela pedregosa iluminada por la escasa luz de la luna. Uno de ellos tiene una antorcha para iluminar mejor la calle. Judas no está. A la luz de la antorcha veo que Jesús lleva una vestidura de color rojo pálido y un manto de un rojo más oscuro.

El grupo, encabezado por Jesús –que se apoya en Juan como si estuviera cansado- atraviesa un pequeño arroyo con poca agua. Sólo en el centro abunda el agua, que corre gorgoteando entre las piedras. El resto del cauce, cuya anchura no pasa de cinco o seis metros, está seco y la luz de la luna blanquea los guijarros del fondo y platea el agua risueña del torrente. Un puentecillo rústico atraviesa este curso de agua y por él pasa el grupo.

La callejuela prosigue por unos metros después del puente, mas ya en sus orillas hay hierba y olivos. Luego termina en un verdadero olivar, que se presenta así: al principio es llano, con una especie de plazoleta irregular que forma como una vallecito herboso rodeado de olivos, esparcidos también en su interior. Luego el terreno sube y baja formando escalones y cuencas que lo hacen semejante a un rústico anfiteatro. Como centinelas diseminados en los contrafuertes naturales del lugar, los olivos montan la guardia. Este olivar se parece mucho a los nuestros que, por lo general, siempre están esparcidos de modo escalonado en las laderas de muchas colinas.

Jesús dice a sus discípulos que le esperen en la plazoleta herbosa, pero luego llama a Pedro, Juan y Santiago, como si se hubiera arrepentido de encaminarse solo o si temiera algo; se encamina pues con ellos y va trepándose hacia la primera terraza.

Cuando llegan allí, les dice a los tres: "Esperadme aquí mientras rezo. Pero no durmáis. Podría tener necesidad de vosotros. Y rezad; os lo pido por caridad. El espíritu de vuestro Maestro está muy agobiado…" Subraya especialmente la palabra "muy" y pronuncia las dos últimas frases con un acento profundamente triste. Es como si una pena íntima hiciera más profunda y áfona su voz. Es una voz cansada y triste.

[8] Transcribiremos aquí esta visión porque, a pesar de que trata episodios de la Pasión (Mateo de 26, 36 a 27, 32; Marcos de 14, 32 a 15, 20; Lucas de 22, 39 a 23, 25; Juan de 18, 1 a 19, 22) no pertenece a la obra sobre el Evangelio, en la cual los mismos episodios serán escritos de nuevo en 1945 con mayor cuidado y amplitud.

Pedro, que ha cogido la antorcha de uno de los que han dejado atrás, responde: "Maestro, quédate tranquilo. Vigilaremos y rezaremos. No tendrás más qué llamarnos y vendremos".

Jesús les deja. Camina dándoles la espalda. Sube lentamente, con la cabeza baja, fijándose a la luz de la luna –que ahora está más alta y clara- dónde posa los pies.

Luego de haber recorrido unos metros, gira en torno a una terraza más saliente que las otras que, de este modo, se interpone entre el Maestro y los tres apóstoles. El desnivel de dicha terraza al principio es de pocos centímetros, al rededor de medio metro, pero luego crece rápidamente porque el senderillo que toma Jesús desciende y, por lo tanto, el escalón se hace más alto bruscamente. Después de pocos metros, el desnivel ya supera en algunos centímetros la altura de Jesús. También se ve allí una gruesa piedra que puede haber colocado tanto el hombre, para sostener la cuesta, como la misma naturaleza.

Jesús se detiene contra ese peñasco. Casi bajo sus pies se ve la fronda plateada de un olivo enraizado en la terraza inferior, mientras sobre su cabeza se alzan las ramas retorcidas de otro olivo encorvado que se asoma al vacío desde la terraza superior. La luz de la luna pasa a través de sus hojuelas, que la brisa mueve continuamente, formando pequeños ojos y agujas luminosas.

Erguido contra la roca, con el rostro elevado al cielo y los brazos abiertos como en cruz, Jesús reza. Su plegaria es intensa. Le oigo suspirar y pronunciar las palabras con apremiante ansia.

Luego se vuelve y mira, con los brazos apoyados en el peñasco… Más allá de las frondas despeinadas de los olivos que, a sus pies, descienden por la pendiente siguiendo los desniveles de la colina, se ve Jerusalén. Al claro de luna, se le ve completamente blanca, completamente calma *(al parecer)*, completamente quieta, completamente dormida. Con los brazos cruzados sobre el pecho, Jesús la contempla intensamente. Suspira aún con mayor ansiedad.

Luego vuelve a encaminarse. Regresa a donde están los tres discípulos. Éstos han encendido una lumbre, acaso para sentir menos el fresco de la noche o acaso para resistir mejor el sueño. Pero, en realidad, ya están adormilados. Las cabezas, y en especial la de Pedro, oscilan sobre el pecho.

"¿Ya dormís? 'No habéis sabido velar ni siquiera una hora? ¡Yo necesito tanto de vuestro consuelo y vuestra plegaria!". Los tres se sacuden, se restregan los ojos. "Rezad y vigilad. Os es necesario también a vosotros". Y les abandona de nuevo para regresar a su lugar.

A la luz de la luna, que le ilumina el rostro y hace parecer blanca también su túnica mientras se encamina hacia el sendero, noto que ese rostro refleja un gran cansancio. Es un rostro martirizado por un íntimo dolor. Parece envejecido. Su mirada no brilla. Los labios están plegados en una mueca triste.

Vuelve al peñasco y se arrodilla para rezar aún más intensamente. Ora y medita. Y, mientras medita, se abate. Le veo estremecerse, le oigo gemir. Veo que alza las manos juntas sobre la cabeza y las apoya a la roca y, a su vez, apoya la frente a las manos; permanece así, suplicando. Cuando alza el rostro, la luz de la luna, que ahora cae perpendicularmente sobre Él, me permite ver que está bañado de lágrimas.

Se levanta. Da algunos pasos adelante y atrás mientras murmura palabras que no entiendo, alza las manos y los ojos al cielo, y los vuelve a bajar con desconsuelo. Sufre. Llora. Está agitado.

Vuelve hacia los tres, que están aún más dormidos que antes. También la débil lumbre parece adormecida. "Pero, ¿es posible? ¿Dormís aún? Rezad. No permitáis que os venza la carne. *Que en nadie venza la carne. Si el espíritu es intrépido, la carne es débil. Ayudadme".*

Los tres piden disculpas. Abandonan la posición cómoda que habían adoptado, se levantan para buscar ramos pequeños y, al hacerlo, se desperezan; avivan la lumbre. Las llamas iluminan un rostro tan atormentado que mantendría despierto aun a un moribundo. Pero los tres tienen mucho sueño…

Jesús les mira, sacude la cabeza. Se aleja. Regresa a su peñasco.

Vuelve a rezar. Primero lo hace con las manos alzadas y abiertas como en cruz; luego de rodillas, como antes, con las manos unidas. Después calla. Piensa. Debe sufrir de modo atroz porque solloza abiertamente, dejándose caer sobre los talones. Con enorme angustia invoca al Padre… Parece un niño torturado que llama al único que puede salvarle.

Mas se reanima; tras haber gemido: "No, no. Este cáliz es demasiado amargo, Padre, aléjalo de tu Hijo", se recobra y exclama: "Padre, no escuches mi voz si te pido algo contrario a tu voluntad. No recuerdes que soy tu Hijo, *recuerda que soy un siervo tuyo. ¡Sea hecha tu voluntad y no la mía!".*

Y tras la plegaria, la marea que forma todo el dolor del mundo se derrama sobre Él, le aprieta, le aplasta, le abate. Materialmente, es un pobre ser doblegado, contra el suelo, con el rostro en la tierra, sobre la hierba fresca que parece ser la única que se apiada de su fiebre; es como si estuviera muriéndose. Espiritualmente, es un alma atormentada, un pensamiento aterrado, un corazón abrumado por el abandono del Padre, por el rigor de Éste, por la cognición de la tortura que le espera. Es un corazón agobiado por muchas, muchas cosas.

Permanece así por mucho tiempo. Cuando una intensa luz aparece sobre Él –veo solamente una luz sumamente cándida-, Jesús alza la cabeza. La luz de la luna y la angélica me hacen ver un rostro enrojecido por la sangre. Las lágrimas forman dos surcos blancos en esa máscara roja. También son rojas las manos que alza hacia la luz. Se quita el manto rojo oscuro y con él se seca el rostro, las manos, el cuello, los brazos. Pero ese sudor sangriento no cesa. En cada poro se forma una gota, que aumenta y se derrama. Donde ha apoyado su rostro, la hierba parece más oscura porque está teñida de sangre.

Jesús jadea como quien se siente mal. Se sienta contra el peñasco. Se apoya en él. Se abandona con la cabeza baja, inclinada hacia adelante y los brazos caídos a los lados del cuerpo. La luz angélica sigue estando sobre Él. Luego desaparece, fundiéndose con el rayo lunar.

Jesús está de nuevo solo. Pero está muy aliviado. Se enjuga otra vez, atentamente, el rostro y las manos con el manto, que luego dobla y apoya contra la roca; posa sobre ella la cabeza y las manos en una última plegaria.

Luego se alza y se encamina hacia los discípulos, dejando el manto donde lo ha apoyado. La túnica de color rojo pálido está manchada, como si la hubiera bañado un líquido oscuro. Pero el rostro ha recobrado su aire majestuoso, a pesar del aspecto inmensamente pálido y triste, más de lo acostumbrado.

Los tres duermen apaciblemente tumbados en el suelo, envueltos por completo en su propio manto, junto a la lumbre, que se ha extinguido del todo.

Jesús les sacude: "Alzaos. Marchémonos. El que me traiciona está cerca".

Confusos por el reproche y el sueño, los tres se levantan aturdidos y miran a su alrededor. Sólo ven la luna y los olivos…

Pero mientras se miran recíprocamente con el rabillo del ojo y así examinan también al Maestro, como si se preguntaran y le preguntaran dónde está el traidor, Judas y una horda de gente de feo aspecto –que se parece muy poco a soldados y mucho a delincuentes- irrumpen en la plazoleta, a la que ya han llegado Jesús y los tres apóstoles reunidos con los otros ocho.

Judas se aproxima a Jesús, que le fija con una de esas miradas dominadoras y relampagueantes que aún no le había visto en toda la noche. Judas sostiene esa mirada. Aunque no comprendo cómo puede hacerlo, *se le resiste* y con una sonrisa maliciosa se le acerca todavía más y besa al Maestro en la mejilla derecha.

"¿Qué has venido a hacer, amigo? Judas baja la cabeza sólo por un instante. "¿Me traicionas con un beso?". Si en la primera frase hay aún un reproche, una llamada, una última tentativa del Maestro y del Salvador para llevar a Judas al arrepentimiento, en la segunda y ante su alma reacia a toda clase de remordimiento, hay sólo una dolorida constatación del hecho.

La horda avanza con sogas y bastones e intenta capturar a todos menos a Judas.

"¿A quién buscáis?", pregunta Jesús con voz tranquila.

"A Jesús de Nazaret".

"Ya os he dicho que soy Yo. Dejad, por tanto, a los otros. Yo os sigo. Dejad las espadas y los palos. No soy un ladrón. Siempre he estado entre vosotros. ¿Por qué no me habéis aprendido entonces? Mas, ésta es vuestra hora y la de Satanás. Vamos. Y tú, sánate. *Ante todo sana tu alma"* Toca la oreja herida y la sana.

Es el último gesto que logra hacer con sus manos pues se las atan con una soga apta para atar a los bueyes, no a un hombre. También le rodea la cintura con otra soga y un grupo coge el extremo de la soga que ata las manos y el otro el de la que ata la cintura.

Los doce apóstoles han huido, unos a la derecha y otros a la izquierda. Jesús está solo en medio de sus verdugos.

Y empieza el camino. Unos lo empujan hacia la derecha, otros hacia la izquierda, de modo que lo zarandean de aquí para allá contra troncos y muros y, a menudo tropieza.

Cuando pasan por el pequeño puente, un empujón más fuerte que los otros le arroja contra la barandilla de madera. La boca empieza a sangrarle por el violento golpe. Mientras vuelve a levantarse y se lleva a los labios las manos atadas para limpiarse la sangre, unos canallas descienden al cause para coger las piedras que arrojan luego contra Jesús. Y, dado que caen también sobre la escolta, se enciende una riña, quizás algo fingida, que termina en azotes verdaderos sobre los hombros y la cabeza de Jesús. La escena está iluminada por las antorchas, porque la luna ya está a punto de ocultarse.

Entre altercados y sevicias* se llega a la casa de Caifás, donde le interroga Anas, que estaba esperando. En el patio delante de la casa se han reunido ya algunos sacerdotes y muchas personas con rostros siniestros.

También entran Juan y Pedro, que está indeciso, y se acerca a la lumbre encendida en medio del patio porque la noche se ha puesto fría y ventosa, como si estuviera por iniciar un temporal. Se comprende que, tras haber huido en el primer momento, los apóstoles han vuelto y se han unido a la vociferante multitud.

Conducen a Jesús al aula semicircular del Sanedrín. En su espacio curvo se ven escaños mientras en la parte recta, contra la pared, hay otros más suntuosos, que corresponden al Sumo Sacerdote y a los representantes más importantes. En el centro hay un espacio vacío; allí conducen a Jesús para que la junta hostil le interrogue y los falsos testigos le acusen.

Jesús calla. Calla y observa. Es dócil, inocuo, paciente. Está erguido, con su túnica manchada por el sudor sangriento, que ahora ya se ha secado y la hace parecer más oscura. Jesús tiene una o dos contusiones en las manos y el rostro, como consecuencia de las pedradas y los azotes, y un hilo de sangre desciende de una herida en la frente, que parece haber sido producida por una piedra afilada. Los labios están hinchados levemente. Pero aun así es bello, es muy Dios

Cuando el Sacerdote le implora: "Te ruego por el Dios vivo, dime si eres Cristo, el Hijo de Dios". Jesús responde: "Lo has dicho. Soy Yo. De ahora en adelante veréis venir al Hijo del hombre, sentado a la diestra de Dios todopoderoso, en las nubes del cielo. Además, ¿por qué me interrogas? Hablé en público por tres años. Nada dije de forma oculta. Interrogad a quienes me escucharon. Os dirán qué dije y qué hice".

Uno de los guardias le da, justo en la boca, un bofetón que le hace trastabillar, mientras le dice: "¿Respondes de este modo al Sumo Sacerdote, oh Satanás?".

Jesús le mira con piedad y responde: "Si he hablado mal, dime cuál ha sido mi error, si he hablado bien, ¿por qué me golpeas?".

Mas ese bofetón es la señal que desencadena la batahola de insultos y golpes.

Mientras los miembros del Sanedrín establecen que no es necesario más para condenarle, los guardias y otros siniestros individuos vendan a Jesús y a turnos le golpean y empujan mientras le dicen: "¡Oh, gran profeta, adivina quién te ha pegado!"

Llega el alba y su luz, entrando en la sala, hace más lívido el rostro de los jueces y más céreo el de Jesús, en el que los golpes han dejado señales violáceas.

El Sanedrín toma las últimas decisiones y llevan a Jesús fuera de la sala. Mientras camina bajo el pórtico que la costea y al que llevan tres peldaños que parten del patio, Jesús se vuelve para mirar a Pedro, que se ha quedado solo. Juan ya no está. La mirada de Jesús refleja un dolor tan acongojado que me desgarra el corazón, este corazón ya desgarrado por la agonía del Getsemaní. El canto del gallo hiende el aire puro del amanecer como un estallido de luz. Pedro baja la cabeza y sale tambaleándose.

También sale Jesús en medio de la turba de sus verdugos. Se retoma el camino entre pedradas, azotes, injurias e inmundicias lanzadas a Jesús. La multitud, que se encaminaba al mercado, se une al cortejo y aumenta de metro en metro. La voz se propaga y toda Jerusalén se precipita para ver el espectáculo.

* servicia = crueldad excesiva.

Aparecen los guardias romanos para poner bajo su custodia a Jesús y rechazar a la muchedumbre que afluye al Pretorio.

Pilato le interroga y como no encuentra en Jesús motivo alguno para condenarle, está dispuesto a dejarle en libertad. Pero fuera del Pretorio, los judíos imprecan y alborotan. Entonces Pilato, que ha oído que Jesús es de Nazaret, se lo envía a Herodes, en cuya jurisdicción está Galilea.

Vuelve pues a caminar por las calles cada vez más alborotadas y cada vez son mayores los azotes, las blasfemias, los salivazos y las inmundicias.

Herodes con torva expresión, le interroga y le promete que le salvará la vida si cumple un prodigio en su presencia. Mas Jesús calla mientras escribas y sacerdotes le acusan. Entonces Herodes dispone que cubran su túnica con otra blanca y, tras haberle escarnecido, le envía otra vez a Pilato.

Creo que en las casas de Jerusalén habían quedado sólo los muertos y los agonizantes. Todos los demás, excepto los niños muy pequeños, estaban por las calles para imprecar contra Jesús.

Pilato, muy fastidiado, vuelve a interrogar a Jesús. Pero, a pesar de que no quiere disgustar al Sanedrín ni provocar la rebelión de la plebe, un resto de sentido de la justicia le impide considerar culpable a Jesús. Entonces, intenta llegar a un compromiso. Decide hacerle flagelar y luego dejarle en libertad. Y así lo dice.

Pero la multitud pide a gritos: "¡Pon en libertad a Barrabás y condena al Nazareno!". Es una verdadera sublevación.

Pilato ordena a los soldados que lleven a Jesús al lugar de la flagelación. Veo que lo conducen a un patio interior circundado de pórticos, cuyo piso es de mármol multicolor. En el centro hay una columna mucho más alta que un hombre; en ella está implantado un brazo de hierro del que cuelga una argolla.

Le hacen desnudar. Jesús se quita la túnica que le mandó poner Herodes, el atavío rojo, una túnica ligera que llevaba bajo éste y se queda con esa especie de bragas cortas, que ya he visto en el Bautismo[9], y las sandalias. Luego va dócilmente hacia la columna. Le vuelven a atar las manos –que le habían desatado para que se desvistiera- y un soldado se sube en un banquillo para pasar el extremo de la soga en la argolla. La soga queda muy tensa para que Jesús se apoye apenas en la punta de los pies, con los brazos alzados sobre la cabeza; está tan alzado que las manos casi tocan la argolla. Aseguran la soga y comienza la flagelación.

Los ejecutores no son los soldados de la cohorte, sino dos siniestros individuos de tipo oriental que de seguro, el jefe del Pretorio ha asalariado para que sean sus verdugos. El uno por delante y el otro por detrás alzan y bajan el instrumento de tortura, que es una especie de látigo con varias lonjas de cuero anudadas, que tienen en el extremo como un martillito de hierro o de plomo. De este modo, el golpe del verdugo que está delante de Jesús y que fustiga el pecho y su costado izquierdo se alterna con el golpe del verdugo que está detrás y que fustiga el dorso y el costado derecho. Es como si una rueda de golpes girara en torno a Él. Las lonjas chasquean en el aire, los azotes resuenan en el cuerpo del Redentor, la piel se levanta formando ampollas moradas y, como los golpes siguen descargándose donde ya lo han hecho antes, estas ampollas se abren y brota la sangre.

Si Jesús no estuviera suspendido, caería seguramente; pero no puede caer porque está sostenido por la soga. Cuelga de ella casi desvanecido, con la cabeza hacia adelante y, por eso, uno que otro azote la golpea, pero deja salvo el rostro.

Cuando están cansados se detienen. El cuerpo de Jesús ostenta las rayas de las equimosis y esta salpicado por la sangre. Muchas contusiones se han abierto y transformado en llagas que muestran la carne viva.

Cuando le desatan, se desploma como muerto. Le dejan allí por un rato y cada tanto le patean con sus claveteadas sandalias militares o cáligas. Luego, como ven que no se mueve, un soldado le alza, le sienta contra una columna, coge un cubo de agua helada de la fuente que está bajo el pórtico y se la echa encima.

Jesús suspira profundamente e intenta alzarse. Pero no lo consigue. Entonces, para… confortarlo, un soldado le da un golpe con la punta de la lanza y le hiere entre el pómulo derecho y la nariz. Jesús vuelve los ojos, le mira, apoya con fuerza las manos en el suelo y se levanta.

[9] En la visión del 3 de febrero, que se encuentra en la vasta obra sobre el Evangelio.

Le ordenan que vuelva a vestirse. Para recoger sus vestidos, Jesús dobla su cuerpo torturado con gran esfuerzo, tambaleándose y encorvándose con dificultad, pero mientras lo hace, un soldado da un puntapié a las ropas y las arroja más lejos. Jesús se dirige a ese lugar y vuelve aplegarse: mas he ahí un nuevo puntapié de otro soldado. Y así una y otra vez, obligándole a girar repetidamente por el patio entre injurias obscenas. Cada vez que el Salvador se curva, se abren nuevas ampollas, o se reabren las que ya habían estado abiertas, y cuela más sangre.

Por fin dejan que vuelva a vestirse. Jesús se pone la túnica y un indumento y, sobre él, ese otro, blanco, que ordenó Herodes; es como si quisiera ocultar mejor las manchas que ha dejado el sudor sangriento o repararse del frío, pues todo su cuerpo está recorrido por estremecimientos. Le atan de nuevo las manos.

Pero Pilato está comiendo y los soldados no saben qué hacer. Mientras esperan, visto que uno de ellos dice que la multitud insulta al falso rey de los judíos, piensan coronar a… ¡tal rey! Unos soldados van a un patio aún más hacia el interior y vuelven con un haz de ramas espinosas. Me parece que son de espino blanco silvestre. Con una daga quitan todas las hojas y los capullos y con los tallos forman una corona que colocan en la cabeza del Redentor.

La primera corona es demasiado holgada y le cae hasta el cuello, se la quitan y, al hacerlo, le surcan las mejillas y corren el riesgo de enceguecerle. La segunda es demasiado estrecha y, por más que empujen, no queda firme en la cabeza. Se la quitan por segunda vez y al hacerlo arrancan muchos cabellos que se habían enredado en las espinas. Por fin le queda bien; bien en cuanto a la medida, se entiende, pues para mi Jesús no debe estar bien para nada: una espina penetra justo en la sien izquierda y otras tres, juntas, perforan la frente más arriba de la nariz, hacia la raíz del cabello.

Luego los soldados cogen un trozo de tela roja, un viejo jirón de la capa de algún centurión y se lo ponen sobre los hombros, rompen una caña, le golpean con ella en la cabeza como si fingieran, irónicamente, la investidura y luego se la ponen entre las manos atadas, le hacen sentar en un banquillo contra la columna y se burlan de mil maneras.

Me he olvidado decir que, cuando Jesús se inclinaba para recoger sus vestidos, me pareció ver que tenía la cintura ceñida por una correa de cuero o de crin, como si fuera in cilicio. Pero no estoy muy segura porque, al inclinarse, la correa sobresalía apenas de las bragas.

Jesús no habla nunca. Calla y deja que ellos obren. Tan solo mira a sus torturadores; les mira *con una mirada que no puedo soportar sin llorar.*

Llega un oficial de rango y ordena que conduzcan a Jesús a la presencia de Pilato.

Pilato se encuentra en una sala, más alta respecto a la calle y abierta en la parte anterior como un pórtico. En el centro está la silla curul.

Bajo el sol que cae perpendicularmente de un cielo en cuyo horizonte se agolpan las nubes, en un día sofocante, la multitud se agita en la calle. En primera fila están los fariseos y los escribas.

Pilato presenta a Jesús ante la multitud. Dice: "He aquí al Hombre. He aquí vuestro rey. ¿No es suficiente?".

"¡Barrabás! ¡Barrabás! Deja libre a Barrabás. Mata a éste. Nuestro único rey es el César".

Pilato, se encoge de hombros y murmura entre dientes: "¡Hipócritas!". Luego se dirige a Jesús: "¿Has oído? ¿Qué debo hacer contigo?"

Lo que te dicta la conciencia".

Pilato medita, titubea. Querría liberar a Jesús. Pero los sacerdotes le gritan: "Si le liberas, no eres amigo del César".

El temor al futuro vence a Pilato. Se lava las manos mientras dice: "No me manche la sangre de este hombre justo. Vosotros queréis que sea derramada".

"Que esa sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos, pero que sea crucificado".

Pilato llama al centurión y a un esclavo, al que ordena que le dé una tabla; en ella apoya un cartel en el que le hace escribir: "Jesús de Nazaret, Rey de los judíos". Ordena al centurión que vaya con una parte de la cohorte al Calvario y lleve a Jesús y a dos ladrones, ya condenados a la crucifixión. Luego Pilato se va.

Se forma la comitiva. En primer lugar va un grupo de soldados a caballo encabezado por un centurión; luego Jesús y detrás los dos ladrones.

No puedo entender cómo sostienen que prepararon la cruz en el Calvario. ¿Cómo habrían podido conferirle solidez allí, si ya no hubiera sido suficientemente consistente? Es una cruz pesada, mucho más alta que Jesús y con los brazos bien plantados.

Desatan las manos de Jesús y le ordenan que la coja. Pero antes le cuelgan en el cuello el cartel con la inscripción y, al hacerlo, la soga choca contra la corona y aumenta el tormento. Luego le ordenan que tome la cruz. La cruz oscila violentamente cuando desciende los peldaños del Pretorio, oscila en las piedras y los baches de la calle; y cada tumbo es una tortura para los hombros de Jesús y para su cabeza porque la cruz ondea y choca contra la corona. A pesar de que los soldados que van a pie intentan proteger a Jesús, no faltan las pedradas y tampoco uno que otro azote.

Jesús suda bajo el sol ardiente del día tormentoso, el polvo se pega a su rostro manchado de sangre, tumefacto, descompuesto. ¡Oh, ya no es mi Jesús! Es un ser agonizante, con una trágica máscara. ¡Está irreconocible! Avanza curvado bajo el peso, tambaleándose, jadeante. Percibo el jadeo de su pecho contuso.

Pasan por un puente sobre un pequeño arroyo y su lecho se presta a proveer de piedras a los desalmados. Llegan a esa puerta que ya he visto en la visión de la disputa[10] y comienza la subida del pequeño monte desnudo que vi en esa ocasión. Es el Calvario.

En ese lugar aumenta la fatiga de Jesús, sea por el ascenso, sea porque las piedras son más disparejas. Cae por primera vez al tropezar con una piedra que sobresale. Golpea la rodilla derecha y mientras se sostiene con la mano izquierda. Vuelve a levantarse. También el cartel, que bailotea delante del rostro, constituye un estorbo pues le impide ver dónde pisar.

Avanza cada vez más encorvado y jadeante. Vuelve a caer. Esta vez tropieza también con la túnica y cae de rodillas, golpeándose las dos rodillas. La cruz se le escapa de las manos y tiene que volver a alzarla y a colocársela sobre los hombros. A la derecha, donde apoya la cruz, su túnica está bañada de sangre y sudor. Bajo la tela de adivinan las llagas.

Retoma el camino, cada vez con mayor dificultad. Jesús avanza lentamente a pesar de los sablazos con que lo hieren los soldados para obligarle a caminar más rápido. El centurión se vuelve y se compadece: ordena alto por unos instantes. Pero la multitud se opone imprecando.

Se vuelve a andar. Tras unos diez metros, Jesús se desploma; esta vez no se trata de un tropiezo –pues, para impedirlo, durante el alto se ha alzado la túnica- sino de un síncope; cae a lo largo, golpea el santo rostro contra las piedras y queda echado en el polvo, con la cruz sobre Él.

La senda se hace todavía más empinada y no sé cómo Jesús podrá subir aún por ella. Los soldados comentan entre ellos y luego van a referirlo al centurión.

La visión queda fija aquí[11]. Por ahora no he visto al Cireneo ni a las mujeres piadosas ni a la Madre. No he visto nada más de lo que he escrito y comprendido. No digo nada más por dos motivos. El primero es que de ellos hablará Jesús. El segundo es que… también yo estoy como Él: con un corazón que da miedo. Son las tres de la madrugada del 12 de febrero y me siento morir.

A las 15 horas del 12.

Y, en efecto, poco después he estado a punto de morir. Y aún ahora estoy más del otro lado que éste. Pero el dolor mayor es el recuerdo de los padecimientos de Jesús. Eso me parte el corazón, física y moralmente.

13 de febrero de 1944

Domingo al amanecer.

[10] Se trata de la visión del 28 de enero, que hemos indicado en la nota n° 5 del texto del 29 de enero.
[11] Proseguirá el 18 de febrero.

<< ¡Pobre estrellita mía, que ha quedado sumergida bajo la tormenta de dolor de su Jesús; que ha quedado escondida, eclipsada, anulada, detrás de mi infinito dolor como una estrellita detrás del sol; pobre violeta mía, tan oprimida por la sangre de su Jesús hasta doblarse, como las hierbas que viste en el huerto, empapadas por mi rojo sudor!, ¿sabes qué he hecho? Te he llevado al *"amor de coparticipación",* que es el perfeccionamiento del amor de fusión, del que te hablé en otoño[12].

Ahora ya no es otoño, es primavera. "Ha cesado el invierno… han aparecido las flores en nuestros senderos… ¡Surge, amiga mía!"[13].

El amor de fusión es elevado. *Y en lo más alto, en el ápice de esa altura, está el "amor de coparticipación"..* Por el primero te anulas con toda tu personalidad humana, en tu Amado. Por el segundo, te sustituyes a tu Amado, lo circundas: Él es el alma, tú el atavío del alma y sientes en ese atavío las penas de tu Amor, mientras, en tu interior, Él grita sus torturas espirituales y morales y te las da a conocer así como el pensamiento da a conocer a la carne las impresiones de la mente, y recibes las impresiones materiales.

Es el amor de compasión, o mejor: de *con-pasión*. Es decir, *es la Pasión vivida por Cristo y por la que adora a Cristo.*

Esto es lo que te he hecho. Y si te he introducido en el "cuarto de los vinos"[14] y su aroma te ha embriagado tanto que te ha hecho caer como muerta, debes saber, ¡oh, dilecta!, que *ese vino es mi Sangre.* Es su divino efluvio el que impregna el cuarto y desciende a tu corazón y suspende tu vida por otra Vida más alta y se eleva a tu pensamiento, otorgándote intuiciones y luce que ya no son terrenas sino *sobrenaturales, divinas, porque Yo hablo en tu pensamiento y no hay palabra mía más divina que la que expresan mis torturas de Redentor.*

"A la sombra de El que yo ansiaba me he sentado"[15]. Mas ese árbol no es el manzano cargado de frutos, *sino mi Cruz, de la que pende un solo fruto: tu Cristo.* Pues bien, Yo bajo de él, he bajado de él para *"sostenerte"* con las flores de la caridad para "*confortarte*" con mis caricias, porque "tú languidecías" a causa de tu amor-compasión.

¡Oh, amada a quien amo por tu amor! *Yo ya he gustado tus lágrimas,* las que has derramado al ver mi llanto, las que has derramado al oír silbar los azotes, las que has derramado al verme caer sobre las piedras y *las que derramarás* ante mi extrema tortura y mi extrema desolación. Estas lágrimas tuyas, junto con las de las almas que están hermanadas a ti en el amor de coparticipación, fueron para Mí *más dulces que un vino saturado de miel. Estaban en el cáliz que el ángel me ofreció para mitigar la amargura del cáliz paterno y para tonificar mi Humanidad que languidecía en una agonía cruel*[16]. Este ángel, el ángel de mi dolor, para confortar mi espíritu abatido, me numeró *todos los nombres de los que iban a amarme, a amarme completamente hasta el punto de compartir mis torturas.* Y entre sus nombres estaba el tuyo, ¡oh, violeta, estrellita, pequeño Juan, María, mi María! ¡Gracias, oh alma que amo!

En esta introducción a mi sufrimiento habría ido más despacio, y también lo haría ahora. Mas hay qué apresurar las cosas. Yo sé. Por eso debo darte de prisa las nociones aunque éstas, cayendo en masa, precipitadamente, sobre ti, te hagan sufrir mucho.

Y si alguien dice las palabras ya dichas en el Evangelio[17]: "Y Éste, que ha curado al ciego de nacimiento, ¿no podría impedir que ésta sufra?", Yo le respondo: "Necesito su dolor, para cumplir una gran obra". También podrá decirme: "¿Por qué no has comenzado por los dolores preparatorios, al menos por la Cena? ¿Por qué no has terminado con la Crucifixión?" Y Yo respondo: "Necesitaba que esta alma ya estuviera empapada de ese llanto a fin de que ello la hiciera más adecuada, más despejada, más purificada, para ver el Misterio inefable de mi morir por vuestra redención".

[12] Véase el dictado del 11 de octubre en "Los cuadernos. 1943".
[13] Cantar de los Cantares 2, 11-13.
[14] Cantar de los Cantares 2, 4.
[15] Cantar de los Cantares 2, 3.
[16] Lucas 22, 43.
[17] Juan 11, 37.

Los impuros, los materialistas no suben al altar, *no deberían subir*. Mas, si aún pueden subir a vuestros altares –porque estáis ciegos y porque soy magnánimo-, no pueden venir a mi altar, para asistir a mi Misa, porque sólo puede hacerlo quien se ha purificado con el incienso del amor y con el agua del llanto y ha anulado la carne en la hoguera del sacrificio para dejar vivir solamente el espíritu.

Por tanto, sigo mi método, no el vuestro y quisiera que fuerais menos tediosos al requerir ciertas explicaciones sobre detalles que son tan insignificantes, que tienen valor de curiosidad pero no de revelación.

Dejad en paz a mi Juan. Esta alma, que ve torturar a su Jesús, no puede ocuparse y preocuparse de observar para referir si Caifás tiene la barba cuadrada o puntiaguda, si Herodes va vestido de rojo o de amarillo, si Pilato es alto o bajo –y hasta llegar a decir cuántos centímetros mide menos que Yo-, si la sala del Pretorio es larga o corta, cuadrada o rectangular. Si vierais torturar a la persona que más amáis, ¿os ocuparíais del primero que pasa? No, seguro que no. Miraríais solamente a vuestro ser amado o cerraríais los ojos para no ver nada. No miraríais el atavío de una mujer, la estatura de uno que pasa, la nariz de otro.

Mesura, ¡oh, hombres!, *mesura, cuando se revelan las torturas de un Dios.* Y que esto valga también para las otras revelaciones.

Mi pequeño Juan me mira a Mí, mira a María. No tiene ojos para nada más. Y si al principio de una visión puede describir el ambiente o la naturaleza, tan pronto como Yo o mi Madre empezamos a revelarnos, *pierde la facultad de ver todo lo que no sea a Nosotros mismos.* Y para aclararos aún más este concepto añado que *sólo Nosotros llevamos su atención hacia un episodio secundario*, como un atavío, un gesto, un cambio de luz o lo que constituye el fondo o el entorno de la escena. De lo contrario, el "*portavoz" no vería nada, excepto a Cristo o a María o al Santo de que se trata.*

Esto os lo digo para que os sirva de gobierno y para tranquilizar a mi pequeño Juan, *que ya está demasiado empeñado, que lo está más allá de sus fuerzas y que, por lo tanto, no puede (y en ningún caso podría) disponer de otras energías para satisfacer curiosidades inútiles.*

Y ahora ven, alma mía. Ven conmigo. Cierra los ojos para el mundo y ábrelos donde Yo te lo digo y mira. Mira y descansa. Ahora todo es bienaventuranza. Esta noche haré más clara la visión y la escribirás. Mi bendición desciende sobre ti>>

Hoy no ha venido quien debía venir.

A las 12 y 30 he tenido la certeza de que no vendría y me he quejado dulcemente con Jesús: "¡Ah, Señor! Hoy no hay Misa por radio y tampoco Pan para mi hambre espiritual. ¡Pensar que esperaba tanto esta mañana, sea para la una como para la otra!" Y Él me ha respondido: "No importa. Besa mi mano. La Eucaristía es Carne, más también es Sangre y mi mano está roja de sangre".

He hecho la Comunión de este modo… y me siento bienaventurada.

14 de febrero de 1944

Se trata aún de una dulce visión, aunque está impregnada de lágrimas[18]

Veo un valle levemente ondulado y cubierto de hierbas. Detrás de él se elevan dulcemente plácidas colinas cuyas laderas también verdea. Debajo, a la derecha de mi posición que es con la frente hacia el norte, veo el hermoso lago de Tiberíades, de un puro azul. El valle en que me encuentro parece estar situado al pie de esas colinas, mejor dicho, no precisamente al pie sino en una posición un poco más elevada que el llano, como si fuera una primera ondulación de las colinas que están detrás.

No sé qué lugar es este. Seguramente está en Galilea. No hay casas. El pueblo está más abajo, más cerca del lago y parece tener alguna importancia porque es más bien grande y en el aspecto de las casas se nota un cierto empaque.

[18] Una nueva versión de a visión que transcribimos aquí, más amplia y atenta y correspondiente a 1946, se encontrará en el ciclo *Tercer año de vida pública* de la obra sobre el Evangelio, bajo el título "Coloquio de Jesús con su Madre en el bosque de Matatías. Los sufrimientos morales de Jesús y María.

Jesús está aquí, avanza. Está solo. Busca un lugar fresco y solitario y se sienta.

Se diría que aún es verano aunque está cerca el otoño, porque en los cultivos esparcidos por el campo se ven las viñas de cuyos sarmientos cuelgan uvas maduras y ya las hojas de la vid están arrugadas y amarillean aquí y allá, abrasadas por el sol estival, que en ese momento va ocultándose tras la cresta de las colinas. Las sombras ya han caído sobre el lago. Pero aún no han llegado hasta el lugar en que se encuentra Jesús, porque es más alto.

Jesús está sentado y piensa. Como de costumbre, lleva un blanco atavío y un manto azul. Tiene las manos juntas, los codos apoyados sobre las rodillas y permanece ligeramente encorvado hacia adelante, con la mirada fija en la hierba que crece a sus pies. Cada tanto, alza la mirada y la vuelve a su alrededor: hacia el pueblo, hacia el lago, hacia el arco de las colinas. Pero es evidente que se trata de un gesto maquinal. Va tras su pensamiento y no ve lo que está ante Él.

Por el camino, un amplio sendero entre el verdor, por el cual ya ha subido Jesús, ahora van subiendo María y Juan. El discípulo lleva también una alforja y ayuda a María cuando encuentra algún obstáculo que deben atravesar, ya sean gruesas piedras o pequeños torrentes casi secos.

Cuando llegan a algunos metros de distancia, Juan le llama: "¡Maestro!". Llama dos veces y, cuando Jesús se vuelve, Juan agrega con su bella sonrisa: "He aquí a tu Madre". Y, tras apoyar la alforja en la hierba, escolta a María hasta Jesús. Luego les saluda y se va.

Jesús se queda con la Madre. Se sonríen, se acarician, se sientan, uno junto al otro, en el lugar que Jesús había elegido.

Las ropas de María son muy oscuras, de un profundo azul; está envuelta en su manto como en la visión anterior. Se diría que, desde que es la Madre del Evangelizador, ha hecho aún más austero su atavío.

Tras las primeras palabras de mutuo afecto, María abre la alforja y saca de ella pan fresco, fruta y un panal de miel. Le ofrece todo al Hijo, mientras le dice: "Es de nuestras abejas, el de nuestra casa. Cómelo, Hijo".

Jesús sonríe, parte el pan crujiente y lo come con un poco de miel.

Mientras tanto, María extrae sus restantes tesoros. Son ropas renovadas para su Jesús. Las quita de la tela en que están envueltas y se las hace ver al Hijo. Luego vuelve a envolver todo con cuidado y se queda absorta mirando a Jesús.

Le contempla con su mirada tan dulce, tan reverente, tan respetuosa. El amor emana de todo su rostro, tiembla en él como la luz sobre el mar en el ocaso, le humedece los ojos y le ensancha los labios en una sonrisa. Pero es un amor contenido por un infinito respeto y si no fuera porque Jesús, tras haber comido, se sienta a sus pies, en la hierba, y apoya la cabeza en sus rodillas como un niño, Ella casi ni osaría acariciarle, luego del primer beso de saludo.

Pero Él está allí como *Hijo* para su Madre, es el Hijo de esa Madre y Ella le acaricia la cabeza, los cabellos largos y sedosos. La pequeña mano de María, muy blanca sobre ese oro encendido se retarda, rosa apenas la hermosa frente del Salvador como si fuera un ala o un pétalo de flor. Veo que la expresión absorta de Jesús se ilumina, como si la mano de su Madre hiciera huir los tormentos que le vuelven pensativo y triste.

Hablan poco, casi nada. Descansan. Descansan el corazón en la recíproca cercanía.

Luego Jesús empieza a hablar. Hablar de su ministerio porque María quiere saber pero, además, interroga porque también Él quiere saber. A la Madre le urge conocer los detalles de la misión del Hijo, para compararlos con las muchas cosas buenas y también muchas malas que le han dicho al respecto. Al Hijo urge conocer los detalles de la vida que conduce la Madre y saber cómo la tratan los parientes, los amigos, los discípulos y el pueblo.

Pero, si se guzga sobre la base de los Evangelios[19], el empeño de Jesús es ocultar a su Madre, para no afligirla, la peligrosa hostilidad que le rodea y que le llega a través del baluarte de los discípulos fieles. Y la finalidad de su Madre es tranquilizar al Hijo asegurándole que no le falta nada y que está rodeada de paz y respeto. Son dos afectos que intentan ocultar recíprocamente el conocimiento de los propios sufrimientos.

[19] Citamos un ejemplo que vale para todos: el de Juan 13, 21-32.

Pero Jesús deja entender que sabe que en Nazaret siguen siéndole hostiles y que en ese sentido no poco han oprimido a María. Y termina diciendo: "Mas no importa. Ya no volveré a Galilea. Voy a Judea. Se acerca la fiesta de los Tabernáculos[20]. Subiré al Templo. Luego me quedaré en esos parajes, recorreré una vez más Samaria, trabajaré donde es más necesario trabajar. Es por esto, Madre, que te aconsejo que te prepares para reunirte conmigo a principios de la primavera y que te establezcas cerca de Jerusalén. Podremos vernos con más facilidad. Subiré a la Decápolis algunas veces más y volveremos a vernos aún. Mas luego… me quedaré en Judea. Jerusalén es la oveja que más necesita de cuidados porque en verdad es más tozuda que un viejo carnero y más pendenciera que una cabra salvaje. Voy allí para difundir la Palabra como el rocío que no se cansa de derramarse sobre su aridez. Madre, cuando vengas a Jerusalén tráeme mi túnica más bella, la roja que me tejiste para las fiestas solemnes. En Jerusalén debo ser "Maestro" en el sentido más amplio, pues esos espíritus hoscos e hipócritas miran más a lo exterior que a lo interior, miran más el atavío que la doctrina.

María no se engaña respecto a la sinceridad de ese deseo. Se levanta, pues también Jesús se ha levantado, y con gesto habitual apoya sus manos juntas al brazo de Jesús y exclama: "¡Hijo!" con un acento tal que me hace sufrir.

Jesús la estrecha contra su corazón. Y ella llora apretada a su pecho. Siento que está cerca la hora del supremo dolor.

Jesús le habla: "Madre, he querido hablarte de esto en estas horas de paz. Te confío mi secreto. Ninguno de los discípulos sabe que no volveremos más a estos sitios hasta que todo se haya cumplido. Mas tú… Mas para ti, Madre, Jesús no tiene secretos. Por eso te digo: ven a Judea. Tu cercanía me recompensará de los afanes de la evangelización más difícil, la de los que tienen un corazón duro y se opone a la Palabra de Dios. Ven con las discípulas. Me seréis muy útiles. Juan se ocupará de encontrar un refugio para ti. Ahora, antes de que vuelva, recemos juntos. Luego ve al pueblo; también Yo iré cuando anochezca".

Vuelvo a ver la plegaria de Jesús y María, erguidos la una al lado del Otro, en una verdadera comunión con el Padre.

Luego Jesús se queda solo porque María se va con Juan; sigue rezando y pensando en la misma posición y con la misma expresión que tenía al comenzar esta visión, mientras las sombras se hacen más densas a su alrededor.

Tras haber leído en voz alta la inscripción colocada bajo la imagen del Inmaculado Corazón que dice: "Amabilísima Madre nuestra, revélanos los secretos de vuestro Inmaculado Corazón. Haced que un rayo vuestro, dulcísimo y puro, penetre en nuestros corazones y los transforme y los prepare para las divinas visitas del Espíritu Santo", agregué: "Sí, ¡oh, Madre de Jesús y Madre mía!, revélame los secretos de tu Corazón y prepara el mío con tu luz".

Como respuesta a esta plegaria, que me ha brotado del corazón luego que he pronunciado lo que estaba escrito, María me dice: <<Te he colocado en mi corazón y te he hecho conocer sus gustos y sus lágrimas. Te he traspasado el corazón con el rayo de mi caridad para que fueras capaz de comprender la voz de mi Hijo y la de su divino Espíritu puesto que, sin la luz del Paráclito, sólo silencio y oscuridad queda en los corazones. El que os hace comprender la Verdad y os purifica para Dios es siempre Espíritu, cuya Esposa soy. El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo deben estar en vuestros corazones para que podáis comprender los secretos de Dios en su triple manifestación de Potencia, Redención y Amor. El Padre está presente siempre con su Bondad en sus hijos verdaderos, el Hijo lo está en su Doctrina y el Espíritu con su Luz, porque Él jamás está ausente allí donde hay santificación y la palabra de mi Jesús es santificación que ha sido permitida por la voluntad del Padre, que os ama>>.

17 de febrero de 1944

[20] Éxodo 23, 14-17; Deuteronomio 16, 13-17.

[21]Entra en el cenáculo, ahora todo está preparado.

En la mesa, cubierta por el mantel, está ya la vajilla. Junto a las jofainas y las ánforas, hay pequeños lienzos para secarse las manos. Sobre el aparador están los panes ácimos y las viandas, es decir, el cordero asado, sobre una enorme bandeja, y la achicoria, en una especie de ensaladeras. El pan ácimo parece un bollo de aspecto blancuzco y de sólo dos dedos de alto.

Los apóstoles dan los últimos retoques a los preparativos. Llevan ánforas a la mesa y ponen una ancha copa delante de Jesús y aquí y allá algunos panes; uno lo dejan junto a la copa.

Jesús va a su sitio, que está en el centro de la mesa, con Juan a su derecha y Santiago a su izquierda. Después de Juan está Pedro y después de Santiago, Andrés. Frente a Jesús está Iscariote y junto a éste uno que no conozco. Al lado de este desconocido está Judas Tadeo. En resumidas cuentas, los comensales situados en el lado de la mesa que vuelve la espalda a la puertecilla son siete y los que, en cambio la tienen de frente son seis. Jesús vuelve la espalda a la puertecilla.

Antes de comenzar la Cena entonan una plegaria como si, en realidad, la cantaran, porque se basa en un motivo coral. Luego Jesús coge el pan y, sosteniéndolo en la palma de la mano, lo ofrece al cielo. Vierte el vino en la copa, coge con ambas manos el ancho cáliz, lo alza y lo ofrece del mismo modo que el pan. Luego trincha el cordero y lo distribuye.

Comen de pie los primeros bocados y, a turnos, cogen de las ensaladeras la achicoria, la mojan en una especie de caldillo rojizo contenido en pequeñas copas y se la comen. Luego se sientan y, antes de continuar la cena, beben un sorbo de la ancha copa colocada ante Jesús, que la hace pasar entre ellos, a comenzar desde Juan, luego Pedro, etc.

Jesús dice con tristeza: "He deseado ardientemente compartir con vosotros esta Pascua porque ya no volveré a gustarla hasta que llegue el reino de Dios. Entonces me sentaré de nuevo con los elegidos al banquete del Cordero, para las bodas de los vivos con El que vive. Mas de este banquete participarán sólo los que fueron humildes y puros como lo soy Yo. Venid a que os purifique. Dejad de comer. Hay algo más alto y necesario que el alimento con que se colma el vientre, aun cuando se trata de un alimento santo como éste del rito pascual, *es un espíritu puro, listo para recibir el don del Cielo,* que ya desciende para hacerse trono en vosotros y daros la vida. *Desciende para dar Vida al que es puro".*

Y Jesús se levanta, se quita el atavío rojo, pues el manto se lo había quitado, como todos, y lo había apoyado sobre el arcón. Se acerca a éste, vierte agua en una jofaina, se ciñe sobre la túnica uno de los purificadores que están apoyados allí, pone la jofaina al centro de la sala, delante de la mesa y, a su vez, delante de ella coloca un banquillo.

Los apóstoles miran estupefactos estos preparativos; están perplejos y Pedro dice: "Maestro, ya nos hemos purificado".

"No importa. Mi purificación servirá para hacer aún más puro al que ya lo es".

Y empieza a lavarles los pies: está detrás del triclinio y sumerge los pies, uno por uno en la jofaina colocada sobre el banquillo. El primero es el Iscariote. Jesús está de rodillas. Judas le observa con una mirada turba, de soslayo.

De esta manera, Jesús da vuelta por toda la mesa, comenzando por la derecha. Cuando le toca a Pedro, éste se arrebata, se rebela. Pero Jesús le calma y le levanta amorosamente los pies mientras le dice: "¡Simón, Simón! Necesitas esta agua para tu alma y para el largo camino que debes recorrer. Si no te lavo, no puedes participar de mi reino".

Pedro, que siempre es impulsivo, grita: "¡Pues entonces lávame completamente, Señor: los pies, las manos, la cabeza!".

Juan ya se ha desatado las sandalias y mientras Jesús le lava, se inclina y besa al Maestro en los cabellos.

[21] El texto que inicia aquí es la inmediata continuación del que hemos indicado más arriba y refiere la visión de la última Cena (Mateo 26, 17-35; Marcos 14, 12-31; Lucas 22, 7-38; Juan 13-17). Lo transcribimos porque no pertenece a la obra sobre el Evangelio; el episodio de la Cena pascual que figura en ésta fue escrito de nuevo en 1945, con mayor atención

Por fin el giro queda completado y Jesús deja la jofaina en un rincón, se quita el purificador y lo deposita junto a ella, regresa a su sitio, coge la túnica roja, se la vuelve a poner y se la ciñe al talle con un cinto. Cuando está por sentarse dice: "Ahora sois puros, aunque no lo sois todos. *Lo son sólo los que han querido serlo".* Y por un instante mira a Judas, que disimula hablando con su vecino.

La Cena prosigue. Naturalmente, veo que beben pero no sé si eso forma parte del rito. Sé solamente que beben. Han comido todo el cordero. En la bandeja queda sólo un poco de salsa.

Jesús vuelve a verter el vino en el cáliz, coge un pan. Bendice y ofrece ambas cosas y divide el pan en trece partes, le da una a cada apóstol, hace pasar el cáliz y dice: "Tomad y comed: éste es mi Cuerpo. Haced esto en memoria de Mí, que me voy. Tomad y repetidlo entre vosotros: esta es mi Sangre, este es el cáliz del nuevo pacto en la Sangre y por mi Sangre, que será derramada por vosotros, por la remisión de vuestros pecados y para daros la Vida. Haced también esto en memoria de Mí".

La tristeza de Jesús es tan evidente que los apóstoles se quedan, a su vez, tristes y silenciosos.

Jesús se levanta pero hace señas de que todos permanezcan en su sitio. Toma el cáliz y el 13° trozo de pan que ha quedado sobre la mesa y sale del cenáculo. Lleva la Eucaristía a su Madre. Le da la Comunión con sus propias manos. Cuando entra, María está sola y reza de rodillas. El rostro de María está radiante en el éxtasis de la Eucaristía. Luego Jesús vuelve a los apóstoles.

Repite: "El nuevo rito se ha cumplido. Haced esto en memoria mía. Os he lavado los pies para enseñaros a ser humildes y puros como vuestro Maestro. No hay discípulo mayor que el Maestro y si Yo os he lavado, del mismo modo debéis hacerlo vosotros recíprocamente, o sea, debéis amaros como hermanos, ayudaros el uno al otro, respetaos mutuamente, sed ejemplo el uno para el otro. Sed puros para ser dignos de comer el Pan vivo que ha descendido del Cielo y para albergar en vosotros, y gracias a Él, la fuerza de ser mis discípulos en el mundo enemigo, que os odiará por mi Nombre. Mas uno de vosotros no es puro. La mano del que me traiciona está conmigo en esta mesa y ni mi Cuerpo ni mi Sangre ni mis palabras le duelen y le hacen arrepentirse. Yo le perdonaré yendo a la muerte también por él"

Con una sonrisa, Judas le dice: "Maestro, *¿soy yo ese?"*

"Tú lo has dicho, Judas de Simón. No lo he dicho Yo. Tú lo has dicho. Yo no te he nombrado. Pregúntalo al amonestador interior, a la conciencia que te ha dado Dios Padre para que te conduzcas como un hombre, y mira si te acusa. Tú lo has de saber antes que nadie".

Jesús habla con calma, como si se tratara de la respuesta académica a un tema que le han propuesto. Mas los otros están alborotados. Se miran los unos a los otros con recelo.

Pedro tiene una expresión inquieta. Mira en particular a Judas y a Mateo (sé que se trata de él porque el Iscariote le ha llamado); los dos están enfrente de Pedro que, por eso, puede verles bien. Luego, tira de las vestiduras a Juan –que, al oír hablar de traición, se ha estrechado al Maestro y ha apoyado la cabeza contra su pecho para consolarle, haciéndole sentir cómo le ama- y le dice en voz baja cuando Juan se vuelve y se inclina hacia él: "Pregúntale quién es".

Juan vuelve a tomar su afectuosa posición y, alzando ligeramente la cabeza, pregunta: "Maestro, ¿quién es? Se lo pregunta en un susurro imperceptible y Jesús responde, en un tono aún más bajo, hablándole entre los cabellos, como si se los besara: "Aquel a quien daré un trozo de pan mojado".

Entonces parte un pan que aún había quedado entero, toma un trozo, lo moja en el resto de la salsa del cordero, alarga el brazo a través de la mesa y se lo ofrece a Judas mientras le dice: "Toma, Judas. Esto te gusta".

Judas, que naturalmente, ignora el significado de ese gesto que, en cambio, hace horrorizar a Juan, lo coge sonriendo como si nada (es una sonrisa desagradable pero, de todos modos, es una sonrisa) y se lo come.

"Aquí todo se ha cumplido", dice Jesús. "Lo que en otro lugar aún falta por hacer, hazlo pronto, Judas de Simón".

Judas se levanta bruscamente. El suelo debe de quemar bajo sus pies y la mirada de Jesús debe resultarle insostenible. O, por lo menos, debe ser enormemente difícil para él sostenerla sin traicionarse. Saluda, se pone el manto, sube por la escalerilla, abre la puerta y sale.

Jesús suspira, como aliviado. También a Él debe de haberle sido sumamente difícil ver ante Sí al traidor.

Llegada a este punto, oigo las restantes conversaciones y la amonestación final del Maestro, tal como se lee en Juan[22]. Tan sólo hay alguna diferencia debida a los traductores en una que otra palabra, pero el significado es el mismo.

Por más que Jesús se ve siempre triste y austero, se advierte que está más aliviado que antes. Se mueve con mayor soltura, vuelve a su alrededor una mirada más viva, su voz es más fuerte. Cuando dice la oración al Padre, de pie, con los brazos abiertos, está transfigurado. Los apóstoles sollozan con la cabeza baja.

"Alzaos", dice Jesús. "Vamos".

Entonan otro himno y salen. Delante va Jesús, apoyado en Juan. Detrás le siguen los otros; uno de ellos lleva una antorcha que ha encendido en la mecha del candil.

La escena se me detiene aquí.

18 de febrero de 1944

Estoy en el camino del Calvario, allí donde ha caído Jesús, y en el momento en que terminó la contemplación del viernes 11. Son las 11 del día de hoy. Por lo tanto, creo que estoy en la hora precisa del camino de Jesús hacia la cumbre del Gólgota.

Jesús aún está caído bajo la cruz y con el rostro hundido en el polvo. Los soldados hablan con el Centurión. Éste, acaso para hacer menos dura la cuesta, decide que la comitiva gire por un sendero más estrecho, que no está empedrado y parece rodear el monte por la otra ladera. Es un camino que, más que por la mano del hombre, ha sido trazado por su pie. Sube serpenteando. Se trata de un recorrido más largo pero menos empinado que el actual, que es rectilíneo y llega a la cumbre con un rápido desnivel.

Levantan a Jesús y la comitiva se pone en marcha lentamente mientras la plebe la sigue vociferando. Por los otros senderos que parten de la base del Calvario, llega más chusma proveniente de Jerusalén o de los campos vecinos.

En un punto del camino, pocos metros más adelante del lugar en que Jesús ha retomado la marcha, hay un numeroso grupo de mujeres piadosas. Una sostiene un ánfora entre las manos. La otra está acompañada por una pequeña criada que lleva un cofrecillo en sus brazos; de él extrae un blanquísimo y sutil paño de lino, más o menos de un metro cuadrado. Y esto me lleva a reconocerla. Por el modo en que visten, comprendo que son ricas matronas de Jerusalén y que por cierto, son devotas del Nazareno, por quien demuestran tanta piedad.

La Verónica se acerca llorando y ofrece su paño de lino. Es más: visto que con una sola mano –pues con la otra sostiene la cruz- el Redentor mal podía usar ese paño, ella le ayuda a extenderlo sobre el rostro sudado, ensangrentado, cubierto de polvo.

A los guardias romanos les gustaría apartar el grupo, pero luego lo dejan pasar a través de la barrera armada que ellos forman y llegar junto a Jesús.

Jesús aún tiene fuerza para sonreír. Con la mano izquierda, que está libre, comprime el paño contra el rostro y luego se lo devuelve a la Verónica y dice con voz ronca y entrecortada por el jadeo: "No lloréis por Mí, oh hijas de Jerusalén, sino por vuestros pecados y los de vuestra ciudad. Llorad por vuestros hijos, porque esta hora no pasará sin que llegue el castigo y os arrepentiréis de haber concebido y amamantado, y las madres de este tiempo llorarán porque en verdad os digo que entonces será afortunado el que caiga en primer lugar bajo las ruinas.

La comitiva camina aún unos metros pero siempre con mayor dificultad, a pesar de que de este lado la pendiente es más suave.

Ciertamente, el sol abrasador de esa hora ya cercana al mediodía –un mediodía que anuncia el temporal- debe de hacer sufrir mucho a Jesús cuando le pega en la cabeza descubierta y febril e irrita las llagas bajo la

[22] Juan de 13, 31 a 17, 26.

túnica de lana y aumenta su sed. Mas Él calla. Se tambalea como si estuviera ebrio y parece a punto de desplomarse, de tal modo que los soldados, para hacer más rápido e impedirle caer, le atan por la cintura y tiran de los extremos de la cuerda a derecha e izquierda para mantenerle de pie. Pero obtienen poco provecho y aún menos alivio, porque Jesús sigue tambaleándose mientras la soga le corta la cintura, donde se han abierto tantas llagas; además, choca contra la cruz que, de rebote, se desplaza sobre el hombro lacerado y golpea y mueve continuamente la corona y así le produce más rasguños, más pinchazos sobre los pinchazos. Su frente ostenta un verdadero tatuaje diseñado por las heridas sangrantes. Es como una filigrana constelada de esquirlas de rubí. Los cabellos ceñidos por la corona están encolados por la sangre, llenos de costras; la corona se enreda en ellos hasta arrancarlos. Es un tormento total.

Más allá está María. Está inmóvil contra el monte, apoyada en la pared terrosa de la ladera, apenas velada por la hierba corta y rala. Pero está de pie. Su rostro asemeja al de una agonizante pero no le falta firmeza. Juan la sostiene por un brazo. Dos o tres pasos más atrás está el grupo de las Marías y de otras mujeres que no conozco.

María va hacia Jesús. Los soldados tendrían ganas de rechazarla para proceder más rápidamente y llegar a la cima. Pero en ese momento el Centurión, desde lo alto de su caballo, ve avanzar hacia él, subiendo por un sendero secundario de la ladera, a un hombre con un pequeño carro cargado de hortalizas y tirado por un borriquillo. En el carrito van echados dos vivaces muchachos. El Centurión se detiene y ordena que el hombre sea conducido ante él y, cuando está cerca, le manda cargar con la cruz del Condenado y se vuelve para indicárselo. Por eso ve también a María, que es rechazada por los soldados, y siente piedad de Ella. Entonces, ordena que le permitan acercarse.

El Cireneo vacila pero, como también teme a los guardias romanos, se resigna de mala gana. Llega junto a Jesús justo en el momento en que Él, encorvado bajo el peso de la cruz, se vuelve, ve a María y grita: "¡Madre!". Es la primera palabra que oigo de los labios y que expresa invocación, lamento, confesión de dolor. Ese grito: "¡Madre!" lo encierra todo.

María vacila como si ese grito le hubiera herido el corazón como una puñalada. Responde con voz angustiada: "¡Hijo!". No dice nada más. Pero esa queja hiere el aire y también los corazones menos crueles. Además, quería abrazar al Hijo, pero detiene su impulso, como si temiera que la multitud que ya insulta y se burla, aumentara su escarnio. Por eso, tras haber tendido los brazos, los deja caer y se contenta con mirarle.

Y Él, doblando la cabeza bajo el yugo de la cruz que la aplasta, la mira. Significan dos tormentos que se entrelazan, dos amores que se hablan, dos piedades que se compadecen a través de los ojos bañados de lágrimas de Ella y velados por el sufrimiento de Él.

El Cireneo siente conmoverse su corazón de padre y sin más titubeos alza con delicadeza la pesada cruz y se la carga sobre el hombro. La comitiva retoma la marcha.

María y las mujeres piadosas no la siguen. Sostenida por Juan, María la deja pasar y luego toma un atajo para llegar a la cima antes que la comitiva.

La visión se me detiene aquí.

En la noche del viernes 18 de febrero.

Voy a terminar de describir, entre muy fuertes y generales sufrimientos, la contemplación que ha sido mi tormento de hoy y que lo es aún.

Cuando la comitiva de soldados y condenados llega a la cumbre del Calvario, la chusma –que ha ido afluyendo a través de los atajos para lograr un buen lugar desde donde asistir al último acto de la tragedia- ya la ha invadido por completo. Pero los soldados la rechazan golpeándola de plano con las dagas y así dejan libre la cima.

Dicha cima tiene la forma de un trapecio muy irregular y presenta una ligera cuesta, de modo que el lado más alto y estrecho es sumamente escarpado. No logro entender cuál es el punto cardinal hacia el que mira porque es mediodía y, por lo tanto, el sol cae perpendicularmente y no me oriento.

Quiere decir que la pequeña plaza destinada a los suplicios está hecha así:[23]

El lado A es el más alto y hacia él están excavados los huecos de las cruces. No se trata de huecos efectuados en este momento, sino que parecen construidos con cuidado: son huecos de un metro de profundidad, revestidos de ladrillos, si no me equivoco, o de pizarra para hacerlos más resistentes. Junto a cada uno de ellos hay piedras y tierra, pero no entiendo para qué fin. También hay otros huecos, pero están rellenados de piedras; quizás sirvan para cuando hay muchos condenados.

He señalado los dos senderos que conducen a la cima con la flecha *f* y la parte cuadriculada *e*. Esta última se refiere a la senda empedrada y más escarpada que tuvieron qué abandonar debido a la debilidad de Jesús; se comprende que es la que usan de costumbre para conducir a los condenados al lugar de la ejecución. En cambio, la senda *f* es la que usa la multitud que va a presenciar dichas ejecuciones. Pero esta vez han invertido el orden acostumbrado.

A lo largo del lado D del trapecio y unos dos metros más abajo, hay una especie de amplio bastión natural: es una segunda plazoleta, más baja, que desciende dulcemente y resulta muy cómoda para los espectadores macabros. Se puede llegar a ella tanto por el sendero *e* como por el sendero *f*. También en los lados C y B hay como una ancha acera, de modo que esa cumbre de forma trapezoidal es como un escenario visible por tres lados. Sólo por el lado A hay una escarpada sin gradas.

Esta es la plazoleta en la que los soldados rechazan a la multitud que ha invadido la cima. De ello se ocupan los soldados que van a pie. Los de a caballo rodean a los condenados y aguardan a que la cima quede libre.

En el espacio más bajo, en el punto que señalo con la letra *h*, están reunidos María, Juan y el grupo de las Marías. Un poco más allá, pero bastante cerca, hay otro grupo de 5 personas: son las mujeres de Jerusalén. Ya no está con ellas la Verónica ni su doncella.

Los judíos que están en la cumbre advierten al grupo de los galileos y se ponen a insultar: "Galileos, galileos! ¡Muerte a los galileos! ¡Muerte al Nazareno blasfemo!". No tiene piedad ni siquiera hacia la Madre. Juan la sostiene rodeándola con su brazo como para defenderla, mientras echa a derecha e izquierda miradas en las que el dolor se mezcla a la amenaza contra los viles que la ofenden. Y esto parece increíble en un ser sumiso como Juan. Luego llegan los soldados y apartan a todos de la cima.

El Centurión se baja del caballo y así lo hacen también los otros. Un soldado coge las riendas de los caballos, las anuda y lleva el grupo de los equinos tras la cresta del monte –señalada como lado B-, a la sombra del mismo. Los otros se encaminan hacia la plazoleta superior. Cuando está por pasar el Centurión, se le acercan las mujeres de Jerusalén y la que parece más influyente le da el ánfora que lleva consigo y también un bolso con dinero; quizás lo hace para que el Centurión sea piadoso con El que está muriendo, pero no lo sé.

Jesús pasa una vez más ante la mirada angustiada de la Madre y sube a la plazoleta más alta que, de inmediato, los soldados rodean formando una barrera en los bordes de todo su perímetro. En medio están los tres condenados y el Cireneo con la cruz de Jesús. El Centurión le ordena que deponga la cruz y se vaya. A su vez, los dos ladrones ya han arrojado la respectiva cruz.

Sin que logre advertir de dónde provienen aparecen cuatro individuos fornidos con cortas túnicas y armados de sogas y clavos, lo que me demuestra que son los verdugos destinados para esta ocasión.

El Centurión ofrece el ánfora a Jesús para que beba antes de ser crucificado. Pero Jesús mueve la cabeza. No quiere hacerlo. En cambio, los dos ladrones beben.

Se ordena a los condenados que se quiten los vestidos. Los dos ladrones lo hacen espontáneamente mientras imprecan. Los verdugos le dan a cada uno de ellos un sucio trapo para que lo sujeten en torno a la ingle.

Se lo ofrecen también a Jesús, que va desvistiéndose con movimientos lentos, sea por el sufrimiento que le causan las heridas, sea por su pudor ultrajado. Pero la Madre ya ha anticipado el gesto de los verdugos: por

[23] La escritora pone un dibujo (hoja 150) del trapecio que forma la plaza

debajo del manto y sin quitarse éste de la cabeza, se despoja del velo blanco, se lo da a Juan para que, a su vez, se lo dé al Centurión y éste a Jesús. Y Longinos así lo hace sin oponerse.

Jesús se desata las sandalias y se quita las ropas pero cuando está por quedar desnudo del todo, se vuelve hacia el lado A del trapecio, en el que se encuentran únicamente los soldados, para no aparecer desnudo ante la chusma. De este modo se ve la espalda, completamente surcada por cardenales y ampollas violáceas, por llagas abiertas o cubiertas por costras sangrientas. La llaga del hombro derecho es ancha como la palma de una mano y está encendida por la sangre. Pero cuando se inclina para depositar en el suelo sus ropas, también se abren otras llagas porque se desprende el coágulo que las cubre, demasiado reciente para que la costra esté consolidada; entonces, vuelve a manar la sangre.

El Centurión le tiende a Jesús el velo de María. Y Él reconoce el velo largo y sutil de María, se lo envuelve varias veces alrededor de la cadera y lo sujeta bien para que no se caiga. Luego se vuelve hacia la multitud y se encamina a la cruz.

Ahora se nota que también el pecho, los brazos, las piernas llevan señales de los azotes. Las rodillas sangran por las numerosas caídas. Todo Él es una llaga viva. Pero aún faltan las más crueles.

Jesús es el último que colocan en la cruz. Los primeros son los ladrones que, entre rebeliones y obscenas blasfemias, son atados a las respectivas cruces. Luego le toca a Jesús, que se extiende dócilmente sobre el madero. Coloca la cabeza donde se lo dicen, abre los brazos como le explican que lo haga, extiende las piernas del modo que le ordenan. Ahora es una larga forma blanca sobre el marrón claro de la cruz y el tono amarillento del suelo.

Los verdugos se le acercan. Dos de ellos le comprimen el pecho para impedir que reaccione. Uno le coge el brazo derecho: con una mano aferra la muñeca y con la otra tiene los dedos. Observa si el carpo corresponde al agujero que han hecho en la cruz. Es así. El otro apoya en un extremo de la palma un clavo largo y grueso, con la punta afilada y la cabeza ancha como ciertas monedas de épocas pasadas; alza su pesado martillo y da el primer golpe. La punta del clavo penetra en la carne viva, perfora el hueso, lesiona los nervios.

Jesús lanza un grito y se contrae. No esperaba un golpe tan inmediato o, quizás, no ha sabido contener el agudo dolor. Le responde el gemido de una criatura angustiada. Es María, que se lleva las manos al rostro y se dobla como bajo un peso sobrehumano. Jesús ya no grita. Sólo se oyen los golpes del hierro contra el hierro. La mano derecha queda clavada.

Pasan a la mano izquierda. El carpo no corresponde al agujero efectuado. Entonces aferran unas cuerdas, sujetan con ellas la muñeca y tiran hasta arrancar los tendones y los músculos y dislocar las articulaciones. Y, sin embargo, aún no basta. Se resignan a plantar el clavo donde pueden. En el metacarpo el clavo entra con más facilidad pero provoca un dolor mayor porque cercena los nervios. Pero Jesús ya no grita para no torturar a la Madre con su grito. De sus labios apretados con fuerza sale solamente un lamento sofocado.

Ahora les toca a los pies. Ya antes han aplicado en la cruz una pequeña cuña para que sirva como soporte a los pies y permita que se fije mejor el clavo, que es aún más largo y grueso que el de las manos. Jesús que, aunque no grita está completamente contraído por el dolor, hace un movimiento instintivo para retirar las piernas cuando comprende que van a clavarlas. Pero luego se abandona a sus verdugos. Colocan abajo el pie izquierdo y sobre él el derecho. Uno de los verdugos le oprime los tobillos para que no los mueva y los dedos para mantener los pies apoyados y bien adheridos a la cuña. El clavo entra con dificultad tanto en uno como en el otro pie, en la zona en que comienza el tarso.

Jesús se crispa por el sufrimiento. A cada golpe de martillo, María exhala un gemido sofocado, como de pobre paloma torturada, sigue acurrucada y como sumida en los estertores de muerte. Es razonable que sea así porque la crucifixión es tremenda. Parece que cada golpe hunde un clavo en el corazón.

Ahora todo ha terminado. En primer lugar izan la cruz de Jesús. Las inevitables sacudidas que recibe cuando lo levantan, deben de hacerle sufrir terriblemente porque remueven los miembros perforados en torno al hierro de los clavos y las heridas han quemado como fuego abrasador. También la corona sufre las sacudidas y se desplaza y comprime nuevas zonas.

Pero cuando la cruz está alzada y la arrastran hasta el hueco preparado y la dejan caer en él, el atroz sufrimiento de Jesús aumenta aún más. Ahora todo el peso del cuerpo está llevado hacia adelante y hacia el suelo y cuando el madero choca contra el fondo del hueco, las manos –especialmente la izquierda- se desgarran; también se ensancha el orificio de los pies, la sangre cuela por doquier mientras una fuerte sacudida recorre todo el cuerpo y lo trastorna.

Los verdugos aseguran la cruz con la tierra y las piedras que estaban al lado del hueco, le aseguran muy bien, prensan el suelo. Luego izan a los ladrones. Y comienza la agonía final.

La chusma grita e impreca, no tanto contra los ladrones sino contra Jesús. Alza los puños contra Él, le maldice, se burla. Abajo, los soldados se reparten las ropas de los condenados y para engañar el tiempo se juegan la túnica a los dados. Y siguen jugando como si nada.

Pero Longinos no obra así. Observa. Al mirar a su derredor ve a María, que está en un rincón de la plataforma situada más abajo y ordena que la hagan subir hasta la cruz, si así lo desea, "junto con el hijo que la acompaña (Longinos se expresa exactamente así). Cree que Juan es otro hijo y, sin saberlo, se convierte en profeta. María atraviesa junto con Juan el cordón que forman los soldados. Sólo Ella y Juan lo atraviesan; María Magdalena, María de Cleofás, María de Zebedeo y las demás se quedan donde estaban.

Sostenida por Juan, la Madre enfrenta su glorioso suplicio. El pueblo no se lo evita y tampoco lo hace el mal ladrón. En cambio Dimas no lo hace. La Gracia comienza a obrar en él. Ya no impreca. Mira desde su cruz, observa a Jesús, reflexiona.

Las cruces están situadas de esta manera[24]:

María está entre la cruz de su Hijo y la de Dimas; está vuelta hacia Jesús y cada uno de los estremecimientos del mismo la hace morir de dolor.

Jesús habla muy poco. Jadea. Intenta hallar una posición de mayor alivio para su cuerpo y, por lo tanto, disminuye el peso sobre los pies, hace fuerza con los brazos y se suspende de las manos. Pero las heridas de las manos y el peso del cuerpo le obligan a retomar la posición anterior después de pocos minutos.

Veo las primeras sacudidas por ese temblor que ataca a los músculos cuando se los tiene en una postura incómoda, forzada y se los obliga a un esfuerzo superior a sus posibilidades. Los dedos de los pies se curvan alternativamente hacia el empeine y la planta, se separan, se reúnen y, con sus movimientos, explican si tormento.

También tiemblan los brazos y las manos, especialmente la derecha. La izquierda está doblada sobre sí misma, como si todos los nervios de los dedos estuvieran quebrados. Cada vez que Jesús deja caer su peso sobre los pies, la laceración del metacarpo izquierdo se extiende hacia el pulgar.

Pero lo más desgarrador para mis ojos es el movimiento del pecho, del tronco. Las costillas, muy altas, sea por la estructura que por la postura que ha asumido en la cruz, se dibujan bajo la piel marcadas por los azotes y tensa por el esfuerzo de la posición y por el jadeo acongojado. Pero aún no se expanden lo bastante para aliviar el caudal de sangre de los pulmones y el corazón. Y también el abdomen tenso, excavado, de ese pobre cuerpo esbelto pero más bien delgado, se mueve de arriba a abajo como un velo que se agita.

Los espasmos del diafragma repercuten en todo el tronco y se advierten bajo el arco costal, que está mucho más arriba de la línea diafragmática. Del mismo modo se advierte la contracción de la punta del corazón, que desde la mama izquierda se propaga hacia le brazo y la línea central del pecho.

Los riñones están ahuecados notablemente debido al esfuerzo de la posición adoptada y por eso la espalda está adherida con fuerza al madero con las escápulas y los huesos de la cadera.

En el cuello, la hoyuela está hundida pero, en cambio, las carótidas se muestran túrgidas y violáceas y el rubor de la congestión sube a la cabeza, porque el sol pega en pleno, inyecta de sangre los ojos, enciende las grietas sangrientas de los labios, que se han vuelto tumefactos y hasta violáceos. En el labio superior se ve la costra de la herida que le hicieron al capturarle; desde el pómulo derecho hasta la nariz se extiende una contusión amplia e hinchada, que hasta hace que la nariz parezca desviada y el ojo entrecerrado.

[24] M. V. Incluye un dibujito de un rombo con tres cruces, siendo la de enmedio la de Jesús. Hoja 154.

La corona de espinas debe de torturarle. Cada tanto, Jesús apoya la cabeza en el madero, sobre todo cuando intenta hacer presión sobre los pies para aliviar el dolor de las manos. Y entonces las espinas penetran en la nuca.

¡Oh, no es posible ver todo esto!…

La sed debe ser muy fuerte. El Salvador, que respira con la boca entrecerrada debido al jadeo incesante, a intervalos intenta humedecer con la lengua los labios abrasados. Pero también ella está seca.

Aun así, no deja de implorar al Padre para que perdone a todos: "*Padre, perdónales".*

Esta plegaria, que murmura en medio de su enorme martirio por quien le martiriza, sacude a Dimas. Es el golpe final de la Gracia. Ni siquiera puede seguir oyendo las blasfemias del otro ladrón y se las reprocha, mientras se encomienda a Jesús y le reconoce como *Señor*. Y Jesús, que con gran esfuerzo logra volver la cabeza extenuada, halla aún una sonrisa para alentarle y prometerle el Cielo, pues le dice: "*Hoy estarás conmigo en el Paraíso".*

El cielo se pone cada vez más oscuro. En el calor bochornoso pasan rápidamente, a intervalos, ráfagas de viento frío y arrastran tras de sí una estela de nubes plúmbeas. En la luz verdosa que precede el temporal, el rostro de Jesús parece aún más lívido. La cabeza cae sobre su pecho, las fuerzas disminuyen rápidamente.

Al pie de la cruz ve a su Madre junto a Juan. Exclama: *"Mujer, he aquí a tu hijo. Hijo, he aquí a tu Madre".*

María, con una expresión atormentada de mártir, recoge esta herencia de su Jesús. Pero se esfuerza para no llorar, por resistir, para darle ánimo a su Jesús y no acongojarle con su llanto.

El sufrimiento aumenta a cada instante. El ahogo se hace más intenso; el latido de su corazón, más afanoso. El tétano comienza su obra: le da espasmos, le paraliza. Jesús mueve los labios con mayor dificultad; sus mandíbulas van endureciéndose. La espalda se dobla aún más. El movimiento respiratorio se vuelve cada vez más penoso y el pecho queda dilatado sin lograr contraerse en la espiración.

La luz disminuye con rapidez y hace difícil percibir los espasmos del Moribundo. Sólo los que están junto a la Cruz, como María, Juan y el Centurión, los ven claramente.

Con gran esfuerzo hace presión una vez más sobre los pies, se adelanta como si se ofreciera, como si quisiera mover a compasión al Padre mostrándole todas sus llagas y su angustia, lucha por abrir las mandíbulas, lucha con la boca abrasada, la lengua hinchada, los labios endurecidos por la aridez y exclama: "¡*Dios mío, Dios mío (Eloi, Eloi)!, ¿por qué me has abandonado?".*

Pero no desciende del Cielo ninguna luz. Es una agonía a la que le falta el consuelo sobrenatural. Es la agonía de la víctima, de la Gran Víctima.

Ahora todo está oscuro como cuando ya ha caído la noche. Jerusalén desaparece envuelta en las nubes de polvo que levanta el viento y en las tinieblas de una noche precoz. Ya no hay sol. Es como si hubiera muerto. Me parece estar sumergida en la luz que ya vi en la contemplación de la resurrección final[25]: una luz como de astros apagados, una luz sin luz.

Jesús gime: *"Tengo sed".* También el viento le tortura porque le reseca aún más los labios y con su violento soplo, que dilata los pulmones incapaces de reaccionar, le impide la respiración.

Un soldado se acerca a un recipiente, que es una especie de mortero que contiene vinagre y hiel, moja en él una esponja, la clava en la punta de una caña y la levanta hacia el Moribundo que, por lo poco que puede hacerlo, abre la boca con avidez, se tiende hacia adelante, extiende la lengua buscando refrigerio. Pero encuentra la acidez del vinagre para sus labios heridos y la amargura de la hiel como última desazón. Se hecha hacia atrás con repugnancia, con inmenso abatimiento. Se abandona.

Ahora todo el peso del cuerpo se apoya en los pies y hacia adelante. Sólo la cadera está pegada a la cruz. A partir de ella, hacia arriba, el cuerpo está completamente apartado del madero. La cabeza cuelga hacia adelante y jadea, jadea con estertores cada vez más profundos pero también cada vez con mayor intervalo. El abdomen ya no se mueve. Sólo el pecho se estremece aún. Se extiende la parálisis pulmonar.

Él percibe la muerte y dice: *"¡Todos se ha cumplido!"* Los dice con infinita resignación.

[25] Vea lo que escribió el 29 de enero.

Tras un instante de silencio, murmura como pronunciando una íntima plegaria: *"Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu".* Luego hay una nueva pausa.

Luego, en la luz crepuscular, se advierte la última convulsión de Jesús. Es una convulsión que por tres veces sube desde los pies y recorre todos los pobres nervios torturados; que alza por tres veces el abdomen y luego lo abandona, por lo que éste se afloja como si quedara vacío; que por tres veces contrae y dilata exageradamente el pecho, sacude los brazos, obliga a la cabeza a echarse hacia atrás (y de este modo, la nuca coronada golpea por última vez contra el madero), contrae los músculos de la cara, estira los párpados bajo la costra de polvo y sangre.

Por un largo minuto se queda así: tenso, tembloroso, encorvado; luego, con un grito que lacera el aire, *un grito impresionante* que inicia una palabra: "Madre", muere. La cabeza vuelve a caer sobre el pecho, el cuerpo se desplaza hacia adelante, cesa el temblor y cesa la respiración. Ha expirado.

La Tierra responde al grito de la Víctima con un estruendo, mientras el viento silba, los rayos atraviesan el cielo y el terremoto sacude el suelo. Parece que ha llegado el fin del mundo. Los presentes se estrechan los unos a los otros y lanzan alaridos de terror.

También María cede, ahora que ha cumplido su deber santo, y Juan la recuesta con premura a los pies de la Cruz.

Los soldados se preguntan si es posible que haya muerto. De costumbre la muerte no es tan rápida.

Longinos asesta un lanzazo a Jesús, de abajo a arriba, de derecha a izquierda, mientras la muchedumbre huye aterrorizada y en el monte quedan solamente los soldados, María, Juan y el grupo de las Marías. Pero Él ha expirado de seguro. No se mueve. Sólo gotea sangre y suero. No brota a borbotones, profusamente, como sucedería si se hubiera herido un corazón vivo. Ahora faltan la respiración y el latido que da impulso a la sangre y ésta, ya separada, fluye lentamente de las carnes que van enfriándose con rapidez.

Tiene la cabeza fuertemente inclinada sobre el pecho y los cabellos, cayendo hacia adelante, le velan el rostro. Se advierte la lividez de las carnes sobre las que el velo de María ondea contra un cielo negro como la pez, en este altar del Gólgota cuyos candelabros son las cruces de los dos ladrones, que aún están vivos. Es una versión igual a la que se presentó por varios meses en la primavera de 1942.

Llegan dos judíos a tratar con el Centurión. Le piden el cuerpo. Longinos llama a un soldado, le da un caballo y le manda donde Pilatos, para saber con seguridad si el Pretor mismo ha concedido el permiso a esos judíos. El soldado vuelve muy pronto y afirma que es verdad.

Los verdugos se disponen a subir por las escaleras para desclavar al Cadáver. Pero José y Nicodemo no lo permiten. Se quitan la capa y suben ellos llevando tenazas y especies de palancas para desclavar.

Desclavan ante todo la palma izquierda. El brazo cae a lo largo del Cuerpo, que cuelga en parte separado del madero, Llaman a Juan para que les ayude.

Los soldados se han ido. Los dos ladrones morirán solos y con las piernas truncadas. La milicia ya nada tiene qué hacer allí. Vuelven a disponerse en pelotón y se alejan mientras los discípulos deponen a Jesús de su patíbulo.

Después del brazo izquierdo, José y Nicodemo desclavan los pies, mientras Juan sube a una escalera para sostener el Cuerpo abandonado; lo logra pasando el brazo desclavado, alrededor de su cuello, de manera que queda apuntalado entre la Cruz y su hombro. De este modo, la cabeza de Jesús queda reclinada sobre la de su Predilecto, casi como si aún le hablara escondiéndose entre los cabellos. Este procedimiento de Juan me permite ver perfectamente la horrenda herida de la mano izquierda que, por lo irregular de la laceración, parece haber sido desgarrada por un proyectil explosivo.

María sentada en el suelo, se apoya en la Cruz; la rodean las mujeres fieles.

Una vez que han desclavado los pies, pasan al brazo derecho. Es una tarea agobiadora porque el Cuerpo[26], separado del madero en buena parte, cae hacia adelante a pesar de los esfuerzos de Juan y la cabeza del clavo casi desaparece entre los labios de la herida, que en esas tres horas se ha hinchado y ha formado

[26] En lugar de Cuerpo podría leerse Cabeza.

una especie de borde. Por fin logran desclavar y descender el Cuerpo con sumo cuidado: Juan estrecha fuertemente a Jesús por debajo de las axilas, mientras José y Nicodemo le sostienen por los muslos.

Cuando llegan al suelo, buscan un lugar donde extenderle. Pero la Madre le quiere junto a sí. Su regazo ya está preparado para recibirle. Ha abierto su manto y tiene las rodillas más bien separadas para que sean un asiento más espacioso para su Hijo. Mientras los discípulos se mueven, la cabeza y los brazos de Jesús penden abandonados.

Le dan el Cuerpo a la Madre. María se lo apoya contra el hombro, lo sostiene con el brazo derecho contra su pecho y con el izquierdo lo sujeta por la cadera. Ahora la cabeza de Jesús está apoyada entre el hombro y el cuello de la Madre como si durmiera. Parece un niño que se ha echado al cuello de su Madre buscando un refugio. Y Ella le llama, le llama… Luego lo separa de su hombro y, sin dejar de sostenerlo con el brazo derecho, lo acaricia con la izquierda, le une las manos, las apoya a su regazo, las coge, las besa y gime sobre las heridas. Acaricia las mejillas, besa esos pobres ojos, los labios hinchados y entreabiertos, la frente y, al hacerlo, advierte las espinas.

A los discípulos y discípulas les gustaría ayudarla. Pero Ella no quiere. Gime: "¡No, no. Yo, solamente yo!…"; se pincha al desenredar las espinas entre los cabellos, solloza cuando piensa que esas espinas están martirizando la cabeza de Jesús desde hace al menos seis horas. Por fin, logra quitarle la corona.

La mano de María tiembla como si la arrebatara la fiebre mientras compone los mechones ensangrentados. Las lágrimas caen sobre el Rostro, sobre el Cuerpo de mi Señor. Con un extremo de su velo, que aún rodea la cadera de Jesús, María lo limpia, lo enjuga y de este modo, quita las manchas que desfiguran ese Rostro y ese Cuerpo adorable.

Pero al cumplir este piadoso gesto, la mano de María tropieza con la laceración del costado. Sus dedos y también la ligera tela de lino, penetran en la herida. En la media luz que comienza, María se inclina a mirar y ve… Ve, a través de la incisión cruel, el pecho hendido y el corazón de su hijo. Y la Madre grita: Su grito es el alarido de una criatura desgarrada. También Ella es la Cordera y acaba de recibir el golpe final de la espada. Se desploma sobre el Cuerpo del Hijo y también Ella parece muerta.

Luego alejan de su Madre al Muerto divino y cogiéndole por los hombros y los pies, le envuelven en un lienzo y Juan, Nicodemo y José bajan transportando a Jesús a su sepulcro, mientras las mujeres sostienen a María y se llevan la corona, los clavos, la esponja y la caña, es decir, todo lo que logran llevar consigo.

En lo alto del monte ya no queda más que las tres cruces, de las cuales una está desnuda.

Mi visión se detiene aquí.

19 de febrero de 1944

José apaga una de las antorchas que había encendido para ver mejor en el sepulcro, donde todo está muy oscuro, y se encamina hacia la abertura de entrada; mantiene encendida una sola antorcha que le ilumina mientras junto con Nicodemo vuelve a colocar en su lugar la pesada piedra que cierra el sepulcro.

Sostenida por Juan, María solloza más fuerte. Ahora Jesús está solo en su sepulcro, en medio de la vegetación silenciosa y ya casi en sombras.

El grupo se reúne. Y, tras un breve trecho, llega a la casa de donde tan sólo ayer por la noche habían partido los apóstoles junto con Jesús, rebosante de vida y de belleza. María, Juan y las mujeres entran en la casa. Me doy cuenta en este momento que siempre me he olvidado de aclarar que una de esas mujeres del grupo piadoso era la dueña de la casa. José y Nicodemo se retiran.

María entra en el cuarto en el que veinticuatro horas antes estaba Jesús. Llora. Las mujeres la consuelan; también Juan lo hace. Pero nada puede consolarla. Tiene entre las manos el velo manchado de sangre, de esa Sangre, y lo besa. Frente a Ella, sobre una mesa, está la corona de espinas, los clavos y otros pocos objetos pertenecientes a la Pasión, como los trozos de algodón con que frotaron los miembros en el sepulcro y la sábana con que le transportaron allí. Eso es todo lo que le queda de su Hijo.

Las mujeres y Juan la dejan sola porque Ella así lo desea.

Con la cabeza apoyada en esos pocos objetos, María llora y reza de rodillas. Cada tanto, la tortura que le infligen el dolor, el recuerdo, la soledad, debe de hacerse más aguda, porque Ella llama a su Jesús, le habla como si estuviera presente, evoca la época en que Él era su Niño, su consuelo, su compañía. En estos fragmentos de vida que María vuelve a evocar, se desliza toda la vida familiar de Jesús.

María está convencida de que Jesús resurgirá, lo está porque Él se lo ha dicho y *Ella* lo ha comprendido. Mas, mientras tanto, ahora está muerto. Él no está. Y Ella está sola con su recuerdo y su tormento.

"Si la hubieran dejado en el sepulcro con Él, se habría sentido menos desconsolada. Habría aguardado su resurrección velándole como cuando era niño, aunque es más pesado el sueño de la muerte y diverso es el lecho. Mas para Ella habría significado repetir un gesto que ya tantas veces había hecho junto a la cuna y no le habría mecido con la canción de cuna que le cantaba entonces sino con sus plegarias, para que el sacrificio fuera provechoso para todos los hombres, con sus palabras de amor y con su perdón hacia sus asesinos. ¡Si la hubieran dejado! Se habría sentado allí, cerca de Él y le habría parecido verle aún fajado, en pañales como entonces".

Y, tras una pausa para recordar, velada por una sonrisa, el tormento se hace más agudo "porque se hace evidente *en qué fajas* está envuelto su Hijo y a *qué heridas* ellas sirven de velo".

Vuelve el recuerdo "de cuando era pequeñito y se caía, de cuando empezó a trabajar y se hería, de cómo Ella temblaba al ver su sangre, sus pequeñas contusiones, sus pequeñas heridas y de cómo las curaba con sus besos y no se tranquilizaba hasta que comprendía que el leve dolor había pasado. Y ahora, ahora… Ahora le han herido de este modo, le han golpeado de este modo, le han traspasado, pisoteado, clavado, excoriado de este modo. ¡Y nadie ha tenido piedad, nadie le ha curado, nadie ha estado junto a Él para acariciarle donde otros le golpeaban! ¡Oh, si Ella hubiera podido estar allí, si al menos hubiera podido estarle cerca siempre! ¡Si hubiera podido estarle cerca Ella que, antes que Juan se lo confiara, *ya había sabido* de la captura, de los primeros golpes, de las pedradas, de las sacudidas, de los salivazos, de las bofetadas, de las sogas; Ella que a pesar del piadoso velo con que Juan había cubierto la verdad acerca de los tormentos, *sabía, sabía lo que estaba sucediendo* en el Pretorio. ¿No tenía, acaso, el corazón surcado, punzado, sacudido, por los azotes, las espinas, los puntapiés, los puñetazos de aquellos seres crueles, que habían azotado, coronado, golpeado a Jesús? ¡Pues sí que lo tenía! Y si el corazón de su Criatura se había destrozado por el sufrimiento que sus carnes habían padecido, las carnes de su Madre se habían destrozado por los sufrimientos que había padecido su corazón materno".

Todo lo compartió la Madre: la sed, la fiebre, los azotes, las espinas. Y también ha compartido las acusaciones, las ofensas, las blasfemias. Y además, además… "se atormentó en el Calvario… por no poder ayudarle, por no poder darle una gota de agua –Ella, que le había dado tanta leche-, por no poder sostenerle en las horas extremas –Ella, que le había sostenido en sus primeros días-, por no poder sostener su cabeza para que no golpeara contra el madero y encontrara, en cambio, el corazón de su Madre por cabezal, para expirar de modo menos atroz apoyándose en él".

La suya es una agonía espiritual no menos penosa que la agonía física de Cristo. Estoy destrozada ante esta idea. ¿Cómo hará para vivir, aunque sean pocas horas, sin Él? María se lo pregunta a sí misma, lo pregunta a las cosas que han tocado a su Jesús, bañadas por su sangre y su sudor letal, se lo pregunta a Dios…

"¿Cómo ha podido permitir tantos tormentos y dejarle solo, solo, solo en su cruz? ¿Cómo ha podido Él, el Padre, tan santo y bueno, resistir al grito de ese corazón, que moría también por el dolor de sentir que el Padre ya no lo ayudaba? La evocación del corazón la lleva al recuerdo de la herida del costado. Busca la seña que ha dejado en su velo. He ahí la huella de sus dedos, que penetraron con el lino en la tremenda laceración. Hela ahí. ¡Sin quererlo, Ella ha tocado el Corazón de su Criatura! ¡Ha tocado el Corazón de Dios! ¡Mas ese corazón estaba muerto! ¡Muerto! ¡Muerto!".

María grita esa palabra en el paroxismo de su dolor. Y llama a Dios: "¡Padre, Padre, piedad! ¡Yo te amo! *Nosotros te hemos amado* y Tú nos has amado mucho. ¿Cómo has podido permitir que fuera herido el corazón de *nuestro* Hijo?".

Pero recuerda que Él ya estaba muerto y que, por eso, *no sufrió* a causa de esa herida. Y entonces bendice la bondad de Dios, que le ha ahorrado ese dolor a Jesús. "Al menos ésta, esta herida no la has sentido, Hijo mío. La sentí sólo yo, en mi corazón, cuando vi tu corazón abierto. Ahora tu lanza está en el mío y hurga, desgarra. ¡Pero es mejor así! Tú no la sientes. ¡Mas ten piedad, Jesús! ¡Dirige una sonrisa, una palabra, una señal tuya a tu Madre, que tiene el corazón desgarrado! ¡Dame una señal tan sólo, Jesús, si quieres encontrarme viva a tu regreso!"

Un golpe en la puerta de entrada rompe el silencio de la casa, en la que sólo grita el dolor de María. Y sigue otro golpe, más ligero, en la puerta del cuarto.

Entra Juan. Le habla a María en voz baja. Ella asiente. Se recobra. Se vuelve hacia la puerta.

Entra Verónica con su doncella. Se arrodilla ante María, que ahora está sentada. En el vano de la puerta se agolpan las mujeres fieles. Juan está de pie detrás del asiento de María y le apoya una mano sobre el hombro, pasándole su brazo izquierdo detrás de la espalda, como si quisiera sostenerla. Del cofrecillo que sostiene su doncella –también ella de rodillas- Verónica extrae el lino y lo despliega.

En el lienzo se ve el rostro viviente de Cristo. Es un rostro doliente, *pero aún vivo* en su expresión, en los ojos abiertos, en los labios, en los que asoma una sonrisa dolorosa. María abre los brazos con un grito al que hacen eco los de las mujeres.

Verónica tiende el sudario a la Madre. Es justo que lo conserve Ella. Y, junto con su doncella, se retira con delicadeza.

La señal ha llegado. Es una insignificancia en el mar de dolores en que está sumergida, pero es lo suficiente para no hacerla morir.

La contemplación me abandona de este modo: con el rostro de María apoyado en el rostro de Cristo fijado en el sudario.

20 de febrero de 1944

Como ya le he dicho, hoy no he tenido más visión que la de la Cruz con mi Jesús que mira hacia abajo, hacia los pies de su patíbulo; mira a María y a Juan que, en cambio, miran hacia lo alto, a Jesús, y quedan casi de espaldas respecto a mí.

Se me ha iluminado esta visión mientras escuchaba la Misa que transmitían por radio desde Francia y precisamente en el momento del Sanctus. Era tan nítida, dirigida tan directamente al espíritu que me he dicho a mí misma que la Misa, vista de este modo, es algo celestial de verdad.

Luego ha estallado el infierno de bombas… Pero ni siquiera este terror ha sido suficiente para anular la visión que tenía. Me ha durado todo el día y dura aún.

Por eso puedo decirle que María lleva el acostumbrado manto azul oscuro en el que se envuelve completamente y que Juan está vestido de color violeta pálido y lleva un manto claro, de color de avellana.

De reojo veo el rostro palidísimo de María; hasta sus labios, que dibujan un pliegue doloroso, están pálidos. El dolor la desfigura tanto que parece tener más de sesenta años, aunque no ha cumplido aún cincuenta en el momento de la muerte del Hijo.

También de reojo vea a Juan, cuyo hermoso rostro juvenil está velado por un profundo dolor; también él está pálido y como envejecido en pocas horas. Sólo sus largos cabellos rubios, apenas un poco más claros que los de Jesús, son siempre iguales: compuestos, sedosos, brillantes, con reflejos de oro.

En cambio, a Jesús le veo de frente, veo todas sus contusiones y sus heridas, su rostro ya marcado por la muerte que está cerca y completamente desfigurado respecto a como era antes de la Pasión. Noto que la Cruz es muy alta. Los pies de Jesús no están a menos de dos metros del suelo.

Veo solamente esto. Parece que es el momento en que Jesús confía Juan a su Madre.

Ahora es de noche y Jesús dice:

<<Has visto lo que cuesta ser Salvadores. Lo has visto en Mí y en María. Has conocido todas nuestras torturas y has visto con qué generosidad, con qué heroísmo, con qué paciencia, con qué mansedumbre, con qué constancia, con qué fortaleza, las hemos soportado por la caridad de salvaros.

Todos los que lo desean y le piden al Señor Dios que haga de ellos "salvadores", deben pensar que Yo y María somos su modelo y que son estas las torturas que deben compartir para obtener la salvación de los pecadores. No se tratará de la cruz o de las espinas, los clavos o los azotes materiales. Serán otras torturas, de forma e índole diferentes. Pero serán igualmente dolorosas y extenuantes. *Y sólo cumpliendo el sacrificio en medio de tales dolores, se puede llegar a ser salvadores.*

Es una misión austera. *La más austera de todas*. Respecto a ella, la vida del monje o de la monja, aunque pertenezca a la regla más severa, es como una flor comparada con un montón de espinas. *Porque ésta no es la regla de una Orden humana sino la Regla de un sacerdocio, de un ministerio monjil divino, cuyo fundador soy Yo, Yo que consagro y acojo en mi Regla, en mi Orden, a los elegidos para ella y les impongo mi aleccionamiento: el Dolor total, hasta el sacrificio.*

Tú has visto mis sufrimientos. Han sido destinados a reparar vuestras culpas. Ninguna parte de mi cuerpo ha quedado libre de ellos *porque nada en el hombre está libre* y todas las partes de vuestro "yo" físico o moral –ese "yo" que Dios os ha donado como perfecta obra divina y que vosotros habéis envilecido con la culpa de los progenitores y con vuestra tendencia al mal y vuestra mala voluntad- son instrumentos que empleáis para cometer pecado.

Mas Yo he venido para anular los efectos del pecado con mi sangre y mi dolor, lavando en ellos una a una vuestras partes físicas y morales para purificarlas y fortalecerlas contra las tendencias culpables.

Mis Manos, tras haberse extenuado llevando la Cruz, han sido heridas y ligadas *para reparar todos los delitos realizados por la mano del hombre.* Desde el verdadero delito de coger y usar un arma contra un hermano –que os ha convertido en Caínes-, a los de robar, escribir falsas acusaciones, cometer actos contra el respeto de vuestro cuerpo y el ajeno y ociar en una holganza, que es terreno propicio para vuestros vicios. Por la libertad ilícita de vuestras manos, hice crucificar las mías, las hice clavar en el madero, las privé de todo movimiento, aun lícito y necesario.

Los Pies de vuestro Salvador, tras haberse cansado y magullado en las piedras de mi camino de Pasión, han sido traspasados, inmovilizados, *para reparar todo el mal que cometéis con vuestro pies, pues ellos son el medio que os conducen a vuestros delitos, robos, fornicaciones.* Marqué las calles, las plazas, las casas, las escalinatas de Jerusalén para purificar todas las calles, las plazas, las escalinatas, las casas de la tierra, *de todo mal* que había nacido dentro de ella, sobre ellas, el mal que vuestra mala voluntad obediente a las instigaciones de Satanás, sembró en los siglos pasados y en los por venir.

Mis Carnes se han amoratado, golpeado, lacerado *para castigar en Mí todo el culto exagerado, la idolatría que profesáis por vuestra carne y la de quienes amáis, ya sea por un capricho sensual o por un afecto que en sí mismo no es vituperable, pero que vosotros hacéis tal al amar a un padre, a un cónyuge, a un hijo o a un hermano más que a Dios.*

No es posible. *Por sobre cualquier amor y vínculo terreno está y, debe estar, el amor por el Señor Dios nuestro. Ningún, ningún otro afecto debe ser superior a éste. Amad en Dios, no por encima de Dios a vuestros seres queridos. Amad a Dios con todo vuestro ser.* Esto no absorberá vuestro amor hasta el punto de haceros indiferentes hasta vuestros allegados; por el contrario, nutrirá vuestro amor hacia ellos con la perfección tomada de Dios, *porque quien ama a Dios lleva a Dios dentro de sí y poseyendo a Dios, posee la Perfección.*

He hecho de mis Carnes una única llaga *para quitar de las vuestras el veneno de la sensualidad, de lo impúdico, de lo falto de respeto, de la ambición y admiración de la carne, que está destinada a volver a ser polvo.* No es el culto de la carne lo que lleva la carne a la belleza. Por el contrario, *es el desapego hacia la carne lo que otorga a dicha carne la Belleza eterna en el Cielo de Dios.*

Mi Cabeza fue torturada por mil torturas, por los golpes, por el sol, por los gritos, por las espinas, *para reparar por las culpas de vuestra mente.* En vuestro cerebro pululan como en un setal, soberbia, impaciencia,

intolerancia, todo lo que no se puede soportar. He hecho del mío un órgano torturado, encerrado en un arca decorada con sangre, *para reparar todo lo que brota de vuestra mente.*

Tú has visto la única corona que he querido. Es una corona que puede llevar sólo un loco o la víctima de un suplicio. Por cierto, no se la impondría nadie que tuviera una mente sana (hablando desde un punto de vista humano) y que gozara de libertad. Pero a mí me juzgaban loco *,y en verdad estaba loco, sobrenaturalmente loco, divinamente loco, pues quería morir por vosotros, que no me amabais o me amabais muy poco, quería morir para vencer el Mal en vosotros, aun sabiendo que lo amabais más que a Dios.* Y así Yo, Dios, estaba condenado por el hombre, a la merced del hombre; era su prisionero, su condenado.

¡Qué impaciencia tenéis por naderías, qué incompatibilidad por menudencias, qué intolerancia por simples molestias! Mirad a vuestro Salvador: ¡Pensad qué dolorosa excitación debía provocar ese punzar continuo cada vez en partes diferentes, ese enredarse en los mechones del cabello, ese incesante desplazarse sin que pudiera moverse la cabeza o apoyarla de algún modo que no diera tormento! ¡Pensad qué significaban para mi Cabeza torturada, dolorida, febril, los alaridos de la multitud, los golpes en el cráneo, el sol abrasador! ¡Pensad cómo el dolor debía atormentar mi pobre cerebro, que ya en la agonía del Viernes estaba adolorido por el esfuerzo del Jueves por la noche; mi pobre cerebro, al que subía la fiebre de todo el Cuerpo torturado y de los venenos provocados por las torturas!

Y en la Cabeza, los ojos tuvieron su tortura, y también la boca y la nariz y la lengua. Los ojos la tuvieron *para reparar vuestras miradas, tan propensas a ver lo que es mal y tan olvidadas de buscar a Dios;* la boca la tuvo para *reparar las excesivas palabras que pronunciáis, demasiado engañosas, demasiado sórdidas, demasiado lujuriosas, en lugar de usar los labios para rezar, para enseñar, para consolar;* la nariz y la lengua la tuvieron *para reparar vuestra gula y la sensualidad de vuestro olfato* (debido a las cuales metéis faltas que son terreno propicio para culpas más graves) *y las culpas por la avidez de alimentos superfluos,* sin experimentar piedad por los que tienen hambre y pudiéndoos permitir muchas veces tales alimentos gracias a vuestras ganancias ilícitas.

Tampoco a mis órganos se les ahorró el sufrimiento. Ni siquiera a uno de ellos se le ahorró. Los pulmones lesionados por la bárbara flagelación y con edemas provocados por la posición en la cruz, sufrieron sofocaciones y tos. El corazón –al que desplazaron y enfermaron el cruel azotamiento, el dolor moral que lo precedió, la fatiga de la subida bajo el grave peso del madero, la anemia causada por toda la sangre que había esparcido- sufrió afanes y dolor. El hígado quedó congestionado y así también el bazo y los riñones magullados.

Tú viste la corona de cardenales alrededor de mis riñones. Para poner una prueba a vuestra incredulidad en cuanto a esa expresión de mi padecimiento que es el Santo Sudario, vuestros hombres de ciencia explican que la sangre, el sudor cadavérico y la urea de un cuerpo extenuado mezclándose a los aromas, pudieron producir esa imagen natural de mi Cuerpo extinto y torturado.

Sería mejor creer sin tener necesidad de tantas pruebas para creer. ¡Sería mejor decir: "Esto es obra de Dios" y bendecir a Dios, que os ha concedido la prueba irrefutable de mi Crucifixión y de las torturas que la precedieron!

Mas, puesto que ya no sabéis creer con la ingenuidad de los niños y tenéis necesidad de pruebas científicas -¡pobre fe vuestra, que no sabe estar erguida y caminar sin el apoyo y el acicate de la ciencia!- debéis saber que las brutales magulladuras de mis riñones fueron el agente químico más potente en el milagro del Santo Sudario. Casi despedazados por los azotes, mis riñones no pudieron trabajar más. Como los de quienes mueren abrasados en una hoguera, fueron incapaces de filtrar y entonces la urea se acumuló y se esparció en mi sangre, en mi cuerpo y produjo los sufrimientos de la intoxicación urémica y también el reactivo que, al exudar de mi cadáver, imprimió la huella en el lienzo. Mas, quien entre vosotros es médico o sufre de uremia, puede comprender cuántos sufrimientos hubieron de causarme las toxinas urémicas, cuya abundancia fue tal que lograron producir una huella indeleble.

Sufrí también el padecimiento de la sed. ¡Qué tortura fue la sed! Y, sin embargo, viste que no hubo uno, entre tantos, que en esas horas me diera una gota de agua. De la Cena en adelante, no tuve alivio alguno. ¡Y sí que la fiebre, el sol, el calor, el polvo, el desangramiento, le daban tanta sed a vuestro Salvador!

Viste que rechacé el vino con mirra. No quería endulzar mi sufrimiento. *Cuando nos ofrecemos como víctimas, tenemos qué ser víctimas sin concesiones piadosas, sin acuerdos, sin edulcoraciones.* Hay qué beber el cáliz. Hay qué saborear la hiel y el vinagre hasta el final. No hay qué aceptar el vino armonizado, que ofusca el dolor

¡Oh, es muy severo el destino de la víctima! Mas ¡feliz del que lo elige!

Éste fue el sufrimiento de tu Jesús en su cuerpo inocente. Y no te contaré las torturas debidas al afecto por mi Madre y a su dolor. *Este dolor era necesario.* Pero para mí fue la tortura mayor. ¡Sólo el Padre sabe lo que sufrió su Verbo, sea en lo espiritual como en lo moral y lo físico! También la presencia de la Madre fue una tortura aunque fue lo que mi corazón deseaba más, pues tenía necesidad de ese consuelo en la infinita soledad que le rodeaba, una infinita soledad *que provenía de Dios y de los hombres.*

Ella tenía que estar allí, como un ángel de carne, para impedir que me venciera la desesperación, así como el ángel espiritual lo había impedido en el Getsemaní; Ella tenía que estar allí para unir mi Dolor al suyo por vuestra Redención; Ella tenía que estar allí para recibir la investidura de Madre del género humano. Mas verla morir a cada estremecimiento mío, fue mi dolor más grande. Ni siquiera eran comparables a éste, los dos grandes dolores que pocas horas antes me habían parecido tan enormes *que me habían hecho sudar sangre:* la traición y la cognición de que mi Sacrificio sería inútil para muchos.

Tú misma viste cuán grande fue María en esa hora. El tormento no le impidió ser aún más fuerte que Judit[27]. Ésta mató. *Aquella se hizo matar a través de su Criatura.* Y no imprecó, y no odió. *Rezó, amó, obedeció. Ha sido Madre siempre* hasta llegar a pensar, aun en medio de esas torturas, que sobre las carnes inocentes de su Jesús era necesario su velo virginal para defender el pudor de su Hijo. *Ella supo ser Hija del Padre de los Cielos y al mismo tiempo, obedecer a la tremenda Voluntad de Éste en esa hora.* No imprecó, no se reveló, ni a Dios ni a los hombres. *A éstos les ha perdonado. A Aquel le ha dicho "Fiat".*

También después la oíste decir: "Padre, Yo te amo y Tú nos amaste". Recuerda que Dios la amó y le renueva su acto de amor. *¡Justo en esa hora! ¡Después de que el Padre la traspasó y la privó de su razón de ser! Le ama.* No dice: "Ya no te amo porque Tú me has herido". Le ama. Y no se aflige por su dolor sino por el de su Hijo. No clama por su corazón destrozado sino por el mío, traspasado. Y de él pide cuentas al Padre, no de su dolor. Pide cuentas al Padre en nombre del Hijo del Padre, que es también su Hijo.

Pues Ella es, sin duda, la Esposa de Dios. Ella es, sin duda, La que concibió debido a su matrimonio con Dios. Ella sabe que su Criatura no fue generada por un contacto humano sino por el Fuego bajado del Cielo para penetrar en su seno inmaculado y depositar en él el Germen divino, la Carne del Hombre-Dios, del Dios-Hombre, del Redentor del mundo. Ella lo sabe y como esposa y madre pide cuentas de esa herida. Las otras *tenían* que ser efectuadas. Pero ésa, la que le llegó cuando ya todo se había cumplido, ¿por qué había de herirle?

¡Pobre Madre! Ha habido un motivo en mi herida que tu dolor no te permitió leer. El motivo era *que los hombres vieran el Corazón de Dios.* Tú lo viste, María. Y ya no lo olvidarás jamás.

Pero ¿ves? Aunque no comprenda en ese momento las sobrenaturales razones de aquella herida, María piensa inmediatamente que la misma no me causó mal y bendice por ello a Dios. Y si esa herida le hace tanto mal a Ella, ¡oh, pobre Madre!, no le importa. A Mí no me hizo mal y esto le es suficiente y le sirve para bendecir a Dios, aunque la inmole.

Lo único que pide es un pequeño consuelo para no morir. Pues la naciente Iglesia, de la que pocas horas antes fue erigida en Madre, la necesita. Como un recién nacido, la Iglesia necesita cuidados y leche materna. María se la dará a la Iglesia sosteniendo a los apóstoles, hablándoles del Salvador; rogando por ella. Mas, ¿cómo podía hacer todas estas cosas si expirase esta noche? La Iglesia, que ya debe estar algunos días sin su Guía quedaría huérfana del todo si expirase también la Madre. Y el destino de los recién nacidos huérfanos siempre es precario.

Dios no decepciona nunca a quien le dirige una justa plegaria y consuela a aquellos hijos que esperan en Él. María lo comprueba por el consuelo que le dio la Verónica. Ella, la pobre Madre, lleva grabada en sus

[27] Judit 10-13.

ojos la efigie de mi Rostro extinto. No puede resistir ante esa imagen. No es el de su Jesús ese rostro envejecido, hinchado, con los ojos cerrados que no la miran, con la boca deformada que ni le habla ni le sonríe. Mas he aquí, en cambio, otro rostro, que es el rostro de Jesús vivo. Un rostro herido, dolorido, pero vivo aún. He aquí sus ojos, que la miran; he aquí su boca, que parece decir: "¡Madre!".

He aquí su sonrisa, que todavía la saluda.

¡Oh, María! Busca a tu Jesús en tu dolor. Él vendrá siempre y te mirará, te llamará. ¡Compartiremos el dolor, pero estaremos unidos!

Juan, ¡oh, pequeño Juan!, compartiste el dolor con María y con Jesús. Sé siempre como Juan, también en esto. Ya te lo he dicho: "No serás grande por las contemplaciones y los dictados. Son cosas mías. Lo serás por tu amor. Y el amor más grande consiste en compartir el dolor". Esto permite intuir los mínimos deseos de Dios y convertirlos en realidad a pesar de todos los obstáculos.

Nota con qué viva y delicada sensibilidad se conduce Juan desde la noche del jueves hasta la del viernes y aún después. Observémosle en esas horas.

Por un instante le acomete el desconcierto. Por una hora, la pesadez del sueño. Pero, cuando supera éste por la ansiedad de la captura y la ansiedad por el amor, viene y arrastra tras sí a Pedro, para que el Maestro reciba el consuelo de ver al Jefe de los apóstoles y al Predilecto entre ellos.

Luego piensa en la Madre, a quien algún ser cruel puede haberle informado de la captura ya cumplida. Y va a verla. No sabe que María *ya está viviendo* el tormento del Hijo y que, mientras los apóstoles dormían. Ella velaba y rezaba, y agonizaba junto con el Hijo. Él no lo sabe. Y va a verla y la prepara a la noticia.

Luego va y viene de la casa del Pretorio. Y por cierto no es nada cómodo ir y venir justo esa mañana, a través de la multitud ebria de odio, hostil hacia un galileo, como denuncian sus vestidos. Pero le sostiene el amor y, además, no piensa en sí mismo sino en los tormentos de Jesús y de su Madre. Podría ser lapidado por ser secuaz del Nazareno. Pero no le importa. Lo desafía todo. Los demás han huido, están escondidos, se dejan llevar por la prudencia o el miedo. Él se deja llevar por el amor y se queda y se muestra a la gente. Es un puro. *Y el amor prospera en la pureza.*

Y si su piedad y su sentido común de hombre del pueblo le inducen a tener a María lejos de la multitud y del Pretorio, cuando considera que ha llegado el momento en que Jesús necesita de su Madre y en que no es justo tener a la Madre por más tiempo separada del Hijo, la conduce a Él, la sostiene, la defiende. Pero él no sabe que María ya comparte todas las torturas del Hijo y las padece espiritualmente.

¿Qué puede ese puñado de personas fieles: un hombre solo, inerme, joven, sin autoridad, a la cabeza de pocas mujeres, contra toda una multitud enfurecida? No puede nada. Es como un montoncito de hojas que el viento puede esparcir. Es como una barquita en medio de la tempestad en un océano que puede sumergirla. No importa. *El amor es su fuerza y su vela*. Va armado con él y con él protege a la Mujer y a las mujeres hasta el final.

En Juan ha vibrado el amor de compasión como en ninguna otra persona en el mudo, excepto mi Madre. Él es el precursor de los que aman con este amor. Es tu maestro en esta materia. Sigue su ejemplo de pureza y caridad y serás grande.

Ahora ve en paz. Te bendigo>>.

21 de febrero de 1944

Como comprenderá, mientras Jesús comentaba la visión del encuentro con la Madre después de la Resurrección, me daba contemporáneamente la visión de su Resurrección en el sepulcro y del encuentro con la Magdalena. Todo esto me hace inmensamente feliz. ¡Estoy sumergida en la luz de Cristo resucitado, en esa luz que es gozosa y pacífica!

Podría darle el cuaderno porque para los ojos humanos, ya "todo se ha cumplido". Pero el Maestro me dice que aún hay que agregar algo. Por lo tanto, aguardo.

Poco más tarde le digo a Jesús: "¡Qué alegría, Señor, no verte sufrir más de ese modo y ver sonreír a la Madre!".

Y Él responde:

<<No te abandones a esta dulzura. No es este el pan del que tienes qué nutrirte. Tu pan es el del dolor de tu Dios y de las lágrimas de María. He tenido qué anticipar esta visión para hacer el don prometido. Mas es tiempo de dolor y debes contemplar el dolor. El Padre M.[28] desea recibir todo este material para Pascua. Pero Yo quiero que sea una preparación a la Pascua tanto para él como para muchos otros. Por lo tanto dile que, tan pronto como Yo haya completado mi don con el último punto, debe abandonar completamente cualquier otra cosa que esté efectuando y dedicarse a esto. De modo que sea distribuido a tiempo. *Así lo dispongo*>>.

Me someto a su deseo de ilustrarle la visión de la Resurrección. Desde el punto de vista humano, preferiría ahorrarme este esfuerzo, dado que Jesús ya lo había tratado. Pero la obediencia es una virtud y obedezco sin discutir.

Pues bien: me parecía que la voluntad de Dios me conducía al fresco huerto en que surge el Sepulcro, cuya pesada piedra habían tapizado y hasta habían puesto los sellos sobre la cal viva, de modo que dichos sellos parecían anchos rosetones impresos en el revoque y nadie podía haberlos removido sin que fuera evidente la efracción. Delante del Sepulcro estaban los guardias del Templo, medio dormidos, algunos sentados y otros a pie, apoyados a la piedra del Sepulcro.

Comienza a aclarar, de modo que la escena se ve en una luz verdosa e incierta, que parece estremecerse con la fresca brisa del alba. Reina del silencio. Las avecillas aún no se han despertado.

El cielo –que parece de seda azul, más clara a oriente, más oscura a occidente- aún conserva el recuerdo de una que otra estrella. Y del cielo parte una especie de rayo de fuego, semejante a una saeta, que termina en un globo resplandeciente. Desciende velozmente, cortando el aire y deslizándose por el espacio sereno.

En la caída, el fúlgido meteoro provoca un estruendo como el de un terremoto pero, como no es un rumor disonante, se asemeja más al que suscitarían los tubos mayores de un órgano gigantesco que tocará un "Gloria" solemne bajo la bóveda de una catedral. Es decir, que es un retumbo potente y armónico, que con su resonancia calma el aire matutino.

Los guardias se despiertan aterrorizados y miran a su alrededor. Pero el espléndido relámpago ya está sobre ellos y se bate sobre la pesada piedra, cuyo cierre había sido reforzado con el contrafuerte de cal viva para asegurarlo aún más. Y esa enorme piedra se derrumba como si fuera una frágil pantalla de papel de seda, con un fragor y unos sacudones como de terremoto, que hacen caer a los guardias, algunos boca abajo y otros boca arriba, y les deja en el suelo como desvanecidos, ausentes. *Y no vuelven en sí.* Yacen como un montón de títeres a los que se les habían roto los hilos que les permitían estar erguidos. Y, de tal modo, son ridículos.

El rayo de fuego tiene una velocidad mucho mayor que la que empleo en descubrirlo, porque desde su aparición en el cielo hasta su llegada al Sepulcro ha empleado pocos instantes; no digo minutos, sino instantes, *fracciones de minuto*, segundos. El rayo pues, penetra en el oscuro sepulcro y lo ilumina con una luz fantasmagórica, que parece ornar con todas las gemas existentes la piedra de esos muros, de esas bóvedas, de ese suelo. Y mientras el fulgor queda suspendido en el aire como si fuera la misma esencia de la incomparable luz, dicha luz penetra bajo las vendas fúnebres del Cuerpo allí tendido.

La forma inmóvil, exhala un largo suspiro. Veo que los linos que cubren el pecho se alzan y se vuelven a bajar. Aún un minuto de pausa y luego, con repentino impulso, Cristo resucita. Bajo los linos descruza -*debe descruzar*- las manos enlazadas sobre el bajo vientre, abre los brazos, repentinamente se sienta, luego se pone de pie, y así al sudario, los linos, la Sábana Santa se desordenan bruscamente: los primeros caen al suelo y la Sábana Santa se desliza sobre la piedra de la unción y queda allí, colgada a medias, como un pellejo aflojado y vacío.

Jesús está ya cubierto con su espléndida vestidura de candor, ya no se ven sangre ni heridas, la divina Cabeza está compuesta y resplandeciente y la única huella de la tremenda Pasión son los rayos que salen de

[28] Se trata del Padre Migliorini.

las Heridas y que, como cinco llamas, reflejan su luz sobre la divina Persona y crean una aureola de rayos que, de las Manos y los Pies, se cruzan bajando, subiendo y se disponen en circulo desde el centro del Pecho. La Herida del Costado no se ve. La cubre la túnica. Pero el fulgor mayor está sobre su Pecho, como un sol escondido tras un paño de seda.

A los lados de la entrada destruida hay dos seres angelicales que, por cierto, han entrado en el Sepulcro con la luz aunque yo, absorta en la contemplación, no les he visto antes; son menos luminosos pero enormemente bellos y están de rodillas, en adoración. Son seres incorpóreos, con una forma humana que está hecha de luz, de esa "luz" bienaventurada que ya en la contemplación del Paraíso he comprendido que es propia de sus espirituales habitantes.

Tras la adoración de los ángeles, Jesús sale del Sepulcro, pasa entre los guardias desvanecidos, atraviesa el huerto. A su paso, su divino fulgor se derrama sobre las cosas y por eso las hierbas mojadas de rocío resplandecen por un Sol más encendido que el que acaba de aparecer en el cielo y, bajo el beso de una brisa tibia y perfumada, se inclina y vuelven a alzarse dulcemente como para venerar al Salvador, que pasa sonriendo y bendiciendo. Por el mismo motivo los manzanos, que hasta entonces mostraban sus frondas apenas salpicadas de candor por escasas flores, ahora abren sus miríadas de corolas, que forman sobre la cabeza de Jesús una nube ligera, perfumada, esponjosa, constituida por miles y miles de flores blancas apenas teñidas de rosa, recién brotadas; a ellas corresponde en el cielo azul una nubecilla que parece un velo rosado. Y las aves, despertadas por tanta luz, gorjean todos sus trinos en el jardín en flor.

Jesús se detiene y me habla bajo un manzano que parece una esfera cubierta de flores de las que, cada tanto, un pétalo más enamorado que los otros de su Señor, desciende para acariciar sus mejillas y se posa a sus pies, como una flor más entre las flores que cubren el suelo.

Sólo veo a la Magdalena cuando Jesús me indica. Del mismo modo, por estar absorta en Él, no veo lo que le pasa a los guardias ni advierto cuándo se escabullen. Tampoco veo más a los ángeles, pero comprendo que están aún en el Sepulcro porque la oscuridad de éste se ilumina con la angélica luz.

La Magdalena llora desconsoladamente. No me explico cómo no reconoce a Jesús. Quizás Él le ofusque la vista para poder llamarla ante de que le vea. Pero cuando la llama, la Magdalena le ve tal como es y por lo que es, o sea, vencedor por fin y, por eso, su grito de amor, ferviente e ilimitado, llena todo el jardín florecido y ella se postra, con el rostro escondido en la hierba húmeda de rocío, a los pies de Jesús.

Mi visión termina aquí.

22 de febrero de 1944

<< ¡Oh, pequeño Juan, ten paciencia. Todavía hay algo más. Hagamos pues también esto para dejar contento a tu director y para cumplir la obra. Quiero que entregues este trabajo mañana, que es Miércoles de Ceniza. Quiero que para entonces hayas terminado esta faena porque… quiero hacerte sufrir Conmigo.

Y ahora volvamos atrás, muy, muy atrás. Volvamos al Templo donde Yo, a los doce años, estaba discutiendo. Mejor aún: volvamos al camino que conduce a Jerusalén y de Jerusalén al Templo>>.

<<Ahora poned mucha atención en lo que digo.

Quiero que este fascículo esté hecho de la siguiente manera:

I. dolor: La presentación en el Templo.
II. dolor: La pausa en Egipto.
III. dolor: Mi extravío en el Templo.
IV. dolor: La muerte de San José.
V. dolor: Mi despedida de Nazaret. Luego el dictado del 22 de febrero.
VI. dolor: La descripción de la visión del 13 de febrero (4 puntos: la sinagoga, la casa de Nazaret, el sermón de Jesús en la sinagoga, el coloquio con la Madre, tras haber huido de Nazaret).

VII. dolor: Visión del 14 de febrero. Luego del dictado del 15 de febrero. Luego el dictado del 16 de febrero.

VIII. dolor: La Cena de Pascua.

IX. dolor: La Pasión, considerando la visión del 11 de febrero y relacionándola con la del 18 de febrero.

X. dolor: La Sepultura de Jesús (19 de febrero). Luego visión y dictado del 20 de febrero. Visión y dictado del 21 de febrero hasta el punto indicado. El otro dictado, que trata de Jesús vuelto a encontrar en el Templo, debe ser colocado en el III dolor.

Ante todo, el Padre tendrá qué hacer el fascículo como de costumbre para él y para ti y tendrás qué corregirlo de tal modo que no haya ni siquiera un error. Luego hará las copias que desea para los demás. Naturalmente, cada visión está acompañada por su dictado.

El Padre quería todo esto para la Pascua. Yo la quería como preparación Pascual y te mando que la entregues hoy porque ya son las 4 y 30 del Miércoles de Ceniza, primer día de Cuaresma

Por tanto, hijos, ¡a trabajar! Benditos seáis. Y benditos sean los que acepten el don con corazón simple y con fe. En ellos se encenderá ese fuego que el Padre auspiciaba hoy. El mundo no deja de ser cruel. Pero recibirán consuelo y sentirán crecer en ellos la sed de Dios, que es un estímulo para la santidad.

Ve en paz, pequeño Juan. Tu Jesús te bendice>>.

26 de febrero de 1944

Comentando el salmo 93.

Dice Jesús:

<<Cuántas veces el hombre, especialmente en estos momentos, dice:"Pero Señor, ¿por qué no intervienes y castigas? Da a los soberbios y a los malvados, lo que se merecen. Si eres justo, ¿cómo puedes permitir que los malvados triunfen y los que te son fieles sufran?".

Hijos, os recuerdo las palabras del Evangelio: "Antes de quitar la paja del ojo del hermano, quitaos la viga del vuestro"[1].

Es verdad que estáis atormentados por los "grandes pecadores". Mas tampoco vosotros estáis libres de pecado. Vuestros pecados son mucho menos respecto a los enormes pecados de los corruptores del mundo, pero han ido acumulándose sin cesar hasta provocar la indignación de Dios.

Tenéis que pensar que Dios, que es Perfección y Justicia, juzga a los grandes y a los pequeños pecadores y le repugna el pecado grande del gran pecador, pero también el pecado menor del pequeño. Por lo tanto, si tuviera qué intervenir para castigar a los grandes –tal como invocáis-, ¿por qué no ha de castigaros por vuestros repetidos y numerosos pecados?

Son pecados de naciones enteras. Los ciudadanos de las mismas se olvidaron de Dios, le sustituyeron con infinitos dioses, otros dioses, que ya podía ser "uno" de ellos o una idea o un conjunto de hábitos morales, o mejor, *amorales*, de los que Dios no aprueba ni siquiera uno.

Por lo tanto, ¿qué ocurrió? Lo que ocurre en el caso de un desprendimiento de tierra. Hay lugares en la Tierra en los cuales, por una especial configuración y composición del terreno, va acumulándose, lenta pero continuamente, la arena que transporta el viento. Pasan siglos pero, al final, llega el momento en que la acumulación es tal que ya no puede ser contenida en ese surco de la tierra, que no lo soporta, y se lo quita de encima provocando catástrofes capaces de devorar poblados y, a veces, ciudades enteras.

Si el hombre pusiera atención, dispondría medidas para equilibrar la obra de los vientos con la propia y eliminaría estos cúmulos con una tenacidad igual que la de los elementos. En cambio, no pone atención: es más, se alegra de que los vientos depositen estratos de tierra donde antes sólo había rocas o que cubran de arena un estuario, de modo que aumente el área de cultivo; explota por lo tanto, el falso don del viento traidor

[1] Mateo 7, 3-5; Lucas 6, 41-42.

y de la solapada corriente, convirtiéndolo en fuente de lucro para gozar y triunfar aún más, quizás en detrimento del pueblo vecino.

¿Tendría qué preocuparse por ese granito de polvo? ¡Ni por asomo! ¿Qué daño puede hacer? Sí que puede hacer daño aún siendo tan pequeño, pues se hace grande por la cooperación de otras infinitas pequeñeces hasta llegar a provocar una catástrofe. Nada hay más pequeño que un granito de arena. Mas, reunid millones y miles de millones de ellos y luego hacedlos precipitar: veréis entonces qué horrible muerte os causan.

¿Qué es ese defecto, esa costumbre amoral? Pues, nada, es una minucia. ¿Quizás sea un pecado grave? ¡Qué va! ¿Acaso un pecado venial? ¡Tampoco! Es solamente una imperfección debida a la prisa de la vida de hoy, a las imposiciones de una serie de circunstancias. Os decís: "Ya no estamos en la Edad Media. Hay qué estar a la altura de los tiempos. Hay qué tener más amplitud de miras. No hay qué pensar que Dios está siempre allí, preparado con papel y pluma para anotar mis omisiones, mis satisfacciones, mis transacciones. Hoy he preferido tratar un asunto en lugar de ir a misa dominical o de mantener esos diez minutos de coloquio con Dios, o sea, la plegaria de la mañana o de la noche. Pero si no hubiera aprovechado esta mañana, no habría encontrado más ese cliente a ese profesional; pero si hubiera perdido esos diez minutos en rezar, no habría llegado a tiempo. Mañana…".

¡Decís diez minutos! Os habéis regodeado por media hora en la cama, habéis usado otra media hora en discutir con vuestra mujer y con los criados, habéis empleado casi una hora para acicalaros como afeminados. Y luego no encontráis sólo diez minutos para vuestro Dios. Tenéis seis días para tratar vuestros asuntos y holgazaneáis sin concluir nada. Tan sólo sentís la urgente necesidad de hacer ese determinado quehacer el domingo, la mañana del domingo. ¿Es que ese cliente, ese profesional, está libre sólo el domingo? ¿Por qué? Si nadie secundara su mala costumbre, tendría qué decidirse a tratar sus asuntos en los otros seis días.

Sois amorales tanto el uno como el otro y no os preocupáis de Dios. Eso es todo.

Del mismo modo, os decís: ¿qué hay de malo en mi inocente calumnia? Ni siquiera es una calumnia, es murmuración. Y ni siquiera eso: es un chiste que uno dice por detrás de Fulano o Mengano para reírse un poco, para demostrar que está bien informado, para caer en gracia a los superiores y a los poderosos. Pero, en el fondo, uno estima a esa persona. Aunque se sabe… a los superiores hay qué mimarles para llegar a obtener su protección y un buen puesto. Y también se sabe…que tu desgracia puede ser mi provecho y que si yo, que tengo una familia con tantas pretensiones, ocupo el puesto que te habían destinado, es mejor. Por otra parte, colega, tú sabes vivir más modestamente.

De este modo, robáis el puesto y la reputación. ¡Oh, hipócritas! Os convertís en verdaderos ladrones para satisfacer las exigencias, los caprichos del epicureismo familiar, de la vanidad social o femenina.

Del mismo modo os decís: ¿qué mal hay en cortejar a esa señora y en que ella se deje cortejar? Se trata sólo de hacer un poco menos monótona la vida. Luego volveremos a ser simplemente amigos. Son cosas sin consecuencias. No hay qué ser tan puritanos.

¡Oh, hipócritas! Sois adúlteros. Y a veces ante los ojos de vuestros mismos hijos que, aunque parece que no ven, lo ven todo y por eso. Les escandalizáis y les obligáis a juzgaros.

¿Qué mal hay en emanciparse de los padres y del marido, en ser independientes y vivir la propia vida como a uno más le agrada?¿Qué mal hay en hacer que el matrimonio, en lugar de ser una misión de procreación y de crianza de los hijos, se convierta en una circunstancia provechosa por la cual el marido tiene a una enfermera y una criada en la mujer o ésta tiene en el marido a quien se afana para satisfacer sus necesidades y aun sus caprichos? Es conveniente no tener hijos o, al menos, tener pocos. Significan preocupaciones, gastos, motivo de rencores entre los padres A o B, o entre los mismos hijos precedentes. Por lo tanto, nada de hijos después de ese único hijo –o, a lo más, dos- que no se sabe cómo, se han obstinado en nacer. Y, una vez que hayan venido al mundo, nada de consumirse por ellos. Para eso están las nodrizas, las niñeras, las institutrices, el colegio. Esto es lo que decís.

¡Oh, hipócritas! Asesinos. Suprimís vidas y almas. Porque debéis saber que, por más excelente que sea un colegio y por más perfecta que pueda ser una institutriz, no equivaldrán jamás a la madre, al padre, a la

familia. ¿Cómo pueden amaros tales hijos con ese amor grande que sigue manteniéndoles unidos a vuestras entrañas como si estuvieran enraizados en vosotras, si han sido hijos de todos menos que vuestro? ¿Cómo pueden comprenderos esos hijos si para ellos sois como extraños y así ellos para vosotros? ¿Qué sociedad puede ser la de esos pueblos en que la primera forma social, que es la familia, es algo árido, muerto, dividido? ¿Si es una anarquía en la que uno piensa en sí mismo o. peor aún, quizás piense en dañar a los demás?

¿Y qué creéis que significan en vuestra billetera esas monedas que ahorráis negándole a un hijo el venir al mundo? Son una carcoma que destruye la sustancia, porque lo que no gastáis por un hijo, lo gastáis tres veces más en diversiones y lujos inútiles y nocivos. Entonces, ¿por qué os casáis si no queréis tener hijos? ¿A qué reducís el tálamo? Callo la respuesta por respeto a mi "portavoz". Contestaos vosotros mismos, ¡oh indignos!

Por cierto son menudencias si se compara con los delitos de los grandes pecadores. Pero son muchas y provocan la avalancha. Esa avalancha que os sumerge.

Ya lo he dicho. Si los grandes pecadores hubieran tenido frente a sí –notad que no digo contra, digo *de frente*- un pueblo moralmente sano, cristianamente sano, sólidamente unido en la obediencia a la ley de Dios y también a la moral humana, *no habría podido llegar a cometer sus delitos. Su satanismo se habría quebrado como una espada de vidrio contra un bloque de granito, se habría pulverizado.* Y Dios os habría bendecido y protegido.

En cambio, *vosotros habéis admirado a los delincuentes mayores, en los que veíais ese delinquir perfecto que no podíais alcanzar, esa amoralidad perfecta que os gustaba porque justificaba la vuestra.* Decíais: "Si él, al que admiramos, hace así, puedo hacerlo también yo". Decíais: "Si aun siendo un gran pecador, Dios le protege, también me protegerá a mí, que he pecado mucho menos".

¡Oh, necios! ¿Creéis de verdad que protejo a quien, para triunfar con cualquier medio, hasta llegando a convertir a un semejante en cómplice, "masacró al huésped y a la viuda y asesinó a los huérfanos"? (v. 6), ¿A quien traicionó la confianza ajena? ¿A quien mintió a pueblos enteros? ¿A quien no vaciló en llevar a la matanza a enteras naciones? Mas Yo veo y siento y noto. Y mi dolor es no poder intervenir porque, cuando intervengo, vosotros malográis mi intervención con vuestra maldad. En verdad, estáis tan envenenados, que convertís el bien en mal.

Ahora os hablo como si fuerais rectos de corazón: hablo a todos, también a los que no son rectos. Quiero invitaros una vez más.

¡Oh, pueblo mío!, ven al Señor. Yo, el Señor, no rechazaré al pueblo que viene a Mí y, si permanece junto Mí, proveeré a él "hasta que la justicia se traduzca en juicio, o sea, hasta que el tiempo llegue a su término y comience la eternidad" (v. 15). Abriré mis brazos para que sean escudo para quien cree en Mí y me invoca con el corazón contrito y confiado en mi misericordia y "le defenderé de quienes van a la caza del justo y condenan la sangre inocente" (v. 21). Poco es lo recto en la Tierra, mas por esa oquedad concederé aún mi gracia.

Pero volved a Mí; os lo suplica vuestro Dios. Desead volver a Mí. Libraos singularmente de vuestras culpas, de vuestra falta de fe, de la desobediencia moral, del vicio de siete partes, y luego Yo libraré a la colectividad de los flagelos>>.

27 de febrero de 1944

Dice Jesús:

<<Te he hecho ver y oír de nuevo mis padecimientos, mi congoja, mi grito al Padre.

Decís: "¿Por qué el Padre Eterno no nos escucha?". Ya mucho antes de no escucharos, no me escuchó a Mí en la hora de la expiación. Y Yo era inocente. Era inocente también en cuanto a esos compromisos con las culpas ajenas, que tanto os gustan.

Como todos los honestos, Yo no había desaprobado algo en mi corazón para aprobarlo después abiertamente, no había criticado públicamente y aplaudido en cambio en mi interior. No. Yo había tenido un

comportamiento, un juicio, una sola palabra, tanto fuera como dentro de Mí, y había enseñado este método a mis discípulos y, a través de ellos, a vosotros: "Sea vuestro lenguaje: sí, sí; no, no"[2]. Pues debéis saber que *también es una culpa el compromiso con la propia conciencia y con la ajena.* Yo no tenía ni siquiera esa culpa y me mataban también por no tenerla. Mi justicia me había llevado a hablar contra las culpas de los poderosos (desde el punto de vista humano) y había atraído hacia Mí la ira de éstos. Juan Bautista ya había pagado con su vida su rectitud[3]. Ahora, Yo perdía la mía por el mismo motivo, siempre desde el punto de vista humano.

El que me mataba no creía que Yo fuera el Hijo de Dios; a lo más, creía que era un profeta. No pensaba que Yo fuera el Mesías. Sólo los simples de corazón, los puros, los humildes, veían la verdad bajo la apariencia. Los poderosos no la veían. Estaban henchidos de soberbia *y la soberbia es humo que esconde la verdad, que corrompe el corazón.*

Mas, si no veían y no podían creer que el esperado Mesías era un pobre galileo –mientras ellos soñaban que había nacido en un palacio-; que era un ser dócil que predicaba renuncias -mientras ellos le veían como un conquistador de pueblos, a un restaurador de la potencia de Judas-, por otra parte juzgaban que Yo era un peligroso delator de sus malas acciones y, por eso, me mataban. Cumplían el Sacrificio esperado y decretado desde hacía muchos siglos, pero no sabían que estaban por realizar un hecho tan grande. Creían tan solo que hacían algo provechoso para ellos, para sus intereses. Y ese zorro astuto de Caifás dijo, para justificar el delito que preparaba a fin de quitar de en medio a El que temía por sus palabras sinceras y porque, si llegaba a ser rey, purificaría también el Templo de sus abusos: "Conviene que muera un solo hombre por el pueblo"[4].

Era un bien que sucediera así. Pero era un bien diferente del que creía Caifás. Era un bien más grande. Pero, para poder dároslo, conocí el rigor del Padre. Conocí su abandono. Tú oíste mi grito desolado: "Eloi, Eloi, lamma sabactani"[5]. Mas el Padre no intervino. Sin embargo, no por eso perdí la fe en Él, no dejé de ser resignado en el dolor. *Quedé unido al Cielo, aunque en ese momento el Cielo me rechazaba.*

Y antes que Yo, también el precursor había permanecido fiel a Dios y a la Verdad y no había perdido su fortaleza.

Por primera vez lo aprendió Herodes, ese indiscutible maestro en compromisos; Herodes que intentaba componérselas entre la admiración por el Profeta –al que tenía muy en cuenta pues, sabiéndole justo, le consultaba y escuchaba-, el rencor de su mujer –que odiaba al Bautista porque le recriminaba su lujuria-, y el temor a la ira del pueblo, que veneraba a su profeta. Después, incluso por las presiones de judíos influyentes que eran discípulos del Bautista, fue dejado en libertad con la intimación de alejarse y de estar callado. Es por eso que se lee[6] que Juan Bautista, tras haber dejado el vado del Jordán donde me había bautizado (casi al principio del Mar Muerto y, por lo tanto, más cercano a la morada de Herodes), había ido a Enón, situado casi en los confines de Samaria, donde permaneció hasta que le aprendieron por segunda vez porque no quiso callar en cuanto al vicio que reinaba en el palacio, y le tuvieron prisionero hasta la muerte.

Yo y el Bautista fuimos los héroes de la verdad y la rectitud; Herodes fue un campeón de fraudes y compromisos. Primero le sustrajo la mujer a su hermano e hizo compromiso con la propia conciencia con tal de saciar la carne. Después, sobre esta base de podredumbre, alzó sus castillos de variados delitos, de los que uno pasó a la historia por la degollación del Bautista.

Pensadlo bien: *la culpa es la raíz de la culpa. Una nace de la otra. Una nace de la otra. Y así crece la marea del mal. Dios no puede plegarse donde ve que se tiene apego por la culpa.* Y si duele que los inocentes sufran por una expiación general, en cambio *es justo que los que no saben arrancar de su corazón la culpa, sientan el abandono de Dios con todo ese veneno que muerde las vísceras y hace proferir alaridos de dolor*, así como Yo grité, a pesar de que no había gritado cuando me torturaban los azotes, las espinas, los clavos.

---

[2] Mateo 5, 37.
[3] Mateo 14, 1-12; Marcos 6, 14-29; Lucas 9, 7-9.
[4] Juan 11, 49-50; 18, 14.
[5] Mateo 27, 46; Marcos 15, 34.
[6] Juan 3, 23-24.

Y ahora y siempre os digo: "Estad unidos a Mí, Yo estaba solo para rezarle al Padre. Mas vosotros no estáis solos. El Salvador, el Hijo del Altísimo, está con vosotros. Rezadle al Padre junto conmigo, rezadle en mi nombre".

Y a ti, pequeño Juan, te digo que me ves así porque Yo grito de verdad por vosotros y hago mías vuestras torturas de hoy, para vencer la Justicia del Padre, que está tan ofendida, que se niega a inclinarse a la misericordia. El amor que siento por vosotros, la piedad que siento por vosotros, me producen el dolor de una mística crucifixión y por eso grito, grito en vuestro nombre, para persuadir al Padre, a fin de que ya no os deje abandonados por más tiempo.

Es la hora de Satanás. Mas vosotros, que sois mi corte en la Tierra; vosotras, las almas víctimas, vivid hasta el ápice vuestro sacrificio, vividlo hasta el tormento de la hora nona y seguid siendo fieles aún en el océano de la desolación de dicha hora y decid conmigo: "Dios mío, Dios mío", ¡Oh, almas que me imitáis haciéndoos salvadoras de los hermanos a través de vuestro sacrificio!, colmemos el Cielo con nuestras plegarias. Que el Padre sienta que su indignación se funde en piedad y que su Justicia se aplaque, una vez más>>.

28 de febrero de 1944

Mi amonestador interior me dice:

<<A las contemplaciones que tendrás y de las que te hablaré, llámalas: "*Los Evangelios de la Fe"* porque ellas ilustrarán tanto a ti como a los demás, la fuerza de la fe y de sus frutos y os confirmarán en la fe en Dios>>.

29 de febrero de 1944

Veo un recinto vasto y oscuro. Lo defino vasto porque, efectivamente, es un ambiente amplio y, además, tapiado. En realidad, se trata de un subterráneo en el que la luz se filtra apenas a través de dos tragaluces al nivel del suelo, que también sirven para la ventilación. Sin embargo no son suficientes si se tiene en cuenta la cantidad de gente que hay allí y la humedad que transpira de los muros –formados por bloques de piedra casi cuadrados, unidos con cal viva pero sin revoque alguno- y del suelo de tierra apisonada.

Sé que es la prisión Tulliana. Me lo dice el amonestador: La misma fuente me indica también que esa multitud apiñada en tan poco espacio está formada por cristianos que han sido prendidos por su fe y que ahora aguardan el martirio. Es tiempo de persecuciones y, más precisamente de una de las primeras persecuciones, pues oigo hablar de Pedro y Pablo y sé que a éstos les mataron bajo Nerón

No puede Ud. imaginar con qué nitidez, hasta en los detalles, "veo" esta cárcel y la gente que está allí. Podría escribir la fisonomía, el vestido, la edad de cada uno. Pero entonces no terminaría más. Por eso me limitaré a describir las cosas, los puntos y a los personajes que me han impresionado más.

Hay personas de todas las edades y condición social. Desde los ancianos, cuya vida sería piadoso dejar extinguir por muerte natural, hasta los niños de pocos años, que sería justo dejar que se entregaran liberalmente y con alegría a sus juegos inocentes, en lugar de languidecer en la malsana penumbra de esta prisión, como pobres flores que ya no volverán a ver las otras flores, las de la tierra.

Están los ricos, con sus ropas refinadas y los pobres, con sus pobres vestiduras. Y también el lenguaje es diferente en cuanto a pronunciación y estilo, según esté modulado por los labios instruidos de los patricios o por la boca de los plebeyos. Además, mezcladas al latín de Roma, se oyen palabras y dejos extranjeros: griegos, ibéricos, tracios, etc. Pero si la ropa y el lenguaje son diferentes, el espíritu, iluminado de caridad, es el mismo. Se aman sin distinción de raza ni de clase. Se aman y tratan de ayudarse recíprocamente.

Los más fuertes ceden los puestos más secos y cómodos –si cómodas pueden llamarse ciertas grandes piedras esparcidas aquí y allá para servir de asiento y de almohada- a los más débiles. Y les curan con sus propios vestidos, hasta quedar sin otro atuendo que una túnica, por pudor, mientras las togas y los mantos

sirven de colchón, de almohada y de cobija a los enfermos, que tiemblan de fiebre, o a los heridos por precedentes torturas. Los más sanos acuden amorosamente a los más enfermos, dándoles de beber en un rústico recipiente un poco de agua tomada de una tinaja; en esa misma agua empapa las tiras de tela arrancadas a sus vestidos para hacer vendas para los miembros dislocados o heridos y para las frentes que arden de fiebre.

Y cada tanto cantan. Es un canto suave, seguramente un salmo o más de uno, porque se alternan.

No oigo aquel hermoso canto que acompañó la sepultura de Inés. Éstos son salmos. Los reconozco.

Uno de ellos empieza así: "Amo, porque el Señor escucha la voz de mi plegaria" (S. 94).[7]

Otro dice: "Oh, Dios, Dios mío, por Ti velo desde el alba. Mi alma tiene sed de Ti y aún más la tiene mi carne. En una tierra desierta, intransitable y sin agua..." (S. 62)

En la semioscuridad, un niño gime. El canto cesa.

"¿Quién llora?" se oye preguntar.

"Es Cástulo" responden. "La fiebre y la quemadura no le dan tregua. Tiene sed y no puede beber porque el agua inflama sus labios abrasados por el fuego".

"Aquí hay una madre que ya no puede dar leche a su niñito", dice una imponente matrona de aspecto distinguido. "Traedme a Cástulo. La leche le quemará menos que el agua".

"Llevad a Cástulo, llevadle a Plautina", ordenan.

Se adelanta un hombre que, por su modo de vestir, juzgo que es un trabajador del pueblo o el servidor de una familia cristiana que comparte la suerte de sus amos. Es macizo, moreno, recio, tiene los cabellos casi rapados y lleva una corta túnica oscura ceñida en la cintura por una correa. Sobre los brazos extendidos lleva con precaución, como en angarillas, a un pobre niño de ocho años. Sus ropas, aunque ahora están manchadas y sucias de tierra, son suntuosas, hechas con lana blanca y fina, y adornadas en el cuello, las mangas y el ruedo con rica greca bordada. También el calzado es bello y suntuoso.

Plautina se sienta sobre una piedra: es el asiento que le cede una persona anciana. También Plautina está vestida completamente de lana blanca. No recuerdo exactamente qué nombre se daba a las prendas romanas, pero me parece que esta larga vestidura se llama clámide y el manto, palio; aunque no me fío de mi memoria. Lo que sé es que la que lleva Plautina es muy amplia y bella y envuelve con gracia su cuerpo, convirtiéndola en una espléndida estatua viviente.

Se sienta en la piedra junto al muro. Veo con nitidez las grandes piedras que sobresalen, sobre las que se destaca su rostro ligeramente cetrino, de grandes ojos negros, sus trenzas de un negro azabache y su cándido atavío.

Dirigiéndose al hombre piadoso que le lleva al pequeño mártir, dice: "Dámelo, Restituto, y que Dios te recompense". Al mismo tiempo, separa un poco las rodillas para acoger como en un lecho, al niño.

Cuando Restituto lo apoya, veo algo espantoso, que me horroriza. El rostro del pobre niño está completamente quemado. Puede que haya sido un hermoso niño. Ahora es un monstruo. Sólo tiene pocos cabellos en la parte posterior de la cabeza; en la parte anterior, se ve la epidermis desnuda, devorada por el fuego. No tiene frente ni mejillas ni nariz, tal como la vemos comúnmente; el rostro es sólo una tumefacción de un rojo vivo que las llamas, como un ácido, han corroído. En lugar de los ojos, tiene dos llagas de las que cuelan escasas lágrimas que, de seguro, atormentarán sus carnes abrasadas. En lugar de los labios, tiene otra llaga, cuya vista causa horror. Se diría que le han obligado a tener el rostro sobre la llama, pues ya debajo de la barbilla, no hay ninguna quemadura.

Plautina se abre la túnica y, mientras le habla con verdadero amor materno, exprime su túrgido seno colmo de leche y destila pocas gotas entre los labios del niño, que no puede sonreír pero le acaricia la mano para demostrarle su alivio. Luego, tras haber saciado su sed, hace caer otras gotas de leche sobre el pobre rostro para curarlo con ese bálsamo, que es la sangre de una madre convertida en alimento, que es el amor de una mujer que ya no tiene hijos por un niño que ya no tiene madre.

[7] En realidad parece ser el Salmo 116 (vulgata 114). La escritora agregó con lápiz las indicaciones de los salmos, que en el texto colocamos entre paréntesis.

El niño ya no se lamenta. Ha saciado su sed, se ha calmado su dolor y, acunado por la matrona, se adormece respirando afanosamente.

Por su postura y su expresión, Plautina parece la madre dolorosa. Mira al pobrecillo y de seguro ve en él a su criatura o a sus criaturas; las lágrimas ruedan por sus mejillas y echa la cabeza hacia atrás para impedir que caigan sobre las llagas del pequeño.

Reinicia el canto: "Esperaba impaciente al Señor y Él se inclinó hacia mí y escuchó mi clamor"[8].

"El Señor es mi pastor, nada me falta. En verdes pastos me hace reposar, me conduce a fuentes tranquilas" (S. 22).

Una voz desde el fondo del subterráneo dice: "Fabio ha expirado. Recemos". Y todos dicen el Pater y otra plegaria que comienza así:"Sea loado el Altísimo que tiene piedad de sus siervos y nos abre su Reino a nosotros, los indignos, sin pretender de nuestra debilidad más que paciencia y buena voluntad. Sea loado Cristo, que padeció la tortura por los que, en su misericordia, había comprendido que eran demasiado débiles para soportarla y en cambio no les pidió más que amor y fe. Sea loado el Espíritu, que dio sus llamas por martirio a los que no fueron llamados a sufrir el martirio y les hace santos de su Santidad. Así sea" (Maran ata) (no sé si lo escribo bien).

"¡Fabio es feliz!", exclama un anciano. "¡Ya ve a Cristo!".

"También nosotros le veremos, Félix, e iremos a Él con la doble corona de la fe y del martirio. Será como si hubiéramos nacido de nuevo, sin mancha alguna, porque los pecados de nuestra vida anterior ya habrían sido lavados en nuestra sangre, antes de serlo en la del Cordero. Mucho pecamos quienes por largos años fuimos paganos, y es una gracia enorme que nos sea concedido el jubileo del martirio, que nos hace nuevos, dignos del Reino".

"¡Paz a vosotros, oh hermanos míos!", truena una voz que me parece haber oído ya otra vez.

"¡Pablo! ¡Pablo! ¡Bendícenos!"

La muchedumbre se agita. Sólo Plautina permanece inmóvil con su piadoso peso en el regazo.

"Paz a vosotros", repite el apóstol. Y se adelanta hasta el centro del corredor de entrada. "Heme aquí, ante vosotros, junto con Diomedes y Valente, para traeros la Vida".

Muchos preguntan: "¿Y el Pontífice?".

"Os envía su saludo y su bendición. Por ahora está vivo y a salvo en las catacumbas. Los sepultureros le hacen buena guardia. Vendría aquí, pero Alejandro y Cayo Julio nos han advertido que los guardias le conocen demasiado bien. No siempre están de guardia Rufo y los demás cristianos. Por eso vengo yo, que soy menos conocido y que además, soy un ciudadano romano: ¿Qué nuevas me dais, hermanos?".

"Fabio ha muerto".

"Cástulo ha sufrido el primer martirio".

"Acaban de llevar a Sixta a la tortura".

"Se han llevado a Lino, a Urbano y a los hijos de éste, al Mamertino o al Circo, no lo sabemos".

Recemos por ellos: por los vivos y por los muertos. Que Cristo les dé a todo su Paz".

Entonces Pablo reza en el centro del subterráneo, con los brazos abiertos en cruz. A pesar de que es bajo y más bien feo, es un ser que impresiona. Está vestido como si él también fuera un servidor: lleva una túnica corta y oscura y una pequeña capa con capucha, que ha echado hacia atrás para rezar. A su espalda están los dos cristianos que acaban de nombrar, que van vestidos como él, pero son mucho más jóvenes.

Cuando termina la plegaria, Pablo pregunta: "¿Dónde está Cástulo?".

"En los brazos de Plautina, allá, en el fondo".

Pablo se abre paso entre la multitud y se acerca al grupo. Se inclina y observa. Bendice. Bendice al niño y a la matrona. Se diría que los gritos de saludo al apóstol han despertado al niño, pues alza una manita tratando de tocar a Pablo. Entonces, éste toma la pequeña mano entre las suyas y le habla: "¿Me oyes, Cástulo?".

[8] Salmo 49 (Vulgata 39), 2.

“Sí”, dice el niño moviendo los labios con dificultad.

“Sé fuerte, Cástulo. Jesús está contigo”.

“¡Oh! ¿Por qué me lo habéis dado? ¡Ahora ya no puedo recibirle!” exclama mientras una lágrima desciende para abrazar aún más las llagas.

“No llores, Cástulo. ¿Puedes tragar al menos una brizna? ¿Sí? ¿Puedes? Pues bien, te daré el Cuerpo del Señor. Luego iré junto a tu mamá y le diré que Cástulo es una flor del Cielo. ¿Qué quieres que le diga a tu mamá?”.

“Que soy feliz. Que he encontrado a una Mamá. Que me da su leche. Que ya lo ojos no me duelen. (¿No es cierto que no sea una mentira si lo digo para consolar a mamá?) Y que veo el Paraíso y su lugar y el mío, mejor que si mis ojos estuvieran vivos aún. Dile que el fuego no hace daño, cuando los ángeles están con nosotros y que no tema, ni por ella ni por mí. El Salvador nos dará fuerzas”

“¡Muy bien Cástulo! Le diré a tu mamá lo que me has dicho. ¡Oh, hermanos, Dios ayuda siempre! Ya lo veis. Éste es un niño. Está en la edad en que no puede soportarse ni siquiera el dolor más insignificante. Y, en cambio, le estáis viendo y oyendo. Está en paz. Está dispuesto a soportarlo todo, después de haber soportado ya tanto, con tal de ir a Él, a quien tanto ama y que, a su vez, le ama porque esa como los que amaba, es decir, un niño, y es un héroe de la Fe. ¡Oh, hermanos!, armaos de coraje con el ejemplo de estos pequeños. Acabo de regresar del cementerio, donde he dejado a Lucina, la hija de Fausto y Cecilia. Tenía tan sólo catorce años y sabéis bien cuánto la amaban sus padres y cuán débil era su salud. Y, sin embargo, tuvo una fuerza titánica ante los tiranos. Sabéis también que, con estos, me hago pasar por sepulturero para poder recoger cuantos más cuerpos me es posible y depositarlos en suelo consagrado. Es por eso que vivo entre tribunales y circos y veo, observo. Y me consuela pensar que también a mí, en mi hora -¡quiera Dios que esté cercana!- el Señor me sostendrá, como a los santos que nos precedieron. A Lucina la torturaron con mil torturas. La golpearon, la colgaron, la distendieron, la atenacearon[9]. Y se sanaba siempre, por obra de Dios. Y siempre resistía a todas las amenazas. La última tortura antes del suplicio, se la infligieron a su alma. Al ver que estaba entregada completamente al amor a Cristo, que había unido su misma existencia de virgen a Dios Nuestro Señor, el tirano quiso herirla precisamente en este amor. Y la condenó a entregarse a un hombre. Mas los que se le acercaron –uno, dos, diez- perecieron, así fueran diez, alcanzados por el rayo celeste. Entonces, viendo que de ninguna manera lograba quebrar y destruir su azucena, el tirano mandó que la sujetaran y suspendieran de modo tal que quedara como sentada y que luego la descolgaran precipitadamente sobre una cuña puntiaguda que le desgarró las vísceras. El bárbaro pensó que así la había despojado de la tan amada virginidad. Pero nunca como bajo ese baño de sangre, floreció su azucena en toda su belleza y surgió de las vísceras para que la recogiera el ángel de Dios. Ahora descansa en paz. ¡Ánimo, hermanos! Ayer la nutrí con el Pan celeste y con ese sabor fue al último martirio. Ahora, también a vosotros os daré ese Pan porque mañana es un día de fiesta sobrehumana para vosotros. El Circo os aguarda. Y no debéis temer. Las fieras, las serpientes, tendrán para vosotros apariencia celeste porque Dios os hará este milagro y las fauces y los anillos os parecerán abrazos amorosos; los rugidos y los silbidos, voces celestiales y, al igual que Cástulo, veréis el Paraíso que desciende para acogernos en su beatitud”.

Menos Plautina, todos los cristianos están de rodillas y cantan: “Como anhela la cierva los arroyos, así te anhela mi ser, Dios mío. Mi alma tiene sed de Dios, del Dios vivo y fuerte. ¿Cuándo podré ir a Ti, Señor? ¿Por qué estás triste, alma mía? Espera en Dios y aún podrás alabarle. De día, Dios envía su gracia y de noche recibe mi cántico de agradecimiento. La plegaria a Dios es mi vida. Diré a Dios: “Tú eres mi defensa” (S. 41). Venid, cantemos gozosos al Señor, aclamemos con gozo a Dios, nuestro Salvador. Presentémonos a Él con cantos de júbilo. Porque el Señor es el Dios grande. Venid, postrémonos y adoremos a el que nos creó. Porque Él es el Señor Dios nuestro y nosotros somos el pueblo que Él nutre, el rebaño que Él guía”. (S. 94).

Mientras cantan entran también los soldados romanos y carceleros, que montan la guardia para que no entren personas hostiles.

Pablo se prepara para el rito. Le dice a Cástulo: “Tú serás nuestro altar. ¿Puedes sostener el cáliz sobre tu pecho?”.

---

[9] **atenacear.** Arrancar con tenazas pedazos de carne a alguien, como suplicio

"Sí".

Extiende un lino sobre el cuerpecito del niño y sobre el lino apoya el cáliz y el pan.

Asisto a la Misa de los mártires que celebra Pablo y sirven los dos sacerdotes que le acompañan. Pero no se trata de una Misa como la de nuestros días. Me parece que hay pasajes que ahora no figuran y que le faltan otros que ahora existen Por ejemplo, no está la epístola y después de la bendición (cuando se dice: "Que os bendiga el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo") no hay nada más. Pero del Evangelio que leen es el de las Bienaventuranzas[10].

Veo que el lino palpita sobre el pecho de Cástulo que, por orden de Pablo, sostiene entre los dedos la base del cáliz para que no se caiga. Veo también que, cuando Pablo dice: "Esta consagración del Cuerpo…", el esbozo de una sonrisa ilumina el rostro llagado del pequeñuelo y luego la cabecita se abate inmediatamente con la pesadez de la muerte, cada vez más evidente.

Plautina tiene un estremecimiento, pero se domina. Pablo prosigue como si no notara nada. Pero cuando, tras haber partido la hostia, está a punto de inclinarse sobre el pequeño mártir para comulgarle en primer lugar con un minúsculo fragmento, Plautina dice: "Ha muerto" y Pablo se detiene un instante; luego le da a la matrona el trozo que había destinado al niño, cuyos dedos aprietan la base del cáliz en la última contracción, hasta el punto que tienen que destrabárselos para poder recuperar el cáliz y ofrecerlo a los demás.

Tras haber dado la comunión, la Misa termina. Pablo se quita las vestiduras y las pone junto con el lino, el cáliz y la píxide[11] con las hostias, en un bolso que lleva bajo el manto. Luego exclama: "Paz al mártir de Cristo. Paz a Cástulo santo".

Y todos responden: "¡Paz!".

"Ahora le quitaré de aquí. Dadme un manto para envolverle. Me lo llevaré sin esperar que caiga la noche. Luego, de noche, vendremos por Fabio. Pero a éste… le llevaré como si fuera un niño dormido, un niño que se ha dormido en el Señor".

Uno de los soldados le da una capa roja; depositan al pequeño mártir y le envuelven en ella. Pablo lo toma en brazos (a la izquierda como si fuera un padre que lleva a otro lado al hijito dormido, que apoya la cabeza en el hombro paterno.

"¡Que la paz sea con vosotros, hermanos, y acordaos de mí cuando estéis en el Reino". Sale mientras bendice.

Dice Jesús:

<<No se trata de Evangelio, pero quiero que sea considerado uno de los "evangelios de la fe" para vosotros, los que teméis.

También tenéis temor a las persecuciones. Ya no tenéis el temple de antes. Es verdad. Mas Yo soy siempre Yo, hijos míos. No debéis pensar que no pueda daros un corazón intrépido en la hora de la verdad. Sin mi ayuda, nadie habría podido permanecer impertérrito ante tremendos suplicios tampoco antes. Y, sin embargo, viejos y niños, adolescentes y madres, cónyuges y padres, supieron morir incitando a morir, como si fueran a una fiesta. Y era una fiesta. ¡La fiesta eterna!

Morían y su muerte era una brecha en el dique del paganismo. Como el agua que excava una y mil veces, lenta pero inexorablemente, aun las obras más poderosas del hombre, la sangre de los mártires, brotando de miles de heridas, fue disgregando la muralla pagana y, como infinitos regueros, se esparció en las milicias de César, en el palacio de César, en los circos y en las termas, entre los gladiadores y los bestiarios, entre los encargados de los baños públicos, entre los cultos y entre los plebeyos, por doquier, incesantemente, invenciblemente.

El suelo de Roma está impregnado de esta sangre y la ciudad surge, diría mejor que está consolidada, con la sangre y el polvo de mis mártires. Los pocos centenares de mártires que conocéis no son nada comparados con los miles y miles que aún están sepultados en las vísceras de Roma y con otros millares que fueron

[10] Mateo 5, 1-12; Lucas 6, 20-23.

[11] Píxide: Copón o caja pequeña en que se guarda el Santísimo Sacramento o se lleva a los enfermos.

quemados en las hogueras de los circos y se convirtieron en ceniza dispersada en el viento, o que fueron despedazados y devorados por las fieras y los reptiles y se convirtieron en excrementos barridos y arrojados como abono en la tierra.

Mas si vosotros no conocéis a estos heroicos desconocidos míos, Yo les conozco a todos, y su aniquilamiento total, hasta del esqueleto, fecundó, más que cualquier otro abono, el terreno salvaje del mundo pagano y lo convirtió en terreno fértil para albergar la Semilla celeste.

Ahora el suelo del mundo cristiano está volviéndose pagano y de él brota veneno en lugar de pan. Por eso tenéis miedo. Os habéis alejado demasiado de Dios y por eso ya no vive en vosotros la antigua fortaleza.

Las virtudes teologales están muriendo también donde aún no habían muerto. Y de las cardinales ni siquiera os acordáis. Si no tenéis caridad, es lógico que no podáis amar a Dios hasta el heroísmo. Y si no le amáis, no esperáis en Él, no tenéis fe en Él. Si no tenéis fe, esperanza y caridad, no seréis fuertes, prudentes, justos. Si no sois fuertes, no sois temperantes. Y si no sois temperantes, amáis la carne más que al alma y tembláis por vuestra carne.

Mas aún sé hacer el milagro. Debéis saber que en todas las persecuciones los mártires logran ser tales gracias a mi ayuda. Hablo de los mártires, es decir, de los que aún me aman y cuyo amor, después, elevo a la perfección y así les convierto en atletas de la fe. Yo auxilio al que espera y cree en Mí. Al que cree y espera siempre, en cualquier situación.

El pequeño mártir que queda aferrado al cáliz con sus manitas aun después de la muerte, os enseña dónde está la fuerza. La fuerza está en la Eucaristía. Según la sentencia de Pablo[12], cuando uno se nutre de Mí ya no vive por sí, en él vive Jesús. Vive Jesús, que supo soportar todos los tormentos sin ceder. Por eso, el que vive de Mí será como Yo: fuerte.

Tened fe>>.

1° de marzo de 1944

Hacia las 17, Jesús me dice:

<<No tenía la intención de evocarte esta visión esta tarde. Tenía la intención de hacerte vivir otro episodio de los "evangelios de la fe". Pero alguien, que merece ser contentado, ha expresado un deseo. Y Yo le contento. Nota, observa, describe, a pesar de tus dolores. Tus dolores me los ofreces a Mí y la descripción a los hermanos>>.

Y, por lo tanto escribo a pesar de mis dolores, que son tan fuertes que me parece tener la cabeza estrechada por una mordaza que parte de la nuca y sube hasta la frente y desciende hacia la espina dorsal: es un dolor tan terrible que he pensado que estaba por venirme un meningitis y luego me he desmayado. También en este momento el dolor es muy fuerte, pero Jesús permite que logre escribir para obedecerle. Después… que sea lo que tiene qué ser.

Mientras tanto, le aseguro que voy de sorpresa en sorpresa por que, ante todo, me veo frente a africanos-árabes por lo menos mientras que, al no tener la mínima noción de su condición social y física y de su martirio, siempre he creído que estos santos eran europeos. De Inés conocía la vida y la muerte, ¡pero de éstos, nada! Era como si leyera una narración desconocida.

Lo primero que he visto, antes de desmayarme, ha sido un anfiteatro más o menos como el Coliseo (aunque no tan deteriorado), en ese momento completamente vacío, a excepción de una bellísima joven morena: está allí en el medio, suspendida en el aire, mientras de su cuerpo moreno y del ropaje oscuro que lo cubre se desprende una luz beatífica que le da una apariencia radiante. Parece el ángel de ese lugar. Me mira y sonríe. Después me desmayo y ya no veo nada más.

Ahora la visión se completa. Me encuentro en un edificio que, por la ausencia de cualquier comodidad y por su aspecto severo, me parece una fortaleza destinada a prisión. No es el subterráneo de la cárcel Tulliana que vi ayer. Aquí hay celdas y pasillos sobre el nivel del suelo, pero son tan escasos el espacio y la luz y hay

[12] Gálatas 2, 20.

tantas rejas y puertas atrancadas llenas de cerrojos, que el beneficio de su mejor posición respecto a la de ayer, queda anulado por su rigor, que elimina aun la más pequeña idea de libertad.

En uno de estos tugurios, está la joven morena que he visto en el anfiteatro; está sentada en un jergón que le sirve de lecho, asiento y paz. Tiene en su regazo a un niñito de pocos meses, al que está amamantando. Le mece, le mima con infinito amor. El pequeñuelo juega con su joven madre y frota su carita tan cetrina contra el moreno seno materno; se prende y se desprende de éste con avidez y con súbitas risitas rebosantes de leche.

La joven es muy hermosa. Tiene un rostro regular, más bien redondo, bellísimos ojos grandes, negros y aterciopelados, boca carnosa y pequeña en la que resaltan los dientes blanquísimos y parejos; los cabellos son negros y algo rizados y están sujetos en trenzas estrechas que lleva envueltas alrededor de la cabeza. Su tez es morena, olivácea, aunque no lo es excesivamente. También entre nosotros, en Italia y sobre todo en el sur, se nota esta tonalidad, sólo un poco más clara. Cuando se levanta para pasear al niño por la celda a fin de hacerle dormir, noto que es alta y que su cuerpo es atractivo y escultural, pues no tiene formas excesivas pero está bien modelado. Por su parte lleno de dignidad parece una reina. Lleva ropas simples y casi tan oscuras como su piel, que se deslizan en muelles pliegues a lo largo de su hermoso cuerpo.

Entra un viejo; también él es moreno. El carcelero abre la pesada puerta y le hace entrar. Luego se retira. La joven se vuelve y sonríe. El anciano la mira y llora. Por algunos instantes permanecen así.

Luego estalla todo el dolor del anciano. Suplica acongojado a la hija que tenga piedad de su sufrimiento. Le dice: "No te di la vida para esto. Te amé entre todos mis hijos como luz y alegría de mi casa. Y ahora quieres perderte y perder a tu pobre padre, que siente la muerte en el corazón por el dolor que le das. Hace meses que te suplico, hija mía. Te has obstinado en resistir y tú, que naciste en la holgura, has conocido la cárcel. Doblegué mi espalda ante los poderosos y logré que, si bien como prisionera, pudieras están aún en tu casa. Le había prometido al juez que conseguiría plegarte con mi autoridad paterna. Ahora él se burla de mí porque ve que de esta autoridad no te importó nada. No es esto lo que tendría que enseñarte la doctrina que, según tu opinión, es perfecta. ¿Qué Dios es el que sigues, si te inculca que no respetes a quien te dio la vida y que no le ames, pues si me amaras no me darías este enorme dolor? Gracias a tu obstinación, que ni siquiera la piedad de ese pobre inocente logró vencer, te arrebataron de tu casa y te encerraron en esta prisión. Pero ahora ya no se habla de prisión, se habla de muerte. Es atroz. ¿Morir por qué causa? ¿Morir por quién? ¿Por quién quieres morir? ¿Necesita tu Dios tu sacrificio, nuestro sacrificio, el mío y el de tu criatura, que quedará sin madre? ¿Para lograr su triunfo tiene necesidad de tu sangre y de mi llanto? Pero, ¿cómo es posible? El animal feroz ama a sus cachorros y los ama tanto cuanto más los ha amamantado. Yo tenía esta esperanza y por eso obtuve que te permitieran nutrir a tu niño. Pero no cambias: tras haberle nutrido, tras haberle abrigado, tras haber hecho de ti almohada para su sueño, ahora le rechazas, le abandonas sin añoranzas. No te suplico por mí. Te suplico en su nombre. No tienes el derecho de dejarle huérfano. Tampoco tu Dios tiene ese derecho. ¿Cómo puedo creer que es más bueno que nuestros dioses, si pretende sacrificios tan crueles? Tú haces que no le ame, que le maldiga cada vez más. ¡Pero no, no! ¿Qué estoy diciendo? ¡Perdóname, Perpetua! Perdona a tu anciano padre, al que el dolor le hace perder la razón. ¿Quieres que ame a tu Dios? Le amaré más que a mí mismo, pero quédate con nosotros. Dile al juez que obedecerás. Luego amarás al que quieras entre los dioses terrenos. Luego harás de tu padre lo que quieras. No te llamaré hija, no seré más tu padre. Seré tu siervo, tu esclavo, tú serás mi ama. Señora mía, ordena y te obedeceré. Pero ten piedad, piedad. Sálvate mientras puedas hacerlo. Ya no se puede aguantar más. Sabes que tu compañera ya ha dado a luz a su criatura y que ahora nada puede detener la sentencia. Te arrebatarán a tu hijo, no le volverás a ver. Puede ocurrir mañana, quizá hoy mismo. ¡Ten piedad, hija! ¡Ten piedad de mí y de él, que aún no sabe hablar pero que ya ves cómo te mira y sonríe! ¡Ves cómo invoca tu amor! ¡Oh, señora mía, luz y reina de mi corazón, luz y alegría de tu hijo, piedad, piedad!"

El anciano está de rodillas y besa la orla del vestido de su hija, le abraza las rodillas, intenta cogerle la mano que ella tiene apoyada en el corazón para reprimir su congoja. Pero nada la doblega.

Responde: "Permanezco fiel a mi Señor propio por el amor que siento por ti y por él. Ninguna gloria terrena otorgará a tu cabeza blanca y a este inocente tanta dignidad como mi muerte. Vosotros alcanzaréis la Fe. ¿Y, entonces, qué diríais de mí si, por la vileza de un momento, hubiera renunciado a la Fe? Para triunfar,

mi Dios no tiene necesidad de mi sangre ni de tus lágrimas. Pero, en cambio, tú tienes necesidad de la sangre y el llanto para alcanzar la Vida. Y también este inocente los necesita para permanecer en ella. Por la vida que me diste y por el júbilo que mi hijo me ha dado, obtengo de vosotros la Vida verdadera, eterna, bienaventurada. No, mi Dios no enseña el desamor hacia los padres y hacia los hijos. Enseña el amor verdadero. Padre, en este momento el dolor te hace delirar. Pero luego la luz se hará en ti y me bendecirás. Desde el Cielo, yo te la enviaré. En cuanto a este inocente, no es que lo ame menos ahora que he dado mi sangre para nutrirle. Si la crueldad no se hubiera ensañado con nosotros, los cristianos, habría sido para él una madre amantísima y él habría sido la finalidad de mi vida. Pero Dios es más grande que la carne que ha nacido de mí y el amor que hay qué consagrarle es infinitamente mayor. Ni siquiera en nombre de la maternidad puedo posponer el amor hacia Él por el amor de una criatura. No eres el esclavo de tu hija. Sigo siendo, siempre, tu hija, que te obedece en todo menos en esto: en renunciar por ti al verdadero Dios. Deja que se cumpla la voluntad humana. Y, si me amas, sígueme en la Fe. En ella encontrarás a tu hija, y será para siempre, porque la verdadera Fe concede el Paraíso y mi Pastor santo ya me ha dado la bienvenida en su Reino.

Aquí cambia la visión, porque veo entrar en la celda a otros personajes: son tres hombres y una mujer muy joven. Se besan y abrazan recíprocamente. También entran los carceleros para llevarse al hijo de Perpetua. Ésta vacila como si hubiera recibido un golpe. Pero reacciona.

Su compañera la consuela; le dice: "Yo también he perdido a mi criatura. Pero no está perdida. Dios ha sido bueno conmigo. Me ha concedido que la engendrase para Él y su bautismo se engalana con mi sangre como con piedras preciosas. Era una niña… hermosa como una flor. También tu niño es hermoso, Perpetua. Pero para hacerles vivir en Cristo, estas flores necesitan nuestra sangre. De este modo, les daremos doblemente la vida".

Perpetua coge al pequeñuelo, que había acostado en el jergón y que ahora duerme contento y saciado, y se lo da al padre, tras haberle besado levemente para no despertarle. Luego le bendice, baña sus dedos en las lágrimas que brotan de sus ojos y traza una cruz sobre la frente y otra sobre las manitas, sobre los piecitos, sobre el pecho. Hace todo esto con tal dulzura, que el niño sonríe en el sueño como si recibiera una caricia.

Luego los condenados salen, los soldados les rodean y les acompañan a una oscura cávea del anfiteatro a la espera del martirio. Transcurren las horas rezando y cantando himnos sacros y exhortándose recíprocamente al heroísmo.

Ahora me parece que también yo estoy en ese anfiteatro, que ya he visto antes. Está abarrotado de gente de piel oscura, aunque también hay muchos romanos. La multitud rumorea, sobre las gradas, se agita. A pesar del velo que han tenido de la parte en que da el sol, la luz es intensa.

Me parece que en la arena ya ha habido juegos crueles porque está manchada de sangre; hacen entrar en ella a los seis mártires, van en fila. La multitud silba e impreca. Perpetua está a la cabeza de los mártires, que avanzan cantando. Se detienen en el centro de la arena y uno de ellos se dirige a la multitud.

"Sería mejor que demostrarais vuestro coraje siguiéndonos en la Fe, en lugar de insultar a gente inerme que devuelve vuestro odio rezando por vosotros y amándoos. ¡Oh, embusteros que pretendéis ser civilizados y aguardáis que una mujer dé a luz para matarla luego tanto en el cuerpo como en el alma porque la separáis de su criatura! ¡Oh, crueles que mentís para matar, porque sabéis que ninguno de nosotros os hace daño y que menos que nadie os lo hará una madre, pues piensa sólo en su criatura! Las varas con que nos habéis azotado, la prisión, la tortura, el haber arrebatado los hijos a dos madres, no mudarán nuestro corazón; no lo cambiarán en cuanto al amor a Dios y tampoco en cuanto al amor al prójimo. Tres veces, siete veces, cien veces, daríamos la vida por nuestro Dios y por vosotros; la ofreceríamos para que llegarais a amarle. Por eso rezamos por vosotros mientras el Cielo ya se abre sobre nuestras cabezas: Padre nuestro que estás en los cielos…". Los seis santos mártires rezan de rodillas.

Se abre una puerta baja e irrumpen las fieras; creo que son toros o búfalos salvajes por lo impetuoso de su carera, que les hace asemejarse a bólidos. Embisten al grupo inerme como si fuera una catapulta adornada por puntiagudos cuernos. Levantan los cuerpos con sus cuernos, los arrojan por el aire como si fueran harapos, vuelven a estrellarlos contra el suelo, los pisotean. Como ebrios por la luz y el clamor, huyen y luego vuelven a embestir.

Con una cornada, un toro alza a Perpetua como si fuera una paja y la arroja a muchos metros de distancia. Pero, a pesar de estar herida, se levanta y su primer gesto es el de ajustarse las ropas, desgarradas a la altura del seno. Sosteniendo la túnica con la mano derecha, se arrastra hacia Felícitas, que está tendida cara al cielo, con el cuerpo desgarrado, y la cubre, la sostiene, haciendo escudo a la herida con su cuerpo. Las fieras vuelven a herir hasta que los seis agonizantes quedan tendidos en la arena. Entonces los bestiarios hacen volver a las fieras a sus cubiles y los gladiadores rematan la obra. Pero el que le toca a Perpetua no sabe matar; no se comprende si es por piedad o inexperiencia. La hiere, pero no en el punto justo. Con un hilo de voz y una sonrisa dulcísima, Perpetua le dice: "Ven aquí, hermano, a que te ayude". Luego apoya la punta de la espada contra la carótida derecha, dice: "¡Jesús, me encomiendo a Ti! Empuja, hermano, yo te bendigo" y vuelve la cabeza hacia la espada para ayudar al inexperto y turbado gladiador.

Dice Jesús:

<<Este es el martirio de mi mártir Perpetua, de su amiga Felícitas y de sus compañeros. Sólo era rea de ser cristiana, aunque aún era catecúmena. Mas, ¡cuán intrépido era su amor por Mí! Al martirio de la carne unió el del corazón, y así Felícitas. Si sabían amar a sus verdugos, ¿cómo habrán sabido amar a sus propios hijos?

Eran jóvenes y felices con el amor del esposo y de los padres, en el amor de su criatura. Mas hay qué amar a Dios por sobre todas las cosas. Y ellas le aman así. Se desgarran las entrañas al separarse de su pequeñuelo, mas la Fe no muere. Ellas creen, creen firmemente, en la otra vida. Saben que sólo la logrará quien fue fiel y vivió según la Ley de Dios.

El amor es ley en la ley, ya sea el amor a Dios o el amor al prójimo. ¿Qué amor puede ser más grande que el de dar la vida por quienes se ama, así como la dio el Salvador por la humanidad que amaba? Ellas ofrecen su vida porque me aman y para llevar a otros a amarme y a poseer, de este modo, la Vida eterna. Ellas quieren que alcancen la Vida de mi Reino los hijos, los padres, los esposos, los hermanos, y todos aquellos a quienes aman –por amor vinculado a la sangre o por amor vinculado al espíritu- y, entre ellos, también los verdugos, pues Yo he dicho: "Amad a quienes os persiguen"[13]. Y para guiarles a mi Reino, trazan con su sangre un signo que va de la tierra al Cielo, un signo que resplandece, un signo que llama.

¿Qué es sufrir? ¿Qué es morir? Es solo un instante fugaz. En cambio, la vida eterna no acaba. Ese instante de dolor no es nada respecto al futuro de gozo que las espera. ¿Qué son las fieras? ¿Qué son las espadas? ¡Son algo bendito, porque dan la Vida!

La única preocupación que las inquieta –pues el que es santo debe serlo en todo- es la de conservar la pudicia. En el momento del martirio, no se cuidan de la herida sino de las ropas desordenadas pues, aunque no son vírgenes, no por eso dejan de ser púdicas. *El verdadero cristianismo lleva siempre a la virginidad del espíritu.* Por eso esta sublime pureza se mantiene aún donde el matrimonio y la prole han quitado ese sello que hace ángeles a los vírgenes.

El cuerpo humano lavado por el Bautismo es el templo del Espíritu Santo. Por lo tanto, no debe ser violado con modas inverecundas[14] , con inverecundos usos. *Sobre todo de la mujer que no se respeta a sí misma, no puede descender sino una prole viciosa y una sociedad corrupta; de ella se aparta Dios y en ella Satanás ara y siembra sus tormentos, que os llevan a la desesperación*>>

2 de marzo de 1944

Dice Jesús:

<<Mis mártires poseyeron la Sabiduría. También la poseyeron mis confesores. Y, además, la poseen todos los que me aman y hacen de ese amor la razón de su vida.

[13] Mateo 5, 43-44; Lucas 6, 27.
[14] Inverecundo = que no tiene vergüenza

Esto no es evidente a los ojos del mundo. Por lo contrario, el ser justo parece debilidad, parece algo que ya no se usa, como si, a través de los siglos, hubiera mudado la relación entre Dios y los fieles.

No es así. Si he atenuado el rigor de la ley mosaica y os he dado recursos de incalculable potencia para ayudaros a practicar la Ley y alcanzar la Perfección, no ha mudado la obligación de respeto y observancia que debéis tener hacia el Señor Dios vuestro. Si Él se hizo Bueno hasta el punto de donarse a Sí mismo para haceros buenos, vosotros debéis serlo aún más y, por eso, no debéis decir: "Que se encargue Él de salvarnos; por nuestra parte, gocemos". Ésta no es sabiduría, es necedad y blasfemia. Ésta es la sabiduría del mundo, es decir, un saber reprobable, no es la Sabiduría divina.

Mis mártires fueron divinamente sabios. No se dijeron a sí mismos, como el impío: "Gocemos del presente porque no se repite y, con la muerte, terminan todos los placeres. Y, para gozar, hagamos de la prepotencia un derecho; usurpemos a los débiles y a los buenos lo que no es lícito usurpar y con el fruto de estas extorsiones llenemos la bolsa para llenar más tarde el vientre y saciar la concupiscencia de la carne y de la mente". No se dijeron, como el impío: "Ser justos es un sacrificio, ser justo agota. La vista del justo es un reproche para nosotros. Por lo tanto, quitémosle de en medio porque su justicia nos recuerda a Dios y nos reprocha nuestro modo bestial de vivir".

En cambio, mis mártires invirtieron la teoría del mundo y siguieron únicamente la de Dios. Debido a eso, el mundo les puso a prueba, les ultrajó, les atormentó, les mató, con la esperanza de turbar su virtud. Pero el mundo, en su necedad, no sabía que cada golpe que les daba para disgregar su alma, era como un golpe de mazo, que a ellos les hacía penetrar en Mí y a Mí en ellos con un amor que era una fusión perfecta, hasta el punto que, aun estando en la cárcel o en el circo, ya estaban en el Cielo y me veían tal como, tras el instante del dolor y de muerte, me verían por la bienaventurada eternidad.

No estaban muertos, ni destruidos, ni torturados, ni desesperados. Así como no dan muerte los sufrimientos del parto ni son destrucción, ni tortura, ni desesperación pues, al contrario, son vida que engendra vida, son un desbordamiento de la carne –que, de una, se convierten en dos-, son la satisfacción, la esperanza de ser madre y de recibir de la maternidad goces inefables que duran toda la vida, del mismo modo, ese dolor era para ellos esperanza, seguridad, vida, que les convertía en bienaventurados.

El mundo no podía comprender a estos locos santos, cuya locura era amar a Dios con toda la perfección de que era capaz la criatura humana, lo que significaba hacer de sí voluntarias estériles –pues las únicas bodas eran las celebradas conmigo, su Dios-, convertirse en eunucos que por un amor espiritual amputaban la propia sensualidad humana y vivían en castidad como los ángeles. El mundo no podía comprender a estos locos sublimes que, aun conociendo las dulzuras del tálamo y de la prole, sabían renunciar al uno y a la otra y volar hacia el tormento, tras haber lacerado voluntariamente su corazón al abandonar a los hijos y a los consortes, por el amor hacia Mí, su infinito amor.

Mas, de este modo, salvaron al mundo. Si, a pesar de tantos ejemplos y tantos baños de sangre purificadora, os habéis convertido en las fieras que sois hoy, ¿en qué os habríais convertido sin la santa y bendita generación de mis mártires? ¿Cuánto tiempo antes habría aumentado vuestra bestialidad? Mis mártires evitaron que os precipitarais a Satanás mucho antes del momento fomentado por vuestra lujuria. Aún hoy os invitan a deteneros, a retomar el camino que sube dejando de lado el sendero que precipita. Aún hoy os dicen palabras de salvación. Os las dicen con sus heridas, con sus reflexiones a los tiranos, con su caridad, con el cuidado de su pudicia y con su paciencia, su pureza, su fe, su constancia. Os explican que sólo una ciencia es necesaria, *la ciencia que surge de la eterna Sabiduría.*

Fueron aún más sabios que Salomón y prefirieron esta Sabiduría a todos los tronos y riquezas de la tierra. Y para obtenerla y conservarla, desafiaron persecuciones y tormentos; para no perderla, abrazaron la muerte. Amaron esta Sabiduría más que la salud y la belleza y quisieron que fuera su luz, porque su resplandor viene directamente de Dios, porque poseer esa luz significa anticiparle al alma la Luz beatífica del día eterno. La aprendieron con un corazón honesto, la comunicaron hasta a sus enemigos con la caridad. No temieron que se les privara de ella porque la participaban a las multitudes que no la poseían y Ella, que vivía en su interior, les recordaba que "*dar es recibir"*[15] y que, *cuanto más distribuían las aguas celestes que la Fuente divina*

[15] Lucas 6, 38; Hechos 20, 35.

volcaba en ellos, tanto más esas aguas aumentaban hasta colmarles como cálices de una Misa santa, que el Sacerdote eterno celebraba por el bien del mundo.

El rey sabio enumera las dotes de Sabiduría, cuyo espíritu es inteligente, santo, único, múltiple, sutil… pero mis mártires poseyeron todas esas cualidades. En ellos estaba lo que Salomón llama "soplo de la virtud de Dios y emanación de la gloria del Omnipotente"[16]. Por lo tanto, ellos reflejaban en sí a Dios como nadie en el mundo podía hacerlo; reflejaban a Dios en sus cualidades y a Mí, el Cristo Salvador, en mi holocausto.

¡Oh, cómo podrían ponerse en los labios de cada mártir las palabras de Salomón, que proclamaba que desde la juventud había amado y buscado la Sabiduría, que la había pretendido por esposa, que había querido que fuera su maestra y su riqueza[17]! ¡Y como podéis pensar, sin temor a equivocaros, que en sus labios floreció esa plegaria para obtener la Sabiduría, que ya había florecido en los labios de Salomón[18]!

Y, sobre todo, ¡oh, vosotros a quienes la avidez de la carne hizo retroceder a tinieblas paganas mucho más profundas de las que recibieron la Luz llevada por mis mártires!, cómo deberíais esforzaros en haceros amantes de la Sabiduría, deseosos de Ella, y en rezar para que os sea dada como guía en las empresas singulares y colectivas, de modo que no seáis más los que sois hoy, es decir, maniacos crueles que os torturáis recíprocamente y así perdéis sea la vida y las riquezas –dos cosas que os importan-, sea la salvación del espíritu que, en cambio, me importa a Mí, que perecí para salvar vuestro espíritu.

Por la Sabiduría "se enderezaron los caminos de los habitantes de la tierra y los hombres aprendieron lo que le agrada a Dios"[19]. Recordáoslo. Y recordad también que a Dios no le agrada ninguna otra cosa que vuestro bien. Por eso, si le conocéis y seguís este camino que a Él le agrada, haréis vuestro bien tanto en la Tierra como en el Cielo>>

3 de marzo de 1944

Dice Jesús:

<<Escribe solamente esto.

Días atrás dijiste que ibas a morir sin colmar tu deseo de conocer los Lugares Santos. En realidad, *tú los ves* como eran cuando Yo los santificaba con mi presencia. Ahora, después de veinte siglos de profanaciones, causadas por el odio o el amor, ya no son como eran. Por eso tienes qué pensar que *tú los ves* y quien va a Palestina no los ve. Por lo tanto, no te entristezcas.

En segundo lugar, te quejas de que los libros que hablan de Mí, hoy te parecen insulsos mientras antes los amabas tanto. También esto es una consecuencia de tu condición actual. ¿Cómo quieres que te parezcan perfectas las obras humanas, cuando conoces la verdad de las que hice Yo? Es lo mismo que pasa con las traducciones, aun con las buenas: mutilan siempre la fuerza de la frase original. Las descripciones humanas, ya sean de lugares o de hechos o de sentimientos, son "traducciones" y, por eso son obras incompletas, inexactas, si no lo son en las palabras o en los hechos, lo son en los sentimientos, especialmente ahora que el racionalismo lo ha empobrecido todo. Es por eso que para aquél a quien Yo llevo a ver y a conocer cualquier otra descripción es fría y le deja insatisfecho y disgustado.

En tercer lugar, hoy es viernes. Quiero que revivas "mi" sufrimiento. Hoy quiero esto de ti. Quiero que lo revivas en la mente y en la carne.

Basta. Ahora sufre en paz y en el amor. Te bendigo>>.

4 de marzo de 1944

9 de la mañana.

[16] Sabiduría 7, 22-30.
[17] Sabiduría 8.
[18] Sabiduría 9.
[19] Sabiduría 9, 18.

Jesús me dice:

<<Hoy hay que trabajar mucho para recuperar el tiempo, que no ha sido tiempo perdido, pero que ha sido empleado de otra manera, según mi voluntad.

Ya sabes desde la primera hora de este día, es decir, desde la una de la madrugada, en qué hecho tendré fija tu mente, porque el primero y único punto que se ha iluminado en ella ha demostrado dónde posarás los ojos del espíritu. Y ese desconocido nombre femenino, que resuena dentro de ti como si fuera una campana que repica y no se aplaca hasta que recibe respuesta, te ha dicho que conocerás también eso. Mas entre mi virgen y el Maestro, debes elegir al Maestro y anteponer mi episodio a aquél.

Te haré conocer a muchas criaturas celestes. Todas imparten su lección, que es útil para vosotros, que os habéis hecho conocedores de todo, lectores de todo, pero no de la ciencia para conquistar el Cielo.

Escribe>>.

Escribo, o mejor, describo.

Esta noche, entre sufrimientos enloquecedores le preguntaba a Jesús cómo había logrado soportar ese terrible dolor en su cabeza. Se lo preguntaba porque a mi me causaba un tormento tal que tenía que apretar los dientes para no gritar al mínimo rumor o movimiento del lecho; me parecía tener un corazón –que latía velozmente, estremecido por el dolo- por cada diente, por la lengua, los labios, la nariz, las orejas, los ojos. Me parecía tener en medio de la frente una maraña de clavos que me penetraban en el cráneo; una faja de fuego y de dolor, que apretaba como una mordaza, subía desde la nuca y se difundía. Me parecía que en el parietal derecho, cada tanto un objeto pesado me daba golpes que me clavaban dicha faja en la cabeza cada vez más y me aturdía completamente. Mientras padecía e interrogaba a Jesús y en mi tormento le contemplaba desde el Huerto al Calvario, de pronto, después de la tercera caída, se produjo una pausa de alivio físico y espiritual, pues se me apareció sano, hermoso, sonriente sobre las aguas encrespadas del Mar de Galilea.

Luego volvió al tormento hasta que, hacia las dos, cesó la contemplación de la Pasión del Señor, se calmó un poco el tremendo dolor de cabeza (no crea que disminuyó mucho, ¿eh?) y resonó dentro de mí un nombre: Santa Fenícula.

¿Quién es? Una desconocida ¿Existió realmente? ¡¿Quién sabe?! Nunca se ha oído hablar de ella. Trataba de dormir. ¡Ni por asomo! Seguía resonando ese nombre: Santa Fenícula, Santa Fenícula, Santa Fenícula.

Me he dicho: no hay caso, no podré dormir si antes no logro saber quién es. Y, gracias a que el dolor había disminuido (tras haberme abatido e inmovilizado desde las 15 hasta pasada la media noche con espasmos tan fuertes que ni siquiera podía abrir los ojos, como puede atestiguar Paola[20]) y ahora lograba moverme, cogí el índice de los santos y encontré, junto a S. Petronila virgen, S. Felícula virgen. En realidad, oí Fenícula, pero probablemente entendí mal.

Contemporáneamente, con este hallazgo, vi a una joven desnuda atada a una columna de modo atroz. Luego no vi nada más.

Y ahora con obediencia escribo sin postergaciones lo que el Maestro me hace ver, aunque la cabeza me da vueltas como si fuera una perinola.

El martirio de Santa Fenícula

Veo a dos mujeres, jóvenes, que están rezando una plegaria muy vehemente, que seguramente debe penetrar en el cielo. Una de ellas es más madura; tendrá casi treinta años, mientras la otra debe de haber pasado los veinte desde hace poco. Parece que ambas gozan de perfecta salud. Cuando terminan de rezar se levantan y preparan un pequeño altar sobre el que disponen flores y linos preciosos.

[20] Se trata de Paola Belfanti.

Entra un hombre, vestido como un antiguo romano, al que las dos jóvenes saludan con gran veneración. De la bolsa que guarda en su pecho extrae todo lo necesario para celebrar Misa. Luego viste los hábitos sacerdotales e inicia el Sacrificio.

No comprendo muy bien el Evangelio pero me parece que es el de Marcos: "Y le presentaron unos niños… el que no recibe el reino de Dios como un niño, no entrará en él"[21]. Las dos jóvenes, arrodilladas junto al altar, rezan cada vez con más fervor.

El Sacerdote consagra la Sagrada Forma y luego se vuelve para dar la Comunión a las dos fieles; comienza por la mayor; cuyo rostro refleja un seráfico ardor. Luego le da la Comunión a la otra. Tras haber recibido la Sagrada Forma, ambas quedan postradas en el suelo, sumidas en una profunda plegaria y, al parecer, permanecen así por pura devoción.

La celebración del ritual es igual que la de Pablo en el Tullianum, sólo que el celebrante habla más bajo porque aquí se trata de dos fieles únicamente y éste es el motivo por el que entiendo menos las palabras del Evangelio. Pero cuando el Sacerdote se vuelve para bendecir y baja del altar, que está colocado sobre una tarima de madera sólo una de las jóvenes se mueve; la otra permanece postrada. Su compañera la llama, la sacude. También el Sacerdote se inclina hacia ella. La levantan. La palidez de la muerte ya asoma en su rostro, los ojos están como apagados bajo los párpados, la boca respira con dificultad. Mas, ¡cuánta beatitud está reflejada en su rostro!

La depositan en una especie de largo asiento, colocado junto a una ventana que da al patio, donde canta una fuente. Tratan de auxiliarla. Pero ella, reuniendo las últimas fuerzas, alza una mano, señala el cielo y dice solamente dos palabras: "Gracias… Jesús", y luego expira serenamente.

Todo esto no me aclara qué tiene qué ver el hecho con la joven atada a la columna que he visto esta noche y que, aunque era mucho más pálida y delgada, y se le veía despeinada y torturada, me parece que se asemeja mucho a la superviviente que ahora llora junto a la muerta. Y me quedo así, en la incertidumbre, por algunas horas.

Sólo ahora que ya es de noche, vuelvo a encontrar a la joven que antes lloraba y que ahora está erguida junto a la fuente del austero patio, donde se han cultivado únicamente pequeños cuadros de azucenas y rosales, completamente en flor, que trepan por sus muros. La doncella habla con un joven romano: "Es inútil que insistas, Flaco. Agradezco tu respeto, y el recuerdo que conservas de mi amiga muerta. Pero no puedo consolar tu corazón. Si Petronila ha muerto, es señal de que no debía ser tu esposa. Y tampoco yo puedo serlo. Hay tantas jóvenes en Roma que estarían dichosas de llegar a ser las amas de tu casa. Yo, no; no puedo serlo. Y no por ti, sino porque he decidido no contraer nupcias".

"¿También tú eres víctima del necio frenesí de tantos secuaces de un puñado de hebreos?".

"He decidido no contraer nupcias, y no creo estar loca".

"¿Y si yo te quisiera?".

"Si es verdad que me amas y respetas, no creo que quieras forzar mi libertad de ciudadana romana; creo que me dejarás seguir mi deseo y que retribuirás la buena amistad que siento por ti".

"¡Ah, no! Ya se me ha escapado una. Tú no me escaparás".

"Ella ha muerto, Flaco. La muerte es una fuerza superior a nosotros, no es una fuga que decidimos para huir de nuestro destino. Ella no se ha matado. Ha muerto…"

"Ha muerto por culpa de vuestros sortilegios. Sé que sois cristianas y tendría qué haberos denunciado al Tribunal de Roma. Pero he preferido pensar en vosotras como en esposas mías. Ahora te lo pido por última vez: ¿Quieres ser la esposa del noble Flaco? Te juro que es mejor para ti entrar como ama a mi casa y abandonar el culto demoníaco de tu pobre dios, en lugar de conocer el rigor de Roma, que no permite que sus dioses sean insultados. Sé mi esposa y serás feliz. De lo contrario…".

"No puedo ser tu esposa. Estoy consagrada a Dios, a mi Dios. Yo, que adoro al verdadero Dios, no puedo adorar a los ídolos. Haz de mí lo que quieras. De mi cuerpo puedes hacer lo que quieras. Pero mi alma es de Dios y no la vendo por las dichas de tu casa".

[21] Marcos 10, 15; Lucas 18, 17.

"¿Es tu última palabra?".

"Es la última".

"¿Sabes que mi amor puede mudarse en odio?"

"Dios te lo perdone. Por mi parte, te amaré siempre como a un hermano y rezaré por tu bien".

"Y yo haré tu mal. Te denunciaré. Te torturarán. Entonces me llamarás. Entonces comprenderás que es mejor la casa de Flaco que las necias doctrinas de que te nutres".

"Comprenderé que el mundo necesita de estas doctrinas para no tener más a otros Flacos. Y haré tu bien rezando por ti desde el Reino de mi Dios".

"¡Maldita cristiana! ¡Irás a la cárcel! ¡Morirás de hambre! ¡Que te sacie tu Cristo, si puede!".

Me parece que la prisión está bastante cerca de la casa de la virgen porque el camino es breve, y que el noble Flaco es, ni más ni menos un sabueso del Cuestor de Roma, porque cuando la visión cambia de aspecto y le lleva a la sala que ya he visto, en la que está la joven atada a la columna, veo que es un tribunal como aquél en que fue juzgada Inés. Hay muy pocas diferencias, también aquí hay un feo individuo que juzga y condena, al que Flaco hace de ayudante e instigador.

Han sacada a Fenícula de la prisión en que se encontraba y ahora la llevan al centro de la sala. Se ve agotada, sin fuerzas, pero aún conserva tanta dignidad. Debido a su debilidad y también a que ya se ha acostumbrado a la oscuridad de la prisión, la luz la deslumbra; pero, por mucho que lo haga, no le impide estar erguida y sonreír.

Se oyen las consabidas preguntas y consabidas ofertas y luego las consabidas respuestas: "Soy cristiana. No hago sacrificios a ningún otro dios que no sea mi Señor Jesucristo".

La condenan a la columna.

Ante el pueblo, le desgarran las vestiduras y la atan de manos y pies, completamente desnuda, detrás de una de las columnas del Tribunal. Pero, para hacerlo, le dislocan la cadera y los brazos. Debe ser una tortura atroz. Y no se detienen allí: retuercen las sogas en las muñecas y los tobillos, la golpean con varas y flagelos en el pecho y en el vientre desnudo, le atormentan las carnes con tenazas, practican otros suplicios que no me detengo a escribir aquí.

Cada tanto le preguntan si quiere dedicar sacrificios a los dioses. Fenícula con voz cada vez más débil: "No, hago sacrificios a Cristo. Los hago solamente a Él. ¿Queréis que le pierda ahora que empiezo a verle y que cada tortura me le acerca más? Cumplid vuestra obra. Que se cumpla también mi amor: ¡dulces bodas en las que Cristo es el esposo y yo su esposa! ¡Que se cumpla el sueño de toda mi vida!"

Cuando la desatan, cae al suelo como muerta. Los miembros dislocados o, quizás, fracturados, ya no la sostienen, no responden a ninguna orden de la mente. Las pobres manos, que la soga ha ceñido fuertemente hasta formar dos brazaletes de sangre viva, penden como muertas. También los pies presentan los maléolos lacerados hasta el punto de descubrir los nervios y los tendones y, por el modo innatural con que están plegados, es evidente que los han fracturado. Pero el rostro refleja una felicidad angelical y total. Las lágrimas ruedan por las mejillas, pero los ojos ríen, absortos en una visión que los extasía.

Los carceleros, o mejor, los verdugos, le dan de puntapiés y a puntapiés la empujan hacia el estrado del Cuestor, como si fuera un saco tan inmundo que no se le puede tocar.

"¿Aún estás viva?".

"Sí, lo estoy por voluntad de mi Señor".

"¿Aún insistes? ¿De verdad quieres la muerte?".

"Quiero la Vida. ¡Oh, Jesús mío, ábreme el Cielo! ¡Ven, Amor eterno!".

"¡Arrojadla al Tíber! El agua calmará sus ardores".

Los verdugos la levantan de mal modo. La tortura que provocan los miembros destrozados debe ser atroz. Pero ella sonríe. La envuelven en sus vestidos, por cierto, no lo hacen por pudor sino para impedir que pueda sostenerse en el agua. ¡Es un cuidado inútil! Con los miembros en ese estado no se puede nadar. Sólo la cabeza queda fuera de la maraña de las ropas. Su pobre cuerpo, que un verdugo se ha echado sobre los

hombros, pende como si ya estuviera muerta. Pero a la luz de las antorchas, que han encendido porque ya ha caído la noche, se ve sonreír.

Cuando llegan al Tíber, la cogen y la arrojan a las aguas oscuras desde lo alto del puente, como si fuera un animal que deben suprimir; vuelve a flotar por dos veces y luego se hunde en las profundidades sin un grito.

Dice Jesús:

<<He querido hacerte conocer a mi mártir Fenícula para impartir algunas enseñanzas a ti y a todos.

En la muerte de Petronila, que era mucho mayor que Fenícula y fue su maestra y compañera, has comprobado el poder de la plegaria y el fruto de una santa amistad.

Petronila, hija espiritual de Pedro, había absorbido de la viva palabra de mi Apóstol, el espíritu de Fe. Petronila era el júbilo, la perla romana de Pedro. Era su primera conquista romana. Era la que, por la respetuosa y amorosa devoción al Apóstol, lo consoló de todos los dolores de su evangelización romana.

Por amor hacia Mí, Pedro había dejado su casa y a su familia. Pero El que no miente le había hecho encontrar consuelo, cuidados, dulzuras femeninas, en esta jovencita, y, según mis promesas, todo eso le había sido dado en medida exuberante, apretada, colma[22]. En casa de Petronila encontraba ayuda, hospitalidad y, sobre todo, amor, tal como a Mí me había sucedido en Betania. Para bien o para mal, la mujer es igual bajo todos los cielos y en todas las épocas. Petronila fue la María de Pedro, con el agregado de su pureza adolescente que el Bautismo, que recibió cuando aún la inocencia no había sido aún ultrajada, había levado a perfección angélica.

Escucha, María. Petronila quería amar al Maestro con todo su ser, sin que su hermosura y el mundo pudiera turbar ese amor; por eso, había rogado a Dios que la hiciera una crucificada. Y Dios se lo concedió. La parálisis crucificó sus miembros angelicales. En la larga invalidez florecieron aún con mayor belleza, en el terreno bañado por el dolor, las virtudes y, sobre todo, el amor hacia mi Madre.

Escucha también esto, María. Cuando fue necesario, su enfermedad tuvo una pausa, para demostrar que Dios es amo del milagro. Y luego, cuando ese momento terminó, volvió a crucificarla.

María, ¿conoces acaso a alguna otra a quien su Maestro, cuando es necesario, le dice –como Pedro a Petronila-: "Levántate, escribe, sé fuerte" y que, una vez que ha cesado la necesidad del Maestro, vuelve a ser una pobre enferma en perpetua agonía?

Cuando murió el Apóstol y Petronila sanó, ésta comprendió que su vida ya no le pertenecía, que pertenecía a Cristo. No era como las que, una vez que han obtenido el milagro, lo usan para ofender a Dios; por el contrario, empleó su salud en el interés de Dios.

Vuestra vida me pertenece siempre. Yo os la doy. Tendríais que recordarlo. Os la doy como vida animal, desde el momento que os hago nacer y os mantengo vivos. Os la doy como vida espiritual con la Gracia y los Sacramentos. Tendríais que recordarlo siempre y utilizar bien este privilegio. Y cuando os restituyo la salud, cuando casi os hago renacer tras una enfermedad mortal, aún más tendríais qué recordar que es mía esa vida vuelta a florecer cuando ya la carne olía a tumba. Y, por gratitud, tendríais que emplear dicha vida para el Bien.

Petronila supo hacerlo. No fue inútil que conociera mi Doctrina. Ella es como sal que protege de la maldad, de la corrupción; es llama que calienta e ilumina; es alimento que nutre y fortifica; es fe que da seguridad. Llega la prueba, el asedio de la tentación, la amenaza del mundo. Petronila ruega. Llama a Dios. Quiere pertenecer a Dios. ¿El mundo la pretende? Pues que Dios la defienda del mundo.

Cristo lo ha dicho: "Si tuvierais fe, aun tan pequeña como un grano de mostaza, podríais decir a este monte: 'Quítate y ve más allá'"[23]. Pedro se lo ha repetido muchas veces. Ella no le pide al monte que se mueva. Le pide a Dios que la quite del mundo ante de que la aplaste una prueba superior a sus fuerzas. Y

[22] Lucas 6, 38.
[23] Mateo 17, 20; Marcos 11, 23; Lucas 17, 6.

Dios la escucha. La hace morir en éxtasis. La hace morir en éxtasis, María, antes de que la prueba la aplaste. Recuérdalo, mi pequeña discípula.

Fenícula era su amiga o, más que amiga, era hijo o hermana, dada la escasa diferencia de edad, que era de menos de diez años. No se vive junto a un santo sin convertirse en santo. Como no se vive junto al depravado sin depravarse. ¡Si el mundo recordara esta verdad! Pero, en cambio, el mundo descuida a los santos o les tortura, y sigue a los demonios y, cada vez más, se convierte en demonio.

Has visto la firmeza y la dulzura de Fenícula. ¿Qué es el hambre para el que tiene por alimento a Cristo? ¿Qué es la tortura para quien ama al Mártir del Calvario? ¿Qué es la muerte para el que sabe que la muerte abre las puertas de la Vida?

Mi mártir Fenícula es muy desconocida para los cristianos de hoy. Pero, en cambio, la conocen muy bien los ángeles de Dios, que la ven risueña en el Cielo, detrás del divino Cordero. He querido que tú la conocieras para poder hablarte también de su maestra espiritual y para impulsarte al sufrimiento.

Repite con ella: "Ahora sí que, en medio de estos dolores, empiezo a ver a Jesús, mi esposo, en quien he depositado todo mi amor", y piensa que también para ti he hecho surgir a Nicomedes, para salvar de las aguas de la pasión a tu "yo" que quería para Mí y para recoger lo que merece ser conservado de ti, lo que es mío, lo que puede obrar el bien en el alma de los hermanos>>.

5 de marzo de 1944

Dice Jesús:

<< ¡Oh, vosotros, los cristianos del siglo veinte, que escucháis como si fueran fábulas las narraciones de mis mártires y os decís: "¡No puede ser verdad! ¿Cómo podría serlo? ¡Al fin de cuentas, también ellos eran hombres y mujeres! Es toda una leyenda", *debéis saber que no es una leyenda, sino que es historia*. Si creéis en las virtudes cívicas de los antiguos atenienses, espartanos, romanos, y sentís que vuestro espíritu se exalta por el heroísmo y la grandeza de los héroes civiles, ¿por qué no queréis creer en estas virtudes sobrenaturales y no sentís que vuestro espíritu se exalta y es impulsado a una selecta imitación al escuchar la narración de las grandezas y los heroísmos de mis héroes?

Decís que en resumidas cuentas, eran hombres y mujeres. Lo eran, por cierto. Eran hombres y mujeres. Decís una gran verdad pero os imponéis una gran condena. Eran hombres y mujeres y vosotros sois brutos. Sois seres degradados a nivel de animales guiados sólo por el instinto y emparentados con Satanás.

Eran hombres y mujeres. Habían vuelto a ser "hombres y mujeres" por medio de la Gracia, así como eran el Primero y la Primera en el Paraíso Terrestre.

"¿Acaso no se lee en el Génesis que Dios hizo al hombre dominador de todo lo que existía en la tierra, o sea, sobre todo excepto sobre Dios y sus angélicos ministros? ¿Acaso no se lee que hizo a la mujer para que fuera la compañera del hombre en el júbilo y en el dominio sobre todos los seres vivos? ¿Acaso no se lee que podían comer de todo menos del árbol de la ciencia del Bien y el Mal[24]? ¿Por qué? ¿Qué significado se esconde bajo la expresión "para que domine"? ¿Y cuál se oculta en el del árbol del Bien y el Mal? ¿Os lo habéis preguntado alguna vez, vosotros, los que preguntáis tantas cosas inútiles y no sabéis interrogar jamás a vuestra alma sobre las verdades celestiales?

Si estuviera viva, vuestra alma os diría. Os lo diría vuestra alma que, cuando vive en la Gracia, está sostenida como una flor en las manos de vuestro ángel; vuestra alma que, cuando vive en la Gracia, es como una flor besada por el sol y regada por el rocío, porque el espíritu santo le da calor y la ilumina, la riega y la adorna con luces celestiales.

¡Cuántas verdades os diría vuestra alma si supierais conversar con ella, si la amarais considerándola la que introduce en vosotros la semejanza con Dios, que es espíritu, como espíritu es vuestra alma! *¡Qué espléndida amiga tendríais, si amarais vuestra alma en lugar de odiarla hasta matarla!* ¡Qué grande y sublime amiga tendríais, para hablar con ella de cosas celestes, oh vosotros, los que tenéis avidez de palabras

[24] Génesis 1, 26-28; 2, 15-25; 3, 1-3.

y os arruináis recíprocamente con amistades que pueden no ser ignominiosas (aunque algunas veces lo son), pero que son casi siempre inútiles y se transforman en un vano o nocivo estruendo de palabras y más palabras, referidas totalmente a cosas terrenas!

¿No he dicho acaso: "El que me ama guardará mi Palabra y mi Padre le amará y vendremos a él y en él haremos morada"[25]? *El alma que vive en la Gracia posee el amor y, al poseer el amor, posee a Dios, o sea, al Padre, que la conserva; al Hijo, que la instruye; al Espíritu que la ilumina.* Por lo tanto, posee el conocimiento, la Ciencia, la Sabiduría. Posee la Luz.

Por eso, pensad qué conversaciones sublimes podría entablar con vosotros vuestra alma. Son las conversaciones que han poblado el silencio de las prisiones, el silencio de las celdas, el silencio de las ermitas, el silencio del aposento de los enfermos santos. Son las conversaciones que han consolado a los prisioneros que esperaban el martirio; a los que vivían en el claustro buscando la Verdad; a los ermitaños que anhelaban conocer anticipadamente a Dios; a los enfermos, que anhelaban la tolerancia –mas, ¿qué estoy diciendo?-, que anhelaban el amor de la cruz.

Si supierais interrogar a vuestra alma, ella os diría que el significado verdadero, exacto, vasto como toda la creación, de la expresión "que domine" es esta: "Para que el hombre domine *sobre todo, sobre sus tres estratos:* el estrato inferior, el animal; el estado central, el moral; el estado superior, el espiritual y para que dirija a los tres a un único fin: "Poseer a Dios"". Poseer a Dios mereciéndole por obra de este férreo dominio que tiene sujetas todas las fuerzas del *yo* y las convierte en servidores de este único fin: merece la posesión de Dios.

Vuestra alma os dirá también que Dios había prohibido conocer el Bien y el Mal *por que el Bien se lo había prodigado gratuitamente a sus criaturas y, en cuanto al Mal, no quería que lo conocierais,* porque es un fruto dulce al paladar pero, cuando su zumo desciende y llega a la sangre, despierta en ella una fiebre que produce sequedad, una fiebre que mata por lo que, cuanto más se bebe ese zumo engañoso, más acucia la sed.

Vosotros objetaréis: "Pues, ¿por qué ha puesto allí ese árbol?". ¡Por qué! *Porque el Mal es una fuerza que nace por sí sola, como ciertas enfermedades monstruosas en el cuerpo más sano.*

Lucifer era un ángel, era el más bello de todos. Era un espíritu perfecto, inferior solamente a Dios. Y, sin embargo, en su ser luminoso nació un vaho de soberbia, *que él no disipó; que, por el contrario, condensó al incubarlo. Y, de esta incubación, nació el Mal.* El Mal ya existía antes que el hombre. Dios había arrojado fuera del Paraíso a este maldito Incubador del Mal, a este truhán que enlodaba el Paraíso. Pero, aun así, siguió siendo el eterno incubador del Mal y, al no poder enlodar el Paraíso, enlodó la Tierra[26].

Esta simbólica planta representa la verdad. Dios había dicho al hombre y a la mujer: "Conocéis todas las leyes y los misterios de la creación. *Mas no pretendáis usurparme el derecho de ser el Creador del hombre.* Para propagar la estirpe humana será suficiente mi Amor, que circulará en vosotros y que, sin lujuria de los sentidos mas con el solo palpitar de la caridad, suscitará los nuevos Adanes de la estirpe. Os lo doy todo. *Reservo para Mí solamente el misterio de la formación del hombre"*

Satanás quiso quitarle al hombre esta virginidad intelectual y embelesó y acarició con su lengua serpentina los miembros y los ojos de Eva y suscitó en ellos agudezas y repercusiones que antes no tenían, porque la Malicia no los había envenenado. Eva *"vio". Y, habiendo visto, quiso probar. La carne se había despertado.*

¡Oh, si hubiera llamado a Dios! Si hubiera corrido hacia Él para decirle: "¡Padre! Estoy enferma. La serpiente me ha acariciado y todo mi ser está turbado" El Padre la habría purificado y sanado con su aliento puesto que, del mismo modo que le había infundido la vida, podía infundirle de nuevo la inocencia, quitándole el recuerdo del veneno y, aún más, originando en ella la repugnancia hacia la Serpiente, tal como sucede en quienes, tras haber padecido una enfermedad, sienten hacia esta una instintiva repugnancia cuando vuelven a estar sanos.

[25] Juan 14, 23.
[26] Isaías 14, 9-21.

Pero Eva no va al Padre. Eva vuelve a la Serpiente. La sensación que le suscitó es dulce para ella. "Como viese que el fruto del árbol era bueno para comer, apetecible a la vista y de aspecto excelente, lo cogió y comió de él"[27]

Y *"comprendió". La malicia ya había descendido a morderle las vísceras.* Vio con ojos nuevos, oyó con oídos nuevos, los gestos y las voces de los brutos. Y los deseó ardientemente, con insano deseo.

Comenzó sola a pecar. Y llevó a cabo totalmente el pecado con su compañero. *He aquí por qué sobre la mujer pesa una condena mayor*[28]. Por su culpa, el hombre se reveló a Dios y conoció la lujuria y la muerte. Por su culpa, ya no supo dominar sus tres reinos; el del *espíritu*, porque permitió que el espíritu desobedeciera a Dios; el *moral*, porque permitió que las pasiones le dominaran; el de la *carne*, porque la envileció sometiéndola a las leyes instintivas de los brutos.

"La Serpiente me ha seducido" dice Eva. "La mujer me ha ofrecido el fruto y lo he comido" dice Adán[29]. Y desde entonces, la triple concupiscencia ciñe opresivamente los tres reinos del hombre.

Sólo la Gracia consigue aflojar el apretón de este monstruo despiadado. Y hasta llega a estrangularlo y a que no se deba temer nada más, si es una Gracia viva, vivísima, mantenida cada vez más viva por voluntad del hijo fiel. Entonces, ya no habrá temor a los tiranos interiores, o sea, los de la carne y las pasiones; ni habrá temor a los tiranos exteriores, o sea, los del mundo y de los poderosos del mundo. Entonces, no habrá temor a las persecuciones, ni tampoco a la muerte.

Así lo dice el apóstol Pablo: "No temo ninguna de estas cosas ni me importa mi vida, con tal de cumplir mi misión y el ministerio que he recibido del Señor Jesús: dar testimonio del Evangelio de la Gracia de Dios"[30]

A mis mártires les importó cumplir su misión y el ministerio que recibieron de Mí, o sea, santificar el mundo y dar testimonio del Evangelio. No les preocupó ninguna otra cosa. Ellos habían vuelto a ser "hombres y mujeres", no ya brutos, debido a la Gracia que vivía en ellos y que ellos tutelaban con un cuidado que no tenían por la pupila de sus ojos y por la propia vida, que consumían con risueña prontitud, porque sabían que consumían corruptibles despojos y adquirían en cambio una vida incorruptible de infinito valor. Y vivían y obraban como hombres y mujeres hijos del Padre celestial.

Como dice Pablo, ellos "no codiciaron oro ni plata, ni vestidos de nadie"[31]; al contrario, *se dejaron despojar y se despojaron voluntariamente de toda riqueza, y hasta la vida,* "para seguirme" en la tierra y en el Cielo.

Y, como sigue diciendo el apóstol, "con sus manos proveyeron a sus necesidades y a las ajenas"[32], *dieron la vida a sí mismos y llevaron a la Vida también a los otros.*

"Trabajando socorrieron a los enfermos" *de esa tremenda enfermedad que es el vivir fuera de la verdadera Fe* y para este fin se prodigaron con todo su ser y lo dieron todo: afectos, sangre, vida, fatigas, con el recuerdo de mis palabras, las que te dije hace tres días. "Dar es recibir", "Dar es mejor que recibir"; esas palabras que hoy, cuando te he hecho abrir el Libro en el capítulo 20 de los Hechos, en el versículo 35, has leído con un estremecimiento porque te has acordado de que las habías oído hacía poco y, de prisa, has ido a buscarlas. Y cuando las has encontrado, has llorado, porque así has tenido una prueba de que quien habla soy Yo.

Sí, soy Yo. No temas. Tú ni siquiera sospechas de qué verdades te conviertes en cauce. Como la avecilla que, en la rama, canta feliz ese canto que Dios puso en su pequeña garganta desde hace miles de años, y no sabe por qué emite precisamente esas notas y no otras diferentes, y tampoco sabe que por medio de ellas dice su nombre y el nombre de su Creador, así también tú repites esa Palabra que resuena en ti y ni siquiera sabes cuán profundo es su significado.

---

[27] Génesis 3, 6.
[28] Génesis 3, 14-19.
[29] Génesis 3, 8-13.
[30] Hechos 20, 24.
[31] Hechos 20, 33.
[32] Hechos 20, 34.

Pero sigue siendo así: una niña. Amo tanto a los niños. Lo viste. Me has visto reír solamente con ellos. Para Mí eran mi alegría en cuanto a Hombre. La Madre y el Discípulo eran mi alegría de Hombre-Dios y de Maestro. El Padre era mi alegría de Dios. Pero los niños eran mi jubiloso alivio en la tierra tan amarga.

Sigue siendo así: una niña. Tu Salvador, a quien tantos hombres han abofeteado, necesita refrescar sus mejillas en las mejillas infantiles. Necesita apoyar su frente en cabecitas amorosas y sin malicia.

Pequeño Juan, ven junto a tu Jesús. Y quédate siempre así, sigue siendo una niña para Mí. El reino de los Cielos es de quien sabe conservar un alma de niño y acoger la Verdad con la confiada viveza de un niño. Soy Yo, no temas. Soy Yo quien te habla y te bendice. Ve en paz, pequeño Juan. Mañana te enviaré a Juan>>.

6 de marzo de 1944

Dice Juan:

<<Soy yo. No me temas tampoco a mí. Yo soy caridad. La he predicado tanto, la he absorbido tanto y, por eso, estoy tan fundido en Ella, que soy caridad que habla.

¡Oh, pequeña hermana!, nosotros podemos decirlo: "Nuestras manos tocaron la Palabra de vida porque la Vida se manifestó y nosotros la vimos y damos testimonio"[33].

Nosotros podemos decirlo; nosotros, los que repetimos las palabras que en su bondad, que supera toda otra bondad, nos dice nuestro amor Jesucristo y nos conduce por senderos floridos, en los que cada flor es una verdad y una bienaventuranza celestial.

Nosotros podemos decirlo; nosotros, los que estamos saturados, como una colmena fecunda, de la dulzura que fluye de los labios divinos, de esos labios santísimos que, tras haber partido el pan de la doctrina para las turbas de Galilea, de toda Palestina, supieron consagrar el Pan para convertirlo en Carne divina y partirse a Sí mismo para nutrir el espíritu del hombre. Son esos labios infinitamente inocentes que viste sangrar, contraerse, hacerse rígidos en la Pasión y en la Muerte que sufrió por nosotros.

Nosotros podemos decirlo: "Éste es el mensaje que hemos recibido de Él y que os anunciamos: Dios es Luz y en Él no hay tiniebla alguna"[34]. *Su luz está en nosotros porque su Palabra es Luz. Vivimos en la Luz y oímos su celestial armonía.*

Ven, pequeña hermana. Quiero hacerte oír la armonía de las esferas celestes, la armonía de la luz, pues el Paraíso es Luz. La luz desborda y se expande desde el Esplendor Trino e inunda de Sí todo el Paraíso. Vivimos en la Luz y de la Luz. Ella es nuestro gozo, nuestro alimento, nuestra voz.

Canta el Paraíso con palabras de luz. Es la luz, son los destellos de la luz, los que provocan estos acordes solemnes, potentes, suaves, que encierran gorjeos de niños, suspiros de vírgenes, besos de amantes, hosannas de adultos, gloria de serafines. No son cantos como los de la pobre Tierra, en los que hasta las cosas más espirituales tienen qué revestirse de formas humanas. Aquí es la armonía de destellos lo que produce el sonido. Es un arpegio de notas luminosas que sube y baja con variante centelleo, y es eterno y siempre nuevo, porque en este eterno Presente nada adquiere la pesadez de lo viejo.

Escucha esta indescriptible armonía y sé feliz. Une a ella tu estremecimiento de amor. Es lo único que puedes unirle sin profanar el Cielo. Aún eres un ser humano, hermana, y aquí la humanidad no puede entrar. Pero puede entrar el amor. El amor te precede. Precede tu espíritu. Canta con él. Cualquier otro canto sería como el zumbido de un insecto en el gran coro celestial. El amor es ya un suspiro armónico en el dulce canto.

Que la paz de nuestro amor Jesús sea contigo>>.

Padre no puedo describir la luminosidad canora que veo y oigo. Estoy embriagada por esta belleza, por esta dulzura.

[33] 1 Juan 1, 1-3.
[34] 1 Juan 1, 5.

Si, por acaso, una rosa inmensa, ilimitada hecha de una luz tal que la de todos los astros y planetas es apenas como una chispa del hogar, moviera el viento del amor sus pétalos y produjera sonidos, sería algo que podría asemejar a lo que oigo y veo y que es el Paraíso sumergido en la luz dorada de la Santísima Trinidad con sus habitantes, hechos de luz adamantina.

Basta, basta. Debo callar porque la palabra humana es una blasfemia cuando intenta describir la eterna Belleza de Dios y de su Reino.

7 de marzo de 1944

Por la noche.

¿A quién puedo decirle lo que sufro? A ningún habitante de esta tierra, porque no se trata de un sufrimiento terreno y, por lo tanto, no lo entendería.

Es un sufrimiento que es dulzura y una dulzura que es sufrimiento. Quisiera sufrir diez, cien veces más. Por nada del mundo quisiera dejar de padecer este sufrimiento. Pero eso no significa que yo no sufra como quien está aferrado por el cuello, o ceñido con una mordaza, o abrasado en un horno o traspasado hasta el corazón.

Si se me consintiera moverme, aislarme de todo, para poder desahogar con el movimiento y con el canto mi sentimiento –pues es un dolor que atañe al sentimiento-, sentiría alivio. Pero estoy como Jesús en la cruz. No se me permite ni movimiento ni aislamiento y tengo qué apretar los labios para que mi dulce agonía no dé pábulo a los curiosos.

¡No digo por decir que tengo que apretar los labios! En verdad, tengo que hacer un gran esfuerzo para dominar el impulso de exhalar un grito de júbilo y de dolor sobrenatural, que bulle dentro de mí y que sube con el ímpetu de una llama o de un surtidor.

Me atraen como un imán los ojos velados de dolor de Jesús: Ecce Homo. Erguido sobre las gradas del Pretorio, está frente a mí y me mira; lleva la corona en la cabeza, tiene las manos atadas sobre el blanco indumento de los locos, con el que han querido burlarse. Y así, en cambio, le han vestido con el candor digno del Inocente.

No habla. Pero todo en Él habla y me llama y pide. ¿Qué es lo que pide? Me pide que le ame. Eso lo sé y eso es lo que le ofrezco hasta sentirme morir, como si llevara una cuchilla clavada en el pecho. Pero me pide además algo que no entiendo. Es algo que quisiera entender. Ésta es mi tortura. Quisiera darle todo lo que puede desear, a costa de morir de dolor. Pero no lo consigo.

Su Rostro dolorido me atrae y me fascina. Cuando es el Maestro o cuando es Cristo Resucitado, es hermoso y verle me causa solamente júbilo. En cambio, este rostro me causa un amor profundo, que no es inferior al amor mismo de una madre por el hijo que sufre.

Sí, comprendo. El amor de compasión es la crucifixión de la criatura que sigue al Maestro hasta la tortura final. Es un amor despótico que nos impide cualquier otro pensamiento que no sea el de su dolor. Ya no pertenecemos a nosotros mismos. Vivimos para consolar su tortura y su tortura es nuestro tormento que nos mata, y no es sólo una metáfora. Y, sin embargo, cada una de las lágrimas que nos hace derramar ese dolor nos es más precioso que una perla, y cada dolor que nos parece semejante al suyo es más anhelado y amado que un tesoro.

Padre, me he esforzado por explicarle lo que siento. Pero es inútil. De todos los éxtasis a que Dios puede conducirme, el de su sufrimiento será siempre el que ha de llevar mi alma a mi séptimo cielo. Creo que la muerte más bella es morir de amor mirando a mi Jesús doliente.

12-15 de marzo de 1944

El día 12 no hay dictado. El 13 no quise escribir. Y Ud. sabe el motivo.

El 14, aunque estoy malhumorada, cedo porque… porque si le dejo hablar sin fijar sus pensamientos, siento que me falta el aire y la vida. Pero aún estoy enfadada, seguramente. Y si no fuera porque hoy es mi cumpleaños[1] y porque sus palabras son el regalo más bello para la pobre María, no cedería todavía, para ver si de este modo me hace la gracia que pido para todos.

Desde ayer por la noche Jesús va repitiendo (y ya lo decía cuando Ud. vino):

<< ¿No has comprendido que he permitido que conocieras la angustia de María para que sea guía y consuelo para ti en esta hora?

Envolví la pasión de mi Madre en un velo, porque es algo tan santo que no puede echarse a los puercos[2]. Y concedió las palabras de mi Madre en esa hora tremenda, inferior únicamente a la mía del Getsemaní, sólo para el Padre[3], para que tuviera una guía al juzgar y absolver las almas que el dolor hace delirar; sólo para ti, para que supieras en tu sufrimiento que la Madre te comprende porque sufrió y para que aprendieras cómo se reza mientras arde en el corazón una hoguera de dolor y cómo se doma el sentimiento que surge contra una voluntad de la que no se conocen los fines, postrándolo bajo la persuasión del espíritu de la bondad de Dios, o sea, bajo la persuasión que el espíritu inculca a la razón y al sentimiento, que impone como un yugo a estos dos rebeldes, para su bien. Y concedí las palabras de mi Madre sólo para otras pocas almas queridas y benditas, de este "pequeño rebaño" mío.

¡Y no has entendido! Si no te conociera como tú misma no te conoces, tendría que ser severo contigo. En cambio, te acaricio y no te dejo ir, ¡oh, pobre ovejita mía envuelta en las espinas! Mira: te las quito una por una, las desenredo entre tus vellones, me pincho Yo para impedir que te pinchen a ti.

Aunque no quieres mirarme, estoy aquí. Y ya veremos quién gana>>

Después, esta mañana, tras una noche de agonía que me muestra por la mañana con un aspecto poco diferente del de la niña de Jairo, Él dice:

<< ¿Ves que no puedes estar sin Mí? ¿Ves que no puedes estar sin tu Misa, cuyo Evangelio es cantado y comentado por tu Jesús, cuya bendición es dada por tu Jesús?

¡Oh, pobre, pobre María, que te encuentras tan mal en la tierra! Es imprescindible que te traiga a Mí. No eres apta para los choques brutales del mundo. Pero aún tengo necesidad de ti. Piensa en la Madre. Tuvo que quedarse aún por algún tiempo para servir a Jesús. ¿No quieres quedarte para servir a Jesús? ¡Vamos, vamos! Tus reproches son aún amor y fe, *porque piensas que Jesús lo puede todo y que tu amor y tu fe total tienen qué obrar el milagro.*

También Marta y María en Betania, me reprocharon que no hubiera apresurado el regreso, que me hubiera alejado mientras Lázaro estaba muriendo[4]. Mas Yo las amé también por esto, porque en ese reproche había amor y fe: "Si Tú hubieras estado aquí, nuestro hermano no habría muerto", dijeron las dos hermanas. Y en ese reproche era evidente su convicción de que Yo podía obrar el milagro, como era evidente su gran amor en esa confianza por la que osaban hacerme un reproche a Mí.

¡Que haya paz, paz, alma mía! ¡Que haya paz entre Yo y tú! Y a quienes podrían comentar de modo irreverente las palabras de la Madre, diles en mi Nombre que *en esa hora, Ella era la Mujer. Diles que era la Mujer que reunía en sí todos los dolores de la mujer –esos dolores provocados en la mujer por culpa de la primera de ellas- y que debía expiarlos, como Yo había reunido en Mí todos los dolores del hombre para poder expiarlos.*

Diles a quienes niegan que María haya podido sufrir porque es santa, *que Ella lo sufrió todo, como ninguna de sus hermanas de sexo ha sufrido; que lo sufrió todo, excepto los dolores del parto (porque en ella no estaba la culpa y la maldición de Eva) y los de la agonía física, por la misma razón.* Dio a luz al Hijo de

[1] Dado que nació el 14 de marzo de 1897, ese día la escritora cumplía 47 años.
[2] Mateo 7, 6.
[3] Se refiere al Padre Migliorini.
[4] Juan 11, 20-32.

sus entrañas inmaculadas y entregó a Dios su espíritu sin mancha, tal como el Creador había decretado que lo hicieran todos los hijos de Adán, si la culpa no les hubiera injertado en el Dolor.

Diles que Yo, por ser el principal Expiador, *tuve qué sufrir inmensamente también el dolor de la muerte, ¡y de aquella Muerte!, aun siendo el Santo de los santos.*

Diles a quienes niegan que en las horas expiatorias de la Pasión, María haya podido sufrir en su alma, en su mente y en su carne, *que si Yo puedo hacer participar de mis sufrimientos y marcar con mis llagas a un siervo o a una sierva míos –que son criaturas que me aman, aunque su amor es algo relativo- ¿cómo podría no haber asociado a estos sufrimientos y hacer partícipe de ellos a mi Madre, a María la Santa, a María que es la Caridad, a María que es inferior únicamente a Dios, a la que me amaba a la perfección, ya como Madre –porque, por lo inmaculado de su ser, era perfecto su sentimiento- ya como creyente, porque en su santidad me amó como nadie? De este modo, el sufrimiento del Hijo era aumentado por el valor de los sufrimientos de la Llena de Gracia.*

Oh, hombres!, *Ella era Madre.* Me había llevado en sí, me había engendrado, dado a luz, criado. No estaba hecha de estopa; estaba dotada de nervios y de un corazón. Era carne y no sólo espíritu. Era carne pura, mas era carne aún. *Si Yo lloré, si Yo sudé sangre, ¿acaso Ella no habrá llorado, y llorado sangre?*

¡Oh, hombres!, Yo era su Hijo. Yo no era el fantasma de un hombre. Yo era Carne, era su Carne. Y en esa Carne, sobre esa Carne, Ella, por su perfecta presencia, veía abatirse los flagelos, penetrar las espinas, descender los azotes, golpear las piernas y penetrar los clavos y, por su santidad, los recibía en sí.

¡Oh, hombres!, reflexionad. ¿Decís que creéis en la Comunión de los Santos, que es la unión de las plegarias y los sufrimientos a los méritos infinitos de Cristo, en favor de las necesidades de los espíritus, y no podéis admitir que la primera que participó en ella fue María, mi Santa y la vuestra?

¡Oh, pequeño Juan que estás enfurruñado!, di esto a los hombres que tienen una fe y unas ideas falseadas por un racionalismo que ni advierten y que, como la grana, ha invadido solapadamente hasta los espíritus que con más sincero deseo, anhelan vivir en la verdad. Mas recuerda que Juan no ponía cara larga nunca, ni siquiera cuando Yo lo reprendía o le desatendía y los demás rivalizaban con él.

Ve en paz. Te bendigo aunque hoy eres tan obstinada como una cabrita. ¡Sé buena! ¡Sé buena! Piensa que te he amado tanto que he hecho de ti mi portavoz. Ve en paz. Te bendigo una vez más>>.

16 de marzo de 1944

Hebreos 5, 7. 8. 12; 6, 1. 4. 6. 8.

Dice Jesús:

<<Quiero que tú y muchos otros consideréis una virtud de la que os ha derivado un gran bien, el bien más grande, así como de su contrario os ha venido tanto mal, el mayor mal. Ya te he hablado de ello, más tu sufrimiento no te ha hecho recordar las palabras. Te las repito porque me urge que las conozcáis.

Dado que os amaba infinitamente, Yo quise ser vuestro Redentor. Mas no lo fui por la Sabiduría, ni por la Potencia, ni por la Caridad. Éstas son tres características, tres dotes divinas, y las tres obraron en la Redención del género humano, pues os instruyeron, os conmovieron con milagros, os redimieron con el Sacrificio.

Mas Yo era el Hombre. Y, por serlo, debía poseer esa virtud cuya pérdida había perdido al hombre, y redimiros con ella. El hombre se había perdido por haber desobedecido al deseo de Dios. Yo, el Hombre, he debido salvaros obedeciendo al deseo de Dios.

Dice Pablo que Yo, "tras haber ofrecido, en los días de mi Vida mortal, plegarias y súplicas con fuertes gritos y con lágrimas para salvar al hombre de la muerte espiritual, fui escuchado por mi reverencia". Y agrega que, habiendo alcanzado la perfección porque había aprendido (o sea, porque había cumplido por obediencia), me convertí en la causa de salvación eterna para todos los que me obedecen.

Por lo tanto, Pablo dice –con palabras que el Espíritu hace verdaderas- que Yo, el Hijo de Dios hecho Hombre, *alcancé la perfección* por medio de la obediencia y pude ser Redentor gracias a ella. Yo, el Hijo de Dios, alcancé la perfección con la obediencia. Yo redimí con la obediencia.

Si meditáis profundamente acerca de esta verdad, tenéis qué sentir lo que siente el que está prono[1] sobre una elevada ensenada marina y, desde allí, mira fijamente la profundidad y la inmensidad del mar, y le parece hundirse en ese abismo líquido del que no conoce ni la profundidad ni los confines.

¡Es la obediencia! Es ese mar ilimitado y abismal en el que me sumergí antes que vosotros para volver a la Luz a los que habían naufragado en la culpa. Es el mar en el que tendrían qué sumergirse los verdaderos hijos de Dios para ser redentores de sí mismos y de sus hermanos. Es el mar que no tiene solamente grandes profundidades y grandes olas, sino también playas bajas y pequeñas olas que parecen bromear con la arena de la orilla, esas olitas que tanto les gustan a los niños y que juegan con ellas.

La obediencia no está hecha solamente de horas excelsas en las que obedecer significa morir como hice Yo, en las que obedecer significa arrancarse del lado de una Madre como hice Yo, en las que obedecer significa renunciar a la propia morada como hice Yo, al dejar el Cielo por vosotros. *La obediencia está hecha también de cosas minúsculas de cada hora, que van cumpliéndose sin refunfuñar a medida que se presentan.*

¿Qué es el viento? ¿Es siempre un torbellino que inclina la cima de los árboles seculares y la dobla, la quiebra, la echa al suelo? No, no es sólo eso. También es viento cuando, con mayor levedad que una caricia materna, peina las hierbas del prado y el trigo en el que brotan los retoños y los hace ondular como si la cima de sus verdes tallos se estremeciera de alegría al ser rozados por la brisa ligera. *Las pequeñas cosas son la brisa ligera de la obediencia.* ¡Son pequeñas, mas cuánto bien hacen!

Ahora es primavera. ¡Qué dulce sería esta estación, si la sangre no la manchara[2]! Las plantas, que saben amar y obedecer al Creador están poniéndose de nuevo atavío hecho de esmeraldas y se engalanan con flores como una novia. Los prados parecen un encaje, un terciopelo bordado de flores y los bosques muestran su felpa, perfumada bajo una bóveda de cimas verdes y sonoras. Mas, si no existieran los tenues vientos de abril y también las alocadas ráfagas de marzo, ¡cuántas flores quedarían sin fecundar y cuántos prados sin agua! Por lo tanto, las flores y las hierbas habrían nacido para morir sin un objeto. El viento empuja las nubes y, de este modo, riega flores y hierbas; el viento hace que las flores se besen –lleva a las plantas lejanas el beso de otras, igualmente lejanas- y en su alegre carrera de ramo en ramo, de árbol en árbol, de huerto en huerto, fecunda y hace que esas flores se conviertan en fruto.

También la menuda obediencia a todas las cosas que Dios os presenta a través de los acontecimientos del día, hace lo que el viento con las plantas y las hierbas de los prados y huertos. *De vosotros, que sois flores, hace frutos,* frutos de vida eterna.

¡Bienaventurados los que, atrapados en el torbellino del Amor y de su amor, cumplen el sacrificio total de sí mismos; los pequeños redentores que me perpetúan y que llegan a la obediencia suprema al beber mi mismo cáliz de dolor! Mas, bienaventurados también los que, aun sin tener el coraje de decirle al torbellino del Amor: "Te amo; heme aquí, tómame", saben doblarse al viento leve del Amor, del Amor que sabe guardar las fuerzas del hombre, su hijo, y dar a cada uno esa presión determinada que es capaz de soportar.

¡Oh, hijos!, os parece que la prueba es muchas veces mayor que vuestras fuerzas. Y nunca como ahora os perece que es así. *Pero eso os sucede porque os empecináis, porque sois soberbios y desconfiados. Queréis obrar por vosotros mismos y no os abandonáis a Mí.* No soy un verdugo. Soy El que os ama. Soy un Padre bueno. Y si no puedo anular la Justicia, al menos aumento, para compensar, la Misericordia. Y la aumento tanto más, cuanto más crece la necesidad de Justicia debido a la marea de delitos, de blasfemia, de desobediencias a la Ley, que cubre la Tierra.

Naufragáis en esa marea. Naufragáis los inocentes, los casi inocentes, los culpables, los grandes culpables. Mas, si para estos últimos la profundidad del naufragio estará en las profundidades de Satanás (y esto ya en vida porque, aunque fingen vivir en paz, están destruidos por una conciencia que les acosa y no les deja en paz), para las otras dos categorías esa profundidad estará en mi Misericordia, está en ella para los que

[1] Prono = tumbado sobre el vientre.

[2] Se refiere a la segunda guerra mundial que para entonces no había terminado.

son mis inocentes y está en mi Corazón para los inocentes. Mas, como Misericordia y Corazón ya son Cielo, para éstos, tras los consuelos que no les niego en la Tierra –como tú sabes-, ya está preparado el Cielo.

También le dije otra cosa a tu espíritu, y tu espíritu no pudo hacérsela escribir a tu carne agotada; te la repito ahora.

En toda esta enseñanza mía, no hay lección o visión que haya dado sin seguir un diseño educativo mío, que no comprendéis o que comprendéis con atraso y de modo parcial. Si meditáis con la lucidez de la intuición, veréis que las lecciones que os doy por medio de los dictados o las contemplaciones del portavoz, están relacionadas siempre con hechos que están a punto de producirse. Lo hago para daros una ayuda sobrenatural. Suponiendo que el mundo no se degrade total y bestialmente, estas páginas harán mucho bien a las almas también en el futuro, porque contienen enseñanzas de Ciencia eterna; mas, para vosotros que vivís en esta hora fatal, son también una guía y un consuelo en las horas que estáis viviendo.

También vosotros, como los primeros cristianos de Pablo, "os habéis hecho algo débiles en entender… y aún tenéis necesidad, de nuevo, de que os enseñen los primeros rudimentos de la palabra de Dios, y estáis obligados a alimentaros con leche y no con un alimento sólido". Os habéis vuelto niños, pero no los sois por la inocencia y la ingenuidad, no lo sois por la fe segura, sino por vuestra incapacidad de caminar en la fe y de comprender sus verdades.

¡Habéis retrocedido tanto! Las palabras de la Justicia son sólo un sonido que resuena en vuestro oído y, a veces ni siquiera lo percibís. No es para vosotros alimento de Vida. No puede serlo, porque no lo asimiláis. Por vuestra culpable indiferencia, por vuestra culpable simpatía hacia la culpa, vuestro espíritu está atacado de infantilismo y ya no posee ese zumo que lo hace capaz de convertir en propia nutrición el alimento robusto de los adultos en la fe. O no tenéis religión o tenéis una religión que consiste en una coreografía de formalidades y sentimentalismo.

Mas, ¿sabéis qué quiere decir: "Religión"? Quiere decir *seguir a Dios y su Ley* no sólo cantar bellos himnos, hacer bellas procesiones o bellas funciones religiosas, concurrir a prédicas elegantes, ser el miembro A o B de una determinada asociación. Todas estas son cosas que estimulan vuestro sentimiento, y nada más. *Religión quiere decir hacer del hombre-animal el hombre semidiós*. A través de la religión es necesario anular la animalidad en sus muy variadas formas que van de la carne al pensamiento. ¡Abajo la gula, abajo la lujuria! ¡Fuera la avaricia! ¡Abajo la apatía! ¡Que se mate a la mentira y a la soberbia! Sed castos, caritativos, humildes, honestos; en fin, sed como Dios quiere y como Yo os he enseñado a ser. Entonces seréis adultos en la religión, en la fe; seréis hombres verdaderamente formados, que "tenéis aleccionadas vuestras facultades al discernimiento del bien y el mal por la práctica".

Por este motivo, dejo de lado las enseñanzas elementales y vengo a instruiros sobre lo más perfecto, porque quiero llevaros a ese nivel. Seréis pocos: se tratará sólo de los que tienen sed de justicia, sed de verdad, sed de saber. Mas a estos, mis bienaventurados, les doy un pan que les ayuda a gustar cada vez mejor el otro pan que soy Yo Eucaristía. También en mi vida pública hice preceder el pan de la palabra al pan del Sacramento, pues Aquel siempre debe preparar para Éste. La Iglesia docente existe para eso, para perpetuar mi ministerio de Maestro y haceros capaces de extraer del Sacramento el máximo poder vital.

Mas ¡ay de quienes tras haber sido iluminados, prefieren volver a las tinieblas! ¡Ay de los que, tras haber saboreado el alimento celestial, prefieren los bocados de Satanás! ¡Ay de los que, luego que el Espíritu Santo les dio la conciencia de la verdad, volvieron a ser brutos, deshonrándose a sí mismos! No es posible que, tras haber precipitado, vuelvan por penitencia. Pues, si es verdad que Yo concedo abundantemente mi perdón a la debilidad del hombre, Soy inexorable con quien quiere permanecer en el mal, tras haber elegido el mal, espontáneamente, como propio rey.

Y vosotros, a quienes hago gustar la dulzura de la palabra de Dios, que se difunde nuevamente para hacer frente a la excesiva mudez sacerdotal, a la excesiva ceniza tibia cuando tendría que ser fuego vivo; que se difunde para neutralizar en mis noveles discípulos el veneno de Satanás, que circula por la tierra; vosotros, por quienes levanto los velos que ocultan los secretos de mi jornada humana y los misterios del futuro siglo; vosotros, sed dignos de tal don. Convertíos en espigas lozanas y no en árida paja, lista para el fuego. Seréis espigas para el trigo eterno. Renaceréis en el cielo.

¡Oh, la alegría de estar fuera del mundo, la alegría de estar donde está Dios! Cuando exhalé mi espíritu y pude volver a ver al Padre, experimenté una beatitud como no la había experimentado nunca por la eternidad. Y aún perdura porque ahora sé qué quiere decir estar separado del Cielo, estar separado de Dios. Sufrí en Mí todas las experiencias para poder defenderos ante el Altísimo. Mas en verdad os digo que mi misma bienaventuranza será la vuestra cuando estéis aquí fuera del exilio, conmigo, junto al Padre, en la Patria del Amor.

¡Oh, hijos!, estaréis en la patria del Amor, allí donde no hay más odio ni delitos donde no hay más llanto ni terror>>

Jesús me dice que escriba también estas palabras sobre la función de ciertas almas en el mundo. Lo hago aunque, por estar tan débil y atormentada, me da vueltas la cabeza como una perinola.

<<¿Has comprendido ahora el por qué de los conventos de clausura, su razón de ser?

No todos tienen tiempo de rezar, visto que están tan empeñados en la vida activa. Es verdad que la actividad honesta es ya plegaria y, por eso, los que rezan mientras trabajan están justificados. Mas son muchas las necesidades del hombre y son muchos los hombres que no rezan en absoluto. Los que viven en el claustro rezan por todos los que no quieren o no pueden rezar, de modo que cada día aporte ese número de homenajes que requiere la divinidad (pensad que en el cielo no existen pausas para el gloria a Dios). Le rezan a Dios para honrarle, le rezan para aplacarle, le rezan para impetrarle. Son los brazos que están alzados sobre los que combaten, y piden por todos.

Tú, en tu casa, eres la pequeña enclaustrada que reza por todos. Mas tu caridad debe ser basta como el mundo. Más aún: Debe ser basta como toda la Creación, debe invadir también el Cielo. O mejor: debe comenzar por él.

Rezar para elevar alabanzas y ofrecer reparaciones a Dios, que es insultado por tantos seres.

Rezar por quien no reza.

Rezar por la Iglesia.

Rezar por el Sacerdocio que, si no vuelve a ostentar el esplendor de un mártir como Lorenzo, os hará cada vez más propensos a la idolatría.

Rezar por la sociedad humana, para que venga a Dios si quiere salvarse.

Rezar por la patria, para que goce de paz y bien.

Rezar por quien sufre, por quien tiene hambre, por quien no tiene un techo.

Rezar por quien duda y se siente aferrar por la desesperación.

Rezar, rezar, rezar.

Por último rezar por ti.

No tengáis temor. Si vosotros que rezáis por todos no rezáis por vosotros, rezo Yo por vosotros al Padre. Quedaos tranquilos.

Las almas que oran en el mundo, las que saben convertir su enfermedad no en un ocio forzado sino en una actividad santa, son las pequeñas clausuras que Yo desparramo en el mundo como flores para ayudar a las grandes clausuras y para aplacar al Padre y llevar alivio a la humanidad con esta suma de incansables plegarias>>.

Y ahora, Padre, le diré que estoy conmovida por la bondad de Dios, de la cual ha derivado la suya. Jesús se lo ha inspirado. Yo deseaba tanto entrar en la Orden Tercera de la Dolorosa. Si no hubiera sido desde niña muy devota de S. Francisco de Asís y no hubiera sufrido muchas experiencias dolorosas con sacerdotes pertenecientes a los Siervos de María, me habría dirigido a la Orden de la Dolorosa o a la del Carmen cuando, en 1926, decidí entrar en una Orden Tercera. Porque quería ser de María aún cuando… era una cabrita, como dice Jesús. Como la conocía poco la amaba mal, pero instintivamente yo iba hacia ella. Ahora, desde que la he visto sufrir la amo como amo a su Hijo: “con todas mis fuerzas” y, por eso, se había

agudizado mi deseo de pertenecer a la Dolorosa. No lo decía, pero llevaba clavada en la garganta la espina del deseo.

Doy gracias a Jesús y a su Madre porque se lo han dicho a usted y le agradezco a Ud. por haberlo comprendido. Es inútil. Ya desde el año pasado he dicho que la Virgen Dolorosa ha obrado siempre de modo prepotente para conmigo. Ha querido que fuera guiada por un hijo suyo; ha querido para su altar la labor que yo había hecho para otros altares; ahora quiere que yo muera con su atavío.

Pues bien: esperemos que quiera de su Hijo, lo que le pido para todos (La paz) y lo que le pido para mí: la salvación de mi pobre alma. Y, de este modo, también usted tendrá a Su Fernanda Lorenzoni[3].

Y ahora basta; de lo contrario, me desmayo.

18 de marzo de 1944

Mateo 23, 19.

Ayer, viernes, hubo sólo silencio. Hubo sólo dolor recibido como don y ofrecido como don.

Hoy Jesús dice esto:

<<Una de las desviaciones de vuestro pensamiento de católicos, de cristianos en general, consiste en esto: vosotros confundís la ofrenda con el altar. Vosotros creéis que la ofrenda es más grande que el altar. Y esto les sucede también a los que entre vosotros son buenos hijos del Señor. Os hablo de esto para corregiros.

Amo mucho vuestras ofrendas de plegarias y de sacrificios y sólo cuando estéis en el Paraíso veréis cómo las usé y cuánto bien hice con ellas.

Me ofrecéis vuestras pobres cosas siempre impregnadas de vuestra condición humana, siempre manchadas de imperfecciones. Nada tenéis, algo más bello, que ofrecerme. Aún el mejor de los hombres, mientras sea hombre, estará sujeto siempre a ser imperfecto. Cuando estéis aquí, conmigo, ya no seréis tales.

A mis ojos vuestras acciones son imperfectas siempre. Mas Yo noto vuestro esfuerzo y el afecto, la rectitud, con que las ofrecéis. Y no las desdeño. Al contrario, las acojo con amor y las santifico, las purifico con mi contacto y, una vez que las he hecho santas y puras, las uso para el bien del mundo y para vuestro bien.

¡Oh! Yo soy un banquero honesto y bueno. No dejo estancados vuestros ahorros. No los uso para Mí o para otros, privándoos de los provechos. Por el contrario, los atesoro para vosotros y aún gastando vuestras monedas para las necesidades del mundo, acumulo con amor el fruto de las mismas, para que lo encontréis en la hora de la muerte y sea vuestra dote para entrar en mi reino.

Pues bien, vosotros me dais vuestras pobres cosas siempre imperfectas pero muy amadas por Mí. Me las dais a Mí, porque todas la obras buenas que hacéis al prójimo y para el prójimo vuestro, me las hacéis a Mí. Así lo he dicho[4]. Y dar al prójimo significa tanto dar el pan, el agua, la hospitalidad, el vestido, el consuelo, la enseñanza, el ejemplo, como dar por él la vida, ofreciéndomela por la salvación de uno o de muchos y por el triunfo del bien, de mi bien, en el mundo.

Mas, me deis lo que me deis, pensad siempre que no es por ello que obtenéis lo que pedís. Lo obtenéis por vuestro Dios. Yo soy quien os hace la gracia; Yo, que soy el Altar, porque el Altar representa el trono de Dios. Yo soy quien santifica la ofrenda, no es la ofrenda la que me santifica. Yo soy quien quiere y puede; no sois vosotros los que queréis y podéis.

Por eso, cuando decís en el Pater: "Fiat Voluntas tua" tenéis qué pensar que también en vuestras peticiones debéis aceptar mi Voluntad de escucharos y de concederos lo que pedís. Y no tenéis qué decir: "Visto que he dado, debo recibir". Habéis dado y la fe que tenéis en Mí, esta confianza en Mí, que son tan grandes que os parece imposible que Yo no intervenga para satisfaceros, es para Mí más dulce que una caricia filial. Mas, si por algún motivo que no podéis entender, Yo no concedo, tenéis que darme un beso,

[3] Se trata de Fernanda Paola Larenzoni, terciaria de la dolorosa (1906-1930).
[4] Mateo 25, 31-46.

forma de amor más profunda que la caricia, en lugar de esta; tenéis que darme el beso de vuestra inmediata, risueña, humilde, santa obediencia y resignación a mi Voluntad.

El altar es mucho más que la ofrenda que está sobre él y lo que habla es el altar. Por lo tanto, no confundáis la cosa con aquello a lo que se da la cosa.

No quiero llamaros fariseos, porque en esta leve culpa, incurrís justo vosotros, los que sois más generosos, los más deseosos de amarme con corazón honesto. En el obrar de los fariseos hay multiformes errores; en vuestra conducta hacia Dios está solamente este. Mas, puesto que os he dicho sed perfectos[5], quitaos del corazón también este error.

Una vez que hayáis depositado en el altar vuestro don, una vez que me hayáis dado a Mí, vuestro Dios, vuestras ofrendas, dejad que el altar las eleve, dejad que Dios las consagre. Acordaos de cuando Yo hacía descender el fuego divino sobre las pobres ofrendas para que se consumieran en un sacrificio de grato aroma[6]. Ningún sacerdote, ningún fuego es más que Yo, que tomo vuestro don y lo consagro y lo consumo y lo uso *para lo que me parece útil,* aun cuando a vosotros no os lo parece; ningún don es más bello que el que se da no sólo como forma, sino también con el pensamiento; ninguno es más bello que el don que se da y que, una vez que se ha dado, no es recordado con altanería a El que lo ha recibido. Me basta mi inteligencia para acordarme de vosotros. Me basta vuestra sonrisa, vuestro llamado: "¡Jesús!", vuestro decirme "¡Padre!", me basta eso para tener presente vuestra ofrenda, como si vuestro ángel la elevara a la altura de mi mirada.

¡Ánimo, hijos míos!, el mundo es feroz. Pero eso pasa y no vuelve. Yo permanezco con mi bondad y, conmigo, permanece mi mundo paradisíaco, donde se os espera para que olvidéis, en el gozo eterno, todos los horrores de la Tierra>>

19 de marzo de 1944

Juan 21, 19.

Dice Jesús:

He aquí una breve enseñanza para los que casi han llegado a la meta, pero tienen necesidad de cumplir los últimos esfuerzos para alcanzar victoriosamente la conclusión de la prueba.

He dicho: "Sed perfectos"[7]. La perfección comienza a partir de las cosas más gravosas y se cumple con las más ligeras. Comienza dominando la carne, comienza enmendando el pensamiento de esas ideas que no constituyen pecado, pero que encierran la tara de una injusticia mental que no le agrada a Dios; una tara que despierta la piedad de Dios, que es misericordioso, pero que no le agrada. Entonces, ¿por qué queréis venir a Mí no con las ropas envilecidas por las manchas pero, de todos modos, con un ropaje que no es fresco e intacto como el de la azucena, que se quita el polvo con el rocío matutino?

Yo soy vuestro rocío y me derramo para quitaros aun los más leves ofuscamientos de vuestra índole humana y de error, y para engalanaros con mi Gracia para convertiros en las joyas del trono del Padre. Os di mi Amor y mi Sangre. Os di mi Palabra y mi Cuerpo. Mas quiero daros aún más que la Palabra. Quiero daros mi Pensamiento.

¿Qué es el pensamiento? Es el alma de la palabra. Cuando dos seres se aman, no se contentan con decirse las palabras necesarias, sino que se comunican también los pensamientos íntimos. ¡Oh, qué júbilo poder confiar a quien nos ama lo que, como chispa, una música, un latido, bulle en nuestra mente, este fervor que nos diferencia de los brutos, cuyos impulsos mentales se limitan a las necesidades rudimentarias de la vida!

El hombre piensa y su pensamiento engendra obras de arte, de talento, de belleza. El hombre piensa y su pensamiento es como un íntimo amigo, que colma con su compañía aun la soledad del ermitaño. El pensamiento del hombre, por su índole espiritual, se mueve libremente por todo el universo. Se sume en la memoria de las edades lejanas; se sumerge en la previsión de los tiempos futuros; estudia, contempla y

[5] Mateo 5, 48.
[6] 1 Reyes 18, 36-39.
[7] Mateo 5, 48.

medita las admirables obras de Dios en la Creación; reflexiona sobre los misterios humanos, pues cada hombre es un misterio encerrado en un ropaje mortal; un misterio que es luminoso o sombrío, según sea su ánimo santo o satánico; un misterio que sólo Dios conoce, porque Él nada ignora. Y el pensamiento del hombre, de la contemplación de las cosas y los hombres, asciende a la contemplación de Dios. Como águila veloz que se lanza cual saeta del valle a las cimas y de éstas asciende aún más para volar libremente en el cielo, para subir hacia el sol, para buscar las estrellas, así el pensamiento humano puede subir, volar libremente, sumergirse en la pureza radiosa[8] de Dios, tras haber meditado sobre la capacidad humana; ascender a la inmensidad divina tras haber reflexionado sobre la relatividad humana; meditar sobre la eternidad divina tras haber contemplado la labilidad[9] humana; ascender a la Perfección tras haber observado exento de la soberbia que enceguece, la humana imperfección.

Pues bien, ¡cuán dulce es comunicar a quien se ama este pensamiento nuestro! ¡Cuán dulce es ofrecer a los seres más queridos las luces de este pensamiento como si fueran gemas! Es el amor del amor, o sea, el amor más puro, el elegido sobre los demás.

Quiero daros mi Pensamiento. Quiero haceros comprender el Pensamiento oculto en la Palabra. Es como si os cogiera y os introdujera en mi Mente y os hiciera conocer los tesoros que ella encierra, para haceros cada vez más semejantes a Mí y, por lo tanto, más gratos al Padre mío y vuestro.

En el Evangelio de Juan, que es el perfecto poseedor del Pensamiento del Verbo de Dios hecho Carne, del pensamiento de Jesús, su Maestro y Amigo, está escrita esta frase: "Entonces dijo esto para demostrar con qué muerte rendiría gloria a Dios"[10]

Dice: "con qué muerte rendiría gloria a Dios". ¡Oh, hijos! *Todas las muertes denotan la gloria rendida a Dios, si se les acepta y se les padece con santidad.* Que esté lejos de vosotros la santa envidia de ésta o aquella muerte. Que esté lejos el juicio humano sobre el valor de ésta o aquella muerte. *La muerte es el cumplimiento de una voluntad de Dios.* Aunque la ejecute un hombre feroz, que se erige en árbitro del destino ajeno y que, por su adhesión a Satanás, se convierte en instrumento del mismo para atormentar a sus semejantes y asesinarles, aunque sea maldecido por Mí, *la muerte siempre significa la extrema obediencia a Dios, que ordenó la muerte del hombre debido a su pecado*[11]

Conocéis tantas indulgencias y existen almas pequeñas (pequeñas no en cuanto a lo menudas, sino en cuanto a lo *mezquinas*) que practican una religión estrecha, fajada por las formalidades como una momia en las tinieblas del hipogeo y que, por eso, hacen la suma diaria de los días de indulgencia que obtienen en ésta y aquella plegaria. Es verdad que las indulgencias existen para que las gocéis en la vida futura. Mas, iluminaos, poned alas a vuestra alma y a vuestra religión, que son cosas celestes. No hagáis de ellas esclavas encerradas en una oscura prisión. ¡Dadles luz y más luz, alas y más alas! ¡Elevaos! ¡Amad! *Rezad para amar, sed buenos para amar, vivir para amar.*

Las dos mayores indulgencias son plenarias y vienen de Dios, de Mí, que soy el Pontífice eterno. *Una es la del Amor,* que cubre la totalidad de los pecados, los destruye en el fuego. *El que ama con todas sus fuerzas consume de instante en instante sus humanas imperfecciones;* el que ama no comete sino imperfecciones. La segunda indulgencia plenaria concedida por Dios, *es la de una muerte resignada, una muerte deseosa de cumplir la extrema obediencia a Dios, cualquiera que sea el tipo de muerte.*

La muerte siempre es un calvario, grande o pequeño, pero siempre es un calvario. Además, la muerte siempre es "grande", aunque aparentemente nada la haga aparecer así, porque Dios la adecua a las fuerzas de cada uno (de cada uno de mis hijos, no de los hijos de Satanás), a las fuerzas que Dios aumenta en la medida de la muerte a la que está destinada su criatura. Y también es grande porque, si se cumple santamente, asume la grandeza de lo que es santo. Por lo tanto, toda muerte santa es gloria que se rinde a Dios.

¡Qué bello es ver la rosa que se abre, erguida sobre su tallo! Hela ahí: está encerrada como un rubí en su engarce de esmeralda, pero separa las láminas de dicho engarce y, como los labios que se ensanchan en la

[8] Radiosa = que despide rayos de luz
[9] Labilidad = poco estable, poco firme en sus resoluciones.
[10] Juan 12, 33.
[11] Génesis 3, 17-19.

sonrisa, abre los pétalos purpúreos. Con su sonrisa de seda responde al beso del sol. Se abre. Es una aureola de terciopelo vivo en torno al oro de los pistilos. Con su color de perfume, canta la gloria de El que la creó y luego, de noche, se inclina cansada y muere exhalando un perfume aún más penetrante, que es su extrema alabanza al Señor.

¡Qué bello es oír en los bosques, al caer la tarde, el coro de las avecillas que, antes de ir a descansar, cantan todos los trinos de su garganta, una oración de loas al Señor, que los ha nutrido! Parece que el coro se atenúa, pero siempre hay una de ellas, la más enamorada, que lanza un nuevo gorjeo e incita a las demás a seguirla, porque el sol aún no se ha puesto y la luz es algo tan bello que hay que saludarla para que las ame y vuelva por la mañana; porque el buen Dios permite que aún se vea un grano caído en tierra, un mosquito extraviado, un mechón de lana qué llevar a los pequeñuelos o que dar a su diminuto buche que el buen Señor sacia. Y el coro prosigue hasta que la luz muere y entonces, las avecillas, con gratitud, se recogen sobre la rama como diminutos ovillos de tibieza y dejan oír aún, bajo el plumaje, un pío pío que dice: "¡Gracias , oh Creador!".

La muerte del justo es como la de la rosa, es como el sueño del pajarillo: es dulce, bella, grata al Señor. Ya sea en la arena de un circo o en la oscuridad de la prisión, entre los afectos familiares o en la soledad de quien no tiene a nadie, rápida o prolongada en medio de tormentos, *la muerte es siempre, siempre, siempre, gloria rendida a Dios.*

Aceptadla en paz. Deseadla en paz. Cumplidla en paz. Que mi paz esté en vosotros también en esta prueba, en este deseo, en esta consumación. Que desde ahora y para este paso extremo, mi paz eterna esté ya en vosotros.

Pensad que para Mí no es diferente la muerte cruenta de Ágata de la de Liduina, ni la muerte de Teresa Martín de la de Domingo de Guzmán, ni la de Tomás Moro de la de Contardo Ferrini.

Ya he dicho que el que cumple la voluntad de mi Padre es bienaventurado. He dicho que es bienaventurado y que es mi hermano, mi hermana y mi madre[12]. Esto he dicho, porque Yo rendí gloria a mi Padre *haciendo su voluntad en la vida y en la muerte.* Imitad, pues, a vuestro Maestro y Yo os llamaré: "Hermanos míos, hermanas mías">>.

22 de marzo de 1944

Dice Jesús:

<<El dictado de ayer induce al sucesivo.

Las familias en las que *no domina Dios sino la sensualidad y el interés y por lo tanto, las derivaciones de Satanás, no son familias*; ellas son el origen de graves desgracias que, desde el interior de la célula familiar, se irradian y arruinan los grupos nacionales y, a partir de éstos, también la paz mundial Sucede así porque están creadas sobre una base de sensualidad e interés y, por lo tanto, no se elevan hacia lo que es santo; por el contrario, como hierbas malsanas nacidas en el barro, se arrastran siempre por el suelo.

Dice el ángel a Tobías: "Te mostraré quiénes son esos sobre los cuales tiene poder el demonio"[13]

¡Oh, en verdad hay cónyuges que desde la primera hora de su unión están bajo el poder demoníaco! Es más, lo están ya antes de ser cónyuges. Lo están desde que toman la decisión de buscar un compañero o una compañera, pero no lo hacen con el recto fin, sino con solapados cálculos en los que imperan de modo soberano el egoísmo y la sensualidad.

Nada hay más sano y más santo que dos seres que se aman honestamente y se unen para perpetuar la raza humana y ofrendar almas al Cielo.

La dignidad de hombre y la mujer que se convierten en padres es la *segunda dignidad, después de la de Dios*. Ni siquiera la dignidad real es semejante a ella, porque aún el más sabio de los reyes no hace más que gobernar a sus súbditos. En cambio, *los padres atraen sobre sí la mirada de Dios y raptan a su mirada una*

[12] Mateo 12, 46-50; Marcos 3, 31-35; Lucas 8, 19-21.
[13] Tobías 6, 16 (Vulgata)

nueva alma, que encierran en la envoltura de la carne nacida de ellos. Casi diría que en ese momento tienen a Dios como súbdito, *porque Dios crea inmediatamente una nueva alma para el honrado amor de ambos, que se une para dar a la Tierra y al Cielo un nuevo ciudadano.*

¡Oh, si pensaran en el poder que tienen y al que Dios asiente inmediatamente! Los ángeles no tienen tanto poder. Pero los ángeles, al igual que Dios están dispuestos a adherirse de inmediato al acto de los esposos fecundos y a convertirse en custodios de la nueva criatura. Mas, como dice Rafael, son muchos los que abrazan el estado conyugal de modo tal que arrojan a Dios de sí y de su propia mente y se abandonan a la libido. Sobre éstos el demonio ejerce su poder[14]

¿Que diferencia hay entre el lecho del pecado y el lecho de los dos cónyuges que no rechazan el placer pero rechazan la prole? No hagamos acrobacias de palabras y razonamientos embusteros. La diferencia es muy poca pues, si por enfermedades o imperfecciones es aconsejable o se concede el no tener hijos, en estos casos *es necesario saber ser continentes y vedarse esas satisfacciones estériles, que no son más que satisfacciones de los sentidos.* En cambio, si nada se opone a la procreación, *¿por qué transformáis una ley natural y sobrenatural en acto inmoral, que falsea su finalidad?*

Cuando cualquier reflexión honesta os aconseja no aumentar la prole, sabed vivir como esposos castos y no como simias lujuriosas. ¿Cómo pretendéis que el ángel de Dios vele sobre vuestra casa, cuando la convertís en una cueva de pecado? ¿Cómo queréis que Dios os proteja, si le obligáis a apartar con disgusto la mirada de vuestro nido mancillado¡

¡Oh, qué míseras son las familias que se forman sin una preparación a lo sobrenatural, las familias de las que se ha desterrado a priori toda búsqueda de la Verdad y donde, aún peor, se burla la palabra de la Verdad que enseña qué es y por qué existe el Matrimonio! ¡Qué míseras son las familias que se forman sin elevar ningún pensamiento hacia las alturas, que se forman estimuladas únicamente por el aguijón de un apetito sexual y de una consideración financiera! ¡Cuántos cónyuges aceptan la inevitable costumbre de la ceremonia religiosa! He dicho *costumbre* y lo repito, porque para la mayor parte no es más que una costumbre y no una aspiración del alma a tener a Dios consigo en ese momento. Mas, después de la ceremonia, *¡no piensan más en Dios y hacen del Sacramento un festín y del festín un desahogo de bestialidad!* Pero, según mi pensamiento, el Sacramento no termina con la ceremonia religiosa; al contrario, *comienza con ella y dura tanto como la vida de los cónyuges,* así como el acto de profesar no dura cuanto la ceremonia religiosa sino tanto como la vida del religioso o la religiosa.

El ángel le enseña a Tobías que, *si antepone al acto la plegaria, el acto será un acto santo, bendito, fecundo de júbilos verdaderos y de prole*[15].

Esto es lo que había qué hacer: *ir al matrimonio impulsado por el deseo de tener prole, pues ésa es la finalidad de la unión humana, además de tener presente a Dios en toda hora.* Cualquier otra finalidad es una culpa deshonrosa para el hombre en cuanto ser con uso de razón, y ofensiva para el espíritu, que es templo de Dios y huye indignado. Dios no es un carcelero opresivo. Dios es un Padre bueno, que se alegra con la honrada alegría de los hijos y que responde a los santos abrazos de los hijos y que corresponde a los santos abrazos de los mismos con bendiciones celestiales y con la aprobación evidenciada en la creación de un alma nueva.

Mas, ¿quién comprenderá esta página? La leeréis sin advertir su sabor santo, como si hubiera empleado el idioma de un planeta desconocido. Os parecerá un tema trillado y es, en cambio, doctrina celestial. Os mofaréis de ella vosotros, los sabios del momento. Y no sabéis que Satanás se ríe de vuestra estupidez, pues ha logrado convertir en condena lo que Dios había creado para vuestro bien, o sea, el matrimonio como unión humana y como Sacramento. Y esto ha sido mérito de vuestra incontinencia y vuestra bestialidad.

Os repito las palabras de Tobías a su mujer, para que las recordéis y las tengáis como ejemplo, si aún podéis hacerlo porque sobrevive en vosotros un resto de dignidad humana. Las palabras son éstas: "Nosotros somos hijos de santos y no podemos unirnos como los gentiles, que no conocen a Dios"[16]

---

[14] Tobías 6, 16-22 (Vulgata)
[15] Tobías 6, 16-22; 8, 4-10 y 15-17 (Vulgata)
[16] Tobías 4, 12.

Que estas palabras sean vuestra norma pues, aunque habéis nacido allí donde la santidad ya había muerto, el Bautismo hizo siempre de vosotros hijos de Dios, que es el Santo de los santos y, por eso, podéis decir siempre que sois hijos de santos, del Santo, y podéis comportaros de acuerdo con ello. Entonces, tendréis "una descendencia en la que se bendecirá el nombre del Señor" y se vivirá en su Ley.

Y cuando los hijos viven en la Ley divina, se benefician los padres, porque dicha Ley enseña virtud, respeto, amor y los primeros que se benefician, después de Dios, son los afortunados progenitores, los cónyuges santos, que han sabido hacer de su unión un rito perpetuo y no un vergonzoso vicio>>.

23 de marzo de 1944

Contemplo la siguiente visión, de la que tuve una señal en la aparición de Lázaro de la que le hablé personalmente.

Un hombre se acerca al grupo de los apóstoles, reunido en una casa sumamente pobre de un lugar que ni siquiera puede llamarse poblado, dado lo insignificante que es. Ya se le concede mucho llamándolo caserío. Es un puñado de chozas miserables (que parecen estar hechas justo de barro y cañas) de un solo piso, levantadas en un terreno llano, que no presenta ningún aspecto agradable; están diseminadas a lo largo de un senderillo polvoriento que termina en un susurrante cañaveral, como se ven cerca del curso de los ríos. Las cañas no son como las nuestras; son, más o menos, como las que se ven junto a los arrozales, no sé el nombre exacto de estas hierbas que presentan un tallo largo y cilíndrico, hojas lanceoladas y una baya de un dedo de largo, que debe ser la flor o el fruto de esta planta lacustre.

El hombre le habla a Pedro y éste se encamina hacia un segundo ambiente, seguido por dicho hombre. Entra en el cuarto, donde está Jesús sentado en el borde de un camastro, que es el único mueble de esa pieza pequeña y baja.

El hombre saluda y Jesús le responde sonriendo. Comprendo que conoce a ese hombre, porque le pregunta: "¿Qué nuevas me traes?".

"Mis amas me mandan decirte que vayas enseguida a su casa porque Lázaro está muy enfermo y el médico dice que morirá. Marta y María te suplican. Ven, porque solamente Tú puedes sanarle".

"Diles que estén tranquilas. No es una enfermedad que lleva a la muerte; es gloria de Dios, para que su presencia sea glorificada en su Hijo".

"Pero está muy grave, Maestro. En su carne va avanzando la gangrena y él ya no se alimenta. He reventado el caballo para llegar más rápido aquí".

"No importa. Es como Yo digo".

"¿Pero vendrás?".

"Iré. Diles que iré y que tengan fe".

El hombre saluda y se va. Pedro le acompaña y Jesús se queda solo.

La primera parte de la visión llega hasta aquí. La segunda parte es esta.

Estamos aún en la miserable choza de antes. Anochece. Ya se encienden en el cielo las primeras estrellas y, al final del sendero, las cañas ondulan en la brisa nocturna haciendo entrechocar sus extraños frutos, que suenan como pequeñas castañuelas, y sacudiendo las cintas de sus hojas, que crujen como seda.

Los apóstoles despiden a las últimas personas que aún se obstinan en permanecer allí para seguir escuchando a Jesús, y les cierran la puerta en la cara. En el interior, una lámpara de aceite ilumina las paredes oscuras, en las que se reflejan las sombras movedizas de los apóstoles, que están preparando una frugal cena.

Jesús está sentado junto a una rústica mesa; apoya el codo en la mesa y la mano en la frente. Piensa. Y, en su pensamiento, se abstrae de las palabras y los gestos de los demás.

Pedro quita el polvo de la mesa con un puñado de hojas que esparcen un olor ligeramente acre, y apoya un pan, una vasija llena de agua, un vaso para Jesús –que enseguida se vierte de beber, como si le ardiera la

garganta tras haber hablado por todo el día a al muchedumbre- y un vaso para todos. Luego Andrés deposita en el centro de la mesa algunos peces asados y unos panes. Juan coge la lámpara que estaba cerca de la lumbre, y la coloca también en el centro de la mesa.

Mientras todos se acercan a la mesa, Jesús se levanta. Todos rezan de pie. En verdad, Jesús reza por todos, sosteniendo el pan con las manos alzadas al cielo, mientras los demás siguen mentalmente la plegaria. Luego se sientan como pueden, porque el mobiliario es muy escaso, y Jesús reparte el pan y los peces.

Comen y hablan de los hechos del día, y Juan ríe de buena gana cuando recuerda la indignación de Pedro por la pretensión de aquel hombre que quería que Jesús fuera a su casa para curar sus ovejas enfermas. Jesús sonríe y calla.

Hacia el final de la comida, Jesús parece tomar una decisión y, para anunciarla, separa las manos que había apoyado en la mesa y, abriendo los brazos (como para decir, "Dominus vobiscum"), dice: "Y, sin embargo, tenemos qué irnos".

"¿Adónde, Maestro?" pregunta Pedro, "¿A casa del de las ovejas?". Se entiende que no soporta el asunto de las ovejas.

"No, Simón. A casa de Lázaro. Volvemos a Judea".

"Maestro, recuerda que los judíos te odian" dice Pedro.

"Hace poco querían lapidarte", le recuerda Santiago.

"Pero Maestro, es una imprudencia", exclama Mateo.

"¿No te importamos nosotros?", pregunta Judas Iscariote.

"¡Oh, Maestro, protege tu vida! ¿Qué sería de mí, qué sería de todos nosotros, si no te tuviéramos más?" Juan es el último que habla claramente. Los otros siete cuchichean entre ellos y no ocultan su desaprobación.

"Paz, paz", responde Jesús. "¿No tiene acaso el día doce horas? Si uno camina de día no tropieza porque ve la luz del mundo; pero si camina de noche, tropieza uno porque no ve. Yo sé lo que hago porque la Luz está en Mí. Dejaos guiar por El que ve. Y, además, tenéis qué saber que hasta que no llegue la hora de las tinieblas, no podrá ocurrir nada tenebroso. Y cuando llegue esa hora, nada podrá salvarme de los judíos, ninguna distancia, ninguna fuerza, ni siquiera el ejército de César. Pues lo que está escrito debe suceder y las fuerzas del mal ya obran en la oscuridad para cumplir su cometido. Por lo tanto, dejadme obrar y hacer el bien mientras tengo la posibilidad de hacerlo. Ya llegará la hora en que no podré mover ni un dedo, ni decir una palabra para obrar el milagro. En el mundo estará ausente mi fuerza. Será una tremenda hora de castigo para el hombre. No lo será para Mí, lo será para el hombre, que no ha querido amarme. Será una hora *que se repetirá por voluntad del hombre,* pues rechazará la Divinidad hasta convertirse en un ser sin Dios, un secuaz de Satanás y de su hijo maldito. Será una hora *que vendrá cuando esté próximo el fin del mundo.* La falta de fe imperante entonces, hará nulo mi poder de obrar milagros, no porque Yo pueda perder dicho poder, sino porque *no puede ser concedido el milagro donde no hay fe ni voluntad de obtenerlo; donde el milagro sería objeto de burla, instrumento del mal; donde se usaría el bien recibido para causar un mal mayor.* Por ahora aún puedo seguir obrando milagros y hacerlos para dar gloria a Dios. Por lo tanto, vayamos a casa de nuestro amigo Lázaro que está durmiendo. Vayamos a despertarle de ese sueño para que esté descansado y listo para servir a su Maestro".

"Pero si duerme es provechoso. Así completará su cura. El sueño es reparador. ¿Por qué hemos de despertarle?".

"Lázaro ha muerto. He esperado a que muriera para ir a su casa. No lo he hecho por él ni por sus hermanas; lo he hecho por vosotros, para que creáis, para que crezcáis en la fe. Vayamos a casa de Lázaro".

"Está bien. Vayamos, pues. Moriremos todos como ha muerto él y como quieres morir Tú".

"¡Oh, Tomás, Tomás, y todos vosotros, que en vuestro interior criticáis y refunfuñáis, debéis saber que el que quiera seguirme debe tener por su vida el mismo cuidado que tiene la avecilla por la nube que pasa. O sea, debe dejarla pasar, según la lleva el viento. *El viento es la voluntad de Dios, que puede daros o quitaros la vida a su gusto* y vosotros no debéis lamentaros, como no se lamenta el ave por la nube que pasa, y sigue cantando igualmente, pues está segura que, después, volverá el buen tiempo, *porque la nube es un accidente y el cielo es una realidad.* Y aunque parece que las nubes lo hacen gris, *el cielo siempre es azul, más allá de*

las nubes. También sucede así con la Vida verdadera: aunque la vida humana decaiga, *la Vida verdadera existe y permanece. El que quiera seguirme, no debe padecer ansiedad en la vida ni temor por la vida.* Os mostraré cómo se conquista el cielo. Mas, ¿cómo podréis imitarme, si tenéis miedo de ir conmigo a Judea, justo vosotros, a quienes no se les hará ningún mal ahora? ¿Tenéis reparos en haceros ver conmigo? Sois libres de abandonarme. Mas, si queréis quedaros, *debéis aprender a desafiar el mundo, con sus críticas, sus insidias, sus burlas, sus tormentos, para conquistar mi Reino.* Vayamos".

Así termina la segunda parte de la visión. He aquí la tercera.

Por un bello y amplio jardín que, a los lados, se transforma en huerto –aunque ahora está privado de hojas y de frutas porque aún debe ser invierno- se entra en la morada de Lázaro. Por los senderos del jardín hay mucha gente que va y viene. Son judíos pudientes y sus cabalgaduras están atadas en la entrada de la finca, que está rodeada por un muro y adornada con un pesado cancel de hierro, labrado como si fuera un enrejado árabe.

Al ver entrar a Jesús, algunos judíos se introducen en la vasta y bella casa que surge en medio del jardín y vuelven con una mujer alta y morena, con un perfil más bien acentuado, pero no por eso feo. Parece tener unos cuarenta años. Echa a correr hacia Jesús y le dice inclinándose y rompiendo a llorar copiosamente: "Maestro, que la paz sea contigo. Aunque para tu sierva ya no existe la paz. Lázaro ha muerto. Si hubieras estado aquí, no habría muerto. ¿Por qué no has venido antes, Maestro? ¡Lázaro, nuestro hermano, te llamó tanto! Y ahora, ya lo ves: yo estoy desolada y María llora y no encuentra consuelo y él ya no está aquí. Sabes cuánto le amábamos. Lo esperábamos todo en Ti. Pero aún ahora sigo esperando porque sé que, pidas lo que pidas al Padre, te lo concederá".

"Tu hermano resurgirá".

"Ya lo sé, Maestro. Resurgirá el último día".

"Yo soy la Resurrección y la Vida. Todo el que cree en Mí, aun muerto, vivirá. Y el que cree y vive en Mí, no morirá eternamente. ¿Lo crees de verdad?". Jesús pronuncia estas palabras con plena majestad y bondad. Tiene la mano apoyada en el hombro de Marta que, a pesar de ser alta, es mucho más baja que Él y alza levemente su rostro afligido para mirarle.

"Sí, Señor lo creo. Creo que Tú eres Cristo, el Hijo de Dios vivo, venido al mundo. Creo que puedes todo lo que quieres. Lo creo. Ahora voy a advertir a María".

Jesús espera en el Jardín. Se acerca a una hermosa fuente, cuyo surtidor riega el cuadro que la circunda y canta al caer en la taza donde los peces, al deslizarse velozmente, producen reflejos de oro y plata. Jesús no se preocupa de los judíos; para Él es como si no existieran, ni siquiera los mira. Cuando ha entrado, tampoco ha dicho como siempre: "Que la paz sea en esta casa".

Acude María y se echa a sus pies, los besa mientras solloza impetuosamente. La han seguido Marta y muchos judíos, que ahora acompañan su dolor.

También María, como Marta, se lamenta: "¡Oh, Señor! ¿Por qué no has venido antes? ¿Por qué te has alejado tanto de nosotros? Sabías que Lázaro estaba enfermo. Si hubieras estado aquí, mi hermano no habría muerto. ¿Por qué no has venido? Él tenía que vivir. Yo debía mostrarle que iba perseverando en el bien. ¡Ya le había angustiado tanto a mi pobre hermano! Tú podías dejármelo. Tú podías darle a la pobre María la dicha de consolarle tras haberle causado tanto dolor. ¡Oh, Jesús! ¡Maestro mío! ¡Mi Salvador! ¡Mi esperanza!".

"¡No llores, María! También tu Maestro sufre por la muerte de su amigo fiel. Mas te digo: no llores. ¡Levántate! ¡Mírame! ¿Crees que Yo, que te he amado tanto, *he hecho esto sin una razón?* ¿Puedes creer *que te he dado este dolor inútilmente?* Ven. Vayamos junto a Lázaro. ¿Dónde le habéis dejado?"

"Ven y verás".

Jesús aferra del codo a María y la obliga a levantarse y, sosteniéndola de ese modo, se encamina junto con Marta, que le enseña el camino.

Van hacia el límite del huerto. En ese punto, el terreno muestra anfractuosidades rocosas, porque no es un suelo llano y su composición es calcárea en muchas zonas de nuestros Apeninos.

"Maestro, tu amigo está enterrado allí", dice Marta llorando e indica una especie de portillo oblicuo –es decir, ni horizontal ni vertical- en un saliente de la roca.

Jesús observa y llora. Al verle llorar; las dos hermanas sollozan aún más fuerte, sobre todo María.

"Quitad esa piedra", ordena Jesús.

"No es posible, Maestro", responde Marta. "Está allí abajo desde hace cuatro días. Y sabes de qué mal murió. Sólo nuestro amor podía acudirle. Ahora ya hiede muy fuerte, a pesar de los ungüentos. ¿Qué quieres ver su podredumbre?".

"¿Acaso no te he dicho que, si crees, verás lo gloria de Dios? ¡Alzad esa piedra, lo quiero!"

Unos criados levantan la pesada piedra. Aparece una especie de galería oscura y en declive. No se ve nada más después que han levantado la tapia de esa especie de portillo.

Jesús alza los ojos, abre los brazos en cruz y reza en voz alta, mientras todos contienen el aliento: "Padre, te agradezco porque me has escuchado. Ya sabía que Tú me escuchabas siempre. Mas lo he dicho para quienes me rodean. Por eso he obrado como he obrado, para que crean en Ti, en Mí, para que crean que Tú me has mandado".

Por algunos minutos queda como extasiado, en íntima coexistencia con el Padre. Su rostro se transfigura. Parece más espiritual y luminoso. Su estatura parece aún más alta.

Luego avanza hasta el borde de la galería; ya no tiene los brazos en cruz, sino extendidos hacia adelante, con la palma de las manos vueltas hacia el suelo, ¡esas largas manos de las que fluye tanto bien!, y luego, con voz estentórea y ojos que relumbran como vivos zafiros exclama: "¡Sal, Lázaro!".

Está erguido en la entrada de la gruta y, por eso, con su voz retumba en la cavidad rocosa y su eco se difunde por todo el jardín,

La emoción estremece a los presentes, cuyo rostro palidece, cuya mirada denota estupor y atención. También las dos hermanas observan. Marta está de pie y María, de rodillas, sostiene en su mano, sin darse cuenta, una extremidad del manto de Jesús.

Una larga forma blanca se delinea en la oscura cavidad. Y el que había muerto, aún envuelto en las vendas y con el rostro cubierto, avanza hasta la entrada, mientras Jesús retrocede. El muerto avanza un paso y un paso retrocede Jesús, de modo que María se ve obligada a dejarle el manto.

Cuando el resucitado está ya en la entrada y se detiene allí, con el aspecto de una momia de pie, espectral y macabro contra el fondo oscuro de la gruta, Jesús ordena: "Quitadle las vendas y dejadle ir. Dadle vestidos y comida.

Marta quiere decir algo y comienza: "Maestro…".

Pero Jesús la interrumpe exclamando: "Venid aquí enseguida. Traed una túnica. Vestidle delante de todos y dadle de comer".

Los criados se apresuran, uno le lleva la túnica, otro suelta las vendas, uno le da el agua y otro la comida.

Las vendas van desenroscándose como una cinta. Son metros y metros de vendas estrechas, cuyo peso recargan los ungüentos y los humores humanos. Caen al suelo como un montón de escorias. También dejan caer el lienzo que está bajo las vendas, y que queda aún prendido en las vendas subyacentes, de modo que va deslizándose despacio a medida que dichas vendas caen.

Lázaro emerge lentamente de su capullo mortal y, precisamente, parece una crisálida que perfora el capullo. Aparecen el rostro, sumamente delgado, céreo y los cabellos embadurnados por los aromas, que también le mantienen cerrados los ojos. Luego quedan libres las manos que estaban unidas sobre el pubis.

Los criados y Marta se apresuran a asear los miembros, a medida que quedan al descubierto, por medio de una esponja impregnada en agua caliente aromatizada con algo que no conozco y que le da un aspecto róseo y opaco. Cuando Lázaro está limpio hasta la cadera y todos pueden ver que su cuerpo delgadísimo respira, Marta le viste con una escasa túnica que le llega hasta los muslos. Luego, amorosamente, le hace

sentar y le desatan y lavan también las piernas. Éstas muestran cicatrices de un rojo lívido, como si se tratara de heridas apenas cerradas. Marta y los criados profieren un "¡Oh!" de asombro. Jesús sonríe.

También los judíos observan. Se acercan, aunque conservan cierta distancia por temor a contaminarse con las vendas, según me parece, y miran, miran a Jesús, que sigue sin preocuparse de ellos, como si no estuvieran allí.

Le ponen las sandalias a Lázaro y él se levanta con firmeza y por sí mismo se pone la larga túnica que le alcanza Marta. Ahora excepto por estar tan pálido y delgado, su apariencia es como la de todos los demás. Por sí solo se lava otra vez las manos; luego cambia el agua y se lava de nuevo el rostro y toda la cabeza. Se seca. Y una vez que está limpio, va a postrarse a los pies de Jesús y se los besa.

Jesús le dice: "Bienvenido otra vez aquí, amigo. Que la paz y la alegría sean contigo. Vive para cumplir tu dichoso destino. Levántate, para que te dé el beso de saludo". Y los dos se besan en la mejilla.

Luego el mismo Jesús le ofrece un trozo de pastel, untado de miel según me parece, y una manzana y le sirve vino blanco.

Los judíos se quedan atónitos al ver que Lázaro come con el apetito de una persona sana. Las hermanas le acarician y dirigen amorosas miradas de adoración a Jesús.

La visión termina aquí.

25 de marzo de 1944

Isaías 7, 10-16.

Dice Jesús[17]

<<Lo que mi antiquísimo hijo[18], prudente, no quiso hacer debido al santo temor a Dios, por lo que resistió a las tentaciones que le mandé como prueba, lo pedís vosotros ahora y no se debe a una tentación mía, sino al arranque de vuestro espíritu rebelde, guiados por la fuerza del Mal, instigado por vuestro Enemigo, al que amáis más que a Mí, vuestro Señor Altísimo, por encima del cual no hay ningún otro.

Pedís un signo. Lo pedís con vuestro corazón impuro y con vuestros labios blasfemos. Es decir, que lo pedís de modo tal que es una mofa a mi potencia, que es la negación de mi existencia. Me provocáis para que dé un signo que me evidencie, porque dudáis de mi existencia.

También en tiempos de mi Hijo, los judíos le provocaron pidiéndole un signo de su Naturaleza[19] porque, en su interior, negaban que fuera el Hijo de Dios. Y el único signo que les demostró su deicidio fue el que se produjo después de la muerte de mi Verbo. Y nunca será perdonado el castigo de quienes fueron sordos y ciegos a los prodigios y a las palabras de mi Cristo.

No tenéis un signo de vuestro Dios porque Yo no me manifiesto a quien me niega. En cambio, tenéis múltiples signos del que adoráis como esclavos. Él, el Enemigo, multiplica sus señales y vosotros, que ya estáis próximos al tiempo de la adoración de la Bestia apocalíptica[20], os quedáis hechizados por ellas y juzgáis que el creador de tales señales es más que Yo, juzgáis que es el único que existe.. Os preguntáis: "¿Quién es Dios? ¿Qué es?, y en vuestro interior os respondéis, para justificar vuestros pecados: "Dios no existe".

Yo soy el que soy[21]. Soy tan superior a vosotros, que ya ninguna manifestación mía sería comprendida por ese mundo que ha descendido a las tinieblas y a la necesidad más espantosa. Lo que creéis progreso es, en realidad, vuestro retroceso hacia el crepúsculo de los primeros tiempos en los que los hombres, al perder a

[17] Aunque se menciona que habla Jesús, quien habla es el Padre Eterno, como está escrito al final del dictado.
[18] Se refiere a Ajaz rey de Judea.
[19] Mateo 16, 1-4; Marcos 8, 11-13; Lucas 11, 29-32.
[20] Apocalipsis 13, 1-18.
[21] Éxodo 3, 14.

su Dios y su Paraíso, se convirtieron en seres un poco superiores a las bestias y llevaron su corrupción hasta tal punto que me decidí a exterminar la raza que provocaba mi desdén[22].

El fin será como el principio. El círculo se cierra uniendo uno al otro los dos muñones tenebrosos. El nuevo diluvio, es decir, la ira de Dios, llegará bajo otra forma. Mas siempre se tratará de ira. Fiel a mi palabra[23], ya no mandaré el diluvio, *sino que dejaré que las fuerzas satánicas manden el diluvio de las satánicas maldades.*

Recibisteis la Luz. Os mandé mi Luz para que la parábola de la humanidad fuera iluminada por Ella. Os la mandé para que no pudiera decirse que quise manteneros en el crepúsculo de la espera. Si la hubierais acogido, *la otra parte del círculo que unirá el camino del hombre,* desde su comienzo hasta su fin, *habría estado iluminada por la Luz de Dios, y la humanidad habría quedado envuelta en esa Luz de salvación que, sin dolores y sin sobresaltos, os habría conducido a la Ciudad de la Luz eterna.*

Mas vosotros rechazasteis la Luz. Y Ella brilló en lo alto del círculo y luego permaneció cada vez más alejada de vosotros, que descendisteis por el otro camino sin decirle: "Señor, quédate con nosotros, pues ya llega la noche de los tiempos y no queremos perecer sin tu Luz". Como sucede en el curso del día, ¡oh hombres!, vosotros vinisteis hacia la Luz, la obtuvisteis, más luego volvisteis a las tinieblas. Y Ella, mi Luz, ni Verbo, se quedó como un Sol inmóvil en su Cielo, al que volvió porque de nuevo allí la condujo no por cierto la muerte, *sino vuestro rechazo,*

Ella, mi Luz, mi Verbo, quedó siendo Maestro, sólo para los pocos que la aman y que han acogido en sí su Luz, que ninguna tiniebla puede apagar porque ellos defienden, aun a costa de su propia vida, esta Luz, que es su amor. Por este amor tan fiel que manifiestan, éstos tendrán la Vida en Mí, pues ya poseen mi Emanuel y, por eso, ya tienen a Dios consigo. Es este Emanuel que concibió y dio a luz la Virgen, mi allegada; es el único signo que Dios envió a la casa de David, al reino de Judas, para que tuviera la seguridad de su perduración, que habría sido eterna si mi pueblo no hubiera rechazado a mi Emanuel.

En la profecía de mi profeta está dicho: "Se nutrirá con miel y mantequilla hasta que sepa rehusar lo malo y elegir lo bueno"[24]

Por su sabiduría –que perduró en Él a pesar de su condición de Hombre en quien se había aniquilado la Naturaleza divina-, bajo la exigencia de un amor tan grande que es incomprensible a vosotros –ese amor que le impulsó a Él, que es lo Infinito, a envilecerse en la miseria delimitada de una carne mortal-, Él supo distinguir siempre el Bien del Mal. No le hacían falta años para llegar a poseer la razón y la facultad de discernimiento. Y si, para no alterar el orden, quiso seguir las fases comunes de la vida humana, bajo la apariencia de la incapacidad infantil y de la semiincapacidad adolescente, escondía los tesoros de su Sabiduría infinita.

Pero estas palabras del profeta quieren decir que se nutriría de humildad y recato hasta el momento en que llegara su hora y se convirtiera en Maestro de Israel, Maestro del Mundo, Testimonio mío. Defensor de la causa del Padre y, como verdad que ya no debe estar oculta, brillara en la potencia de su Luz y de su Naturaleza mesiánica, usando la dulzura con los buenos, la severidad con los malvados, sacudiendo, inundando, fecundando los corazones, dando al hombre ese don, que Él no necesitaba, del discernimiento que le permitiera diferenciar el Bien del Mal, sin que quedara duda o sombra alguna en cuanto a ello.

Él vino para perfeccionar la Ley, para hacerla más clara con sus enseñanzas, para hacerla más fácil de seguir con su ejemplo. Vino y amó tanto el Bien y rechazó tanto el Mal, que aceptó morir para que el Bien triunfara en el mundo y en los corazones y el Mal fuera derrotado por su Sangre divina.

Ya no hubo miel y mantequilla para mi Cristo cuando llegó a la edad adulta. Hubo sólo vinagre y hiel en la hora extrema, pero ya fue precedido por el vinagre y la hiel que, metafóricamente, predominaron en sus tres años de vida pública, en la que siempre hubo contrastes con sus enemigos y dificultades por el peso que significaban sus amigos y discípulos.

[22] Génesis 6, 7.
[23] Génesis 9, 11.
[24] Isaías 7, 15.

Los labios de mi Cristo conservan aún la amargura de la hiel y el vinagre de esta raza arrogante. Y el Padre está entristecido por el dolor de su Hijo. Y su pena se convierte en ira por vosotros, que sois hombres que han perdido el espíritu fiel hacia el propio Dios. El Sacrificio que se repite en los altares terrenos ya no es salvación para vosotros. Mas así como en el Gólgota la Sangre del Hijo cayó sobre sus asesinos gritándome su dolor y provocando mi castigo, del mismo modo ahora cae sobre vosotros, ¡oh hipócritas y blasfemos, viciosos que negáis, que odiáis a Dios y al hombre, vuestro hermano!, y os marca a sangre y fuego preparándoos para la condena.

La Tierra grita como una criatura aterrorizada por los monstruos que se anidan en ella; el Universo tiembla de horror al ver los delitos que pueblan la Tierra; Yo, vuestro Dios, tiemblo de ira divina por vuestra corrupción en la carne, en la mente, en el espíritu. Y ni la piedad del Salvador, ni la de la Virgen y los Santos, logran aplacar con sus plegarias mi ira.

En verdad Yo digo como en tiempos de Moisés: "*Cancelaré de mi Libro a los que han pecado contra Mí y, si por una sola vez descendiera entre vosotros, os exterminaría"*[25]. En verdad Yo digo que *hablo como a un amigo sólo a los hijos que me quedan, porque por su fidelidad han merecido mi gracia y a ellos les mostraré mi Bien y tendré misericordia de ellos.* Y seré aún más indulgente con mi siervo Moisés, pues mi Hijo santísimo os ha traído su benevolencia y ha establecido el Reino de la Clemencia; por eso Yo, sin esperar el día de vuestra venida al Cielo, *haré que resplandezca en vosotros el Rostro de mi Cristo,* ¡oh, fieles hijos míos, que me adoráis con santo respeto y con amor filial!

Amad ese rostro porque quien lo ama, me ama. Amadlo porque es vuestra salvación. La Estrella no surgió solamente para Jacob[26], *sino para todos los que aman a Dios con todas sus fuerzas.* Y la Estrella-Cristo, tras las luchas en la Tierra, me los conducirá al Cielo, donde ya está preparado el puesto para vosotros, ¡oh bienaventurados para quienes mi Verbo no se encarnó en vano y mi Cristo no murió inútilmente!>>.

Después de tanto tiempo he vuelto a escuchar la voz del Padre. Creía que era Jesús quien desde esta mañana me hacía escuchar su comentario de este trozo de Isaías, que no fue tratado en Noviembre, cuando el Maestro me comentó a los Profetas. En cambio, era el Padre Eterno. Y me siento muy feliz a pesar de que este dictado es muy severo con la humanidad en general.

¡Que el Padre quiera aumentar cada vez más mi amor hacia Él, de modo que también yo logre el Cielo!

Después de haber escrito este dictado me he puesto a descansar; eran ya las dos de la madrugada del 26. He visto a la Madre, pero no en una visión sino como si estuviera en mi cuarto. ¡Hacía tanto tiempo que no la veía así, para mí sola, y esto me dolía mucho! Me he dormido sintiéndola junto a mí propiamente como una mamá y me he despertado sintiéndole aún a esa dulce presencia, que todavía me acompaña.

¡Qué bella es! ¡Cuanto más se le mira y cuanto más se le ama, tanto más aumenta su belleza!

28 de marzo de 1944

Dice Jesús:

"Por leer el Evangelio tan distraídamente como hacéis, se os escapan demasiadas verdades. Y tampoco asimiláis mejor las grandes enseñanzas, que adaptáis a vuestro modo de ver actual.

En tanto, debéis saber que el Evangelio no debe adaptarse a vosotros, sino que *vosotros debéis adaptaros al Evangelio.* El Evangelio es como es. Su enseñanza es tal en su primer siglo de vida y será igual también el último, aun cuando ese último siglo llegase dentro de miles de millones de años. Por entonces no sabréis vivir según el Evangelio –y, en verdad, ya sabéis hacerlo muy poco- pero no por eso el Evangelio cambiará. Él os dirá siempre las mismas verdades vitales.

[25] Éxodo 32, 33-34.
[26] Números 24, 17.

Ese deseo vuestro de adaptar el Evangelio a vuestro modo de vivir *es una confesión de vuestra miseria espiritual*. Si tuvierais fe en las verdades eternas y en Mí, que las proclamé, os esforzaríais por vivir de modo integral el Evangelio, tal como lo hacían los primeros cristianos. Y no digáis: "Pero la vida de hoy es tal que no podemos seguir a la perfección esas enseñanzas. Las admiramos pero somos demasiado diferentes de ellas como para poder seguirlas".

También los paganos de los primeros siglos eran muy diferentes, demasiado diferentes del Evangelio y, sin embargo, supieron seguirlo. Eran lujuriosos, ávidos, crápulas, crueles, escépticos, viciosos, pero supieron arrancar de sí mismos todas estas mezquindades, supieron dejar al desnudo su alma, hacerla sangrar para arrebatarla a los tentáculos de la vida pagana y, heridos de este modo en las ideas, en los afectos, en sus costumbres, supieron venir a Mí a decirme: "Señor, si Tú quieres, puedes sanarme"[27] Y Yo les sané. Yo cicatricé sus heroicas heridas.

Ya que es heroísmo saber arrancar de sí el mal por amor de una ley que se ha aceptado totalmente. Es heroísmo mutilarse de todo lo que es un obstáculo para seguirme. Es el heroísmo que Yo he indicado: "En verdad os digo que, para seguirme, hay qué dejar la casa, los campos, las riquezas, los afectos. Mas al que sepa dejarlo todo para venir a Mí, por el amor hacia mi nombre, le será dado cien veces más en la otra vida. En verdad os digo que, el que se regenere al seguirme poseerá el Reino y el último día vendrá conmigo a juzgar a los hombres"[28].

¡Oh, verdaderos fieles míos! Estaréis conmigo, conmigo, como una multitud jocunda* y refulgente en la hora de mi triunfo, de vuestro triunfo, pues todo lo que es Mío es vuestro, es de mis hijos, es de mis amados amantes de mis bienaventurados, de mi júbilo.

Mas ¡oh hombres! Hay que "regenerarse" para ser míos. Hay qué regenerarse. Citando mis palabras también lo dice Juan, mi predilecto, al hablar de Nicodemo como lo dice Mateo al hablar del joven rico[29]. Hay qué renacer. Hay qué regenerarse. Hay qué hacerse un alma nueva, ¡oh, nuevos gentiles del siglo veinte! Hay qué hacerse un alma nueva despojándose de los compromisos y de las ideas del mundo, para abrazar mi Idea y vivirla, vivirla verdaderamente, integralmente.

Así lo hicieron los gentiles de los primeros siglos y se convirtieron en los gloriosos santos del cielo y dieron civilización a la tierra. Así tenéis qué hacer vosotros si es verdad que me amáis, si es verdad que anheláis la otra vida, si es verdad que trabajáis para civilizar la tierra. ¡Esta tierra que ahora es más incivil que una tribu sepultada en las florestas vírgenes! ¿Por qué lo es? Porque me rechazó. El llamarse cristianos no quiere decir ser cristianos. El haber recibido un bautismo pro forma no lo significa. Ser cristianos quiere decir ser como Cristo dijo que hay qué ser, como lo repite el Evangelio.

Mas vosotros leéis poco el Evangelio, lo leéis mal, le quitáis todo lo que os molesta en las grandes enseñanzas. Y ni siquiera notáis las enseñanzas más delicadas.

Mas decidme, cuando un artista se dispone a realizar una obra, ¿se limita a desbastar el mármol si es escultor, a hacer un bosquejo si es pintor, a alzar muros si es arquitecto? Claro que no. Tras la parte fundamental de la tarea, se dedica a los detalles. Y estos requieren un trabajo mucho más largo que la tarea principal, pero son los que crean la obra de arte.

¡Con cuánto amor, con el cincel y el mazo, el escultor trabaja el mármol –que al profano parece ya vivo- para llevar a la perfección de obra! Parece un orfebre por lo minucioso y esmerado de su labor. Observad cómo ese rostro de piedra adquiere vida bajo la caricia (es tan diligente y leve que no puede ser más que una caricia) de la herramienta. Parece que en los ojos brilla la mirada, que la nariz se infla por la respiración, que la boca se ablanda en la curva de los tibios labios y los cabellos, ¡oh! los cabellos ya no están endurecidos en la piedra, por el contrario parecen dóciles y aireados como si el viento los moviera y una mano amorosa los despeinara.

---

[27] Como le dijo el leproso, según Mateo 8, 2; Marcos 1, 40; Lucas 5, 12.

[28] Mateo 19, 28-29; Marcos 10, 29-30; Lucas 18, 29-30.

* jacundo = plácido, alegre, agradable.

[29] Mateo 19, 16-30; (y también Marcos 10, 17-27; Lucas 18, 18-30); Juan 3, 1-21.

Mirad a ese pintor. La tela ya está acabada. Es bella, parece bella y perfecta. Pero él no se detiene. Bien, aquí se necesita una sombra azulada, casi negra, y allí un toque de carmín. En esta flor que resplandece en la mano de esa virgen se necesita una chispa de sol para que resalte aún más su candor de la perla. En esta mejilla se necesita una gota de llanto para evidenciar el gozo estático que sobrevive en medio de los tormentos. Hay que regar de rocío este campo florecido, por el que pasan y pacen los rebaños, para hacer resaltar más la seda de las corolas. El pintor no se detiene hasta que su obra es tan perfecta que hace exclamar "¡Es verdadera!" Y del mismo modo hacen el arquitecto y el músico y todos los verdaderos artistas que quieren dar al mundo obras de arte.

Y del mismo modo tenéis que hacer vosotros con la obra de arte de vuestra vida espiritual.

¿Qué creéis, que Yo, que era tan contrario a los discursos, agregué palabras solo por el gusto de decirlas? No; Yo dije lo absolutamente necesario para llevaros a la perfección. Y si en la gran enseñanza evangélica está lo que puede dar la salvación a vuestra alma, en los toques más menudos está lo que puede llevaros a la perfección.

El primer toque se refiere a los mandos; desobedecerlos significa morir para la Vida. El segundo, a los consejos; obedecerlos significa alcanzar una santidad cada vez más solícita y acercarse cada vez más a la perfección del Padre.

En el Evangelio de Mateo está dicho: "Al multiplicarse la iniquidad, la caridad de muchos se enfriará"[30]. ¡Oh, hijos!, he aquí una verdad que se medita muy poco.

¿De qué sufrís ahora?: sufrís de falta de amor. En el fondo, ¿que son las guerras? Son odio. Y, ¿qué es el odio? Es la antítesis del amor. Lo demás: las razones políticas, el espacio vital, las fronteras injustas, una afrenta política, son excusas, solamente excusas.

No os amáis. No os sentís hermanos. No os acordáis que provenís todos de una misma sangre, que nacéis todos del mismo modo, que morís todos del mismo modo, que todos tenéis hambre, sed, frío, sueño, del mismo modo; que todos necesitáis pan, vestidos, un lecho, calor, del mismo modo. No os acordáis que Yo he dicho: "Amaos. Por el modo en que os amaréis, se comprenderá si sois mis discípulos. Amad al prójimo como a vosotros mismos"[31]

Creéis que estas palabras son embustes. Creéis que mi doctrina es la de un loco. La sustituís con muchas doctrinas humanas, doctrinas pobres o malvadas según quien las creó. Mas, aún las más perfectas de ellas son imperfectas, si son diferentes de las mías. Buena parte de ellas será de metal preciado, como la mítica estatua[32], pero la base será de fango y, al final, causará el derrumbe de toda la doctrina. Y, con el derrumbe, causará la ruina de los que se habían apoyado en ella. Mi doctrina no se derrumba. Quien se apoya en ella no se arruina; por el contrario, asciende a una seguridad cada vez mayor: sube al Cielo, a la alianza con Dios en la Tierra, al goce de Dios más allá de la Tierra.

Mas la caridad no puede existir donde existe la iniquidad, porque la caridad es Dios y Dios no convive con el Mal. Por eso, el que ama el Mal odia a Dios y, al odiar a Dios, aumenta sus iniquidades y se separa cada vez más de Dios-Caridad. Éste es el círculo del que no se sale y que se estrecha para torturaros.

Los potentes y los humildes, todos habéis aumentado vuestras culpas, habéis desatendido el Evangelio, habéis escarnecido los Mandamientos, os habéis olvidado de Dios –pues no puede afirmar recordarle el que vive siguiendo la carne, el que vive siguiendo la soberbia de la mente, el que vive siguiendo los consejos de Satanás-; habéis pisoteado la familia, habéis robado, blasfemado, asesinado, dado falso testimonio, mentido, fornicado. Habéis hecho lícito lo ilícito robando aquí un puesto, una esposa, un patrimonio; robando allí, aún más arriba, el poder o la libertad nacional y habéis aumentado vuestro latrocinio con la culpa de la mentira, para justificar ante el pueblo vuestras acciones que lo envían a la muerte. ¡Habéis engañado a esa pobre gente que no pide más que vivir tranquila! Y en cambio vosotros incitáis, con venenosas mentiras, las unas contra las otras para aseguraros un bienestar que no es lícito conseguir con el precio de la sangre, de las lágrimas, del sacrificio de naciones enteras.

[30] Mateo 24, 12.
[31] Juan 13, 34-35; 15, 12.
[32] Daniel 2, 31-45.

Mas ¡cuánta culpa individual existe en la gran culpa de los potentes! La base de la Culpa está formada por el cúmulo de las pequeñas culpas individuales. Si cada uno viviera santamente, sin la avidez de la carne, del dinero, del poder, ¿cómo podría originarse la Culpa? Aún existirían los delincuentes, pero serían inocuos pues nadie les secundaría. Como locos aislados convenientemente, seguirán delirando tras sus obscenos sueños de abusos, pero esos sueños nunca llegarían a ser realidad. Por mucho que Satanás les ayudara, su ayuda quedaría anulada por la unión contraria de toda la humanidad santificada por vivir según la doctrina de Dios. Y, además, la humanidad tendría consigo a Dios, a Dios que es clemente con sus hijos obedientes y buenos. Por lo tanto la caridad, viva y santificante, reinaría en los corazones y desaparecería la iniquidad.

¿Comprendéis, ¡oh, hijos!, la necesidad de amar para no ser inicuos, y la necesidad de no ser inicuos para poseer el amor? Esforzaos en amar. ¡Si amarais… sólo un poquito! ¡Si comenzarais a amar! Bastaría comenzar y luego todo progresaría por sí mismo.

No puede cosecharse la mies si la espiga no madura. La espiga no puede madurar si no se forma. Y la espiga no puede formarse si no se forma el brote. Mas, si el campesino no arroja la pequeña semilla en el terrón, ¿podría surgir de ese surco el verde brote que, como una copa viva, sostiene la gloria de las espigas? ¡Es tan pequeña la semilla! Y, sin embargo, rompe el terrón, penetra en la tierra, la sorbe como una boca ávida y luego alza al sol su pompa bendita de futuro pan y, sea con su color de esperanza o con su oro que murmura al viento y esplende al sol, canta la bendición a El que da al hombre el Pan y el pan. Si ya no existiera esa semilla, tan pequeña que hacen falta muchas de ellas para colmar el buche de un gorrión, tampoco tendrías la Hostia en el altar. Moriríais de hambre física y de inedia espiritual.

Poned en cada corazón una semilla, una pequeña semilla de caridad. Dejadla penetrar en vosotros. Haced que crezca en vosotros. Mudad vuestra desnuda avidez en ubérrimo florecer de obras santas, nacidas todas ellas de la caridad. La tierra, que ahora está toda cubierta de abrojos y espinas, mudaría su aspecto y su esperanza, que hoy es tortura y se convertiría en una buena y plácida morada, como una anticipación del bienaventurado del Cielo. Amarse los unos a los otros ya es estar en el Cielo, porque el Cielo es solamente amor.

Leed, leed el Evangelio, leed aun sus frases más breves. Vividlo en estos toques suyos de perfección. Comenzad por el amor. Parece ser el precepto y el consejo más difícil, pero es la clave de todo: de todo el Bien, de todo el Gozo, de toda la Paz>>.

29 de marzo de 1944

11 de la mañana.

Dice Jesús:

<<Escribe: "Contra el poder del Demonio, cada poder tiene la Cruz", y luego describe lo que verás.

Es la semana de Pasión, la que prepara para el triunfo de la Cruz. Sobre los altares, la Cruz está velada mas, para quien lo ama y lo invoca, el Crucifijo obra más que nunca en su glorioso patíbulo, detrás de su velo.

Describe>>.

Veo a una joven, algo más que adolescente, que está con un joven de unos treinta años. La joven es bellísima: es alta, morena, bien formada. También el joven es muy hermoso pero, del mismo modo que en el aspecto de la joven, aun en su gravedad, hay tanta dulzura, es poco simpático el aspecto del joven, no obstante su forzada sonrisa. Parecería que, bajo una apariencia benévola, albergara un ánimo odioso y siniestro.

Está insistiendo en sus declaraciones de afecto y afirma que está dispuesto a hacer de ella una esposa feliz, la reina de su corazón y de su casa. Pero la joven, a la que oigo llamar "Justina", rechaza estas propuestas amorosas con serena constancia.

“Pero, tú, Justina, podrías hacer de mí un santo de tu Dios, visto que, como sé, eres cristiana. No soy un enemigo de los cristianos. No permanezco incrédulo en cuanto a las verdades de ultratumba. Creo en la otra vida y en la existencia del espíritu. Creo que hay seres espirituales que velan sobre nosotros y se manifiestan y nos ayudan. Me ayudan también a mí. Como ves, creo en lo que tú crees y jamás podría acusarte, pues entonces tendría que acusarme de tu mismo pecado. A diferencia de muchos, no creo que los cristianos sean hombres que ejercitan malvadas hechicerías. Y estoy convencido de que nosotros dos, juntos, haremos cosas importantes”.

“No insistas, Cipriano. No discuto tus creencias. Y también quiero creer que juntos haremos cosas importantes. Tampoco niego que soy cristiana y llego a admitir que amas a los cristianos. Rezaré porque llegues a amarles hasta el punto de convertirte en un paladín entre ellos. Entonces, si Dios así lo quiere, estaremos unidos en una misma suerte, pero en una suerte completamente espiritual, pues me niego a otro tipo de uniones: quiero conservarme toda yo misma para el Señor a fin de obtener esa Vida en la que afirmas creer tú también, y así llegar a poseer la amistad de esos espíritus que velan sobre nosotros –como tú mismo admites- y que realizan, en nombre del Señor, obras de bien”.

“¡Pon atención Justina! Mi espíritu protector es potente. Te obligará a ceder”.

“¡Oh, no! Si es un espíritu del Cielo, querrá sólo lo que Dios quiere. Y si Dios quiere para mí la virginidad y, espero, también el martirio. Por lo tanto, tu espíritu no podrá inducirme a algo, que es contrario a la voluntad de Dios. Y si no fuera un espíritu del Cielo, nada podría contra mí, pues sobre mí se alza el signo vencedor. Ese signo está vivo en la mente, en el corazón, en el espíritu, en la carne y, por eso, la carne, la mente, el corazón, el espíritu, saldrán victoriosos sobre las voces que no sean la de mi Señor. Ve en paz, hermano, y que Dios te ilumine para que conozcas la verdad. Rezaré por la luz de tu alma”.

Cipriano abandona la casa mascullando amenazas que no comprendo bien. Justina derrama lágrimas de piedad mientras le ve partir. Luego se retira para rezar; pero antes tranquiliza a dos viejecitos, que seguramente son sus padres y que han acudido tan pronto como el joven se ha marchado. “No temáis. Dios nos protegerá y hará que Cipriano sea de los nuestros. Rezad también vosotros y tened fe”.

La visión tiene dos partes, como si el lugar estuviera dividido en dos zonas. En una veo el cuarto de Justina y en la otra una habitación en la casa de Cipriano.

Justina reza ante una cruz desnuda, trazada entre dos ventanas como si fuera un ornato y coronada por la figura del Cordero que, de una parte está flanqueada por el pez y de la otra por una fuente que parece recibir su líquido de las gotas de sangre que brotan de la garganta desgarrada del Cordero místico. Comprendo que son figuras del simbolismo cristiano en auge en esos tiempos crueles. En el aire, sobre Justina que está rezando de rodillas veo suspendida una dulce claridad que, a pesar de ser incorpórea, tiene la apariencia de un ser angelical.

En cambio, en el cuarto de Cipriano se encuentra éste en medio de instrumentos y signos cabalísticos y mágicos; está ocupado en echar en un trípode unas sustancias que me parecen resinosas, que provocan densas espirales de humo. Sobre ellas Cipriano traza ciertos signos mientras murmura las palabras de algún rito misterioso. El ambiente se satura de una niebla azulada que vela los contornos de las cosas trémulas. Entonces, en este ámbito se forma un punto fosforescente, que poco a poco va agrandándose hasta alcanzar un volumen semejante al de un cuerpo humano. Oigo algunas palabras, pero no comprendo su significado. En cambio, veo que Cipriano se arrodilla y hace gestos de veneración como si le rogara a un ser potente. La niebla desaparece lentamente y Cipriano vuelve a estar solo.

Mientras tanto en el cuarto de Justina se produce un cambio. Un punto, que brilla y danza como un fuego fatuo, traza círculos cada vez más estrechos en torno a la joven que está rezando. Mi amonestador interior me advierte que ésta es la hora de la tentación para Justina y que tras esa luz se oculta un ser maligno que, suscitando sensaciones y visiones mentales, intenta despertar los sentidos de la virgen de Dios.

No veo lo que ella está viendo. Veo solamente que sufre y que, cuando está por ser avasallada por la potencia oculta, la vence haciéndose la señal de la cruz y repitiéndola en el aire con una pequeña cruz que lleva en el seno. Y cuando por tercera vez sufre la tentación –y en este caso debe ser violenta-, Justina se apoya en la cruz trazada en el muro y con las dos manos levanta ante sí la otra cruz, la pequeña. Parece un

luchador aislado que se defiende la espalda apoyándose a un reparo indestructible y por delante con un escudo invencible. La luz fosforescente no resiste a este doble signo y desaparece. Justina sigue rezando.

Aquí hay una laguna pues la visión está truncada, pero la recupero luego con los mismos personajes. Veo siempre a la virgen y a Cipriano, que mantienen un intenso coloquio en presencia de muchos individuos, que se han unido a Cipriano para rogarle a la joven que ceda y se case para liberar a la ciudad de la epidemia.

Justina responde: "No soy quien debe cambiar idea, sino vuestro Cipriano. Él debe despojarse de la esclavitud de su espíritu malvado y entonces la ciudad estará a salvo. En cuanto a mí, ahora más que nunca permanezco fiel al Dios en que creo y a Él lo sacrifico todo por el bien de vosotros. Y ahora se verá si el poder de mi Dios es superior al de vuestros dioses y al del Malvado que éste adora".

La muchedumbre se agita, una parte está contra Cipriano y otra contra la joven…

…que luego veo junto a Cipriano, ahora mucho más adulto y con los signos sacerdotales: lleva el palio y sus cabellos ya no son tan largos como antes, ni están adornados: ahora tiene la típica tonsura redondeada.

Están esperando el suplicio en la prisión de Antioquía y Cipriano recuerda a su compañera una vieja conversión.

"Pues bien, ahora va a cumplirse lo que, de modo diverso, profetizamos que sucedería. Ha triunfado tu cruz, Justina. Has sido mi maestra y no mi esposa. Me has librado del Mal y me has conducido a la Vida. Lo comprendí cuando el siniestro espíritu que yo adoraba me confesó que su poder no era suficiente para vencerte. Me dijo: "Ella triunfa por la Cruz. Mi poder queda anulado ante ella. Su Dios Crucificado es más potente que todo el infierno reunido. Ya me venció infinitas veces y me vencerá siempre. Quien cree en Él y en su Signo está a salvo de toda insidia. Sólo el que no cree en Él y desprecia su Cruz cae en nuestro poder y perece en nuestro fuego". No quise arder en ese fuego; quise conocer el Fuego de Dios, que te hacía tan bella y pura, tan potente y santa. Eres la madre de mi alma y, puesto que lo eres, te ruego que en esta hora nutras mi debilidad con tu fuerza para que juntos subamos a Dios".

"Hermano mío, ahora tú eres mi obispo. En nombre de Cristo, nuestro Señor; absuélveme de toda culpa para precederte, más pura que un lirio, en la gloria".

"Yo no te absuelvo porque en ti no hay culpas, te bendigo. Y tú, perdona a tu hermano todas las insidias que te tendió. Ruega por mí, que cometí tantos errores".

"Tu sangre y tu amor actual lavan toda huella de error. Recemos juntos: "Pater noster…".

Pero entran los carceleros y turban la augusta plegaria.

"¿Aún no os bastan los tormentos? ¿Resistís aún? ¿No ofreceréis sacrificios a los dioses?".

"Ofrecemos a Dios el sacrificio de nuestro propio ser; se lo ofrecemos al Dios verdadero, único, eterno, santo. Dadnos la Vida, la que queremos. Dadnos la muerte por Jesucristo, Señor del mundo y de Roma; por el Rey potente ante quien César es sólo polvo mezquino; por el Dios ante el cual se inclinan los ángeles y tiemblan los demonios".

Los verdugos, airados, les arrojan al suelo, les arrastran sin lograr separarlos, pues las manos de los dos héroes de Cristo están como soldadas la una a la otra.

Así van al lugar del martirio, que parece ser una de las usuales aulas de los Cuestores. Los dos mandobles, asestados por dos musculosos justicieros, cortan las dos heroicas cabezas y dan alas para el Cielo a las almas.

La visión termina de este modo.

Dice Jesús:

<<La historia de Justina de Antioquía y de Cipriano es una de las más bellas en favor de mi Cruz.

Ella, el patíbulo regado con mi Sangre, obró infinitos milagros a lo largo de los siglos. Y los obraría aún si vosotros tuvierais fe en ella. El milagro de la conversión de Cipriano, cuya alma estaba en poder de Satanás y que luego se convirtió en un mártir de Jesús, es uno de los más poderosos y bellos.

¡Oh, hombres!, ¿qué es lo que veis? Veis a una joven sola, con una pequeña cruz entre las manos y otra ligeramente trazada en el muro. Veis a una joven, cuyo corazón está convencido verdaderamente del poder de la Cruz y que en ella se refugia para vencer.

Frente a ella veis a un hombre, cuyos tratos ilícitos con Satanás le colman de todos los vicios capitales. En él albergan la lujuria, la ira, la mentira, la ceguera espiritual, el error. En él tienen lugar el sacrilegio y el connubio con las fuerzas infernales. En su ayuda acude el señor del Infierno y con todas sus seducciones.

Pues bien: vence la joven. Y no basta: constreñido por una fuerza invencible, Satanás debe confesar la verdad y perder a su secuaz. La virgen fiel obtiene el triunfo no sólo para sí, sino también para su ciudad y libra a Antioquía del maleficio que, bajo forma de peste, se difunde y mata a los ciudadanos. Y obtiene el triunfo también para Cipriano que, de siervo de Satanás, se hace siervo de Cristo. La mano de una jovencita que sostiene la cruz vence pues al demonio, al hombre y vence también la enfermedad.

Conocéis poco a esta mártir mía. Sin embargo, tendríais que representarla con su pequeña mano armada con la cruz, erguida sobre la piedra que cierra el Infierno, bajo la cual Satanás gruñe, ya vencido y prisionero. Tendríais que recordarla así, tendríais que imitarla así, visto que Satanás hoy más que nunca recorre la Tierra y desencadena sus fuerzas perversas para haceros perecer. Lo único que puede vencerle es la Cruz. Recordad que él mismo confesó: "El Dios Crucificado es más potente que todo el Infierno. Me vencerá siempre. Quien cree en Él está a salvo de toda insidia".

¡Hijos míos, hay que tener fe, fe! Es una cuestión vital para vosotros o creéis y recibiréis el bien, o no creéis y conoceréis el mal cada vez más.

¡Oh vosotros, los que creéis! Usad con veneración este signo. ¡Oh vosotros, los que dudáis! Y con la duda lo habéis cancelado de vuestro espíritu como si ácidos corrosivos lo hubieran carcomido (en efecto, la duda es tan corrosiva como un ácido), volved a esculpir en vuestra mente y en vuestro corazón este signo que os asegura la protección divina.

Si ahora la cruz está velada para simbolizar mi muerte[33], que no lo sea jamás en vuestro corazón; que resplandezca en él como sobre un altar, que sea para vosotros la luz que os guía al puerto; que sea el estandarte en el que se fije vuestra mirada dichosa en el último día, cuando por ese signo Yo separaré las ovejas de los cabritos y a estos los arrojaré a las tinieblas eternas y me llevaré conmigo, a la luz, a mis bienaventurados>>.

Luego Jesús me dice:

<<Tú has probado el poder de la Cruz. No tienes duda acerca de la veracidad de la visión, porque también tú viste huir a Satanás cuando tu mano alzó mi cruz[34]. ¡Mas, cuán pocos son los que creen de este modo! Y, dado que no creen, ni siquiera recurren a este signo bendito.

También esta visión debe ser incluida en los evangelios de la fe. No es Evangelio, pero es fe. Y, en el fondo, también es Evangelio puesto que Yo he dicho: "Al que crea en Mí, le daré el poder de pisar sobre serpientes y escorpiones y sobre el poder del enemigo y nada podrá hacerle daño[35].

Que tu fe aumente con cada latido de tu corazón. Y si este, por cansancio, hace más lentos sus latidos, que no se haga más lenta tu creencia.

Cuanto más se acerca la hora de la reunión con Dios, tanto más es necesario aumentar la fe, porque en la hora de la muerte el astuto feroz, adulador Satanás -que no se ha cansado de turbaros con sus insidias y ha intentado plegaros con sonrisas, con cantos, con rugidos y silbidos, con caricias y uñazos- aumenta sus iniciativas para arrancaros al cielo. Esta es justamente la hora de abrazarse a la Cruz para que las ondas de la última tempestad satánica no os sumerjan. Luego llegará la paz eterna.

¡Ánimo, María!, que la cruz sea tu fuerza ahora y en la hora de la muerte.

[33] Durante la semana de pasión, en las iglesias se usaba proceder de este modo, como se recuerda al principio en el breve dictado.
[34] Se trata de una probable alusión al episodio que se lee en la Autobiografía.
[35] Lucas 10, 19.

Que la cruz de la muerte, la última cruz del hombre, tenga dos brazos: uno mi misma cruz y el otro el nombre de María. Entonces la muerte acontecerá en la paz de los que están libres hasta de la cercanía de Satanás, porque éste, el Maldito, no soporta la Cruz ni el nombre de mi Madre.

Es necesario que muchos sepan esto, porque todos debéis morir y todos necesitáis de esta enseñanza para salir victoriosos de la extrema infamia de quien os odia infinitamente>>.

30 de marzo de 1944

Veo una gruta pedregosa en la que hay un jergón formado por hojas secas amontonadas sobre una rústica armazón de ramas entrelazadas y atadas por juncos. ¡Debe ser tan cómodo como un instrumento de tortura! En la gruta hay, además, una piedra grande que sirve como mesa y otra más pequeña como asiento. En la zona más profunda de la gruta hay otra piedra; se trata de un fragmento saliente de la roca que tiene una superficie bastante lisa, bruñida; no sé si este aspecto es natural o si es el resultado de una paciente y fatigosa labor humana. En realidad parece un rústico altar sobre el que está apoyada una cruz hecha con dos ramas atadas con mimbres. Además el habitante de la gruta ha plantado una hiedra en una grieta terrosa del terreno y ha extendido sus ramos hasta abrazar y enmarcar la cruz, mientras que en dos toscos vasos que parecen modelados en arcilla por una mano inexperta hay algunas flores silvestres que ha recogido en las cercanías y, justo al pie de la cruz, en una concha gigantesca, hay una pequeña planta de ciclamen silvestre, con sus hojitas lustradas y dos gemas a punto de florecer. Al pie de este altar hay un haz de ramos espinosos y un flagelo hecho con sogas anudadas. También hay una tosca tinaja con agua, y nada más.

Por la estrecha y baja abertura se ven al fondo los montes y, dada la oscilante claridad que se entrevé aún más lejos, se diría que desde este punto se divisa el mar, pero no puedo asegurarlo. Sobre dicha abertura cuelgan ramos de hiedra, madreselvas y rosales silvestres, es decir, todo el pasto vegetal de los lugares montañosos, y forman como un velo movedizo que separa el interior del exterior.

Una mujer enjuta, que lleva un rústico vestido oscuro y sobre éste, una piel de cabra que le sirve de manto, entra en la gruta apartando los ramos colgantes. Parece exhausta. Su edad es indefinible. A juzgar por su rostro ajado, se le darían muchos años, más de sesenta. A juzgar por la cabellera, aún bella, abundante, dorada, no se le darían más de cuarenta. Lleva el cabello anudado en dos trenzas que caen sobre los hombros curvos y flacos: Son lo único que reluce en medio de ese ambiente escuálido. Habrá sido hermosa, por cierto: su frente se conserva aún lisa y erguida, la nariz está bien delineada y el contorno del rostro, a pesar de estar enflaquecido por las penurias es regular. Pero sus ojos ya no brillan, están hundidos profundamente en las órbitas y cercados de dos cárdenas ojeras: son dos ojos que han vertido muchas lágrimas. Dos arrugas como dos cicatrices esculpidas desde el ángulo de los ojos y a lo largo de la nariz, se pierden en otra arruga, típica de los que han sufrido mucho, que desciende, como un acento circunflejo, desde las fosas nasales hasta la comisura de los labios. Las sienes parecen hundidas y en su intensa palidez se diseñan las venas azules. Un pliegue de desaliento curva su boca, de un rosa palidísimo: antaño debe de haber sido una boca espléndida, pero ahora es una boca marchita en la que la curva de los labios se asemeja a la de dos alas rotas que penden. Es una boca doliente.

La mujer se arrastra hasta la piedra que sirve de mesa y apoya en ella arándanos y fresas silvestres. Luego va hacia el altar y se arrodilla, pero está tan agotada que, al hacerlo, casi se cae y tiene qué sostenerse en la piedra con una mano. Reza mirando la cruz mientras sus lágrimas descienden por el surco de las arrugas hasta los labios que las beben. Luego deja caer la piel de cabra de modo que queda cubierta solamente por su burda túnica y coge el flagelo y los espinos. Estrecha en torno a la cabeza y las caderas los ramos espinosos y se flagela con las cuerdas, pero está demasiado débil para lograrlo; deja caer el flagelo y, apoyándose al altar con ambas manos, dice: "¡Oh, Rabí, ya no puedo, no puedo sufrir más en recuerdo de tu dolor!".

Reconozco su voz. Es María Magdalena. Estoy en su gruta de penitente.

María llora. Llama a Jesús amorosamente. Ya no puede sufrir más, pero puede amar aún. Su carne mortificada por la penitencia ya no resiste el agobio de la flagelación, pero su corazón aún experimenta latidos de pasión y consume amando sus últimas fuerzas. Y, por eso, con la frente coronada de espinas y la

cintura estrechada por ellas, ama hablándole a su Maestro en una continua profesión de amor y en un renovado acto de dolor.

Resbala hasta quedar con la frete contra el suelo. Es la misma postura que tenía en el Calvario, frente a Jesús tendido en el regazo de María; la misma que tenía en la casa de Jerusalén cuando la Verónica desplegaba su vuelo; la misma que tenía en el huerto de José de Arimatea cuando Jesús la llamó y ella le reconoció y adoró. Pero ahora llora porque Jesús no está.

"Maestro mío, la vida se me escapa. ¿Tendré qué morir sin volver a verte? ¿Cuándo podré deleitarme en tu rostro? Mis pecados están frente a mí y me acusan. Tú me has perdonado, y por eso creo que el infierno no me alcanzará. Mas ¡cuánto debo esperar en la expiación antes de vivir de Ti! ¡Oh, buen Maestro, por el amor que me has dado, consuela mi alma! La hora de la muerte ha llegado. ¡Por tu muerte desolada en la cruz, conforta a tu criatura! Tú me engendraste, no lo hizo mi madre. Tú me resucitaste más que a Lázaro, mi hermano, porque él era bueno y no podía más que esperar la muerte en tu Limbo. Yo estaba muerta en el alma y, por eso, morir quería decir morir para la eternidad. ¡Jesús, en tus manos encomiendo mi espíritu! Es tuyo, porque Tú lo has redimido. Como última expiación acepto conocer, como Tú, la dureza de morir abandonada. Pero dame una señal que me demuestre que mi vida ha servido para expiar mi pecado"[36].

"¡María". Aparece Jesús. Se diría que baja de la rústica cruz, pero ya no está moribundo y cubierto de llagas: ahora es tan hermoso como en la mañana de la Resurrección. Desciende del altar y va hacia la mujer arrodillada. Se inclina hacia ella. Vuelve a llamarla y, dado que ella cree que esa voz resuena porque la percibe en su espíritu y sigue con la frente contra el suelo, sin ver la luz que irradia Cristo, Él la toca posándole una mano sobre la cabeza y tomándola por el brazo para ayudarla a levantarse, como en Betania.

Cuando ella percibe ese roce y reconoce esa mano afilada, exhala un alarido, alza su rostro transfigurado por el júbilo y vuelve a bajarlo para besar los pies de su Señor.

"Álzate, María. Soy Yo. La vida huye, es verdad. Mas Yo vengo a decirte que Cristo te espera. María no debe esperar. Todo le ha sido perdonado. Le fue perdonado desde el primer momento. Mas ahora está más que perdonado: tu lugar ya está listo en mi Reino. He venido a decírtelo, María. No le ordené al ángel que lo hiciera porque Yo doy cien veces más de lo que recibo y recuerdo todo lo que recibí de ti. María, revivamos juntos esa hora pasada. Acuérdate de Betania[37]. Era la tarde siguiente al sábado. Faltaban seis días para mi muerte. ¿Recuerdas tu casa? Era hermosa, envuelta en la cerca florecida de su huerto. El agua cantaba en la fuente y las primeras rosas perfumaban en torno a sus muros. Lázaro me había invitado a su cena y tú habías despojado el jardín de sus flores más bellas para adornar la mesa donde tu Maestro iba a tomar su alimento. Marta no había osado reprocharte porque recordaba mis palabras[38] y te miraba con dulce envidia, porque resplandecías de amor yendo y viniendo para los preparativos. Y luego, llegué. Tú, más veloz que una gacela, precediste a los criados y corriste a abrir el cancel con tu grito habitual que parecía, siempre, el grito de una prisionera liberada. En efecto, Yo era tu liberación y tú una prisionera liberada. Los apóstoles venían conmigo. Venían todos, también el que era como un miembro gangrenoso del cuerpo apostólico. Pero allí estabas tú para tomar su puesto y no sabías que, al mirar tu cabeza inclinada para besar mis pies y tu mirada sincera y llena de amor, al mirar sobre todo tu espíritu, Yo olvidaba el disgusto de tener a mi lado al traidor. Por eso te quise en el Calvario. Por eso te quise en el huerto de José. Porque verte significaba estar seguro de que mi muerte no carecía de objeto y mostrarme a ti era el agradecimiento por tu fiel amor. ¡Oh María, bendita seas, tú que no has traicionado nunca, que me has confirmado mi esperanza de Redentor; tú, en quien vi a todos los que se salvaron por mi muerte! Mientras todos comían, tú adorabas. Me habías dado agua perfumada para mis pies cansados, besos castos y ardientes para mis manos y, aún no contenta con ello, quisiste romper el último vaso precioso que te quedaba y ungirme y ordenarme el cabello como una madre, y ungirme las manos y los pies para que todo en tu Maestro perfumara como los miembros de un Rey consagrado… Y Judas, que te odiaba porque ahora eras honesta y, con tu honestidad, rechazabas la avidez de los machos, te reprochó… Mas Yo te defendí porque todo eso lo habías hecho por amor, un amor tan grande

[36] En los escritos de María Valtorta y, en particular, en la vasta obra sobre el Evangelio, María Magdalena, hermana de Marta y Lázaro, está identificada con la pecadora, sin nombre de Lucas 7, 36-50.
[37] Mateo 26, 6-13; Marcos 14, 3-9; Juan 12, 1-11.
[38] Lucas 10, 38-42.

que su recuerdo me acompañó en la agonía, desde la tarde del jueves hasta la hora de nona… Ahora, por este acto de amor que me diste en los umbrales de mi muerte, Yo vengo a devolverte amor en los umbrales de tu muerte. María, tu Maestro te ama. Él está aquí para decírtelo. No temas, no te angusties con la idea de otra muerte. Tu muerte no es diferente de la de quien derrama su sangre por Mí. ¿Qué ofrece el mártir? Ofrece su vida por amor de Dios. ¿Qué ofrece el penitente? Ofrece su vida por amor de su Dios. ¿Qué ofrece el que ama? Ofrece su vida por amor de su Dios. Como ves no hay diferencia. El martirio, el amor, la penitencia, cumplen el mismo sacrificio y lo cumplen por el mismo fin. Por lo tanto, el martirio se cumple en ti que eres penitente y amante, como en quien perece en la arena. María, te precedo en la gloria. Bésame la mano y reposa en paz. Reposa. Ya es tiempo para ti de reposar. Reposa y espera. Te bendigo, ¡oh bienaventurada!".

Jesús ha obligado a María a acostarse en su jergón. Y la santa, con el rostro lavado por el llanto de su éxtasis, ha obedecido la voluntad de su Dios y ahora parece dormir con los brazos cruzados sobre el pecho, mientras las lágrimas siguen brotando pero la boca ríe.

Se incorpora cuando la gruta se ilumina por un vivísimo resplandor a la llegada de un ángel; éste sostiene un cáliz que apoya en el altar y luego permanece en adoración. También María, que está arrodillada junto a su mísero lecho, está en adoración. Ya no puede moverse. Sus fuerzas van disminuyendo, pero se siente feliz. El ángel coge el cáliz y le da la comunión. Luego sube otra vez al Cielo.

Como una flor abrasada por el sol excesivo, María se dobla, se dobla con los brazos aún cruzados sobre el pecho y cae hundiendo el rostro en la hojarasca del jergón. Ha muerto. El éxtasis eucarístico ha cortado la última fibra vital.

Mientras Jesús hablaba, yo veía la escena descrita: la casa de Betania, toda florecida y de fiesta; la sala del banquete, preparada fastuosamente. Veía a Marta, empeñada en los quehaceres y a María, que se ocupaba de las flores.

Y luego veía la llegada de Jesús con los doce y el encuentro con María, que le conduce a la casa; prontamente Lázaro va al encuentro del Maestro y entra con Él en la casa, en una sala que precede al del banquete. María lleva una jofaina con agua y quiere lavar ella misma los pies a Jesús. Luego cambia el agua y sostiene la jofaina hasta que Jesús termina de lavarse las manos y cuando Él le devuelve la toalla, le coge de las manos y se las besa. Luego se sienta en el suelo, sobre un tapiz que cubre el piso, a los pies de Jesús, y le escucha hablar con su hermano; éste muestra a Jesús unos rollos. Son obras que ha comprado recientemente en Jerusalén. Jesús discute con Lázaro acerca del contenido de dichas obras y, según me parece, le explica los errores doctrinales contenidos en ellas o la diferencias entre esas doctrinas pertenecientes a la gentilidad y las doctrinas verdaderas. Debe de tratarse de obras literarias que Lázaro, que es rico y culto, ha querido conocer. María no habla nunca. Escucha y ama.

Luego van a cenar. Las dos hermanas sirven la mesa. No comen. Comen solamente los hombres. También los criados van y vienen transportando los platos, que son costosos y hermosos y que apoyan sobre el parador. De allí los cogen las dos hermanas para llevarlos personalmente a la mesa, así como las ánforas que llevan con vino.

Pero cuando el banquete está por terminar y el ritmo de la cena disminuye para mudarse más bien en conversación, mientras pasan las frutas y los dulces, vuelve María –que había desaparecido por unos minutos- con un ánfora de alabastro cuyo cuello rompe contra la esquina de un mueble para poder extraer su contenido más fácilmente, lo coge a manos llenas y, de pie detrás de Jesús, le unge los cabellos y ordena los rizos de las puntas enroscándolos en sus dedos mechón por mechón. Parece una mamá que está peinando a su niño. Cuando termina, besa levemente la cabeza de Jesús y luego le coge las manos, las perfuma con bálsamos, las besa y sucesivamente hace lo mismo con los pies.

Los discípulos miran. Juan le sonríe a María, como para darle ánimo; Pedro mueve la cabeza pero… al fin también él esboza una sonrisa disimulada por la barba y los demás hacen más o menos lo mismo. Tomás y otro medio viejo refunfuñan en voz baja. Con una mirada indefinible pero que, por cierto, no anuncia nada bueno, Judas estalla de mal humor: "¡Qué necedad! Basta ser mujer para ser necia. ¿Para qué sirve todo ese derroche? El Maestro no es ni un publicano ni una meretriz y, por tanto, no tiene necesidad de semejantes

afeminaciones. Hasta es un deshonor para Él. ¿Qué dirán los judíos sintiéndole perfumado como un efebo? Maestro, me sorprende que permitas a una mujer semejantes necedades. Si tiene riquezas por derrochar, que me las dé para los pobres. Y así será más juiciosa. Mujer, te estoy hablando a ti: acábala que me das asco".

María le mira estupefacta, se sonroja y está dispuesta a obedecer. Pero Jesús posa su mano sobre la cabeza, que la joven ha bajado, y luego la desliza hasta el hombro, acercándola ligeramente a Sí como para defenderla. Y dice: "Déjala tranquila. ¿Por qué le haces estos reproches? Nadie debe reprochar una obra buena y ver en ella significados que sólo la malicia puede sugerir. Ella ha hecho una buena acción hacia Mí. Los pobres existirán siempre. Yo ya no estaré entre vosotros y los pobres seguirán estando. Podréis seguir prodigándoles el bien. A Mí ya no podréis, porque ya está cerca el momento en que os dejaré. Ella ha anticipado el homenaje a mi Cuerpo sacrificado por todos vosotros y ya me ha ungido para la sepultura porque pare ese entonces no podrá hacerlo. Y, por cierto, mucho le dolería no haber podido perfumarme en sus bálsamos. En verdad os digo que hasta el fin del mundo y en todo lugar donde se predique el Evangelio, se recordará cuanto ella acaba de hacer. Y su acto servirá de lección para que las almas me den su amor, que es el bálsamo que Cristo ama, y cobren coraje en el sacrificio, pensando que cada sacrificio es un bálsamo que perfuma al Rey entre los reyes, al Ungido de Dios, a Aquel, del que desciende la Gracia –como este perfume de nardos se expande de mis cabellos- para fecundar los corazones hacia el amor, y a quien el amor asciende en un continuo flujo y reflujo de amor, de Mí hacia las almas mías y de las almas mías hacia Mí. Judas, imítala, si puedes, si aún puedes hacerlo. Y respeta a María y, con ella, a Mí. También respétate a ti mismo, puesto que el hombre no se deshonra aceptando un puro amor con amor puro, sino albergando hastío y haciendo insinuaciones bajo el impulso de los sentidos. Hace ya tres años, Judas, que te prodigo mis enseñanzas, pero aún no he logrado mudarte. Y ya está cerca la hora, ¡oh Judas, Judas!… Gracias, María. Persevera en tu amor".

Dice Jesús:

"Por mucho que una criatura pueda dar amor con tal generosidad y retribuir de modo igualmente absoluto a quien la ha amado, este sentimiento será siempre muy relativo. Mas vuestro Jesús supera todo anhelo humano, aun el más vasto, y todo límite en la satisfacción del mismo, pues es Dios, vuestro Jesús y, con mi generosidad de Dios –y de Dios bueno- Yo doy a vosotros, que sois generosos y amantes, pues dedico esta página especialmente a vosotras, ¡oh, almas que no os contentáis con obedecer el precepto, sino que acogéis el consejo y lleváis vuestro amor a heroísmos santos!

Creo el milagro para vosotros, para retribuir con un hecho jubiloso todo el gozo que me dais. Suplo Yo mismo todo lo que os falta o produzco todo lo que os necesita. Mas no os hago faltar nada a vosotros que, por amor mío, os despojasteis de todo hasta llegar a vivir en la soledad material o moral, en medio de un mundo que no os comprende, que os burla y que, repitiendo el antiguo insulto que otrora me dirigieron a Mí[39], a vuestro Maestro os grita: "¡Locos!", y confunde vuestras penitencias y vuestras luces con señales diabólicas, porque el mundo sometido a Satanás cree que los satánicos son los santos, o sea, los que han puesto el mundo bajo sus pies y de él se han servido para subir aún más hacia Mí y sumirse en mi Luz.

Dejad que os llamen "locos y demonios". Yo sé que sois los poseedores de la verdadera sabiduría, de la recta inteligencia y que albergáis un alma angélica en un cuerpo mortal. Yo recuerdo, sin que se me haya olvidado ni siquiera un suspiro de amor vuestro, cuánto habéis hecho por Mí y, del mismo modo que os defiendo del mundo –porque a los mejores del mundo les hago saber lo que significáis a mis ojos- , os recompenso también cuando llega la hora y juzgo que es tiempo de infundir en vuestro cáliz la dulzura.

Sólo Yo lo bebí hasta el fondo sin mitigarlo con la miel. Lo bebí sólo Yo, que tuve qué aferrarme al pensamiento de los que me amarían en el porvenir, para poder resistir hasta el fin sin llegar a maldecir al hombre por quien derramaba mi Sangre y sin conocer, o más que conocer, sin dejarme llevar por la desesperación de mi condición de abandonado de Dios[40]

[39] Mateo 12, 24; Marcos 3, 22 y 30; Lucas 11, 15; Juan 10, 20.
[40] Mateo 27, 46; Marcos 15, 34.

Mas no quiero que sufráis lo que Yo padecí. Mi experiencia fue demasiado cruel como para imponérosla y con ello no haría más que tentaros más allá de vuestras propias fuerzas. Dios nunca es imprudente. Quiere salvaros, no perderos. Imponeros horas demasiado crueles, sería llevar a la perdición vuestra alma, que cedería como una rama sobrecargada y terminaría por quebrarse y conocer el fango tras haber conocido tanto Cielo.

Nunca desilusiono a quien espera en Mí. Díselo, díselo, díselo a todos>>.

7 de abril de 1944

Viernes Santo, a las 10 y 30 de la mañana

Mi amonestador interior me dice que esta es la hora en la que Juan fue por María[41]

La visión cesa. Son las 12 y 30 actuales, es decir, las 11 y 30 de la hora solar.

Después, desde las 13 hasta las 16 (de la hora solar), me he quedado abatida, pero no por el sopor sino por un debilitamiento tan intenso que me impedía hablar, moverme, abrir los ojos. Podría sufrir, únicamente. Y, a pesar de que en mi sufrimiento meditaba continuamente en la agonía de Jesús, no lograba ver nada.

De pronto a las 16, mientras pensaba en el momento en que le clavaban las manos, vi morir a Jesús. Vi sólo eso. Le vi mover la cabeza de un lado a otro en una última contracción, vi que exhalaba un último y profundo anhélito, que movía los labios intentando emitir una palabra que, por la imposibilidad de pronunciarla, se mudó en un fuerte lamento, terminando con gemido porque la muerte le cortó la voz; vi que permanecía así, con los ojos entrecerrados y la boca semiabierta; le vi aún por un momento con la cabeza erguida, que se mantenía rígida cobre el cuello como por obra de una convulsivo espasmo interior, y luego, la vi caer para adelante, hacia la derecha. No vi nada más.

Luego he recuperado las fuerzas en mínima parte, pero sólo mínima, hasta las 19 de la hora solar y después otra vez el tremendo sopor hasta pasada la media noche. Pero no llega, para consolarme, ninguna visión. También yo estoy sola, como María después de la sepultura. No se ve nada, nada se oye. Y sufro mucho.

Para consolarme un poquito, quiero describirle lo bien que veía a Jesús ayer por la noche, cuando se me iba ilustrando de nuevo el adiós a María, antes de la Cena.

Jesús estaba arrodillado a los pies de la Madre, le abrazaba el talle, apoyaba la cabeza sobre sus rodillas y cada tanto la levantaba para mirarla. El rostro de mi Jesús estaba completamente iluminado por la luz de un candil de tres mechas, que estaba apoyado en una esquina de la mesa, cerca del asiento de María. En cambio, la Madre quedaba algo en sombras, pues la luz estaba detrás de su espalda, mientras Jesús estaba en plena luz.

Me sumía en la contemplación de su rostro para observar los más mínimos particulares. Y una vez más vuelvo a describírselos. Los cabellos, divididos por la mitad, caen a ambos lados de la cabeza en largos mechones que le llegan hasta los hombros; son ondulados desde la raíz y terminan en un verdadero rizo. Son brillantes, finos, están bien ordenados, tienen un color rubio intenso que, especialmente en el rizo de las puntas, adquiere definidas tonalidades cobrizas. La frente es muy alta, hermosísima, lisa como una faja, con las sienes ligeramente hundidas, sobre las cuales las venas azules trazan leves sombras de índigo al evidenciarse bajo la piel blanquísima de esa especial blancura que tienen ciertos individuos pelirrojos, es decir, una blancura como de leche, con ligeros matices tendientes al marfil, pero con un sutil toque azulado, una piel sumamente delicada parece estar hecha con cándidos pétalos de camelia, tan fina que transparenta aun la vena más tenue y tan sensible que toda emoción se refleja en ella con una palidez más intensa o con vivos rubores.

[41] Se refiere al episodio "Juan va a recoger a la Madre" descrito en la vasta obra sobre el Evangelio.

Pero yo he visto a Jesús siempre pálido, apenas algo bronceado por el sol que recibió ampliamente en su peregrinar por Palestina durante tres años. En cambio, María es más blanca porque ha vivido más apartada, en casa, y su blancura tiene un matiz rosado mientras en Jesús tiende a marfil con ligeros reflejos azulados.

La nariz es larga y recta, tiene apenas una ligera curva en la parte superior, cerca de los ojos; es una nariz muy hermosa, fina y bien modelada. Los ojos, algo hundidos, son muy bellos y tienen ese color que he descrito tantas veces: un color zafiro muy intenso. Las cejas y las pestañas son muy espesas, pero sin exageración, largas, bellas, brillantes, de un castaño oscuro con una microscópica pizca dorada en la punta de cada pelillo. Por el contrario, en María son de castaño muy claro, más finas, menos espesas, quizá lo parezcan porque son muy claras, casi rubias. La boca de Jesús es regular, más bien pequeña, bien modelada, muy semejante a la de su Madre, con los labios de justo espesor, ni tan finos que parezcan serpentinas, ni demasiado pronunciados. En el centro son acentuados, torneados en una hermosa curva y casi desaparecen en los extremos por lo que la boca parece más pequeña de lo que es en realidad pero, de todos modos, es una boca hermosísima, de un rojo sano, que se abre sobre la dentadura regular, fuerte, con dientes más bien largos y blanquísimos. En cambio, María tiene dientes pequeños, pero regulares y parejos. Las mejillas son delgadas, pero no descarnadas. El rostro, estrecho y largo, es muy bello, con pómulos ni demasiado salientes ni demasiado achatados. En el mentón se extiende una barba espesa, que se divide en dos puntas crespas y que circunda, pero no cubre, la boca hasta el labio inferior, sube cada vez más corta hacia las mejillas y se hace cortísima a la altura de las comisuras de los labios, donde ya es sólo una sombra, un barniz de cobre sobre la palidez de las mejillas. En las partes más espesas tiene un color cobrizo oscuro, diríamos, un rubio rojizo oscuro. Y del mismo color son los bigotes, no muy espesos, cortos, de modo que cubren apenas el labio superior entre la nariz y la boca y llegan hasta los ángulos de la boca. Las orejas son pequeñas, bien modeladas y muy unidas a la cabeza, es decir, que no sobresalen en absoluto.

Verle así, tan bello como lo vi anoche y recordarle desfigurado, como se me apareció tantas veces, en la Pasión y después de ella, hacía aún más agudo mi dolor, compadecido por su sufrimiento. Y cuando le veía recostarse y apoyar el rostro sobre el pecho de María, como un niño necesitado de caricias, me preguntaba una vez más cómo los hombres han podido ensañarse con Él, que es tan dulce y bueno en todos sus actos y que, con un solo aspecto, conquista los corazones. Veía que sus manos, bellas, largas, pálidas, abrazaban la cadera de María, el talle de María, los brazos de María, y decía: "¡Y dentro de poco serán traspasadas por los clavos!" y sufría. Y que estaba sufriendo, aun los menos observadores lo advertían.

Padre, hoy he deseado tanto que viniera, porque me parecía que, periódicamente, el corazón iba a explotarme o a ceder. Me parece que hace siglos que no recibo a Jesús. ¡Menos mal que ya son las dos de la madrugada del sábado y se acerca la hora de la Comunión! Pero estoy sola. Jesús calla, calla María, calla Juan. Le esperaba, al menos, a él. Pero no sucede nada: silencio absoluto y absoluta oscuridad. Es una verdadera desolación…

9 de abril de 1944

Noche de Pascua

Dice Jesús, y me lo dice de modo tan doloroso que, por eso y por que el tema es tan penoso, lo escribo aparte[42]

Dice Jesús:

<<El año pasado, en el primer dictado, te dije: "El Padre está cansado y, para hacer perecer la raza humana, dejará que se desencadenen los castigos del Infierno". Y el Viernes Santo dije: "Yo vendría a morir por segunda vez para salvarles de una muerte aún más atroz… Mas el Padre no lo permite… Sabe que sería inútil… ¡Oh, si los hombres aún supieran dirigirse a Mí, que soy la salvación!".

[42] En efecto, el dictado está escrito en cuatro cuartillas y cosidasen este lugar del Cuadreno.

Os remito a todos mis dictados precedentes a los de este último tiempo. He hablado usando las profecías del Libro santo, explicándooslas, aplicándolas a la época actual y si luego he cesado de referirme a ellas, es porque he comprendido que era inútil respecto al Bien y también peligroso porque esas palabras divinas podían convertirse en un arma de tortura diabólica contra mis siervos, que las escuchaban, las repetían, las difundían y las acogían. Mas aunque no se exprese mediante la Palabra, mi pensamiento es siempre ése y *no cambia.*

María, a fines del pasado mes de mayo te dije: "¿Qué quieres saber, ¡oh, pobre alma!, respecto al futuro…?" (Referencia al dictado del 31 de mayo de 1943). "Agradécele a mi Misericordia que, por ahora, te oculta buena parte de la verdad sobre el futuro". ¡Oh pobre, pobre alma!

Otra vez te dije: "Querrías que Yo apareciera y me mostrara… Mas, aunque me mostrara, ¿dónde está en los corazones ese residuo de fe y de respeto que les haría inclinarse con el rostro en el suelo para pedirme perdón y piedad?" (Referencia al dictado del 5 de junio de 1943).

También ahora me pedís una señal de poder, de un poder que por ser el Poder de un Santo, más aún, del Santo de los santos, *tendría qué ser un inexorable castigo, un tremendo castigo para un número incalculable de personas* –y aquí repito lo que he dicho mil veces- *los grandes culpables existen porque toda la masa es más o menos culpable de los mismos pecados de los grandes.*

Mas Yo *no puedo* dar esa señal. Quiero decírtelo a ti, pobre alma a la que he concedido verme triunfante para infundir fuerzas a su ser agobiado por la carne que muere y por el espíritu desolado a causa de la prueba que padeció y de los horrores que la circundan. *Yo no puedo* dar esta señal de mi Poder. Me es imposible hacerlo, pero no porque Dios haya perdido la facultad de obrar. *Como Dios, nada me es imposible. Mas esta es la hora del imperio de las Tinieblas, que los hombres –espontáneamente- han querido. El reino del Mal ya está instaurado. Y, por eso, todo lo que Yo llegara a hacer, sería anulado por la voluntad del hombre; todo el bien que prodigara, sería destruido por el mal.*

Asisto impotente a esta carrera que lleva a la muerte espiritual de toda la humanidad. No hay don ni beneficio que Yo pueda dar, no hay llamado o castigo que Yo pueda establecer, capaz de detener este espontáneo naufragio en Satanás de la humanidad que redimí. Como un toro enfurecido, la humanidad lo echa todo por tierra: la razón, la moral, la fe, y va a estrellarse contra lo que la mata. La mano profanadora del hombre se alza para cometer un nuevo delito *que no merece el perdón.* Y el Padre, que no quiere perdonar, os deja perecer tal como habéis querido.

Lo único que puedo hacer –y lo hago- es contener la ira del Padre mío que, cansado de los delitos de una raza por la cual se derramó inútilmente mi Sangre, quiere (y lo quiere infinitamente) ejercer su Justicia sobre vosotros y, dado que sois culpables, justicia significa castigos tremendos, que mi Misericordia no quiere que se agreguen a los que ya os dais por vosotros mismos. Y, por eso, intento contener la ira del Padre y lo hago por piedad hacia los santos que, raros como flores en un desierto, siguen rezando, rezan aún, sin demostrarse consuetudinarios* ni hipócritas.

María, sé que te hiero y te abato. Esperabas recibir júbilo de mi Pascua, obtener rosas después de las espinas, sonrisas después de las lágrimas. *Mas eres víctima* y, siéndolo, permanecen las espinas y las lágrimas aun en tiempo pascual, pues es necesario quedarse en la cruz por esta humanidad perversa.

Te pido que te quedes en la cruz por Mí. Mi sueño fue salvar el mundo; mi gozo, salvar las almas. El mundo está ya perdido para Dios, pero las almas aún pueden salvarse: pueden salvarse los que conservan un alma, que languidece pero aún está viva. Por ellas te pido caridad. Es Jesús que, como Resucitado glorioso, implora amor y te pide esta limosna de almas para que su Reino aún tenga súbditos.

Ve en paz>>.

Pascua de Resurrección

Dice el Espíritu Santo:

* consuetudinario = que tiene costumbre de cometer alguna culpa.

<<Yo soy el que consuela. Yo consuelo a los que abate el desaliento y tortura el presente. Yo soy El que cura y mitiga la amargura de la Palabra de la verdad, que hoy, más que nunca, es amarga.

Este día es el triunfo de la Caridad, así como Navidad es su más alta manifestación, porque Navidad es el comienzo de la Redención, que es Caridad operante, mientras las Pascuas son la Redención cumplida, es decir, la victoria de la Vida sobre la Muerte a través del amor sublimado en el holocausto voluntario para daros la Vida, y el acto por el cual me fue posible descender en vosotros –vueltos a santificar por la Sangre de Dios-Hijo- para reuniros a Dios-Padre con la Caridad, sin la cual Dios no puede estar en vosotros ni vosotros en Dios. En este día pues, vengo a decirte: Ten confianza aún. Aunque todo te parezca perdido, ten confianza. Nosotros, el Verbo y el Espíritu, aún obramos y amamos para salvaros y defenderos, aunque el abismo del Mal eructa sus demonios para atormentar la Tierra y fecundarla, de modo tal que engendre el Anticristo; aunque el abismo de los cielos parece cerrarse por decreto del Padre, de quien provenimos. Yo-Caridad, Yo-Santificación, no ceso de esparcir los méritos de mi Sangre y el Verbo-Caridad, el Verbo-Redención no cesa de esparcir los carismas de su poder por vuestro Bien.

Ten confianza. El Amor ha vencido siempre>>.

Mi pasión desnuda (9 de abril…)

10 de abril de 1944

I. Veo únicamente a San José que me mira con suma piedad, pero no habla. Está en el acostumbrado rincón, opuesto a mi lecho.

11 de abril de 1944

II. Veo a la virgen vestida de blanco y con la cinta azul, como en Lourdes. Reza a la derecha de mi lecho, pero no habla. En cambio, San José, se acerca, me acaricia la cabeza y dice: "Hija, reza". Obedezco llorando y vuelvo a esperar.

12 de abril de 1944

III. Esta mañana, a las siete, salgo de un sopor que ha durado 11 horas (once horas) y oigo que el Señor murmura una plegaria al Crucifijo como si quisiera dictármela. Pero, a pesar de que la oigo nítidamente, no puedo escribirla en mi estado actual y mi mente exhausta no la retiene; por lo tanto, se pierde. Pero sigo esperando como antes, hasta la noche. Luego vuelve el tormento y deliro violentamente. ¡Oh, qué feo es el infierno! Me quedo así hasta las tres de la madrugada hora en la que el Padre me quiere comulgar, Vuelve la calma.

13 de abril de 1944

IV. Mientras rezo, Jesús dice (a las 10): "Acuérdate de cuando te hablé de las posesiones"[1]. No puedo recordar nada en mi estado actual. Jesús me lo dice pero no veo nada. El día transcurre entre altos y bajos de la tortura que me acosa. Pero a media noche me coge un espasmo tal que deliro aún más violentamente que el 12. Han desaparecido todos: Jesús, María, José, ¡todos!… Sólo existen desesperación y desolación.

14 de abril de 1944

[1] Véase el dictado del 3 de julio de 1943 en "Los cuadernos 1943".

V. Después de una noche inquieta, al llegar el alba me entrego al reposo, pero me despierto otra vez porque vuelve la tortura. No se trata de delirio, sino de frío y exasperante razonamiento. El Padre me quiere comulgar, aunque a mí me parece casi un sacrilegio, porque mi corazón permanece cerrado y hostil. Lentamente, la Comunión lo va calmando todo, hasta el punto que puedo volver a rezar con júbilo y oigo que Jesús me dice (le oigo pero no lo veo); "Ahora podrías escribir mi agonía en el Getsemaní". ¡Claro que podría describirla! Pero creo que no lo haré jamás. Sólo el que la ha vivido puede entenderla. Para los demás sería una blasfemia. ¿Sudó sangre? Me sorprende que no se haya matado contra esa roca, aplastado por el peso de la prueba inhumana.

15 de abril de 1944

VI. Cuando pienso que hoy no recibiré la Comunión, me siento postrada. Ya me parece que no podré resistir y que volveré a caer en ese tormento atroz… Es la una y cuarenta minutos de la madrugada. Estoy sola porque esta noche Marta no está en casa. ¿Cómo haré si el tormento me domina? En estos momentos no soy dueña de mí. Le dije que no había necesidad de que alguien se quedara a dormir conmigo, pero tengo miedo de mí. No me asusta una crisis cardiaca, aunque me lleve a la muerte. ¡Ojalá! Pero me asusta la desesperación. ¡Me siento tan mal! Le he rezado a la Virgen de los Dolores por una hora entera y ahora haré la penitencia que no podría hacer mañana, la que no he podido hacer desde el martes. Pero debo luchar contra la idea de que me sacrifico inútilmente. Siento que esa idea crece en mí y no quiero que me haga su presa. Quiero rezarle a la Misericordia de Dios, depositando en ella una confianza sin límites.

A las 11 y 10, mientras rezo para vencer las obras del demonio sobre esta pobre humanidad (ha sonado la alarma y las bombas caen cerca de aquí), oigo una voz, que reconozco y recuerdo, me dice una frase ya dicha a Nuestro Señor: "Adórame y siempre te ayudaré en todo. Serás feliz". Respondo: "No lo haré jamás. Por mi voluntad no lo haré jamás. Si, por acaso, me vuelvo loca por el dolor de ser rechazada por Dios, entonces podría hacerlo; pero mientras tenga uso de razón, no será así. Atorméntame, pero no cederé". Esta nueva batalla me confirma quién es la causa de mi inmenso sufrimiento actual (y Ud. no puede comprender cuán dulce era la tentación, tal como el la presentaba). Note que estrechaba en mis manos la cruz. ¿Es que ahora no tiene miedo tampoco de ella? Sobre las rodillas, yo tenía la imagen de la Virgen de Fátima y la de San José. ¿Es que ya no tiene miedo a nada? Un día Jesús me dijo: "Contéstale con mis mismas palabras". Le he respondido: "Vade retro, Satanás. Está escrito: 'Adorarás al Señor tu Dios y le servirás sólo a Él'"[2]. Pero ¿cuánto dura esta prueba?

16 de abril de 1944

VII. He vuelto a leer los dictados. Ha sido como un bálsamo. Pero, ¿los he recibido precisamente yo? Si es así, ¿cómo puedo ahora sentir para nada esa dulzura? He leído "Jesús y los niños" y he llorado pensando en mi júbilo de aquella noche, cuando me parecía que Jesús me daba su mano para que la observara. ¡Qué lejos está todo eso! Ahora que estoy cerca de la muerte, ya no me queda nada de todo aquel bien; no me queda más nada. Y tengo miedo. Me siento sola, sola en medio de las tentaciones y los peligros. Tengo miedo. Fui rebelde, no me resigné. Disgusté a Dios, ¡a mi Jesús! No me lo perdono pero, si Él no me ayuda en esta hora, que es una hora horrenda para mí, ¿cómo puedo salir victoriosa sólo por mí misma? Sufro de un modo tan absoluto e inhumano, que no existen palabras que puedan describirlo. Ya no me siento protegida por Dios. ¡Tengo miedo, miedo! Le tengo miedo a todo, miedo a la Tierra y al Cielo; miedo a mí misma y a Satanás, que quiere arrancarme a Dios. Miedo…

17 de abril de 1944

[2] Mateo 4, 10; Lucas 4, 8.

VIII. Pienso que hoy Ud. no está y que no recibiré la Comunión. Pienso que, de ahora en adelante, sucederá así todos los días. ¡Oh Pan mío, que eras mi alegría y que ahora pierdo, Pan que ahora recibiré raramente! ¿Cómo podré, justo ahora que estoy muriendo, estar sin Ti?

18 de abril de 1944

IX. Ayer por la noche, mientras me encontraba sumida en la desolación más tremenda porque había visto quebrarse también el último hilo de esperanza que me quedaba y que yo había intentado hacer irrompible por medio de una fe constante aunque doliente y de constantes aunque dolientes plegarias, se me apareció el Redentor, vestido con aquel manto que, por burla, mandó ponerle Herodes[3], con la corona de espinas y las manos atadas, con las señales de la flagelación. Venía hacia mí, mirándome fijamente, dolorosamente. ¡Era el Redentor! Antes le llamaba con dulce afecto: "Jesús". Ahora le llamo: Señor. Ahora le llamo: Dios; le llamo: Redentor. Son nombres hermosos, pero demasiado ceremoniosos. Sin embargo, ya no puedo llamarle "Jesús" con la familiaridad de antes. No habló y, de este modo me deja en medio de esta tortura, sin darme el más mínimo consuelo. ¡Esto es demasiado! No encuentro paz en nada. Siento que la razón vacila.

19 de abril de 1944

X. ¡Oh Dios, me has abandonado por completo! Ni siquiera al recibirte encuentro paz. ¿Dónde estás?

20 de abril de 1944

Después de tanto silencio, la Bienaventurada dice: "Me has contemplado desde tu nacimiento hasta tu muerte. Has sido mía como hija de María Niña, has sido mía como hija de la Reina del Cielo, has sido mía como hija de la Dolorosa. Quise que fueras mía en tres congregaciones diferentes para que me amaras siempre. ¡Hija mía!, acompaño tu llanto. Abandónate en mí". Oí esto mientras besaba la imagen de la Santísima María Niña. Inmediatamente después, me llegó la carta de Sor Isa

21 de abril de 1944

Ha desaparecido también ese lazo de unión. Y, sin embargo, rezo. Entonces, ¿por qué me deja tan abandonada?

22 de abril de 1944

No pasa nada. La desolación es cada vez más amarga.

23 de abril de 1944

No pasa nada tampoco hoy. Mi desolación se intensifica. Le rezo únicamente a María, porque no puedo hacer nada más y porque, aunque está ausente y no puede intervenir en mi favor, siento que tiene piedad de mí.

24 de abril de 1944

[3] Mateo 27, 27-31; Marcos 15, 16-19; Lucas 23, 11; Juan 19, 2-3.

Vuelve a impulsarme la rebelión. Tendría que definirla Rebelión, con mayúscula, porque quien me zarandea enfurecido es Satanás, para separarme de Dios y llevarme primero a la locura espiritual y luego a la física. Dejo mi casa a las 15 y 30[4]… y mi espíritu, herido de muerte, se queda allí. María, la portavoz, ya no está. El instrumento de Dios ha sido tronchado por la inexorabilidad de Dios. Nadie puede entender esto, nadie. Todos dicen palabras consabidas, todos sostienen tesis sin sentido que son, en verdad, "tesis al contrario", porque los hechos con su realidad brutal las anulan y hacen notar aún más la irrealidad de las mismas. Pero aún en mi hora tremenda, entre sufrimientos totales, que sólo Dios conoce (si acaso Dios se ocupa todavía del gusano que ha aplastado, de ese pobre gusano que se creía destinado a convertirse en mariposa por el amor que la nutría llevándola al Amor y que, en cambio, el Amor rechazó con repugnancia), aún en esta hora, pronuncio una plegaria por la paz, por Paola, y para convencer a Dios de que tenga misericordia de mí. Pero no pasa nada.

25 de abril de 1944

Paso una noche tremenda, un día tremendo. A las 12 se produce una nueva separación de P. M., que vuelve a agravarlo todo. Llamo a María, pero también Ella parece inexistente. Ya no hay más Cielo para mí.

26 de abril de 1944

Veo un crucifijo, pero no se trata de Jesús crucificado. Es un crucifijo de madera. Es un emblema, no es Él tal como lo veía antes. Me parece uno de esos Crucifijos colocados a lo largo de los caminos, como ésos que el otro día, yendo en auto, saludé con el corazón herido de muerte porque, aunque Él no me ama, yo lo amo, y mi tormento más grande es este desamor suyo, y es también el más sorprendente para mí, porque nunca, nunca, jamás habría pensado que iba a tener qué admitir que Jesús ya no me ama.

27 de abril de 1944

Van acumulándose los sufrimientos físicos, morales, espirituales y también se acumulan las intolerancias. Todo me hace sufrir, hasta ver las flores que antes me gustaban tanto, ahora me resulta indiferente, o peor, me provoca llanto. No quiero nada porque no tengo a mi Dios. Vuelvo a leer las páginas sobre sor María Gabriela[5] y más que nunca me siento hermanada a ella en el dolor. Todo me hace daño: el clima, el aire, la luz, el agua. Aún los hechos insignificantes, que son una consecuencia de esta cruel evacuación, agudizan mi sufrimiento. Lloro todo el día hasta quedar exhausta. Oigo que los demás ríen y bromean; veo que permanecen alejados de mí, sin piedad. Cuando digo: los demás me refiero a mis parientes, visto que no deseo ver a extraños. Se cumple lo que preveía: ahora que estoy aquí lejos, me han olvidado; me han olvidado de buena gana ahora que ya no soy la que hospeda y consuela, sino la que debe preocuparse de sí mismo y ser consolada. Y, entre tanto, Dios no viene. Rezo, como me aconseja el Padre. Pero Dios no

[4] El año 1944 se caracterizó por los ocho meses de evacuación que obligaron a María Valtorta a dejar su casa. Este periodo corresponde a los escritos de abril a diciembre y transcurrió en la casa de Settino y Eleonora Giobanetti en S. Andrea di Còmpito., donde Marta Diciotti contaba con familias conocidas. Allí estuvo alojada también la familia Belfanti, de Reggio Calabria, pariente de María. Ésta no quiso correr el riesgo de solicira una ambulancia al Comando alemán, por lo que partió en un vbiejo coche de alquiler, con Paola Belfanti y el P. Migliorini, que llevaba consigo el óleo santo. Les seguía un camión que transportaba los muebles de la familia. Durante esos 8 meses, el P. Migliorini –que se había vuelto a Viareggio- regresó varias veces a S. Andrea para visitrar a María. También frecuentaban la casa otros religiosos: el P. Fava, párroco del lugar, el P. Fantoni Y Sor gabriella. Durante su permanencia, María no dejó de escribir, tanto los dictados como muchos pasajes de su vasta obra sobre el Evangelio. En varias oportunidades, Marta volvió a Viareggio para controlar el estado de la casa hasta que el 21 de diciembre una carta del P. Migliorini anunció que había sido dispuesto el anhelado regreso que, en cmabio, la familia Belfanti había emprendido ya en noviembre. El 23 de diciembre partieron María y Marta con una ambulancia y el camión de los muebles y, tras varias peripecias llegaron a Viareggio, donde las epseraba el P. Migliorini.

[5] Se trata de la biografía de Sor María Gabriela, una monja trapense de Grottaferrata (1914-1939).

viene. Me hace enloquecer de dolor. Sin embargo, en estas condiciones, renuevo la entrega de mi ser por los fines consabidos: Paz, Reino de Dios, etc., etc., y mi única condición es ésta: "que me haga volver a mi casa". También Sor María Gabriela había puesto una condición y eso que era una criatura angélica. Por lo tanto, también yo puedo ponerla. No hay que pretender lo imposible del alma humana. Y los que predican la entrega total, sin condiciones, son precisamente los que de por sí no saben ofrecer ni siquiera un rasguño.

28 de abril de 1944

Estoy en las mismas condiciones.

29 de abril de 1944

Aunque ya no he intentado encontrarle, pues sé que es algo inútil, viene el sacerdote de este lugar[6] porque Paola se hace la ilusión de que su presencia me aliviará. Por el respeto debido a su dignidad, le recibo como es debido, pero me deja en las mismas condiciones que antes.

30 de abril de 1944

Es un día desolado, de dolor. La Comunión me deja árida como una piedra y me siento más desconsolada que nunca. El Cielo está cerrado. Lloro todo el día por mi miserable situación. Dios me ha abandonado y los hombres aumentan la angustia, pues en estas circunstancias se manifiestan indiferentes, sin comprensión, hirientes; sobre todo hirientes. Ayer por la noche tuve la impresión de que el Cielo se acercaba porque, con los ojos de la muerte, vi que la Virgen, viva, se me aparecía en lo alto de un árbol que me parecía un olmo. Pero fue sólo un instante. Luego volvió la oscuridad de antes y el silencio que me persigue desde hace 20 días. Pero, ¿soy yo la que oyó tantas palabras y vio tantas cosas? ¿Es que en ese entonces estaba loca? ¿Es que estoy endemoniada ahora y por eso no merezco nada más? No pretendo gracias especiales. Las he rechazado siempre, por temor. Pero quisiera al menos el consuelo de la unión de Dios, de la que disfruté desde el 23 de abril de 1943. Sin embargo, ruego. Aunque ya no me da alegría, ruego. Cuando veo en el espejo este campanario o bien oigo echar a vuelo sus campanas, adoro la Cruz o digo el Regina Coeli. Pero, como a quien una profunda herida le ha abierto la garganta, el agua de la plegaria no desciende para saciar la sed de mi corazón. El agua huye a pesar de que yo, que agonizo, intento aferrarme a esa fuente.

1° de mayo de 1944

Veo a San Francisco de Asís y le reconozco enseguida.

Le veo dos veces. La primera es por la mañana. Está de pie, lleva una mísera túnica, que no es de manifiesto color marrón, sino de un marrón ceniciento como el de las plumas de tórtola salvaje. Está descalzo, con la cabeza descubierta, se ven los estigmas. Veo nítidamente las llagas en la palma de las manos descarnadas. Tiene los brazos doblados a la altura del codo y contra el tronco, las manos a la altura de los hombros, como cuando el sacerdote dice: "Dominus vobiscum"; por eso veo bien las llagas de las palmas de la mano. Me mira con compadecida dulzura. No habla.

Vuelve por segunda vez por la tarde y le veo mejor aún. El rostro es tan enjuto que parece triangular. Los cabellos están rapados en redondo y trazan una línea ligeramente ondulada, de un castaño claro y entrecano, sobre la frente alta, sumamente pálida. Tiene ojos castaño-claros, buenos, sumisos, muy hundidos en las órbitas; nariz larga y fina, mejillas muy pálidas y delgadas, que se prolongan en una corta barba en punta.

[6] Se trata del P. Narciso Fava.

Sonríe sin alegría. Esa sonrisa sólo se propone infundir ánimo. Habla lentamente, con voz bien entonada pero como velada de cansancio.

Señalándolos con su mano llagada, me pregunta: "¿Te gustan mis olivos?".

"No", le respondo.

"Sin embargo… a mí me gustaban mucho porque me recordaban a Jesús, nuestro Señor, en su Oración"[7].

"Padre, tú veías en medio de ellos a Jesús. Yo no veo nada y sólo me infunden una gran tristeza".

"Esfuérzate, hija. Por encontrar en ellos paz y alegría. Ya antes lo he dicho, aunque por entonces sufría tanto (porque yo también estaba desilusionado por los hombres y, diría, también por la aprobación de Dios en cuanto a mi obra): "Bienaventurados los que hacen la voluntad de Dios y por Él soportan todas las tribulaciones". Trata de alcanzar esta dolorosa beatitud. Es la que estigmatiza el espíritu y duele más que ésta que ves aquí y que me parte las carnes. Sé que es difícil, pero prueba. Llora, pero prueba. También yo sufrí tanto y por tantas cosas. También yo me encariñaba. También yo estaba henchido de nostalgia. También yo sentí recaer sobre mí la plegaria que había hecho en ciertas horas. Hubo momentos en que sólo sabía gemir, Conozco tu dolor. Pero, aún así, te digo: esfuérzate por encontrar paz y alegría en todo dolor. Luego llegan la alegría y la paz. Sé buena. Estaré junto a ti. Te bendigo pronunciando mi bendición: "Que el Señor tenga misericordia de ti, vuelva hacia ti su rostro y te conceda la paz. Que Él te dé su bendición"[8]".

No es mucho pero, al menos, es un resquicio del Cielo que viene a mí. Nunca había visto ni oído al Santo que venero tanto y, si Ud. recuerda, eso me había sorprendido. Ha venido en esta hora de desolación para consolarme un poquito…

2 de mayo de 1944

El Seráfico había logrado calmarme un poco. Llega la carta del P. Migliorini que rechaza a este ser que está en plena tormenta y lo rechaza porque pretende lo imposible de un ser humano.

Me doy cuenta de que las teorías son una pantalla que se alza y esconde la realidad, la unión y la asonancia entre dos espíritus. Aquél a quien la bondad de Dios ha dado una índole exenta de energía nerviosa, de impulsos, etc., y que por eso se ha encerrado fácilmente en el receptáculo del "así es y así tiene qué ser", no puede comprender de ningún modo al que tiene otras cuerdas en su instrumento y puede vibrar también con toques ligeros. Aquél en cambio, vibra con toques rudos hasta quebrarse. Lo que es suficiente para Fulano, no sirve para Mengano o, mejor dicho, es causa de mayor dolor, peligro, excitación o rebelión para Mengano.

Padre, no hay que anclarse a la teoría como a una boya. Hay qué levar anclas y navegar en el mismo mar en que la navecilla de un alma, atrapada en el remolino de un rigor que la destroza, se ve zarandeada y desarbolada. Y hay qué entender qué significa para esa alma el doloroso desengaño que reemplaza su confiado amor, que se sentía tan cierto de que Dios consentiría a una petición que nadie puede considerar lícita.

Creer por un puro acto de fe es suficiente para salvarse (y espero poder seguir creyendo), pero creer por convicción de amor es un imán que atrae hacia la cúspide del Cielo. Mas, ¿cómo puede conservárselo si, a medida que vamos componiendo nuestro amor, porque es nuestra vida y sabemos que moriríamos sin él, dicho amor es desmenuzado (en el sentido estricto de la palabra), es desmenuzado incansablemente por una inexorabilidad que une a la gracia no concedida también el más absoluto abandono?

3 de mayo de 1944

[7] Lucas 22, 39-46
[8] Números 6, 24-26,

Marta está en Lucca para asistir a la fiesta de Santa Croce. Aunque cuando se va pierdo el único consuelo que tengo a mi alrededor, la mandé allí de buena gana para que rece por mí a la Santa Faz y le lleve mi dádiva.

¡Oh, es una dádiva que me da náuseas! No es dinero lo que quiero darle a Dios. Pero, visto que Él no acepta nada más de mi parte y debo darle solamente dinero, como acostumbran hacer los católicos-fariseos.

Me llegan cartas con palabras de consuelo. Y esto me irrita. Paola que antes dormía 10 y hasta 12 horas seguidas, dice: "Ya no logro dormir". Le contesto: "Y yo ya no puedo ni siquiera descansar, aunque no duerma. Me volveré loca por fuera". No soporto nada: las personas, las cosas, las flores, los animales, los libros, todo me es indiferente o me excita todavía más.

Rezo, pero me asalta el temor de que toda súplica mía se convierta en un castigo aún mayor.

4 de mayo de 1944

Oigo la voz de María tras una noche de agonía física, una noche capaz de hacer temblar quién sabe a cuántos y quién sabe cómo entre los que saben predicar tan bien la resignación y el júbilo, pero sólo cuando no están ellos en la situación de aquellos a quienes echan su prédica. No veo a María, la oigo solamente, pero inmediatamente la miel paradisíaca desciende sobre mí.

Dice María:

<<Entre hermanos pueden producirse intolerancias, incomprensiones y, por consiguiente, lágrimas. El hermano mayor se vale de su condición de tal para ser exigente hacia los menores. Mas una buena madre nunca es intolerante, intransigente, sorda a los sufrimientos de sus hijos. Su corazón de madre se quebranta tanto ante las lágrimas de su primer hijo como ante las de los últimos. Su seno es almohada para la carne de su carne, tanto si ha nacido primero como si ha nacido por último. Sus manos se unen en la plegaria a favor de ese hijo que sufre por la severidad de su hermano y no se tranquiliza hasta ver que el mayor aplaca su ira y que el menor se consuela.

Esto sucede en quien es madre por la carne y la sangre. Pero yo soy la Madre. No naciste de mi carne y de mi sangre sino de mi espíritu, unido a Dios en bodas eternas, y de mi dolor.

¡Oh, niña mía!, me has oído decir: "Defenderé como una loba la doctrina de mi Hijo"[9]. Y así como yo, la Cordera del Señor, me habría convertido en loba para defender la herencia de mi Hijo, del mismo modo, como una madre que defiende a su prole, sé erigirme en salvaguarda de cualquier peligro que pueda atacar, para matarla, a una criatura mía.

Yo te defiendo, María. No llores, estás bajo mi manto. Cierra los ojos para no ver ni la severidad de Dios ni la crueldad de los hombres. No hables, no te muevas. No podrías hacerlo, ¡oh, pobre niña mía!, sin aumentar tu dolor, sin aumentar tu esfuerzo.

Te han dicho que hagas por lo menos, una pequeña oración, una pequeña y árida plegaria de aceptación del sacrificio. No lo hagas, sería una hipocresía inútil y envenenaría tu alma más de lo que lo han hecho los acontecimientos. Yo te pido aún menos. Te pido que te abandones a mí.

Duerme sobre mi pecho. Te recobrarás. Calla. Yo hablaré por ti. Ámame. Yo soy tu consuelo. Yo soy la Madre, la Madre Dolorosa. Y tú eres muy semejante a mi Jesús cuando me le apoyaron, ya muerto en mi regazo. Sin embargo, ¡oh niña mía!, resurgirás, porque yo lo quiero>>.

5 de mayo de 1944

Desde ayer estoy en el regazo de María. ¡Qué bien estoy! No lo digo por decir, siento que estoy verdaderamente sobre sus rodillas. Me tiene así, sentada hacia la izquierda, de modo que apoyo mi costado derecho sobre su corazón y la cabeza hacia su hombro. Me ciñe con su brazo izquierdo y cada tanto me dice:

[9] En "El Evangelio como me ha sido revelado " 616.14.

“Ponte cómoda. Descansa”. ¡Oh, me parece haber vuelto a esas raras horas en que mamá me ponía en su regazo y me hacía tan dichosa; pero esto es aún más dulce!

Tengo tantos problemas físicos: aumentan cada vez más el ahogo, el enfisema, la insuficiencia cardiaca. Esta noche casi me muero porque las extra-sístoles eran numerosas y las pulsaciones descendieron a 46 por minuto; no respiraba más, sudaba frío. Era una verdadera agonía. Pero la Madre me había dicho: “Ponte cómoda”, y yo me sentía en sus brazos, me había acurrucado en el nido de su regazo, de su brazo y de su manto, y ya no tenía miedo, ni siquiera a la muerte.

Después de la atroz agonía de estos 25 días –una agonía espiritual, comparada con la cual es una tontería la agonía física que padezco ahora-, el agónico sufrimiento de la carne es como una broma porque es anulado, es más, es convertido en beatitud por la paz que me produce el contacto con María.

No, no puedo engañarme. Percibo aún el dolor, la nostalgia, el deseo de mi casa, el atroz recuerdo del sufrimiento; percibo aún la sensible y duradera sensación del abandono de Dios. Todo esto existe aún. Pero estoy en el regazo de María y puedo soportarlo. Es como si una anestesia celestial atenuara en mí la sensibilidad dolorosa moral e inoculara una euforia paradisíaca.

¡Bendita seas, María! ¡Oh, Madre mía, Tú me salvas! Sálvame ahora y en la hora de mi muerte. Madre, déjame en tu regazo y estaré a salvo hasta el fin.

6 de mayo de 1944

Después de la Comunión me quedo medio muerta y oigo los gemidos de Jesús en su agonía del Getsemaní, pero me siento imposibilitada de escribir y permanezco así, indecisa sobre si transcribir o no esos gemidos. Siento que para muchos parecerán blasfemias… y, en cambio, ¡son tan verdaderos! Recuerdo mi tormento cuando le vi en el Getsemaní: era el 11 de febrero… Las palabras corresponden a la total expresión de mi Jesús, torturado en el espíritu, ¡desesperado!… Pero, ¿quién lo admite?

7 de mayo de 1944

Para encontrar un poco de paz, me decido a transcribir esas palabras atormentadas. Pero Jesús dice: <<Estas palabras deben ser exclusivamente para ti, pues los demás no las entenderían. Que ellas te sirvan de consuelo, para que no temas estar perdida como, en cambio, crees debido a ese desolador sufrir tuyo que te hace delirar>>

8 de mayo de 1944

Me siento más abatida que los días pasados. Leo y vuelvo a leer el llanto de Jesús para poder decirme: “Él me comprende y se compadece de mí”, y me estrecho a María, porque nadie y nada en la tierra me consuela.

9 de mayo de 1944

Esta mañana he dormido por un cuarto de hora y en ese breve lapso he visto en sueños un desembarco en una pequeña ciudad del Tirreno con una playa sin escollos. No sé qué ciudad será ni si se trata de un presagio o un reflejo de mi malestar. Me despierto más triste que nunca convencida de que yo también soy “una pajuela en manos de Satanás”, como dice Jesús. Le imito buscando refugio hacia el Cielo. Y no digo “en el Cielo”, pues desde hace un mes el Cielo está cerrado para mí…

10 de mayo de 1944

Ayer dije un rosario entero y, además, el rosario de los gozos y los dolores de la Virgen. Medité sobre los 15 misterios y dije las oraciones cotidianas. Me acometió por dos veces el sopor en lugar de una, me sentí mal por todo el día y por la noche sufrí otro asalto… ¿de quién? No vacilo en decir "del demonio".

Me parecía haber vuelto a los terribles días entre el 10 de abril y el 3 de mayo, que se habían trocado en triste resignación matizada a veces por un toque de alegría, desde que la Virgen me había hablado (el 4 de mayo). Pero desde ayer por la noche volvió el infierno. ¿Quién puede confirmarme que no estoy condenada, de modo tal que pueda creerle?

Sin embargo, rezo… sin embargo creo… sin embargo, amo. Pero quedo en el más absoluto abandono de parte de El que deseo: Dios. Y, tras Él, también están ausentes las personas de las que todavía puede llegarme la palabra de Dios. Y hasta las Palabras ya oídas no me parecen verdaderas.

¡Piedad, Señor; porque me siento enloquecer! No veo y no entiendo nada. Siento sólo este sufrimiento. Hojeo mis libros para encontrar una palabra que ilumine, como sucedía antes, tan sólo un mes atrás. No pasa nada. Busco consuelo en la plegaria: nada; lo busco en las personas: nada; lo busco en las cosas: nada; ¿Quién puede entenderme? ¿Por qué he venido aquí? Tengo la sensación de que habría sido menos desgraciada si hubiera ido a otro lugar, si hubiera ido adonde quería ir y no adonde tuve que consentir bajo las muchas presiones de quien esperaba quién sabe qué de este lugar. Probablemente, quien hace del bienestar de la carne el objeto de la propia vida, tiene razón de alegrarse por estar aquí.

Me escribe mi querida amiga Gina[10]. Su bondad me conmueve, pero también esto me hace sufrir. ¡Si al menos hubiera estado junta a esta verdadera cristiana en lugar que en compañía de estas personas frívolas que no me entienden, como yo no las entiendo! ¡Si hubiera estado con mis Hermanas!… En cambio aquí, sin que nadie me eleve al Cielo, abatida por el abandono de Dios y por la crueldad de Satanás, me pierdo. Siento que me pierdo. Me pierdo en el espíritu y en la carne. Enloquezco, y eso es lo de menos. Lo peor es que destruyo todo lo que he hecho para mi eterno futuro.

¡Piedad, Señor! ¡María, piedad!

[11]11 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<Ven. Sal por un momento de tu cárcel. Pon tu mano en la mía. Quiero llevarte conmigo. El calor de mi herida caldeará el hielo de tu mano y luego caldeará aún más tu corazón.

¿Sabes de qué modo se hacen los injertos? Se hace de dos modos: uno es radical y se practica cuando una planta silvestre quiere hacerse una planta útil. Entonces, se poda la fronda por completo y en los cortes de los pobres muñones que quedan, (abiertos y, si las plantas tuvieran voz, también gimientes de dolor), se encastran los vástagos que hay qué injertar. Luego hay qué atarlos y esperar. La linfa de la planta útil se mezcla a la de la planta silvestre y, si ella es capaz de fundirse y de atraer, la linfa benéfica logra dominar, triunfa. La planta se convierte en un árbol útil y fructífero.

Los expertos también trabajan para obtener de dos plantas cultivadas una nueva, de calidad superior, óptima. En este caso no se poda bruscamente la planta, no hay necesidad porque ya se parte de una planta cultivada. Por eso, se acercan solamente las dos plantas elegidas, se descortezan uno o más ramos de la que se quiere fecundar con este connubio vegetal y en la parte erosionada –que es como una herida que duele y quema, pero que dará gloria al árbol- se aplican estrechamente otros ramos, correspondientes a la planta fecundadora, atándola de modo que las gemas de la segunda se suelden con la herida de la primera y broten ramos que unan a las virtudes originales las injertadas,

María: El Bautismo y los Sacramentos en general, son el injerto total; son los que, sobre la mala planta del hombre, manchado por la culpa original, injertan la Gracia y que, con sucesivos injertos mantienen dicha

[10] Se refiere a Gina Ferrari, una compañera de escuela muy querida.
[11] La autora escribió con lápiz, antes de la fecha, la siguiente cita bíblica: *San Pedro, I epístola, cap.5 v. 8.*

Gracia, pues la planta-hombre, por su misma naturaleza, rechaza los efectos de la Gracia, rechaza este divino injerto.

No siempre mi Sangre, mi Carne, mi Martirio y el Fuego Paráclito, logran hacer de vosotros –los salvajes- árboles de frutos celestiales. Es raro que lo logren, porque os falta la voluntad de convertiros en ellos. En cambio los que tienen dicha voluntad y ella es la nota predominante de su canto de amor, el Amor efectúa otro injerto: el de la fusión conmigo. Entonces Yo les tomo de la mano, y la cicatriz de ese roce, que nunca se cura completamente, injerta en vuestro ser sus ardores y sus vástagos y os marca con un fuego indeleble.

No es necesario ser desmochados como en el primer enjerto. La Gracia ya está en vosotros. Mas, ¡oh, Heraldo mío! Es necesario ser lacerados por el Dolor para poder recibir, con inmediata vitalidad mi benéfico contacto. Y cuanto más grande es vuestra herida, tanto mayor es el sitio en el que puedo apoyar mis Heridas. Y si, acaso todo vuestro ser está cubierto de heridas, si de la cabeza a los pies no sois más que dolor y laceración, entonces os estrecho a Mí, a cada Herida mía corresponde una vuestra y, como una transfusión espiritual, la Sangre pasa de Mí, que estoy herido, a vosotros que también lo estáis. Sé que el sufrimiento es atroz, mas la reacción es sublime.

Estoy tendido sobre ti, María. No te das cuenta. No puedes darte cuenta porque estás muriendo de dolor. Desde la hora sexta a la hora nona, Yo tampoco veía nada, ni siquiera a mi Madre… El dolor me permitía sentir solamente el dolor. Todo estaba anulado en el dolor atroz de la agonía final, de la Redención: el cielo, el sol, la multitud, los gritos, los gemidos, los silbidos del viento. Sabía que mi Madre estaba al pie de la cruz, pero más que la oscuridad cada vez más densa, la escondía a mi vista el dolor, el dolor del martirio y el de ser abandonado por Dios. ¡Y sólo Yo sé cuánto habría querido verla para encontrar consuelo en esa desolación!…

Ahora te tomo de la mano y te digo: "Baja de la cruz y ven conmigo, fuera de las tinieblas, por un momento. Quiero hablarte de un tema que le importa a uno, que Yo y tú queremos, un tema del que no he hablado antes porque lo reservaba para este momento".

Dice mi Pedro: "El diablo, que es vuestro adversario, gira en torno a vosotros como un león rugiente en busca de la presa; resistidle con la fuerza de la fe, recordando que vuestros hermanos dispersos por el mundo sufren los mismos padecimientos vuestros"[12]

En las regiones africanas donde vive el león, los hombres y las bestias saben cómo conducirse con él. Una vez te he llevado conmigo a oriente, cerca de una fuente rebosante de aguas… y te he dicho: "Sé como ella"[13]. Hoy te llevo conmigo a las florestas eternas, cuyos gigantes arbóreos son los descendientes de los que surgieron de la nada, por Voluntad del Padre, ante los ojos atónitos de los primeros padres. Así podrás ver algo diferente de lo que te pone melancólica.

Mira. Las altas cimas de estos milenarios gigantes verdes se alzan contra un cielo aún más azul que mis mismos ojos. Y, enlazadas las unas a las otras, allí en lo alto hablan de los hechos de aquí abajo a los vientos y las estrellas, que estas no pueden ver porque se los oculta el techo verde.

Debajo está el sotobosque, denso como un laberinto, intrincado por las lianas y las raíces que parecen serpientes, ornado con aderezos traidores: Las serpientes en acecho. Aún más abajo se extiende la felpa tupida del prado, cuyas hierbas han nacido en un terreno virgen, rico de mil humores, en el que encuentran dulce apacentamiento y reposo los antílopes y las gacelas, y alimento millones de pájaros de diversos colores y cantos. Hay flores, helechos, diademas de corolas, antros verdes, grutas musgosas y frescos cursos de agua y una luz verde que apacigua en medio del sol que encandila cuando logra penetrar en los senderos que el hombre ha abierto con esfuerzo o a lo largo de un espejo de agua tan basto que la bóveda vegetal está obligada a abrirse como un pozo verde.

El rey de estas florestas es el león. De todo lo que corre o salta, o se arrastra, se trepa, vuela o camina, nada puede hacerle frente. El hombre que pasa con su manada al borde de la floresta, emigrando hacia zonas de pacedura o de mercado, construye para sí y para los demás, recintos para encerrar en ellos el ganado en las

[12] 1 Pedro 5, 8-9.
[13] Véase el dictado del 21 de junio en "Los cuadernos 1943".

noches frías y serenas. Apenas cae la noche, los animales se refugian en la espesura o se agazapan en lo alto de los árboles para eludir su asalto, porque el león no ataca mientras el sol brilla en el cielo. Espera la noche, las sombras engañadoras de la luna, o las tinieblas densas, para atacar a la presa. Apenas cae la noche, aparece y ruge, ruge en torno a los recintos de los hombres y a las guaridas de las bestias. No entra en ellas, espera. Espera que el imprudente salga de su refugio.

¡Se cometen siempre tantas imprudencias: deseos de alivio, curiosidad de ver, prisa por llegar! El león está allí. Espera, paladeando el sabor de la presa, golpeándose los costados por la impaciencia y por la ira que le causa la larga espera y, en tanto, gira en busca del punto por donde saldrá el imprudente y cuando lo encuentra está al acecho, o bien, estudia los movimientos habituales y tiende su emboscada. Ahora está callado, pues sabe que el imprudente está al llegar. Calla, para que éste crea que ya no está allí. Y, en cambio, *nunca está tan presente como cuando calla.*

María: el diablo procede como el león. *Aprovechando que se ha puesto el sol, gira en torno a vuestras almas. No osa aparecer para asaltaros mientras está el sol en vuestro espíritu. Ruge pero no asalta.* ¿Qué importa si ruge? Deja que ruja de rabia. Quédate bajo el sol, bajo tu Dios y no temas. ¿Ya no ves el sol? Mas Él existe. Si en una hora de prueba tu vista se niebla y no puedes ver su aspecto, aprende a sentir su calor. ¿No sabes que el hielo te mataría si tu Sol estuviera muerto para ti? Si tu espíritu vive, aunque Dios lo haya enceguecido, es porque aún te besa el Sol.

¡Oh, si las almas supieran quedarse siempre bajo el Sol eterno y aún en medio de las tinieblas de la prueba, no salieran del cenit solar y dijeran: "Me quedo en mi lugar. Aquí, donde me ha dejado, Dios me encontrará *porque no cambio la razón de mi fe y de mi amor"!*

Si el diablo va rondando en busca del pasaje que le permita extender su garra y aferrar al incauto que está demasiado cerca de la abertura, o sea, *de la tentación*. O, de lo contrario, espera que salga, *como presa voluntaria que se deja atraer por los sentidos.* O pone en práctica la insidia más astuta; calla y queda al asecho *y el que vive sin estar unido a lo divino, cae en su trampa.*

Os lo repito: *mientras siga rugiendo, es poco peligroso; pero cuando tras haberse hecho oír, calla, entonces el peligro llega al punto culminante: calla porque ha descubierto vuestro punto débil y vuestras costumbres y ya está listo para arrojarse sobre vosotros.*

Vigilad. *Si sobre vosotros brilla la luz del día, ella os ilumina y no hace falta nada más. Pero si vivís en las tinieblas, permaneced anclados en la fe y no os alejéis de ella por ningún motivo.* '¿Todo os parece muerto y anulado? Decíos a vosotros mismos: No, todo es como antes. Decidle a Satanás: "No, todo es como antes".

¡Cuántos han padecido vuestras mismas torturas antes que vosotros! Las han padecido "vuestros hermanos esparcidos por el mundo": *vuestros hermanos, en el mundo*. Entiendo aquí por mundo no tanto esta Tierra, en la que vivís, y todos sus habitantes; *mundo es la Comunión de todos los seres vivos.* Digo: "*de todos los seres vivos",* o sea, *de todos los que están en la Vida eterna, tras haber querido y sabido permanecer en la "Vida" mientras estaban en la Tierra.*

Pues bien, estos hermanos vuestros, esparcidos como flores eternas en mis paradisíacos jardines, no sólo recuerdan sus luchas pasadas –y por lo tanto, saben comprender las vuestras-, sino que, por la Caridad que ya constituye toda su Vida, en la bienaventuranza *sufren porque os ven sufrir*. Es éste un sufrimiento por amor, que no empaña su júbilo mas que introduce en él *un matiz de vehemente caridad, que les lleva a apiadarse de vuestros afanes y a socorrerlos.* El Cielo entero está desplegado sobre vosotros, que estáis luchando por mi Nombre y con mi Nombre en el corazón, y os ayuda.

No vayáis más allá de la triple barrera de las virtudes teologales ni de la segura defensa de las cuatro virtudes cardinales: He aquí vuestras defensas: Fe, esperanza, caridad; justicia, templanza, fortaleza, prudencia. Contra ellas se quiebran las uñas de Satanás y éste pierde su aspereza y no puede dañaron.

Cuando el Sol, vuestro Dios, vuelve a brillar sobre vuestras almas victoriosas, que han vencido la atormentada noche, os quedáis asombrados al ver la obra liberatoria que el mismo demonio ha cumplido, contra su voluntad, mientras rondaba enfurecido a vuestro alrededor, porque en su furia imponente, *al poneros a la defensa, ha hecho que las pequeñas imperfecciones, como tiernas hierbas, pisoteadas, murieran*

definitivamente y que sobre el suelo desnudo descendiera triunfante la luz, para que creciera con más fuerza vuestra flor, vuestro espíritu, creado para vivir en el Cielo.

Ve en paz. Vuelve a tu cruz y a tus tinieblas *llevando contigo la paz*, llevándote el recuerdo de este sol. Ve. A pesar de que en estas horas, entre la sexta y la nona, no puedes vernos porque el dolor te enceguece, cree en Mí y en mi Madre >>.

12 de mayo de 1944

Viernes, inmediatamente después de la Comunión.

Dice Jesús:

<< ¡Sal, Lázaro! Vuelvo a darte la antigua orden[1]. Te la doy a ti, que no estás muerta sino solo dormida, para mostrar así a los hombres que tú, por ti misma, sin Mí, eres una pobre nada, ignorante, débil, a la merced de tu naturaleza humana.

El tuyo no es el sueño de la muerte. Está muerto el que vive fuera de Mí. Tú estás sujeta a Mí más que la ostra perlífera al escollo. Tú estás trepada a Mí más que el muérdago que nace en el hueco de dos ramas y echa sus raíces en la misma médula del árbol que lo sostiene. Tú estás más unida a Mí –repito: más unida- que la criatura en el vientre de la madre porque ésta, cuando llega el tiempo, la expulsa. Y, en cambio, tú te adentras a Mí cada vez más a medida que pasa el tiempo y cuando el tiempo ya no exista para ti, entonces *no podrás distinguir a ti misma de Mí y nadie podrá determinar dónde cesa María e inicia Jesús, porque tu Dios te absorberá por completo, por la eternidad.*

¡Oh, el Paraíso! ¡Cómo disfrutarás entonces de tu paraíso!, ¡cómo lo disfrutarás tú, que ahora por una causa de amor atraviesas el infierno y, aunque éste no te destruye –porque *el fuego del amor es más fuerte que el del infierno*-, estás aterrorizada por él! Estás aterrorizada porque, si bien el amor te protege, no te impide ver. Y ver el reino de Satanás tan horrible, que haría encanecer a un joven, pues allí no brilla ni siquiera el recuerdo de Dios. No puede albergarse allí ni siquiera su *recuerdo*, porque éste sólo bastaría para que el infierno no fuera ya infierno. Por cierto, para el que vive adorando el Rostro de Dios, ya es un suplicio no ver ese Rostro santísimo; por lo tanto, no poder ni siquiera recordarlo es una tortura tal que, comparadas con ella, todas las torturas, todas las crueldades humanas son ligeras como un juguete de niños. En fin, es el Infierno.

Te digo, pues: "¡Sal!". Si no te llamara de este modo, con estas pausas de bienaventuranza, breves como el canto de un pájaro, pero dulces como un instante celestial, morirías. No puedes resistir. Tenías razón: es demasiado fuerte para ti. Hay qué modelar el decreto. María, mi Madre "ha hablado por ti", como te había prometido.

"Sal de tu sepulcro. Respira. Mira. Escucha". Te lo manda tu Rey.

¡Oh, pobre María! Ayer no estabas en condiciones de seguir escuchándome. Retomo el tema que no terminé ayer.

Dije que el león conoce las costumbres de los que quiere devorar; las estudia para conocerlas. Es sumamente inteligente. Comprende enseguida. *También Satanás es inteligentísimo y comprende enseguida.* Se trata siempre de un ángel, aunque sea un ángel caído, porque su mente sigue siendo la de un ángel; sólo que ahora la emplea para el mal mientras Yo le había dado esa mente poderosa para que obrara el bien. El león sabe que sus víctimas van de noche a saciar su sed en esos cursos de agua que riegan el terreno abrasado por el sol. Conoce los prados adonde van a pacer el espeso manto de hierba. Sabe cuándo vuelve el hombre a su morada, tras la labor. Sólo tiene qué apostarse en estas etapas.

El deseo de un alivio físico o la imprudencia humana llevan al hombre y al animal hacia sus dientes inexorables. Las mansas gacelas y los veloces antílopes, igualmente cautelosos y temerosos durante el día, cobran coraje por la noche, impulsados por la sed y el hambre. Y, de este modo, van al encuentro de la muerte. Así también el hombre, acosado por la excesiva avidez de ganancias, se demora y sigue trabajando aún después del crepúsculo. Y, camino del regreso, la muerte lo detiene para siempre. Así también el apetito

[1] Juan 11, 41-44.

carnal arrastra a una pareja fuera del reparo de la zona habitada buscando un escondite para sus ilícitos amores. Y entonces la fiera separa para siempre lo que la lujuria de dichos seres había unido. Mas en las tierras africanas o en las regiones heladas, lo que impulsa a los hombres hacia los arañazos de Satanás, es siempre el mismo acicate de tres puntas: la concupiscencia de la carne, del dinero, del poder. Esto es lo que os pone al alcance del que sin desmayos, "como un león rugiente, ronda a vuestro alrededor"[2]

Recordaos que también Yo fui tentado, tanto en la carne –con el hambre que me mordía las entrañas y con la oferta de alimento carnal para mis sentidos- como en la mente, con la avidez de poder, y en espíritu, al impulsarme a que tentara a Dios[3]. La imprudencia es una tentación hacia Dios.

Tratada de imitarme. Haced huir a Satanás imitando a Jesús, vuestro Maestro. "No sólo de pan vive el hombre, sino de la palabra de Dios". "No tentarás al Señor tu Dios". "Adorarás al Señor tu Dios y servirás sólo a Él".

Ceñid la carne y el espíritu con las vendas impregnadas de aromas de la Ley de Dios. El que vive envuelto en ellas preserva su carne y su espíritu de los gérmenes que causan las putrefacciones que llevan a la enfermedad y a la muerte.

Ahora basta, María: te dejo ir. Vuelve a tu puesto de dolor. Ya mucho hace por ti la Misericordia concediéndote tales momentos de alivio en esta hora de expiación. *Ve en paz*>>.

13 de mayo de 1944

(son las 18 horas del 12 de mayo, pero escribo la fecha 13 de mayo porque así lo quiere Jesús)

Jesús me hace la siguiente observación mientras releo el dictado del 20 de febrero, que se refiere a la Pasión de Jesús y a los dolores de María:

<<Te olvidaste de una palabra y, naturalmente, no pudo ser copiada; este hecho alteró el significado de lo que escribiste luego, en la visión del Viernes Santo[4], que trata del encuentro de Juan con María en la casa del Cenáculo.

Corrígelo de este modo: "Y va y viene de la casa de Caifás al Pretorio, de la casa de Caifás al palacio de Herodes y, de nuevo, de la casa de Caifás al Pretorio". Justo por eso, Juan puede decir: "…he hecho todo lo posible para que me viera… he intentado recurrir a los potentes para obtener piedad…"

En realidad es una insignificancia. Pero vivimos entre fariseos que son aún más listos que los de mi tiempo para cazar los errores. Por eso es necesario que, a nuestra vez, estemos sumamente atentos.

Los consabidos fariseos harán una cáustica observación: "¿Por qué el Maestro no le ha hecho notar antes su error al portavoz?". Y Yo respondo que lo he hecho para demostraros una vez más que vuestra atención es tan relativa que, aunque seáis "portavoces" o directores de un portavoz, no notáis los errores que alteran los hechos. Leéis, meditáis, copiáis y dejáis el error, causado por la omisión de una palabra que cambia el significado de la situación.

Corrige y haz corregir, *al menos en los cuadernos originales y completos.* Mira que la palabra Caifás está omitida ya en tu manuscrito. Ese día estabas tan agotada –ya sea por el prolongado sufrimiento que te había provocado la visión ("Sepultura de Jesús y desolación de María"), ya sea por el bombardeo que habíais soportado- que te costaba seguir el dictado. Y ni siquiera después advertiste el error. No tiene importancia. No altera ninguna verdad sacrosanta. Mas es oportuno ser precisos también en las verdades secundarias.

Los ya citados fariseos harán también otra observación sobre el dictado de ayer. Te dije: "Tienes razón. Es demasiado fuerte para ti. Hay qué moderar el decreto". Oigo ya el coro escandalizado de estos doctores en sofismas: "¿Pero cómo es posible? ¿Dios no lo sabía que eso era demasiado fuerte? Esta mujer dice una blasfemia al acusar a Dios de no ser perfecto en entender y en aplicar el entendimiento".

Respondo, una vez por todas, con las palabras que pronuncié hace veinte siglos: "…Si no se abrevian los días del tormento final, no se salvaría ningún alma; *pero esos días serán abreviados en atención a los*

[2] 1 Pedro 5, 8.
[3] Mateo 4, 1-11; Marcos 1, 12-13; Lucas 4, 1-13.
[4] Se trata de la visión del 7 de abril.

elegidos"[5]. Si esto puede hacerse por todos los creyentes de la última hora –practicando con misericordia tan vasta como la Tierra, para salvar el mayor número de almas de la desesperación y el horror- ¿no podrá ser usado, acaso, para esta "pequeña" que, por voluntad divina, anticipa sobre sí el espiritual tormento que precederán los buenos en los últimos días?

Por eso la defiendo. También Yo habría tenido qué cargar con la cruz sola, sin ayuda. Ése era el decreto. Mas la carga era excesiva para mi debilidad. Y el hombre me concedió una ayuda[6]. ¿Y no habría qué concedérsela a ella que, por todos vosotros, lleva una cruz expiatoria tan grande que la mata?

Si la mata así sea, pues es un holocausto. Pero no es posible que haga enloquecer su espíritu, que ella me ha confiado. Soportó la primera parte de su prueba y permaneció fiel. *Sólo Yo sé qué batallas tuvo qué combatir.* El Tentador le prometió el goce. Y ella se estrechó aún con más fuerza al dolor, porque el goce era El Mal y ella quiso seguir el Bien. Para el ser humano, el sabor del fruto del Bien es enormemente amargo. Sólo en la otra vida se convierte en miel paradisíaca.

El haber rechazado a Satanás significó para ella atraer sobre sí el odio centuplicado de éste. Abandonarla a la completa merced de Satanás, habría significado la pérdida de ese corazón. Dios no es inexorable y en atención a los elegidos modifica su decreto.

También a Mí me socorrió el ángel en el Getsemaní[7]. Esto no estaba previsto, pero las plegarias de mi Madre lo obtuvieron. Y también esta mujer –que ahora recibe todos los días un rayo de sol, una brizna de consuelo, un instante de aire puro, para no morir antes de llevar a cabo su misión- tuvo a mi Madre por Abogada, así como a otras almas elegidas –del Cielo y de la Tierra- que rezan por ella. Tuvo mi Misericordia, que se erigió en reina contra la Justicia del Padre, y dijo: "Tengo piedad. Ten piedad Tú también". Pues si en el Cielo y en la Tierra Yo soy el Primero que respeta los decretos del Padre Eterno, soy también Aquel a quien el Padre remite todo juicio[8], por eso puedo decir a mi Padre, que es también el vuestro: "¡Padre, ten piedad de esta criatura mía!".

No por eso creías que ahora ella está en un lecho de rosas. Tras un mes de despiadada severidad, ahora experimenta una hora de tregua. Mas, que no tengáis qué experimentar vosotros, los escandalizados, los que creéis que se da demasiada importancia a un hecho menudo, lo que ella está padeciendo y tendrá qué padecer *aún por mucho tiempo*. ¡Oh, doctores intransigentes!, *ninguno de vosotros seguiría siendo fiel como ella, en cambio, supo seguir siéndolo*. Ella sufre también por vosotros; por vosotros que sois áridas torres de dura piedra por fuera, llenas de blanda creta por dentro; por vosotros que, como siempre[9], imponéis graves pesos a los demás pero que no queréis soportar sobre vosotros si siquiera el peso de una pluma.

Deja que murmuren, María. A quienes murmuraban contra Mí, Yo opuse siempre el silencio[10], un silencio que se hizo cada vez más intenso a medida que las murmuraciones se convertían en calumnias y las calumnias en acusaciones y las acusaciones en condenas y las condenas en blasfemias. En la cruz, "enmudecieron" también las miradas… Yo miraba solamente hacia el Cielo, para ver si encontraba la mirada de Dios, y a mi Madre para refrescar mi alma con su pureza.

Estás en la cruz y te quedas en ella. Calla y ve en busca solamente de Dios y de María>>

(Nota mía).

En este dictado Jesús me hace poner como fecha el día 13, o sea, mañana, pero en realidad me lo dicta el viernes 12 a las 18 horas. Y tan pronto como lo termino, vuelve a cogerme esa ola de desesperación que me lleva casi a accesos de locura. Ha sucedido enseguida, de inmediato. ¡Dios mío, qué lucha!, ¡estoy aterrada! Intento decir el Rosario, pero advierto que el demonio da risotadas y se burla de mí. ¡Oh, Padre Eterno, piedad!

Son estos los momentos en que Satanás quiere convencerme de que soy una falsa, una loca, una capaz de engañarles a todos. Quiere persuadirme de que nada es verdad, que estoy condenada… Si estuviera sola,

[5] Mateo 24, 22; Marcos 13, 20.
[6] Mateo 27, 32; Marcos 15, 21; Lucas 23, 26.
[7] Lucas 22, 43.
[8] Juan 5, 22.
[9] Mateo 23, 4; Lucas 11, 46.
[10] Mateo 26, 62, 63.

gritaría para desahogarme. Pero estoy en una casa ajena[11], ¿quién me entendería?… Son estos los momentos en que Dios, Jesús, María y sus "voces" y caricias, me parecen el sueño de una mente enferma… ¡Y, sin embargo, sentí esas caricias! ¡Todavía me parece tener en la palma de mi mano la huella de la herida de la mano de Jesús! ¡Y sin embargo, oí esas voces"! ¿Es posible que yo esté loca? ¿Es posible que lo esté sólo por esto? Realizo fácilmente y con orden todo lo demás: correspondencia, cuentas, decisiones de la vida cotidiana. ¿Y entonces…?

¿Por qué puede atormentarme así este horrendo demonio, intentando anular hasta la certeza de cuanto oí y sentí? ¿No es suficiente el no sentir, el no oír, de estas horas? ¿Debo experimentar también la pérdida de la seguridad de lo que tuve?

¡Oh, Señor! ¡Oh, María! ¡Tened piedad de mí!

Por la mañana, después de la Comunión
En honor del Corazón inmaculado.

Dice María:

<<Quiero que comprendas mejor mis alegrías. Dirás con más entusiasmo el rosario franciscano.

En la Iª no me alegré por mi gloria y por mi dicha, sino porque había llegado el tiempo de la redención del hombre y de que Dios le perdonara.

La IIª me hizo feliz no por la alabanza que me dirigió mi prima sino porque la redención comenzó con la santificación del Bautista, al llevarle a mi Jesús, vuestro Redentor.

La bienaventuranza de la IIIª no se produjo *únicamente porque,* sin dolor y sin que mancha alguna mancillara mi virginidad, pude ser madre ni por la gracia de de poder besar a Dios, mi Hijo, sino porque la Tierra tenía ya al Salvador.

Lo que produjo mi dicha por la cuarta vez fue que vi en los tres magos a todos los que, desde todo el mundo y en todas las épocas, a partir de este momento vendrían hacia la luz, hacia mi Señor, para proclamarle su Rey, su Salvador, su Dios.

La quinta alegría me llegó no sólo porque dejé de sufrir en mi amor de Madre, pues volví a encontrar al Hijo perdido. Eso habría sido egoísmo. La quinta fue una dicha indecible al oír resonar por primera vez la "Buena Nueva" y comprender que ella caía, con algunos años de anticipación, en ciertos corazones y germinaba en ellos como planta eterna. Yo era feliz por ésos, los que habían sido aleccionados anticipadamente.

La 6ª alegría la ocasionó un amor aún más grande por vosotras, ¡oh, criaturas redimidas! El Resucitado me anunciaba que los cielos ya estaban abiertos, que los habitaban los santos del Señor – que esperaban esta hora desde hacía siglos- y que en dichos cielos ya estaban listos los sitiales para los diez y diez mil seres salvados. Saber que estaba lista vuestra morada fue para mí, que soy vuestra Madre, una dicha inmensa, de incalculable intensidad.

Y, en fin, *la séptima alegría* no fue ocasionada por mi gloria sino porque, visto que la bondad de Dios me había elegido en Reina de los Cielos, por ser Reina podía ocuparme de vosotros, a quienes amaba y, además, por haber sido elegida para sentarme a la diestra de Dios, podía hablar, rogar, obtener para vosotros, directamente y con súplica pujante.

Ningunas alegría se refirió sólo a mí. *El egoísmo, aún el más justo y santo, destruye el amor.* Toda alegría me llegó por un amor perfecto y fue impulsada a un amor aún más perfecto.

Ahora soy bienaventurada, como más no podría serlo, porque estoy circundada por el abrazo trino de Dios, pero también porque aplico mi bienaventuranza para vuestro amor. También aquí aplico la ley: amo a Dios con todo mi ser y al prójimo como a mí misma[12], no por ser María sino porque María ha recibido la gracia del Señor, que la ama. Por eso es una criatura santa en Él y de Él, es una parte de Él.

¡Oh, mi teología tiene una sola palabra clave: "Amor"! Soy la Reina de los Cielos porque he comprendido, como ninguna otra criatura, esta teología.

[11] Efectivamente, estaba en la casa de la familia Giovannetti, en S. Andrea di Cómpito.
[12] Levítico 19, 18; Deuteronomio 6, 5; 10, 12; 11, 13; 30, 6.

Ama. Estarás a salvo. Ama. Ama con la palabra o con el silencio. Ama con la acción o con la inmovilidad. Ama con el ardor o con el sufrimiento de la aridez. Ama en la alegría y en el dolor. Ama en la victoria y en la debilidad. Ama en la tentación y cuando esté libre del Enemigo. Ama siempre.

Que en ti exista un punto, en lo más hondo, que sepa permanecer inamovible y vivo en el amor, aunque esté herido, golpeado, agonizante, aturdido del dolor, agotado por los ataques del demonio, asqueado por los hechos de la vida, zarandeado como una nave en la tormenta. Que exista un punto en ti cuya única misión sea: amar, y que la cumpla con la mente, con el corazón, con la carne. Y que este punto sea tu santuario; que en él haya un altar con la lámpara siempre encendida, las flores siempre frescas, la alabanza siempre expresada.

Que la parte más santa de tu espíritu, ésa en la que vive el punto consagrado al culto de Dios, sepa decir siempre: "¡Gloria tibi, Domine! ¡Gloria! ¡Laudamus Te! ¡Benedicimus Te! ¡Adoramus Te! ¡Glorificamus Te! Quoniam Tu solus Sanctus; Tu solus Dominus; Tu solus Altíssimus. ¡Cun Angelis et Arcangelis, cun Tronis et Dominationibus, cumque imnia militia caelestis exercitus, hinnum gloriae tuae canimus, sine fine dicentes: Sanctus, Sanctus, Sanctus. Y que lo diga ya sea que llores o rías, que esperes o dudes, que hayas sido escuchada o no.

Antes de la Elevación viene la loa. Antes de la Consumición viene la loa. Debes saber decir tu Misa. Toda víctima es sacerdote, mas no se es sacerdote si no se sabe celebrar Misa, y celebrarla en todas sus partes.

Mira a mi Jesús: antes de ser elevado y consumido cantó loas al Padre[13]. Y ya sabía lo que le esperaba.

¡Oh, María!, que tu corazón cante; que cante aunque las lágrimas broten de tus ojos. Que el canto cubra tu gemido y las voces de Satanás, que quiere llevarte a desconfiar de ti misma para impedir que cumplas tu misión; que quiere convencerte de que Dios no te escucha para impedir que reces; que quiere convencerte de que estás perdida para perderte.

No, no estás perdida. Persevera. Vale más un día, una hora de fidelidad en este momento, que los diez años que has transcurrido en el dolor físico y en la penitencia pero con la paz en el corazón y con presencia evidente de Dios a tu lado. Persevera. "El que persevere hasta el fin se salvará"[14]. Lo dice mi Jesús, tu Jesús. Y te lo digo yo. Sufre en paz. Muy pronto vendré>>

(Nota mía)

Estoy sumergida en el dolor. En mis repetidos sopores me acompaña siempre este pensamiento y, cuando el sopor termina, está siempre allí, para continuar de inmediato la pesadilla: "Dios no te ama. Estás condenada. Eres una embustera. Eres una loca. Eres una hereje".

Es una verdadera pesadilla. Me quita todo consuelo. Hasta llega a ofuscar la luz material del sol y la vista de la bella naturaleza que, con otro estado de ánimo, me había alegrado. Me impide cualquier ocupación. Anula la serenidad que me da la plegaria, el júbilo que me daba la plegaria. Hablo y siento ese pensamiento dentro de mí. Escribo y se agita en mi cerebro. Leo y supera las palabras. Está allí, siempre está allí…

Tan pronto como vuelvo en mí, mi primera sensación es ese pensamiento. No acabo de abrir los ojos o la boca, de mover las manos, y él ya está allí, para taladrarme el corazón y la mente. Tan pronto como cesa de hablar el Maestro o su Madre, él emprende de nuevo su obra de carcoma, que corroe incansablemente el lugar en que se anida.

Hay qué experimentarlo para comprender qué significa…

15 de mayo de 1944

Media hora después de haber recibido el dictado, yo estaba agonizando por una gravísima crisis cardiaca, que se resistía a cualquier medicamento. Pero no me importaba… Sentía el corazón colmo de júbilo por las palabras de la Madre. ¡¡¡Hubiera preferido diez crisis por día, y hasta por hora, en lugar de gozar de óptima salud y soportar el estado espiritual del mes entre el 10 de abril y el 10 de mayo!!!

[13] Juan 14-17.
[14] Mateo 10, 22; 24, 13.

Desde el sábado voy haciendo una penitencia especial por los pobres desesperados. Siempre me han dado pena, aún antes de esta tremenda prueba. ¡Pero ahora…! Por eso, todos los días mientras viva, haré una especial ofrenda a Dios por mis "hermanos desesperados", para que Dios les quite de esa hoguera de congoja en la que se debaten, abrazados y furiosos, y les dé su rocío, su paz, la esperanza, la caridad.

¡Dios mío, es demasiado terrible no amarte, no esperar en Ti, no creer en Ti, no sentirte más! Haz que no le suceda a nadie. Prohíbe a Satanás y al mundo que lleven a los hombres a la desesperación, fortifica los espíritus, aunque no sean dignos de ello, fortifícalos por piedad, para que puedan anular la desesperación. Si no son dignos de tu benignidad, castígalos con otras desventuras, ¡mas no con esta tortura, no, Padre mío!

También diré, si lo logro, esas jaculatorias que el P. Migliorini me aconsejó que dijera en estos días tremendos: "Jesús mío y Dios mío, ayúdame", "Dios mío, sálvame. Creo en Ti". Las he dicho siempre, también cuando me enloquecía el dolor, el dolor por el abandono de Dios.

Y, para que nos se me interprete mal, ahora voy a explicar lo siguiente: no me rebelé por la ausencia de las manifestaciones extraordinarias. *Nunca las deseé; nunca* las pretendí, desde aquel momento en que me fueron concedidas. Dios las concede gratis y ninguno de sus hijos puede imponérselo; el abandono que me ha hecho sufrir ha sido el sentirme separada de Dios.

Antes de estas manifestaciones, en el curso de mi vida, también cuando era yo quien me alejaba de Él debido a mi suma imperfección, sentía que mi Dios estaba cerca de mí. Sentía que Él velaba por mí y que acogía cada buena acción, cada plegaria, cada sacrificio mío. Estaba allí, inclinado sobre mí, para recoger mis migajas de bien. Aún cuando no me concedía lo pedido, siempre me daba la impresión de estar cerca de mí porque su paz estaba en mí o, por lo menos, en torno a mí, y tenía la sensación de que nuca estaba sola.

Y, de pronto, todo había desaparecido. Ya no había Dios. Ya no había Cielo. ¿A quién podía dirigir mi plegaria? El Paraíso me parecía un mito. El firmamento, tras el cual imaginamos a Dios y su Paraíso, para mí estaba despoblado… Le rezaba a la Nada…

Quien no ha experimentado estas sensaciones, no sabe qué es el horror. A veces sentía que Dios estaba allí, pero sólo para maldecirme. Creo que es lo que experimentan los condenados al ver a su Dios en el juicio particular y lo que experimentarán cuando lo vean en el juicio universal, o sea, el terror ante un Dios que castiga y maldice a quienes lo han ofendido. También en este caso, quien no lo haya experimentado, no puede entender qué es.

Por ejemplo hoy, que es domingo, no tuve ningún dictado, pero siento que el Paraíso está a mi alrededor y estoy serena, siento una alegría sobrenatural. Siento que mi plegaria asciende a Dios, que mi amor se une en un beso con el amor de Dios.

Esta unión con Dios, aunque sea velada, aunque implique mil sufrimientos, es algo que no abate, es algo que da alegría. Es como si un ciego se encontrara en un cuarto silencioso: naturalmente, no ve ni oye nada en torno a sí. Pero sabe que, si necesita algo, es suficiente que llame apenas y junto a él habrá alguien que le socorrerá enseguida, y eso le tranquiliza. No sé si he logrado dar la impresión exacta.

Pienso –y estoy segura de no equivocarme- que este cuarto en el que sufro tanto porque no es el lugar en que el Paraíso se manifestó abundantemente a mi miseria, llegará a serme dilecto: será sagrado. Y ya lo amo un poco porque ahora aquí siento la paz del Señor y ya he oído la palabra de Jesús y de María. En cambio en los primeros días eso no sucedía, yo no sentía a Dios y entonces odié este cuarto y tuve miedo…

Si no siento a Dios, le tengo miedo a todo.

16 de mayo de 1944

Martes

En las últimas horas de la tarde, cuando ya las sombras de la de la extenuación descienden sobre mí, mi Jesús me obliga a escribir lo siguiente.

Dice Jesús:

<<Has dicho el Rosario meditándolo. Y me has visto en los primeros cuatro cuadros de los misterios dolorosos. No te he hecho ver la Crucifixión porque estás demasiado agotada. Me has vuelto a ver otra vez en

el huerto, en la flagelación, en la coronación y en el cuadro del "Ecce Homo" que es presentado a la rugiente multitud; después me has visto llevando el peso de la cruz.

Ahora responderé –y no solo a ti, sino a todos- a una pregunta que me dirigís muy a menudo. Queréis saber por qué Yo, siendo Dios no hice cenizas, con un milagro de mi poder divino, a mis acusadores y a mis verdugos. ¡Preguntáis por qué! Pues, porque Yo soy Redentor y no justiciero.

Desde el momento del huerto en adelante y hasta la muerte habría podido abatir –en cualquier instante si lo hubiera querido- al traidor, a los que me capturaron, a los acusadores, a los torturadores, a los blasfemos, a los que me crucificaron, a todos. Me lo pedían cuando estaba en la cruz: ¡Que Él, que ha salvado a tantos, baje de la cruz y se salve"[15]. En efecto, habría podido hacerlo pues ya mucha Sangre había sido derramada y, por lo tanto, habría sido suficiente para redimir a los hombres pasados y a los futuros, en tanto que los del presente habrían mordido el polvo, aterrorizados por el milagro, aniquilados por mi poder y arrojados al abismo por la eternidad,

Mas, si les hubiera fulminado con mi poder, ¡cuántos habrían muerto en pecado de deicidio, entre los muchos miles que se agitaban tumultuosamente y que se habían convertido en asesinos de un Inocente por una de esas improvisas locuras de la multitud y por el fenómeno de delincuencia colectiva que siempre se produce bajo el impulso de un especial fenómeno de los sentimientos instigados por los verdaderos culpables y los verdaderos asesinos que, ocultos en la sombra, excitan a las multitudes para cumplir sus propios fines. El Eterno quería que fueran condenados sólo los verdaderos malvados y que los pervertidos se salvaran, una vez que la Redención –cumplida hasta el sacrificio extremo- hubiera depurado su conciencia, librándola de los venenos que la hacían delirar.

¡Oh, pobres hombres!, hay momentos en que estáis verdaderamente locos. *Y mi milagro consiste en curar vuestra locura moral.*

Por ejemplo, si Yo, ¡oh, pobre María!, te hubiera quitado la vida cuando me lo pediste a gritos hace un mes, ¿te habría hecho un bien? No, te habría hecho un daño. Ahora sí podría quitarte la vida y no obraría contrariamente al diseño de misericordia que he seguido siempre para ti. Ahora está curado el delirio desencadenado por crueles acontecimientos humanos, por no decir satánicos porque, como he dicho siempre, ésta no es una guerra entre hombres *sino una guerra de Satanás contra los espíritus.* Y no son las únicas víctimas los que perecen en la batalla o bajo los escombros de una casa. También son víctimas de la lucha de Satanás contra los espíritus *los que pierden la fe, la esperanza, la caridad y que, por tanto, no pierden la vida de una hora mortal, sino la vida eterna, pues mueren para la Gracia de Dios.* Las víctimas son, sobre todo, ellos.

Ahora estás curada. Has vencido a Satanás. Mas lo has vencido porque te he dado tiempo para volver a alzarte tras el ataque improviso y atroz, tras el ataque improviso y *burlón* del Enemigo contra tu espíritu. Te acometió como ese león del que habla Pedro[16] y te maltrató. Pero, al final, huyó porque tú, con el resto de tus fuerzas –apenas vestigios- y con el residuo de tu voz –apenas un soplo- alzaste la cruz y repetiste mi Nombre. Repetiste casi atontada y sólo por costumbre ese gesto que desde hacía años era la expresión de tu amor. Mas tenía que pasar tiempo antes de que pudieras recobrarte, reconstruirte a ti misma, dado que el que te odia te había hecho jirones. Las resurrecciones siempre requieren tiempo y te habían golpeado tanto, que eras casi una muerta.

Mas la parte más santa de tu espíritu, ese punto tuyo del que habla mi Madre, *nunca ha sido afectada*. No podía serlo, María. Esa parte *es mía. Es mía; sólo tu voluntad podría quitármela.* Pero tú no lo harás nunca. Lo sé. Y justamente esa parte, como un imán que atrae hacia sí las moléculas dispersas, ha atraído y reunido de nuevo lo que Satanás, exasperado por el odio hacia Mí y hacia ti, había destrozado.

¡Pobre de ti si te hubiera golpeado entonces! ¡Cuán separados estaríamos aún Yo y tú! Tú no quieres la separación y tampoco Yo la quiero. Quiero que la muerte sea el momento de la Vida para ti, sin la languidez de la espera.

Ven. Avanza. Estoy aquí. Besa mis llagas, de las que desciende la Vida para ti. Las abrí para darte esta Vida, así como las abrí para muchos, para muchísimos más.

---

[15] Mateo 27, 39, 42; Marcos 15, 29, 32; Lucas 23, 35.
[16] Pedro 5, 8,9.

He aquí mis triunfos de la hora de la Pasión. Estos son los que fueron salvados por mi Piedad antes que por mi Sangre. La Piedad les dejó vivir para permitir que la Sangre obrara y les sanara.

¡Oh, hombres!, he aquí el motivo por el cual Yo me hice torturar hasta morir sin fulminar a nadie: *porque os he amado como sólo Yo podía amar*.

Ahora descansa. Ve en paz>>

17 de mayo de 1944

¡He vuelto a ver a mi Jesús! ¡Ah, qué feliz soy! ¡Qué bello era! ¡Eran bellos su rostro, sus manos, su voz! ¡Tenía tanta sed de ellos. En verdad, ya le había visto ayer, pero se me apareció como en varios cuadros separados y, además, no hablaba ni se movía. En cambio hoy no es así, es como antes. ¡Qué feliz, qué feliz soy!

Pero ¡cuán grande fue el dolor en estos 40 días en que no le vi! En efecto, fueron 40 días exactos. Por última vez lo vi, vivo, respirando el Viernes Santo, o sea, el 7 de abril, precisamente a esta misma hora: las 15 y 30 de la hora solar. ¡Fueron cuarenta días de tortura!

¡Cómo comprendo la angustia de María cuando Jesús se perdió! Verse privados de su presencia, no ver su rostro, no oír ya su voz, significa conocer la locura, la muerte, el infierno.

Jesús ¿por qué me has hecho esto?…

18 de mayo de 1944

Ascensión de Nuestro Señor, a las 8 (hora solar).

Mientras rezo veo con los ojos de la mente un inmenso paño purpúreo que un número infinito de ángeles, arrodillados en profunda adoración, mantiene extendido sobre toda la tierra, sujetándolo por uno de los bordes (si así podemos definirlos).

He dicho que este paño es de color "púrpura" pero, de seguro la seda más hermosa y el color púrpura más brillante parecen semejantes a un algodón de poca calidad respecto a esta tela que, en realidad, no es una tela, pues mi amonestador interior me advierte que se trata de la preciosísima Sangre de Nuestro Señor, que los ángeles mantienen continuamente extendida sobre la Tierra, para que sus virtudes desciendan en las almas y frente a todo lo creado, de modo que la Creación entera adore la Sangre que Dios derramó por amor hacia sus criaturas.

No veo nada más, pero se trata de una visión de belleza tal que anula en mí toda otra sensación, anula aun el dolor y el cansancio físico más vivos, fortifica toda esperanza, aumenta todo júbilo.

Sobre el fondo del refulgente cielo azul del Paraíso, respecto al cual parece desteñido hasta nuestro cielo azul, se destacan las llamas angélicas: son luces incandescentes de forma humana, como perlas y plata fundidas y encendidas para adquirir aspecto de cuerpos sensibles a la pesadez de mi materia humana; son formas de tan perfecta belleza que me llevan a desdeñar aun las más bellas realizaciones del arte. Si Melozzo y el Angélico, Tiziano y Dolci, Perugino y Guercino y todos los demás pintores de ángeles están en la gloria de Dios, tendrán qué horrorizarse de sí mismos al contemplar estas perfecciones angelicales con sus esbozos informes y tan degradados a nuestra condición humana.

El velo de la preciosísima Sangre es el más espléndido de todos los zafiros del cielo paradisíaco y de todas las angelicales y encendidas perlas; es un rubí florido, un terciopelo líquido, un color que es voz, una voz que es Gracia, que es Gracia para nosotros.

Miro y adoro hasta que Jesús empieza a hablar.

Dice Jesús:

<<Los consabidos espíritus difíciles –que Yo llamo "incrédulos racionalistas"- opinarán que este dictado es incongruente. ¿Por qué hablar de la Sangre precisamente hoy, que se conmemora mi Ascensión al Cielo?

Porque Yo así lo quiero. Y, si lo quiero, quiere decir que no es incongruente, porque Yo no hago nunca nada ilógico. Por otra parte, no hablo para este enceguecido lastre de la humanidad, para esta turba de ídolos sin alma, representaciones de la soberbia y la estupidez. Hablo para mis hijos y especialmente para ti María.

Hemos estado separados por cuarenta días; los contó tu dolor y tu amor. Hoy, en que se conmemora el día en que me separé de los discípulos[17], Yo vuelvo, ¡oh pobre violeta de mi cruz, sumergida y abrasada por la sal de su llanto y sedienta de mi Sangre para vivir! Sólo mi Sangre te hace vivir. Sólo mi voz puede consolarte. Sólo mi Presencia te hace feliz. Heme aquí, contigo.

¿Lloras? No llores. Escucha. Lo que has visto con los ojos de tu mente, sucede en realidad.

Mi Sangre no cesa de derramarse sobre la Tierra; desde hace veinte siglos resplandece como testimonio de amor frente a lo creado y desciende como rocío en todo lugar en el que haya una cruz que dice: "Esta es tierra de Cristo".

Los ángeles de cada creyente, es más, de todo el que lleve el nombre de "creyente", en su índole angelical no hace más que trenzar vuelos entre el Cielo y la Tierra para obtener tesoros divinos para cada uno de sus protegidos. Mas la obra angélica va aún más allá, porque el restante e infinito pueblo angélico por una orden eterna adora en lugar de quienes, por no ser cristianos, no adoran al verdadero Dios y, además, le ruega a mi Sangre que se derrame sobre todas las criaturas para que ellas la adoren.

Los ángeles de los justos adoran *exultando*, unidos a las almas de los mismos, que ya anticipan en la Tierra la adoración que será eterna. Los ángeles de los que no son cristianos adoran *esperando* poder convertirse en custodios de los mismos bajo el signo de la cruz. Los ángeles de los pecadores que ya no son hijos de Dios adoran *llorando*, y llorando imploran a la Sangre que por su virtud redima esos corazones. Y, en fin, adoran los ángeles de las iglesias esparcidas por la Tierra y llevan a Dios la Sangre que se eleva en todas las Misas en recuerdo de Mí.

La Sangre asciende y desciende con ritmo incesante. No hay un solo instante en el día en que mi Sangre no ascienda a Dios y en que no descienda del trono de Dios sobre la Tierra.

Nunca has pensado en esto, María, pero la Misa repite los tres puntos más importantes de mi vida como Jesucristo, el Verbo de Dios encarnado.

En la Consagración, cuando las hostias se convierten en Carne y Sangre, Yo vuelvo a encarnarme como antes. No me encarno en el seno de la Virgen, sino en las manos de un virgen. Por eso se les requiere a mis sacerdotes una virginidad angélica. ¡Ay de los profanadores, que con el cuerpo enfangado por la unión carnal, tocan el Cuerpo de Dios!, si vuestro cuerpo es el templo del Espíritu Santo y, por lo tanto, debe ser conservado casto y santo, el cuerpo del sacerdote –a cuyo mando Yo desciendo del Cielo para convertirme en Carne y Sangre y, como en una cuna, me poso en sus manos- debe ser más puro que el lirio. Y así como el cuerpo, debe serlo también la mente, el corazón, la lengua.

En la Elevación está la Crucifixión. He dicho: "Cuando Yo sea elevado, atraeré todo hacia Mí"[18] y cuando soy elevado desde un altar, atraigo hacia Mí todos los estremecimientos de los presentes, todas las necesidades, todos los dolores, todas las plegaria, y con todo ese caudal me presento al Padre y le digo: "Heme aquí. El que se consumió por amor te pide, oh Padre, que lo des todo para estos 'míos', porque Yo todo lo di por ellos".

Y en el momento en que se consuma el Sacrificio por medio de la consumación de las Hostias, Yo vuelvo al Padre mío diciéndoos como en la mañana de la Ascensión: "Yo os bendigo y permaneceré con vosotros hasta el fin del mundo"[19].

Por amor me encarno, por amor me consumo, por amor asciendo para perorar en vuestro favor. Lo que reina siempre en mis obras es el Amor.

Reflexiona sobre la Misa, según estas luces con que te he iluminado. Y piensa en que hoy no hay un instante del día en que deje de consumirse una Hostia por amor vuestro y de consagrarse una Sangre para aumentar las celestes piscinas en que se purifican los espíritus humanos, se curan las enfermedades, se riega la aridez, se fecunda la esterilidad, se concede a Dios lo que antes se había concedido al error.

[17] Marcos 16, 19-20; Lucas 24, 50-53.
[18] Juan 12, 32.
[19] Mateo 28, 16-20.

Contempla mi Sangre que, tras haber derramado en lacerantes dolores, sube al Padre gritando por vosotros: "Padre, en tu manos confío estos espíritus *míos*. Padre, no los abandones. Yo, el Cordero inmolado eternamente, así lo quiero para ellos". Y, para anular hasta el recuerdo de las dudas ya pasadas, repite a ti misma: "Tú no has dejado mi alma en el infierno del dolor; por eso, mi corazón se alegra y mi lengua se regocija y también mi cuerpo reposa en la esperanza. Por amor de tu Sangre me hiciste conocer, y de eso no hace mucho, los caminos de la vida y con tu presencia me colmarás de gozo".

Con pocas variaciones, son las palabras de Pedro después de la Pentecostés[20]. Dilas aunque sea con anticipación de algunos días. ¡Has bebido tanta hiel, pobre María! Consuela tu corazón con la miel de las palabras eternas.

Te bendigo, como bendije a los once, antes de mi Ascensión>>.

20 de mayo de 1944

Dice María:

<<El sábado pasado te hablé de mis alegrías. Hoy te hablaré de mis dolores. No te los describiré; ya te los describí todos, menos uno. Y ese te lo describiré muy pronto. Ahora te haré comprender en su significado más alto dichos dolores.

Del mismo modo que ninguna alegría se refirió sólo a mí, porque eso habría sido egoísmo, ningún dolor me hirió por mí sola porque, dado que os llevo a todos en mí por ser la Madre de todos los creyentes, sentí en mí todas las heridas de vuestro espíritu. Y si las alegrías florecieron como rosas únicamente cuando el hecho llegaba a cumplirse –y de las rosas tuvieron el efímero tiempo, porque la mano del hombre y el soplido de Satanás destrozaron ese florecer, anulándolo demasiado pronto y para demasiados seres- los dolores fueron espinas clavadas en el corazón desde el primer momento y jamás arrancadas.

He aquí por qué también los que me representan no me muestran con siete rosas que brotan del corazón sino con siete espadas, y si alguien me muestra ceñida de rosas, me ciñe de modo que la faja florida es por sí misma una verdadera tortura, porque los tallos están llenos de espinas.

Soy de verdad la mística Rosa y en mi tallo no hay espinas porque soy la Llena de Gracia, pero en mi corazón están todas las espinas de las culpas humanas, que me privan de mis hijos y ofenden a mi Jesús.

El primer dolor no lo tuve únicamente por mi amor como Madre de Dios. Ya conocía mi suerte. Ya lo sabía porque no ignoraba el destino del Redentor. Las profecías ya anunciaban su inmenso sufrimiento. El Espíritu de Dios unido a mí me iluminaba aún más de lo que decían las profecías. Por eso, desde el momento en que había dicho: "He aquí la sierva del Señor"[21], yo había abrazado el Dolor junto con el Amor.

Mas ¡cuán grande fue el dolor al sentir y *al ver ya* que los hombres tomarían el Bien, hecho Carne, para convertirlo en un Mal para sí mismos! Ya en las mofas infligidas a Simeón, vi las innumerables mofas, las sacrílegas negaciones de un número incalculable de hombres. Jesús había venido para traer la paz pero los hombres, en su nombre o contra su nombre, le iban a declarar la guerra o la iban a hacer entre ellos. Todos los cismas, todas las herejías, todos los ateísmos estaban frente a mí… y, como un tapiz de espadas, estaban esperándome para lacerarme el corazón.

El segundo dolor, que te describiré a su tiempo, no fue causado únicamente por las penurias de la huida. También estaba impregnado de la amargura de ver que el pobre poder humano –que es tal hasta que Dios lo permite-, en lugar de convertirse en escudo de la verdadera Potencia y, por lo tanto, hacerse "grande" al hacerse "siervo de Dios", se volvía asesino y deicida por la concupiscencia de poder. Se volvía asesino de los inocentes, y esto era ya un pecado muy grande; pero ser asesino de Dios era un pecado sin parangones. Y, si el Eterno no lo permitió, esto no impidió que, de todos modos, existiera la culpa, porque el deseo de hacer el mal y la tentativa de cumplirlo, están apenas un décimo de grado por debajo de la culpa consumada.

Y, sin embargo, ¡cuántos de los "grandes", desde entonces hasta el fin del tiempo imitarían a Herodes y pisotearían a Dios para llegar a ser "dioses"! Pues bien, yo ya veía a esos chacales que mataban para destruir a Dios y, junto con el Hijo, estrechaba contra mi corazón a todos los que eran perseguidos por su Fe y oía sus

[20] Hechos 2, 25-28 (del Salmo 16, 8-11).
[21] Lucas 1, 38.

santos gemidos mezclados a las blasfemias de los prepotentes y, como yo no sabía maldecir, lloraba… El camino de Belén a Egipto fue regado por mi llanto.

Tercer dolor. Pues bien, yo buscaba a Jesús, que se había perdido, pero no por mi culpa o la de mi esposo. Mi Niño había querido hacerlo para cumplir el primer llamado hacia los corazones y decirles: "Ha llegado la hora de Dios". Pero, en los millones de seres existentes, ¡cuántos iban a perder a Dios! Se puede perder a Dios por propia culpa o por su voluntad. Se pierde a Dios cuando la Gracia muere. Cuando Dios quiere llevarnos a una Gracia mayor, se esconde. En cualquiera de los dos casos quedamos en la desolación.

El pecador que está muerto para la Gracia no es feliz. Parece que lo es, pero no lo es. Y aunque experimente momentos de exaltación que le impiden comprender su estado, nunca faltan las horas en que una llamada de la vida le hace sentir su condición, de separado de Dios. Y entonces llega la desolación, esa tortura que Dios hace gustar a sus predilectos para que sean salvadores como su Verbo.

Tú sabes qué es. ¡Es el abandono de Dios! Es un horror más grande que la muerte. Y es un horror para aquellos en los que se trata únicamente de una "*prueba"*, piensa qué será para aquellos en los que es una autentica realidad. Mi tercer dolor fue causado porque comprendí cuántos deberían beber de ese cáliz para perpetuar la obra redentora. Y aún más amargo dolor me causó ver cuántos seres, innumerables seres, perecían en la desesperación.

¡Oh, María! ¡Si los hombres supieran buscar siempre a Jesús! La planta de la desesperación dejaría de destilar su ponzoña porque moriría para siempre.

Cuarto dolor. Yo era Madre y era natural mi dolor al ver a su Criatura cargada con la cruz. Pero un dolor más grande, un dolor sobrenatural, era ver el odio con que los hombres oprimían a mi Hijo, era una tortura mayor que la del madero.

¡Qué grande era ese odio! ¡Era como una mar sin confines! De esa turba que vociferaba blasfemias y escarnios partirían, como por una filiación espiritual, todos los hostiles al Mártir santo. Si hubiera podido quitarle la cruz a mi Jesús y ponérmela sobre mis espaldas de Madre, habría sufrido menos que al ver, con los ojos del espíritu, a todos los futuros crucifixores de su Salvador, ésos que intentan anularle para no comparecer ante su trono de Juez, y no saben que Él será Juez sólo para ellos, así como para los demás será Amigo.

Quinta espada me la clavó el comprender que esa Sangre que se colaba de los miembros lacerados como numerosos regueros de salud siempre recibiría blasfemias. Y, sin embargo, esa Sangre hablaba, y habla aún. Grita con su voz de amor, llama, pero los hombres no quisieron escucharla entonces y tampoco quieren escucharla hoy. Se agolpaban en torno al Mesías para pedirle que curara sus enfermedades y le suplicaban que les dijera una palabra. Pero cuando advertían que Él no usaba ni sus manos ni polvo ni saliva, sino que daba su Vida y su Sangre para curar la verdadera, la única, la imborrable enfermedad de la que padecían, es decir, "la culpa", entonces huían de Él más que si fuera un leproso.

Y siguen rehuyéndola. "Que esa Sangre caiga sobre nosotros"[22] ¡Oh!, caerá el último Día para preguntarles la razón de su odio y dado que no quisieron amarla, maldecirá. Y yo, que soy Madre, ¿no debo sufrir acaso, viendo que tantos hijos míos merecieron ser maldecidos y separados para siempre de la espiritual familia del Cielo, en el que yo soy la Madre y mi Jesús el primogénito y el primer Hermano?

Cuando recibí los despojos exánimes de mi Dios e Hijo y pude contar una a una sus heridas, sentí que mi pecho se destrozaba. ¡Oh!, no conocí los dolores de la procreación, pero conocí ése y no existen dolores de parturienta que puedan comparársele. Todo el dolor de creyente y todo el dolor de madre se fundieron en un dolor único. Y sobre esta base de mi cruz, como el Calvario lo fue de la cruz de mi Señor, se asentó el Dolor.

En vuestros corazones no vi a Jesús ya muerto, porque Él no muere. Vi vuestros corazones, ya muertos para Él. Vi que en muchos corazones se posaría como sobre fríos despojos. Vi que a muchos les ordenaría inútilmente: "¡Levántate!", porque el hombre *no quiere vivir, no quiere* levantarse; porque el Sacramento de la Vida es rechazado o acogido sacrílegamente, aun cuando los momentos de vuestra existencia están contados. Vi a los innumerables Judas, que no saben hacerse dignos, con una honesta conversión, de recibir al Dios herido, a ese Dios que vuestro arrepentimiento sanaría.

[22] Mateo 27, 25.

Mira María: todo es preferible a ser los nuevos Iscariotes. Y, sin embargo, ése es el pecado que se comete con más indiferencia. Y no lo cometen sólo los grandes pecadores, sino también muchos que parecen y se consideran fieles a Dios. Él les llama: "Los fariseos de hoy". Puedes distinguirles por sus obras. El contacto con mi Hijo no les ha mejorado; por el contrario, llevan una vida que *es la negación de la Caridad* y, por lo tanto, de Dios. Son verdaderos muertos y, si no lo son para la Gracia en sí, lo son *para los frutos de ésta.* No tienen vitalidad. Jesús no puede obrar en ellos porque en ellos no hay ninguna repercusión.

Ellos son los que preceden únicamente por un puesto a los que tienen sólo el nombre de cristianos, a ésos que son templos desconsagrados y profanados por la podredumbre de todos los vicios y en los que ya el nombre, el solo nombre de Cristo, está como el cuerpo de mi Jesús en el sepulcro, es decir, sin vida. Si en Getsemaní el martirio espiritual de mi Hijo fue conocer a todos aquellos para quienes el Sacrificio iba a ser inútil, para mí el suplicio fue esta visión al besar a Jesús en el último adiós.

Y el suplicio no cesa aún, no. Las espadas están siempre clavadas en mi corazón porque el hombre sigue provocando en él sus siete dolores. Hasta el momento en que el número de los salvados no esté cumplido y no se haya completado la Gloria de Dios en sus bienaventurados, sufriré en mi doble dolor de Madre que ve que ofenden a su Primogénito y de madre que ve que demasiados hijos suyos prefieren el exilio eterno a la morada del Padre.

Cuando me reces a mí, la Dolorosa, piensa en estas palabras mías. Y en tus dolores anula todo egoísmo para imitarme. Yo he extendido mis dolores de Madre de Jesús para abarcar a todos los nacidos. Soy la nueva Eva. Usa tus dolores para todos tus hermanos. Llévalos a Dios, a mí>>.

21 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<No sólo os arrojarán de las sinagogas[23], y con ello me refiero también a todas las posiciones sociales en las que podríais tener honores y ganancias. Os perseguirán por mi Nombre y por vuestra fidelidad a él, aun en el espíritu. No se deberá al convencido celo del perseguidor contra Mí y contra mi culto. Os perseguirán porque las palabras que pronunciáis –y os lo digo especialmente a vosotros, mis portavoces- son tales que irritan a la mayoría, sobre todo a esa parte de ella que tendría qué ser la mejor, por eso, por vuestras palabras, os convertís en el objeto de su odio.

No hablo aquí de todos los creyentes, para quienes llegarán por cierto las periódicas persecuciones que ordenará el poder humano, excitado por la fiebre satánica. Hablo de las persecuciones especiales contra todos mis predilectos, a quienes se les impone no sólo la dulce cruz de mi amor y mi voluntad, sino también la cruz muy amarga del odio y el malquerer humano.

¡Oh, mis predilectos, si supierais cómo os odia el mundo! Os odia como me odió. En el mundo también están, y cargan con doble culpa los descendientes de los antiguos sacerdotes, sus sucesores. Pocos de ellos tienen una fe verdadera. El racionalismo, con sus doctrinas, les hacer estériles, el egoísmo les enceguece y les conduce al odio; por eso os acusarán de herejes. Mas no os desaniméis. El mundo cesa el día de vuestro nacimiento para el Cielo. Entonces se abrirán para vosotros las puertas del Mundo verdadero, un mundo eterno y bueno porque es el Mundo de Dios.

¡Oh, mis dilectos! Yo os amo. Yo os agradezco. Yo os bendigo y, junto conmigo, os bendicen el Padre y el Espíritu ya que, al servirme, servís a la eterna Trinidad y Ella os besa con sus rayos de amor y os envuelve a sí misma para recompensaros, de un modo inefable, de todo el dolor que os procuran los que desconocen a Dios.

Ve en paz, María. Dame tus tribulaciones y tu desolación. Es un poco de Getsemaní por amor mío>>.

22 de mayo de 1944

Dice Jesús:

[23] Juan 16, 2.

<<Diré poco, lo suficiente para persuadirte de que estoy contigo. Estás demasiado debilitada. No puedes escribir mucho. No es necesario. A Mí y a ti nos basta el amor recíproco. No es necesario darles a los demás demasiadas palabras, porque hay muy pocos entre ellos que las acogen con ánimo recto.

Quiero hacerte observar el primer capítulo del Génesis y, especialmente, una frase que está repetida seis veces, una por cada día de la Creación: *"Y Dios vio que eso era bueno"*[24]. El séptimo día, Dios reposa en las cosas buenas que Él había creador.

La Bondad es uno de los principales atributos de Dios. Él es bueno y no hace más que cosas buenas. Y reposa, sintiéndose feliz en ellas porque piensa que sus hijos disfrutan de dichas cosas buenas.

¡Oh, fiel alma mía!, piensa siempre en esto. "El mal se insinúa *mas no viene de Dios.* De Dios viene sólo lo que es bueno". Por eso, cuando las cosas te son adversas, no acuses a Dios, mas dirígete al Padre para recibir ayuda. Y, además, para comprender si una cosa proviene de Dios o de algo que no es de Dios –es decir, de un enemigo del bien, que puede tener muchos nombres, desde el de Satanás, padre de todos los males, a los de guerra, vejaciones, crueldades, envidias, calumnias y otras cosas- observa en ti y en tu prójimo las reacciones que produce. Si en el dolor encuentras la paz, *es la prueba de que viene de Dios.* Si el dolor es tormentoso, *pero el alma permanece unida a su Señor y llora cobijada en Él, es la demostración de que está permitido por Dios.* Si en el dolor y, más que en el dolor en la alegría, en el logro de las cosas, en el bienestar, en el triunfo –pues todo esto sucede en tal caso-, *hay inquietud y alejamiento de Dios, es seguro que viene del Mal.*

El Mal llega siempre con el aspecto efímero y engañoso de un provecho humano. No te engañes nunca. El verdadero provecho es el sobrenatural. Las pruebas son las monedas con las que se adquiere este provecho. La paz es la caricia de Dios a quien le ha sido fiel y ha soportado las pruebas.

Llora, eres una criatura humana y tienes que soportar las debilidades de tu naturaleza humana. Mas, quédate en paz. Dios está contigo y por este dolor sabrá otorgarte algo bueno, porque Él cura de este modo las heridas causadas por el Enemigo de sus hijos, que lo es también suyo: *del mal deduce un motivo para daros un bien eterno mayor* y también desde ahora su bendición.

Basta; que la paz sea contigo>>.

23 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<Dios que es bueno, nos pone a prueba, mas nunca impone un sacrificio superior a las reglas de la justicia; lleva casi a las puertas del sacrificio superior y luego socorre y se contenta con la voluntad de obediencia de su fiel siervo.

Por otra parte, la *"buena voluntad de obediencia"* a menudo es más penosa que el mismo sacrificio porque si éste es solícito, lleva a la paz con solicitud, pues comunica un embeleso que explica todos los sacrificios, aun los cumplidos por hechos humanos. En cambio, *saber* que se debe cumplir un sacrificio –y saberlo con mucha anticipación- *es una tortura mucho más penosa, carente de todos esos arrebatos que regocijan el espíritu del héroe.*

Por eso la bondad del Señor os oculta el futuro y os dice: "No intentéis nunca alzar sus velos". A muy pocos, que son las víctimas que el Amor elige porque los considera dignos de ser elegidos, les es revelado anticipadamente la voluntad sacrificatoria de Dios.

Yo he conocido siempre esa voluntad, aun como Hombre. La envoltura carnal no obnubiló mi mente divina y cuando fui Jesús nunca se me ocultó, ni siquiera por un instante, lo que me estaba reservado. Mas Yo era la "Gran Víctima" y eso lo explica todo.

A las otras víctimas -¡tan dilectas para Dios!- se les revela el sacrificio cuando ya es inminente y cuando *el Amor ya las ha fortificado para el martirio.* Y a otros, que no son víctimas pero que son dignos de serlo, se les expone la necesidad del sacrificio, éste comienza, mas todo se detiene allí.

Dios premia *la buena voluntad de obediencia que es ya un sacrificio, un sacrificio del corazón y de la mente, una prueba de fidelidad hacia Dios.* Y Dios dice a sus fieles las palabras que produjeron

[24] Génesis 1, 4. 10. 12. 18. 21.25. 31

bienaventuranza en Abraham[25]: …Ya sé que eres temeroso del Señor tu Dios y que por mí has renunciado aun a lo más querido. Por eso te digo que, porque has hecho esto por Mí, Yo te bendeciré y porque has obedecido mi voz, oirás que ella te dice: "Reina, oh mi bendito, en el Reino que te he preparado; que tu nombre quede escrito en el Libro de la Vida y que por ello exulten los Cielos, porque en ellos es magna fiesta por cada bienaventurado que entra en la gloria y que reposa en el gozo indecible de contemplar y poseer a Dios"".

Quédate en paz .Yo estoy contigo>>.

24 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<Escribe. Yo, dice el Señor Uno y Trino, dado que sé que los hombres olvidan fácilmente las leyes y los beneficios, reemplacé una Ley y una Pacto que habían sido escritos en materias inertes: la piedra y el leño –que será siempre leño aunque esté cubierta de oro-, por una Ley y un Pacto que fueron escritos en una Carne y con una Sangre divinas y que están conservados, siempre vivos como cuando sirvieron para la Alianza con el Cielo, en un tabernáculo que, aún siendo pequeño, es inmenso como el Cielo, pues lo contiene todo, y que en su innumerabilidad, que florece en todos los rincones de la Tierra, testimonia la omnipresencia de Dios.

Mas toda esta previsora bondad no valió para convertir en hijos fieles a los que eran "todo lo contrario de hijos". Cada vez más os habéis transformado en esa raza malvada, perversa, a la que se refiere Moisés en su cántico[26].

Ahora nadie lee y medita ese cántico, a no ser que esté obligado a hacerlo por causas de estudio o por misión sacerdotal. Hacéis mal. Deberíais hacerlo y meditarlo y decir, golpeándoos el pecho: "Nosotros somos ese pueblo insensato, ese pueblo que no tiene gratitud, ese pueblo que, tras haber recibido los beneficios de Dios, se empecinó como un mulo obstinado y abandonó a su Señor, ese pueblo que se permitió provocar (y aún sigue haciéndolo) a su Dios, cuyo culto sustituyó con otros cultos idólatras y sacrílegos, pues adoró a Satanás en sus diversas manifestaciones. Por todo esto el Eterno nos castigó. Y nos castigará siempre hasta que el número de los buenos sea *al menos igual* que el de los malvados".

¡Oh, criaturas rebeldes!, no debéis concluir vuestro pensamiento diciendo: "Pues bien, esperaré que los demás se vuelvan buenos y predicaré que lo sean". No es así. Es necesario que *cada uno por sí mismo, sin cuidarse del vecino, intente volverse bueno como lo quiere Dios.* Después, cuando lo haya logrado, *debe hablar en nombre de Dios para exhortar a los demás a ser buenos. Pero antes debe purificarse él mismo en el dolor y el amor.*

Que cada uno se convierta en hostia para el Señor. La Tierra, ese altar contaminado, tiene necesidad de ser santificada de nuevo antes de volver a ser un altar dilecto para el Señor.

Que el dolor sea el holocausto para el pecado; que el amor lo sea para el sacrificio pacífico. Mas el amor debe nacer en todo en vosotros. *Sin él no podríais tenerme a Mí, que soy el Amor eterno,* el Suscitador de todas las acciones o los pensamientos sobrenaturales. *El amor os impulsará a la contrición; la contrición os dará a Dios y unidos con Él, podréis ofreceros con toda el alma, la mente, el corazón, las fuerzas,* según la Ley[27], *a Él que debe ser amado por encima de todo y sin límite alguno.*

Yo soy el Amor que habla. Yo soy el Amor que bendice. Yo soy quien te bendice>>.

Y yo te bendigo, ¡oh, Amor!, para que derrames sobre mí tu Luz, que es Luz de Luces, que es la más regocijante y beatífica Luz, y para que calmes todos mis grandes dolores en un júbilo que no puede ser descrito por ninguna palabra humana.

25 de mayo de 1944

[25] Génesis 22, 12. 15-18.
[26] Deuteronomio 32, 1-43.
[27] Deuteronomio 6, 4-5.

Intentaré describir la inenarrable, la inefable, la beatífica visión que tuve ayer, en la últimas horas de la tarde, esa visión que me condujo del sueño del alma al sueño del cuerpo y que, volví en mí, se me apareció aún más nítida y bella. Antes de disponernos a hacer esta descripción –que siempre resulta aún más lejos de la realidad de lo que estamos del sol- me pregunté: "¿Antes tengo que escribir o hacer mis penitencias?". Ardía por escribir lo que me procura tanto júbilo y sé que después de la penitencia enfrento con mayor lentitud la fatiga material de la escritura.

Pero el Espíritu Santo me habla con su voz de luz; la llamo así porque es inmaterial como la luz y, al mismo tiempo, es clara y deslumbrante como la más resplandeciente de las luces y sus palabras, dirigidas a mi espíritu, son a la vez sonido y fulgor y, además, goce, goce, goce infinito. Esta voz, envolviendo mi alma en su destello de amor, me dice: "Comienza por la penitencia y luego escribe lo que te da tanta dicha. *En ti la penitencia debe preceder siempre a todo, porque es la que te hace merecer la dicha.* Cada visión nace de una precedente penitencia y cada penitencia te abre el camino hacia las más elevadas contemplaciones. *Por eso vives. Por eso eres amada. Por eso serás bienaventurada. Es necesario el sacrificio, siempre el sacrificio; es tu vida, tu misión, tu fuerza, tu gloria. Sólo cuando te duermas en Nosotros, dejarás de ser hostia para convertirse en gloria".*

Entonces, hice antes todas mis penitencias cotidianas, pero ni siquiera las advertía: los ojos del espíritu "veían" la sublime visión y ella anulaba la sensibilidad corporal. Por eso comprendo por qué los mártires podían soportar esos suplicios horrendos sin dejar de sonreír. Si en mí, que soy tan inferior a ellos en cuanto a virtud, una contemplación, al difundirse del espíritu a los sentidos materiales, puede anular en éstos toda la sensibilidad del dolor, en ellos –que son perfectos en el amor, como puede serlo una criatura humana y que por tal perfección ven sin velos la Perfección de Dios- debía producirse una verdadera anulación de las debilidades corporales. El júbilo de la visión anulaba la miseria de la carne, sensible a todo sufrimiento.

Y ahora intentaré describirla.

He vuelto a ver el Paraíso. Y he comprendido de qué están hechas su Belleza, su Naturaleza, su Luz, su Canto, en fin todo. E incluyo también sus obras, que son las que, dentro de las alturas, informan, ordenan, proveen a todo lo creado. Como ya ha sucedido la vez anterior –creo que fue a principios del corriente año- he visto a la Santísima Trinidad. Pero vayamos por orden.

También los ojos del espíritu necesitan acostumbrarse gradualmente a la contemplación de una Belleza tan alta como ésta, a pesa de que son mucho más aptos para sostener esa Luz que los pobres ojos del cuerpo, pues estos ni siquiera pueden mirar el sol, no obstante este, comparado con la Luz que es Dios, es como la llamita de un humeante pabilo.

Dios es tan bueno que, aun queriendo revelarse en sus fulgores, no se olvida de que somos pobres espíritus, prisioneros aún en una envoltura de carne y, por tanto, debilitados por esta prisión. ¡Oh, qué bellos son los espíritus que Dios crea a cada instante para dar un alma a las nuevas criaturas, qué brillantes, cómo danzan! Los he visto y lo sé. Pero nosotros… hasta que no volvamos a Él, no podemos sostener el Resplandor de una sola vez. Y, en su bondad, Él va acercándonos poco a poco.

Pues bien, ayer por la noche vi en primer lugar una especie de rosa inmensa. La llamo así para dar la idea de esos círculos de luz jubilosa que cada vez más se concentraban alrededor de un punto de insostenible fulgor.

¡Era una rosa sin confines! Su luz era la que recibía del Espíritu Santo, o sea, la luz relumbrante del Amor eterno. Era como topacio y oro líquido convertidos en llama… ¡oh, no sé cómo explicarlo! Él estaba solo, solo en las alturas, inmóvil en el zafiro inmaculado y esplendente del Empíreo y desde allí irradiaba y la luz descendía de Él a borbotones, incesantemente. Esa luz penetraba la rosa de los bienaventurados y de los coros angélicos y la iluminaba con esa claridad suya que no es más que el reflejo de la luz del Amor que la impregna. Pero yo no distinguía ni a los santos ni a los ángeles; veía solamente los inconmensurables ribetes de los círculos de esa flor paradisíaca.

Ya con eso me sentía colmada de beatitud y habría bendecido a Dios por su bondad cuando, en lugar de quedar cristalizada de ese modo, la visión se iluminó con nuevos fulgores, como si estuviera acercándose

cada vez más a mí y me permitió observarla con los ojos del espíritu, ya acostumbrados al primer fulgor y capaces, por lo tanto, de sostener uno más intenso.

Vi a Dios Padre: era un Esplendor, en medio del esplendor del Paraíso, definido con líneas de luz deslumbrante, incandescente, de infinito candor. Imagínese Ud. cuán intensa debía ser su Luz, si, aun siendo circundada por otra sumamente brillante, lograba anularla hasta el punto de reducirla a una sombra reflejada en su esplendor y, por eso, me permitía distinguirle en medio de esa marea de luz. Es espíritu… ¡oh, cómo se ve que es todo espíritu! *Es el Todo porque es absolutamente perfecto. Es la nada porque el roce de cualquier otro espíritu del Paraíso no podría tocar a Dios*, que es Espíritu sumamente perfecto aun en su inmaterialidad, Espíritu que es Luz, Luz, nada más que Luz.

Frente a Dios Padre estaba Dios Hijo, con su cuerpo glorificado ataviado con la espléndida vestidura real que cubría sus Miembros santísimos sin lograr ocultar su belleza inexpresable. Su Belleza se fundía con la Majestad y la Bondad. Las ascuas de sus cinco Llagas lanzaban cinco espadas de luz en todo el Paraíso, que aumentaban el esplendor de éste y el de la Persona glorificada.

No tenía aureola o corona alguna, pero todo su Cuerpo emanaba luz, esa luz especial de los cuerpos espiritualizados, que en Él y en su Madre *es intensísima* y se desprende de una Carne que no es carne opaca como la nuestra, sino que es luz. Dicha luz se condensa aún más alrededor de su Cabeza, no como una aureola –lo repito- sino como procediendo de toda su Cabeza. También la sonrisa era luz y luz era la mirada; luz emanaba de su hermosísima Frente sin heridas. Y hasta parecía que en los puntos en que, otrora, las espinas habían hecho brotar sangre y provocado dolor, ahora manaban una luminosidad aun más viva.

Jesús estaba de pie y con la mano sostenía su estandarte real, como en la visión que tuve, según me parece en enero.

Un poco más abajo de Él –pero no mucho, digamos a la distancia que hay entre un peldaño y el sucesivo- estaba la Virgen Santísima, bella como en el Cielo, o sea, con su perfecta belleza humana glorificada en belleza celestial.

Estaba entre el Padre y el Hijo, que entre sí distaban unos metros. (Digo esto para tratar de aplicar comparaciones materiales). Ella estaba en el medio, con las manos cruzadas sobre el pecho –esas manos dulces, pequeñas, bellísimas, de inigualable candor- y miraba, adorando al Padre y al Hijo, alzando ligeramente su apacible, su perfecto, su amoroso y suavísimo rostro.

Miraba al Padre con total veneración. No pronunciaba palabra alguna, pero su mirada era ya, toda ella, una expresión de adoración, de plegaria, de canto. No estaba arrodillada, pero en esa mirada había tanta adoración que era como si estuviera más postrada que en la más profunda genuflexión. Decía: "¡Sanctus!", decía "¡Adoro Te!" únicamente con la mirada.

Miraba a su Jesús llena de amor. No pronunciaba palabra alguna pero su mirada era, toda ella, una caricia. Cada caricia de esos ojos suaves decía: "¡Te amo!". No estaba sentada. No tocaba al Hijo, pero su mirada le acogía como si Él estuviera en su regazo, rodeado por sus brazos maternos como en la Infancia, como en la Muerte, o aún más. Le decía: "¡Hijo mío!", "¡Dicha mía!", "¡Amor mío!", únicamente con su mirada.

Se deleitaba mirando al Padre y al Hijo. Y cada tanto, alzaba aún más el rostro y la mirada en busca del Amor que resplandecía en lo alto, perpendicularmente sobre Ella. Entonces, su luz, deslumbradora, esa perla hecha luz, se encendía como si una llama la abrasara y la hiciera aún más bella. Ella recibía el beso del Amor y se tendía con toda su humildad y su pureza, con su caridad, para retribuir con una caricia la Caricia y decir: "Heme aquí. Soy tu Esposa, te amo, soy tuya, tuya por la eternidad". Y, cuando la mirada de María se enlazaba a sus fulgores, el Espíritu irradiaba aún con más fuerza sus llamas.

María volvía otra vez sus ojos hacia el Padre y el Hijo. Parecía que, una vez que el Amor se había depositado en Ella, lo distribuía. ¡Qué pobre es mi expresión! Lo diré mejor. Parecía que el Espíritu la había elegido para que recogiera en Ella todo el Amor y lo llevara después al Padre y al Hijo, de modo que los Tres se unieran y se besaran convirtiéndose en Uno. ¡Oh, qué dicha poder comprender este poema de amor! ¡Y qué dicha ver la misión de María, Sede del Amor!

Pero el Espíritu no concentraba sus rayos únicamente en María. Nuestra Madre es grande; sólo Dios está antes que Ella. Mas, ¿puede un dique, aunque sea sumamente grande, contener el océano? No lo puede, pues se colma y desborda. El océano tiene agua para toda la Tierra, igual que la Luz del Amor. Esta Luz descendía como una caricia perpetua sobre el Padre y el Hijo y les estrechaba en un anillo resplandeciente. Y, tras haber beatificado con el contacto del Padre y del Hijo, que correspondían con amor al Amor, seguía ampliándose y se extendía sobre todo el Paraíso.

Y el Paraíso se me revelaba en sus detalles… He ahí a los ángeles; están más arriba que los bienaventurados, forman círculo en torno al Eje del Cielo, que es Dios Uno y Trino, y cuyo corazón es la Gema virginal: María. Se asemejan más profundamente al Padre. Son espíritus perfectos y eternos, son rasgos de una luz cuya intensidad es inferior únicamente a la de Dios Padre, son de una belleza inenarrable. Adoran… emanan armonías. ¿Con qué lo hacen? No lo sé, puede que las emitan con los arrebatos de su amor, puesto que no se trata de palabras: el trazado de la boca no altera su luminosidad. Resplandecen como las aguas inmóviles embestidas por un radiante sol. Su amor es canto, es una armonía tan sublime que sólo por gracia de Dios pude oírla sin morir de gozo.

Más abajo están los bienaventurados. Ellos, en su aspecto espiritualizado, se asemejan más al Hijo y a María. Son más densos que los ángeles, diría que son visibles para los ojos y, lo que produce más impresión, sensible al tacto. De todos modos, son inmateriales pero presentes los rasgos físicos, que son diferentes en cada uno de ellos, más marcados. Y esto me permite entender si se trata de un adulto o de un niño. No veo viejos, en el sentido de decrépitos. Al parecer, allá arriba también los cuerpos espiritualizados de los que murieron en edad avanzada, dejan de presentar los rasgos de decadencia de nuestra carne. Es verdad que es más majestuoso un anciano que un joven, pero no lo es la escualidez de las arrugas, de la calvicie, de la boca sin dientes y la espalda encorvada, rasgos propios de los seres humanos. La edad máxima parece ser de unos 40 ó 45 años, o sea, corresponde a una floreciente virilidad, aunque la mirada y el aspecto demuestran una dignidad patriarcal.

Entre los muchos espíritus… ¡oh, cuántos santos!… ¡y cuántos ángeles! ¡Los círculos, convertidos en una estela de luz se funden con los azulados esplendores de una inmensidad sin confines! Y desde lejos, desde muy lejos, desde ese horizonte celeste, llega aún el eco del sublime aleluya y titila la luz que es el amor de este ejército de ángeles y beatos…

Esta vez veo, entre los muchos espíritus, uno imponente. Es alto, de aspecto bueno, aunque severo. Tiene una larga barba que desciende hasta la mitad del pecho y lleva en las manos unas tablas. Me parece que se trata de esas tablas enceradas que usaban los antiguos pueblos para escribir. Apoya la mano izquierda en dichas tablas y éstas a su vez sobre la rodilla izquierda. No sé quién es. Pienso que podría ser Moisés o Isaías. No sé por qué, pero lo pienso. Me mira y sonríe con gran dignidad. Y nada más. ¡Qué ojos los suyos!: parecen hechos para dominar las multitudes y penetrar los secretos de Dios.

Mi espíritu se acostumbra cada vez más a ver en la Luz. Y advierto que a cada fusión de las tres Personas –fusiones que se repiten con un ritmo apremiante e incesante, como si las acuciara un hambre insaciable de amor- se producen esos incesantes milagros que son las obras de Dios.

Veo que, por amor al Hijo –a quien siempre quiere dar el mayor número de adictos- el Padre crea las almas. ¡Oh, qué hermoso es! Ellas surgen del Padre como destellos, como pétalos de luz, como gemas globulares, como no soy capaz de describir. Las nuevas almas surgiendo incesantemente… van surgiendo hermosas, felices de descender para introducirse en un cuerpo por obediencia a su Autor. ¡Qué bellas son cuando surgen de Dios! No las veo en el momento en que las enfanga la mancha original; no puedo verlas porque estoy en el Paraíso.

Y, por celo hacia su Padre, el Hijo recibe y juzga, sin pausa, a las que vuelven al Origen para ser juzgados, una vez que ha cesado en ellos la vida. Yo no los veo pero, por el cambio de expresión de Jesús, comprendo si son juzgados con júbilo, con misericordia o inexorablemente. ¡Cómo resplandece su sonrisa cuando se presenta ante Él un santo! ¡Qué luz de desconsolada misericordia cuando debe separarse de alguien que, antes de entrar en el Reino, debe purificarse! ¡Qué destello de dolorosa, de ofendida pesadumbre, cuando debe repudiar por la eternidad a un rebelde!

Aquí comprendo qué es el Paraíso, de qué están hechas su Belleza, su Naturaleza, su Luz y su Canto. Están hechas de amor. El Paraíso es Amor: El Amor lo ha creado todo en él. El Amor es la base sobre la que todo se apoya. El Amor es la cumbre de la que todo desciende.

El Padre obra por Amor. El Hijo juzga por Amor. María vive por Amor. Los ángeles cantan por Amor. Los bienaventurados elevan sus hosannas de Amor. Las almas se forman por Amor. La Luz existe porque existe el Amor. El Canto existe porque existe el Amor. La Vida existe porque existe el Amor. ¡Oh Amor! ¡Amor! ¡Amor!… Me anulo en Ti. Renazco en Ti. Yo, como criatura humana, muero porque Tú me consumes. Yo, como criatura espiritual, nazco porque tú me creas.

¡Amor, Tercera Persona, bendito, bendito, bendito seas! ¡Amor, que eres amor de las Dos primeras, bendito, bendito, bendito seas! ¡Amor, que amas a las dos que te preceden, bendito, bendito, bendito seas! Tú, que me amas, bendito seas. ¡Oh Luz mía! Yo, que te amo, te bendigo porque me permites amarte y conocerte…

Después de haber escrito todo esto, he buscado en los fascículos la precedente contemplación del Paraíso. ¿Por qué lo he hecho? Porque siempre desconfío de mí misma y quería ver si una de las dos contradecía a la otra y, con ello, me habría persuadido de que soy víctima de un engaño.

No, no hay ninguna contradicción. La visión actual es aún más nítida pero, en lo esencial, son iguales. La visión anterior se refiere al 10 de enero de 1944. No había vuelto a examinarla desde entonces; puedo asegurarlo como bajo juramento.

Dice Jesús, hacia el crepúsculo:

<<En el Paraíso que el Amor te ha hecho contemplar, están solamente los "vivos" a que se refiere Isaías en el cap. 4; es una de las profecías que se leerán pasado mañana. Las palabras siguientes explican cómo se logra estar "vivos" de ese modo: con el espíritu de justicia y con el espíritu de caridad se anulan las manchas ya existentes y se preserva de nuevas corrupciones[28].

Esta justicia y esta caridad que Dios os otorga y que vosotros debéis otorgarle, os conducirán al Tabernáculo eterno y os mantendrán a su sombra. Allí serán inocuos el ardor de las pasiones y las tinieblas del Enemigo, porque serán neutralizadas por vuestro Santísimo Protector que, más amoroso que una clueca con sus pollitos, os cobijará al amparo de sus alas y os defenderá de todo ataque sobrenatural. Pero no debéis alejaros nunca de Él que os ama.

Alma mía, piensa en la Jerusalén que te ha sido mostrada. ¿No merece, acaso, que se cumplan todos los cuidados para poseerla? ¡Vence! Yo te aguardo. Nosotros te aguardamos. ¡Oh, quisiéramos decir esta palabra a todos los seres de la Creación o, al menos, a todos los cristianos, al menos a todos los católicos y, sin embargo podemos decirla a muy pocos!

Ahora basta, porque estás cansada. Reposa pensando en el Paraíso>>.

26 de mayo de 1944

Dice Jesús[29]:

<< ¿Por qué dice Isaías: "Vosotros, los sedientos, id por agua y también vosotros los que no tenéis dinero, corred a comprar y comer vino y leche"[30]?

Lo dice por que hay quien pagó por vosotros, todas las riquezas eternas, quien adquirió y molió el trigo más puro, adquirió y exprimió la uva más bella, para calmar vuestra hambre y vuestra sed. Y con esta compra, que pagó con un valor ilimitado, que molió y exprimió con un sudor de sangre, hizo para vosotros

[28] Isaías 4, 4.
[29] La lectura evidenciará que el dictado es del Espíritu Santo.
[30] Isaías 55, 1.

un Pan y un Vino que quitan toda el hambre y toda la sed, excepto el hambre y la sed de lo espiritual y que dan la Vida a quien los recibe.

El Trigo es la Carne que nació en el seno virginal de mi Esposa. El Vino es la Sangre, cuya fuente está en el Corazón inmaculado que se abrió como un capullo cuando mi Fulgor, como una flecha de fuego, descendió para hacer de Ella una Madre, la Madre de El que era a la vez su Padre y su Esposo.

¡Oh, cuál momento aquél en el que estuvimos Nosotros Tres en su Corazón y encontramos en él el amor de la criatura tal como lo habíamos deseado en cada criatura, tal como nadie poseía, excepto Ella, María Santísima!

Su sangre consistía sólo en pocas gotas en torno a la Semilla del Señor, pero se convirtió en un río tan grande, tan inagotable que, desde hace siglos, no cesa de fluir y no cesará hasta el día postrero.

Yo, el Amor, doné este Manjar para que fuera testimonio, para los pueblos de la Bondad del Padre. Yo doné este Verbo. Mi Amor lo envió a la Tierra para que sirviera de Maestro a los pueblos y de Adalid de los mismos hacia Dios. Y, por amor, Él se escindió de Nosotros y la eterna Palabra permaneció en su penoso exilio, cuyo final fue una muerte oprobiosa hasta que dio el fruto que las gentes esperaban: la Redención. Fue la Redención de la culpa a través de su Sangre; la Redención de las debilidades a través de su Carne; la Redención de la ignorancia a través de su Palabra.

Él cumplió todo lo que quiso el Amor; obró cuanto debía. En nada ahorró la fatiga.

No cerréis vuestro espíritu a este Tesoro. Venid, porque estáis sedientos. Venid vosotros, los que sabéis que estáis sedientos y vosotros los que, aún más muertos que éstos, ni siquiera sabéis ya que lo estáis. Venid. Aquí encontraréis el Vino que vivifica y la Leche que conforta y sana. Y si sois pobres, si no tenéis dinero, venid lo mismo. El Amor Uno y Trino os revela sus riquezas con tal de que lo améis>>.

27 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<María, di como las estrellas de que habla la profecía[31]: "Heme aquí" y, rebosante de alegría, ven a escucharme.

Es la víspera de Pentecostés. La Sabiduría con su fuego, no descendió una sola vez. *Siempre* desciende a iluminarnos. Es suficiente que la améis y la busquéis como se busca un tesoro inapreciable. El mundo perece porque, al apartarse de los senderos de la Sabiduría la ha escarnecido y rechazado.

Mucha es la ciencia que se ha acumulado en la mente del hombre pero hoy es más ignorante que en la edad primitiva. Por entonces buscaba la vida del Señor y disponía el ánimo para recibir su palabra. Ahora busca todo lo que no tendría que buscar y colma su ser con todas las palabras peligrosas e inútiles, *las más peligrosas e inútiles*, pero no con las que serían su vida.

Dice Baruc: "El Señor no eligió a los gigantes para comunicarles las palabras de la Sabiduría"[32].

No, el Señor no elige a los gigantes. No les elige, no les elige, ¡oh, hombres laicos u hombres consagrados a la vida religiosa, que os creéis tan superiores sólo porque estáis colmados de orgullo! A mis ojos sois aún menos que estridentes cigarras. El Señor no mira vuestros certificados o vuestros cargos, ni vuestro atavío o vuestro nombre. Todas estas cosas son como la cáscara que envuelve lo que Dios observa realmente para medir su valor: el ánimo. *Si no tenéis un ánimo encendido de caridad, un ánimo generoso en el sacrificio, un ánimo humilde, casto, el Señor nuestro Dios no os elige como a predilectos suyos, como depositarios de sus riquezas sapienciales.*

No sois vosotros quienes podéis decirme: "Quiero ser yo el que sabe". Soy Yo quien puede decir: "Quiero que éste sepa". Puedo sentir piedad por vosotros, sí, aún puedo sentir piedad porque sois infelices infectados por horribles lepras. Mas no puedo elegiros por predilectos. No lo merecéis.

[31] Baruc 3, 32-38.
[32] Baruc 3, 24-28.

Aprended a merecerlo *con una vida recta, totalmente recta pues, si obedecéis a vuestros deberes más graves pero faltáis respecto a lo que, aun siendo menos evidente, es más profundo, ya no sois rectos.* No lo sois y *vuestro rencor no es más que un motivo humano que se oculta tras una embustera apariencia de celo. La intención no es recta y por eso no vale.*

Ven a conversar con tu Maestro. Ven, pues Yo te aparto del sepulcro del dolor y no te abato con una visión –que, por otra parte ya has visto- de pavorosa majestad. Observa sólo el lado espiritual de la resurrección de los muertos, aplicado a la solemnidad actual ya que *el Espíritu de Dios infundido en vosotros da la Vida.* Ámalo, invócalo, séle fiel. Tendrás la Vida y la Paz: aquella más allá de la Tierra; está, incluso en la Tierra>>.

28 de mayo de 1944

A las 10 de la mañana del día de Pentecostés.

Veo[33] el cuarto en el que se llevó a cabo la Cena.

Los objetos son siempre los mismos, pero están colocados de manera diversa. Las dos arcas –es decir, el arca propiamente dicha que, respecto de mí, que me encuentro de frente a la puerta, está colocada a la izquierda, y el bajo aparador que está en el lado opuesto- han sido apartadas del vano de las ventanas en el que se encontraban y se les ha colocado, una junto a la otra, en el fondo de la habitación, en el lado sin ventanas.

En el lado opuesto –es decir, el que presenta hacia el rincón noroeste la pequeña puerta a la que se llega por la escalerilla de seis peldaños- se ve ahora la amplia mesa que la noche del Jueves Santo estaba en el centro de la habitación. Entre la pared y la considerable mesa, están los asientos, todos los que caben en ese espacio. Los demás están colocados en los dos lados de la mesa. De este modo:[34]

O sea que doce están contra la pared y dos en cada uno de los lados cortos. Estos últimos están vacíos. Parece que los han dejado allí porque no sabían donde ponerlos. Uno es el banquillo que usó Jesús para el lavatorio de los pies.

La mesa está desnuda: sin mantel, sin vajilla. Tampoco lo hay sobre el arca ni sobre el aparador pero sobre estos dos muebles están, doblados los mantos de los apóstoles.

Las ventanas están cerradas. La barra de hierro las cruza de modo que quedan bien cerradas, como si fuera de noche; por eso está encendida la lámpara en el centro del cuarto. Sin embargo, debe de ser pleno día, porque por un agujero o grieta en uno de los postigos se filtra una hebra de sol en la que danzan las partículas de polvo. La luz es escasa porque está encendida una sola mecha de la lámpara pero, aun siendo poca, permite verlo todo claramente. Veo también los ladrillos del piso: son cuadrados y de color rosa pálido.

La Madre está sentada en el centro; a su derecha está Pedro; a su izquierda, Juan. La Virgen tiene ante sí un cofre de estilo oriental, ancho y bajo; está cerrado y en él están apoyados algunos rollos, de modo que sirve de atril.

María está vestida de azul oscuro bajo el velo blanco. El manto le cubre la cabeza. Es la única que tiene la cabeza cubierta. Me recuerda mucho a la Virgen de la Eucaristía, tal como se me apareció en junio de 1943[35]. (Creo que fue en junio o, a lo más, a fines de mayo. No tengo posibilidad de controlar los dictados anteriores).

María lee en voz alta. Los otros siguen la lectura mentalmente y cuando llega el momento, responden. Y vuelvo a oír la expresión "Maran ata", que ya he oído otra vez, aunque no recuerdo cuándo ni quién lo dijo[36]. Debe ser algo como "así sea" o "sea loado el Señor", porque la dicen tal como nosotros decimos una jaculatoria final.

---

[33] Transcribimos la siguiente visión sobre el "Descenso del Espíritu Santo" (Hechos 2, 1-13), porque no pertenece a la vasta obra sobre el Evangelio, para la cual será escrita nuevamente y completada en 1947.

[34] La escritora incluye una mesa alargada como la de la última cena.

[35] Exactamente el 23 de junio.

[36] Esta expresión aramea que significa "El Señor viene" o "¡Ven Señor!" figura en la visión del 29 de febrero.

Mientras lee, María sonríe. La definiría una sonrisa interior, en lo íntimo, como si sonriera a algo que está pensando. No mira a nadie y, por lo tanto, no le sonríe a nadie. Le sonríe a un pensamiento de amor, a quién sabe qué visión sublime. Sonríe. Los apóstoles la escuchan y la miran sonreír, mientras su dulce voz parece cantar al leer los salmos (porque presumo que se trata de salmos) en la lengua de Israel.

Pedro se conmueve al escucharla y dos gruesas lágrimas descienden por las arrugas que flanquean la nariz y se pierden en los bigotes grisáceos.

Juan la mira y responde a su sonrisa sonriéndole a su vez. Es como un laguito que se convierte en sol sólo para reflejar el sol hacia el que mira. No se apoya en María con la misma familiaridad que tenía con Jesús, se arrima lo más posible a Ella y tiende el cuello hacia adelante para ir siguiendo lo que lee la Madre. Cuando hace una pausa porque se cambia el rollo o se responde "Maran ata", la mira y sonríe.

Los únicos rumores son la voz de María y el crujido de los pergaminos. Luego también éstos cesan porque María calla, inclina hacia adelante la cabeza y se apoya en el cofre. Prosigue su oración tácitamente. Los demás la imitan, adoptando posturas diferentes.

Un estruendo fortísimo como el acorde de un órgano gigantesco, como la voz de un viento celeste y armónico, como el eco de todos los coros paradisíacos sostenidos por todas las voces de los vientos y de los cantos terrestres, puebla el silencio de la mañana serena, se acerca cada vez más, se vuelve cada vez más potente, hace vibrar el aire, oscila la llamita de la lámpara y hace que las cadenas que la sostienen y que caen formando un colgante ornamento tintineen, justo como cuando una fragorosa onda de sonidos colma una habitación cerrada. ¡Si hubiera vidrios quién sabe cómo vibrarían! Pero no los hay y, por lo tanto, no se oye el rumor particular del vidrio cuando lo percute una vibración sonora.

Los apóstoles atemorizados, alzan la cabeza. Y, como el sonido aumenta segundo tras segundo, uno se levanta aterrorizado e intenta huir. Otro se acurruca golpeándose el pecho, algún otro se estrecha a María para que le proteja. El más sereno es Juan, que mira únicamente a María y, al verla sonreír aún más dichosa que antes, se tranquiliza inmediatamente.

María levanta la cabeza, sonríe a lo que su espíritu ve ciertamente y luego se desliza hasta caer de rodillas abriendo los brazos. Su manto se abre y, de este modo, Ella parece un ángel azul con dos grandes alas tendidas sobre la cabeza de Pedro y Juan, que la imitan y se arrodillan.

Todo esto ha sucedido en pocos instantes: he empleado más tiempo en describir los hechos que éstos en cumplirse.

Después llega la Luz, el Fuego; después el Espíritu penetra con un último y poderoso retumbo y puebla el cuarto con un fulgor insostenible, con un calor abrasador, para permanecer por un instante suspendido, como un meteoro de luz resplandeciente, sobre la cabeza de María y luego separarse, dividirse y descender en lenguas de fuego a besar la frente de cada uno de los presentes.

¡Pero la llama que desciende sobre María no se limita a posarse en su frente!: es larga y cimbreante como una cinta de fuego y ciñe esa frente, la abraza, la besa, la acaricia, se deposita como un áureo círculo en torno a la cabeza virginal, que ahora está descubierta porque María, al ver el Fuego Paráclito, ha alzado los brazos con un grito de júbilo como para abrazarlo y el manto y el velo se han deslizado de su cabeza, de sus hombros y se han caído. Ella está allí, sin el velo, improvisamente rejuvenecida con sus rubias trenzas sin asomo de canas; Ella está allí, hermosa, hermosa, embellecida por la guirnalda divina que, tras haberla ceñido con su diadema de Reina celeste, vibra con su llama final en la frente; Ella está allí, embellecida por el júbilo que la transfigura… ¡Oh, no puede expresarse la belleza del rostro de María en el abrazo de su divino Esposo!

El Fuego permanece así por unos instantes y luego se disipa, dejando tras de sí una fragancia ultraterrena. Y, con el Fuego, se desvanece también la visión.

29 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<Ven, pequeño Juan. Tengo muchas cosas qué decirte para calmar tu sufrimiento.

Ante todo, ven y bebe. Eres más afortunada que Juan. Él apoyó su cabeza sobre mi pecho, que aún no estaba herido[37]. Tú vienes a estrecharte contra mi pecho desgarrado y puedes beber el amor que brota del corazón herido. Quédate tranquila, quédate quieta. Yo te tengo como la madre tiene en sus brazos al niño enfermo para consolarle de sus sufrimientos.

¡Oh!, no sabes cuánto has hecho, cuánto haces con este penar tuyo. Te parece que no haces nada porque no sabes hacer más que sufrir. Ahora haces mucho, mucho más que cuando enseñabas, rezabas, trabajabas para Mí. Entonces eras tú quien hacía y me ofrecías lo que hacías y lo que querías hacer. Y Yo lo aceptaba porque soy bueno; lo aceptaba porque no desprecio nada; lo aceptaba porque Yo enriquecía tus pobres cosas con mis méritos.

Ahora soy Yo quien hace. Y lo hago todo. Lo tomo todo. Lo quiero todo. No dejo ni una brizna de tu riqueza de vida, de salud, de fuerza, de serenidad, de libertad. Naturalmente, se trata de vida, salud, fuerza, serenidad y libertad humanas. *Lo anulo todo, lo suspiro todo.* A ti, mujer, no te doy nada. A ti, te entrego a Mí mismo, o sea, Todo.

Escucha a tu Maestro. Antes de decirte dos cosas que deseas saber, quiero entregarte el programa de sufrimientos para tus días de la semana.

Veamos cuáles son las grandes categorías por las que se debe sufrir. Son ésas por las cuales sufrí también Yo en la Pasión: el sacerdocio, los desesperados, los pecadores, los idólatras, las almas que están esperando volver a Dios, o sea, para ti las almas del Purgatorio y, entonces para Mí, los justos del Limbo.

Los días de la semana son siete. Para las necesidades de tres categorías tendrían que haber sido siete veces siete, pero los días son solamente siete y, entonces, tu sufrimiento será éste:

El domingo, el lunes y el martes, los ofrecerás por el Sacerdocio. En el Sacerdocio incluyo a todos los que están consagrados a Dios, de todo tipo y categoría. ¿Por que dedico tan sólo a ellos tres días? Porque lo necesitan tanto que no bastarían los siete completos.

¿Qué es el Sacerdocio para la masa de los fieles? ¿A qué podríamos compararlo? Pues lo compararemos a los elementos vitales. Sin luz, calor, agua, aire, ¿la Tierra podría haber tenido vida y haber conservado dicha vida? No, no habría podido.

Pues bien, coge la Biblia y lee su primer capítulo. ¿Qué dice? "En el principio Dios creó el cielo y la tierra… El primer día hizo la luz" porque la Tierra estaba cubierta de tinieblas y la vida no puede existir en las tinieblas perpetuas. "El segundo día dijo: "Que haya un firmamento y separe las aguas de las aguas". Pero no toda el agua debería estar en el globo terrestre ni toda en el cielo; por el contrario, debía descender cuando era justo, acumularse donde era justo, volver a subir lo necesariamente justo, si no, la Tierra se habría convertido en polvo o en pantano. "El tercer día creó el mar reuniendo las aguas". El mar era la enorme cuenca en que descargaban todas las aguas terrestres y que alimentaba todas las aguas celestes que las nubes volverían a derramar sobre la Tierra.

Fueron tres días necesarios para preparar la Tierra a fin de que pudiera ser habitada y al tercer día la vistió con hierbas y plantas, porque no podía recibir la semilla y convertirla en un útil vegetal. Entonces, en esa Tierra en la que hay luz, agua y aire, enciende la fuente del calor y con el sol perfecciona la luz, con las estrellas y la luna regula las mareas, las ondas de los vientos y de las aguas celestes. He ahí, pues, la tierra lista para recibir a los animales y, por último, cuando ya está completa con toda clase de bienes, al hombre, el rey[38]

Si la semana tuviera más días, te habría impuesto cuatro de ellos como penitencia por el Sacerdocio, pues éste es necesario, para *la vida del espíritu* como los cuatro elementos –luz, agua, aire y fuego- lo son para la vida de la Tierra. Mas, ¿cómo puede ser luz si está apagado u ofuscado? Mas, ¿cómo puede ser agua si es árido? Mas, ¿cómo puede ser alimento si en sí mismo es asfixiante? Mas, ¿cómo puede ser fuego si es hielo?

¡Oh, pobres almas mías! ¡Almas que son mías, porque las conquisté con mi muerte! ¡Pobres almas mías, que os volvéis cada vez más débiles como una planta a la que le falta el aire, la luz, el agua y el calor, qué

[37] Juan 13, 23-25.
[38] Génesis 2, 1-7.

pena me dais! ¡Y qué desdén, qué desprecio me causan los que no saben, los que no quieren e insisten en no querer absorber los cuatro elementos vitales para dárselos!

Entonces, ellos ¿para qué están? ¿Cuál es su misión? ¿Es acaso, la que Yo le confié al Sacerdocio? No; es la misión que les aprovecha y que desune lo que Yo uní. ¡Oh, sólo un punto me impide castigarles!…María, mírame y tiembla al ver mi rostro. Es el rostro con el que les preguntaré: "¿Qué habéis hecho de mis hijos, de mis corderos? ¿Dónde están mis rebaños? ¿Por qué se han convertido en salvajes machos cabríos? ¿Por qué fueron abatidos y despedazados por los cuatro enemigos del hombre: la carne, la ciencia, el poder el demonio? ¿Por qué estando enceguecidos, heridos, dispersos, hambrientos, sedientos, desnudos, convertidos en analfabetas en el espíritu, perseguidos, abandonados, se vieron obligados a gritar: "Dios no existe porque no le vemos, no le sentimos, no le reconocemos a través de la obra y la palabra de los que se proclaman sacadotes de Dios"? ¿Por qué a los mejores les habéis fustigado y crucificado en una cruz 'vuestra'? Ellos, los mejores, son los que, según vuestro parecer, tuvieron la culpa, la imperdonable culpa de ser mejores que vosotros en la fe, la esperanza y la caridad, en el sacrificio, en la castidad, en el desapego hacia todo lo que no fuera Yo y Yo crucificado; son los que colmé de agua pura y de harina seleccionada para los que morían de hambre y de sed espiritual, destinándoles a ocupar el lugar de las cisternas que se habían secado y de los graneros en los que habían hecho nido demasiadas palomillas; son los que convertí en luz y en calor para los que buscaban en las tinieblas una guía hacia Dios y en el hielo un fuego para no morir. Éstos son, pues, los que habéis crucificado en una cruz 'vuestra'. Mas ellos ya han estado en mi cruz, han estado en ella de buena gana y lo han hecho también por vosotros. Y este sufrimiento era ya suficiente, oh, siervos presuntuosos y embusteros, que jamás habéis querido sufrir nada, ni siquiera el cansancio físico, ni siquiera la saludable humillación de ver que os superaban en heroísmo mis siervos fieles, ésos que estrecho contra mi corazón, porque gracias a ellos, la Luz y la Palabra se han conservado en la Tierra; esos que por los siglos de los siglos, son siempre estrellas brillantes en su trayectoria, de modo que el Cielo siga brillando eternamente sobre los hombres para que éstos puedan descubrirlo y decir: 'Allí está Dios. He aquí que en ese rayo tiembla la Palabra de Dios y puedo oírla aún, al menos lo suficiente para creer, esperar, amar; lo suficiente para salvarme'. Este sufrimiento, pues, era ya suficiente. Pero vosotros os habéis asociado a Satanás para torturarles aún. Mas, ¿habéis visto? Las heridas de vuestras torturas han sido mitigadas con el bálsamo que fluye de mi corazón. Y permaneciendo así como Yo les mantengo, estrechados a mi corazón, han bebido consuelo, santa embriaguez, paz y amor, el amor de un Dios".

Esto es lo que les diré. Mas tú, dame tres días de dolor por ellos. Para Mí, que soy el Pontífice eterno, es doloroso ver que mi ejército sacerdotal está lleno de indolentes y desertores.

El miércoles se lo dedicarás a tu Señor para tus "pobres hermanos desesperados", como les llamas.

Les llamas hermanos; sí, es cierto. Con nadie debes sentirte tan hermanada como al que es pobre y está solo y enfermo. Y los desesperados son los pobres más pobres porque lo han perdido todo al perder la esperanza en Dios. Están solos. No existe una soledad más verdadera que ésta. Es la única soledad verdadera. Viven sin Dios. Están enfermos de una enfermedad que lleva a la muerte, a la *verdadera muerte*. Hay qué sanarlas, devolverles a Dios, hacerles ricos en Dios.

Mas tú eres hermana por amor, no por ley natural. Tú no eres una "desesperada". Crees, o mejor, has creído estar en el infierno y, en cambio, estabas… estabas en el Paraíso porque me servías a Mí. Me sirves a Mí. Estás allí. Estás en el Getsemaní y pasas de este a la Cruz y de la Cruz a éste. Mas en cada elevación, te posas sobre mi corazón. Yo te elevo. En cada deposición te posas sobre el corazón de María. Luego vuelves a tu Getsemaní y a tu cruz. Mas vas a ella con el sabor de mi amor y con el perfume del corazón inmaculado de María.

El jueves sufrirás por la vasta categoría de los idólatras.

Idolatría no es solamente adorar un ídolo. Para Mí, idolatría es adorar a quienquiera que no sea el verdadero Dios. Son idólatras tanto los salvajes como los civilizados, si practican cultos nacionales o individuales que no son verdaderos. Es más: los salvajes son menos idólatras que muchos de los civilizados que, aunque saben que existe un Dios Uno y Trino, adoran mil ídolos, desde el propio yo al yo de otro semejante a ellos, y a lo largo de este camino levantan muchos altares a falsos dioses que se llaman: dinero, sentidos, ciencia racionalista, etc.

Por lo tanto, debes incluir en las intenciones del jueves a todos los que deben conocer el Santísimo Nombre de Dios y el mío, los que aún no reconocen en la Cruz la flecha que indica el Cielo, los que profesan una religión revelada pero que no es la Religión, los que son "cristianos" pero no católicos. La Iglesia es una sola: la de Roma. Sufre y ofrece por aquellos a quienes una ciencia equivocada convierte en idólatras de la mente, por aquellos a quienes una pasión convierte en idólatras del corazón. Haz que vuelvan a Mí. Yo soy el verdadero Dios y no hay otro superior a Mí ni existe otro fuera de Mí. Me debe ser dado sólo a Mí, el amor y el culto de las criaturas creadas por el Padre, redimidas por el Hijo, amadas por el Espíritu. Que el jueves sea el día de dolor por todos estos.

En la lejana noche de un jueves, Yo, el Hijo del Hombre, el Hijo de Dios, recé por todos, aun con la herida de la traición en el corazón con el eco del adiós de mi madre en el corazón, con la presencia del próximo y complejo martirio en el corazón. Recé por todos: por los que eran "míos" y por los que se convirtieron en "míos", gracias a la Palabra que Yo había difundido y que Yo había confiado a mis amigos y discípulos, recé por los que, por culpa de la herejía de un desgraciado, se apartarían del tronco vivo de la Iglesia romana, recé para que éstos volvieran a ser una sola cosa con dicha Iglesia y, por lo tanto, también conmigo y con el Padre; y, al final, recé por todos los hombres, puesto que por ellos Yo iba a morir[39].

Dios, mi Padre, me había confiado toda la raza humana. Yo me hice Hombre para redimir y salvar a los hijos de Adán. Adán fue uno solo. No hubo tantos Adanes cuantas son las razas de la tierra. Hubo un solo Adán. Y Yo he venido a salvar a su descendencia, cuales quiera que sean su color, su posición en latitud o en longitud, su nivel de civilización. Quiero que donde estoy Yo, es decir, en el seno del Padre, estén también los hombres, todos los hombres. Éste sería mi júbilo, como es mi aspiración.

Por lo tanto, ruega por los que no están en Mí, o que se han alejado de Mí por errores de sus padres o por error de su mente, enorgullecida por esa vislumbre de ciencia que posee.

Que el viernes esté dedicado a los que viven su crucifixión espiritual en el Purgatorio, buscando a Dios y sin obtenerle aún.

Tú sabes, y Yo también, lo que significa sentirse separados de Dios[40]. Yo sé, tú no lo sabes, qué júbilo arrobó a los justos en un torbellino de amor cuando, en un lejano viernes, Yo aparecí y dije: "La espera ha terminado. Venid a poseer a Dios".

Sufre y ofrece todos los viernes para que cada viernes mis ángeles puedan decir estas palabras a muchos espíritus del Purgatorio. Los bienaventurados son las gemas nacidas de la Sangre que derramé hasta la última gota el Viernes Santo. Abrir el Reino a un alma e introducirla en la bienaventuranza, es devolverme lo que es mío; por lo tanto, es justicia y amor por Mí.

El sábado es el día de la Madre y Ella ya te ha pedido que sufras por los pecadores. Por lo tanto, que cada sábado tuyo sea como un manojo de espinas que aprietes contra el corazón para que florezca en rosas qué ofrecer a María. Cada pecador que vuelve a Dios, es una rosa que depositas a los pies de la Madre, una rosa con la que Ella enjuga el llanto que brota de sus ojos desde que la hice Madre del género humano, que se ha convertido en mi encarnizado enemigo.

Y, ¿qué queda para ti? La semana ha terminado y el pequeño Juan no ha tenido ni siquiera una hora de libertad para pensar en sí mismo.

Pues Yo, Yo y la Madre, pensamos en ti. Y mientras haces lo que puedes, como puedes, torpemente a pesar de tu buena voluntad, Yo y la Madre obramos para ti, lo hacemos como Nosotros sabemos. Si consumieras tu vista, tus labios, tus rodillas y tu corazón rezando, trabajando para ti, no lograrías hacerte ni siquiera un mísero vestido, comparado con el atavío real que te teje María y al que tu Jesús tiñe de púrpura con su Sangre; lo hacemos porque te amamos y porque vemos que nos amas.

Ahora estás cansada. Reposa. Antes de que termine el tiempo de Pentecostés, te diré lo que deseas saber. Que mi paz sea contigo>>.

---

[39] Juan 17.
[40] Mateo 27, 46; Marcos 15, 34.

30 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<Esta mañana, leyendo el Libro, te ha llamado la atención una frase. Quiero explicártela, aunque no pertenece al ciclo que estoy desarrollando. Por lo tanto, me merece un reproche de los doctores difíciles.

Mas, ¿dónde estará el "maestro" que pueda darle una lección al Maestro y decirle: "Tienes qué hablar de esto y no de aquello, porque este es el programa"? ¿Quién me impone el programa? ¿Quién es el Maestro en "mi" escuela? Soy solamente Yo y, por eso, hablo de lo que quiero a quien quiero.

En el libro de Judit has leído lo siguiente: "… da firmeza a mi espíritu para despreciarle y fuerza parta abatirle y ello será un monumento para tu Nombre"[41]. Basta, lo demás no tiene qué ver con la lección.

Sólo hago observar que para el que persigue un recto fin, *se convierte en bueno también lo que, sin ser pecado, implica debilidades que inclinan al pecado cuando se les concede al yo para su propia satisfacción.*

La belleza es algo bueno si se sabe valorizar. La belleza es uno de los dones que Dios ha dado a los Progenitores. Ellos reflejaban la Perfección –que era purísimo Espíritu- que les había creado. Y aunque el hombre no podía ser totalmente espíritu como su Creador, podía testimoniar el Origen del que provenía –y, efectivamente, Dios quiso que así fuera- con la perfección de un cuerpo armonioso y bellísimo, un verdadero vaso viviente para contener un espíritu sin mancha alguna de culpa. Con ello se hacía pedazos la vergonzosa teoría según la cual descendíais de un cuadrumano.

Venís de Dios y no de una bestia que la antigua ley mosáica definía: "inmunda". Recordad esto: "Entre todos los animales cuadrúpedos, serán inmundos los que caminan sobre las palmas de las manos"[42]

Por lo tanto, hay qué admirar la belleza en vuestro semejante, alabando al El que le dio al hombre, por sobre todos los animales, esas formas soberbias y no hay qué usar la belleza por vanidad sino para fines buenos, como la usó Judit. Es culpable adornarse para seducir, para pervertir, y también hacerlo únicamente por presunción y por ostentación de riqueza. Mas cuando, con el costado torturado por el cilicio y el cuerpo mortificado en la penitencia, saben usarse las formas y las riquezas para un fin recto, entonces el medio se eleva a santidad.

Yo lo he dicho: "Cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que no se advierta que ayunas y lo sepa solamente tu Padre"[43]. Y así lo he hecho, *porque jamás he dicho palabras que antes ya no hubiera puesto en práctica en mi vida.* Y, habiendo obrado así, fui acusado como amigo de publicanos y pecadores, amante de los convites y las fiestas[44].

Si había algo penoso para Mí, era propio el bullicio de un convite y la algarabía de una fiesta. Me nutría para vivir. No hacía del alimento "la alegría del vivir", como hacen muchos. Y mucho más grato que el fastuoso ágape en que la humana curiosidad y el implacable rencor me observaban y me espiaban, era para mí el pan comido a lo largo de una ribera herbosa, bañando mis labios en el agua pura del arroyo, sentado en medio de las flores del campo, a la sombra de un árbol, que era morada para los pajaritos que el Padre socorre, y entre mis amigos-discípulos.

Si había algo penoso para Mí, era el contacto con los impuros. Mi ser reposaba cuando la inocencia me rodeaba como guirnalda. Recordad que había dejado a los ángeles para descender entre los hombres. Los niños impedían que añorara a los ángeles. Mas Yo había venido para salvar a los pecadores. Y, ¿cómo les habría salvado si les despreciaba y rehuía?

Pues bien, Judit usa y valoriza su belleza y su riqueza con un fin santo. Y, al aumentar sus ocultas penitencias para agradarle a Dios, aumenta su hechizo para agradarle al hombre y truncarle "con su misma espada": la sensualidad, que fue el arma que mató a Holofernes aún más que la espada del tirano[45].

María, todas las criaturas tienen su tirano: los sentidos, el mundo, el prójimo, el demonio.

---

[41] Judit 9, 14-15 (vulgata).
[42] Levítico 11, 27.
[43] Mateo 6, 16-18.
[44] Mateo 11, 19; Lucas 7, 34.
[45] Judit 13, 1-10.

¡Cuántos tiranos se albergan en el prójimo! Están los que oprimen, los que envidian, los que condenan injustamente. Y, sin embargo, por amor hacia Mí hay qué amar a este prójimo, aunque sea malvado.

Están los sentidos, como un pulpo que resurge siempre para arrastrar con sus tentáculos hacia el fondo. Está el demonio, verdadera medusa que emplea su mirada para hipnotizar a las criaturas de Dios y perderlas. ¿A quién pedir ayuda contra estos enemigos? Hay que pedirla a Dios: "Da firmeza a mi espíritu para despreciarle y fuerza para abatirle".

El alma fiel dice: "Yo, por mí misma, no soy nada. Por mí misma, nada puedo. Dado que te amo, quisiera agradarte y vencer. Pero soy débil, débil en mis propósitos, débil para luchar. Pero Señor, si Tú me ayudas, sabré resistir y vencer".

¿Puede Dios negar su ayuda a un hijo que se la pide? No; Él se pone a su lado y, justamente porque sois débiles pero fieles, justamente porque no sois nada pero lo reconocéis, os infunde fuerza y firmeza, os inculca a Sí mismo. ¿Qué podéis temer, si Dios está con vosotros?

¿Por qué Dios ayuda de este modo? Lo hace por amor, esto ante todo. Y lo hace además porque cada victoria del hombre que se encamina en el Bien y se perfecciona para pertenecer a Dios-Perfección, es un monumento para el santo Nombre de Dios. Cada hombre que llega a ser santo, es un monumento a la bondad, al poder, a la soberanía de Dios. Es un monumento que, una vez más, proclama a las gentes las maravillas de Dios, para que reconozcan que Él es el Potente y que sobre Él no hay nadie más grande.

Ve en paz>>.

31 de mayo de 1944

Dice Jesús:

<<Cuando viste el eterno Paraíso, te preguntaste por qué las almas que estaban reunidas allí tenían tonalidades diversas.

En realidad, estos espirituales destellos anímicos no tienen un color. Para que tus sentidos pudieran comprenderlo, para que tu atención pudiera notarlo y pudieras preguntarte la razón de ello, te ha sido mostrada esta sensible variación de color, pero esto tenía qué servir únicamente para que te preguntaras: "¿Por qué existen estas diferencias, si la Fuente es una sola?"

El poder de Dios Creador es ilimitado. Dios Creador es perfecto cuando crea. Dios Creador es previsor cuando obra.

No hizo las estrellas únicamente para el cielo. Habrían servido sólo para poblar nuestras noches. No hizo la luna únicamente para que hubiera un planeta. Habría servido sólo para indicarnos el pasar de los meses. No hizo el sol o tantos soles porque sí. Os habrían abrasado resplandeciendo día y noche sin interrupción.

En cambio, hizo el sol para alumbrar el día y reguló la rotación de los otros planetas a su alrededor, para que en ellos la luz y el calor estuvieran gobernados por un orden sujeto a la ley. Hizo la luna como primera medida del tiempo y también para regular los mares y otras leyes, aún más íntimas, de la creación. Hizo las estrellas para que tuvierais una brújula en las noches oscuras.

No hizo únicamente las hierbas del prado, ni las mieses del campo. No hizo únicamente la vid y el olivo, ni las plantas frutales. Hizo éstas y aquéllas y, además, las plantas ornamentales –las flores-, las plantas útiles –que dan la madera para vuestras casas-, las plantas medicinales, que os dan las esencias necesarias para curar las enfermedades.

No hizo únicamente los plácidos rumiantes, sino también los veloces caballos. No hizo únicamente las aves, hizo también los peces. No hizo sólo las bestias fáciles de domesticar, sino también las que, aun en su vida salvaje, son útiles para sanear campos y florestas. También la serpiente, la maldita serpiente cargada de veneno, es útil porque ese veneno cura algunas de las enfermedades más penosas.

Todas estas especies obedecen a la razón por la cual fueron creadas, al orden que les fue dado. Desde el sol hasta el mosquito, no hay nada que diga: "Quiero hacer lo que se me antoja". Por el contrario, los astros con su voz ardiente, las plantas con su voz zumosa, los animales con su voz sonora y los animales sin voz,

como los peces, con su deslizamiento, dicen: "¡Oh, Creador!, henos aquí. Nos has creado para '*esto'* para tu gloria".

Pensad, oh hombres, qué sucedería si la Tierra se empecinara y ya no quisiera trazar, como un inmenso bólido, su trayectoria en los cielos. Entonces un hemisferio ardería y el otro se helaría. En uno reinaría la muerte de toda vida vegetal y animal. En el otro, serían eternos la luz y el calor y este exceso de claridad y de ardor igualmente llevaría a la muerte de toda manifestación vital.

Pensad, oh hombres, si las ovejas ya no os dieran lana, y las vacas no dieran leche ni los árboles frutos y sucediera así con todo lo demás. Puesto que ahora todo procede en el orden establecido por Dios, menos vosotros, si los animales, las plantas y los astros siguieran vuestro ejemplo, el caos se precipitaría en un horror inconcebible.

El Creador provee a todo esto del mismo modo en que provee al orden respecto a la humanidad. Su Mente Santísima cree que para el bien de la Tierra se necesitan muchos pensadores, muchos científicos, muchos guerreros, muchos trabajadores y, por lo que respecta al temperamento, muchos audaces, muchos moderados, muchos dinámicos, muchos contemplativos. Y así sucesivamente.

Las almas dejan de animar un cuerpo y vuelven a Dios, para ser destinadas según sus méritos. Dios crea nuevas almas para mantener el número de criaturas que deben poblar la Tierra. *Esta es la primera operación de orden divino. La segunda es la de crear, según las necesidades que Él ve, una especial categoría en mayor número que la otra, de modo que todo sea armónico en la raza y el uno sirva al otro,* como los dientes de un engranaje sirven al engranaje vecino y así mover la gigantesca maquinaria sin roces y sin daños.

Así hace Dios. Y si vosotros obedecierais así, según el orden, todo procedería. Mas vosotros os rebeláis.

¿Quién entre vosotros, está contento con su suerte? Ninguno o, al menos, muy pocos. Manifestándoos siempre agitados, dominados por las pasiones, olvidándoos de Dios o siempre tibios en vuestro fervor, seguís los reclamos del desorden y creáis el desorden.

El primer desorden consiste en vuestra rebelión a la Ley divina que os impone: "Amad y respetad a Dios, servidle solamente a Él, amad y respetad a vuestros padres, no robéis, no matéis, no calumniéis, no seáis viciosos"[46]. De este desorden inicial se originan todas las demás desventuras y os convertís en esclavos de vosotros mismos o de uno de vosotros que, abusivamente, se autoproclama lo que no es. Y eso os sucede porque no habéis querido ser, no ya esclavos, sino hijos de un Padre cuya bondad no puede ser igualada.

Considerad que hasta los ángeles tienen deberes diferentes. Éste es custodio de un hombre, aquel es un ángel anunciador, ese otro es un serafín adorante. En todo lo creado, no seáis vosotros los últimos que quieren seguir las reglas de su mísera voluntad.

"Padre nuestro… sea hecha tu voluntad"[47]. El alma recién creada dice esto, y si bien es cierto que luego la culpa original le inocula la voluntad contraria del rebelde Lucifer, también es una verdad de la fe que el Sacramento del Bautismo os vuelve al candor del inicio celestial y el Espíritu Santo os lo confirma y la Eucaristía os fortalece en él.

Repudiad, por lo tanto, el llamado de todo lo que es concupiscencia y volved, volved, volved a la obediencia. Unios a las estrellas gozosas al obedecer, a las flores y a las mieses, a los árboles y a los animales: todos ellos se regocijan en la obediencia. ¡Oh, cuán superiores a vosotros son en esto! Uníos a ellos y seguid el camino que Dios os asignó.

Y no digáis: "¿Cómo puedo conocer ese camino?". Si sois fieles desde los primeros años, el camino brillará ante vosotros como una áurea cinta. Y si, tras un extravío, queréis seguirlo otra vez, el camino volverá a resplandecer, porque Dios es bueno y quiere vuestro bien, ya sea individual o colectivo. Dios está dispuesto a perdonar y a ayudar las resurrecciones morales y espirituales.

Esas variaciones de color han querido hacerte entender que no proviene de Dios la supernumerabilidad de una u otra categoría, que es lo que os hace sufrir. Son las almas las que salen *espontáneamente* de la categoría en que Dios las había colocado y las que *turban la armonía de la sociedad humana* siguiendo los

[46] Éxodo 20, 1-17; Deuteronomio 5, 6-22.
[47] Mateo 6, 10.

apetitos; de ellos, los menos salvajes son los movidos sólo por el egoísmo para alcanzar un relativo bienestar y los más culpables son los que, con tal de saciar su avidez, devoran a sus semejantes anulando la libertad, los afectos, la fe. Son las avalanchas que impulsa Satanás por su odio hacia Dios>>

2 de junio de 1944

Primer viernes del mes

Ayer no tuve un dictado particular. Sólo sufrí hasta creer llegada la agonía.

El sufrimiento físico comenzó al atardecer del miércoles y fue muy violento porque, en realidad, hacía ya más de 24 horas que estaba mal pero, dado que sé soportar mucho, lograba hacerlo aún. Luego fue creciendo con ritmo continuo hasta llegar a ser insoportable. El peritoneo estaba muy adolorido y me provocaba todos los disturbios de una peritonitis aguda hasta tal punto, que se trataba de una perforación peritoneal. Sufrí hasta quedarme atontada. Lo único que sabía decir era: "Señor es por mis pobres hermanos desesperados", puesto que todavía estábamos en miércoles.

Ayer, dado que el sufrimiento continuaba, ofrecí todas mis angustias por los idólatras. No tenía nada más qué ofrecer porque no tenía fuerzas para otras cosas y tuve que hacer un gran esfuerzo para cumplir mis acostumbradas penitencias. Luego me quedé desfallecida, sintiendo sólo las angustias de la carne. Pero no importa. El alma estaba en paz, en las manos de Jesús… ¡y entonces nada hace mal!

Hacia el atardecer, vino el sacerdote de este lugar y me encontró con cara de agonizante. Quiso confortarme porque, en el fondo es bueno. Pero su "bondad" le sirve sólo a la criatura María, no al alma María.

Siento la dolorosa ausencia de mi director, que dice que él "no hace nada". En cambio, yo digo que es el aire mismo para mi alma. Le falta a mi alma como el aire marino le falta a mis pulmones. Y, a pesar de las infinitas manifestaciones de bondad de Jesús, me falta esta ayuda y eso me hace sufrir.

Ayer por la noche quería cumplir la Hora de adoración nocturna, pero me fue imposible. No lograba leer ni pensar. Y entonces Jesús me permitió… adorar ofreciéndome una visión apropiada.

Intento descubrir el ambiente, lo que es difícil para mí que, en materia de arquitectura, soy un cero a la izquierda y que nunca entré en un monasterio de clausura.

Pues bien, creo que estoy en una iglesia en el interior de un monasterio de rigurosa clausura. Veo un amplio arco, muy alto, que da luz a la iglesia. En realidad, dar luz no es la expresión más apropiada porque su vano está ocupado por una tupida reja, que lo hace aún más impenetrable porque está cubierta por una pesada cortina de paño rojo oscuro, que baja desde lo alto hasta más o menos un metro y medio del suelo, o sea, hasta el punto en que termina el muro que sostiene la reja.

En el centro de dicha reja hay una especie de ventana, es decir, un trozo de reja que se mueve y gira como una puerta sobre sus goznes. Allí no está la cortina roja y entre las barras de la reja se entrevé el tabernáculo que está en la iglesia externa. De este modo las monjas pueden adorar y, según creo, recibir la Santa Comunión arrodilladas en el banco que hace de balaustrada delante de la ventanilla y que está alzado sobre una tarima de tres peldaños para adaptarla a la altura de la ventana. El tabernáculo es lo único que se ve de la iglesia externa. Probablemente, los coros de los monasterios están hechos de esta manera.

Hay poca luz. De las ventanas altas y estrechas desciende una luz crepuscular; esta escasa claridad me hace pensar que debe ser el alba o el crepúsculo. El coro –lo defino así pero no sé si es exacto- está vacío. Se ven los asientos de las monjas y el banco que está delante de la reja. Junto a ésta, una lámpara de aceite titila como una pequeña estrella amarilla.

Entra una monja alta y, sin dudas, delgada porque, a pesar del amplio hábito, se nota su cuerpo esbelto. Se dirige al banco y se arrodilla. Se alza el velo que le cubría el rostro y veo que éste es joven, no tan bello pero gracioso, sumiso, sumamente pálido. Veo dos ojos claros –me parecen de un color castaño-verdoso- que brillan dulcemente cuando los alza para mirar el tabernáculo, mientras los finos labios se entreabren en una

suave sonrisa. El óvalo del rostro se afila entre las blancas vendas, algo más blancas que su tez. El velo negro desciende hasta la túnica de igual color, de modo que en la figura arrodillada lo único claro son el rostro gentil, las manos afiladas y bien formadas, unidas en la plegaria, y una cruz de plata que brilla sobre su pecho, más abajo del amplio griñón. Con los ojos fijos en el tabernáculo reza fervorosamente.

Y aquí llega lo bello de la visión. La reja, toda la reja, resplandece como si un fuego vivísimo se hubiera encendido más allá de la cortina. La lámpara, que antes parecía una estrella reluciente, ahora queda anulada en la luz que va aumentando y cobra cada vez más un tono de plata vivísima, tan vivo que los ojos distinguen sólo eso pues también la reja se desvanece en el fortísimo resplandor. Y en ese resplandor aparece Jesús, de pie, erguido, con su túnica cándida y su manto rojo, sonriente, bellísimo.

Exclama: "¡Margarita!" para sacudir a la monja, que se ha quedado inmóvil, mirándole. La llama tres veces, cada vez más dulcemente y sonriéndole cada vez con mayor intensidad. Avanza caminando sin apoyarse en el suelo, sobre el tapiz de luz que se extiende por debajo de Él. "Soy Yo, Jesús, a quien amas. No temas".

Margarita María[48] le mira con beatitud y le dice entre lágrimas: "Señor, ¿qué quieres de mí? ¿Por qué te apareces a mí?".

"Soy Jesús que te ama, Margarita; quiero que tú hagas que me amen".

"¿Cómo puedo hacerlo, Señor?".

"Observa y lo podrás todo porque lo que verás te dará fuerzas y voz para sacudir el mundo y traerlo a Mí. He aquí mi Corazón. Míralo. Es el que amó tanto a los hombres y deseó que lo amasen. Pero los hombres no lo aman, a pesa de que en ese amor estaría la salvación del género humano. Margarita, di al mundo que *Yo quiero que mi corazón sea amado.* ¡Tengo sed! Dame de beber. ¡Tengo hambre! Dame de comer. ¡Sufro! Consuélame. Esta misión será tu júbilo y tu dolor, pero te pido que no la rechaces. Ven. Ven a Mí. Acércate a Mí. Besa mi corazón. Ya no tendrás miedo a nada…".

Margarita María se levanta y camina como en éxtasis hacia Jesús. La enorme claridad hace aún más blanco su rostro. Se postra a los pies de Jesús.

Mas Él la alza y, sosteniéndola con la mano izquierda, se abre la túnica en el pecho –y al hacerlo parece que se desgarra la carne- y aparece el divino Corazón vivo, palpitante, entre torrentes de luz que iluminan el modesto coro, que hacen resplandecer el cuerpo material de la discípula dilecta como si fuera un cuerpo ya espiritualizado. Jesús atrae a sí a su amada y con amorosa violencia le avecina el rostro a la altura de su Corazón, lo estrecha contra él y sostiene a la discípula arrobada pues, de lo contrario, se desplomaría de júbilo. Por eso, cuando la separa de Sí, sigue sosteniéndola con dulce cuidado y la apoya en el suelo –pues hasta ese momento Margarita ha caminado en la estela de luz para llegar a Jesús- y no la abandona hasta que no la ve firme en su lugar. Entonces dice: "Volveré para hacerte saber mi Voluntad. Ámame cada vez más. Ve en paz".

La luz le envuelve como en una nube y va atenuándose cada vez más hasta desaparecer; en el coro, de nuevo sumido en la oscuridad, brilla solamente la estrellita amarilla de la lámpara.

Eso es lo que vi. Y Jesús me dice: "Has cumplido la adoración del jueves, vísperas del primer viernes. ¿Podrías desear algo mejor?".

Sonríe y me deja.

Como creo que le interesará, ahora quiero referirle una pequeña comunicación de Jesús que me llegó el 29 de mayo.

Mis ojos se posaron sobre una hoja suelta del periódico en la que se anunciaba un libro de Santa Catalina de Siena. Lo conservo desde hace años, pero nunca he comprado ese libro porque creía no poder comprender la mística de S. Catalina y, por lo tanto, lo consideraba casi inútil. Pensaba que era algo demasiado sublime para mí. Por otra parte, la búsqueda del libro habría sido inútil porque estaba agotado. Al principio intenté

[48] Se trata de Margarita María Alacoque, mensajera y apóstol del Sagrado Corazón, santa (1647-1690)

hacerlo buscar, pero me dijeron: "No es posible obtenerlo". No me costó mucho resignarme a no poseerlo y no volví a pensar en él.

El 29 de mayo vuelvo a encontrar ese trocito de periódico; lo miro y lo rompo con indiferencia. Oigo que Jesús me dice: "No, compra ese libro. *Ahora lo encontrarás enseguida, en la primera tienda en que lo hagas buscar*. Te ayudará a convencerte de que la Voz que habla es una sola: es la que te habla y la que le habló a Catalina. Cómpralo porque ha llegado el momento de comprarlo".

Como Marta tenía que ir a Lucca el 30 de mayo, le dije que lo buscara y no agregué nada más. Y, en efecto, lo encontró *en la primera librería en que entró.*

Por lo poco que he leído, noto que repite los conceptos que oigo hoy aunque naturalmente, en formas propias de la Edad Media. Y voy señalando, a medida que los encuentro, los puntos que coinciden con lo que vienen a decirme a mí. Esto me produce una sensación de paz, porque siempre temo un engaño.

¡Jesús es muy, muy bueno, demasiado bueno conmigo! No sólo me enseña y me consuela con sus palabras y con las visiones, sino que las regula según mi debilidad física y provee a mi imposibilidad de rezar –como ocurrió ayer por la noche- haciéndome adorar, junto con María Margarita, su Corazón y, además, me indica lo que debo tener en cuenta para tranquilizarme en cuanto a mis temores.

Vuelvo a escribir un poco más tarde para referirle lo que oigo ahora.

Dice Jesús:

<<El esfuerzo que se hace para apartar esa alma de sus ideas, se debe al hecho de que está saturada de ellas.

Para poder verter un líquido en un vaso, es necesario que el vaso esté preparado. Si está vacío, podremos llenarlo por completo con dicho líquido; si está semivacío, llenaremos la mitad; si le falta sólo un dedo para estar lleno, podremos verter al menos un dedo del líquido., No será mucho, pero servirá para mezclar los líquidos. En cambio, si está lleno hasta el borde, no podremos echar en él ni una gota. No podremos echar nada. Antes habrá qué vaciarlo.

Vaciarlo es fácil si se puede mover el vaso. Pero si está fijo, si no se le puede mover, ¿cómo se puede vaciar? Habrá qué eliminar el líquido haciéndolo evaporar con el calor del sol o con una paciente obra nuestra por medio de una esponja que, sumergida en el líquido, lo absorba hasta que quede vacío.

Ciertos corazones son como vasos fijos colmados hasta el borde. Y lo son por su propia voluntad. Por lo tanto, conservan en su interior el agua que allí han vertido y que no es lo que Yo y tú quisiéramos que fuera. Por eso hay que despojarlos de su contenido *con ardiente caridad y paciente constancia.*

La obra sería mucho más fácil si se dejaran volcar con un ímpetu de amor. Mas es más meritoria si tú ardes de amor para vaciarlos del mal y absorber en ellos todo mal con sacrificio y más sacrificio. Y si luego, cuando están vacíos, introduces en ellos a Dios, a tu Dios.

¡Oh, María!…>>.

No dice nada más. Este breve dictado inicia mientras estoy cumpliendo mis devociones y penitencias y, al encomendar a éste y a ese otro, pienso en el corazón que es inamovible en sus decisiones, que está anclado en ellas más que una nave en un fondo lleno de escollos, que es el más refractario a mis plegarias.

Al atardecer de este primer viernes, la visión de Jesús con el Corazón radiante y rodeado de muchísimos santos, vuelve a presentárseme de modo aún más amplio y bello. Hay muchos hombres pero, en primer plano, hay tres figuras que resplandecen mucho más que todas las otras como por una luz privilegiada: son tres santas.

Aunque comprendo que se trata de cuerpos ya espiritualizados, en esta visión se me aparecen con sus vestimentas terrenas, del mismo modo que me ocurre en las visiones de la vida de Nuestro señor.

Entre los hombres reconozco a San Juan Apóstol, que está casi detrás de Jesús y, mientras le mira, sonríe. Luego veo a un franciscano que no es San Francisco, pero no sé quién es. Pero las que me llaman la atención son las tres santas que están en primera fila.

Una es Margarita María; la reconozco perfectamente. La otra es una monjita bella, menuda, completamente vestida de blanco, a excepción del velo, que es negro. Tiene una expresión muy inteligente y en su rostro resplandece un júbilo ultraterrenal. La tercera, que es la mayor de todas, pertenece a la orden capuchina: es delgada, de aspecto austero, con la mirada grave y buena de quien ha sufrido y llorado mucho. En este momento no llora y me mira con infinita piedad,

Jesús me la indica y dice:

<<Son mis heraldos. Son las que no han tenido para sí el vivísimo amor de mi divino Corazón y lo han difundido en todo el mundo, aun a costa de cualquier fatiga y cualquier dolor.

Ésta fue la primera en orden cronológico., Fue la primera voz que habló de la confianza en mi Corazón. El mundo era una erizada maraña de feroces hechos humanos y de restricciones religiosas, cuando Gertrudis[49] se dirigió a él diciendo: "Ama y espera. Jesús nos asegura que estamos reconciliados con el Padre. Nos lo dice su Corazón traspasado. Trabajemos para su gloria. Hagamos su voluntad para regocijarle y Él nos donará los milagros de su misericordia". Ella había comprendido las palabras que brotan de mi Herida.

A la otra ya la conoces. La viste ayer por la noche.

La tercera es Verónica, una clarisa capuchina[50]. Era la voz que decía en Italia lo que Margarita decía en Francia. Son las dos que vencieron el filosofismo, enemigo de la Verdad, aún más de lo que lo hizo la Iglesia con sus condenas; lo vencieron con la fuerza de su amor, que predicaba la verdad de todo lo que había visto y oído. Por eso fueron atormentadas por los hombres enceguecidos. ¡Y entre ellos, cuántos había que *"habrían debido ver"*! ¡Cuántos de ellos habían sido consagrados! Pero ellas, mis mensajeras, mis "voces", habían sido creadas para esto y esto fue lo que hicieron, porque hacer mi voluntad era su gozo.

Las "voces" que hablan de mi Corazón pertenecen más a las santas que a los santos, porque la gentileza del amar es propia de la mujer. Juan, el angélico, está entre los santos porque tuvo un corazón de doncella en un cuerpo de héroe. Fue el primero en comprender mi Corazón, pero todos los santos son *fruto de mi Corazón, del amor por mi Corazón. Y también los que parecen haber sido creados para hacerse apóstoles de otras devociones* son, en realidad, fruto de mi Corazón y del amor hacia él.

Quien no ama no se santifica. Lo que ama en nosotros es el corazón. ¿Qué es lo que se ama en el amado? Pues, es su corazón. Así como lo primero que se forma en el seno de una madre es el corazón de su criatura, del mismo modo en el corazón de los que son los portadores de Dios en el mundo, se forma ante todo *el Corazón de su Señor.*

Cuando éste palpita en vuestro pecho, *Jesús ya ha nacido en vosotros y os habla y acaricia, os trae también al Padre y al Espíritu, porque donde está el Uno los otros Dos no faltan.* Por lo tanto, vosotros sois un Cielo en el que se producen las maravillas de Dios y del que filtran fulgores y brotan palabras, que son la luz y las palabras de Dios, que vive en dicho Cielo.

¡Oh, bienaventurados vosotros, los que entendéis cómo os amo! Y también bienaventurados porque este amor lo explicáis al mundo para persuadirle a que me ame.

Te he mostrado esta familia de santos, cuya pasión fue mi Corazón, porque eres una hermanita de ellos.

Las metas de tu amor son el Corazón de tu Jesús y su Cruz. Mas en la Cruz el Corazón fue abierto[51]. *En la máxima ignominia os obtuvo el supremo refugio.* Quiero decir que *cuanto más uno acepta ser menospreciado para cumplir la voluntad del Eterno, tanto más se convierte en salvación y bendición para sus hermanos culpables.*

Que mis dilectos heraldos no tiemblen y no retrocedan aunque se les parta el corazón por el dolor que los hombres les procuran. Yo estoy con ellos y justo aquí, en esta Herida, está el nido para mis palomas de amor, heridas por los crueles rapaces. Yo las llamo y les digo: "Ven, venid, ¡oh, palomas mías!, a descansar junto a quien os ama. Venid al nido que os he preparado, donde enjugaré todas vuestras lágrimas y sanaré todas vuestras heridas y os nutriré con el fruto del árbol de la vida y aplacaré vuestra sed con la fuente de agua viva

[49] Se trata de Gertrudis de Helfa, llamada "la grande", santa predecesora de la devoción al Sagrado Corazón de Jesús (1256-1301 aprox.)

[50] Se trata de Verónica Giuliani, clarisa capuchina y santa (1660-1727).

[51] Juan 19, 33-34.

que nace bajo mi trono, y llevaréis mi Nombre en la frente y el signo de mi Corazón sobre el vuestro y reinaréis eternamente, porque con vuestro amor habéis conquistado el Amor”>>

3 de junio de 1944

Primer sábado, a la 1 y 30 de la madrugada.

Dice María:

Soy la Madre. Escribe.

Todos los sábados haces la hora de la Dolorosa. Te bendigo porque pasas así la noche entre el viernes y el sábado. El primer punto y el tercero te resultan fáciles. No haces más que releer las visiones y dictados que ya has recibido. Pero el segundo punto, te es difícil porque tienes qué hacerlo tú misma. En tu descripción has afirmado: “María con el grupo… *tras un breve trecho, llega a la casa”*. Y si esto puede bastar para la descripción –y, en verdad, no podrías hacer más, dada tu debilidad- no basta para la plegaria de la hora. Por lo tanto, narra por ti misma lo que sufrí *en aquel momento.*

Cuando la piedra, deslizándose en la cavidad, cerró el Sepulcro, me pareció que pasaba sobre mi corazón y que me lo destrozaba, arrancándomelo del pecho. Para rechazar esa piedra que me separaba de Jesús, me aferré con las uñas y los dientes a sus salientes; esa piedra me lo mataba por segunda vez, con una muerte más profunda, con una separación aún más grande, por la cual ya ni siquiera los miembros de mi Hijo eran míos… ¡Mas, ay, no logré nada! Las uñas y los dientes se deslizaron sin lograr mover la enorme piedra. Sangraron mis manos y mis labios, pero permaneció cerrada, cerrada e inexorable como la muerte. Entonces a la sangre se mezcló el llanto. La sangre y el llanto de su Madre fueron los primeros que bañaron ese lugar santo en el que se dio muerte a un Dios para apartar al hombre de la muerte.

Allí me habría quedado si me hubieran dejado, si no me hubieran arrancado de ese lugar. Me habría quedado allí, al pie de esa puerta de piedra, como una mendiga que espera una limosna. En efecto, yo era la más mísera de las mujeres y para vivir necesitaba esta limosna: ¡volver a ver a mi Hijo! Yo era aún menos que una mendiga. Me habría acurrucado, allí como una oveja que ha perdido a su pastor, que está extraviada, sola, hambrienta, y que vuelve al cerrado redil, al redil donde ya no está el pastor, y se deja morir de hambre allí, contra el muro tapiado, porque ya no cuenta con nadie y le parece que, en un mundo lleno de lobos, aún puede estar protegida allí, donde en otros tiempos estaba quien la amaba… Y, en verdad, *¿no era yo una cordera entre lobos feroces, y no había muerto El que me amaba?*

Me arrancaron de allí… ¡Oh, qué crueles son los hombres a veces, aun en su piedad! ¿Cómo habrían sido esos días para mí allí, en el tranquilo verdor, mientras esperaba la resurrección de mi Jesús? Por cierto habrían sido mucho, pero mucho menos atormentados de los que tuve qué vivir en otro lugar.

Allí no había huella alguna de crimen. Las sumisas e inocentes plantas seguían floreciendo para alabar a Dios. Las sumisas e inocentes avecillas cantando y haciendo su nido para obedecer al Señor. No odiaban, no habían odiado, ni maldecido, ni matado. Habían oído el clamor del odio y la blasfemia y, atemorizadas, se habían arrinconado en la espesura mientras las plantas se estremecían por el viento de la ira. Habían visto pasar a su Señor perseguido, golpeado, herido, moribundo, como podría serlo uno de ellos por obra de un rapaz o de una pandilla de niños perversos, y habían sentido piedad y temor pensando que, si se mataba así a su Creador –que era tan bueno y siempre había tenido para con ellos palabras amorosas, bendiciones y migas de pan-, *debía significar que había llegado el fin de todas las criaturas.*

En esa paz habría podido aquietarse mi tormento y habría llorado, sin estremecimiento de angustia, bajo las estrellas y bajo el dorado sol, hasta el momento en que la aurora dominical me hubiera abierto las puertas y devuelto a mi Hijo.

¿Y los guardias?; pues… no les temía. Me habría acurrucado en un rincón como una esclava que espera a su amo y les habría parecido tan despreciable que se habrían olvidado de mí. Y, en cambio, si me hubieran escarnecido, ¿qué podría importarme? ¡Cuántas injurias me habían lanzado en la cima del Gólgota! *No habría podido oír palabras más atroces.* Había bebido la hez del lenguaje humano procaz y, desde entonces,

ninguna blasfemia que me era dirigida, aun la más atroz, puede sorprenderme. Ya las conozco todas… Por lo tanto, también podía oír las burlas de pocos guardias somnolientos.

Pero me arrancaron de allí… Y tuve que volver a estar entre los hombres. ¡Los hombres!… ¡Los hombres!… eran las fieras que me habían matado a mi Hijo. Y ése fue el segundo Calvario de la Madre…

¡He aquí el camino!… Aún está devastado por la multitud que lo ha recorrido por la mañana, detrás del Condenado y por la tarde, al huir del monte. Para volver a casa tenía qué pasar por un sendero que habían recorrido los crueles.

He aquí las huellas de sus pasos. Hay pisadas en todas direcciones y jirones de tela y objetos perdidos, como siempre sucede cuando afluye la multitud y, en medio del gentío, se apretujan los uno a los otros. Cada una de esas huellas, de esas pisadas, me decía: "Pertenezco a un torturador de tu Hijo".

Y luego he aquí el verdadero camino al Calvario, va hacia el pequeño puente más allá de la Puerta… Aquí las huellas se hacen más tupidas y mi dolor se hace más atroz… Aquí veo esparcidos por el suelo piedras y garrotes… y sé para qué los usaron. Seguramente están manchados por la sangre de mi Criatura, ¡porque han golpeado sus miembros ya tan torturados! ¡Oh!, quisiera descubrir en estos objetos *no culpables*, que el hombre transformó en *culpables*, la Sangre de mi Hijo, pero no me permiten hacerlo. Cae la noche. Es Viernes Santo. Hay qué apresurarse.

Antes de dar la espalda al Calvario para tomar el camino que lleva a la ciudad, me vuelvo y en la luz crepuscular veo tres siluetas oscuras que se destacan contra el cielo ya anochecido: son las tres cruces. ¡En una de ellas, estuvo mi Hijo! ¡Mi Hijo! ¡Ella fue el lecho de su agonía! A su Madre, que le había preparado una blanda cuna cuando esperaba su llegada y que nunca se había consolado por el hecho de que su Niño hubiera dormido su primer sueño sobre la espinosa dureza de la paja de la mullida, *le tocó verle morir sobre la dureza de un leño*

¡Oh, madres que lloráis al pensar en la agonía de vuestros hijos muertos, pensad en mi dolor! ¡Y pensad en él también todas vosotras, oh mujeres de corazón gentil, aunque no seáis madres; pensad en él también vosotros, oh hombres buenos y honestos, y también vosotros, los malvados, si no sois del todo fieras o demonios malditos y tened piedad de mi dolor!

Me arrastran hasta más allá de la Puerta, que están para cerrar. He ahí Jerusalén**…** *La madrastra que mató al Hijo de su Esposo! ¡La asesina que se arrojó sobre el inerme para degollarle! ¡La predadora que le salió al paso para capturarle y despojarle de su único tesoro: la vida!*

Como hombre, mi Jesús tenía sólo eso. Era pobre, no tenía dinero ni alhajas, ni bienes. Y, desde que se había hecho siervo del hombre para guiar a ese hombre, enceguecido hacia Dios, tampoco tenía ya su casita materna, el lecho construido por el que le hizo de padre, el pan cocido por su Madre. Dormía donde un ser misericordioso le acogía, comía donde un ser generoso le ofrecía un pan. De lo contrario, las hierbas del campo acogían su cuerpo cansado, las estrellas velaban su sueño, las espigas del trigo maduro y las moras silvestres, que son el alimento de los pájaros, saciaban su hambre. No poseía más de lo que posee el gorrión que busca su alimento en el campo y su descanso en el henil.

Pero era santo y joven. *¡Tenía la vida… y se la quitaron! Jerusalén lo despojó de su vida.* Como un vampiro chupó toda su sangre, como un buitre le hirió con el pico de su rencor, como una sádica rebelde le torturó y le clavó y gozó con sus congojas, con sus temblores, con sus sollozos, con sus convulsiones. ¡Oh, aún hoy veo todas esas torturas!

Hay poca gente en las calles. Después del delito, los delincuentes se esconden. Pero los pocos que se ven, los que furtivamente se escabullen en las callejuelas estrechas, los que desaparecen tras las portezuelas que vuelven a cerrarse inmediatamente como si temieran que entrase gente enemiga, me hacen estremecer de horror. Quizás aquel viejo le acusó… quizás aquel joven blasfemó contra Él y ese hombre macizo, de miembros recios, puede que le haya zarandeado y golpeado… Y ahora huyen, se esconden, se encierran. Tienen miedo. ¿A qué le tienen miedo?, ¿a un muerto? *Dado que le negaron como Dios, para ellos no es más que un muerto.* Por lo tanto, ¿a qué le tienen miedo? ¿A quien le cierran las puertas? Se las cierran al remordimiento, se las cierran al castigo.

Pero no sirve cerrar las puertas. *El remordimiento está en vosotros y os seguirá eternamente. Y el castigo no es humano* y, por lo tanto, contra él no valen cerraduras ni barrotes. *El castigo desciende del Cielo, de Dios que quiere vengar a su Sacrificado;* el castigo penetra más allá de los muros y las puertas y, *con su llamada celestial, os marca para el castigo sobrenatural que os espera.* El mundo vendrá a Cristo, al Hijo de Dios que es mi Hijo, vendrá a Él que habéis traspasado, *mas vosotros seréis los Caínes de un Dios, la ignominia de la raza humana, los que estarán marcados para siempre.*

Y Yo, que nací de vosotros; Yo, que soy la Madre de todos, debo deciros que para Mí, que soy vuestra hija, habéis sido más que padrastros y que, en el inmenso número de mis hijos, sois *los que más me cuesta acoger, porque estáis manchados del delito de mi Criatura y porque no os arrepentís diciendo: "Eras el Mesías. Te reconocemos y te adoramos".*

Pasa una ronda de los romanos. Los dominadores tienen miedo de la muchedumbre desencadenada. ¡Oh, no temáis! Éstas son viles hienas. Se abalanzan sobre el cordero indefenso, pero temen al león armado de lanzas y de autoridad. No tengáis miedo a estos chacales rastreros. El sonoro paso de vuestras cáligas los pone en fuga y el brillo de vuestras lanzas los hace más mansos que un conejo.

¡Vuestras lanzas… una de ellas desgarró el corazón de mi Hijo! ¿Cuál de ellas lo abrió? Es como si una flecha se le clavara en el corazón al verlas. Y, sin embargo, quisiera tenerlas todas entre mis manos temblorosas para ver cuál es la que aún conserva huellas de sangre y decir: "¡Es ésta! ¡Oh, soldado, dámela! Dásela a una Madre en recuerdo de tu madre lejana y yo rezaré por ella y por ti" Ningún soldado me la habría negado porque precisamente los soldados, los hombres de guerra, *fueron los más buenos ante la agonía del Hijo y de la Madre…*

He aquí la casa… ¿Cuántas horas o cuántos siglos han pasado desde que entré en ella ayer por la noche? ¿O desde que he salido de ella esta mañana? ¿Soy verdaderamente yo, la Madre de cincuenta años, o una centenaria, una mujer de épocas primitivas, rica de siglos sobre sus espaldas encorvadas y su cabeza cana? *Me parece haber vivido todo el dolor del mundo y me parece que ese dolor recae sobre mi espalda, que se dobla bajo su peso. ¡Es una cruz inmaterial, pero tan pesada!* Es una cruz de piedra y, quizás, es aún más pesada que la de mi Jesús, *porque Yo cargo con la suya y la mía, con el recuerdo de su suplicio y con la realidad de mi suplicio.*

Entremos, pues hay que entrar. Pero no es un consuelo; más bien es un acto que aumenta mi dolor. Por esta puerta entró mi Hijo para consumir su última comida. Por esta puerta salió para ir al encuentro de la muerte. Y tuvo qué apoyar su pie en el lugar donde el que lo traicionó lo había apoyado al salir para llamar a quienes iban a capturar al Inocente. Contra esa puerta vi a Judas… ¡Vi a Judas!… Y no le maldije; por el contrario, le hablé *como una madre acongojada por el Hijo bueno y por el hijo malvado…* ¡Vi a Judas!… *¡Y en él vi al demonio!* Yo, siempre he tenido a Lucifer bajo mi pie y que, por mirar siempre a Dios, no he bajado nunca mi mirada hacia Satanás, *conocí el rostro de éste cuando miré al Traidor…* Le hablé al Demonio… y él huyó, porque *el demonio no soporta mi voz…*

¡Oh, dejadme entrar en ese cuarto donde mi Jesús consumó su último alimento, donde la voz de mi Niño pronunció sus últimas palabras en paz! ¡Abrid! ¡Abrid esta puerta! ¡No podéis cerrársela a una madre, *a una madre que intenta respirar en el aire el olor del aliento del cuerpo de mi Niño! ¿Es que no sabéis que ese aliento, que ese cuerpo se lo di yo?* ¿Es que no sabéis que fui yo, la que por nueve meces le llevó en su regazo, la que le dio a luz, le amamantó, le crió, le cuidó? *¡Ese aliento es mío! ¡El olor de esa carne es mío! Es mío, pero está embellecido en mi Jesús.* ¡Dejad que lo sienta una vez aún! Tengo en los ojos la vista de su Sangre y en la nariz el olor de su Cuerpo llagado. Haced que pueda ver la mesa en la que se apoyó cuando estaba vivo y sano, que sienta el perfume de su cuerpo joven. ¡Abrid! ¡No lo sepultéis por tercera vez! Ya me lo habéis ocultado bajo vendas y perfumes. Luego me lo habéis encerrado tras la enorme piedra. Y ahora, ¿por qué, por qué queréis negar a una madre que encuentre el último esplendor del Hijo en el aliento que Él dejó tras esa puerta?

Dejadme entrar. Buscaré por el suelo, sobre la mesa, sobre la silla, las huellas de su pie, de sus manos y las besaré, las besaré hasta consumirme los labios… Buscaré… buscaré… Quizás encuentre un cabello de su rubia cabeza, un cabello que no esté incrustado de sangre. *¿Es que sabéis qué significan para una madre un cabello del hijo muerto?* Tú, María de Cleofás, y tú, Salomé, sois madres ¿y no entendéis?

Juan, Juan, escúchame. Soy tu Madre. Así lo dispuso Él[52] ¡Él! Me debes obediencia. Abre. Te amo, Juan. Te he amado siempre porque le amabas. Y te amaré más aún, pero ahora abre. Te digo que abras. ¿No quieres? ¿No quieres? ¡Ah! ¿Es que ya no tengo hijos? *Jesús no me rehusaba nada porque era mi Hijo.* Tú rehúsas. No eres mi hijo. ¡No entiendes mi dolor!… ¡Juan, perdona!… Abre… No llores… Abre…

¡Jesús! ¡Jesús! ¡Escúchame! ¡Haz que tu espíritu obre el milagro! ¡Abre a tu pobre Madre esta puerta que nadie quiere abrirle! ¡Jesús, Jesús!… Me desmayo… Muero… Vengo a Ti, Jesús… Vengo…".

…Y María tras haber golpeado la puerta con sus pequeños puños, tratando de abrirla, tras haberse encomendado a Juan, apoyándose en la mujeres, se inclina, más pálida que un lirio y se desplomaría si no la cogieran de peso y la llevan al cuarto de enfrente.

La visión que me ha acompañado durante el dictado termina de este modo.

Luego María dice: << ¿Sabes por qué sólo hoy te he dictado estas palabras? Porque ya no tienes el cuaderno en el que está narrada la desesperación de Judas. Hablo de eso aquí. Y también ésta es una prueba de que son cosas verdaderas, porque si uno se las inventa, se confunde –pues no tiene la posibilidad de recordar- y dice una mentira. Tú, por estar tan cansada y débil, te olvidas de una hora para otra. Hazlo notar al Padre que te dirige y es mi siervo".

El efecto, el cuaderno se lo llevó Ud. el 27 de mayo.

Jesús me muestra una reunión de cristianos en los primeros tiempos después de Pentecostés. Los defino los primeros tiempos porque los doce aún no se han separado para ir a evangelizar la Tierra (ahora son doce otra vez, o sea, que Matías ya ha sido elegido[53]). Por lo tanto, pienso que hace poco que ha pasado Pentecostés, pero ahora junto con los doce hay muchos discípulos.

Están todos en el Cenáculo, que ha sufrido algunas modificaciones debido a su nueva función y también al elevado número de los fieles. La amplia mesa ya no está contra la pared en la que se encuentra la escalerilla; ahora está en la pared de enfrente, de modo que también los que no pueden entrar en el Cenáculo (que, como Jesús me hace reflexionar; *es la primera de las iglesias de todo el mundo),* apiñándose en el pasillo de entrada, junto a la portezuela que está abierta completamente, pueden ver lo que sucede allí.

Hay hombres y mujeres de todas las edades. En un grupo de mujeres que se encuentra junto a la mesa pero apartado en un rincón, está María rodeada por Magdalena, Marta, Verónica, María de Cleofás, Salomé, la dueña de la casa. Las nombro en este orden no para establecer una especie de clasificación, sino como se me ocurre. Además, hay otra mujer que también estaba en el Calvario, pero no sé cómo se llama. Entre los hombres reconozco a Nicodemo, Lázaro, José de Arimatea y, según me parece, Longinos, aunque debe estar, digamos, de licencia, porque no está vestido de soldado: lleva una túnica larga, grisácea, como si fuera un civil, Puede que se la haya puesto para pasar desapercibido. No lo sé. A los demás no les conozco.

Pedro está hablando para instruir a los congregados. Aún narra la Última Cena[54]. Digo "aún" porque él mismo dice: "Os hablo una vez más de esta Cena en la que antes de ser inmolado por los hombres, Jesús de Nazaret, como llamaban a Jesucristo, Hijo de Dios y nuestro Salvador *–como hay qué reconocer y creer con todo el corazón y la mente, porque en esta creencia reside nuestra salvación-* se inmoló por su espontánea voluntad y por exceso de amor, dándose a los hombres como Alimento y Bebida mientras decía: "Haced esto en memoria de Mí". Y esto es lo que hacemos. Mas, ¡oh, hombres!, así como nosotros, sus testigos, creemos que su Santísimo Cuerpo y su Santísima Sangre (ese Cuerpo que fue crucificado y esa Sangre que fue derramada por nosotros y que pertenecen a un Dios, Hijo de Dios Altísimo) están en el pan y el vino, ofrecidos y bendecidos, como lo hizo Él, para su memoria y en obediencia a su mando, del mismo modo también vosotros debéis creerlo. Creed y bendecid al Señor que nos deja a nosotros, los que le crucificamos, esta eterna señal de perdón. Creed y bendecid al Señor que, a quienes no le conocieron cuando era el Nazareno, les permite conocerle ahora que es el Verbo encarnado y reunido con el Padre. Venid y tomad.

[52] Juan 19, 26.27.
[53] Hechos 1, 15-28.
[54] Mateo 26, 17-29; Marcos 14, 12-25; Lucas 22, 7-20; 1 Corintios 11, 23-34.

Escuchad las palabras que Él nos dice. Venid y tomad. Él lo ha dicho: "El que coma mi Carne y beba mi Sangre, tendrá vida eterna"[55]. Y en ese momento nosotros no entendimos… (Pedro llora). No entendimos porque nuestra inteligencia era torpe. Pero ahora el Espíritu ha encendido nuestra inteligencia, ha fortificado nuestra fe, ha infuso la caridad y comprendemos. Y en el altísimo Nombre de Dios, del Dios de Abraham, de Jacob, de Moisés, en el altísimo Nombre de Dios que habló a Isaías, a Jeremías, a Ezequiel, os juramos que ésta es la verdad y os suplicamos que creáis para obtener vida eterna>>

Pedro habla con gran majestad. Ya no queda nada en él del que poco antes era un tosco pescador. Como es más bien bajo, se ha encaramado en un banquillo pues, si apoya los pies en el suelo, los que están más lejos no lo verían y, en cambio, él quiere dominar a la multitud. Habla con mesura, con voz justa y gestos de verdadero orador. Sus ojos siempre han sido expresivos, pero ahora lo son más que nunca: su mirada deja traslucir amor, fe, mando, contrición, lo expresa todo y así anticipa y refuerza las palabras.

Ahora se baja del banquillo, se pone detrás de la amplia mesa, entre ésta y la pared, y espera.

Judas y Santiago (me refiero al hermano de Judas) extienden sobre la mesa un cándido mantel. Para hacerlo, alzan el cofre ancho y bajo que está en el centro de la mesa y luego también sobre la tapa del mismo extienden un finísimo lino.

Juan va hacia María y le pide algo. Ella se quita del cuello una especie de llavecita y se la entrega a Juan. Juan va hacia el cofre y lo abre. El cofre se abre dejando caer la parte anterior, que queda apoyada sobre el mantel y que recubren con un tercer paño de lino.

En el interior hay una separación horizontal que divide el cofre en dos pisos. En el de abajo hay un cáliz y un plato de metal. En el de arriba, se ve en el centro el cáliz que usó Jesús y, sobre un plato tan precioso como el cáliz, el pan que Él partió. A los lados de estos objetos, se ven de una parte la corona de espinas, los clavos y la esponja; de la otra, el Santo Sudario, el velo de María –con el que envolvió la cadera de Jesús- y el velo de la Verónica.

Hay otros objetos en el fondo, pero no comprendo de qué se trata y nadie los muestra ni habla de ellos. En cambio, Juan y Judas cogen los objetos que he nombrado, excepto el cáliz y el pan, que dejan en su lugar, y se los muestran a la multitud que se arrodilla.

Luego los apóstoles entonan plegarias o, mejor diría, himnos porque se parecen más a cantinelas. La multitud responde.

Por fin, traen panes, que ponen en la bandeja de metal (no en el plato de Jesús), y pequeñas ánforas.

Pedro –que ha permanecido entre la mesa y la pared, con el rostro vuelto hacia la multitud- recibe de manos de Juan, que está arrodillado del otro lado de la mesa, la bandeja con los panes. Pedro la alza y ofrece. Luego la bendice y la apoya sobre el cofre. También Judas está de rodillas y le extiende a Pedro el cáliz (que no es el de Jesús) y dos ánforas; éste mezcla el contenido de las mismas en el cáliz y ofrece. Luego bendice y lo apoya sobre el cofre.

Siguen rezando y luego Pedro parte el pan en muchos trozos-mientras la multitud vuelve a arrodillarse- y dice: "Éste es mi cuerpo. Haced esto en memoria de Mí".

Luego sale de detrás de la mesa llevando consigo la bandeja rebosante de trozos de pan y, ante todo, va hacia María y le ofrece uno de ellos. Luego pasa por delante de la mesa y distribuye el pan. Sobran pocos trozos, que quedan en la bandeja, y ésta vuelve a ser depositada sobre el cofre. Luego Pedro toma el cáliz y lo pasa a los presentes, comenzando por María. Juan y Judas le siguen, llevando las pequeñas ánforas, y vierten de ellas cuando el cáliz queda vacío.

Una vez que han terminado la distribución, los apóstoles comen los trozos que han sobrado y beben el vino. Luego entonan otro himno y Pedro da la bendición; poco a poco, la multitud se aleja.

María se levanta (por toda la ceremonia ha estado arrodillada) y va hacia el cofre. Se inclina por sobre la mesa y toca con la frente la superficie del cofre; besa el borde del cáliz de Jesús, aunque es un beso destinado a todas las reliquias que están reunidas allí. Por último, Juan cierra el cofre y entrega la llave a María.

[55] Juan 6, 22-59.

Creo que he podido ver con exactitud cómo era la Santa Misa en los primeros tiempos. Y esto me da la seguridad de que, según su promesa, Jesús satisface dentro del tiempo de Pentecostés la segunda cosa que yo quería saber (29-V). La causa por la cual veía de diferente color las almas, ya me lo explicó en el dictado del 31 de mayo.

Y en cuanto al contenido del cofre que tanto amaba María, lo acabo de saber ahora. El cofre era a la vez relicario y tabernáculo. Y me agrada mucho pensar que su poseedora, la que tenía su llave, era María. Pues María es la Tesorera de todo lo que se refiere a Jesús, la Sacerdotisa de la iglesia más verdadera.

7 de junio de 1944

Víspera de Corpus Domini.

Escribo ante la presencia de mi Jesús-Maestro. Ha vuelto después de tanto tiempo y ha vuelto *para mí, todo para mí.*

Ud. se preguntará: "¿Cómo puede ser? ¿Hace casi un mes que vuelves a oír y ver y dices que sólo ahora ha regresado, después de tanto tiempo?". Le contesto una vez más lo que ya le he dicho muchas veces, personalmente y por escrito.

Una cosa es ver y otra es oír. Y, sobre todo, una cosa es ver y oír para los demás y otra es ver y oír para mí misma, exclusivamente para mí. En el primer caso, soy una espectadora y reiteradora de lo que veo y oigo y, si bien es cierto que esto me causa alegría porque se trata siempre de cosas que infunden gran alegría, también es verdad que se trata de una alegría que definiría exterior. Este vocablo expresa mal lo que, en cambio, siento muy bien, pero no encuentro otro mejor.

En resumen, haga de cuenta que mi alegría es semejante a la de uno que lee un hermoso libro o ve una escena hermosa. Se conmueve, disfruta con ella, admira su armonía, piensa: "¡Qué bello sería estar en el lugar de esa persona!" En cambio, en el segundo caso, es decir, cuando lo que veo y oigo es para mí, "esa persona" soy yo. La palabra que oigo es para mí, la figura que veo es para mí. Estamos yo y Él, yo y María, yo y Juan. Son verdaderos, reales, están cerca, vivos. No están de frente, como si yo viera pasar ante mis ojos una película cinematográfica. Están junto a mi lecho, dan vuelta por el cuarto, se apoyan en los muebles, están sentados o de pie, como si fueran personas vivas hospedadas por mí. Y esto es muy diferente de una visión para todos. En suma, todo esto "es mío".

Hoy, o mejor dicho, desde ayer por la tarde, Jesús está aquí, con su acostumbrada túnica de lana blanca tendiente a marfil, tan diferente, en la urdimbre y la tonalidad, del espléndido atavío que le cubre en el Cielo y que es de un lino inmaterial y tan cándido que parece un hilado de luz. Está aquí con sus bellas manos, largas y afiladas, de un blanco que recuerda un antiguo marfil, con su hermoso rostro alargado y pálido en el que brillan los ojos, de mirada dulce pero dominadora, de oscuro zafiro entre las cejas espesas y castañas con destellos de un rubio rojizo. Está aquí, con sus hermosos cabellos, largos y sedosos; también ellos son de un rubio rojizo, que se hace más vivo en los puntos iluminados y más oscuro entre las hebras.

¡Está aquí! ¡Está aquí! Me sonríe y me mira mientras escribo acerca de Él, tal como hacía en Viareggio… y como no había vuelto a hacer desde Semana Santa… hasta el punto que me causó esa desolación que se convirtió casi en febril desesperación cuando el dolor de verme privada de Él se unió también el de quedar privada de vivir en el lugar donde yo le había visto y donde, por lo tanto, podía decir: "Allí se apoyó, allá se sentó, aquí se inclinó para apoyarme la mano en la cabeza"; el dolor de quedar privada del lugar donde habían muerto mis familiares. ¡Oh, el que no lo haya probado, no puede entenderme!

No es que pretenda tener todo eso. Bien se sabe que son gracias gratuitas y que no merecemos recibirlas y que, si nos han sido concedidas, no podemos pretender que duren. Claro que lo sabemos bien. Y cuanto más nos son concedidas, más nos aniquilamos en la humildad y reconocemos nuestra repugnante miseria respecto a la infinita Belleza y a la divina Riqueza que se nos otorga.

Pero, ¿qué dice, Padre? ¿Acaso un hijo no desea ver a su padre y a su madre? ¿Acaso la esposa no desea ver al esposo? Y cuando la muerte o una prolongada ausencia les impide verles, ¿acaso no sufren y no encuentran consuelo en vivir donde ellos vivieron? Y si tienen qué abandonar ese lugar, ¿acaso no sufren

doblemente porque pierden hasta el lugar donde su amor fue correspondido por el ausente? ¿Es qué puede reprocharse a quienes sufren por tal dolor? No, no se puede. ¿Y yo, qué puedo hacer? ¿Acaso no es Jesús mi Padre y mi Esposo, mucho más querido que el más querido de los padres y de los esposos?

Y que esto sea así, puede juzgarlo Ud. mismo considerando cómo soporté la muerte de mi madre. No crea que no he sufrido. Lloro aún hoy, porque yo la quería a pesar de su carácter. Pero Ud. ha visto de qué modo superé ese momento. Es que estaba Jesús y a Él le quería más que a mi madre. Tengo qué decirle una cosa. Sufrí y sufro por la muerte de mi mamá, mas ahora ya han pasado ocho meses, que en aquel momento. Esto ocurre porque en estos dos últimos meses yo estaba sin Jesús para mí y sin María para mí. También ahora, *es suficiente que Ellos me dejen por un momento y ya siento más que nunca mi desolación de huérfana enferma y me vuelvo a precipitar en el dolor, cruel y humano, de esos días inhumanos.*

Escribo bajo la mirada de Jesús y, por lo tanto, no exagero ni falseo nada. Por otra parte, no corresponde a mi índole. Pero, aunque lo fuera, sería imposible insistir en ello bajo esta mirada.

He escrito esto aquí, donde no acostumbro a hacerlo, dado que en las visiones de María no intercalo mi pobre yo, porque sé que debo seguir describiendo sus glorias. ¿Acaso su maternidad, en todos sus momentos, no fue una corona de glorias?

Estoy muy mal y me pesa mucho escribir, porque después estoy hecha un trapo. Pero con tal de que la conozcan para que la amen más, no me importa nada. ¿Me duele la espalda? ¿El corazón cede? ¿La cabeza sufre atrozmente? ¿Aumenta la fiebre? ¡No importa! Que María sea conocida, tan bella y tan amable, tal como yo la veo gracias a la bondad de Dios y a su misma bondad, y eso me basta.

11 de junio de 1944

Dice Jesús:

<<Para poder vivir con equilibrio la vida de víctimas, hay que colocarse resueltamente en el plano correspondiente al aspecto espiritual, dejando de lado absoluto lo que no corresponde a ese plano.

He dicho "equilibrio" porque en las cosas terrenas se emplea este término para referirse a la persona o cosa que está bien plantada en su eje que no cae por ningún tipo de sacudida y que, aunque la reciba (porque es natural que así sea), soporta el choque con una leve ondulación que no es de debilidad sino al contrario, es prueba de estabilidad, porque no se resuelve en una catástrofe sino que se resuelve en un regreso a la misma posición anterior.

Lo mismo sucede con respecto a las cosas no terrenales, es decir, las espirituales. El alma que está bien plantada en su eje no cae por los choques que puedan embestirla. Sufre el ataque, lo sufre porque es una irrupción de fuerzas salvajes en la atmósfera de paz sobrenatural que la rodea; porque es el fragor de voces roncas que por un instante sobrepasan las celestiales armonías con que ella se deleita. Y entonces, como si fuera un tallo sacudido por la tormenta, ondea su corona florecida, pero no se desarraiga y, una vez concluido el asalto se restablece su paz, dirigida a escuchar las palabras de amor que Dios susurra continuamente a su espíritu.

¿Dónde está el plano espiritual? ¡Oh, está muy en lo alto!, allí donde no llega lo humano, a pesar de que aún no se le reconoce, porque el espíritu no es ciego y porque el vivir en su atmósfera vital no lo vuelve necio. No lo es; al contrario, aumenta su poder de ver y comprender y eso ocurre porque vive ya en la atmósfera de la Caridad, dado que el plano espiritual es la antecámara del bienaventurado Paraíso, es el Limbo actual de los que aún no han nacido a la Vida eterna, pero cuyo espíritu ya está esperando para entrar en ella, son infantes espirituales cuyo bautismo se cumplirá con el beso que les dará el Eterno cuando, liberados de la prisión de la carne y semejantes a flechas ardientes arrojadas por el arco, a palomas llameantes soltadas de su trampa, se lancen hacia Dios, su meta, su nido, el anhelo de toda su permanencia en el exilio terreno.

La Caridad, ansiosa de unirse a estas caridades menores, envía sus ardores a este plano y lo impregna de Sí. Los que viven en ese plano se nutren de Ella, la absorben con la avidez de su espíritu. Son bocas sedientas que sorben lo que es su gozo y que no cesan de cantar ese gozo ni siquiera cuando sorben. Son bocas que,

mientras cantan, no cesan de rezar por sus hermanos; que no cesan, mientras rezan, de repetirles a éstos las palabras que oyen y que son palabras de Dios.

Son capaces de esto porque los espíritus que viven en el plano espiritual son semejantes a los animales de la Teofanía de Ezequiel[56]. Tienen cuatro aspectos porque su acción es cuádruple y se sirven de cuatro bocas. Miran a Dios, que es el Sol, con su aspecto de águila y le cantan alabanzas. Se sacian de Él como leones, porque Dios es su presa y sólo de Ella se nutren. Pacientes como bueyes, no se cansan de rezar por los hermanos, pues para conquistarlos para el reino del espíritu es imprescindible una obra paciente e incansable. Y con su boca humana les repiten a los hombres, en el lenguaje del hombre, las palabras de Dios que han oído al volar como águilas en el reino del Sol-Dios.

La Caridad siempre es activa y los que viven en la Caridad son activos como Ella. La Caridad es multiforme y multiobrante y también ellos tienen una caridad multiforme y multiobrante. La Caridad es ardiente y ellos son "carbones incandescentes" que Dios inflama cada vez más. La Caridad es ligera y veloz y ellos tienen alas para ir ligeros y veloces hacia donde les lleva el ímpetu de la caridad. Y "no se vuelven" para mirar lo que dejan atrás.

Te he vuelto a conducir al primer punto: "para poder vivir con equilibrio la vida de las víctimas, hay que colocarse resueltamente en el plano correspondiente a lo espiritual, dejando de lado por completo todo lo que no corresponde a ese plano". En el primer párrafo de este dictado he dicho esto. Y vuelvo a repetirlo.

Estás aquí y aquí te quedas. Lo único que puede conducirte fuera de este equilibrio –que es perfecto porque en él te he colocado Yo, que soy perfecto en obrar- es tu voluntad. Todo lo demás podrá sacudirte, podrá turbarte, al entrar en su fragor y su tempestuosa violencia en la atmósfera que te rodea, mas no podrá arrancarte de tu centro. *No podrá arrancarte de él, si no lo quieres.*

No te turbes si te sientes turbada. Deja que la turbación venga de los otros –sean hombres o sea Satanás- pero no añadas nunca la tuya. Sería la turbación más hiriente porque es la más íntima.

Nunca te digas: "No soy capaz de hacer bien lo que hago", "No sé servir a Dios con perfección", "En lugar de santificarme, peco". Claro que no sabes hacer bien lo que haces, que no eres perfecta en el servir, que aún tienes innumerables imperfecciones. Mas, ¿quién, mientras sea hombre, será capaz de hacer las cosas bien, a la perfección, sin pecar nunca? ¿Quién es perfecto si se compara con la Perfección?

Mas la Perfección, precisamente por ser Perfección, también sabe ver y juzgar perfectamente y, por eso, sabe ver vuestra intención, vuestro empeño, vuestro esfuerzo para hacer las cosas bien, por servir perfectamente, por no pecar, y con una sonrisa anula y perdona, con una sonrisa cumple lo que vosotros no lográis cumplir.

En el plano que corresponde a lo espiritual debe morir todo pensamiento humano. Esto es muy difícil. Es por eso que se define heroicidad la virtud de los santos y que los santos son tan pocos; lo son, porque los héroes son muy pocos. Esta heroicidad es más grande, más compleja y, sobre todo, más prolongada que la humana, que es un *episodio* en la vida del hombre, mientras la de los santos *es la misma vida de un hombre.*

El heroísmo de un hombre es un acto que se presenta improvisamente y no da tiempo a la carne de anteponer sus voces medrosas. El heroísmo de un hombre siempre tiene dos muletas, aunque él no se dé cuenta que las tiene: la impulsividad del carácter y el deseo de alabanzas.

El heroísmo del santo no es un acto improviso: *es la vida misma, toda la vida,* de la mañana a la noche, de la noche a la mañana, de un mes a otro, de un año a otro. Es un acto que lleva a soportar el calor, el frío, el trabajo, la falta de descanso, el dolor, las enfermedades, la pobreza, los lutos, las ofensas y al prójimo. Es una sarta a la cual, a cada instante, se le agrega una perla, una perla formada con las lágrimas, la paciencia, la fatiga. Este heroísmo no desciende del Cielo, como un maná. *Debe nacer en vosotros,* solamente en vosotros. El Cielo no os da más de lo que da a todos. El mundo no lo ayuda; al contrario, lo combate y lo obstaculiza de todos los modos posibles.

Es verdad que este ataque es el mejor coeficiente de formación, porque el núcleo de este heroísmo consiste en soportar el mundo con paciencia y amarlo por el odio que os da. Y en torno a él se agrupan

[56] Ezequiel 1, 4-28.

células de paciente soportar el hambre, la sed, el frío, el calor, las noches sin descanso, las enfermedades, la pobreza, los lutos. Mas la paciencia más grande es *soportar el mundo y amarlo de modo sobrenatural.*

El héroe del espíritu piensa así, sin pensamientos humanos. *Piensa sólo en el amor de Dios, sólo en el interés de Dios.* El que vive en el equilibrio del espíritu obra así: se pregunta ¿qué soy yo?, ¿qué son mis dolores, mis fatigas, mi pobreza? ¿Y qué son las molestias que me causa el prójimo? Pues, no son nada. Lo que cuenta es Dios. Me sirvo de esto, de lo otro y de lo de más allá para servirle a Él y tener esto, lo otro y lo de más allá *me hace feliz* porque con esto, lo otro y lo de más allá puedo amar a Dios, amarle no porque me protege, *sino por puro amor;* puedo servir a Dios usando estas monedas para salvar al prójimo y hacer así el interés de Dios.

María, ¿crees que no me duele tener qué sazonaros así, con el sufrimiento, precisamente a vosotros, que sois mis predilectos? ¿Crees que si pudiera, no os daría toda la alegría por la alegría que me dais?

Mas el único camino para salvar al mundo es el dolor. Hasta Yo, que soy Dios, no encontré otro camino para llegar a ser Salvador. El júbilo será Júbilo para vosotros, pero lo será en la otra vida. Para vosotras, ¡oh víctimas amadas!, el júbilo no está aquí. Aquí está mi paz, está la unión conmigo, está mi amor. Es decir, aquí están *los gozos del espíritu,* pero nada hay para la carne. *Para la carne sólo hay dolor*, un dolor que no acaba nunca porque el error aumenta cada vez más. Vosotras sois las reparadoras del error y no podéis tener pausas en vuestro cometido, porque el enemigo sigue destruyendo y hay que seguir edificando para que el mundo mantenga aún un aspecto humano, un aspecto no completamente satánico.

En el Cielo, Cristo ya no llora, pero sufre aún porque, aunque es Dios, también es Hombre y tiene corazón. Y, ¿por qué sufre ese corazón mío, perfecto en sus pasiones? Sufre porque ve que no le aman y porque ve sufrir; sufre porque debe dejar que sufran los que le aman, ésos a quienes ama.

¡Oh, cómo sufro, viéndoos sufrir para cumplir en vosotros la redención del hombre! ¡Cómo sufro! Pero en cada latido de dolor que responde en Mí a vuestro dolor, Yo uno un don para el Cielo, para *vuestro* Cielo. Es vuestro, por cierto, porque lo conquistáis hora a hora y él os espera.

¡Oh, cuáles resplandores brillan aquí para vosotros! ¡Oh, cuál amor os espera! ¡Cuánta ansiedad por dároslo! Alza los ojos y mira. Entre los mil fulgores de los que has merecido, el Rostro de tu Dios resplandece para ti, te sonríe y te bendice.

Sí, te bendigo. Ve en paz>>.

12 de junio de 1944

Dice Jesús:

<<Te digo también esto para perfeccionarte en el dolor.

Amar el dolor es ya un consejo para la perfección pues Dios, que conoce la capacidad humana, con su mandato se limita a ordenar que *se soporte* el dolor por obediencia a Dios. Y muchos –la mayor parte- no saben hacer ni siquiera eso.

Dios dice a los mejores: "Amad el dolor porque mi Hijo lo amó por vuestro bien. Haced lo mismo por el bien de vuestros hermanos".

Mas, entre los mejores, es decir, entre los que son cristianos fieles, convencidos, generosos, amorosos, hay una categoría de elegidos. Son los serafines de los fieles, los que están más encendidos de amor. El amor que les enciende les hace amar lo más difícil, hasta el punto que no sólo aman el dolor que Dios deja que les muerda, sino que claman por él diciendo: "Heme aquí, Padre. Estoy aquí para pedirte el mismo cáliz que diste a tu Hijo y te lo pido por la misma razón". Y entonces se convierten en las "víctimas".

A estas víctimas y a través de ti, que eres una de ellas, les doy este consejo de perfección.

Cuando el dolor es atroz pero breve, es más fácil cumplir la misión que éste implica.En cambio, es muy difícil persistir en el cumplimiento de la misión de víctima cuando su mordiente severidad perdura, perdura, perdura y, como un árbol florecido, se adorna cada vez con nuevos ramos y su tronco recibe nuevas proliferaciones, como ocurre en ciertos árboles de la selva a los cuales se trepan hiedras y lianas, se incrustan

musgos y líquenes y, en el hueco de los ramos nacen otras plantitas que ni se imagina cómo pueden haberse enraizado allí, en ese ángulo entre dos ramos leñosos en cuya cavidad hay sólo un poco de polvo y, sin embargo, crece y se convierten en verdaderos arbustos que el hombre admira con estupor ante esta obra de los vientos y este fenómeno de adopción vegetal.

Pues bien María, ya te he dicho que para vivir con equilibrio la vida de víctimas hay que colocarse resueltamente en el plano espiritual, o sea, hay qué ver, pensar y obrar tal como se hace en los reinos del espíritu, en esa *eternidad que siempre dice: "ahora".*

¿Cómo pretendéis considerar las cosas según los criterios de la carne, oh vosotros que vivís para el espíritu? ¿Qué es lo que habéis pedido a Dios? Pues, que haga de vosotros criaturas espirituales. Y las criaturas espirituales, que son semejantes a Dios, ¿en qué tiempo viven? Pues, viven en el tiempo de Dios. Y ¿cuál es el tiempo de Dios? El tiempo de Dios es un eterno presente, un eterno "ahora". En el Cielo no existe un pasado, no existe un futuro para vuestro eterno Padre. Existe solamente el *instante eterno*.

Dios no sabe de vida o muerte, de albas y crepúsculos, de principio y de fin. Los ángeles, espirituales como Él, conocen solamente "un día", un día que comenzó en el instante en que fueron creados y que no conocerá fin. Desde el momento en que nacen para el Cielo, los santos se convierten en poseedores de este tiempo inmutable del Cielo, que fluye, que está fijo en el diamantino esplendor encendido por Dios, en las eras del mundo que giran en torno a su fijeza inmutable, como hacen los planetas al rededor del sol, formándose y disolviéndose, imperando y disgregándose, mientras él sigue siendo el mismo y siempre lo será. ¿Por cuánto tiempo lo será? Lo será por siempre.

Piensa, María, que si tú pudieras contar todos los granitos de arena de los mares de todo el globo, del fondo y las orillas de los lagos, de los estanques, de los ríos y torrentes y arroyuelos, y me dijeras: "Transfórmalos en días", aún sería limitado ese número de días. Y si les unieras todas las gotas de agua de los mares, de los lagos, de los ríos, torrentes y arroyos, todas las gotas que tiemblan en las frondas bañadas por la lluvia o el rocío, si les unieras toda el agua de las nieves alpinas, de las nubes vagantes, de los glaciares que revisten de cristal las cumbres montañosas, aún sería limitado ese número de días. Y si también unieras todas las moléculas que forman los planetas, las estrellas y las nebulosas, todo lo que surca el firmamento y lo colma de músicas que sólo los ángeles oyen –pues, en efecto, cada astro al recorrer su órbita canta loas al Creador, como un reluciente arpista que deje deslizarse sus manos en arpas de azul y, por eso, el firmamento todo resuena por este desmesurado concierto de órgano- aún sería limitado ese número de días. Y aún lo sería si unieras el polvo sepultado en la tierra, el polvo formado por tierra de hombres que con su materia han vuelto a la nada y que están esperando desde hace cientos de siglos la orden de volver a ser hombres y ver el triunfo de Dios (y aquí se trata de miles de millones de átomos de polvo-hombre, que pertenecieron a millares de hombres que se creyeron tanto y que desde hace tantos siglos son nada; de hombres que el mundo hasta ignora que vivieron).

El Reino de Dios es eterno como su Rey. Y la eternidad conoce una sola palabra: "Ahora". También tú debes conocer esta sola palabra para medir el tiempo del dolor y así deben hacerlo todos los consagrados al holocausto.

Debes decirte: "Ahora". ¿Desde cuándo estoy sufriendo?: desde ahora. ¿Cuándo dejaré de sufrir?: Ahora. Es sólo presente. Para las criaturas espirituales no existe más que lo que es de Dios y así es también para el tiempo. Antes de que llegue el momento, aprended a calcular el tiempo tal como lo poseeréis en el Paraíso: *Ahora*.

¡Oh, bendito sea ese tiempo que es inmutable posesión, inmutable contemplación de Dios, inmutable júbilo! El acorde que rima vuestro canto de criaturas mártires y bienaventuradas debe ser éste: "La vida es un abrir y cerrar de ojos, el tiempo terrenal no dura más que un suspiro, pero mi Cielo es eterno".

En la vida de mi mártir Cecilia se lee: "Cecilia cantaba en su corazón". Cantad también vosotros en vuestro corazón. Cantad: El 'ahora' de Dios me espera. Ya me encuentro envuelta en el torbellino de este eterno 'ahora' y este torbellino me acerca cada vez más al centro de su perfección. Ya veo caer este polvo en el que cada átomo es un día y cada granito un mes; lo veo caer al soplo de esta vorágine que me aspira hacia Dios: es el amor a Dios que quiere darme 'su' tiempo, quiere darme su *eterno presente*, en el que cada segundo del tiempo terreno corresponde a la bienaventuranza de recibir en mí a Dios Padre, Dios Hijo y Dios

Espíritu Santo en un abrazo siempre nuevo, siempre deseado, siempre anhelado tenazmente, sin desfallecimientos; un abrazo rico en esplendores siempre nuevos, en sabores siempre nuevos, en amores siempre nuevos. Cada nueva llegada me hace nacer como en el primer momento en que gocé de este Dios Uno y Trino, mi único Amor; con cada nueva llegada alcanzo la perfección de la Vida y luego renazco al júbilo de ser bienaventurada para amarle más y más aún y ser amada por Él más y más aún. Pero existe un límite, porque en el Paraíso todo ha alcanzado la perfección y no es susceptible de aumentos ni de disminuciones; todo se cumple en la misma y fresca alegría, siempre igual: mi felicidad de bienaventurada que se abraza a Dios y la felicidad de Dios, que puede difundir su amor, se esencia, sobre una criatura que Él creó por amor, para recibir de ella amor y para darle, infinitamente, amor".

Mi pequeña esposa, considera de este modo tu sufrimiento y te parecerá que dura aún menos que nada. Y cuando termine, allí estaré Yo, Yo mismo.

Que mi paz esté siempre contigo>>.

13 de junio de 1944

Desde ayer a las 18 horas veo un Corazón intensamente relumbrante, parece oro líquido, oro convertido en precioso cristal iluminado desde adentro por una potente luz. De él se desprenden rayos muy intensos y lo circundan de una aureola deslumbrante. El Corazón palpita con vehemencia, como cuando lo agita una emoción, un sentimiento profundo. Con trazos de un dorado aún más reluciente y claro, se lee en él la sigla IHS.

Pero este Corazón, cuya forma y cuyo palpitar es semejante completamente a los del corazón humano, se me parece como una Hostia viva, radiante en su ostensorio de oro, porque es como si el fulgor de los rayos redondeara la punta y sobre todo porque en el punto en que está grabada la sigla santa parece una hostia enorme y luminosísimo, que vive en la carne resplandeciente del Corazón divino como si fuera el alma de ese Corazón bendito.

Digo las plegarias vespertinas, las que decimos en común, con los ojos de mi espíritu fijos en ese Sol de amor que es el Corazón de Cristo… y me propongo hacer mis últimas ofrendas mientras los demás comen, puesto que, por un motivo u otro no me ha sido posible hacerlas durante el día.

Pero apenas quedo sola, mientras quito los libros y los trabajos que tengo sobre la cama para ocuparme de lo que quiero, de buenas a primeras me acomete una crisis cardiaca tan fuerte que creo que estoy por irme al otro mundo. No puedo hacer nada más… solamente, puedo decirle a Jesús: "Toma este sufrimiento que me das a cambio del que yo misma quería darme". Y sigo sufriendo así por horas y horas.

También he sufrido hoy, también sufro ahora. Pero sigo viendo el Corazón radiante y eso me da un gran alivio menos en la carne, que padece un tormento verdadero y total.

Ayer por la noche, creyéndome a punto de morir, puse delante de mí, sobre las rodillas algo flexionadas, a mi Jesús, a la Virgen de Fátima y a Gema[57]; cuando sentía que los espasmos se hacían más fuertes y que el corazón hacía más lentos sus latidos hasta suspenderlos por algunos segundos y entonces pensaba: "Ya me voy", les miraba aún con más fijeza y les llamaba. No lo hacía para que me preservaran de la muerte, sino para morir con un acto de amor, para que mi última palabra y mi última mirada fueran para ellos. En Gema resumía a todos los santos. Entre Jesús y María colocaba también a San José y ya me quedaba en paz.

Ahora me dice Jesús:

<<Tu espíritu ha visto con exactitud. *Mi Corazón es Eucaristía viva.* ¿De dónde parte el amor? Parte del corazón. ¿Qué es la Eucaristía? Es amor. Por lo tanto, cuando pensáis en la Eucaristía, podéis deciros: "He aquí el Corazón del Corazón de Jesús". Y cuando pensáis en mi Corazón, podéis deciros: "He aquí la matriz de la que se formó la Eucaristía".

¡Mi Corazón! Es la hostia que se inmoló aún más allá de la muerte, pues quiso ser traspasado hasta después de haberlo sufrido todo y así, no sólo fue martirizado por la traición, el abandono y la tortura, sino

[57] Debe tratarse de Gema Galganí, virgen y santa, natural de Lucca (1878-1903), de quien era muy devota la escritora.

que también fue humillado más allá de la vida, para dar las últimas gotas que quedaban en las entrañas de un Mártir desangrado[58].

Es la Hostia que fue hostia cuando aún no era más que Pensamiento y que se transformó, se hizo Cosa, para ser Hostia,

No te digo nada más porque ya no puedes escribir. Ama mi Corazón con tu corazón, hasta el último latido. Que, en medio de los espasmos de su enfermedad, tu corazón de amante me ame a Mí, el Corazón de Dios>>.

14 de junio de 1944

Pienso en "Nennolina"[59] y Jesús me dice:

<<Fíjate cuán grande es la potencia del Paraíso. Piensa que esta criatura, que apenas había alcanzado el uso de la razón, ahora, allá arriba, en la Patria de los hijos de Dios, posee una inteligencia y una sabiduría que no son absolutamente inferiores a las del más docto y anciano de mis místicos doctores.

Mi Juan, que es también el tuyo, que murió ya centenario tras haber conocido los misterios más altos de Dios; Pablo, el apóstol erudito; Tomás, el doctor angélico y junto con éstos todos los que son lumbreras del saber *verdadero*, nada pueden agregar al saber de esta pequeña santa mía.

El Espíritu Santo infundió la perfección del saber en esta pequeña, así como lo infunde en los adultos y en los doctos, pues toda sabiduría vuestra siempre es imperfecta y se vuelve perfecta sólo cuando poseéis a Dios, a Dios Verdad, a Dios Amor. Ella fue su esposa precoz en la Tierra y el Espíritu Santo le enseñaba en ardiente abrazo lo que no les enseña a los sabios humanos y soberbios, la fundía con Él en esta Patria bienaventurada, en cuyo umbral encontraréis al Dios Uno y Trino que os dice: "¡Oh, mi dilecta, entra y goza!".

Aquí no hay nada imperfecto. Dios les comunica a sus santos sus mismas propiedades. Os hace semejantes a Él que, por justicia, sigue siendo vuestro Rey y es la suprema Perfección, pero que es un Rey que os abre todos sus tesoros, los introduce en vosotros, os cubre con ellos.

Cuando viste el Paraíso dijiste que te parecía que allí los espíritus tenían una única edad y que sólo la gravedad de la mirada y de los rasgos revelaba la condición más o menos adulta. Así te ha sido mostrado, porque aún perteneces a la Tierra y, de lo contrario, no habrías podido comprender y distinguir.

Pero aquí no hay edad. El espíritu es eternamente joven como en el momento en que Dios lo creó para dárselo, con valor de alma, a vuestra carne. Hasta el momento en que la resurrección de la carne os recubra de carne glorificada, los espíritus serán incorpóreos e iguales. Cuando se os aparecen (en esas apariciones que permito para vuestro bien), aparecen bajo forma corpórea por piedad hacia vuestra humana incapacidad de percibir lo que no es materia. Por eso, para ser sensibles a vosotros, se materializan.

Mas aquí el espíritu es luz que canta alabanzas a Dios y basta; es sólo Luz, Amor, Sabiduría>>.

Visto que Jesús se había hecho sentir justo mientras me había dispuesto a rezar, le digo: "¡Pero Jesús, de este modo no puedo rezar más! Después estoy cansada y no puedo hacerlo".

Y Él me responde, con una sonrisa que definiría "traviesa" si no temiera ser irrespetuosa:

<<Es justamente lo que quiero. Me perteneces por completo en el bien y en el mal. Sí, también me perteneces en el mal. ¿No te alegra que Yo te acoja también cuando eres imperfecta y, para volver perfecto lo que haces, anule tus faltas? Entonces también debe alegrarte sacrificarme lo que es bueno, es decir, lo que, cuando lo cumples, te dices a ti misma: "Ahora estoy haciendo bien"

¡Oh, mi pequeño mosquito, juzgas tu bien! Tus devociones son… devociones. Ellas comprenden la costumbre, el escrúpulo, el temor de que si no las dices, Yo no te escuche ni te bendiga, las distracciones. Yo no las quiero. Te las dejo para esas horas en que quiero hacerte sentir que eres… aún menos que un mosquito, que eres una larva de mosquito, que aún no tiene alas para volar sobre una margarita de campo.

[58] Juan 19, 33-34.
[59] Se trata de Antonietta Meo, llamada Nennolina (1930-1937).

En cambio, cuando Yo me abato sobre ti, te extasío en la oración. Yo soy el Águila.. El águila vuela en lo más alto del cielo, sube, sube, sube cada vez más en el azul, formando círculos concéntricos y mira el sol. Sus ojos miran el sol sin encandilarse. Es más, cuanto más lo miran, más fuertes se sienten. A sus robustos retoños, que tienen miedo de dejar el nido situado a plomo sobre el precipicio, el águila les enseña la embriaguez del vuelo, cogiéndolos uno a uno por las fuertes alas y llevándoselos consigo arriba, arriba. Embriagados de luz, ya no pueden soportar el antro en la rocas y ya sin abrigar temor por el despeñadero que está debajo de ellos, despliegan las alas y se lanzan… hacia el sol, en las alturas. Han aprendido a ser águilas. Antes eran pollitos, como los de la gansa. Ahora han aprendido a volar, a no tener qué conocer la suciedad y el lodo, a vivir de sol, a vivir en la soledad.

¡Oh, pequeños hombres que no conocéis las maravillas de mi creación o que las conocéis muy mal, por lo que os las enseño!, el águila se comporta de este modo para hacer que sus pollitos se conviertan en aguiluchos. Y cuando los ve ávidos de azul y de sol, los deja, aunque sigue vigilándolos siempre, como hago Yo contigo.

Por instinto y por deseo, las crías despliegan las alas. El instinto es el de sostenerse: han intuido que esos largos apéndices que papá y mamá mueven y que ellos no han abierto nunca, sirven para sostenerse en ese hermoso azul. Y, por eso, ceden al deseo de imitarlos y de sumergirse en ese azul que siempre lleva arriba, ese azul que parece un muro y que no es más que aire, cada vez más puro.

El águila adulta, a mayor altura, los observa. Y si alguno, más cansado o más débil, tras un breve vuelo cede y se precipita, también ella se precipita, lo aferra, lo salva, lo vuelve al nido y lo corrobora más que a otros, para que esté listo para el nuevo vuelo al día siguiente. Y prosigue de este modo hasta que les muestra las cimas donde es hermoso vivir solos, a la manera de un rey, para convertir cada una de ellas en un reino absoluto, en el que el rey y la reina se amen en torbellinos de luz y de alas.

¿Acaso es diferente lo que hago contigo?

La oración es un vuelo de águila. La devoción es el temblor desordenado de las pequeñas alas del mosquito que, trabajosamente, se apodera del regazo de una flor para gozar su migaja de sol.

Te tomo cuando te quiero y te llevo conmigo. Ahora te deposito. ¿Estás cansada? Descansa. Dime sólo que me amas. Me basta. Y prepárate para el nuevo vuelo. ¿No comprendes que soy tu Señor, tan absoluto que puedo quererlo todo?>>

Es la hora santa de Jesús.

I.

<<"Si no te lavo, no tendrás parte en mi Reino"[60].

¡Oh, alma que amo y todos vosotros a quienes amo!, oíd. Soy Yo quien os habla, porque quiero pasar esta hora con vosotros.

Yo, Jesús, no os alejo de mi altar aunque llegáis a él con el alma herida por llagas y enfermedades o envuelta en lianas de pasiones que mortifican vuestra libertad espiritual y os entregan, maniatados, al poder de la carne y de Lucifer, su rey.

Yo sigo siendo, siempre, Jesús, el Rabí de Galilea, ése a quien los leprosos, los paralíticos, los ciegos, los obsesos, los epilépticos, llamaban a gritos diciendo: "Hijo de David, ten piedad de mí". Yo sigo siendo, siempre, Jesús el Rabí que tiende la mano al que está ahogándose y le dice: "¿Por qué dudas de Mí?"[61]. Yo sigo siendo, siempre, Jesús, el Rabí que le dice a los muertos: "Levántate y anda. Lo quiero. Sal de tu sueño de muerte, sal de tu sepulcro y camina"[62] y os devuelvo a quien os ama.

¡Oh, mis dilectos! ¿Quién os ama? ¿Quién os ama con amor verdadero, con amor sin egoísmos, con amor inmutable? ¿Quién os ama con un amor desinteresado, un amor sin avaricias, cuya única meta es daros lo que

[60] Juan 13, 8.
[61] Mateo 14, 31.
[62] Mateo 5, 41; Lucas 7, 14; 8, 54; Juan 11, 43.

ha acumulado para vosotros y deciros: "Toma. Es todo tuyo. Todo esto lo he hecho para ti, para que sea tuyo y lo disfrutes". ¿Quién ama así? Es el Dios eterno. A Él os devuelvo, a Él, que os ama.

Yo no os alejo de mi altar, porque ese altar es mi cátedra, es mi trono, es la morada del Médico que cura todos los males. Desde aquí os enseño a tener fe. Desde aquí Yo, que soy el Rey de la Vida, os dono la Vida. Desde aquí me inclino sobre vuestras enfermedades y las curo con el soplo de mi amor.

Y hago aún más, ¡oh, hijos! Bajo de este altar y vengo hacia vosotros. Heme aquí en el umbral de estas moradas mías en las que entran muy pocos y los que entran con segura fe son aún menos. He aquí que, como figura de paz, me asomo a vuestras calles, por donde transitáis abatidos, envenenados, consumidos por el dolor, por el interés, por el odio. He aquí que os tiendo las manos porque os veo vacilar, cansados bajo el peso de los pesados bloques que os habéis impuesto y que han tomado el lugar de esa cruz que Yo había depositado en vuestras manos para que os sirvieran de sostén, como lo es el cayado para el peregrino. Heme aquí para deciros: "Entra. Descansa. Bebe", porque os veo exhaustos y sedientos.

Mas vosotros no me veis. Pasáis a mi lado, tropezáis conmigo –a veces por animosidad, a veces porque está ofuscada vuestra vista espiritual-, algunas veces me miráis. Pero sabéis que estáis enlodados y no osáis acercaros a mi candor de Hostia divina. Sin embargo este Candor sabe compadecerse de vosotros. Conocedme, ¡oh, hombres que desconfiáis de Mí porque no me conocéis!

Oíd. He querido abandonar la Libertad y la Pureza, que son la atmósfera del Cielo, y descender a esta cárcel vuestra, a este aire impuro, para ayudaros *porque os amo.* Y he hecho más aún: me he privado de mi libertad de Dios y me he convertido en esclavo de una carne. El espíritu de Dios fue encerrado en una carne, el Infinito fue encerrado en un puñado de músculos y huesos, obligado a oír las voces de esta carne atormentada por el frío y el sol, por el hambre, la sed, el cansancio. Podía haberlo ignorado todo. He querido conocer las torturas del hombre degradado de su trono de inocente, *para amaros más.*

Y todavía no me bastó. Como para compadecer hay que padecer lo que padece el que ha de ser compadecido, he querido sufrir el asalto de todos los sentimientos, para experimentar vuestras luchas, para comprender la astuta tiranía que Satanás inocula en vuestra sangre, para entender lo fácil que es quedar hipnotizados por la serpiente si se posan los ojos por un solo momento en su mirada hechicera, olvidándose de vivir en la luz, pues en la luz la serpiente no vive. Ella ocupa los lugares sombríos y recónditos, que parecen relajantes y, en cambio, son tan solo insidiosos. Estas sombras tienen un nombre para vosotros: mujer, dinero, poder, egoísmo, sensualidad, ambición; os eclipsan la Luz, que es Dios. En medio de estas sombras está Satanás, la Serpiente. Parece un precioso collar, pero en cambio es la soga que sirve para estrangularos. He querido conocer esto *porque os amo.*

Y todavía no me bastó. En realidad, a Mí me habría bastado. Mas la Justicia del Padre podía decir a su Carne: "Has triunfado sobre la insidia. Pero el hombre-carne como Tú, ahora no sabe triunfar y, por eso, ha de ser castigado, pues Yo no puedo perdonar al que está enlodado". Yo cargué con vuestras inmundicias; las pasadas, las presentes, las futuras, todas. Cuando, por estar abismado en el pecado del mundo entero, Yo no osaba levantar los ojos para buscar el Cielo, estaba peor que Job[63], sumergido en un pútrido estercolero para ocultar sus llagas. Yo gemía sintiendo pesar sobre Mí el resquemor que el Padre había acumulado por siglos, consciente de las culpas que vendrían, un diluvio de culpas sobre la Tierra, desde su alba hasta su noche; un diluvio de maldiciones sobre el Culpable, sobre la Hostia del Pecado.

¡Oh, hombres! Yo era más inocente que un niño al que la madre besa al regreso del bautismo. Y el Altísimo tuvo horror de Mí porque Yo era el Pecado, ya que había cargado sobre Mí todo el pecado del mundo. Sudé por la repugnancia. Sudé sangre por la repugnancia de esta lepra en Mí, que era el Inocente. La sangre me quebró las venas en la repulsión de ese hediondo estanque en el que estaba sumergido. Y para cumplir esta tortura, para exprimir la sangre de mi corazón, se sumó la amargura de ser un maldito, porque en esa hora Yo no era Verbo de Dios sino Hombre: era *el Hombre, el Culpable.*

¿Cómo puedo no comprender vuestro desaliento Yo, que lo probé? ¿Cómo puedo no amaros porque estáis desalentados? *Os amo propiamente por eso.* Me basta recordar esa hora para amaros y llamaros:

[63] Job 2, 8.

"¡Hermanos!". Sin embargo, no basta llamaros de este modo para que el Padre pueda llamaros "Hijos". Mas Yo quiero que os llame así. ¿Qué hermano sería si no quisiera que estuvierais conmigo en la Casa del Padre?

Por lo tanto os digo: "Venid para que os lave". Nadie está tan enlodado que no pueda limpiarle mi ablución. Nadie es tan puro que no tenga necesidad de mi baño. Venid. Ésta no es agua. Hay fuentes milagrosas que sanan las llagas y las enfermedades de la carne. Mas ésta es más que ellas. Esta fuente mana de mi pecho.

He aquí el corazón desgarrado de donde brota el agua que lava. Mi Sangre es el agua más limpia de la creación. Ella anula las dolencias y las imperfecciones. Y vuelve cándida e integra vuestra alma, digna del Reino.

Venid. Dejad que os diga: "¡Yo te absuelvo!". Abridme vuestro corazón. En él están las raíces de vuestros males. Dejadme que Yo entre en él. Dejad que Yo desate vuestras vendas. ¿Os dan repugnancia vuestras llagas? Vistas en mi luz, os aparecen como son: llagas en que pululan asquerosos gusanos. No las miréis. Mirad las mías. Dejadme obrar. Mi mano es ligera. Sentiréis solamente un beso y una lágrima. Y todo quedará purificado.

¡Oh, qué hermosos seréis entonces, alrededor de mi altar! Seréis ángeles entre los ángeles del Tabernáculo. Y mi Corazón recibirá un enorme júbilo, porque Yo soy Salvador y no desprecio a nadie. *Mas, soy también el Cordero que se deleita entre los lirios y gozo al verme circundado de candor, porque he cobrado vida y he dado vida para haceros cándidos.*

¡Oh, ya veo que el Padre sonríe, que el Amor os hace resplandecer con sus fulgores, porque ya no estáis manchados por el pecado!

Venid a la fuente del Salvador. Que mi Sangre descienda en el ánimo contrito y que una voz, en la que resuena la mía, diga: "Yo te absuelvo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo">>.

II.

<< "Uno de vosotros me traicionará"[64]

¡Uno de vosotros! Sí, en la proporción de uno a doce, uno de vosotros me traiciona.

Cada traición es más penosa que un lanzazo. Mirad el Cuerpo de vuestro Redentor. De la cabeza a los pies es todo una herida. La flagelación hace horrorizar a quien medita y agoniza a quien la padece. Mas fue un suplicio de una sola hora. Vosotros, los que me traicionáis, me flageláis el Corazón. Hace siglos que lo hacéis.

Os amé. Os amo. Os compadezco. Os perdono. Os lavo, me privo de mi Sangre para haceros con ella un baño purificador. Y vosotros me traicionáis.

Soy el Verbo de Dios. Estoy en la gloria del Cielo. Mas en este Cielo estoy no sólo como espíritu. También estoy como Carne. La carne tiene sentimientos y afectos. ¿Por qué queréis renovar para Mí, continuamente, ese fuego que corroe, ese fuego que denota la cercanía de un traidor? ¿El Cielo está tan lejos? No lo está, ¡oh, hijos que me traicionáis! Yo estoy cerca de vosotros. *Yo estoy entre vosotros.* Y vosotros me abrasáis con la llamarada de vuestra traición.

Voy mirando entre las diversas clases de personas, en busca de un consuelo. Y en cada una de estas clases encuentro miradas y más miradas de traidores. ¿Por qué me traicionáis? Yo estoy entre vosotros para procuraros el bien. ¿Por qué queréis hacerme mal? Yo os traigo mis dones. ¿Por qué arrojáis contra Mí lacerantes serpientes? Yo os llamo: "Amigos". ¿Por qué me respondéis: "Maldito"? ¿Qué os he hecho? ¿Qué hombre conocéis que sea más paciente y bueno que Yo?

Observad. Cuando sois felices, nadie os abandona. Mas, si lloráis, si la riqueza os abandona, si por una enfermedad os volvéis contagiosos, entonces ya todos se alejan de vosotros. Yo me quedo. Es más, justo en ese momento Yo os acojo, porque en ese momento venís. Ya no tenéis a nadie con quien hablar y llorar, y entonces os acordáis de Mí. Y Yo os digo: "Vete, no te conozco". En efecto, podría decirlo porque, mientras erais ricos, sanos y felices, nunca habéis venido a decirme: "Soy rico, sano y feliz, te lo agradezco".

[64] Mateo 26, 21; Marcos 14, 18; Lucas 22, 21-22; Juan 13, 21.

Pero no, no pretendo ni siquiera esto *de quien no es un gigante de amor*. No pretendo un "gracias". Me bastaría que me dijerais: "Soy feliz". Me bastaría que me dijerais, que no me considerarais *un extraño para vosotros*, que recordarais *que estoy también Yo*, que tuvierais *un pensamiento para este Jesús.* "Gracias" lo diría Yo por vosotros a Dios, que es mi Padre y el vuestro. En cambio, no venís nunca. Por eso podría decir: "No os conozco". En cambio, os acojo con los brazos abiertos y digo: "Ven, lloraremos juntos".

Observad. *Estoy en la cárcel,* en una de esas celdas pequeñas donde uno se siente humillado, sentado en el mismo camastro del forzado y le hablo de una libertad más verdadera de la que está más allá de estas cuatro paredes, de una libertad que ya no teme ser ofuscada por culpas que merecen castigo. Sin embargo, ese prisionero es uno que me traicionó al ofender mi ley de amor. Puede que haya matado. Puede que haya robado. Mas ahora me llama. Y aquí estoy con él. El mundo le desprecia, Yo le amo. Llamé: "Amigo" al que me mataba, al que me robaba la vida[65]. Puedo llamar "amigo" a este infeliz que vuelve a Mí.

Estoy junto a los enfermos, como una llama de amor. En sus fiebres sienten mi caricia; en su sudor, mi sudario; en sus languideces, mi brazo que les sostiene; en sus angustias, mi palabra. Y, sin embargo, muchos están enfermos porque me han traicionado, al traicionar mi ley. Han sido siervos de la carne. Y la carne, fiera enloquecida, se ha dado a la perdición y les pierde, ahora, también en la vida. Aún así, Yo soy el Único que no se cansa del mal que les atormenta y velo con ellos, sufro con ellos, sonrío ante sus esperanzas y, tan pronto como el Padre lo desea, los convierto en realidad. Pero si veo que el veredicto es fatal, me dirijo a este hermano mío, que tiembla ante el misterio de la muerte y que me llama, y le digo: "No temas. Crees que la muerte es tiniebla: en cambio *es luz.* Crees que es dolor: en cambio, *es júbilo.* Dame tu mano. Conozco la muerte. La conocí antes que tú. *Sé que es un instante y que Dios, de modo sobrenatural, ayuda a atenuar la sensibilidad para no abatir el alma en la lucha extrema.* Confía. Mírame a Mí, sólo a Mí… ¿Ves? Ya has pasado el umbral. Ahora ven conmigo hacia el Padre. Y tampoco ahora temas., Yo estoy contigo. El Padre ama al que amo".

Estoy en las casas desiertas. Antes resonaban por jubilosas voces. Pasó la muerte o la miseria. El sobreviviente merodea, solo. Los amigos huyeron. Los seres queridos están lejos, ya sea por su trabajo o porque murieron. El sol brilla en el cielo, pero para el sobreviviente todo es tinieblas. Hay paz en el aire nocturno, pero para el sobreviviente no existe el descanso. Sin embargo, en esa casa muchas veces me traicionaron, convirtiendo a las criaturas en dioses. Se idolatró a las criaturas, traicionando mi ley. Mas Yo entro en esas casas para poner un rayo de luz en las tinieblas, para infundir paz donde rige la tempestad. Ese sobreviviente me está llamando… Quizás lo haya hecho distraídamente… quizás no haya tenido verdadera intención de recibirme. Mas Yo voy sin tardar.

¡Oh! Sólo pido estar con vosotros. Cuando me llamáis: "¡Jesús!", se borran todos los recuerdos de los errores cometido en el pasado.

¡Mas, no azotéis mi Corazón! Ya está abierto y desangrado. No envenenéis mi herida. A los que han entendido mi dolor por la traición que sufrí, les digo: "Uno de vosotros me traicionará. Dadme como bálsamo vuestro amor fiel". Se los digo a todos: a los santos que son mis predilectos en cuanto Dios; a los pecadores, que son mis predilectos en cuanto Jesús, pues también los pecadores por quienes me convertí en *Jesús*, pueden mitigar esta herida.

¿Sois samaritanos? Ya lo sé. Mas mi parábola cuenta de un buen samaritano que mitiga las heridas que no han medicado los hijos de la Ley, que pasaron sin detenerse, absortos en su prisa de servir a Dios[66], sin saber que a *Dios se sirve más amando que obrando.*

Yo soy el Herido que desfallece por vuestras calles. Los salteadores me han agredido y despojado. *Los salteadores,* es decir, los que gozan indignamente de mi sacrificio de Dios que se hace carne. *Me despojan* al negar con sus múltiples herejías mis atributos. Desnudan la Verdad, porque codician esas vestiduras relumbrantes, mas no saben que ellas relumbran porque las lleva puestas El que es un Sol; no saben que, en cambio, en poder de ellos, cubiertas por la baba de su mente altiva, se convertirán en un andrajo. *La Verdad*

[65] Mateo 26, 50.
[66] Lucas 10, 29-37.

es verdad y con su luz lo ilumina todo cuando se difunde junto con Dios. Separada de Él, se convierte en lenguaje babélico. La Verdad, pues, es Ciencia y Sabiduría pero, alejada de Dios, *se convierte en caos.*

Aunque seáis samaritanos, medicadme. Dadme vuestro óleo y vuestro vino: *el óleo es el amor, el vino la contrición de vuestro yo.* Medicadme. No os dañaré. Que os hable la pecadora que unge mis pies cansados y que os diga si Yo desprecio al pecador[67].

Mas no me traicionéis nunca más. Id y no pequéis más. Os lo perdono todo *si todo en vosotros me ama.* Dadme un beso sincero. Mi mejilla está abrazada por el beso de los traidores. Medicadla con el beso de la felicidad>>.

III.

<<"Amaos los unos a los otros como Yo os amé"[68].

Os amé desde la cuna hasta la Cruz, desde Belén al Monte de los Olivos.

El frío y la miseria de mi primera noche en el mundo no me impidieron amaros con mi espíritu y, aniquilándome a Mí mismo hasta no poder deciros Yo, que soy el Verbo, "Os amo", os dije esas palabras con mi espíritu, inseparable del espíritu del Padre y operante con él en una actitud inagotable.

La agonía de mi última noche en la Tierra no me impidió amaros; es más, ella alcanzó las cumbres más altas del amor. Es más, se abrasó en el incendio más vivo. Es más, consumió todo lo que no era amor hasta exprimir la sangre de mis venas, junto con la repulsión por el pecado y el dolor por el abandono paterno.

¿Qué amor puede ser más grande que el que sabe amar aun cuando se sabe odiado? Yo os amé así. El primer gesto de mis manos fue una caricia. El último fue una bendición. Y entre estos dos gestos –el primero, nacido en la oscuridad de una noche de invierno y el último en el esplendor de una ardiente mañana de verano- hubo treinta y tres años de gestos de amor, que traducían otros tantos arrebatos de amor, un amor expresado en milagros, amor concretado en caricias a los niños y a los amigos, amor de maestro, amor de benefactor, amor de amigo, amor amor, amor…

Y amor más que humano en la última Cena. Antes de ser atadas y traspasadas, estas manos mías lavaron los pies de los apóstoles –también de aquel al que habría querido lavar el corazón- y partieron el pan. *Y, con este pan, me partía también el Corazón y os lo daba*, porque sabía que estaba próximo mi retorno al Cielo y no quería dejaros solos; porque sabía que os es fácil olvidar y quería que os vierais sentados a una única mesa, sentados en torno a mi mesa, para deciros recíprocamente: "¡Somos de Jesús!".

¿Qué amor puede ser más grande que el que sabe amar a quien le tortura? Y, sin embargo, Yo os amé así y supe rezar por vosotros mientras estaba muriendo.

Amaos como Yo os amé. *El odio extingue la luz. Aun el simple resentimiento ofusca la paz. Dios es paz, es luz, porque Dios es amor.* Mas si no amáis y si no amáis como Yo os amé, no podréis poseer a Dios.

Amaos como Yo os amé; por lo tanto, amaos *sin soberbia.* De este tabernáculo, de esta cruz, de este corazón, brotan sólo palabras de humildad. Soy Dios y soy vuestro Siervo y estoy aquí esperando que me digáis: "Tengo hambre" para darme a vosotros como Pan. Soy Dios y me presento a vuestros ojos sobre un madero que fue un infame patíbulo, desnudo y maldito. Soy Dios y os ruego que améis mi Corazón. *Os lo ruego* por amor vuestro pues si me amáis, os hacéis bien a vosotros mismos. Yo soy Dios. Con vuestro amor o sin él, siempre sigo siendo Dios. Mas no es lo mismo para vosotros: *sin mi amor no sois nada, sois polvo.*

Os quiero junto a Mí. Os quiero aquí. Quiero hacer de vuestro polvo una luz de bienaventuranza. No quiero veros morir, quiero que viváis, porque soy la Vida y quiero que vosotros tengáis la Vida.

Amaos sin egoísmo. De lo contrario, sería un amor impuro, destinado a morir por ser malsano. Amaos deseando para los demás *un bien mayor que el que deseáis para vosotros mismos.* Sé que es muy difícil. Mas, ¿veis este Pan eucarístico? Él forjó mártires. Eran criaturas como vosotros: temerosas, débiles y también viciosas. Este Pan hizo héroes de ellas.

[67] Lucas 7, 36-50.
[68] Juan 13, 34.

En el primer punto os he indicado mi Sangre para vuestra purificación. En el tercer punto os indico esta Mesa y este Pan para hacer santos de vosotros. Por la sangre os habéis convertido de pecadores en justos. El Pan, de justos os hará santos. Un baño purifica pero no alimenta. Refresca, tonifica, pero no se hace carne en la carne. En cambio, el alimento se convierte en sangre y carne, se convierte en vosotros mismos. *Mi Alimento se convierte en vosotros mismos.*

¡Oh, pensad en esto! Observad a un niño pequeño. Come su pan hoy y también mañana y pasado mañana y así sigue por días y días y días. Y helo ahí hecho hombre; alto, robusto, bello. ¿Es que le ha hecho así su madre? No: su madre le concibió, le llevó en sí, le dio a luz, lo amamantó y le amó, le amó, le amó infinitamente. Mas si, después de la leche, el pequeño no hubiera tenido más que baños, besos y amor, se habría muerto de inedia. El pequeño se hace hombre porque se nutre con un alimento de adulto. El hombre es tal porque consume diariamente su alimento.

Sucede lo mismo con vuestro yo espiritual. *Nutridle con el Alimento verdadero, que baja del Cielo y que del Cielo os trae todas las energías para haceros viriles en la Gracia.* La virilidad sana y fuerte siempre es buena. Observad cuánto más fácil es que sea rudo, sin piedad ni paciencia, uno que ya es achacoso. Mi Alimento os hará sanos y fuertes en la virilidad del espíritu y por eso sabréis amar al prójimo más que a vosotros mismos, como Yo os amé.

Pues, ¡oh, hijos!, recordad que Yo os amé *no como uno ama a sí mismo, sino más bien a Mí mismo. Tanto os amé que me entregué a la muerte para salvaros de la muerte* Si llegáis a amar así, conoceréis a Dios. ¿Sabéis qué quiere decir conocer a Dios? Quiere decir *conocer el sabor del verdadero júbilo, la verdadera Paz, la verdadera Amistad.*

¡Oh, la Amistad, la Paz, el Júbilo de Dios! Es el premio prometido a los bienaventurados, pero ya le es dado al que, en la Tierra, ama con todo sí mismo.

Para ser verdadero, el amor no debe consistir en palabras; debe consistir en hechos. Debe ser activo como su fuente, que es Dios. Y no se cansa de obrar ni siquiera por las desilusiones que le llegan de los hermanos. ¡Pobre de aquel amor que cae, como un pajarito de débiles alas cuando lo lastima un obstáculo! Aunque esté herido, *el verdadero amor sube*. Si ya no puede volar, se trepa con las uñas, con el pico, para no yacer en la sombra y el hielo, para estar al sol, que es la medicina para todos los males. Y, tan pronto como se recobra, retoma el vuelo y va de Dios a los hermanos y de éstos a Dios, como una angélica mariposa que transporta el polen de los jardines celestes para fecundar las flores terrenas y lleva a Dios los perfumes que arrebata a estas humildes flores para que Él los acoja y los bendiga.

Mas ¡ay si se aleja del sol! *El sol es mi Eucaristía porque en Ella está el Padre que bendice y el Espíritu que ama, mientras que Yo, que soy el Verbo, obro.*

Venid y tomad. Éste es el Alimento que os pido *ardientemente* que consumáis>>.

IV.

<< "Si permanecéis en Mí y mi doctrina permanece en vosotros os será dado lo que pedís"[69]

Yo desciendo en vosotros y me convierto en vuestro alimento. Mas, como soy el Centro, os aspiro hacia Mí. Vosotros os nutrís de Mí mas, aún con más razón, Yo me nutro de vosotros. Las dos hambres son insaciables y continuas. La vid alimenta sus vástagos, mas los vástagos son los que forman la vid. El agua alimenta los mares, mas los mares son los que alimentan el agua al ascender por la evaporación para volver a bajar. Por eso, vosotros tenéis qué permanecer en Mí como Yo con vosotros. Si nos separáramos, Yo no moriría, pero vosotros sí.

Yo soy alimento para el espíritu y alimento para el pensamiento. *El Espíritu se nutre de la Carne de un Dios. Siendo una esencia derramada por Dios, no puede recibir alimento sino de lo que es su matriz.* El pensamiento se nutre de mi Palabra, que es el Pensamiento de un Dios.

[69] Juan 15, 7.

¡Vuestro pensamiento!: la inteligencia es lo que os hace semejantes a Dios porque *en la inteligencia está la memoria, el intelecto y la voluntad,* así como existe la semejanza en el espíritu por ser *espíritu, libre, inmortal.*

Para poder ser capaz de *recordar, entender, querer el bien,* vuestro pensamiento, *debe ser nutrido por mi doctrina.* Ella os recuerda los beneficios y las obras de Dios, os recuerda quién es Dios y todo lo que se debe a Dios. Ella os hace comprender el bien y os lo hace diferenciar del mal. Ella os lleva a *querer* hacer el bien. Sin mi doctrina, os convertís en esclavos de otras, que se dan el nombre de "doctrinas" pero que son teorías erróneas. Y, por eso, vosotros naufragáis como naves sin brújula ni timón; vosotros os apartáis de la ruta. Y entonces, ¿cómo podéis decir: "Dios me ha abandonado", cuando sois vosotros los que Le habéis abandonado?

Permaneced en Mí. Si no permanecéis, significa que me odiáis. Y mi Padre odia a quien me odia, porque quien me odia, odia al Padre, *ya que Yo soy uno solo con el Padre.* Permaneced en mí. Haced que el Padre no pueda distinguir el sarmiento de la vid, por estar el sarmiento unido a ella como una sola cosa. Haced que el Padre no pueda entender dónde termino Yo y comenzáis vosotros, por ser tan total la semejanza. El que ama termina por tomar las inflexiones y los gestos de la persona amada.

Yo quiero que vosotros seáis otros tantos Jesús. Quiero que sea así porque quiero que obtengáis todo lo que pedís (y si estáis fundidos conmigo, no podéis pedir más que cosas buenas) *sin sufrir rechazos. Y quiero que sea así porque quiero que tengáis aún más de lo que pedís,* porque el Padre esparce sus tesoros sobre su Hijo en un continuo flujo de amor y el que está en el Hijo goza de esta infinita efusión, que es el amor de Dios que se alegra en su Verbo y circula en Él. Ahora Yo soy el Cuerpo y vosotros los miembros y, por eso, el Júbilo que me inunda y que proviene del Padre, la Potencia, la Paz y toda otra perfección que circula en Mí, se infunde en vosotros, ¡oh, mis fieles, que sois una parte de Mí, una parte inseparable aquí y aun más allá!

Venid y pedid. No tengáis miedo de pedir. Podéis pedirlo todo porque Dios puede darlo todo. Pedid por vosotros y por todos. Yo os lo he enseñado. Pedid por los presentes y por los ausentes. Pedid por los que pasaron, por los presentes, por los que vendrán. Pedid por vuestra jornada actual y por vuestra eternidad y por la jornada y por la eternidad de quien amáis.

Pedid, pedid, pedid. Pedid por todos; por los buenos, para que Dios les bendiga; por los malvados, para que Dios les convierta. Decid conmigo: "Padre, perdónales"[70]. Pedid la salud, la paz en la familia, la paz en el mundo, la paz por la eternidad. Pedid la santidad. Sí, pedid también ésta. *Dios es el Santo y es el Padre. Pedidle, unida a la vida que os mantiene, también la santidad a través de la Fuerza que llega de Él.*

No tengáis miedo de pedir *el pan cotidiano, la bendición cotidiana. N*o sois completamente cuerpo, no sois aún completamente espíritu. Pedid por esto y por aquello y os será dado. No tengáis miedo de osar demasiado. Yo he pedido para vosotros mi misma gloria; es más, os la he dado para que seáis semejantes a Nosotros, que os amamos, y para que el mundo sepa que sois hijos de Dios.

Venid. En mi Corazón está vuestro Padre. Entrad para que Él pueda reconoceros y decir: "Que se celebre una gran fiesta en el Cielo, porque he vuelto a encontrar a un hijo al que Yo amaba"[71]>>.

Dice Jesús: <<Te he complacido. He hablado siempre Yo. He querido que hablara mi eucarística Voz. Conservadla como un regalo mío. Te bendigo y bendigo a todos los que la escuchen>>.

15 de junio de 1944

Hoy, días 15, vuelvo a leer la Hora santa que me dictó ayer y Jesús me dice:

<<A los que siempre se permiten hacer objeciones acerca de mis palabras les digo que, si no las entienden, estudien teología. Ellas corresponden a lo que enseña la teología.

[70] Lucas 23, 34.
[71] Lucas 15, 11-32.

Y en cuento a la frase: "El espíritu es una esencia derramada por Dios" (que seguramente, les molestará), que piensen que el alma es "un soplo infundido por Dios". Privados del alma, vosotros sois *cadáveres*.

Que vayan a leer el Génesis. Allí dice: "El Señor Dios formó al hombre con el fango de la tierra e *insufló en su rostros el soplo de la vida"*[72] Y que no me digan: "Lo hizo para darle vida". No es así. Para dar vida a los animales domésticos o salvajes, cuadrúpedos, reptiles, peces o aves, no tuvo necesidad de insuflarles "el soplo vital". Los creó y basta. *El soplo de Dios es el alma, el alma que es vida.* Es el respiro del Espíritu de Dios, que se convierte en espíritu vital en el hombre.

Que vayan a leer también los Evangelios. ¿Con qué creéis que Yo daba vida a los muertos? ¿La daba acaso con la mano, o con la voz? No, no era así. Se las daba infundiendo mi respiro que, por ser de Dios, era vital, es decir, espiritual, *era alma*. Me inclinaba sobre los muertos, les tomaba la mano y les ordenaba: "Levántate"[73]. Sí, hacía así, mas ese era el gesto exterior y visible. Mientras me inclinaba, soplaba en su rostro el espíritu, la efusión de mi espíritu, y volvía la vida.

Y si los que se permiten hacer objeciones a mis palabras, me dicen refiriéndose a la resurrección de Lázaro[74]: "Tú no te acercaste a Lázaro", Yo les respondo: "Por eso en este milagro *invoqué la ayuda del Padre* y -¡sabedlo, hombre!- para obtenerla sin falta, *le agradecí aún antes del milagro* por haberme escuchado: 'Padre, te agradezco que me hayas escuchado. Sé que Tú me escuchas siempre, pero lo digo para el pueblo que me rodea, a fin de que crea que Tú me has enviado'". *Es una fe segura, un pronto reconocimiento; más aún, un reconocimiento anticipado, prueba de una fe segura.* Para Lázaro, que está enterrado en el sepulcro, que está lejos de Mí, más allá del espacio, de las vendas, de la podredumbre, *se necesita la efusión vital de Dios.* Y entonces, la vida regresa.

Que lean también el Libro III de los Reyes, en el capítulo 17[75]. ¿Qué hace el profeta Elías para volver a la vida al hijo de la viuda de Sarepta? Se extiende por tres veces sobre el pequeño muerto y clama a Dios, pero también *inspira en el muerto el espíritu que se había hecho potente, con una potencia vital, por la plegaria dirigida a Dios.* Elías, que es un profeta, es decir, un siervo de Dios, pero que no es ni Dios ni Hijo de Dios, tiene qué repetir tres veces la plegaria y el soplo, pero cada vez infunde *un respiro, un respiro espiritual.*

¿Acaso no dice el Libro: "No queráis asemejaros a las bestias, cuya vida está en las narices"[76]? Quiere decir que la Vida no está en la respiración, sino en lo íntimo, en un punto secreto, desde el que se difunde por todo el cuerpo y también puede propagarse en latidos que ascienden al Cielo como caridad hacia Dios y que se difundan en la Tierra como caridad hacia el prójimo. Por eso es una esencia *difusa e infusa por Dios, que se nutre del alimento de Dios.*

Y en cuanto a la otra frase: "Yo he pedido para vosotros mi misma gloria; es más, os la he dado…" –una frase que por cierto, les molestará-, que tomen el Evangelio de Juan y lo abran donde está mi última plegaria antes de la Pasión[77]. Les sería motivo de salud si con ella se nutrieran cotidianamente el espíritu y se la dieran como migajas de pan al rebaño de los "pequeños" que les he confiado.

¡Oh, escribas del siglo XX, dejemos los libros y librotes! Sigamos sólo esta plegaria, esta mismísima plegaria en la que cada palabra descubre horizontes, fuentes, tesoros de salud, porque os enseña el amor, la fe, la esperanza, la fortaleza, la justicia, la prudencia y la templanza. Y si no descubren en ella tales virtudes, será difícil que acepten la lección con la que quiero mostrárselas.

Es Amor porque ésta es la nota fundamental de toda mi plegaria.

Es Fe cuando pido para los hombres los dones celestiales.

Es Esperanza cuando hablo de los que no están santificados todavía, pero que lo serán porque el Padre les santificará aun después de que Yo no sea más el evangelizador entre los hombres.

---

[72] Génesis 2, 7.
[73] Mateo 9, 25; Marcos 5, 41; Lucas 7, 14; 8, 54.
[74] Juan 11, 1-44.
[75] De acuerdo con la nomenclatura usada en ese entonces, la cita es correcta; actualmente corresponde al libro I, Reyes 17, 17-24.
[76] Es una probable alusión al Eclesiastés 3, 21.
[77] Juan 17.

Es Fortaleza porque Yo grito esta plegaria mía, que parece un himno de triunfo, en la hora en que *sé* que se prepara la tortura de la carne y el aparente fracaso de todas las esperanzas, de la fe y el amor por parte de Dios y de los hombres y en Dios y los hombres.

Es justicia cuando pido que los que no son hijos de la perdición, porque *no quisieron seguir a Satanás*, "sean una sola cosa con el Padre y conmigo". No, el que *no* quiere perecer, no perece. No perece. Y a él, que no quiere perecer, *le están reservadas la amistad y la unión con Dios*, porque el Padre y Yo somos justos y juzgamos con justicia, teniendo presente la debilidad del hombre y las circunstancias que aumentan su debilidad.

Es prudencia porque también esto contemplo en mi plegaria. No digo: "Ellos están santificados por Mí y no hace falta nada más. Estoy seguro de ellos". No; por el contrario, digo: "Santifícales en la verdad". Y rezo porque esta santificación *sea inagotable para equilibrar la inagotable y deletérea*[78] *acción de la naturaleza instigada por Satanás.*

Es templanza, en fin, cuando no oso decir: "Me sacrifico totalmente y quiero totalmente a los hombres". Así lo desearía, mas no sería justo, porque muchos de ellos *no merecen la salvación debido a su connubio con Satanás.* Y entonces, con templanza, Yo pido sólo a los que se santificarán por haber creído y vivido según la Palabra que me dio el Padre para que Yo la transmitiera a ellos. A ésos les doy la gloria que el Padre me dio. "Y Yo les he dado la gloria que me diste, para que sean uno solo con Nosotros" (Juan cap. 17, v. 22).

Esta es la frase que les parecerá una herejía de mi pequeño Juan. No lo es. Yo le protejo. Estrecho contra mi corazón y acojo en la curva de mis brazos a este "pequeño" que sabe escucharme y comprenderme porque *me ama*. ¡Oh, hombres doctos!, ésa es su fuerza; me ama y, por eso, os supera. Sois doctos como os es posible, es decir, con una sola ala concedida a vuestra ciencia, porque carecéis de la otra, dado que no poseéis una ardiente, una total caridad: sois doctos más no sois amorosos.

Esta pequeña "voz" mía, esta voz que es como la de un gorrioncillo, que sigue con las alas tendidas el vuelo del águila porque querría ir tras ella para oír su canto y repetírselo a sus compañeros, merece que la vehemente estela del vuelo real arrastre a alturas paradisíacas su pequeño ser, incapaz de volar en las alturas (pues el águila real no oprime a los pajarillos; al contrario, les hace amigos suyos aun en la prisión). Esta avecilla merece que el águila la proteja bajo sus potentes alas, la defienda de los azores y de los halcones y le permita nutrirse en la roca solitaria con las migajas que ella le va desmenuzando, porque el águila la ama.

El águila la ama mucho a esta pequeña voz. Y por eso ha vuelto a bautizarla con el nombre de "Juan", para que de este modo esté defendida no sólo por el Águila divina, sino también por el águila apostólica y aprenda de nuestro canto el suyo, y encuentre paz al amparo de nuestra fortaleza, calor por el Sol hacia el cual la arrastramos, alimento por todo lo que le damos. Yo la defiendo. Yo y Juan la defendemos.

Y cuando la avecilla ya no tenga voz y calle tras la última profesión de amor, cuando sus pequeñas alas se recojan sobre el corazón que palpitó tanto por amor y sus ojos se cierren, no por estar saciados de ver el Sol, *su* Sol, sino porque ese Sol ardiente la habrá consumido, nosotros la cogeremos y llevaremos con nosotros, más allá del límite que separa lo humano de los sobrehumano, y la posaremos en el regazo de María, al pie del trono de Dios para que, al volver a abrir las alas, la boca, los ojos, vuelva a volar, a cantar, a ver, para que vuele hacia el Sol-Dios, para que cante al Sol-Dios, para que vea el Sol-Dios.

Esto lo digo para los que "la odian sin motivo", como me han odiado a Mí.

En cambio para los que me aman y la aman, digo que les doy la Hora santa. La he dictado para muchos, pero la dedico al Padre Migliorini y a ellos, que la deseaban. No la dedico a mi pequeña voz. Ella adora perpetuamente y tiene a su Maestro, que de hora en hora le sugiere las adoraciones, teniéndola estrechada contra su Corazón.

La dedico al Padre Migliorini, que es el pequeño padre de esta pequeña voz, cuyo Padre es Dios. La dedico a Paola, que quiero que piense y sienta ahora y siempre que tiene un Padre y una Madre en el Cielo y que viva serenamente, porque la fe es un amor verdadero –y no hay amor más verdadero que el nuestro- da serenidad. La dedico a Marta, porque también ella necesita pensar que no está sola y porque, además, tendrá

[78] Deletéreo = Mortífero, venenoso.

qué pensarlo cuando "la pequeña voz" esté lejos de ella, aunque entonces, en mi seno, obrará aún más para su bien.

Os bendigo a todos>>

Cuando Jesús decía: "Yo protejo a mi pequeño Juan, le estrecho contra mi corazón, le acojo en la curva de mis brazos", he sentido que Jesús me tomaba por los hombros. Su mano derecha se apoyaba en mi hombro derecho y su mano izquierda sobre mi hombro izquierdo y me atraía a sí de este modo, permaneciendo a mi espalda y hablándome reclinado sobre mi cabellera para dictarme el resto del texto. Sentía el aliento de Jesús en mi cabeza, sentía el cosquilleo de sus largos cabellos en la sien.

¡Qué bello es estar así, bajo el manto de Jesús y contra su Corazón! Yo no veías, *sentía*.- Creo que lo vi solamente el 7 de junio.

16 de junio de 1944

6 y 30 de la mañana. Fiesta del Sagrado Corazón de Jesús.

¡Qué bueno es el Señor!

Ayer noche tenía una hora de Getsemaní. El sufrimiento moral era intenso; era tal que hasta impedía al sufrimiento físico resolverse en el cotidiano colapso, en el cotidiano sopor. ¡No tuve por cierto un colapso ayer por la noche! Por el contrario, estaba excitadísima. Jesús había liberado a su avecilla y, al no estar sostenida por sus alas de Águila, yo precipitaba, tocaba el fondo, la oscuridad, la sombría desolación.

De esta oscuridad, de todos los meandros de esta oscuridad, surgían los fantasmas de la duda sobre la verdad de lo que me está sucediendo, del temor de represalias humanas contra mí y *contra quien me dirige*, y el desaliento de encontrarme sin dirección médica ni espiritual –justo ahora que estoy cada vez más cercana a la muerte- y torturada por tales sufrimientos morales y físicos que experimento continuamente la agonía por una u otra de mis cinco enfermedades principales o por el tedio y la repugnancia de todo lo que me rodea aquí, empezando por el sacerdote, tan… diferente de como considero y deseo al sacerdote *y me angustio ante la idea de no poder gozar nunca más de la dicha de volver a mi casa…* ¡Oh, cuántas cosas pesan sobre un corazón!

La que más me atormenta era la voz que me decía: "Eres una ilusa. No te salvas y no salvas. Te pierdes. Los hombres te excomulgarán y Dios te maldecirá". ¡Pero también las otras voces torturaban!… Herían como un matorral de espinas… Sentía que la locura subía del corazón al cerebro… No era desesperación porque sentía a Jesús y le sentía como a un Amigo piadoso hacia mí. Era una inmensa desolación. Temía que fuera a terminar en delirio. Pero cuando está Jesús, puede estallar la tormenta, mas no me sumerge: en efecto, esa desolación sirvió únicamente para mantenerme despierta para hacer la hora de adoración nocturna junto con Paola y Marta.

Después, cuando ya había pasado media noche, Marta me dio su Filotea[79] para que le señalara el punto en que se encontraban las oraciones para hoy. Lo busco y encuentro la devoción al Sagrado Corazón. Miro distraídamente las notas de introducción y con un sobresalto que sepulta todos mis fantasmas atormentadores y hace surgir una enorme paz, leo acerca de la primera aparición de Jesús a Margaría María.

Sé muy poco de esta santa. Sé que era una religiosa de la Visitación, que se le apareció Jesús, que sus superiores la atacaron, que la dirigió La Colombiere[80] y que sufrió mucho. Sé solamente esto lo oí hace dos años, cuando estaba en la Acción Católica. Recuerdo que nos dijeron que Jesús se le apareció sobre un avellano. Por eso, el 1° de junio, cuando tuve la visión de la aparición de Jesús a Margarita María, naturalmente la descubrí *como la veía, pero me parecía que había un error* porque veía que el encuentro tenía lugar en el coro y no junto al avellano. Como es lógico, desconfié más que nunca de mí misma. Pues

[79] Se trata del "Manual de Filotea" del sacerdote milanés Giuseppe Riva, sin indicaciones de lugar y fecha

[80] Se trata de Claudio de la Colombiere, sacedote de la Compañía de Jesús, beato (1641-1682).

bien, para consolarme, Jesús hizo que ayer por la noche encontrara en ese libro, que no es mío y que no uso nunca porque… no me gusta, la descripción de la aparición tal como la vi, idéntica hasta en los detalles.

Algunos dirán: "¡Qué nimiedades!". ¡Que hagan la prueba de ponerse en mi lugar y en mi estado, para poder comprender si son o no nimiedades! Para mí fue como un golpe de timón que me apartó de la tempestad y me volvió al puerto. El Águila me cobijó otra vez bajo sus alas y quedó sólo el atroz sufrimiento físico. Pero eso no me da miedo.

Pienso lo mismo en que pensaba ayer: en la posible hostilidad enemiga, hacia mi misión, en que no tengo junto a mí a un verdadero sacerdote, en que quizás no vuelva a ver mi casa, en que me siento morir en este lugar que, para mí, es completamente perjudicial… Pero pienso en todo esto en los brazos de Jesús y entonces… no me siento enloquecer.

Es cierto que mi pobre cabeza es como una bola de vidrio soplado colgada del hilo de una telaraña. El más leve choque puede quebrar para siempre mi razón. Sometida desde hace demasiado tiempo y por demasiadas cosas a continuos embates. Pero quiero mantener la esperanza. Digo como el beato Eymard[81]: "Oh, Señor mío, haced que yo espere aun contra toda posibilidad de esperanza. Hacedlo todo por mí, porque me falta en absoluto el apoyo humano y me envuelven las tinieblas más densas".

20 de junio de 1944

Dice Jesús:

<<Ven que quiero hacerte contemplar las estrellas para hacerte olvidar de los hombres, que siempre son fieras dispuestas a herir a los que, entre ellos, son menos hombres; para hacerte olvidar de los hombres que, aunque no son malvados en el sentido cabal de la palabra, siempre están listos para morder el alma –cuando no las carnes- de los que, siendo "míos", son los menos indicados para devolver mordisco por mordisco y uñazo por uñazo.

Quería llevarte a contemplar las estrellas ayer por la noche. Pero estabas tan herida, que lo único que podías hacer era llorar y sufrir sobre mi corazón y, por eso, sobre él dejé, sin imponerte más agobio que el que no dependía de Mí sino de la cruel humanidad.

Ahora observa y deduce conmigo.

¿Ves cuántos astros resplandecen en el apacible terciopelo del cielo nocturno? Los hay a millones. Parece que su luz expresa palabras misteriosas. Como Hombre, Yo me abstraía en la contemplación de las estrellas en las noches solitarias. Me sumergía con la mirada, pero sobre todo con el alma, en esos cuadros de luz y pasaba de flor en flor comparando el tamaño y los colores de esas corolas estelares y la belleza de un titilar. Y me agradaba pensar que, al igual que las flores en los campos y los jardines, ordenando suavemente por la brisa del alba o del ocaso, se transmiten palabras hechas de perfumes, del mismo modo allá arriba, de astro a astro se transmitían palabras hechas de luz y que cada intermitencias de su titilar, cada rayo de luz más vivo o cada fulgor más prolongado, correspondían al punto en una frase, a la aprobación de una pregunta, al discurso de un orador apasionado y, todo ello, como una alabanza a la magnificencia de Dios.

¡Oh, las estrellas, tan lejanas y tan vecinas!, pues están a millones y millones de kilómetros, volando como pájaro de fuego por los ilimitados campos del cielo y, sin embargo, lo bastante visibles al ojo del hombre para decirle: "Cree en Dios. También nosotros somos una prueba de su existencia". En algunas noches parecen tan cercanas que se diría que sin mucho esfuerzo se les puede alcanzar, se les puede tocar. Y, sin embargo, sería necio el que pretendiera hacerlo, aun subiendo a las cumbres más altas del globo. El hombre no puede verlas más cercanas y tanto menos alcanzarlas, ya sea que las contemple desde la llanura más rasa o que leve su mirada hacia ellas desde las cimas de las montañas asiáticas –donde hasta el águila vive con dificultad porque el aire está enrarecido a causa de la excesiva altura- o que se eleve aún más con uno de esos medios que dan prueba de la inteligencia humana, mas que sabéis poner sólo al servicio de la barbarie, por lo que lo manchái s de odio infernal. Cuanto más el hombre se eleva, tanto más ella se hunde en

[81] Se trata de Pedro Julián Eymard, apóstol de la Eucaristía y ahora santo (1811-1868).

el éter y palpitan, palpitan diciendo: "Nosotras, las hijas de Dios, no estamos hechas por ti, porque tú nos contaminas con tu humanidad degradada. Nosotras, las criaturas de Dios, somos sólo una chispa de ese océano de luz que es el Reino de Dios. Para alcanzar el verdadero Astro, para conocer su Luz, debes despojarte de todo lo humano. De este modo conocerás a Dios (pues Él se revela a quien le ama y en el amor consume a sí mismo-hombre y hace reinar a sí mismo-alma) y luego, tras esta breve vida, le poseerás por la vida eterna. Nosotros, los astros milenarios conoceremos la muerte. Vosotros, si os convertís en hijos de Dios, no la conoceréis".

Ves, María, cómo os ama Dios, cómo te ama. Escríbelo claramente y subráyalo para verlo bien. He aquí *cómo te ama Dios.* Ningún hombre, con ningún medio, puede alcanzar aun la estrellita más cercana a la Tierra, la que brilla más humildemente. Mas Dios te concede que le alcances, que le conozcas, que te sumerjas en su Fuego; te lo concede porque te ama y porque le amas. Y tienes qué considerar que la distancia entre la Tierra y las estrellas es menor que la que se extiende entre las estrellas y el trono de Dios. Las estrellas son el inmenso pavimento de la Ciudad celeste; en verdad, más que el pavimento son sus cimientos. Arriba, más arriba, mucho más arriba, a una altura inconcebible porque no corresponde a medidas humanas, está el Reino bienaventurado cuya Señora es la Trinidad, en el que está preparado el lugar para el que ama, os aspira a Sí con el espíritu, se dona a vosotros con su Fuego.

¿Qué te importa la mezquindad humana? Déjala para los seres humanos. Ven. Tú tienes a Dios que te ama. Todo el resto es sólo nada. Ningún medio puede servir para alcanzar a Dios, la Estrella eterna. Para ello, sólo sirve el amor.

El amor es más alto que la cumbre más alta, es más potente que el medio más potente; su fuerza es ilimitada porque es espiritual y con ella, el amor os une a Dios, *os lleva a conocerle.* Es suficiente que os empeñéis en amar completamente, en hacer del amor el único esfuerzo de vuestra vida. No os extraviéis buscando otras metas. Intentad poseer el amor y cultivadlo, hacedlo crecer cada vez más, alimentándolo, sin miedo y sin pereza. Convertidlo en una hoguera. La llama sube, la llama brilla, la llama canta. Subid hacia Dios. Resplandeced en el amor que os enciende. Cantad vuestro amor. Devolvedle a Dios lo que os ha puesto en el corazón para haceros semejantes a Él: *la capacidad de amar*.

Dios es Amor. El que no lleva en sí amor, no se asemeja a Dios>>

21 de junio de 1944

Dice Jesús:

<<No, no te lamentes ni te aflijas como si se tratara de un cambio de amor a tu respecto. No se trata de una disminución, es un aumento. Os hablo a ti y a todos los espíritus que se han entregado a Mí y que se encuentran en tu mismo caso. Son ésos en los que mi mirada se reposa y se consuela de todas las infamias que ve cumplirse en la Tierra.

¿A caso cuando se ha llevado a cabo una tarea dura, que hace padecer, que hasta es repugnante, no se siente una gran alegría al respirar el aire puro, al ver un hermoso prado verde y florido? Los pulmones se dilatan, los ojos descansan, la mente se deleita, parece renacer.

A vuestro Jesús, tan apenado, tan disgustado por tantos seres, le pasa lo mismo. Considerad: Yo soy la Bondad y el Amor y, continuamente, recibo ofensas, odio, y debo obrar con gran severidad para castigar a los culpables. Esto me agobia más que llevar la cruz. No es que en ese entonces ignorara que mi muerte iba a ser inútil para muchos. No lo ignoraba, pero se trataba de una fatiga material y de ese preciso momento. En cambio, ésta es una fatiga continua y es una fatiga de mi espíritu. Los culpables agotan el espíritu de Dios. Tened en cuenta esto y comprenderéis cuán grande es la culpa, si llega a cansar un espíritu tan perfecto como el divino. Pues bien, por el contrario vosotros, mis predilectos, me reposáis.

Esta parábola es para vosotros. Escuchadla:

Un hombre ama a una mujer. Ve que es bella; le han dicho que es buena, pura, modesta y el hombre ha sentido nacer el afecto en su corazón y, con el afecto, también la esperanza de convertir a esa mujer en su esposa y en la perla de su casa.

Hace que le presenten a los parientes y les pide la mano de la joven. Se la conceden. Con mil atenciones intenta conquistar su afecto para que llegue a amarle con un amor tan grande como el suyo. Cada vez que va a verla, le lleva algún objeto que sabe que le gusta, cuando está lejos, piensa qué puede comprarle como regalo; si está afuera de la ciudad, le escribe para decirle lo que no puede decirle personalmente y, tan pronto como está de vuelta, corre hacia ella. No cuentan sus preocupaciones, las deja afuera de la puerta, porque no quiere apenarla y porque, además, para él ya es un alivio ver el rostro sonriente de la amada.

De este modo pasa el tiempo que vosotros llamáis "noviazgo" y nosotros los hebreos, "esponsales" aunque, en el fondo, visto que no se trataba de una unión consumada, en realidad era un noviazgo oficial y muy riguroso, hasta el punto de que, si el esposo moría antes de que se consumara el matrimonio dejándola virgen, a la mujer se le llamaba "viuda".

Luego del noviazgo llega el momento en que la mujer deja la casa paterna y entra en la del esposo para ser "una sola carne con él", según el antiguo mandato[82], y para serlo para siempre, según mi nuevo mandato que dice: "Lo que Dios unió, no lo separe el hombre por *ningún* motivo"[83], puesto que separar quiere decir impulsar al adulterio y no comete pecado de adulterio sólo el que peca en la materia, sino también *el que origina la causa del pecado, poniendo a una criatura en condición de pecar*.

Debe decirse esto no sólo a los maridos que abandonan a sus respectivas esposas y a las esposas que se separan de sus respectivos maridos, sino también a los parientes de ambas partes que, debido a una particular animosidad o egoísmo, siembran cizaña entre los dos cónyuges y a los falsos amigos de los mismos que, con mentiras o simplemente instigando malhumor que pasaría si no se lo instigara, crean fantasmas entre los esposos, de modo que la convivencia se hace insoportable.

En verdad os digo que, si los esposos supieran vivir aislados en el ámbito de su afecto y del amor por la prole, el 90% de las separaciones conyugales no tendrían lugar, porque los mismos motivos de incompatibilidad que se aducen para obtener la separación entre cónyuges, se producen también en los demás tipos de convivencia: entre padres e hijos, entre parientes, entre hermanos, también entre amigos que se hayan reunido. Y, sin embargo, no los consideráis tan determinantes como para llegar a una separación, mientras que rompéis con la mayor facilidad ésta, que es una unión ***indisoluble***, sea como sea.

Nunca tendríais qué ser infieles, *nunca*. Desde vuestro punto de vista, éste podría ser el único móvil de una separación. No es mi punto de vista, es el vuestro, es decir *es un punto de vista natural.* El mío, *sobrenatural,* dice: *"Si uno de los dos cónyuges ha faltado, doble ha de ser el deber de ser fiel el otro, para no privar a la prole del afecto de los padres y a éstos del respeto de los hijos.* Es difícil que el que *no sabe perdonar* y, por eso, aleja al culpable y se queda solo, sepa permanecer solo; a su vez, *se da a amores ilícitos, cuyas consecuencias recaen en el presente inmediato de los hijos y en la futura moralidad de los mismos.* Por eso Yo digo: "Al hombre, al cristiano, no le es lícito *por ningún motivo separar lo que un Sacramento unió en Nombre de Cristo".*

Mas no quiero hablarte de esto. Quiero hablarte a ti, alma mía que no estás unida a un hombre sino a Dios con una ofrenda de caridad que Él ha acogido. Quiero hablar a las almas que están hermanadas a ti en el amor total a Mí.

Cuando la esposa deja, pues, la casa paterna y se convierte en la mujer del que la ama, se eleva a un grado de amor mayor. Ya no se trata de dos seres que se aman. *Son uno solo* que se ama el doble. El uno ama a sí mismo reflejado en el otro, porque el amor les estrecha en un nudo tan apretado que el júbilo anula la personalidad y las dos individualidades gozan de una única alegría.

Corresponden a los dos primeros periodos de los esponsales místicos. Antes sois amadas y cobráis afecto por el Dios que os ama. Luego ascendéis a un amor más alto y os regocijáis con su gozo, que se convierte en vuestro gozo. Mas ésta no es la perfección de la esposa. Ya te lo he dicho y ahora te lo repito para responder a tu pregunta. Hace poco, al releer las páginas de octubre, has dicho: "¿Por qué ahora ya no dices esas palabras que daban una paz tan segura, una promesa tan cierta de que me ahorrarías determinados dolores?".

¡Oh, María, preguntas por qué! Pues porque te he llevado aún más hacia lo alto.

[82] Génesis 2, 24.
[83] Mateo 19, 5-6.

Los hombres me acusan porque dicen que, hablando, me repito demasiado. Mas, si debo repetirme contigo, que estás completamente concentrada cuando me escuchas, hasta el punto de que me pareces una avecilla que espera en el nido, con el pico abierto, el alimento que le acerca el padre (en ese caso, mi palabra, que es tu alimento), ¿cómo no he de repetirme cuando hablo a quien no me presta atención? No una vez o dos sino cien, mil veces, debo repetir las mismas verdades para obtener que una mínima parte de ellas penetre en su corazón y suscite en él una luz. Y si luego esa luz se apaga, no es por mi culpa ni pueden acusarme de ceguera.

Ahora Yo digo: cuando pasa el periodo de entusiasmo del amor, éste alcanza una digna madurez, se hace adulto, y convierte al hombre y a la mujer –que antes no eran más que dos habitantes de la Tierra y luego se transformaron en una sola carne- en un padre y una madre que se aman junto a una cuna y se miran diciendo, *tal como dijo Dios Creador al observar al hombre*[84]*:* "Hemos forjado una criatura que es eterna, que pertenece al Cielo, que es de Dios". ¡Pensad, oh padres, cuán grande es vuestra potencia! Éste es el destino del hombre y si su inquina* no le desvía, ésta es su meta gloriosa. Mas, una vez que ha llegado a esta perfecta unión, ¿acaso la esposa no se convierte también en madre, hermana y amiga del consorte?

¡Oh, qué dulce consuelo es para el hombre esa mujer que sabe amarle con tal perfección que él puede confiarle todas sus preocupaciones con la seguridad de que serán comprendidas y confortadas!

¡Oh, bendita sea esa casa donde la santidad del Sacramento vive en el verdadero sentido de la palabra y produce un inagotable florecer de actos de amor, de una amor que no es solamente carnal sino, sobre todo, espiritual; de un amor que dura y que hasta crece cuanto más crecen los afanes y los años, de un amor que es verdadero amor, porque no se limita a amar por el placer, sino que acoge la pena del cónyuge y carga con ella para librarle de semejante peso!

¿Acaso se aman menos dos que lloran juntos que dos que se besan y sonríen? No, María, los dos primeros se aman más. El hombre demuestra que estima mucho a su mujer si le confía todo lo que le atañe para que ella le dé consuelo. La mujer demuestra que ama mucho a su hombre si sabe comprender sus pensamientos y si le ayuda, con empeño, a soportar sus afanes. Ya no habrá besos encendidos y palabras poéticas, pero habrá caricias de un alma a la otra y palabras secretas que se murmuran los espíritus, dándose recíprocamente la paz del verdadero amor, del verdadero matrimonio.

Pues bien, alma mía, ahora te encuentras en esta fase. Tu amor fundido con el mío, ha dado a luz hijos porque *todos los que, a través de tu obra de amo, Me han conocido o me han conocido mejor,* son los hijos que Me has dado. Un día les conocerás y gozarás por ello.

Yo obro contigo como un Esposo seguro de su esposa, ahora que te amo mucho más por cada uno de los hijos que me has dado; ahora que sé que me amas hasta el punto de querer tomar sobre ti la cruz de mi empeño, porque la gloria de tu Señor te importa más que tu misma vida. Ya no te muestro solamente mi sonrisa, sino también mi llanto. Ya no te acaricio con rosas, sino que imprimo rosas de sangre en tu corazón al apoyar en él mi frente coronada de espinas. Ya no te beso con los labios humedecidos por la miel y el vino, sino con la boca que conserva la amargura de la hiel y el vinagre, ésa que fue mi postrera bebida, a la que se mezcló el acre sabor de la sangre que, en el último estertor, subía de los pulmones destrozados. Si te trato así, es porque te juzgo una "mujer fuerte"[85] en el sentido bíblico de la palabra.

¡Oh, cuánto reposo es para Mí contar con estos corazones! ¡Oh vosotros, los generosos que sabéis amar, dádselo al eterno Mendigo que va pidiendo amor y sólo recibe indiferencia y ofensas! Dádmelo María y no temas descender: si tuvieras alas de ángel, subirías de todos modos menos velozmente de lo que subes con las alas del amor generoso>>.

Para informarle mejor sobre lo sucedido, le explico cómo surgió la frase que provocó el consuelo de Jesús.

---

[84] Génesis 1, 26.

* inquina = aversión, mala voluntad.

[85] Proverbios 31, 10-31.

Yo estaba releyendo las encendidas páginas del pasado mes de octubre, en las que Él me prometía que vendría muy pronto a buscar a su paloma. Decía: "Vendré cuando a nuestras aldeas llegue la primavera y se oiga la voz de la tórtola". Y yo le esperaba con mucha impaciencia, pues no me importa morir; al contrario, morir es lo único que deseo.

Esta mañana sentía que la vida se me acababa de hora en hora como el agua en un vaso quebrado y huía de mí en medio de una desolación tan grande, de una soledad tan grande que, si me hubiera encontrado en el desierto, habrían sido menos crueles; huía de mí junto con el juicio, que va consumiéndome aún más de prisa que el organismo –aunque también éste va a pique y sólo yo sé cuándo- en este clima que me saca de quicio, porque hay una presión barométrica deletérea para quien sufre de una enfermedad como la mía, y por la debilidad del cuerpo, cada vez más desnutrido, porque no puedo digerir los alimentos y, por lo tanto, en lo posible debo evitar comer. Mientras me sentía así, pensando en su promesa le decía: "¿Por qué no me tomaste antes del… del que no puedo dejar de llamar más que maldito 10 de abril?[86] ¿Por qué no me tomaste con mil ternuras, pero antes de ese día? ¿Por qué no me tomaste con la carne corroída por el cáncer, como te había pedido, pero no así?… Y aún no ha terminado. ¿Es posible que Tú, que me has escuchado siempre si pedía por los demás, por todos los demás, ya fueran grandes o pequeños, buenos o malvados, creyentes o ateos, no hayas querido escucharme a mí cuando pedía por mí? ¿Por qué lo has hecho?".

Es un por qué que me atormenta el corazón y la mente. Es un por qué que no obtiene una respuesta capaz de apaciguar de tal manera a mi yo que ya no deba preguntar más: ¿por qué?, ¿por qué?, ¿por qué?: éste es el estupor que renace siempre en mí por el hecho de que Dios rechazó esta gracia que le había pedido. La única gracia para mí, después de habérselo dado todo. ¡Era una gracia, una sola gracia para mí!

Experimentaba ese estupor porque sé lo bueno que es, para con todos y para conmigo misma. Lo es para con todos porque siempre me ha dicho "sí" cuando Le he pedido gracias para los demás. Lo es para conmigo porque le reserva tantas gracias a mi alma. Pero en este caso no quiso escucharme. Por eso siento este doliente estupor que no termina, que no puede morir, que a medida que el tiempo pasa, que siento la muerte junto a mí y que pienso que muy probablemente tendré qué expirar lejos de mi casa, se hace sentir aún más fuertemente.

Hace nueve años que Jesús me pidió a mi papá, y sólo Él, que ve mis lágrimas cotidianas y siente mis gritos que claman incesantemente "papá, papá", puede decir con qué dolor le dije "sí". Y ahora las lágrimas son más amargas todavía. Hace un año, el tres de junio de 1943, me pidió a mi mamá. Y sólo Él sabe cuántas lágrimas derramé al acceder. Los demás no lo saben, porque lloro cuando ellos duermen o comen y creen que también yo estoy durmiendo o comiendo. Pero en mi casa lloraba serenamente, aquí no; aquí no encuentro consuelo.

No, queridos míos: *todos vosotros,* los que estáis cerca y los que estáis lejos, debéis saber que si mi caridad al prójimo os ahorra la vista de mi dolor, éste sigue siendo vivo como cuando supe que mamá estaba condenada y sufrir la agonía de una huérfana ya cuatro meses antes de serlo; es un dolor actual y candente como una herida recién abierta. Y aquí es más candente que nunca.

Quería morir allí, allí en donde ellos murieron y donde me amaron, como pudieron; donde yo les amé mucho, ¡oh, mucho más!, que a mí misma. Quería morir allí donde al menos encontré una guía en Ud., Padre, y donde había tanta huella de Jesús. Aquí soy una caña doblada por el viento y nada hay que me ofrezca un sostén, ni siquiera el recuerdo y el eco de Jesús, porque aquí no es como Viareggio. Siento las voces, también siento las caricias (aunque muy raramente, mientras allá eran continuas), pero verles sólo por mí misma (lea el 7 de junio en el cuaderno negro II) les he visto sólo una vez y no puedo retener su aspecto. Es más, excepto Dios, todo lo demás es como el viento que dobla y rompe la pobre caña…

Y porque Tú solo no me torturas, te digo: "Ten piedad. No me hagas conocer el fango. No me hagas sentir más su nauseante sabor. Sólo te quiero a Ti. Quiero repetir continuamente: Dios es bueno. Quiero poder seguir diciéndolo, y ya no podría hacerlo si un golpe demasiado cruel destruyera esa inteligencia que Tú me diste y que quiere permanecer íntegra para comprenderte y repetir lo que Tú dices".

[86] Ese día supo que los ciudadanos de Viareggio estaban obligados a evacuar la ciudad.

Hoy es miércoles. Es el día de la semana dedicado a los desesperados. Quizás estoy sufriendo por ellos, para quitarles de la tortura… Si es así… Basta que mañana no sea como hoy. Es como una serpiente que se enrosca y sofoca en las viscosas y frías espirales.

¡Oh, esperanza, esperanza, no te apagues nunca en el corazón de los hombres! No conviertas a los hombres en brutos al quitarles tu luz, que es inteligencia, fe, paz y camino hacia la casa de Dios, hacia el Reino de Dios.

22 de junio de 1944

Esta mañana a las 6 y 30, me despierto tras un estado comatoso de ocho horas y media, y el primer saludo que oigo en este día es el cañón, o mejor dicho, muchos cañones que disparan desde las alturas cercanas, desmintiendo los fáciles optimismos y gratuitas afirmaciones de los que decían que "aquí, como es una cuenca entre montañas, no hay fuerzas de artillería y, por eso, estamos seguros". ¡Bien! Sigamos así.

Repito lo que vengo diciendo desde el 16 de abril, el domingo in albis, día en que, a las 17, me hablaron de este lugar, que consideraban preferible a otros como residencia para la población evacuada: "En S. Andrea[87] me sentiré menos segura que en otro lugar y le tendré miedo a todo".

Y así es. Tengo miedo. Tengo horror de morir aquí. Tengo el enorme dolor de morir sin que Ud. esté cerca de mí. Ud. es el único, entre los seres humanos, que me ofrece el consuelo que necesito: el consuelo espiritual. Los demás son útiles a María-carne y a María-sentimiento, pero, ahora ya veo la carne y los sentimientos como indumentos arrojados sobre el verdadero yo, ese yo que en mí ha quedado reducido sólo a espíritu. Y a este yo le falta la ayuda que Ud. sabe darle.

En estos días he esperado intensamente poder verle para decirle muchas cosas y para agradecerle todo el bien que le ha hecho a mi alma.

Ud. me ha traído a Jesús. No me refiero a Jesús-Eucaristía. A éste puede traérmelo cualquier sacerdote. Me refiero a Jesús a modo mío. Su presencia y sus cuidados me han puesto en condición de entender y de ver lo que antes no veía en medio del salvajismo que había en mí y que yo trataba de extirpar por mí misma. Pero sola podía hacer muy poco.

Ha sido un gran error y una gran crueldad haberme separado de quien me mantenía tan plácidamente en Dios. Dios no está donde hay borrasca. Y aunque Él ve que no hemos originado nosotros esa tempestad y, por eso, planea sobre el revuelto mar de nuestro corazón, implica una enorme fatiga oír su voz y ver su rostro entre las nubes y los clamores del viento y de las ondas.

Visto que desde el 19 de junio me siento muy mal y que, por eso, me encuentro en condiciones negativas para superar las ansiedades y los temores que se ciernen sobre nosotros y que *absolutamente tendremos que soportar,* creo que no resistiré. Y tendré qué irme sin volver a ver mi casa y sin tenerle a Ud. junto a mí. Aunque tenga a mi alrededor a todo el mundo, estaré sumida en el silencio y el vacío como en el desierto, porque no tendré junto a mí la palabra que me ayudaba tanto, su palabra. Este es un gran sacrificio, un grandísimo sacrificio. Y sólo Dios sabe cuánto me cuesta soportarlo.

De todos modos, quiero agradecerle por todo lo que hizo. Marta sabe ya cómo debe comportarse. Se lo repito: ayude a Marta que, tras el defecto de su impulsividad, esconde un corazón de oro, como he podido comprobar más que nunca desde hace dos meses…

Creo que el último don que le dejaré será la segunda parte de la Dolorosa, o sea, la referida a María que vuelve a pasar por el Calvario, y la Hora santa. Cuando las lea, piense en mí, que las escribí llorando y sonriendo a la vez: llorando por el dolor de María, de Jesús y por mi propio dolor, y sonriendo por la bondad de María y de Jesús y ruegue por mí.

No veo casi nada y me es difícil escribir. Creo que, aunque no me muera, dentro de poco no podré seguir escribiendo, porque mi vista ya no es nítida. Escribo por práctica, pues no veo bien. Me fabriqué una especie de regla para escribir más derecho. Por lo tanto, discúlpeme si mi escritura es casi ilegible.

[87] Se refiere a S. Andrea de Compito.

Quiero agradecerle también a la Superiora de la Orden de las Hijas de los sagrados estigmas de San Francisco[88]. Dígale que siempre he rezado por ella porque su bondad me ha conmovido y que seguiré rezando desde la otra orilla. Como haré, por cierto, también por Ud.

Ahora basta. Rezo y espero. ¿Me hablará Jesús?…

Más tarde (a las 12), dice Jesús:

<<Ves, María, si otro se encontrara en tu estado de ánimo, pecaría mucho más y espiritualmente sufriría mucho más, porque tú sufres también por el temor de que tu sufrimiento pueda provocarme dolor. Por eso, como ya te he dicho, mientras crees estar en el infierno o poco menos, estás en el Paraíso.

¿Cuál es la única cura para los bienaventurados? Es permanecer fijos en Dios, su Amor. ¿Y acaso tú no haces lo mismo, y con mayor fatiga, visto que a tu espíritu están aferradas la carne y la mente humanas?

La vida verdadera encerrada en el hombre, o sea el espíritu, está hecha a semejanza de Dios. Por lo tanto, no conoce medidas relativas y tiende a lo Infinito y a lo Perfecto. Y cuanto más se avecina a Él en este anhelo, reflejando en sí como en un nítido espejo la divina semejanza, tanto más odia lo que no se asemeja a Dios. Por eso, hasta el inicio de una imperfección, la sospecha de la tibieza, le causan más horror que una culpa grave en un cristiano que lo sea sólo por definición o que el ateísmo en uno que no tiene a Dios.

Es que vosotros recibís continuamente al Huésped, que es vuestro Padre y Señor y, conociéndole, viéndole bajo su luz, notáis cómo sois vosotros y os postráis hasta aniquilaros, diciendo: "¿Tú, oh Señor, vienes a mí? Yo no soy digno de poseerte". Mas es justamente porque os nutrís con esta amorosa humillación que el Huésped divino viene hacia vosotros y hace en vosotros su morada, pues en ella encuentra amor, humildad y recta voluntad. ¿Qué otra cosa puede desear Dios para amarnos? Pues, nada más: sabe que, mientras estéis aquí abajo, no podéis darle más.

Mas, al mismo tiempo, os dice también, *te dice también: "*Tu ansiedad cesará solamente cuando tú, criatura finita, te fundas con el Infinito. Entonces habrá terminado la lucha, el temor a no agradarme, la pena de tu condición. No temas. Te dejo delirar. No me causan temor tus delirios porque sé qué significan y por qué existen. Me causan tan poco temor y desdén que, mientras gritas tu dolor de criatura. Yo te estrecho a Mí para impedir que te hagas mal de verdad. Ese mal se producirá *si te alejas de Mí por el temor de haberme disgustado.* Y entonces, por ese motivo, Yo te estrecho a Mí, aunque no me reconoces porque la prueba nubla tu entendimiento. María, soy el Jesús de Getsemaní ¿Cómo no he de comprender ciertas angustias?"…>>

23 de junio de 1944

Viernes

Tenía que describir la visión que tuve ayer por la noche, pero lo haré más adelante.

Dice Jesús:

<<El que dibujó en el libro esta cubierta que te gusta tanto y que sólo ahora, después de 19 años, ves en su verdadero significado, no hizo únicamente una obra graciosa y simbólica; también expresó una verdad.

La pequeña Teresa que, apoyada en las nubes empíreas, deshoja rosas sin cesar mientras dos ángeles la ayudan a derramar esa lluvia de pétalos sobre el mundo, es en verdad semejante a Mí cuando era Niño. Por eso, han hecho muy bien representándola de modo tan semejante al Niño Jesús que se le puede confundir con Él. Tú misma ves sólo ahora que se trata de ella y no de Mí.

Esto retoma en parte el tema del dictado de ayer. *Cuanto más el místico se acerca con su deseo amoroso a Aquel al que ama de modo absoluto, tanto más su efigie espiritual se identifica con el Modelo.*

[88] Se refiere a Sor Gabriella de Camaionre, que había ido a visitarla durante el periodo de evacuación.

Mi pequeña Flor –pequeña sólo por aspecto, pero grande por su valor- era Teresa del Niño Jesús y del Rostro santo. Y si mi Rostro doliente fue un sol impreso en su corazón, un sol que lo abrazó por vosotros, los que aborrecéis el dolor y a quienes la austeridad consterna, en su exteriorización espiritual tuvo semejanzas con mi dulce infancia, tuvo la suavidad, la gracia, y el candor de dicha infancia. Así lo quise y así la guié con la inspiración, para darme un modelo que vuestra incapacidad (me refiero a la incapacidad espiritual) de hoy sepa seguir.

Teresa es para todos. Todos pueden esforzarse en imitarla. Pueden hacerlo también los que apenas se han formado en cuanto al espíritu. Mas no creas que a Teresa se le haya ahorrado el sufrimiento. ¡Oh, no! Ella os muestra un rostro sonriente y pleno de amor, el plácido rostro de un niño feliz más, en su interior, mi Pasión la ha excavado con un cincel de fuego.

Os la he dado porque me apiadé de vuestra debilidad. A todas las personalidades espirituales les doy mis santos. A los de temple de acero, a esas llamas que no languidecen, les doy los ascetas, de temible severidad. A los que no saben santificarse con el llanto, les doy los santos que se caracterizan por una risueña santidad. A los que no pueden amarme más que con fuerzas exiguas (y ya es mucho si al menos consiguen eso), les doy los santos de gracias infantiles.

Notad que para imprimiros el sello que Yo quería, la pequeña Teresa de corazón heroico tuvo qué forzar su propia naturaleza. En efecto, fue un martirio añadido a todos los demás que padeció, porque su espíritu la llevaba a altos vuelos, como los del águila, a excelsos heroísmos. ¿Sabes qué significa contradecir la propia naturaleza? Probadlo y entenderéis el doble mérito de la santa>>.

Causó este dictado la observación que hice acerca de la cubierta del libro: "Historia de un alma"[89]. Poseo ese libro desde hace 19 años pero siempre había creído que el niñito que esparce rosas desde lo alto de las nubes era El Niño Jesús.

Esta mañana mi amonestador interior me ha dicho: "No es así. Ese niño celestial es la pequeña Teresa del Niño Jesús. Como forma de santidad ella quiso "la infancia espiritual" y bajo esta forma llegó a ser tan perfecta que fue un segundo Niño Jesús".

Luego Jesús me ha hecho un dictado y tengo qué escribirlo enseguida, porque el dictado es una serie de palabras que no puedo recordar exactamente si no las escribo mientras las recibo y de ningún modo me permitiría hacer observaciones mías u otras alteraciones. Por el contrario, puedo recordar una visión con extrema exactitud aún después de muchas horas, porque se queda esculpida en la mente.

Por eso he preferido escribir primero el dictado y luego describir la visión que tuve ayer por la noche. Hago presente que en esos momentos, cuando los espasmos más intensos me arrancaban gemidos de dolor, me era imposible estar sentada y escribir. Toda yo era dolor porque, a través de los nervios, los dolores vertebrales se irradian a todo el cuerpo. Me parecía que me arrancaban incesantemente el cerebelo o que hundían profundamente en él un manojo de espinas. El dolor en la nuca era insoportable, al igual que el del corazón y los pulmones. Pero, en realidad, ¿cuál era el lugar en que no me sentía destrozada? Me parecía que hasta en las más lejanas falanges me serraban, me torcían, me desgarraban con minúsculas sierras y tenazas. También ahora los dolores me son muy fuertes pero, así sea entre mareos y náuseas, debido a un reflejo cerebral, puedo escribir, muy fatigosamente, pero logro escribir.

Ayer por la noche me había propuesto hacer la Hora santa antes de que los dolores, que habían comenzado a las 15, se hicieran insoportables. Pero no lograba hacerla y le dije a Jesús: "Ya ves que quería pasar contigo esta noche en memoria de tu agonía en el huerto, pero no puedo". Entonces Jesús me mandó esta visión:

La describiré, aunque a los que odian las repeticiones pueda parecer tediosa. A pesar de que se trata de algo que ya he visto en su totalidad y que, dadas mis particulares condiciones de aquel momento, no pude describir minuciosamente, ahora se me presenta el modo más detallado porque mi intención está concentrada en un solo punto.

[89] Es el título de la autobiografía de S. Teresa de Lisieux (1873-1897)

Pues bien, hela aquí. Se trata de la muerte de Jesús.

Jesús está en la cruz, iluminado por la lívida luz de una tempestad que oscurece cada vez más el cielo. Aun así, esa luz verdosa, casi diría violeta, permite ver el Cuerpo torturado del Agonizante en sus más mínimos particulares. Y, por eso, hasta se percibe nítidamente el rápido y breve jadeo de su pobre pecho que lucha contra la asfixia. El movimiento respiratorio se limita a la parte superior del tórax. La boca está abierta y levemente torcida, ya sea por la contusión del pómulo derecho que por una contracción de dolor; sus labios intentan beber ávidamente el aire y dejan ver la lengua engrosada, que parece palpitar por la palpitación general del cuerpo.

Veo las rayas que han trazado los azotes y los golpes en el Cuerpo torturado, regado por la sangre que cuela de las heridas de las manos a lo largo de los brazos, porque las manos se encuentran en un posición levemente superior a la del hombro, debido al peso del cuerpo, tendiente a deslizarse hacia abajo.

A la derecha, fluye más la sangre que a la izquierda porque Jesús también tiene el hombro lacerado por el madero de la cruz que le ha producido una llaga; al quitarle la túnica, cuya tela se ha pegado a la llaga, ésta se ha abierto y una cantidad considerable de sangre ha descendido por delante y por el costado, a lo largo de las costillas. Además, Jesús mantiene la cabeza coronada de espinas generalmente doblada hacia la derecha y también de ella brota sangre, que en minúsculos regueros cuela por el cabello y la barba.

Es por eso que Jesús parece estar vestido hasta la cintura por una túnica sumamente ceñida, que presenta listas de intenso color púrpura mezcladas a otras violáceas y a escasas manchas de exangüe blancura, que parece aún más exangüe por el contraste de los tonos purpúreos y azulados de las magulladuras o de la sangre. Son muy raros los puntos en los que se nota una epidermis limpia. Es un espectáculo que mueve a piedad.

Ciñe a su cintura el velo de María, que ahora parece un rojo cordón alrededor del talle, porque ha absorbido la sangre que ha ido colando. Más abajo aún mantiene su blancura, salpicada de rojo.

Las piernas tienen una lúgubre blancura, una palidez de muerte contra el oscuro madero y contra el cielo, aún más oscurecido, que ahora hasta parece más bajo. Se notan en las piernas las magulladuras ocasionadas por las pedradas y los bastonazos y en las rodillas las contusiones por las caídas; sobre todo la rodilla derecha tiene una herida profunda y la rótula blanquea entre el rojo amoratado de los labios de la laceración producida contra la piedra puntiaguda. Pero la sangre no riega las piernas; se ha depositado en los pies y, de entre los dedos, gotea al suelo.

María, sostenida por Juan, mira al Hijo agonizante. Tiene la cabeza levantada hacia la cruz. La veo, tanto a Ella como al apóstol que está a sus espaldas. La Madre no habla. Está muda en su dolor, envuelta en una túnica y manto oscuros, está inmóvil como una estatua. Permanece a unos dos metros de la cruz, para ver bien a Jesús y para que Él la vea, suponiendo que aún pueda ver.

Llega la convulsión final… y Jesús muere. Tras el grito extremo, sólo un gran silencio proviene del Agonizante: ni estertores ni lamentos. Sólo hay silencio. En cambio, la tierra brama y se sacude y la gente huye, profiriendo alaridos.

María se ocupa solamente de Jesús. Le llama, pues puede verle muy poco en medio de la profunda oscuridad que se ha producido. Le llama tres veces: "¡Jesús! ¡Jesús! ¡Jesús!" Luego, cuando un relámpago surca el cielo y Le ve inmóvil, pendiendo totalmente hacia adelante, con la cabeza fuertemente inclinada hacia la derecha y adelante, separado de la cruz de la cadera hacia arriba, comprende. Tiende los brazos; tiende las manos, que son dos temblorosos blancores en el aire fresco y grita: "¡Hijo mío! ¡Mío! ¡Mío!". Y escucha… no quiere persuadirse de que Él ya no la oye y, por lo tanto, espera un gemido de respuesta.

Pero Jesús ya no puede gemir. Por eso Juan, pasando un brazo en torno a los hombros de María (mientras antes la sostenía por el brazo, respetuosamente) intenta alejarla y persuadirla, diciéndole: "¡No sufre más!"

Pera ya antes de que Juan termine la frase, María ha comprendido; gira sobre sí misma –de modo que ahora queda frente a mí- y no se arrodilla sino que, encorvándose como si se arqueara, se lleva las manos al rostro para cubrirse los ojos dilatados por el dolor y grita: "¡Ya no tengo Hijo!". No puedo haceros oír el tono de esa voz… pero, en cambio, a mí me atormenta porque sigue resonando en mis oídos.

María vacila y para que no esté encorvada y tambaleante, Juan la levanta y la estrecha a su corazón. Y, visto que Ella no logra estar de pie, la sienta con cuidado allí donde antes estaban los soldados jugando a los dados y le ofrece el apoyo de su pecho hasta que, en medio de la confusión general, acuden las Marías, de quienes los soldados ya no se ocupan, y sustituyen al apóstol junto a la Madre.

Veo que la Magdalena se coloca en la misma posición que Juan y, por lo tanto, María queda casi extendida sobre sus rodillas; otra mujer coge la esponja impregnada de hiel y vinagre –en vista de que no tiene otra cosa- y le hace aspirar ese olor acre y le moja las sienes y la nariz con el vinagre.

Longino se acerca a la cruz y mira. Dice a Juan dos palabras que no logro entender. Luego mira el grupo de las mujeres. Cuando advierte que todas están ocupadas en torno a María, dando la espalda a la cruz, vibra el lanzazo.

Sólo Juan ve esta acción, pues está de pie entre la cruz y las mujeres, de perfil para poder ver ésta y a aquellas. Por eso puede decir: "Brotó sangre y agua"[90]. María en cambio, no ve nada; sólo más tarde, al tocar con sus manos al Hijo, descubre la herida en el costado.

Me gusta este acto de Longino, que espera que la Madre no vea para vibrar el lanzazo. Mitiga el dolor con piedad.

Esta es mi visión de ayer noche. La he descrito fielmente. A muchos les parecerá una repetición. A mí no me lo pareció, porque así he podido meditar mejor sobre la Pasión de nuestro Salvador, que es un hecho que, aunque me hace sufrir por la compasión que despierta, es un consuelo para mi pasión. No puedo dejar de esperar en la Bondad cuando veo cuánto nos amó.

24 de Junio de 1944

La marea sube. Ya no sé cómo resistir a tanto dolor físico y a tanto dolor moral. Si cedieran mis fuerzas espirituales, sería una ruina absoluta e irreparable.

Por ahora permanecen íntegras. Pero ¿hasta cuándo lo serán? No es que esté muy segura de mí. Si Dios me ayuda mucho, mucho, mucho, resistiré. De lo contrario, cederé. Después quizás pueda volver a levantarme, pero creo que el experimento siempre es peligroso porque no en todo los casos se llega a tiempo para levantarse y no quisiera morir en un momento en que te amara menos. ¡Oh, Dios mío!, ofenderte es ya amarte menos. Ten piedad de mí.

Ya tienes tanta piedad, pero dame también la "gran piedad". Sabes cuál es esa "gran piedad" que te pido. Vuélveme a mi nido de amor, a mi nido de paz, a mi nido de Cielo. Aunque Tú hagas descender del Cielo perfumes paradisíacos, como ayer por la noche, éstos no pueden perdurar aquí, donde es excesivo el impacto con lo humano y lo animal. Te agradezco que hayas mitigado mi sufrimiento con los aromas celestiales, pero no son suficientes; no le bastan a tu pequeña "voz" para no morir, sobre todo para no morir de mala manera. Ten piedad.

Más tarde, Jesús me hace la siguiente observación:

<<Al hacer la Hora de la Dolorosa, quiero que consideres los tres tiempos del dolor de María, para que sea tu norma en el sufrir y en el conocer la Justicia que os juzgará según vuestro modo de sufrir.

En el primer tiempo, la que grita su desesperación es la mujer, es la madre. Dios permite que en el instante más atroz del dolor, la criatura delire y tenga palabras duras para quienes son la causa de su dolor. María, la Santa, no puede contenerse y llama "fieras, chacales y hienas" a los hombres y llama a los hebreos "sus padrastros"; anuncia que tiene qué hacer violencia sobre sí misma para soportarles y les marca con el apelativo de Caínes de Dios y oprobio de la raza humana. María, la Santa, no puede contenerse y llama a Jerusalén "madrastra, asesina, predadora, vampiro y buitre". Sin embargo, en el Calvario sólo había sabido clamar: "¡Ya no tengo Hijo!". Era la mujer.

[90] Juan 19, 33-34.

En el segundo tiempo es la creyente que quiere permanecer fiel a su fe aunque los hechos parecen desmentir toda promesa de fe. Su corazón de madre y de mujer lucha con espíritu de creyente. Triunfa el espíritu, porque está nutrido de fe realmente. La mujer está superada. Queda la creyente.

En el tercer tiempo la creyente, que se ha afirmado cada vez más en su fe, asciende a través de la resignación, para reunirse con Dios, de quien la había separado el dolor. ¡Oh!, sé bien que el dolor es como el golpe de un niño malvado sobre las blandas alas de una multicolor mariposa. La echa al suelo; parece muerta, pero luego, poco a poco, recobra la fuerza y el movimiento. Primero camina, luego se empina, más adelante intenta mover las alas y termina por cumplir un tímido vuelo. Al final, se lanza y reconquista el espacio azul…

Leo tu pensamiento: "Pero si los golpes insisten y cada vez que la mariposa comienza de nuevo a volar vuelven a abatirla, terminará por quedar muerta en el suelo". En efecto, según criterios humanos es lo único que puede pasar. Mas Yo estoy para eso, para recoger a las víctimas de la brutalidad terrena. Me basta que ellas no desconfíen de Mí, que no me odien ni me acusen de ser su verdugo.

Dad a Dios lo que es de Dios y al hombre lo que es del hombre. Dadle a cada uno el justo juicio. Vosotros, los que sufrís, reflexionad bien sobre vuestros tormentos; reflexiona también tú, que sufres hasta morir por tu sufrimiento. *Verás que cada tormento lleva el nombre de un hombre, pero nunca el de Dios. ¡Oh!, aún eres una criatura y no te es permitido conocer los secretos de lo sobrenatural pero, cuando los conozcas, comprenderás muchas cosas.*

En el tercer momento de su desolación, María ya no es la creyente, es la Hija de Dios, es la Santa que le habla al Padre, al Rey con la solemne seguridad del que *sabe* que puede hablar porque ha conquistado el derecho de ser escuchado. Ya no existe la oscuridad de la desolación humana; ya no existe la angustia del creyente que quiere alcanzar la paz en el dolor y no logra hacerlo. En cambio, existe el gozo del sufrimiento; es el gozo del alma bajo el llanto de la carne que muere en último lugar y que se deja llevar por el llanto porque, como ya has dicho, cuando se llega a cierto punto, la carne y el sentimiento son indumentos arrojados sobre el yo espiritual, el verdadero yo. Entonces la criatura, santificada por su heroísmo, puede llegar a decir: "¡Escúchame, por ese 'sí' que dije!".

María, dilo también tú. Di: "Te he dicho 'sí' muchas veces; por esos 'sí', escúchame". Y espera. No le pongas un nombre a tu esperanza. Serían siempre nombres terrenos. Espera en Mí, sólo en Mí y deja que obre Yo>>.

Nota mía.

Pero entretanto son dos meses que estoy en una prisión, en un manicomio, en un infierno. Y me hundo cada vez más en ellos. Son dos meses -¡dos meses!- que me arrancaron de aquel lugar en el que estaba mi verdadera vida. De este modo, me arrancaron también el corazón porque Tú lo sabes, Tú sabes qué significaba esa casa para mí. Y cuanto más pasa el tiempo, más duele la herida porque, además no existe ninguna medicina para ella.

Ya no hay palabras iluminada… No creo, *humanamente no puedo creer que oiga tu voz;* soy demasiado indigna de ella.

Ya no hay Comuniones bien hechas. Las defino bien hechas cuando tanto el que la recibe como el que la suministra lo hacen con la reverencia que merece un Sacramento tan importante y que sirve para hacer sensible el misterio. Aquí… la preceden y la siguen charlas semejantes a las que pueden hacerse con quienquiera: de la lavandera a la persona amiga que viene a visitarme, todos podrían decir las mismas palabras y hacer los mismos gestos que veo en las míseras mañanas de Comunión. ¡Oh, en verdad, se trata de miseria! Y también de resentimientos, de chismes, de intereses…

¡Oh, instante solemne de las Comuniones en Viareggio!, ¿dónde estás? Era el instante en que Te veía porque… pues bien, voy a decirlo dado que, quizás, muy pronto he de morir o enloquecer y antes debo decir esto. Te veía porque cuando recibía la Comunión de manos del P. Migliorini, casi siempre éste desaparecía y se me aparecía Jesús dándome la Comunión. O estaba al lado del sacerdote y nos bendecía. Esto me

demostró con seguridad el temple sacerdotal de mi Director. También venía el Padre Giosuè[91], pero era diferente, aunque siempre era un paraíso comparado con lo de ahora; era un paraíso terrenal en el que sentía a Dios pero no Le veía. En cambio, con el Padre. Migliorini era el verdadero Paraíso. ¡Y ya no lo tengo!

Ya no me queda nada de lo que era la atmósfera necesaria a mi alma para poder oír la Palabra que es mi vida. Ya no me queda nada y, en cambio, la necesita más que nunca. Vosotros, los que leéis, ¿entendéis qué me ha sido quitado? Llevo dos meses de infierno…

Y me hago la consabida pregunta del 24 de mayo; "Pero ¿por qué no me has hecho morir antes de que me sacaran de mi casa?".

25 de junio de 1944

Dice Jesús:

<<Dime: ¿tiene más coraje el que soporta una intervención quirúrgica con anestesia o el que la soporta sin ella? La operación es la misma. El instrumental usado es el mismo. Su acción sobre la carne, los nervios, los órganos, es la misma. El fin es el mismo. Y supongamos que también el resultado, la salud, sea el mismo. Pero ¿cuál de los dos operados ha tenido más fuerza de ánimo y, naturalmente, ha suscitado admiración? Por cierto se ha tratado del que soportó sin ayudas químicas, sintiendo todo el dolor de la acción de los cirujanos, sin rebelarse con gritos, imprecaciones, palabras alteradas, y limitándose a gemir, porque eso es humano y comprensible.

Pues bien, pasemos ahora al campo espiritual. Entre dos almas, ¿cuál suscitará más admiración y, por tanto, la alabanza, que se convierte luego en un premio seguro: la que, por una milagrosa acción mía, queda anestesiada espiritualmente y en ella, por lo tanto se aplaca el punzante dolor, o la que en el quirófano tiene a Dios junto a su lecho como un buen Padre y buen Amigo, a Dios que la compadece, la vela y llora con ella, pero que no hace más que eso, es decir que no interviene con su ayuda directa para mitigar el dolor? Seguramente, la más admirada será la segunda.

Tú eres la segunda. No me preguntes "¿Por qué?". En octubre te ahorré sufrimientos. Te ayudé porque necesitaba que todavía fueras capaz de este calvario. Si ya desde octubre la angustia te hubiera destrozado, no habrías resistido ni siquiera una hora del sufrimiento actual. Y, en cambio, Yo necesitaba este sufrimiento tuyo.

Los ángeles no pueden sufrir por su Dios para aumentar su gloria ni tampoco pueden sufrir por su prójimo para obtener el bien del mismo. En cambio, los hombres pueden hacerlo. Para los ángeles cumplir la Voluntad de Dios es crear júbilo. Para los hombres, cumplir la Voluntad de Dios es crear dolor, es hacer lo que Yo hice. En efecto, cuando el dolor se llama holocausto y no es sólo resignación sino unión con la Voluntad de Dios –del mismo modo en que mi Cuerpo estaba unido a la cruz mediante el amor, la generosidad y la paciencia (los tres clavos que incrustan a las víctimas en su santo patíbulo)-, vosotros hacéis lo que hice Yo.

No te preocupes si lloras. También Yo lloré. También Yo gemí. Con disgusto en el cuerpo y en la mente, dije: "Que tu Voluntad sea la mía"[92]. Lo dije con renuencia, pero lo dije. El espíritu sólo tuvo el coraje de repetirlo, pero lo dije. Que tu espíritu cante, en medio del disgusto y los tumores de tu cuerpo y de tu mente, mientras la cruel operación se cumple sin ayuda alguna: "Señor, que tu Voluntad sea la mía".

Cree que el premio será dos, tres, diez veces mayor que el que te habría dado si ya hubieras obtenido dones de misericordia en el curso de tus sufrimientos. Dios es justo. Da un premio doble al mérito doble. Da un premio total al mérito total.

No temas. Ve en paz>>.

26 de junio de 1944

[91] Se trata del P. Giosuè, perteneciente a los minoristas y capellán del Hospital de Viareggio.
[92] Lucas 2, 41-42.

El buen Dios me concede la sonrisa de mi ángel para confortarme por el penoso regreso del dolor.

Debo haber sufrido y llorado abundantemente. Lo comprendo porque me siento destrozada y porque los ojos me arden por las lágrimas que se han secado entre las pestañas. Recuerdo que, después de haber vivido mi cotidiana hora de tristeza mortal y de tanto que sólo Dios ve, me sumí en el consabido sopor. Luego no recuerdo nada más. Pero todo me dice sin temor a equivocarme que cuando ya no era dueña de mí misma, he llorado desenfrenadamente y sin consideración por mis numerosísimas adherencias, que los sollozos incontenibles sacuden y luego duelen mucho más. Me lo dice el tronco, que está todo adolorido; me lo dicen el corazón y los pulmones, que aparecen desgarrados y traspasados por cuchillas; me lo dicen los ojos, más nublados que nunca.

Le he preguntado a Marta: "¿He llorado acaso?". Me ha dicho que he llorado y he reído. Puede que haya reído, pero lo que es seguro, es que he llorado y que he llorado mucho.

Pues bien, mientras estoy abandonada, sin fuerzas para moverme, y rezo mirando a mi ángel, que está arrodillado al pie de la cama, hacia la derecha, y parece rezar conmigo (y, a todo esto, me pregunto por qué se encuentra en esa actitud y vestido de esa manera), oigo que mi invisible Maestro me dice:

<<El ángel custodio de cada criatura adora en dicha criatura a Dios, que habita en ella siempre que esté en la gracia del Señor.

Vosotros sois templos vivos en los que habita Dios. Cada espíritu humano es un tabernáculo encerrado en el templo de vuestro cuerpo consagrado por los sacramentos, en el que, por la unión indisoluble de las tres Personas, están el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Y sólo la culpa expulsa al divino Huésped. Cuando la criatura ya no se encuentra en estado de gracia, su ángel custodio venera llorando la obra de su Creador, que es lo único que puede venerar. Pero sigue venerándola porque es obra de Dios, del mismo modo que vosotros veneráis un lugar que otrora habité y que luego mis enemigos profanaron, pero que sigue siendo digno de veneración, no porque me contenga sino porque me contuvo. Para entender, recuerda el santo Cenáculo.

He aquí el motivo por el cual cada ángel permanece con sumo respeto junto al que está bajo su custodia. ¡Feliz de ese ángel que estando junto a una criatura puede decir: "Señor mío, encerrado en esta criatura, Te adoro" y no necesita volar al Cielo para encontrar la mirada de Dios!

Las vestiduras del tuyo te indican el carácter de su misión junto a ti: es la de infundirte esperanza. De las tres virtudes, es la que más hay que infundir porque tu cruz te la tritura y destruye a cada momento. Y, por lo tanto, es necesario que a cada momento descienda a nutrirte desde el Cielo. La fe es segura, es fuerte como las alas de tu custodio. El amor es vivo como el manto que adorna sus espaldas. Mas, sobre todo, el ropaje es amplio y resplandeciente y te dice: "¡Espera!".

¿Ves que nunca estás sola? Ya le veías en los momentos en que tenías gran seguridad en tu condición espiritual y en los momentos de gran júbilo. Y también lo ves ahora, cuando los acontecimientos te llevan a dudar completamente de tu misión y te abate la tristeza de la soledad espiritual.

Le ves porque está allí. Está allí siempre. Es el ángel de tu Getsemaní. Ámale como a un glorioso hermano que te ama>>.

Nota mía.

El ángel está de rodillas junto al borde derecho de mi cama, hacia el fondo. Tiene la cabeza baja, en señal de sumo respeto, y los brazos cruzados sobre el pecho. Es la misma postura que tenía a principios de enero según creo, cuando María y Juan estaban junto a mí y vi el Paraíso y también al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

El ángel es igual a aquel. ¡Es mi ángel! ¡Qué bello es! En su rostro de líneas perfectas, en el que se concentra la luz, a pesar de que está curvado veo dibujarse una sonrisa para mí. Su ropaje inmaterial parece una brillante esmeralda convertida en atavío de luz. Sobre los hombros lleva un breve manto de un nítido color rojo claro, como cuando un rubí es traspasado por un rayo de sol. Las alas son dos claros resplandores plegados a ambos costados. ¡Qué profunda es su adoración!

No hago más que decir "Angele Dei!" para saludarle y "Ave María", porque recuerdo que en enero, siempre en su compuesta y adorante posición, me enseña a saludar a María, que estaba presente, con esa plegaria. Quizás tendría qué decir algún "Gloria", pero pienso que en ese caso, me lo daría a entender. María es su Reina y, alabándola, se alaba también a Dios, del que es Hija, Madre y Esposa. Por eso, creo que hago algo grato a Dios y a mi custodio si rezo de este modo.

Pero quédate siempre junto a mí porque, en verdad, siento la "tristeza mortal" que hacía llorar a Jesús en el Getsemaní[93]

27 de junio de 1944

Hechos 7, 3.

Dice Jesús:

<<Las almas por las que tengo predilección reciben la orden que recibió Abraham: "Vete de tu patria y de junto a tus parientes y ven a la tierra que te mostraré"[94].

Es una afirmación real y metafórica a la vez. Es real porque, en verdad, el que se consagra a Mí se convierte en un extranjero y en un desconocido para sus mismos parientes.

Es un desconocido, debido a su nueva personalidad. Es un extranjero porque entre él y sus parientes es como si surgiera un diafragma, como si se creara una singular Babel[95], por el que él va más allá, hacia la tierra que Dios le indica y los demás se quedan donde estaban y aunque aún estén cerca, ya no pueden entenderse, porque él ahora habla la lengua de esa tierra y ha adquirido sus costumbres, mientras los otros siguen pensando, actuando, hablando, del modo habitual. Esto no proyecta burlas pero causa, en cambio, un gran dolor, un gran estupor.

El Dios que ha llamado a la "nueva tierra" es quien siente particularmente este dolor. Él quisiera que le siguieran los que ama, porque ha comprendido que "esa tierra" es un lugar de elevación. Quisiera que los demás así lo comprendieran para poder hacerles enamorar de las bellezas que va descubriendo.

En tanto los otros se sorprenden de su cambio. Y lo definen "manía", o bien egoísmo, desamor, extrañeza. No es nada de eso. Es un amor perfecto, tanto hacia sí mismo como a sus seres queridos, amor que da e intenta dar a los demás el bien que recibe para sí mismo. No es extrañeza sino, por el contrario, es una regla perfecta pues él, por ser su conducta una expresión, se encuentra precisamente en la regla del Hijo de Dios: obediencia absoluta a la voz de Dios, superior a cualquier voz de la sangre, de intereses, del respeto humano.

La herida no se sana ni puede sanarse, porque el elegido para la "nueva tierra" conserva en su lado más material de sensibilidad común a los hijos del hombre y, por eso, sufre continuamente al ver que los que más tendrían qué entenderle le acusan de desamor, y al tener que rechazarles, aunque se le destroce el corazón, para encaminarse por el sendero que Dios le señala. Por eso, su herida está siempre abierta y en ella están clavados el amor de los suyos que, por amarle, le torturan; su propio amor que, al no ser comprendido, se retuerce en la llaga, y la imperiosa voluntad de Aquel a quien ama con todo su ser. Por lo tanto, es una herida de amor. Por lo tanto es una herida en la que está Dios, porque Dios está donde hay caridad.

"Ven a la tierra que te mostraré"; Dios no se la muestra antes. Le dice: "Ven". El premio que consiste en la vista de esta tierra será concedido al que obedezca sin proponerse conocer lo que le espera. Dios dice solamente: "Ven". Y él va sin preguntar nada.

En la tierra bendita el sol no se pone nunca, no reinan las áspides y los escorpiones ni los animales salvajes, no se conocen tormentas ni escarchas y la primavera es eterna. Todos los seres tienen abundante alimento sobrenatural, los troncos destilan miel y brota leche de las fuentes, la armonía es luz y la luz armonía, sus habitantes son felices como las flores en una serena mañana de abril y ríen con júbilo perenne,

[93] Mateo 26, 38; Marcos 14, 33-34.
[94] Génesis 12, 1
[95] Génesis 11, 1-9.

que refleja la divina risa de su Señor. Pero el ingreso de esta tierra bendita es muy enmarañado y espinoso: en su entrada hay guijarros y zarzas, lianas y estrechos pasajes sobre precipicios y torrentes tumultuosos, tenebrosos virajes y zonas azotada por vientos de borrasca.

En lo alto, hay una sola estrella: Yo; Yo, que debo ser luz, calor, voz, esperanza, consuelo, fe, guía para el heroico caminante, Yo solo, ¡Ay del que no mira continuamente hacia Mí!

En cambio, el que preserva ve que, tras los guijarros y zarzas, sigue un camino más llano, a cuyas orillas se asoman algunas flores; ve que, más allá de las lianas que en la entrada desgarraban como cables de hierro erizado de espinas, hay bordes muelles, que no son un estorbo sino una ayuda; ve que se hacen más anchos los pasajes, menos pavorosos los senderos, más seguro, más amplio, más luminoso, más cálido, más sereno el camino en su incesante subir. Hacia el final, el alma ya no camina: vuela. Vuela. Penetra como un dardo de amor en la tierra que se ha conquistado. El Cielo es suyo.

Mas, ¡cuánta generosidad se necesita! Hay qué darlo todo, María; hay que darlo sin recibir nada, "ni siquiera donde posar el pie"[96]. No hay qué pretender nada, porque no prometo nada cuando digo: "Ven". No prometo nada humano. Prometo la eternidad sobrehumana.

Esto es lo que debes esforzarte en entender y aceptar y, junto contigo, deben hacerlo todos los que son iguales a ti, porque mi elección os ha consagrado, en el claustro o en el mundo. También deben hacerlo los que, por ser mejores –aunque no han sido llamados a un camino de perfección especial, aunque no son soldados de la perfección aconsejada y no impuesta –se preguntan por qué su vida no transcurre plácidamente también en el bienestar terrenal.

Yo no miento ni he mentido jamás. He prometido y prometo daros la Vida y lo que es inherente a la Vida. Es lo necesario y os lo doy. El resto es lo superfluo porque está destinado a lo perecedero. Os lo doy porque soy bueno, tan bueno que hasta lo soy con el mosquito al que concedo por lecho el cáliz de una ajedrea montana y por alimento la microscópica gota de miel contenida en éste. Del mismo modo, os doy a vosotros, los que pereceréis, lo que le necesita a lo perecedero: alimento, vestidos, morada. Mas os invito a tender hacia lo alto: al espíritu y a lo que es propio del espíritu.

Que el que me ama más, intente comprenderme más. Que proceda desnudo, hambriento, carente de lo que pertenece a esta jornada terrena, pero saciado, rico, ataviado con realeza por lo que respecta al Día eterno.

Ve en paz>>.

29 de junio de 1944

Transcribo aquí las palabras que fueron dichas ayer, colocadas al final de la singular tarea que me hizo hacer mi Señor y cuyo fin ignoro.

Dice Jesús:

<<Amor a la obediencia y la verdad. Has recibido un fuerte castigo por no haber querido seguir la "voz" interior y la palabra de tu Director. Mas si bien es cierto que el castigo perdura, la culpa ha sido anulada por la misma causa que te llevó a oponer resistencia. Has obrado por un motivo de amor y el amor cubre el pecado y lo destruye, Mas no vuelvas a hacerlo. Por sobre las voces de cualquier tipo está mi voz y la de quien habla en mi nombre; estas voces deben ser escuchadas siempre. Obraste como una niñita irreflexiva. Pero como soy justo, tengo en cuenta los atenuantes y noto el motivo de amor que, aunque humano, siempre es amor y sabré obtener un bien también de este error tuyo. Ve en paz>>.

Más tarde dice Jesús:

<<Todo ser viviente y todo lo que le pertenece, muere y se desvanece para no volver jamás. La alegría, el dolor, la salud, la enfermedad, la vida, son episodios que se producen y, tarde o temprano, se disuelven y, bajo esa forma ya no vuelven jamás. La alegría o el dolor, la salud o la enfermedad pueden volver bajo otras

[96] Génesis 8, 9

formas, con otro aspecto. Pero esa determinada alegría, ese determinado dolor, esa enfermedad, esa salud, ya no vuelven. Pertenecen a un momento. Cuando ese momento haya pasado, llegará otro momento semejante, pero no será jamás ese preciso momento.

Y en cuanto a la vida… ¡oh!, una vez que ha pasado, la vida ya no vuelve. Se os concede una hora de eternidad, un momento de eternidad para conquistaros la Eternidad.

¿No has pensado nunca que este motivo podría ser aplicado a la parábola de las minas de las que habla Lucas[97]?

Se os da una moneda de eternidad. El Señor os la confía y os dice: "Id. Negociad vuestra moneda hasta que Yo vuelva". Y a su regreso o mejor a vuestro regreso a Él, os pregunta: "¿Qué has hecho con mi moneda?". Y el siervo fiel, feliz, puede responderle: "Pues bien, mi Rey. Con esta moneda de eternidad he hecho este trabajo y este otro también y también éste. Y sé, no por haberlo calculado sino por la palabra angélica, que he ganado diez veces". Entonces, el Señor le dice: "¡Muy bien, mi fiel siervo! Dado que fuiste fiel cuando te di poco, ahora te daré poder sobre diez ciudades y, en tu caso, reinarás aquí, donde Yo reino por la eternidad, y reinarás inmediatamente, pues trabajaste como más y mejor no habrías podido hacer".

Luego Dios llamará a otro y éste le dirá: "Con tu moneda hice este trabajo y este otro. Mira, mi Rey, lo que está escrito de mí". Y Yo le diré: "Entra también tú, porque trabajaste como pudiste y todo lo que pudiste".

Mas al que me diga: "He aquí tu moneda tal cual. No la negocié porque temía tu justicia", le diré: "Ve al Purgatorio para conocer allí el Amor y trabajar allí para conquistarte el reino, pues has sido un servidor indolente, no te has empeñado en saber quién soy y has juzgado que soy injusto, dudando de mi justicia y olvidándote de que Yo soy el Amor. Que tu dinero sea vuelto en expiación".

Y al que se presente ante Mí y me diga: "Yo derroché tu moneda, gocé de ese dinero porque no creí que existiera de verdad este Reino y quise disfrutar de la hora que se me había concedido". Le responderé indignado: "¡Oh, siervo necio y blasfemo! Que te sea quitado mi don y sea depositado en el Tesoro eterno, y tú vete donde no está Dios y la Vida no existe, pues no quisiste creer y quisiste gozar. Gozaste y, por lo tanto, ya tuviste tu gloria carnal, sin alma. Ahora basta: el Reino de la eternidad quedará cerrado por siempre para ti".

Si Yo fuera solamente Justicia, ¡cuántas veces tendría que tronar estas palabras! Mas el Amor es más grande que mi Justicia. La una es perfecta y perfecto es el otro, mas el Amor es mi misma naturaleza y tiene prioridad sobre mis otras perfecciones. Es por eso que gano tiempo con el pecador y obro de modo que el culpable no perezca del todo.

Os doy tiempo. Eso es amor y justicia a la vez. ¿Qué diríais si os zarandeara al primer error? Diríais: "¡Pero, Señor, si me hubieras dado tiempo para reflexionar, me habría arrepentido". Os concedo tiempo. Faltáis una vez, dos, diez, setenta veces y Yo podría castigaros. Os doy tiempo para que no podáis decirme: "No has tenido bondad conmigo".

Al contrario, sois vosotros los que no sois bondadosos con vosotros mismos, los que os priváis de la riqueza que creé para vosotros, los que os suicidáis quitándoos la Vida que os he dado.

La mayor parte de vosotros disipa o emplea mal la moneda de eternidad que os entrego; de este modo, hacéis de vuestra jornada terrena el medio para un eterno sufrimiento en lugar del instrumento de vuestra eterna gloria. Por otra parte, la minoría de vosotros teme mi Justicia y, por eso, permanece inerte y se condena a aprender entre las llamas del amor purgativo quién es Dios-Amor.

Sólo una pequeñísima parte sabe apreciar mi moneda y hacerla rendir diez por una, sabe sumergirse en el amor como el pez en un límpido vivero y remontar la corriente para llegar a la fuente, a su Dios y decirle: "Heme aquí. Creí, amé, esperé en Ti. Fuiste mi fe, mi amor, mi esperanza. Ahora vengo a Ti y mi fe y mi esperanza cesan, todo se convierte en amor, puesto que ya no necesito creer que existes, ya no necesito esperar en Ti y en esta Vida. Ahora te poseo, Dios mío. Y el eterno deber de esta Vida mía eterna es amarte, sólo amarte".

[97] Lucas 19, 11-27.

Alma mía, que puedas estar entre estas almas y que mi paz sea contigo para ayudarte en esta obra>>.

1° de julio

Sábado. Día de la Preciosísima Sangre.

1 Juan 5, 5-8.

Ayer no escribí porque estaba en agonía y Jesús me dejó descansar y sufrir.

Ahora dice San Juan:

<<Yo, como testigo, puedo atestiguaros que Jesucristo derramó toda su Sangre por nosotros, y lo hizo por habernos amado hasta odiarse a Sí mismo pues, aun siendo el eterno Viviente, por amor nuestro se entregó en manos de los hombres y de la muerte.

Os atestiguo que apoyé mis pies en las huellas dejadas por Él en las calles de Jerusalén y que, bajo la cruz, sentí sobre mi cabeza las gotas de su Sangre y vi colar Sangre y agua de su costado abierto. Os atestiguo que, cuando le desclavamos de la cruz, su Sangre me cubrió por completo como cuando el racimo, que por muy maduro se abre por todas partes, deja colar humor que se convierte en vino que embriaga y fortalece.

Que, por piedad hacia sus propias almas, dejen de blasfemar los que blasfeman diciendo que Cristo no fue Dios y Hombre verdadero. Al Verbo de Dios nada le impedía manifestarse entre los hombres, materializando su divino espíritu como hombre ya adulto que, por un prodigio, apareciera en medio de las multitudes para instruirlas en la perfección de la Ley y redimirlas con la Palabra. Y tampoco nada podía impedir al Potente no sólo materializar su Espíritu, sino también hacerlo semejante en todo al nuestro en un cuerpo con verdadera carne, verdaderas venas, verdaderos nervios, verdaderos huesos, verdadera sangre, sabiendo que los hombres no se habrían redimido por la Palabra y que era necesario hacer un Sacrificio por la Justicia. Los ángeles se materializaron y también lo hacemos nosotros cuando debemos aparecernos por voluntad divina. Hostias e imágenes destilaron sangre para eliminar vuestras dudas y sacudir vuestra indiferencia,

Mas, para que la Negación no encontrara excusas, Él quiso convertirse en un pequeño germen que había de madurar en las entrañas de una mujer y que luego se convertiría en un niñito que llora y mama para vivir y luego en un adolescente, en un joven, en un hombre, tal como sucede al más grande o al más ínfimo de los nacidos de una mujer, dado que el nacer y el morir nos iguala a todos. Por eso Él, el Dios habiendo querido hacerse Hombre por amor, no quiso ser diferente de nosotros.

Solamente fue diferente en su Perfección y en su Pasión, pues ninguna criatura la padeció de modo tan horrendo y total: en la carne, en la mente, en el corazón y el espíritu. Y, sin embargo, así la quiso para Sí, a pesar de ser, en verdad, El que no merecía castigo alguno, a pesar de ser el eterno Inocente, cuya obra es solamente amor y luz, ciencia y bondad.

Por lo tanto, tomó un alma y con ella descendió en el seno sin mancha.

¡Oh, alma feliz que el Padre creó para que fuera el alma de su Verbo encarnado! ¡Oh, seno feliz que llevó su perfección inmaculada a la perfección de la Maternidad divina y colmó sus entrañas con la Luz! ¡Oh, seno bienaventurado de la Madre de Jesús y mía, te has convertido en el faro del mundo hasta que el mundo exista! ¡Oh, torre de David, torre de perlas, torre de marfil, torre de lirio, torre resplandeciente más que la luna debido al Sol que estuvo encerrado en ti!

Mi Señor tomó un alma y la revistió con una carne que iba nutriéndose y formándose en la sangre de la Virgen, y asombra que esa sangre que Él había tomado de la Pura fuera más roja que el rubí, pues parecía que en ella, todo debía ser solamente candor, aun más puro del que recubre el lirio. Se revistió de carne porque el Amor había fecundado a la Amorosa de Dios, por lo que puede decirse que Jesucristo es el fruto de las nupcias del Amor perfecto con el más perfecto amor: que Jesucristo es el Fuego, que se fundió con la nieve para dar lugar a la Materia más preciosa, sagrada y pura que la Creación expresó y vio florecer.

Tal fue el alma que entregó, como hacemos todos nosotros con un fuerte grito cuando, una vez consumado el Sacrificio, en su corazón y sus venas no quedó ni una gota de sangre. Pero para demostrar que, en su infinita caridad, no había dejado nada para Sí, por el costado abierto gritó: "Heme aquí, muero por vosotros" y destiló la última gota de sangre y el agua de su carne ya muerta, de modo que no pudiera decirse: "Él no era humano y no murió de verdad".

Él era hombre y experimentó todos los desfallecimientos y los tormentos del hombre que muere. Murió realmente porque nadie habría sobrevivido tras el terrible lanzazo, tan profundo que a través de su laceración logré ver el corazón –abierto de modo semejante al del cordero que el carnicero expone en su tienda- y el pulmón, ya detenido y crispado después del último anhélito. El espíritu, el agua y la sangre atestiguan en la Tierra que Jesucristo era el Hombre, del mismo modo que sus palabras –confirmada por la voz del Padre y por la aparición del Espíritu sobre Él-[1] atestigua que Él es el Hijo de Dios. No tengas dudas acerca de su naturaleza divina ni acerca de su naturaleza humana. Triunfarán los que hayan vencido al mundo, al mundo que niega porque, saturado de odio satánico, no puede creer que haya existido alguien que amó hasta el punto de humillarse haciéndose Hombre aunque era Dios, y desear la muerte para volver a darnos la Vida.

El mundo se vence con la fe. Y la fe os testimonia que nuestro Señor Jesucristo era verdadero Dios y verdadero Hombre, y que por amor nuestro se encarnó en el seno de María, mas no nació por un poder humano sino por esponsales divinos y murió por nosotros en la cruz, derramando por nosotros toda su preciosísima Sangre. A cambio de ello nos pidió solamente que creyéramos, que esperáramos, que le amáramos y que amáramos en Él.

Ésta es la Sangre en la que se purifican y se hacen dignas de brillar ante el trono de Dios las estolas de los creyentes. Ésta es la Sangre que brota como un río del trono del Cordero y nutre el árbol de la Vida, cuyos frutos son medicinas para el mundo; quien está al amparo de su sombra, ya no sabrá qué son el llanto, el hambre, la sed, el dolor, porque para él terminarán todas las miserias de la carne y el espíritu será bienaventurado en Jesús, nuestro Señor. Así sea. Así sea para todos sus siervos, ¡oh, Señor! ¡Ven para todos, Señor, Jesús![2]

Que la gracia de Jesús, nuestro Señor, sea siempre contigo>>.

Mi San Juan me arrebata llevándome al Cielo. ¡Cuánto tiempo hacía que no escuchaba su dulce voz, que es la más bella después de la de Jesús y María! Si Ud. la escuchara aunque sea una sola vez, si Ud. escuchara aunque sea una sola frase pronunciada por esta voz, ya no lograría olvidarla. Oírle hablar descansa y da fuerzas. Es sereno, apasionado, potente; es, precisamente, el águila que conduce hacia el Sol. Estoy muy contenta de que, justamente él y justamente hoy, haya hablado de la preciosísima Sangre, de la que soy tan devota.

Trece años atrás hice la total ofrenda de mí misma, justo en la fiesta de la Sangre de Cristo. No me arrepiento de haberme ofrecido. Si pudiera volver atrás, lo haría de nuevo inmediatamente, aun ahora que sé lo que significa darse. Que Dios sea misericordioso conmigo por esta generosidad mía, que es lo único que tengo, y le dé las alas a la pobre hormiguita para subir hacia Él.

2 de julio

Dice Jesús:

<<No nos busques afanosamente. Estamos contigo.

Una vez le fue permitido a María que buscara a su Jesús, a su Dios, que se había perdido[3]; pero fue algo accidental. María tenía a Dios aún antes de ser su Madre, pues Dios está siempre donde hay gracia, porque la gracia es amor y Dios está donde hay amor.

[1] Mateo 3, 16-17; Marcos 1, 10-11; Lucas 3, 21-22; 9, 34-35; Juan 1, 32-34.
[2] Apocalipsis 7, 9-17; 22, 1-5 y 20-21.
[3] Lucas 2, 41-50.

Al igual que con mi Madre, así sucede con vosotros, ¡oh, fieles hermanos e hijos de Dios y de María! Cuando buscáis a Dios, es porque ya el amor os lo ha puesto en el corazón. Cuando os parece que está llegando a vosotros, no es que veáis su llegada: en realidad, vuestro espíritu, que ha alcanzado aún mayor lucidez porque la fiebre de amor es más intensa, os lo hace ver donde Él ya estaba. Os parece que viene a vosotros. En realidad, es que vosotros os unís más íntimamente a Él. Únicamente donde no hay gracia y, por lo tanto, no hay amor; no hay deseo, no hay búsqueda de Dios, Él no llega nunca y no llega porque el odio le rechaza.

Es por eso que la Gracias tiene una importancia capital: ella es la que os concede, con una anticipación de amor, la posesión de Dios, que es el júbilo y la gloria de los bienaventurados.

Por lo tanto, no me busques afanosamente. Piensa que, si a veces parece que no estoy, no es que te castigue. ¿Que le dije a mi Madre? Le dije: "¿Por qué me buscabas? ¿No sabes que debo ocuparme de los intereses de mi Padre?" Pues bien, cuando te privo de mi presencia sensible y parece que te he abandonado, es que me estoy ocupando de los intereses de mi Padre. Necesito tus lágrimas de amor para rescatar un alma que el odio ha convertido en esclava del Mal. ¿Ves cómo te amo? Te asocio a Mí para rescatar a los pobres extraviados y para servir a la gloria de nuestro Padre.

¡Oh, pequeña esposa, sonríe! Antes que refresque el día y las sombras se hagan densas, nos iremos al monte de la mirra y a la colina del incienso[4]. ¡Oh, pequeña esposa, sonríe! En la cumbre, serás coronada.

¿Sabes cuál es la cumbre del monte nupcial para mis pequeñas, para mis amadas esposas? ¿Sabes cuál es su corona de reinas? La cumbre del Gólgota perfora el cielo y florece en el Paraíso, y de las matas de espinas que me torturaron brotan rosas de oro. ¡Qué largo es el camino bajo la cruz! ¡Qué grande es el dolor en la cruz! ¡Cuánta sangre tienen que beber esas espinas para poder florecer!

Ven y sonríe con tu espíritu. Las lágrimas son las perlas sobre el rubí de las rosas y los sollozos los acordes de las cítaras que resonarán en tu entrada triunfal, cuando subas del desierto, colmada de delicias y apoyada a tu Dilecto>>.

3 de julio

Dice Jesús:

<<Habéis levantado en mi honor suntuosas catedrales y la cruz de mi Hijo proclama por doquier nuestra bondad y vuestra sujeción.

Mas, ¿la palabra de la Cruz corresponde a la de vuestro espíritu? También sobre las tumbas de los faraones están narrados episodios que proclaman su eternidad y la fidelidad de sus súbditos. Mas, ¿para qué sirven? Esos reyes, de los que está escrito: "sois inmortales", ya están bien muertos como muertos están sus súbditos. La realidad es eso: polvo, muerte, olvido, nada, y las palabras proclaman sobre las tumbas vanas profesiones de fe.

¿Acaso no sucede lo mismo con vosotros? ¿Qué valor tienen los templos si no están vivificados por vuestro verdadero amor? ¿Pueden bastarme? ¿Pueden ser dignos de Mí? Se ha dicho: "El Altísimo no habita en templos hechos por la mano del hombre"[5]. Lo han dicho refiriéndose al templo de Salomón, que es la casa más suntuosa que la mano del hombre levantó en mi honor. Ahora mi Hijo vive en todas las iglesias por su infinita bondad de Redentor y Amigo. Mas, ¿dónde podemos hacer nuestra morada, Yo, el Padre y el Espíritu Paráclito?

Nuestro templo –que no está hecho por manos humanas, pues lo creó mi potencia- es vuestro espíritu. ¡Y son muy raros los espíritus en los que el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo pueden reunirse para morar y descansar, como en un engalanado cenáculo! Del mismo modo que la unión de las tres Personas obró y obra todos los prodigios de la Creación y los milagros del amor, nuestra morada en un espíritu que nos acoge, obra prodigios cuya amplitud se conocerá en la segunda vida.

[4] Cantar de los Cantares 4, 6.
[5] Hechos 7, 48.

Y el mundo se asombrará al conocerlos. ¡Qué humillación sufrirán los que se creyeron "grandes", "sabios", "potentes" y criticaron, atacaron, atormentaron a las almas que eran dilectas para Nosotros, cuando vean cuánta sabiduría, cuánta grandeza y poder se albergaba en ellas, porque en ellas estábamos Nosotros!

Vuelvo a decirlo: "El Altísimo no habita en templos humanos. Su morada está en el espíritu del hijo fiel">>

4 de julio

Hoy no ha habido dictados, no porque la Voz estuviera ausente sino por mi incapacidad para recibirla. No estoy en situación de comprender, me siento demasiado turbada, casi delirante, con crisis semejantes a las de los infaustos días de Viareggio. ¡Es excesiva esta tempestad! Ya no cabe en mi pobre corazón y en mi pobre cabeza, ¡ya no cabe nada más! ¡Ten piedad, Señor! Tú sufriste una agonía en el Getsemaní… ¿cuántas has dispuesto que sufra yo? ¿Cuántas son las almas desesperadas que deben encontrar de nuevo la paz a través de mi tormento?

Para colmo de torturas hoy, entre las 16 y las 17, he tenido qué hacer frente a una dura tentación. El Tentador quería convencerme de que disimulara por un fin humano. Me decía: "Escribe con tus palabras. A esta altura, con un poco de atención, puedes imitar el estilo del Maestro. Escribe lo que puede servirte para poner en aprietos –o peor aún- al que te ha causado tanto dolor. Él es muy crédulo y caerá en la trampa en seguida". Le he contestado: "No, no usaré nunca la mentira, ya sea para esto como para otras cosas. Aún contra mi interés, escribo solamente lo que me dictan las diversas "voces" que oigo y nada más. No escribo nada mío. ¡*Vade retro*!".

Ha sido una larga lucha… Yo sudaba como si hubiera estado en un horno. He vencido. Pero el demonio se ha vengado agudizando todos mis temores, mis nostalgias, mis desalientos…

¿Quién conoce estas luchas? Si duran mi vida y mi razón y volveremos a vernos, se las referiré mejor. Ahora no agrego nada más porque estoy destrozada por la crisis de esta mañana y por la lucha de hoy.

5 de julio

10 de la mañana.

Dice Jesús:

<<Alma mía, sé buena y paciente. Si sabes permanecer buena y paciente, te haré un regalo grande, como se los hice a muy pocos en el curso de los siglos.

Alma mía, convéncete. Nadie puede amarte como te amo Yo. Uno fracasará y te desilusionará por un motivo, otro fracasará y te desilusionará por un motivo diferente, Sólo Yo no falto nunca y no desilusiono nunca. Convéncete, alma mía.

Los pequeños afectos y los pequeños consuelos humanos pueden servirles a las pequeñas almas. Mas, cuando una es elegida por Dios, deja de ser una pequeña alma *–no por su mérito sino por el don que le da gratuitamente El que la quiere-* y es nutrida por una sustancia que hace grande su pequeñez y entonces las pequeñas cosas ya no sirven más, sirven para alegrar, como las flores a lo largo de un sendero.

Pero ni siquiera las flores más bellas, más perfumadas, más numerosas, son pan que nutre, ¿no es verdad? Sirven para deleitar. Uno las mira, les sonríe porque son puras y buenas, aún más buenas que los animales que, de todos modos, son buenos con los hombres. Algunas veces uno las recoge para tener una compañía que no traiciona y una caricia cuyo simple propósito es consolar. Uno aspira su perfume para olvidar los hedores que emanan las concupiscencias humanas, los egoísmos, las mentiras. Nadie ama tanto las flores como los que son buenos e infelices, los que están destinados a una suerte sobrehumana, porque en las flores leen las palabras de bondad de Dios y porque justamente pueden encontrar en esas flores la bondad que no encuentran en otra parte, la compañía que consuela sin segundos fines, la fragancia que recuerda la atmósfera celeste. Mas no se podría vivir de flores; se necesita el pan.

Así son las pequeñas cosas para un "verdadero espíritu"; son flores, enlazadas también con numerosas espinas. ¡Qué le vamos a hacer! Son flores que nacen en los senderos de la Tierra, allí donde el hombre pasa enfangando con su huella carnal y donde Lucifer siembra sus semillas de odio.

Son muy diferentes las flores de "mis" senderos. Las hicieron brotar mi llanto y el de María, las fecundaron mi sangre y la de mis corredentores y también la tuya, ¡víctima mía! Son flores eternas. Se llega a ellas a través de una muralla de espinas: el mundo. Pero luego… ¡oh, luego qué pasa! Yo, que amo, cada tanto cojo una de estas flores y os la traigo aquí, más allá de la muralla, porque no quiero veros llorar sin que os llegue mi consuelo: Yo sé qué significa el dolor de ser redentor y no ser amado.

Convéncete, alma mía. Ya no eres una mujer. Eres mi "esposa" y no mi sierva, como dices, o mi esclava, como te profesas. Y sólo el Esposo puede comprenderte, amarte y darte los consuelos que necesitas realmente.

Álzate, pues. Ven. ¿Dónde encontrarás un pecho que sea para ti cabezal más seguro que mi pecho? ¿Dónde encontrarás brazos que te estrechen en un reparo más seguro que el de mis brazos? ¿Dónde encontrarás una boca que pronuncie palabras y sepa besarte con mayor dulzura que mi boca? ¿Dónde encontrarás un corazón que sepa igualar el ritmo de sus latidos con los tuyos y sufra si sufres, y goce si gozas, como hace el mío?

Ven, pues. ¡Ven aquí! De aquí salen los dulces tormentos que te hieren para imprimirte mi huella de crucificado y salen también los dulces torrentes de fuego que te consumen para llevarte purificada al Cielo. Y es justo que de aquí salgan también las dulces ondas de amor para que te sumerjan en una dulzura que cure todas las crueles heridas provocadas por los hombres, pero no las provocadas por Mí: ésas no han de ser curadas porque sería destruir el don más precioso que un alma pueda recibir.

Dime: ¿cómo es el dolor que provocan mis heridas? ¿Es, acaso una congoja que saca de quicio? No; es una congoja que aumenta la inteligencia y la fuerza. Sólo las heridas humanas hacen mal realmente, porque su dardo está impregnado de veneno de odio. En cambio, mis dardos están recubiertos por la miel del amor y cuando hieren elevan a Dios.

Que mi paz descienda sobre tu dolor>>.

Más tarde, a las 12, cuando apenas he acabado de rezar.

Dice Jesús:

<< ¿Qué debes hacer? Lo mismo que hice Yo: callar y perdonar Por eso te presto mi mirada.

Ningún microscopio, ningún rayo eléctrico o radiológico es tan potente como mi ojo para ver el verdadero aspecto de las criaturas. Todos los que creen que Yo-Hombre no sabía conocer a las criaturas, tendrán qué desilusionarse. No había rincón en ellos, por oculto que fuera, que no resultara para Mí claro y visible como la página de un libro, abierta y expuesta a una nítida luz. Cuando quiero, te hago mirar con este ojo para que puedas conocer.

Hay almas como abismos. Y ¿puede haber luz en un abismo? No, por cierto: en las profundidades, marinas o terrestres, hay sólo tinieblas. A lo más, hay como un recuerdo luminoso pero, en general, la tiniebla es absoluta. En ella viven aún seres ciegos. Y lo son, en efecto, porque al estar envueltos por las tinieblas, la vista sería inútil para ellos. Más que inútil, la vista sería un tormento, porque sufrirían por no ver. Son ciegos porque ése es su destino, pero en ese destino todavía hay amor.

También entre los hombres hay ciegos (de espíritu), pero no lo son por culpa de su destino y, tanto menos, por voluntad de amor, al contrario, lo son por su mala voluntad.

La Luz brilla para todos los hombres. La Voz llama a todos los hombres. La Verdad está dispuesta a instruir a todos los hombres. El Camino está abierto para todos los hombres. La Vida quiere entregarse a todos los hombres. La mayor parte de los hombres cierra los ojos, se tapa los oídos, para no ver la Luz, para no oír la Voz; se aleja de la Verdad que enseña, avanza por caminos que son lo opuesto del Camino; se condena a una efímera existencia porque rechaza la Vida. Esos hombres son abismos tenebrosos.

A ellos hay que decirles mis palabras: "Padre, perdónales porque no saben lo que hacen"[6]. Es su único atenuante. *No saben* lo que hacen. Si lo supieran con exactitud, *y quisieran seguir haciéndolo*, el infierno no sería suficiente para castigarles.

Son verdaderos abismos. Deberán responder de haber querido seguir siendo *abismos* a pesar de que Yo y mis corredentores[7] hicimos de nosotros mismos red para descender hasta el abismo y aceptamos la angustia de las tinieblas aun siendo hijos de la Luz, para llevarles una reminiscencia de Luz, para inducirles a ella, para llevarles a ella.

Quitarles de las tinieblas: esta es la misión de los redentores. Para tener el heroísmo de ser redentores hay que estar plenamente encendidos en la Luz, hay que *ser una sola cosa* con la Luz. Por eso, aun cuando a nosotros –que no somos tinieblas- nos parece estar envueltos en ellas, en realidad tenemos tanta luz que parece un resplandor respecto a las tinieblas verdaderas de los espíritus ciegos. Tendrían que amarnos porque les llevamos la Luz. En cambio, precisamente por eso. ¡Oh, pero no importa!, volvemos a subir de su abismo a nuestro abismo, porque también nosotros estamos en un abismo. Estamos en Dios, *que es abismos de Perfección*. Volvemos a subir y perdonamos. Más aún: rezamos para que sean perdonados y para que tengan deseo de Luz. El deseo es el primer peldaño de la subida hacia la Luz.

¡Oh, sé generosa! ¡Nosotros somos los ricos y ellos son los miserables! Nosotros somos uno con el Padre, poseemos sus riquezas espirituales, sus eternas riquezas. En cambio, ellos… ellos son miserables y lo serían aunque poseyeran todos los tesoros del mundo, porque éstos son sólo humo y polvo que el viento dispersa. Ellos no poseen al Padre nuestro.

Sé generosa. La generosidad del sufrimiento y de la misma renuncia son nimiedades frente a la generosidad perfecta de despojarse de los hermanos que, si bien ostentan por orgullo una actitud segura, por cierto no se sienten ni seguros ni felices. Créelo.

Ven aquí. Sobre este corazón que te ama deposita una lágrima, un beso y un perdón para tus propios hermanos. Ahora todo duele menos, ¿no es cierto?

Mis palabras son muy diversas de las que ayer te sugería el Enemigo, ¿no es verdad? Y también esta dulzura, este descanso actual, son sentimientos diversos de los que sentías ayer, cuando rondaba a tu alrededor. Sentías su hálito acre, te quemaba su odio, sufrías porque no eres amiga suya y te da repugnancia. Mas ahora sientes lo que emana de Mí, tu Dios: paz, dulzura, bondad.

Quédate tranquila. Has merecido esta doble efusión de amor, porque ayer amaste la Verdad por sobre todo cálculo humano.

Ve en paz, ¡oh, mi bendita! El amor de Dios está siempre contigo>>.

6 de julio

Para quien juzga desde un punto de vista humano, yo tendría que estar sumida en la desgracias. En cambio, desde ayer me encuentro en un estado de gracia muy grande.

Después de haber tenido que librar la infernal lucha del 4 por la tarde (que quise escribir porque me parecía justo hacerlo), lloré mucho. Estaba verdaderamente agotada y destrozada. Durante la noche, hacia las 3, la ansiedad me quitó de mi sopor. Hacía mucho que no me sucedía. Volví a llorar desconsoladamente, hasta parecerme que se me había desplazado el corazón.

Luego recé. Luego hice mis ofrendas acostumbradas. Cuando llegué a la ofrenda por Nennolina[8], le dije: "Nennolina, dásela tú a Jesús y dile que me haga volver a casa. Si se lo dices tú, te escuchará… tú, que estuviste tan enferma, puedes comprender bien lo que significa el sufrimiento de una enferma".

[6] Lucas 23, 34.
[7] Está aplicado en el significado usado en Gálatas 2, 19-20 y Colosenses 1, 24.
[8] De ella se trata en el dictado del 14 de junio.

Nennolina se me apareció toda vestida de blanco, casi tan alta como Marta. Se me apareció con sus ojazos pensativos y brillantes, sonriente, luminosa, con un cinturón de luz en el costado, en el lugar de la enorme herida.

"¿Eres tú?", le pregunté.

Me respondió con una sonrisa de niña feliz.

"¿Eres muy feliz?".

Como respuesta me hizo otra sonrisa de asentimiento.

"¿Cómo está tu piernita?".

Entonces Nennolina habló: "No me sirve más. Donde estoy ahora, ya no sirve nada más. Es suficiente el amor". Y con un gesto infantil, dio una especie de voltereta sobre sí misma, mientras una alegre risotada dejaba ver todos sus dientitos.

"Nennolina, ¿me quieres?".

He ahí otra sonrisa de asentamiento.

"Acuérdate de decirle a Jesús que la pobre María no tiene más que a Él y que espera sólo en Él".

Me sonrió por última vez y, con un gesto de adiós, la forma se disolvió en luz.

Después vino Jesús con esos dos dictados y esta mañana, tras una noche de tranquilo sopor, consolada por las caricias divinas, he aquí el dictado sublime. Estoy contenta también desde el punto de vista humano… porque soy todavía una mujer y hoy he recibido "una flor", como dice Jesús, "una cosa pequeña para un… espíritu grande".

¿Es grande? ¿Es grande mi espíritu? ¡¡¡No!!! Pero es un espíritu que tiende a crecer para agradarle a Dios, sólo a Él.

Pues bien, he recibido una cosa pequeña: una flor de amor humano. Eso le ha hecho muy bien a mi ser rasguñado, completamente rasguñado y magullado en sus heridas por puñados de ortigas… Por eso hoy gozan el espíritu y el cuerpo.

¡Oh, Señor bendito, que has tenido piedad de tu pobre María!… Pero el Señor me hace entender que ha tenido piedad porque anteayer supe serle fiel y no dije mentiras por servir a Satanás.

Leerán estas páginas Paola, Peppino, Marta y el P. Migliorini, si vuelvo a verle. Ahora basta; así lo quiere el Maestro.

7 de julio

Dice Jesús:

<<Es verdad, te he concedido una flor porque "aún" eres una mujer. Y el sufrimiento de tu sensibilidad de mujer no comprendida me causa piedad.

Pero Yo quiero que me pertenezcas sólo a Mí. No eres aún suficientemente generosa como para saber romper todas las ataduras que te ligan a la tierra, como para que tu corazón sea sordo a las voces de la tierra y quedes ligada solamente a Mí y me oigas solamente a Mí. Entonces, Yo rompo esas ataduras: te hago ver la miseria de los afectos humanos y te hago compararlos con los míos. Son tan diferentes como una hoja de papel aluminio respecto a una lámina de oro puro, o mejor, a un bloque de oro puro. Son como astillas de vidrio respecto a un brillante purísimo. ¿Y tú quieres demorarte en mirarlos y remirarlos y en añorarlos? ¡Oh, niña mía! ¡Ve adelante, libre, dichosa, con la libertad y la dicha de los bienaventurados!

Hay una frase que vosotros los elegidos por Mí, meditáis demasiado poco. Pertenece al apóstol Pablo y dice: "*Cuando el que me separó desde el seno de mi madre* y me llamó por su gracia, tuvo a bien revelar en mí a su Hijo… *yo, enseguida, sin escuchar ni la carne ni la sangre…"*[9]. Luego Pablo volvió a la gente, pero para ese entonces, por obediencia a Dios, había terminado la "segregación" que Dios había iniciado y por la cual, dejando de lado la carne y la sangre, se había dado por completo al Amor verdadero.

[9] Gálatas 1, 15-16,

¡Oh, todos vosotros, los elegidos por Mí para una misión particular!, sois unos "segregados". Te hablé de esto hace unos días (27 de junio): "Vete de tu casa y de junto a tus parientes".

Entre el alma elegida y el resto del mundo se alza un impalpable muro, más sólido que el de una fortaleza. Os convertís en extranjeros para los demás, *aunque seguís hermanados a ellos,* porque con las lágrimas de vuestra evangélica soledad trabajáis para su bien. No les repudiáis. Al contrario, *les amáis con un amor perfecto, porque para dicho amor no cuentan ni la carne ni la sangre, ni el provecho, ni el afecto; para él cuenta sólo la caridad que viene de Dios y que hermana a amigos y enemigos, a parientes y desconocidos, a buenos y malvados, porque no os fijáis en su rostro y en su corazón, miráis el santo rostro de Dios, Padre de todos los creados y mi corazón, que ama a todos los hombres.*

Ve adelante, ve adelante. El último trecho del camino es el más espinoso; para recorrerlo hay que estar libre de todo peso. Mas a cada paso se dilata el horizonte y está más cerca el sol.

Ven, ven. Mírame sólo a Mí. Mira esta morada, esta Patria. No mires las pequeñas y mudables moradas y las pequeñas y mudables patrias de la Tierra. Mira esta eterna Casa, que es también tuya y esta eterna Patria, que es también la tuya y este eterno Amor, que es tuyo. Yo, Yo, Yo soy el Amor>>.

8 de julio de 1944

Me llega una cándida y gloriosa visión para consolar la dolorosísima agonía de mi cuerpo –que está sumamente enfermo desde hace diez años, pero que ahora carece de las reservas de fuerzas y de las consolaciones que tenía diez años atrás y también de aquel clima que le ha permitido sobrevivir- y la agonía de mi alma que, tan pronto como cesa la voz de mi Jesús, queda desolada hasta tal punto que muere.

La visión persiste desde hace horas y aplaca mi sufrimiento, me hace más soportable tanto el sufrimiento físico, que es indecible, como el moral, que los que me rodean comprenden menos aún, sea porque no se lo explican, sean porque no logaran descifrarlo.

Veo la gloriosa Asunción de María Santísima. No veo dónde comienza. Me parece que se trata de una casa porque, desde mi posición de espectadora externa, veo una especie de cubo cubierto de cal viva, como si fuera una casita.

De lo que sería el techo, llamémoslo así, o sea, de la parte superior, veo salir una fila de ángeles: bellos luminosos, emocionados. No cantan, ni hablan. Parecen completamente absortos en una tarea de amor que les hace resplandecer el rostro de intensa alegría.

Están inclinados sobre una abertura y observan. Luego despliegan las alas color de perla y se disponen en dos filas. Se intensifica su sonrisa y se intensifica la luz de lirios y perlas fundidas con diamantes que emanan de ellos, una luz que supera la claridad de la tímida alba que, apenas surgida, ya parece ir creciendo con dificultad a pesar de la serenidad del día, probablemente porque la intensidad de la otra luz, la celeste, es muy superior. Es como si ésta la absorbiera así como absorbe el titilar de las últimas estrellas y el postrer rayo de luna, que aún es visible como una hoz delgada y pequeñita en el cielo que va aclarándose.

He empleado mucho tiempo en describir esta parte de la visión pero creo que en realidad, duró pocos minutos.

Luego, como la ola que desborda y supera la orilla, de lo alto del cubo cubierto de cal surge un intenso resplandor y con él surgen también cabezas de ángeles, alas y cuerpos luminosos. En medio de ellos, entre sus brazos, con la expresión plácida de la criatura sumergida en un hermoso sueño, veo a nuestra Madre.

Está toda vestida de blanco. Tanto el vestido como el manto y la ancha faja de paño ligero que podría ser un sudario, están hechos de un flamante y finísimo lino en una misma tonalidad de perla. Su rostro es tan claro como las vestiduras; parece hecho de pétalos de magnolia y sólo las finas cejas dibujan como dos comas levemente oscuras en la nívea tez. Tiene las manos cruzadas sobre el pecho, a la altura del estómago, con la punta de los dedos inclinadas hacia la ingle. Es como si hicieran marco al Vientre santificado por la Encarnación de Dios. También las manos son como dos capullos de magnolia que reposan sobre la nieve de las vestiduras.

María parece dormir. La cabeza, sostenida por un ángel con la veneración de quien lleva en sus manos una inmensa reliquia está inclinada ligeramente hacia la derecha. En el rostro ha quedado atrapada una sonrisa; quizás la ha dejado allí el último pensamiento de amor.

Los ángeles se elevan transportando el sacro peso y a ellos se unen otros, formando una corona. María asciende en el aire de color turquesa, hacia las últimas estrellas y la pálida luna y el mundo no sabe que su Reina está yendo a colocarse en su trono.

Puedo seguir el ascenso de la cohorte angelical, que se hace siempre más numerosa porque, desde las alturas serenas, bajan a su encuentro otros ángeles, llevados por la santa prisa de venerar a su Reina. Poco a poco la Tierra se aleja, se avecina el Cielo… ¡qué pequeña es la Tierra! ¡Es sólo un puñado de sórdido barro! Y veo que, a medida que la Tierra se aleja y se avecina el Cielo, el cuerpo de María pierde esa pesadez propia del sueño y parece que está a punto de despertarse. También el rostro adquiere un ligero color, como sucede al que se recobra de un desmayo; los labios se entreabren para respirar más profundamente y se vuelven más purpúreos.

Entretanto, en el cielo teñido de rosa hacia oriente, centellea el primer rayo del sol, pero no corre hacia la Tierra sino que se lanza cual saeta en el cielo en busca de La que asciende y la besa, la viste de un delicadísima tonalidad coralina, entre el rosa y el amarillo, la entibia con su beso, la llama con su calor. Entonces María entreabre plácidamente los ojos azules como el cielo que ya está tan cerca de Ella y la envuelve en su añil, porque la Tierra, ese puñado de barro, ya ni se ve; ha sido anulada con todas sus miserias.

María abre los ojos y ve a los ángeles… María sonríe y ve la sonrisa de los ángeles. María alza los ojos más arriba, aún más arriba y ve la Gloria de Dios.

Y asciende… Los ángeles están a su alrededor pero apenas la sostienen. Parece que ahora Ella ya no necesita más ese sostén para seguir subiendo. Ya es la Reina de los Cielos y los ángeles son solamente sus doncellas espirituales, que la rodean para servirla.

María asciende rápida y feliz, y ahora eleva las manos, estrechadas en un fuerte apretón, hacia lo alto, en un acto de adoración. Y la cohorte angélica es un himno de luz que la vista no puede soportar.

También María ahora es toda luz, una luz de extraordinario fulgor. El manto, la faja, la túnica ya no son de lino; son el inmaterial atavío de diamante entretejido con perlas con que se presenta siempre. Su belleza está aumentada por una indescriptible majestad: parece rejuvenecida, como alcanzada por una eterna juventud. No es más vieja que su Hijo y Señor y frente a Él, que va a su encuentro en medio de una cohorte de ángeles, parece la Belleza junto a la Majestad.

Entre llamas incandescentes y paradisíacas armonías, el cortejo penetra en las alturas y el Cielo se cierra para la vista humana.

¡Oh, visión celeste, quédate conmigo! Puedo hallar consuelo sólo en lo que no es de esta Tierra, porque en la Tierra para mí hay sólo dolor y soledad. Quédate conmigo en mis agonías para que yo muera mirando a la Madre, al Esposo y a los Amigos que saben corresponder y compadecer.

Dice María:

<<No temas. Dios socorre con su Divinidad.

A pesar de que muchos me habían amado, en el momento de la muerte uno solo estaba conmigo. Mas mi Dormición, esa pausa entre la vida terrena y la celestial, no fue una pausa solitaria. Los ángeles velaron mi sueño, como muchas madres velan junto a la cuna. Y cuando nací para el Cielo, me sostuvieron como una madre para llevar mi debilidad hasta el aura que abolió la parte material y sus leyes en cuanto al peso, y me hizo semejante en el cuerpo a mi amado y glorioso Hijo.

Has hecho bien en invocarles. Son los "amigos" de las almas fieles. Y por su índole angelical, son capaces de entender lo que los amigos terrenales no siempre intuyen o intuyen mal.

Te quitaron al ángel sacerdotal que era tu consuelo. Te quitaron al amigo que sabía entender. Te quitaron a tus padres y a otras personas que, si bien de modo imperfecto, te procuraban alivio. Pero algunas te han quedado aún. Y te quedamos Nosotros, puedes estar segura. Sólo por una culpa tuya el lugar en que vives

podría despoblarse de estos seres que no conocen variaciones de amor y que somos todos Nosotros, los que estamos en el Cielo.

No llores, hija mía. Recuerda que cada hora que pasa te acercas más al gozo.

Ahora duerme. Tu espíritu está sumergido en la oscuridad poblada de visiones doradas que la eterna Bondad te envía y de palabras de Verdad que provienen de esa misma fuente divina. Del mismo modo estaba mi espíritu durante su último sueño terreno. ¡Mi último sueño! Tu pausa en la oscuridad y el silencio humanos son más largas, pero terminará en la luz y los cantos del Cielo.

No llores, porque Nosotros estamos contigo>>.

8 y 9 de julio de 1944

Como todas las semanas, ayer por la noche quería hacer la Hora de la Dolorosa. El viernes por la noche no había podido hacerla debido a la grave e improvisa crisis cardiaca que me acometió y que me dejó aterrorizada. Ayer por la noche me dispuse a hacerla con fervor, pero ya no tengo los dictados y, por eso, tuve que hacerla yo sola.

Me salió bien la primera parte, referida a María en el Sepulcro. ¡Pero luego fue muy difícil! Lo que quería meditar contrastaba con la luminosidad y el aire de fiesta de la visión matinal. Naturalmente, quería llorar con María en su desolación. Pero, más allá de las tres lúgubres cruces que mi espíritu contemplaba con Ella en la cumbre del Calvario envuelta en el crepúsculo vespertino, veía a la Madre feliz y adormecida, subiendo al Cielo con la levedad fragante de un inmenso ramo de rosas blancas que los ángeles llevaban a Dios. Y entonces las lágrimas y la sangre quedaban anuladas por las sonrisas y el candor de los pétalos…

¡Era así, ni más ni menos!: me parecía un cúmulo de pétalos de rosas deshojadas, una nube de pétalos de rosas que subía al Cielo.

Por eso no conseguí seguir la meditación. La Madre, que ya me ve demasiado adolorida, no ha querido que vierta otras lágrimas. ¡Es tan buena!… Me adormecí con esa discordancia entre mi voluntad de meditar su dolor y su voluntad de hacerme contemplar su júbilo.

11 de julio de 1944

Ayer fue un verdadero día de fiesta, de gran fiesta. Vino el P. Migliorini. ¡Jesús comprendió que yo no podía seguir adelante sin Cireneo! ¡Bendito sea!

Esta mañana me he confesado y he comulgado como se debe. Si hubiera de morir antes de volver a ver al Padre, lo considero ya como un viático. La Comunión se me hace aún más solemne por la visible presencia de Jesús, vestido de blanco, junto al P. Migliorini y en la acción de gracias se me aparece también María, igualmente vestida de blanco: sigue mi acción de gracias sonriendo y con las manos juntas. ¡Todo esto es muy diferente del color de ceniza, del sabor de ceniza de las otras veces!

¡Ya lo ves, Jesús, Señor mío!: esto es justamente lo que necesita tu pobre María.

Hoy siento particularmente el cansancio por la fatiga de ayer, al tener qué moverme para que rehicieran el lecho, y por toda la emoción y las conversaciones que mantuve después. Por eso ahora los dolores son fortísimos y generales. El mal tiempo propicia más que nunca el dolor de las vértebras y el cielo gris es melancólico. Prosigue el exilio. El peligro está siempre al acecho. La nostalgia siempre es intensa. Pero ves que hoy soy fuerte y, aunque no sea feliz, al menos estoy serena y en paz.

Por lo tanto, oh Jesús, date prisa en devolverme a mi ambiente, que es aún más saludable y vital para mi alma que para mi cuerpo.

12 de julio de 1944

Esta mañana mi despertar del sopor se ha producido a las 7 y ha sido caracterizado por una enorme dulzura.

Hacía ocho horas y media que había caído en ese sopor y al volver a la sensibilidad y a la razón, me he dicho inmediatamente: "¡Ay! Esta es una mañana sin sol. No hay Comunión con el P. Migliorini. No hay nada…", y mientras tanto sentía brotar el llanto por mi miseria.

Me he puesto a rezar sin moverme, mientras Marta seguía durmiendo. Hacía poco que había comenzado y estaba recostada sobre el lado izquierdo, cuando he oído a mis espaldas el rumor apenas perceptible y tan conocido del paso de la Madre y luego un roce de sus pequeñas manos sobre la frente y la cabeza. Me acariciaba. Me he puesto en posición supina* para no darle la espalda y me he quedado ensimismada y feliz bajo sus leves y tiernas caricias.

He osado aún más. Dado que la materna mano descendía de la frente a la mejilla, girando un poco la cabeza la he besado en la palma, tan lisa que parecía de seda, tan tibia como el hueco de un nido, perfumada con una indefinida fragancia, entre violeta y almendra amarga, ese tipo de perfume que tienen ciertas flores de mucha inflorescencia, en las que hay mil matices fragantes que se funden en un solo aroma.

La Madre ha permitido mis gestos y yo he hundido mi rostro en el hueco de esa mano pequeñita propio como en un nido y ni con eso me he contentado, porque he osado cogerla con mi mano derecha y besarla también en el dorso y en los dedos afilados y luego he vuelto a pasarla por la mejilla para sentir su caricia. La Madre sonreía y no impedía mis gestos. ¡Cuánta dulzura había en Ella!

Después me ha impulsado a terminar mis oraciones y se ha quedado allí cerca sin dejar de acariciarme. Luego se ha ido, dejándome como recuerdo su perfume fresco y gentil, que no tiene seguros correspondientes en los perfumes de la Tierra.

De este modo mi tristeza se ha mudado en paz.

Sin embargo, Ella no me ha hablado. Por ahora no habla nadie.

Considere, Padre, que dado que estaba rezándole a Sta. Teresa del Niño Jesús, al sentir el roce y la primera caricia de la pequeña mano afilada, he pensado que se trataba de ella, que me aseguraba que escuchaba mis plegarias. Además, con el rabillo del ojo veía también un borde de tela más bien marrón oscuro sobre la muñeca delgada y blanca y eso me hacía pensar todavía más en Sta. Teresita. Pero luego ya no he tenido dudas. Era nuestra Madre, pero estaba vestida de oscuro como en la vida cotidiana. Era, precisamente, la Madre que viene a dar los buenos días a su hija enferma.

Más tarde, mientras sigo pensando en el júbilo de esta mañana, dice María:

<<Era yo misma, como Reina del Carmen. Con este título me invocas y, asimismo, le rezas a mi hija Teresa del Niño Jesús. Dado que rezas, ofreces y sufres por el sacerdocio y por los pecadores, te adhieres con tus intenciones a las intenciones de las carmelitanas, aunque no perteneces a esta Orden. He querido traerle a mi pequeña María un beso de paz, decirle que está bajo la protección de mis caricias, que la aman también las santas del Carmen y que no tema. Ámame siempre invocando cualquiera de mis títulos; para mí, todos son entrañables de igual modo, porque todos provienen del amor. Te amaré en todas tus necesidades. ¿Sabes qué significa el amor de Madre? A menudo es un milagro de gracia y siempre es consuelo y bendición. Ten fe>>.

13 de julio de 1944

Salmo 33, 22[10]

Dice Jesús:

* supina = tendido sobre el dorso.

[10] Salmo 34 (vulgata 33), 22.

<<No solo es horrible la muerte del pecador. También lo es su vida. No hay que dejarse llevar por su aspecto exterior. Es como un barniz, un velo puesto allí para cubrir la verdad. En verdad te digo que una hora, una sola hora de paz del justo es rica en felicidad de un modo incalculablemente mayor que la vida del pecador, aun la más larga. Y digo una hora del justo; ni siquiera hablo de una hora del gozo del predilecto que se apoya en mi pecho.

¿La apariencia es diferente? Sí, la apariencia es diferente. Mas, del mismo modo que a los ojos del mundo no se advierte la riqueza en alegría de un santo que me pertenece, tampoco se advierte a los ojos del mundo el abismo de inquietud y descontento que se oculta en el corazón del injusto y que, como cráter de un volcán en erupción, eructa sin cesar vapores acres, corrosivos, venenosos, que intoxican cada vez más al desventurado. En efecto, intentando sofocar la inquietud, el que no obra por el buen camino trata de procurarse las satisfacciones que puedan aparecer a su ánimo descarriado que, por lo tanto, son satisfacciones orientadas hacia el mal, porque de su esencia puede provenir sólo veneno.

He aquí la calve que explica ciertas vidas tan sombrías, en las que la oscuridad aumenta día a día como si fueran precipitando, de peñasco en peñasco, en los abismos más profundos. Lo que les arrastra cada vez más hacia las profundidades es el peso mismo de sus acciones de seres fuera de la Ley: hablo de mi Ley, en el que se apoyan todas las leyes humanas dirigidas a contener a los hombres dentro de las reglas de la moral.

Los que ven –porque, habiéndose elevado a Dios, ya pueden ver lo que no es visible a los ojos de los seres vivos- se horrorizan al contemplar la perfección del mal en los pecadores obstinados y empedernidos. Como dice el salmo, la muerte de los mismos es algo horrible, es un horror que les arroja a la otra Vida sólo para hundirles en un Horror aún mayor.

Existen gigantes del pecado también por el hecho de que, por su posición social, ya son gigantes en la sociedad. Pero existen también gigantes del pecado que están confundidos entre la multitud y que públicamente no se distinguen por acciones nobles, pero que por dentro están corrompidos por todas esas culpas que gritan contra Dios y contra el prójimo.

¡Cuántas son esas culpas! Cuando los buenos, por una gracia especial, logran conocer espiritualmente, ante los mismos experimentan horror como algo putrefacto. Y, en realidad, se trata de una putrefacción que altera los colores y los rasgos, que infecta con su hedor, en el que se advierte sensiblemente el olor de Satanás y del Infierno.

Mas, ¡oh vosotros, todos los que sois buenos!, acordaos de vuestro Maestro. ¿A vosotros os causan repugnancia sus culpas? ¿Os la causan a vosotros? ¿Qué tendrían qué producir en Mí que soy puro y santo? Tendrían qué producir sólo asco. Y, sin embargo, les he amado hasta morir para intentar salvarles.

Por lo tanto, amadles con el amor más grande: el amor que lo supera todo para salvar. ¿No lográis salvar? No importa. Amad lo mismo esa alma sólo por que es obra de Dios. ¿Ahora está ensuciada por los excrementos de Satanás? Limpiadla con el constante rocío de un amor sobrenatural, de un amor verdadero, porque está despojado de toda atracción humana: más aún, de un amor heroico, porque resiste a pesar de que vuestro organismo, y también vuestra alma, sienten la náusea provocada por su fétida gusanera.

Si la salváis, experimentaréis un enorme júbilo. Si no la salváis, igualmente os corresponderá el mérito, porque habréis amado según mi mandato[11]>>

Jueves por la noche a las 21 horas.

Dice Santa Teresa del Niño Jesús:

<<Sí, soy yo misma quien viene a transcurrir contigo esta hora de agonía y a transcurrirla recordando a Jesús, cuyo rostro se altera bajo el sudor sangriento y comienza a asumir la expresión dolorosa, que es la que a nosotras, sus pequeñas víctimas y esposas, nos hace delirar de amor misericordioso.

[11] Juan 13, 34-35.

Soy yo. También yo vengo a acariciarte. Es mi hora, porque cuando están por comenzar los "grandes silencios", que son los toques de perfección que el divino Artífice da a nuestra alma, es necesario tener cerca a una amiga que los conoce.

No tengas miedo. Nuestro Jesús murió también de sed[12]… ¡Oh, divina sed! Sin embargo, a pesar de que casi no podía hablar porque estaba seca su garganta, pronunció las palabras que salvan, dijo la plegaria que salva: "Padre, perdónales", "Hoy estarás conmigo". "En tus manos encomiendo mi espíritu"[13]. Aun estando casi mudo por la sed y la agonía, aun estando casi ciego por la costra de sangre que le pegaba los párpados y por la muerte cercana, supo decir las oraciones que salvan, aún supo ver y adorar la voluntad del Padre.

Hermanita, cuando se está próxima a la inmolación, no hace falta hacer muchas cosas. *Basta saber permanecer fieles y ver a Dios a través de la costra del dolor que nos llaga el corazón y decirle que le amamos aún, siempre…*

No tengas miedo. Dios está contento de ti. Me manda para que te lo diga. ¿Crees que no eres una "niña en la infancia espiritual"? Lo eres, porque lo haces todo con simplicidad, también lo que atañe a tus imperfecciones. Y porque no intentas cubrirlas con astucia de adulto para otorgarles un falso atavío de justicia. Eres una "pequeñuela" en el camino que he enseñado, porque a Jesús le gustan los "pequeñuelos" y ha dicho que de ellos es el reino de los Cielos[14]. Y eres también una "víctima" y, por lo tanto, una adulta, porque el espíritu que, por propia voluntad, decide ser inmolado, aunque sea el de una criatura, es un espíritu adulto.

Ayer te preguntabas qué es el "doble amor" que he pedido para mí. Hermanita, para ti es esto: *ser niña y amar a Jesús con la simplicidad del párvulo, y ser víctima y amarle con el heroísmo del mártir;* estar con Él en la mísera cuna de paja, estar con Él en la tosca cruz. Estar siempre con Él para no dejarle nunca solo, para hacerle sonreír, para beber su llanto y morir con Él.

¡Cómo te ama! Te ha dado sus dos lechos más santos: la cuna sobre la que vela su Madre, y la cruz, sobre la que se inclina todo el Cielo. Son los lugares a que su amor te llama para una divina cita de amor. Desde allí emprenderás el vuelo hacia el Cielo.

Y ahora descansa, hermanita. Yo me quedo aquí para rezar contigo. Pero créeme: *para ser no sólo justificados sino también amados por Dios con un amor privilegiado, basta amar, amar mucho; basta decir solamente: "¡Jesús, te amo!" y decirlo con verdadero amor.*

¡Felices los que con cada latido de su corazón saben decir: "Te amo"! Expirarán con esta manifestación de amor en la mente, en el corazón, en los labios. Y ella les abrirá el Paraíso, porque Dios ama a quien lo ama y se ofrece a quien le ama>>.

Al sentir estas nuevas caricias de una mano gentil pero más larga que la de María, yo estaba incierta. Ni siquiera sé si en realidad era una mano más afilada, pero por cierto era diferente en la forma, en el peso y en el modo de acariciar. No veía más que la mano cubierta casi hasta el dorso de una ancha manga marrón. Era una hermosa mano afilada, pero me parece que era más larga que la de la Madre. Cada tanto yo sentía que me rozaba los cabellos. Y eso me hacía feliz. Ese toque confortaba mi sufrimiento físico, que es muy intenso. Sin embargo, no osaba decirme a mí misma: "Es santa Teresita". Ya me había equivocado ayer por la mañana. Pero cuando, además de sentir la caricia, he visto la mano, ya no he tenido más dudas.

Sin embargo, no he visto nada más. He visto sólo las manos, también he oído la voz, que era muy bella y dulce, y he sentido una enorme paz, una protección, un cálido sentimiento de amistad… no sé explicarme muy bien. Además, sus palabras me han hecho aún más feliz.

A causa del corazón, estoy muy mal desde ayer en la tarde. Al contrario, ayer por la mañana, luego de la venida de la Madre, me sentía tan aliviada también físicamente, que hasta me puse a cantar una canción de amor a Jesús, cuya letra y música compuse yo misma. Pero no importa. Estoy muy contenta por haber recibido la visita de mi santita predilecta; estoy tan contenta que el dolor físico me parece una nimiedad…

[12] Juan 19, 28.
[13] Lucas 23, 34, 43, 46.
[14] Mateo 19, 14; Marcos 10, 14; Lucas 18, 16-17.

14 de julio de 1944

Dice Jesús:

<<Hija, escúchame bien porque la lección de hoy es muy difícil.

El hombre, *todo hombre, lleva en sí la imagen que Dios ideó para el Hombre. Mas no todos los hombres llevan en sí la semejanza con Dios.*

Se ha dicho: "Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza"[15]. Por lo tanto, ¿cómo puede ser que algunos tengan solamente la imagen? Y, ¿cómo pueden tener la imagen de Dios, si Dios no es cuerpo, si Dios es purísimo e incorpóreo Espíritu, Luz infinita y sempiterna, Pensamiento obrante, Fuerza creadora?

¡Cuánta ignorancia perdura aún entre los creyentes! Perdura la ignorancia consecuente y la no consecuente.

Ignorancia consecuente es la que proviene de una instrucción verdaderamente elemental, de una instrucción religiosa que no va más allá de las primeras nociones de la Religión, ya sea debido a la lejanía de los centros religiosos o por la negligencia de ciertos ministros que no se consumen tratando de que sus ovejas conozcan a Dios, estos pastores ídolos que Yo observo con expresión severa.

Esta ignorancia no impide el Cielo a quienes la llevan en sí, porque Yo soy justo y no acuso a un espíritu si sé que su ignorancia no es voluntaria. Por el contrario, observo su fe y si veo que, con esa sutil hebra de conocimiento de Dios que le han dado, se ha sostenido como si, en cambio, hubiera sabido mucho, lo premio como premio a un doctor santo. Si sabe poco, no es por su culpa. Al contrario, es un mérito que le corresponde si de esa poquedad sabe hacer una fuerza basada en estas escasas y coherentes ideas: "Dios existe. Yo soy su hijo. Lo soy por obedecer a su Ley. Obedeciendo, llegaré a poseer a Dios por la eternidad debido a los méritos del Salvador, que me ha concedido la Gracia". Es Espíritu de Dios alumbra con ideas de luz al creyente al que su pastor descuida o que está en zonas donde raramente hay un pastor.

Pero existe también la ignorancia no consecuente: *es la de quien no quiere instruirse aunque pueda hacerlo o que, tras haber sido instruido, deja de lado esa instrucción y se vuelve ignorante porque así lo quiere por comodidad.* Al que quiere vivir como bruto, le es necesario olvidar la Verdad.

Yo maldigo esta ignorancia. Es uno de los pecados que provocan mi desdén sin perdón alguno. ¿Por qué no los perdono? Porque significan el repudio de Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo.

¿Qué hijo puede ser el que no quiere conocer nada de su padre o que, conociéndole, quiere olvidarle (y llega a hacerlo)? Es un hijo rebelde, no digo ya a las voces sobrenaturales, sino también a la voz de la sangre. Y por eso también es inferior a los brutos pues éstos, hasta que por la edad están sometidos al padre, lo reconocen y lo siguen. Dejo a vuestro criterio juzgar qué rebelión puede ser ésta que está dirigida a un Dios que es Padre por la carne y por la sangre, por el alma y el espíritu.

Repudian al Hijo porque, sin recordar el sacrificio del Dios-Hijo –que se encarnó para traer al hombre no sólo la Redención sino además la Verdad- anulan totalmente en sí mismos la voz de esta Verdad para vivir en las mentiras que cultivan.

Repudian al espíritu Santo porque la Verdad siempre está unida a la Ciencia y la Ciencia, con su luz, os hace comprender las verdades más sublimes. Ya lo he dicho: "Yo me voy y tendría aún qué deciros muchas cosas, pero por ahora no sois capaces de entenderlas. Mas, cuando venga el Espíritu de la Verdad, os enseñará toda la verdad y cumplirá mi obra de Maestro haciéndoos capaces de entender"[16].

¡Oh, eterno Espíritu Divino, que nos amas tanto que para gloria del Padre descendiste a las purísimas nupcias que generarían al Redentor!, ¡oh, Tú que procedes de Mí y del Padre; Tú que, aun siendo mi igual, te convertiste en mi generador! ¡Oh, eterno Espíritu Divino, que para gloria del Hijo difundiste tu Fuego y sigues difundiéndolo continuamente para que sea comprendida la Palabra y las criaturas dejen de ser hombres

[15] Génesis 1, 27.
[16] Juan 16, 12-15.

para convertirse en dioses, viviendo según la Gracia y la Palabra! ¡Oh, misterio de nuestro Amor, poema inexplicable que sólo en el Paraíso los elegidos llegarán a conocer plenamente!

Yo lo he dicho: "Será perdonada hasta la blasfemia contra Mí. Mas no será perdonado el que blasfeme contra el Espíritu Santo"[17]. ¿Cuál es la blasfemia usada para ofenderle? Es el desamor que se manifiesta rehusando acoger la Verdad que Él ilumina.

Volvamos al principio del dictado.

La ignorancia profusamente difundida entre los creyentes origina ideas equivocadas acerca de la imagen de Dios, que no es una imagen física, pues Dios-Espíritu no tiene rostro, no tiene estatura, no tiene una estructura material. Mas el hombre tiene la imagen que Dios Creador ha ideado para él.

Por cierto el Potente, el Infinito, no tenía necesidad de llegar al hombre a través de una evolución secular de cuadrumanos. Desde el momento en que fue creado y comenzó a juguetear en los árboles del paraíso terrestre, el cuadrumano fue cuadrumano. El hombre fue hombre desde el momento en que Dios lo creó con el fango y haciendo lo que no había hecho nunca con lo creado, insufló en su rostro el espíritu[18].

*La semejanza con Dios está en este espíritu eterno, incorpóreo, sobrenatural, que tenéis en vosotros. E*stá en este espíritu, en este átomo del Espíritu infinito que, encerrado en una cárcel angosta y precaria, espera y anhela volver a reunirse con su Fuente y compartir con Ella libertad, alegría, paz, luz, amor, eternidad.

La imagen persiste aun donde ya no hay semejanza, porque físicamente el hombre permanece tal cual a los ojos de los hombres, *aunque a los ojos de Dios y de los sobrenaturales habitantes del Cielo y de pocos elegidos de la Tierra, aparezca ya con su nuevo aspecto de demonio.,* que es su verdadero aspecto a partir del momento en que, al no tener ya vida en él el espíritu, la culpa mortal le priva de la semejanza con Dios.

El hombre privado de la Gracia por obra de la culpa, es sólo el sepulcro donde se pudre el espíritu muerto. He aquí por qué, aunque todos los seres humanos tienen una imagen física común, cuando se cumpla la resurrección de la carne serán sumamente diferentes entre sí. Los bienaventurados tendrán un aspecto semidivino, los condenados mostrarán un aspecto demoníaco. Entonces se traslucirá al exterior el misterio de las conciencias. ¡Qué terrible cognición!

El hombre se hace tanto más semejante a Dios, cuanto más vive en la gracia y aumenta dicha Gracia, de por sí ya infinita, con el mérito de su vida santa. Es necesario esforzarse para lograr la perfección en esa semejanza. En verdad, no la alcanzaréis nunca porque la criatura humana no puede ser semejante al Creador, pero os acercaréis a esta sobrenatural Belleza lo más que se os pueda conceder.

Yo lo he dicho: "Sed perfectos como el Padre mío"[19]. No os he puesto límites a la perfección. Cuanto más os esforcéis por lograrla tanto más las barreras de lo humano caerán como las murallas ante el asalto de fuerzas victoriosas y disminuirán las distancias y será mayor la vista y aumentará la capacidad de entender, comprender, ver, conocer a Dios.

Mas para ello es necesario tender hacia la perfección con todas vuestras fuerzas, con toda vuestra generosidad, sin "mirar hacia atrás"[20] para ver lo que se deja; sin detenerse nunca; sin cansarse. El premio justifica el heroísmo, porque el premio consiste en sumergirse en el gozo del Amor y, por lo tanto, poseer a Dios como lo poseeréis en el Cielo.

¡Oh, beatífica unión y posesión maravillosa! Son vuestras, ¡oh, hijos fieles! ¡Venid y saciaos!>>.

Me había propuesto describir esta mañana la continuación de mi júbilo de ayer, pero Jesús comenzó a dictar apenas despuntó el día y por eso lo hago solamente ahora.

Después de haber hecho la hora de agonía de Jesús en el Huerto, me recosté tranquila, pensando en las bellas manos de mi santita[21]. No podía recordar nada más de su aspecto pues había visto sólo sus manos. Pero

[17] Mateo 12, 30-32; Marcos 3, 29-29; Lucas 12, 10.
[18] Génesis 2, 7.
[19] Mateo 5, 48.
[20] Lucas 9, 62.
[21] Santa Teresita del Niño Jesús.

como una niña curiosa, tenía un enorme deseo de ver si era tal como aparece en los retratos que acompañan su autobiografía; sin embargo, no esperaba poderla ver. En cambio, como un cuadro que va iluminándose poco a poco, se me reveló: después de las manos, vi los brazos, algo extendidos hacia mí como para estrecharme en un brazo, luego el cuerpo y por último el rostro.

Sí, los retratos se le parecen, especialmente los primeros, porque ahora, a fuerza de retocar, casi han alterado sus facciones. Me parece que le redondean demasiado el óvalo de la cara; en realidad, me parece más semejante el óvalo adelgazado de los últimos momentos, quizás porque el rostro espiritualizado que he visto parecía consumirse en la llama luminosa que se desprendía de él.

Sonreía con la boca y con los ojos. La veía muy joven y bella, con dos hoyuelos en la comisura de los labios y unos ojos hermosísimos, de un gris tendiente a pervinca*. No me pareció muy alta, más o menos como Paola, pero el hábito largo y el porte digno, casi diría real hacían parecer mayor su estatura. No llevaba manto ni tampoco el crucifijo cubierto de rosas. Parecía vestida como lo habrá estado para cumplir sus ocupaciones monjiles, sola y únicamente con un simple hábito marrón oscuro y el griñón blanco bajo el velo negro. Efectivamente, tiene las manos más largas que María, pero son muy hermosas. Con una suave sonrisa prometedora me dejó rezarle. Después se fue y me quedó solamente el recuerdo y un tenue perfume flotando en el aire.

Pienso que son muy pocos lo santos que se me aparecieron dirigiéndoseme por mí misma: San Juan se me apareció muchas veces; san José, una vez en enero (visión del Paraíso) y repetidas veces en los horribles días entre el 10 y el 24 de abril. San Francisco se me apareció una vez, aquí, me parece que a principios de mayo. Y ahora ha aparecido Santa Teresa del Niño Jesús. Los demás se me aparecieron en las visiones dirigidas a todos. ¡Ah, no!, vi también a Santa Inés cuando me dictó sus palabras. Y no vi nada más. A algunos les parecerá que veo a muchos santos, pero no me parece. En más de un año de… misión especial (llamémosla así), he visto sólo a cinco dirigidos a mí y si añado a Nennolina son seis. Y a los dos a quienes rezo siempre: San Francisco y Santa Teresita, les vi después de más de un año de dictados y a ninguno de los dos como les representan generalmente.

Estoy muy contenta, ¿sabe Ud.? Ayer noche, mientras miraba a la santa, le decía: "Dame un pétalo de tus rosas para decirme que se concede la gracia", y no me habría sorprendido en absoluto encontrarlo de verdad. En cambio, sólo sentí, después de que la santa se había ido, un leve perfume de rosas provenientes de la parte donde ella había estado.

Ella y San Francisco fueron mis maestros cuando estaba empezando a buscar a Jesús. Durante muchos años no tuve otra guía. Y ahora que creo estar cerca del fin, o mejor, del principio, me hace muy feliz sentirles cerca de mí. Me ayudarán a comprender a Jesús. A pesar de que físicamente sufro tanto, la serenidad permanece aún en mí.

¿Verdad que es lindo que en el momento de la preparación de la fiesta del Carmen yo haya recibido la visita de María, la Reina del Carmen, y la de la santita del Carmen?

Pienso que el 16 de julio de 1897 a la seráfica Teresita le dieron la comunión como viático y que la saludaron con el canto que yo canto a menudo:

¡Oh, Dios, Tú que comprendes muy bien mi nada,
no temes bajar hasta mí…
¡Sacramento adorado!, a mi corazón
desciende, a mi corazón que te anhela.
Quiero que tu bondad, oh dulce Señor,
Después me haga morir de amor.
Escucha la voz de mi intenso deseo.
Desciende a mi corazón…

* pervinca = planta con flores azules.

En esa época yo tenía solamente cuatro meses. Ahora, quizás me queden cuatro por vivir, por esperar la Vida. Mas, ¿no tengo acaso los mismos sentimientos que Teresa, aunque más imperfectos? ¿No tengo acaso la misma sed de Eucaristía, el mismo deseo de morir de amor, la misma esperanza única: Jesús?

Quisiera ser como la santita, no por el deseo de alabanzas humanas sino por el amor de Dios. Hago lo que puedo. ¡Oh, no! No me arrepiento de haberme dado al Amor, tampoco yo me arrepiento. Lo único que lamento es haberme dado a Él demasiado tarde y muy mal, y sólo me duele que el Amor me consuma tan lentamente.

No tengo tanta voz como para que el mundo me oiga. Pero si la tuviera, querría decirles a todos: "No tengáis miedo de daros a Jesús, al Amor suave y misericordioso. Él retribuye nuestra donación con tantas dulzuras que no existen palabras aptas para explicarlas. Cualquier comparación es como el reflejo de la luz mortecina de un candil respecto al deslumbrante sol. Para alcanzar a los que se equivocaron o a los que supieron llegar a las cumbres del heroísmo penitencial, tanto las pequeñas almas que pecaron y ahora vuelven a Dios, como las pequeñas almas que no saben hacer cosas importantes pueden seguir sólo esta senda: entregarse al Amor y dejar que Él obre… que Él haga lo que quiera de nosotros y en nosotros. Siempre nos llevará a hacer mucho más de lo que haríamos por nuestra cuenta, aun con muchos años de vida austera y generosa".

¡Qué Maestro, qué iniciador, qué purificador es el Amor! Tengo sólo esta moneda: mi amor, que he dado al Amor. Y con ella estoy segura de conquistarme el Cielo, no por méritos propios sino por la misericordia de mi Amor.

E igualmente estoy segura de que, por cierto, las cosas extraordinarias que me suceden no son monedas de conquistas para mí sino que, inversamente, son como… monedas de valor negativo, porque pueden inducirme a la soberbia. En cambio, tengo que recibirlas con humildad, con la clara idea de que no son para mí sino para todos. Yo soy solamente la vía por la que descienden y tengo la obligación de santificarme cada vez más para ser digna de recibirlas sin profanarlas con un contacto impuro; por lo tanto, se trata de un don no exento de peligros.

En cambio, cuando amo con todas mis fuerzas y me sacrifico por amor del Amor, ¡oh, entonces estoy segura de no equivocarme! Es más, precisamente este amor es para mí la absolución de las imperfecciones que puedo tener en cualquier ámbito. ¡Que crezca, que crezca, que crezca, para ser mi salvación eterna!

16 de julio de 1944

Dice Jesús:

<<Tú misma me das el tema de esta lección. Has dicho: "Siento compasión y tengo paciencia con los animales y los niños porque no están dotados de razón o todavía no gozan de ella. Pero ante un adulto que desvaría ya sea por maldad o por tozudez, tampoco yo razono porque no le compadezco".

¡Muy bien! Mas, si tu Señor, que te ha dotado de razón hiciera lo mismo contigo, ¿cuántas veces en tu vida habría tenido qué castigarte? Y si debiera castigar al hombre y no tener compasión de ellos cuando obran contra la razón –dado que concedí la razón a todos los hombres- ¿qué tendría qué hacer? ¿Qué hombre se salvaría del castigo? Y ni siquiera me refiero a cuando obran contra mi Ley, digo simplemente: cuando obran contra la razón como has dicho tú.

Ya por este hecho tú y todos los demás podéis comprobar que Dios es mejor, mucho mejor que el mejor de los hombres. Él es la perfección de la bondad sin límites y vosotros, abusando precisamente de lo ilimitado de dicha bondad, os permitís toda clase de faltas.

Mas no debéis hacerlo. Si Yo soy bueno, no es justo que abuséis de ello. Quisiera deciros: "Tratadme como a Dios", mas me limito a deciros: "Tratadme como vuestro Padre, vuestro Hermano y Amigo y obrad conmigo como obran los buenos hijos, los buenos hermanos, los buenos amigos entre los hombres".

Pero desgraciadamente, no sabéis hacer ni siquiera eso. ¿Y luego os lamentáis si no recibís el bien en la Tierra?>>.

20 de julio de 1944

Job 34, 29.

Dice Jesús:

<<Ya ha sido dicho desde los tiempos antiguos: "Si Dios da paz, ¿quién podrá condenar?" (v. 29).

Sin embargo, esos doctores que siempre me acusaban y que conocían a la perfección las palabras del Libro, las juzgaban de modo diverso. ¿Por qué lo hacían? Porque conocían al pie de la letra las palabras, pero no comprendían el espíritu de las mismas. Se asemejaban totalmente a los doctores de hoy que, con excusas ridículas y crueles, juzgan y condenan a mis predilectos y a Mí con ellos.

También condenaron a Zaqueo[22]. Dios había concedido la paz a su siervo arrepentido, que volvía a la casa del Padre más bien que del Amo. Los doctores condenan a Éste y a su siervo porque, según su opinión, la forma de arrepentimiento de Zaqueo no era suficiente. ¡Claro!, no había en su arrepentimiento esas formas hipócritas, totalmente exteriores, que a ellos, a los fariseos y a los escribas, les gustaban; eran formas para engañar al mundo sobre una presunta santidad que era únicamente ficción, porque en su interior existía y perduraba la podredumbre de sus vicios. El de Zaqueo era un arrepentimiento verdadero, el de su corazón.

He dicho: "Lo que contamina al hombre surge del corazón"[23]. Mas de éste surge también lo que le santifica. Los buenos pensamientos, las intenciones rectas, la firme voluntad de ser santos, los heroísmos que os concede el Cielo, los arrepentimientos sinceros que borran de la mente de Dios hasta el recuerdo de vuestras culpas y os conducen a Él y a Él le conducen a vosotros para daros su beso de Padre, todo surge de este tabernáculo que, como en una áurea píxide, contiene vuestro espíritu en el cual, por espiritual transubstanciación, se encarna y reside Dios.

El mundo farisaico, siempre presente y operante juzga y condena también a mis predilectos. Se pregunta: "¿Éste es una 'voz'? No puede ser. ¿Qué ha hecho para merecerlo?".

Respondo: "No ha hecho nada y lo ha hecho todo". No ha hecho nada si se considera su miseria respecto a la potencia de Dios y a su perfección. Lo ha hecho todo, si se considera su generosidad, que se dona totalmente a Dios, sólo a Dios, obrando en la humildad de una vida común, amando hasta cumplir las fuerzas físicas, obedeciendo tanto en las grandes como en las pequeñas cosas, hasta en las minucias que le pido para mantenerle siempre ligado dócilmente a mi deseo y poner a prueba constantemente su sumisión. Creed que sólo el que ama "con todo sí mismo" puede dar una sonrisa, al Dios que se lo pide, tanto la vida como el fruto que lleva a los labios, el sacrificio de un padre o de otro afecto santo como la palabra que le ordeno callar, la casa y el pan como el descanso que le mando anular en las horas de profundo cansancio, para que siga sirviéndome.

Si Yo le doy la paz, ¿quién podrá condenar? ¿Qué podrá condenar? ¿Condenará lo que Dios juzga ahora merecedor de bendiciones y caricias, de bienaventuranza después? ¿Condenará el bien que hace a sí mismo y a los demás? No le condenéis, imitadle y avergonzaros, oh siervos dañinos, oh demonios blasfemos, porque ya no sabéis servir al Señor Dios vuestro, porque ya no sabéis recibir, comprender y decir las palabras del Espíritu eterno, porque ya no sabéis convertiros en pan para las almas de vuestros semejantes, y sabéis sólo convertiros en hielo, en veneno, en cadenas.

¿Qué podrá condenar? ¿Podrá condenar el modo en que habla o escribe? ¡Oh, espíritu angélico, oh, bienaventurados poseedores del Paraíso, observad a los hombres insignificantes, observad su ánimo con las alas quebradas o carentes de ellas, esos hombres que, al no poder ya alzar el vuelo, juzgan que los otros no pueden hacerlo? ¡Observad a los ciegos topos que, dado que no pueden ver el sol, niegan que éste exista y que otros lo ven! ¡Observad a los cuervos sin canto que, no pudiendo repetir las armonías que los Cielos les han enseñado a otros, niegan que la voz exista!

Donde no son suficientes las alas del pajarito enamorado de Dios, acuden las alas angélicas para elevarlo a esas alturas que Yo deseo. Y Yo, Yo mismo, que soy Águila de amor, me abalanzo sobre él y lo apreso

[22] Lucas 19, 1-10.
[23] Mateo 15, 10-11; Marcos 7, 14-15.

para llevarlo hacia las alturas, hasta mi Paraíso y le muestro esta belleza que vosotros ya casi no sabéis imaginar, pues os parece una invención, y ocultáis vuestra incapacidad bajo una avalancha de palabras, cuyo resultado es este: "El Paraíso no puede describirse porque es Pensamiento".

¿Es pensamiento? Es realidad. Habla tú, pajarito mío que subiste hasta allí en las alas del Águila que te ama, y di si el Paraíso es solamente pensamiento o si es realidad espiritual, realidad de luz, cantos, júbilo, belleza. Diles a los que arrastran sus alas en el fango –porque con su inercia las han roto y reducido a miembros muertos- qué es lo que merece el Paraíso, diles cómo el dolor, la pobreza, la enfermedad, deben ser saludadas con una sonrisa al pensar en este Lugar donde les espera el Gozo sin fin.

El Sol existe y difunde océanos de luz y de fuego para llevar calor y revestir de esplendor a estos amigos míos, para quienes he preparado un trono eterno. El Sol existe y ya les pertenece, porque resplandece sobre sus cabezas como el rostro de un padre sobre la cuna de su niño y no hay nada más dulce que esta amorosa y celosa tutela de amor que no les abandona un momento, Mas vosotros veis apenas el Sol detrás de las espesas cortinas de niebla, provocadas por la sensualidad de vuestro cuerpo y de vuestro espíritu, por vuestro racionalismo que ha pulverizado en vosotros la capacidad de creer con la simplicidad de los niños y la firmeza de los mártires. Ya no podéis contemplar el Sol porque no lográis levantar la cabeza, ya que la abruma el pesado yugo de vuestra materia –que en vosotros supera al espíritu- mientras, en cambio, mis hijos benditos, despojados de toda constricción humana, mantienen siempre alta la cabeza, que es como decir su ánimo, siempre tendido a adorarme a Mí, el Sol.

Vosotros, que ya no sabéis entonar vuestras armonías a Dios, ni siquiera sabéis decirle aún que le amáis, decírselo no con los labios sino con el corazón (y esta es la armonía que Dios quiere oír por parte del hombre); vosotros, no neguéis que quienes me aman pueden repetir las armonías sobrenaturales que Yo y mis santos les hemos enseñado. Los que me aman han vuelto dúctil su úvula espiritual gorjeando su himno de amor sin desmayar –sea por el pasar del tiempo, sea por las contrariedades de la vida- y todas las cosas les dan la ocasión de decirme: "te amo". De este modo, han sido capaces de aprender a decir de nuevo los cantos del Cielo.

¡Oh!, bendecid a los que os descubren puntos y luces, a los que os acercan luces y palabras que vuestra miseria no conoce, a los que con total esclavitud de amor están clavados en un patíbulo que, como el mío, tiene la base fijada en el fango terrestre y el vértice en el azul del cielo. Vosotros que sabéis sólo arrastraros, podéis subir por estos puentes, podéis subir y conocer cuán bello es el azul y enamoraros de él y sentir nacer el deseo de imitar a mis hijos fieles.

¿Por qué queréis negar, por qué queréis decirle a Dios: "No es lícito que hagas esto"? La apostolicidad de la Iglesia no terminó con los Apóstoles. Prosigue con los apóstoles menores. Lo es cada santo, lo es cada "voz". Y Yo, que soy el jefe de la Iglesia apostólica, puedo elegir y difundir por doquier a estos pequeños apóstoles mío para vuestro bien.

¿Acaso os parecen humildes respecto a vosotros, tan doctos? Mas, ¿qué eran los doce apóstoles, los primeros? Eran pescadores, analfabetos, ignorantes. Sin embargo, les elegí a ellos, no a los doctos rabinos, porque ellos comprendían que no eran nada y, por lo tanto, eran capaces de aceptar la Palabra, mientras los rabinos, henchidos de orgullo, no tenían la capacidad de hacerlo. Yo busco la humildad y si mis pequeños apóstoles, aun permaneciendo amorosos, puros, generosos, se volvieran soberbios, les abandonaría sin titubear.

Les pido absolutamente dos cosas: amor y fidelidad a la Verdad (no sólo a la Verdad-Dios, sino también a la Verdad-virtud) y sincera humildad. Esta es la condición respecto a la cual soy más inexorable: la soberbia, signo de Satanás, primer signo de Satanás, me hace alejar con disgusto.

Por eso debéis pensar que, si Yo les concedo la paz, ninguno de vosotros puede condenarles. Ellos están por encima de vuestras condenas. Entre mis brazos, aman y escuchan los secretos de Dios y luego os los ofrecen, según la voluntad de Dios, para arrojaros una sarta de perlas paradisíacas que os sirva de guía y escalera para el Cielo.

"Voz" mía, te doy mi paz. Descansa en ella como un niño en el pecho de su padre>>.

21 de julio de 1944

No sé si para obligarme a vivir una hora de Getsemaní –pues era jueves por la noche- o por un tormento diabólico, ayer noche sentí que en mi corazón, que estaba tan sereno desde que Ud. había estado aquí, se desencadenaba una tempestad. Créame, Padre, que tuve miedo.

Me dije: "¡Si el Tentador vuelve a atraparme, estoy lista!". Tengo más miedo de esas nostalgias, que me suscita con una violencia tal que me hace perder el control, que de una crisis cardiaca. Me atemorizan porque sé cómo me dejan luego: debilitada moralmente y propensa a sentir de modo excesivamente agudo las inevitables miserias de la vida. Me insertan, si así puede decirse, en la vida y en el pasado, por lo que me arrebatan de mi Presente, que es Dios, mi Vida. Y sufro porque soy como un pajarito, acostumbrado al espacio, al azul, obligado a estar enjaulado en la oscuridad y atormentado por personas desconocidas, que ya sólo al verlas le producen terror.

Lo que digo puede parecer demasiado crudo, dado que no me encuentro entre desconocidos ni torturadores. Es verdad por lo que se refiere a la María mujer, que a este punto es tan poca mujer que puede decirse que ya está afuera de la vida. Mi Vida está en otra parte. Aquellas cosas que lo significan todo para los demás, para mí, por una milagrosa inversión, son cosas extrañas, que están fuera de mí, mientras me parece vida verdadera la que vive mi espíritu, una vida secreta, desconocida para el mundo ¡y tan viva!

Ayer por la noche, justo antes de que se desencadenara la borrasca de los recuerdos y de los consiguientes espasmos, estaba repasando mentalmente lo que se había percibido en las visiones y me regocijaba aún recordando uno u otro episodio, cuyas fases volvía a ver con nitidez. Las volvía a ver con el pensamiento, no con la vista interior; en resumidas cuentas, yo recordaba. Y, haciéndolo, le sonreía al pequeño Benjamían, y me regocijaba el júbilo de Jesús entre los niños y volvía a ver la casa de Zacarías en Hebrón y a la Virgen ocupada en las tareas domésticas, etc. Y decía para mis adentros: "¡Cuántas cosas me ha hecho ver Jesús para hacerme enamorar cada vez más de Él" ¡Cuántas llevo adentro de mí para que me hagan vivir feliz como un rey entre sus tesoros! ¡Gracias, Jesús!".

Luego vino el… coco… Pero, si no vuelve, duró poco. Llamé a todos mis celestes amigos: Jesús, María y José y la pequeña Teresa, y les dije: "Soplad para que se vayan los nubarrones. Yo no tengo fuerza para hacerlo… pero no quiero perder mi Sol. Está en mí y me otorga una inmensa paz, ayudadme". Y sentí que me ayudaban; sentí sonrisas, caricias y paz, paz, paz.

Esta mañana desperté de mi sopor cantando la canción que yo misma compuse para decirle a Dios que lo amor y le deseo. ¿Sabes?, me desperté cantando, junto con un pajarito alegre ante el sol naciente.

Sor Saviane me escribió: "Que la fe que te ha sostenido siempre, triunfe en tu alma purificada por el sufrimiento y haga relucir las nuevas y preciosas perlas de la inmortal corona. Que la amada Virgen te acompañe y te prepare a entrar en la nueva Jerusalén cuando y como lo quiera Jesús. Te has ofrecido a Él… En este cambio decisivo, que para ti es más angustioso que para otros, sientes que el Cielo con la cohorte de los que interceden por ti está muy, pero muy cerca de ti en el doloroso peregrinaje… Siénteme cerca también a mí, con mis plegarias… Jesús no te abandona… Que Jesús sea tu escudo, tu bálsamo, tu premio…"

Como siempre, esta monja santa que, desde el punto de vista humano no sabe nada, escribe como si lo supiera todo, mi todo, la vida especial que Dios me hace vivir. Siguiendo su consejo, dado que creo que esta monja está iluminada, llamé a mis "intercesores" celestes, e, hice bien. Y, visto que yo no valgo nada y que Ud. está lejos para infundirme paz, volveré a hacerlo todas las veces que regrese el… coco. Diez días atrás, cuando Ud. estuvo aquí, me ha infundido tanta paz, que aún me siento fuerte… ¡Es inútil! ¡A la pobre María le necesita Dios en el Cielo y Ud en la Tierra!…

Ahora abro la Biblia. Se me abre en el salmo 118 (suponiendo que lea bien los números romanos), precisamente en la estrofa Kaf[24].

Jesús me dice:

[24] Es el Salmo 119 (118 de la vulgata) 81-88.

<<Lee. Parece escrito para ti. Mas tu alma no se abrasa esperando mi auxilio. Lo que se abrasa se consume, se anula. En cambio, tu alma crece y se fortifica en la espera. La espera te sirve para despojarte de todos los restos de lo humano. Quiero recibirte simple y desnuda como el pétalo de una flor. La espera te sirve para fortalecer tu esperanza. Quiero recibirte con una esperanza más fuerte y perfecta que un bloque de acero.

No debes temer aunque te encuentres al borde del abismo y veas el infierno listo para aferrarte y, a sus espaldas, el mundo que, como una rugiente jauría, quiere despedazarte y está preparado a arrojarse sobre ti. Yo te lo digo: "No debes temer". Yo soy la Palabra que no miente. Espera y cree en Mí.

No sólo tus ojos sino también tus labios se cansaron y se consumieron diciéndome con la voz y la mirada: "¿Cuándo me consolarás?". ¡Oh! Lo haré pronto, mi dilecta. Soporta aún un poco la cruz y luego serás consolada mucho más de lo que esperas; serás consolada de modo tan sobrenatural que el gozoso estupor te dejará en éxtasis. Entonces, no te parecerá posible haber merecido tanto. No te parecerá posible, porque el júbilo hace olvidar el dolor presente y porque la humildad atenúa los sentimientos de mis siervos.

Mi pequeña y amada discípula, dulce hija de mi amor, no debe importarte si el granizo de las penas ha hecho de ti algo así como un odre expuesto a la escarcha. Cada lágrima es una gema. Cada acto de fe, cuando el dolor acucia, es más que gema. Vendrás a Mí más engalanada que una esposa.

Yo te he enseñado a no contar los días del pasado y del futuro. Pronuncia siempre la palabra de Dios: "Ahora". Di: "Sufro ahora. El pasado ya no existe. El futuro podría no existir. Pero ahora Dios me ama; pero ahora yo amo a Dios; pero ahora Dios me premia por la eternidad. Ahora, siempre ahora".

El salmista pregunta: "¿Cuándo harás justicia de mis perseguidores?" El salmista podría decirlo. Yo aún no había venido a traer el perdón y el amor. Tú no debes decirlo. Ni siquiera debes desearlo; porque he dicho: "Cuando alguien te abofetea, ofrécele la otra mejilla. Ama al que no te ama, para no ser semejante a los que en el mundo aman sólo a quien les ama. Bienaventurados vosotros, los que seréis perseguidos"[25]. Déjame a Mí el deber de la defensa y el castigo. Tú ama. Es algo más dulce y más santo.

¡Si supieras cómo te amo cuando veo que, precisamente tú, que odiabas, no sólo ya no odias, no sólo ya no sabes odiar desde que te dije que, por amor mío, amaras también a los enemigos, sino que sufres sintiendo que los demás odian, porque el odio entre hermanos es una ofensa hacia Mí, que soy el Padre de todos los hombres!

Aun cuando los inicuos te contaran fábulas para convencerte, sería inútil. Ahora ya estás por encima de ellos y de sus palabras. Estás firme en Dios, en el refugio de su corazón, como una avecilla en el nido. Te nutres directamente en mi pecho y por eso sabes cuál es el verdadero alimento y ya no pueden seducirte los engañosos sabores de engañosos alimentos. Y el odio de los ávidos de imposturas sólo puede asombrarte, como le asombra a un niño el desplante con que un adulto responde a la caricia que le ofrece. Te causa asombro, no odio. Al contrario, te aparta de los hombres, que es lo que deseo, y te impulsa cada vez más hacia Mí, en Mí. Y esto lo deseo aún más.

El que dice las verdades que Dios le pone en los labios se convierte en alguien tan odioso para el mundo que éste, aunque no intenta hacer desaparecer su persona –porque el mundo es vil y teme la prisión-, más bien intenta destruir la estima y el recuerdo que merece entre los buenos. Sin embargo, él sigue siendo fiel.

A los mandamientos que han sido dados a todos, se agrega uno especial para mis "voces", para mis predilectos. Es la fidelidad absoluta. Es una fidelidad referida no sólo a lo que ordeno, sino también a lo que aconsejo, referida no sólo a lo que aconsejo, sino a lo que deseo. Por eso, sé fiel a Mí contra todo interés humano. Juana[26] fue fiel a sus "voces" hasta la hoguera. Y, en su caso, eran voces de ángeles y de santos solamente. *Tu Voz es la mía*. Sé fiel a ella hasta el martirio, si así se pide. Sé fiel a ella hasta cualquier martirio. No creas que el martirio de la infame calumnia, de la guerra solapada, de las envidias y las mentiras, atormente menos que la hoguera. Sé fiel a Mí. Yo te ayudaré.

[25] Mateo 5, 10-12, 38-39, 43-47; Lucas 6, 22-23, 27-36.
[26] Se refiere a Santa Juan de Arco

Y ahora, di tú misma el último dístico*: "En tu misericordia dame la vida y pondré en práctica las enseñanzas pronunciadas por tu labio".

Sí, pides Vida y Vida te daré: aquí hasta que me sirvas; en el Cielo para que reposes en mi gozo. Te daré Vida aquí para que vivas cada vez más lo que te enseño. Bebe, bebe en la fuente de mi divina Palabra. Jesús-Maestro que es más que nunca Maestro, porque son muy raros los que quieren tenerle por Maestro, y Él se da sin límites a los pocos que han comprendido que no existe en el mundo ciencia ni palabra que sean más santas y verdaderas que la suya.

Oh, venid, venid, dilectos míos, los que me amáis y vivís de mi Palabra, los que sois cofres vivientes en los que deposito las gemas de mi pensamiento, lámparas de oro que resplandecéis por la luz que arde en vosotros. Yo miro este pequeño rebaño de amorosos corderillos en medio de las jaurías de feroces lobos, amorosos corderillos que, en medio del mundo endemoniado, dan testimonio de Mí, amorosos corderillos cuya vida es una profesión de fe y una prueba de que Dios existe. Yo los miro y resplandezco de gozo.

¡Oh vosotros, los bienaventurados; oh vosotros, los marcados con mi mismo Signo, venid! Mi corazón está abierto para vosotros. Venid y posaos en él. Venid…

Yo te lo digo: "¡Regocíjate! Dios está contigo">>.

22 de julio de 1944

Festividad de Sta. María Magdalena

Tengo una larga y hermosa visión que no tiene nada que ver con la Santa penitente que siempre he amado tanto. La escribo agregando hojas a este cuaderno pues estoy sola y utilizo para escribir todo lo que tengo al alcance de la mano.

Veo las catacumbas. A pesar de que nunca he estado en las catacumbas, comprendo que se trata de una de ellas. No sé cuál. Veo los oscuros meandros de estrechos corredores, bajos y húmedos, excavados en tierra, llenos de curvas como un laberinto. Se va adelante, en una determinada dirección, y con la impresión de que se pueda continuar así o que, a lo más, se pueda doblar hacia otro corredor y, en cambio, uno se encuentra delante de una pared terrosa y es necesario girar y retroceder hasta encontrar otro corredor que vaya más adelante.

En estos corredores hay numerosos nichos, listos para recibir a los mártires. Es decir, listos en el sentido de que cada uno de ellos ya está ligeramente excavado en la pared para orientar a los sepultureros. Así se presentan los que están al principio. Pero cuanto más se penetra en la catacumba, se ve que los nichos ya están terminados, que son profundos y están dispuestos paralelamente a la pared como las literas de una nave. Algunos ya están ocupados por los santos despojos y los cierra una tosca lápida en la que están grabados torpemente el nombre del mártir o del difunto y los símbolos cristianos, además de una palabra de despedida y de recomendación.

Estos nichos ya completados y cerrados están precisamente en la que me parece la zona central de la catacumba, porque a ella dan con frecuencia ambientes más vastos y más altos, como salas y salitas, decorados con grafitos y mejor iluminados por candiles de aceite esparcidos por el lugar; sea por devoción, sea por comodidad de esos fieles a quienes por algún motivo se les haya apagado el propio candil.

Además, aquí las personas son más numerosas y aparecen por todas partes; se saludan afectuosamente en voz baja, como es justo que sea por la santidad del lugar. Hay hombres, mujeres y niños de todas las clases sociales. Los hay vestidos como pobres, los hay vestidos como patricios. Las mujeres llevan la cabeza cubierta con un paño ligero, una especie de muselina. No se trata por cierto del velo de tul sino, más bien, de una gasa tupida, más hermosa en las mujeres pudientes, más modesta en las pobres, oscura para las esposas y las viudas, blanca para las vírgenes. Hay esposas con los niños en brazos. Probablemente no tenían a quién dejárselos y se los han llevado consigo; los más grandes caminan junto a la madre, los otros –algunos son muy pequeños- duermen serenamente bajo el velo materno acunados por el paso de la madre y por los lentos

* dístico = composición usual en la poesía griega y latina que consta de dos versos.

cantos piadosos que se elevan bajo las bóvedas. Parecen angelitos que han bajado del Cielo y que sueñan con el Paraíso, sonriéndole en sueños.

La gente aumenta y termina reuniéndose en una vastísima sala semicircular que, en la parte más profunda del círculo, presenta el altar orientado hacia la multitud. La sala está completamente cubierta por pinturas o mosaicos, que no logro distinguir bien. Sé que son imágenes de colores en las que resplandecen tanto los tonos vivos como los claros y en las que brillan las aureolas de oro. Sobre el altar hay muchas luces encendidas. Rodean el altar, formando corona, algunas vírgenes que llevan vestido y velo blancos.

Entra bendiciendo un anciano de aspecto benévolo y majestuoso. Creo que se trata del Pontífice, porque todos se postran con reverencia. Está rodeado por sacerdotes y diáconos y pasa en medio de la cerca que forman las cabezas inclinadas, con una sonrisa de belleza inefable. Basta esa sonrisa para expresar su santidad. Sube al altar y se prepara a celebrar el rito, mientras los fieles cantan.

Comienza la celebración. Es muy semejante a la nuestra, mucho más compleja que la que vi en Tullianum, celebrada por el apóstol Pablo, y de la que vi celebrar en casa de Petronila.

Un anciano celebrante, que sin duda es un Obispo o quizás el mismo pontífice, es ayudado y servido por los diáconos, que llevan un atavío muy diferente del suyo porque su ropaje (para la celebración) se parece, para que tengan una idea, a esa especie de capa corta y redondeada que usan las mujeres para peinarse –que cubre por delante y por detrás y los hombros y los brazos casi hasta la muñeca-, mientras los diáconos llevan en esta ocasión una ropa casi igual a la actual, es decir, hasta las rodillas y con mangas cortas y anchas.

La Misa consta de cantos, que me parecen trozos de salmos o del Apocalipsis, y de lecturas de pasajes epistolares o bíblicos y del Evangelio, que los diáconos alternándose, comentan a los fieles.

Cuando un joven diácono termina de leer salmodiando el Evangelio, el Pontífice se alza. Le llamo así porque oigo que una madre dirigiéndose a su niño, que no es lo que se dice tranquilo, se lo indica de ese modo. El trozo elegido para la lectura era el de la parábola de las diez vírgenes, las necias y las prudentes[27].

El Pontífice dice: "Esta parábola, propia de las vírgenes, se dirige a todas las almas, pues los méritos de la Sangre del Salvador y la Gracia vuelven vírgenes a las almas y las hacen semejantes a doncellas en espera del esposo.

Sonreíd, oh ancianos decrépitos; alzad el rostro, oh patricios que hasta ayer estabais sumergidos en el fango del paganismo corrupto; mirad ya sin añoranzas vuestra cándida inocencia de adolescentes, oh madres y esposas. En el alma, no sois diferentes de estos lirios entre los que pasea el Cordero y que ahora forman una corona en torno a su altar. Cuando renacéis y permanecéis en Cristo nuestro Señor, vuestra alma tiene la belleza de las vírgenes que no han sido rozadas por beso alguno. La venida de Cristo, hace que el alma que antes estaba sucia, ennegrecida por los vicios más abyectos, se vuelva más cándida que el alba que surge sobre un monte cubierto de nieve. El arrepentimiento la limpia, la voluntad la depura, pero el amor, el amor de nuestro santo Salvador, el amor que proviene de su Sangre que grita con voz amorosa, os devuelve la perfecta virginidad. No es la virginidad que teníais al despuntar de vuestra vida humana, sino la virginidad que era propia del padre de todos: Adán; la virginidad que era propia también de la madre de todos: Eva, antes de que Satanás pasara y pervirtiera su angélica inocencia, ese don divino que les vestía de gracia a los ojos de Dios y del universo.

¡Os, santa virginidad de la vida cristiana, baño de Sangre, de Sangre de un Dios que os hace nuevos y puros como el Hombre y la Mujer surgidos de las manos del Altísimo! ¡Oh, segundo nacimiento vuestro a la vida en la vida cristiana, preludio del tercer nacimiento, el que os dará el Cielo cuando, a la señal de Dios, subáis a él, ya sea cándidos por la obra de la fe o purpúreos por el martirio, bellos como ángeles y dignos de ver y de seguir a Jesucristo, Hijo de Dios y nuestro Salvador!

Mas hoy, más que a las almas de nuevo vírgenes por obra de la Gracia, me dirijo a las que están encerradas en un cuerpo virgen y tienen voluntad de vírgenes; me dirijo a las vírgenes prudentes, que han comprendido la exhortación del amor de nuestro Señor y las palabras del virgen Juan y que quieren seguir por siempre al Cordero en las filas de los que no sufrieron contaminación alguna y que eternamente

[27] Mateo 25, 1-13.

henchirán el Cielo con el cántico que no puede entonar nadie, salvo los que son vírgenes por amor de Dios[28]. Hablo a la que es fuerte en la fe, en la esperanza y en la caridad, a la que se nutre esta noche con la Carne inmaculada del Verbo y se corrobora con su Sangre como un Vino celeste, para ser fuerte en su empresa.

Una entre vosotras se alzará de este altar para ir al encuentro de un destino cuyo nombre podría ser 'muerte'. E irá confiando en Dios, mas no con la fe que es común a todos los cristianos, sino con una fe aún más perfecta, que no se limita a creer para sí misma, es decir, a creer en la protección divina en cuanto a sí misma, sino que también en nombre de los demás y espera traer a este altar a quien mañana, a los oídos del mundo, será su esposo, pero que a los ojos de Dios será su dilecto hermano. Es una doble y perfecta virginidad, que se siente segura de su fuerza hasta el punto de no temer violaciones, de no temer las iras de un esposo decepcionado, de no temer la debilidad de los sentidos, de no temer amenazas, de no temer las esperanzas desilusionadas, de no temer la casi seguridad del martirio.

¡Álzate y sonríe a tu verdadero Esposo, oh casta virgen de Cristo que vas al encuentro del hombre mirando a Dios, que vas hacia el hombre para llevarle a Dios! Dios te mira y sonríe, te sonríe la Madre que fue Virgen, y los ángeles forman una corona en torno a ti. Álzate y ven a saciar tu sed en la Fuente inmaculada, antes de ir hacia tu cruz, hacia tu gloria.

Ven, esposa de Cristo. Repítele tu canto de amor bajo estas bóvedas que amas más que la cuna en que naciste al mundo; continúa tu canto hasta el momento en que el alma lo cantará en el Cielo, mientras el cuerpo cumplirá el último sueño entre los brazos de la que es tu verdadera Madre: la Iglesia apostólica".

Cuando el Pontífice termina la homilía, se oye un murmullo porque los cristianos susurran y señalando la fila de las vírgenes. Pero se les manda callar y luego se hace salir a los catecúmenos y la misa continúa.

No dicen el Credo. O, por lo menos, no oigo que lo digan. Algunos diáconos pasan en medio de los fieles recogiendo ofrendas mientras otros cantan las estrofas del himno, alternando su voz viril a las voces blancas de las vírgenes. Las volutas de incienso suben hacia la bóveda de la sala mientras el Pontífice reza ante el altar y los diáconos alzan en sus manos las preciosas bandejas y las ánforas, igualmente preciosas, en las que han colocado las ofrendas recogidas.

Ahora la Misa continúa según el rito que seguimos hoy. Tras el diálogo que precede al Prefacio y el Prefacio cantado por los fieles, se produce un profundo silencio, en que se oyen solamente las inflexiones, ya aspiradas, ya sibilantes, de la plegaria del celebrante, que reza inclinado sobre el altar y que luego se incorpora y pronuncia con voz más nítida las palabras de la Consagración.

Es bellísimo el "Pater", que todos entonan. Cuando comienza la distribución de las Hostias, los diáconos cantan. En primer lugar comulgan las vírgenes. Luego ellas mismas cantan el cántico que ya oí en el entierro de Inés[29]: *"Vidi supra montem Sion Agnum stantem…".* El cántico se prolonga tanto como la distribución de las Hostias, alternándose al salmo: "Como anhela el ciervo los arroyos, así te anhela mi ser, Dios mío"[30] (creo que he traducido bien).

La Misa termina. Los cristianos se agolpan en torno al Pontífice para que les bendiga también individualmente y para despedirse de la virgen a la que éste se ha dirigido. Pero estos saludos no tienen lugar en la sala sino en otra vecina, que yo definiría una antecámara de la iglesia propiamente dicha. Allí se cambian los saludos cuando la virgen, después de una plegaria más larga que la de todos los otros presentes, se alza de su lugar, se postra a los pies del altar y besa el borde del mismo. Justamente, parece un ciervo que no logra separarse de su fuente de agua pura.

Oigo que la llaman: "Cecilia, Cecilia" y por fin veo su rostro, porque ahora está erguida ante el Pontífice y se ha alzado un poco el velo. Es sumamente bella y sumamente joven. Es alta, sus formas son esculturales y llenas de gracia; el trato es muy distinguido; tiene una voz hermosa y la sonrisa y la mirada son angelicales. Algunos cristianos la saludan con los ojos húmedos, otros con una sonrisa. Algunos le preguntan cómo es posible que se haya decidido a contraer bodas terrenas; otros, si no teme la ira del patricio cuando éste descubra que es cristiana.

[28] Apocalipsis 14, 4.
[29] Apocalipsis 14, 1.
[30] Salmo 42 (vulgata 41), 2.

Una virgen lamenta que Cecilia renuncie a la virginidad y ella le da esta respuesta que, en realidad, está dirigida a todos: "Te equivocas Balbina. No renuncio a ninguna virginidad. He consagrado a Dios tanto mi cuerpo como mi corazón y permanezco fiel a Él. Amo a Dios más que a mis parientes; pero les amo tanto aún que no quiero que les alcance la muerte antes de que Dios les llame. Amo a Jesús, Esposo eterno, más que a cualquier hombre. Mas amo tanto a los hombres como para recurrir a este medio para no perder el alma de Valeriano. Él me ama y también yo lo amo castamente; *le amo perfectamente* hasta el punto de quererle junto a mí en la Luz y en la Verdad. No temo su ira. Espero en el Señor para lograr vencer. Espero en Jesús para cristianizar al esposo terreno. Mas si no logro esta victoria y se me castiga con el martirio, obtendré aún más rápidamente mi corona. ¡Pero no…!, veo descender del Cielo tres coronas: dos son iguales y la otra está hecha con tres hileras de gemas. En las dos iguales resplandece el rojo de los rubíes. La tercera está formada por dos fajas de rubíes en torno a otra, más gruesa, de purísimas perlas. Ellas nos están esperando. No temáis por mí. La potencia del Señor me defenderá. Muy pronto nos encontraremos reunidos en esta iglesia para saludar a los nuevos hermanos. Adiós. En Dios".

Salen de las catacumbas. Todos se envuelven en capas oscuras y se escabullen por las calles sumidas aún en la semioscuridad, porque el alba apenas está surgiendo.

Sigo a Cecilia, que se va con un diácono y algunas vírgenes. Se separan en la puerta de un amplio edificio. Cecilia entra junto otras dos vírgenes. Probablemente son dos doncellas. El portero debe ser cristiano, porque las saluda diciendo: "¡Que la paz sea contigo!".

Cecilia se refugia en su cuarto, reza con las otras dos y luego se deja preparar para las bodas. La peinan muy bien. Le ponen un traje muy refinado, de lana blanquísima, adornado con una franja bordada en el mismo color; parece bordada con perlas y plata. La engalanan con adornos en las orejas, en los dedos, en el cuello y en las muñecas.

La casa va cobrando vida. Entran algunas matronas y otras doncellas. Es un ir y venir alegre e ininterrumpido.

Luego presencio lo que me parece ser esponsales paganos: la llegada del esposo entre músicas e invitados, el rito de los saludos, las aspersiones y otras cosas semejantes, la salida de una parihuela hacia la casa del esposo, completamente engalanada debido a la fiesta. Noto que Cecilia pasa por debajo de arcos formados por franjas de lana blanca y ramos que me parece de arrayán; la veo detenerse ante el larario, según creo, y allí se repiten nuevas ceremonias de aspersiones y fórmulas particulares. Veo que los dos se dan la mano y oigo que repiten la frase ritual: "Ubi tu Gaius, ego Gaia"[31].

Hay muchísima gente y, para más, vestida casi igual; no veo más que togas y togas y togas y no logro entender cuál es el sacerdote del rito ni si está a no. Me siento mareada.

Luego Cecilia, de la mano del esposo, recorre todo el atrio (no sé si éste es el nombre), es decir, la sala con nichos y columnas donde se encuentra el larario y saluda las estatuas de los que creo son los antepasados de Valeriano. Luego pasa bajo otros arcos de arrayán y entra en la casa propiamente dicha. En el umbral le ofrecen dones, entre otras cosas un uso y una rueca, que le tiende una anciana matrona. No sé quién es.

La fiesta inicia con el consabido banquete romano y se prolonga entre cantos y danzas. La sala es muy suntuosa, como toda la casa. Hay un patio (creo que se llama impluvium, pero no recuerdo bien la nomenclatura de la edificación romana ni sé si la aplico correctamente) que es un verdadero primor, constituido por fuentes, estatuas y cuadros de flores. El triclinio se encuentra entre este patio y el jardín, denso y florecido, que está detrás de la casa; lo adornan estatuas de mármol y fuentes bellísimas entre las matas.

Me parece que transcurre mucho tiempo porque va cayendo la tarde. Se ve que para los romanos no existían las tarjetas de racionamiento, porque el banquete no termina nunca. Es cierto que hay pausas dedicadas a los cantos y danzas, pero aún así…

[31] "Donde tú Gayo, yo Gaya": Los esposos expresan su consenso con esta fórmula, en la que parecen confundirse la existencia y la voluntad de ambos" *("La vita quotidiana a Roma all'apogeo dell'impero", G. Carcopino 1947*)

Cecilia sonríe al esposo que le habla y la mira con amor, pero parece algo distraída. Valeriano le pregunta si está cansada y, probablemente para hacer algo de su agrado, se levanta para despedir a los huéspedes.

Cecilia se retira a los aposentos de su nueva casa. Sus doncellas cristianas están con ella; rezan y Cecilia moja un dedo en una copa preparada probablemente para su aseo personal y traza una ligera cruz oscura en el mármol de la pared: de este modo, también tienen una cruz. Las doncellas le quitan el suntuoso traje y la visten con una simple túnica de lana, desprenden las preciosas horquillas que sujetan su cabello, se lo sueltan y luego se lo anudan en dos trenzas. Así, sin joyas, sin rizos, con las trenzas que le caen sobre los hombros, Cecilia parece una adolescente y juzgo que tendrá entre 18 y 20 años.

Rezan la última plegaria y luego, a una señal de Cecilia, las doncellas salen y vuelven con otras de más edad; seguramente, son las de la casa de Valeriano. Forman como un séquito que avanza hacia un magnífico aposento y las más ancianas acompañan a Cecilia hasta el lecho, que es bastante semejante a las camas turcas que se ven hoy, pero la base es de marfil con incrustaciones y a los cuatro lados hay columnas también de marfil, que sostienen un baldaquín color púrpura. También el lecho está cubierto con riquísimas telas de ese color. La dejan sola.

Entra Valeriano con los brazos tendidos hacia Cecilia. Se ve que la ama intensamente. Cecilia responde a su sonrisa sonriéndole a su vez, pero no va a su encuentro. Permanece de pie en medio del cuarto porque, tan pronto como han salido las ancianas doncellas que la habían depositado en el lecho, ha vuelto a levantarse.

Valeriano queda sorprendido. Cree que sus doncellas no la han servido como se debe y ya está por dirigirse airado hacia ellas. Pero Cecilia lo calma, diciéndole que es ella quien ha querido esperarle de pie.

"Entonces ven, Cecilia mía", dice Valeriano intentando abrazarla. "Ven, pues te amo tanto".

"También yo te amo, pero no me toques. No debes ofenderme con caricias humanas".

"¡Pero Cecilia… eres mi esposa!".

"Valeriano, pertenezco a Dios. Soy cristiana. Te amo, pero con el alma puesta en el Cielo. No te has casado con una mujer sino con una hija de Dios, al que sirven los ángeles. Y, precisamente, el ángel de Dios está conmigo para defenderme. No ofendas a esta celestial criatura con los actos del amor trivial. Serías castigado".

Valeriano se queda pasmado. Al principio está paralizado por el estupor, pero luego predomina la ira por haber sido burlado y entonces se agita y grita. Su reacción es violenta, propia de quien ha quedado decepcionado justo cuando estaba a punto de alcanzar lo que quería. "¡Me has traicionado! Te has burlado de mí. No creo, no puedo ni quiero creer que seas cristiana. Eres demasiado buena, demasiado bella e inteligente como para pertenecer a esa inmunda pandilla, ¡No!… Es una broma. Quieres jugar como si fueras una niña; en realidad, se trata de tu fiesta. Pero la broma es demasiado atroz. Basta. Ven a mí".

"Soy cristiana. No bromeo. Me glorío de serlo porque serlo quiere decir ser grande en la Tierra y más allá de ella. Te amo, Valeriano. Te amo tanto que he venido a ti para llevarte a Dios, para tenerte conmigo en Dios".

"¡Te maldigo, mujer loca y perjura! ¿Por qué me has traicionado? ¿No temes mi venganza?…"

"No, no la temo porque sé que eres bueno y noble y que me amas. No, no la temo porque sé que no te atreverías a condenar sin la prueba de la culpa. Y yo no tengo culpas…"

"Mientes cuando hablas de ángeles y de dioses. ¿Cómo puedo creer en esas cosas? Tendría qué verlas y si las viera… si las viera te respetaría como a un ángel. Pero, por ahora, eres mi esposa. No veo nada. Te veo sólo a ti".

"¿Puedes creer que yo mienta, Valeriano? ¿Puedes creerlo justo tú, que me conoces? Valeriano, las mentiras pertenecen a los viles. Cree en lo que te digo. Si quieres ver a mi ángel, cree en mí y le verás. Cree en quien te ama. Mira: estoy sola contigo. Podrías matarme. No tengo miedo. Estoy en tus manos. Podrías denunciarme al Prefecto. No tengo miedo. El ángel me ampara con sus alas. ¡Oh, si le vieras!…".

"¿Cómo podría verle?".

"Podrías, si crees en lo que te digo. Mira: sobre mi pecho hay un pequeño pergamino. ¿Sabes qué es? Es la Palabra de mi Dios. Dios no miente y Dios ha dicho que nosotros, los que creemos en Él, no debemos tener miedo, pues las serpientes y escorpiones no tendrán veneno para nuestro pie…"[32].

"Sin embargo, también vosotros morís a millares en la arena…".

"No, no morimos. Vivimos eternamente, el olimpo no existe, el Paraíso existe. Allí no hay dioses embusteros que albergan pasiones brutales. Hay sólo ángeles y santos en la luz y las armonías celestes. Las oigo… Las veo… ¡Oh, Luz! ¡Oh, Voz! ¡Oh Paraíso! ¡Desciende! ¡Desciende! Ven a apropiarte de este hijo tuyo, de este esposo mío. Dale tu corona antes a él que a mí. A mí dame el dolor de quedar sin su afecto pero, al mismo tiempo, la alegría de verle amado por Ti, en Ti, antes de que yo te alcance. ¡Oh Cielo gozoso! ¡Oh, eternas bodas! Valeriano, estaremos unidos ante Dios, seremos esposos vírgenes, felices con nuestro amor perfecto…" Cecilia está en éxtasis.

Valeriano la mira conmovido, con admiración. "¿Cómo podría… cómo podría obtenerlo? Soy un patricio romano. Hasta ayer no vacilé en jaranear y fui cruel. ¿Cómo puedo ser como tú, ángel mío?".

"Mi Señor ha venido para dar la vida a los muertos, a las almas muertas. Renace en él y serás semejante a mí. Juntos leeremos su palabra y tu esposa estará dichosa de ser tu maestra. Luego te llevaré conmigo hasta el Pontífice santo. Él te dará la completa luz y la gracia. Y como un ciego al que se le iluminan las pupilas, verás. ¡Oh! ven, Valeriano, y escucha la palabra eterna que canta en mi corazón".

Cecilia toma de la mano al esposo, que ahora se encuentra sumiso y calmo como un niño, y se sienta con él en los amplios sillones; lee el primer capítulo del Evangelio de S. Juan hasta el versículo 14 y el episodio de Nicodemo en el III° capítulo.

La voz de Cecilia resuena como las cuerdas de un arpa mientras lee esas páginas y, al principio, Valeriano la escucha todavía con cierta sospecha e incredulidad, sentado, con la cabeza entre las manos y los codos apoyados sobre las rodillas. Luego pone la cabeza en el hombro de la esposa y la escucha atentamente con los ojos cerrados y, cuando ella se detiene, le suplica: "Todavía más, todavía más" Cecilia lee trozos de Mateo y de Lucas, adecuados para persuadir cada vez más al esposo y termina volviendo a Juan, del que lee desde el pasaje del lavatorio en adelante[33].

Ahora Valeriano llora. Las lágrimas van cayendo de sus párpados bajos sin estremecimientos. Cecilia las ve, pero no lo demuestra y sonríe. Cuando termina de leer el episodio de la incredulidad de Tomás[34], calla…

Y permanece así, la una absorta en Dios, el otro en sí mismo, hasta que Valeriano grita: "Cecilia, creo, creo. Solamente un Dios verdadero puede haber dicho esas palabras y puede haber amado de ese modo. Llévame a tu Pontífice. Quiero amar lo que tú amas. Quiero lo que tú quieres. No tengas miedo de mí, Cecilia. Seremos como tú lo quieres: esposos en Dios y en la Tierra hermanos. Vamos, pues no quiero demorar en ver lo que tú ves: el ángel de tu candor".

Cecilia, radiante, se levanta, abre la ventana, separa las cortinas para que entre la luz del nuevo día y se hace la cruz mientras dice el "Pater noster" lentamente para que el esposo pueda seguirla; luego le hace con su mano la señal de la cruz en la frente y en el corazón y por último le toma la mano y se la lleva a la frente, al pecho, a los hombros, haciendo la señal de la cruz y, llevado al esposo siempre de la mano, sale guiándole hacia la Luz.

Pero Jesús me dice:

<< ¡Cuánto tenéis qué aprender del episodio de Cecilia! Es un Evangelio de Fe, porque la fe de Cecilia era aún más grande que la de muchas otras vírgenes.

Comprobadlo: Cecilia va al matrimonio confiando en Mí que he dicho: "Si tenéis fe tan grande como un grano de mostaza, podréis decir a un monte: quítate de allí, y él se desplazará"[35]. Va al matrimonio segura de que se producirá el triple milagro: ser preservada de toda violencia, poder ser apóstol para el esposo pagano y

[32] Marcos 16, 17-18; Lucas 10, 19.
[33] Juan 13, 1 en adelante.
[34] Juan 20, 24-29.
[35] Mateo 17, 20; Lucas 17, 6.

quedar exenta por el momento de cualquier denuncia por parte de este. Como está segura en su fe, cumple un paso, arriesgado para los ojos de todos los demás pero no para ella, porque sus ojos, fijos en Mí, ven mi sonrisa. Por eso su fe obtiene lo que esperaba.

¿Cómo afronta esta difícil prueba? La afronta confortada en Mí. Se alza de un altar, no de un lecho, para ir a la prueba. No habla con los hombres, habla con Dios. No se apoya en nadie más que en Mí.

Amaba santamente a Valeriano, le amaba más allá de la carne. Quiere seguir amando a su consorte así, como una angélica esposa, para toda la verdadera Vida. No se limita a hacer feliz aquí. Quiere hacerle feliz por la eternidad. No es egoísta. Le da a Valeriano lo que constituye su bien: el conocimiento de Dios. Afronta el peligro con tal de salvarle. Como una madre, no se preocupa de los peligros con tal de dar a la Vida otra criatura

La verdadera religión nunca es estéril. Provoca ardores de paternidad y maternidad espirituales, que colman lo siglos de fervores santos. ¡Cuántos son los que en estos veinte siglos se han prodigado, haciéndose eunucos voluntarios[36] con tal de alcanzar la libertad de amar no a pocos, *sino a muchos infelices, a todos los infelices!*

Mirad cuántas vírgenes hacen de madre a los huérfanos y cuántos vírgenes hacen de padre a los desvalidos. Mirad cuántos seres generosos, sin hábito o uniforme, ofrecen en holocausto su propia vida para llevar a Dios la miseria mayor: las almas que se han perdido y viven enloquecidas en la desesperación y en la soledad espiritual. Miradles. Vosotros no les conocéis, mas Yo les conozco uno por uno y les veo como seres dilectos del Padre.

Cecilia os enseña también esto: para merecer ver a Dios, hay qué ser puros. Se lo enseña a Valeriano y también os lo enseña a vosotros. Yo lo he dicho: "Bienaventurados los puros, porque ellos verán a Dios"[37].

Ser puros no quiere decir ser vírgenes. Hay vírgenes que son impuros y padres y madres que son puros. La virginidad es la inviolabilidad física y tendría que ser también la espiritual. La pureza es la castidad que perdura en las circunstancias de la vida, que perdura en todas las circunstancias. Es puro el que no practica y no secunda la lujuria y los apetitos de la carne. Es puro el que no se deleita con pensamientos, conversaciones o espectáculos licenciosos. Es puro el que está convencido de la omnipresencia de Dios y, por eso, sea que esté solo, sea que esté con otros, se comporta siempre como si estuviera en público.

Preguntaos si haríais en medio de una plaza lo que os permitís hacer en vuestro cuarto. Preguntaos si diríais a otros, frente a los cuales queréis conservar un concepto elevado, lo que masculláis en vuestro interior. Os responderíais negativamente porque, en un caso, incurriríais en la penas de los hombres y en el otro, en su desprecio. Y entonces, ¿por qué obráis de otro modo con Dios? ¿No os avergüenza aparecer ante Él como puercos, mientras os avergonzáis de aparecer como tales a los ojos de los hombres?

Valeriano vio al ángel de Cecilia y tuvo también el suyo y llevó a Tiburcio hacia Dios. Lo vio después de que la Gracia, conjuntamente con su voluntad, le hizo digno de ver al ángel de Dios, conjuntamente con su voluntad, le hizo digno de ver al ángel de Dios, Sin embargo, Valeriano no era virgen, no lo era. Pero ¡cuán enorme mérito es saber arrancar de sí toda inveterada costumbre pagana, en alas de un amor sobrenatural! Fue grande el mérito de Cecilia, que supo mantener el afecto por su esposo en una esfera completamente espiritual, con una virginidad doblemente heroica; fue grande el mérito de Valeriano, porque quiso y supo renacer a la pureza de la infancia para venir a mi Cielo vistiendo una blanca estola.

¡Ah, los puros de corazón!: son cuadros florecidos y perfumados sobre los que vuelan los ángeles, son los fuertes en la fe, son la roca sobre la que se alza y resplandece mi Cruz. Y en esa roca cada piedra es un corazón amalgamado al otro en la Fe común que los une.

Yo no niego nada al que sabe creer, al que sabe vencer la carne y las tentaciones. Como a Cecilia, concedo la victoria al creer y es puro de cuerpo y de pensamiento.

[36] Mateo 19, 12.
[37] Mateo 5, 8.

El Pontífice Urbano ha hablado acerca de la revirginización de las almas a través del renacimiento y la permanencia en Mí. Sed capaces de alcanzarla. No basta estar bautizados para vivir en Mí. Es necesario saber permanecer en Mí.

Tenéis que librar una lucha asidua contra el demonio y la carne. Mas no estáis solos en la contienda. Vuestro ángel y hasta Yo mismo estamos junto a vosotros. La Tierra se encaminaría hacia la verdadera paz si los corazones, libres ya del fuego del mal en el que ardían y que siempre impulsa a males mayores, fueran los primeros en hacer la paz consigo mismo y con Dios, consigo mismos y con sus hermanos. Sería como la avalancha que se origina en una nimiedad y se convierte luego en una masa desmesurada.

Todo esto tendría qué decírselo a los cónyuges. Mas, ¿qué provecho obtendría? Ya lo he dicho y no quisieron entenderlo. En el mundo en decadencia no sólo la virginidad parece una manía, sino que la castidad en el matrimonio, la continencia –que hace que el hombre sea Hombre y no bestia- se considera solamente debilidad y menoscabo.

Sois impuros y rezumáis impureza. No pongáis nombres a vuestros males morales. Ya tienen tres, antiguos pero siempre nuevos: *orgullo, avidez y sensualidad.* Mas ahora habéis alcanzado la perfección en estas tres bestias, que os devoran y que, aún así, vais buscando con loco deseo.

He recordado este episodio para los mejores: para los otros es inútil, porque el mismo puede mover sólo a risa a su alma manchada por la corrupción. Mas vosotros, los buenos, permaneced fieles. Cantad con corazón puro vuestra fe en Dios. Y Dios os consolará dándose a vosotros como ya he dicho. A los buenos entre los mejores les daré el conocimiento total de la conversión de Valeriano por merito de una virgen pura y fiel>>.

23 de julio de 1944

La bondad del Señor me concede la continuación de la visión.

De este modo, puedo ver el bautismo de los dos hermanos[38], sin duda instruidos por el Pontífice Urbano y por Cecilia. Lo comprendo porque, al saludar a Urbano, Valeriano dice: "Ahora bien, tú que me has dado el conocimiento de esta gloriosa Fe, mientras Cecilia me ha enseñado la dulzura de la misma, ábreme las puertas de la Gracia. Que yo pertenezca a Cristo para ser semejante al ángel que Él me ha dado por esposa y que me ha abierto los senderos celestes por los que me encamino, olvidando en absoluto todo mi pasado. ¡Oh, Pontífice!, no tardes más. Creo y ardo en deseos de confesarlo para gloria de Jesucristo, nuestro Señor".

Dice esto en presencia de muchos cristianos, que demuestran gran alegría y emoción y que sonríen al nuevo cristiano y a Cecilia que, gozosa, le tiene de la mano, en medio del esposo y el cuñado; resplandece su alegría en esta hora jubilosa.

La iglesia de la catacumba está adornada para la ceremonia. Noto paños y copas preciosas que estaban en la casa de Valeriano. Sin duda alguna los ha donado para esta ocasión y para el comienzo de una vida de caridad de los nuevos cristianos.

Valeriano y Tiburcio están vestidos de blanco y no llevan ningún adorno. También Cecilia esta de blanco y parece un hermoso ángel.

No hay una pila bautismal propiamente dicha; por lo menos, no la hay en esta catacumba. En cambio, hay una jofaina, muy ancha y rica, apoyada en un bajo trípode. Quizás haya sido, en realidad, un pebetero de alguna casa patricia o un incensario, pero ahora lo usan como pila bautismal. A la luz de las numerosas antorchas que los cristianos sostienen, relucen las láminas de oro que decoran, bajo forma de franjas y rosetones, la maciza plata de la jofaina.

Cecilia conduce a los dos junto a la jofaina y se queda al lado de ellos mientras el Pontífice Urbano, con una de las copas donadas por Valeriano, recoge el agua lustral y, mientras pronuncia la fórmula sacramental, la derrama sobre las cabezas inclinadas sobre la jofaina. Cecilia llora de alegría y no sé a dónde dirige

[38] Se refiere a Valeriano y Tiburcio.

exactamente la mirada porque, aunque la posa como una caricia en el esposo redimido, parece ver aún más allá y sonreírle a algo que sólo ella ve.

En esto consiste toda la ceremonia. Termina con un himno y la bendición del Pontífice. Valeriano, en cuyos cabellos oscuros y rizados se ven aún algunas gotas de agua, recibe el beso fraternal de los cristianos y las felicitaciones de los mismos por haber acogido la Verdad.

"Yo, infeliz pagano atrapado en el error, no habría sido capaz de tanto. Todo el mérito corresponde a mi suave esposa. Su belleza y su gracia me sedujeron como hombre. Pero su fe y su pureza han seducido mi espíritu. No he querido ser diferente de ella para poder amarla y comprenderla más aún. Ella ha hecho de mí, que era un ser iracundo y sensual, lo que estáis viendo: un ser manso y puro y, con su ayuda, espero crecer cada vez más en este camino. Ahora te veo, ángel de virginal candor, ángel de mi esposa, y te sonrío porque me sonríes. Ahora te veo, ¡oh, angélico esplendor!… El júbilo que da el contemplarte es infinitamente superior a todos los rigores del martirio. Cecilia, santa, prepárame a él. Quiero escribir con mi sangre sobre esta estola el nombre del Cordero".

La asamblea se disuelve y los cristianos vuelven a sus respectivas moradas.

En la de Valeriano se advierten muchos cambios. Abundan aún las estatuas y adornos, pero se nota que los han reducido y que son más castos. Falta el larario y los incensarios ante los dioses. Las estatuas más impúdicas han dejado lugar a otras esculturas que representan niños alborozados o animales y que, por lo tanto, recrean la vista pero no ofenden el pudor. Es la casa cristiana.

En el jardín se agolpan muchos pobres, a quienes los neocristianos distribuyen víveres y bolsos con dádivas. En la casa ya no hay esclavos, hay solamente libertos felices.

Cecilia pasa sonriente y feliz; veo que se sienta entre el esposo y el cuñado, que les lee trozos sacros y que responde a las preguntas de los dos. Y luego, porque Valeriano se lo pide, canta himnos que deben de gustarle mucho a su esposo. Comprendo por qué es la patrona de la música. Su voz es dúctil y armoniosa, sus manos se deslizan velozmente sobre la cítara o lira, arrancándole acordes, que semejan perlas al caer sobre un sutil cristal, y arpegios dignos de la garganta de un ruiseñor.

No veo nada más porque la visión cesa con esta armonía.

Vuelvo a encontrar a Cecilia sola y comprendo que ya está perseguida por la ley romana.

La casa se presenta devastada, sin huellas de su anterior riqueza, pero eso podría ser obra de los mismos esposos cristianos. En cambio, el desorden lleva a pensar que los perseguidores han entrado con violencia y con ira y lo han saqueado y hurgado todo.

Cecilia está en una vasta sala casi completamente desguarnecida. Reza con fervor; pero lo hace sin desesperación: su llanto nace de un dolor cristiano, en el que se funde también un consuelo sobrenatural.

Entran algunas personas. Un hombre de unos cincuenta años, de porte muy digno, dice: "Que la paz sea contigo Cecilia".

"Que la paz sea contigo, hermano. ¿Y mi esposo?…"

"Su cuerpo descansa en paz y su alma se regocija en Dios. La sangre del mártir o, mejor dicho, de los mártires, ha subido al trono del Cordero como incienso, junto con la del perseguidor convertido. No hemos podido traerte las reliquias, para no hacerlas caer en manos de los profanadores".

"No hace falta más. Mi corona ya desciende. Muy pronto estaré donde está mi esposo. Hermanos rezad por mi alma. Y alejaos de aquí. Esta casa ya no es segura. Tratad de no caer en las garras de los lobos, para que el rebaño de Cristo no quede sin pastores. Sabréis cuándo será la hora de venir por mí. Hermanos, que la paz sea con vosotros".

Estas palabras me hacen pensar que Cecilia ya está en arresto. No sé por qué la dejan en su casa pero, virtualmente, es ya una prisionera.

La virgen reza, envuelta en una vivísima luminosidad, y mientras las lágrimas descienden de sus ojos, una celestial sonrisa se dibuja en sus labios. Es un contraste sumamente bello, que muestra el dolor humano fundido con el gozo sobrenatural.

Se me ahorra la vista de la escena del martirio. Vuelvo a encontrar a Cecilia en una especie de torre; la llamo así porque el ambiente es circular como el de una torre. No es muy vasto y, por el vapor que lo invade formando una especie de niebla –que especialmente en lo alto se condensa en una nube que impide ver bien- me parece que es más bien bajo. Cecilia está sola también esta vez; ya la han herido, pero todavía no está en la posición que ha quedado fijada para siempre en la estatua de Maderno[39], según creo.

Está de lado, como si muriera. Tiene las piernas ligeramente plegada, los brazos en cruz sobre el pecho, los ojos cerrados; su respiración es más bien un leve jadeo. Los labios cianóticos se mueven apenas. Seguramente está rezando. La cabeza se apoya sobre la mata de cabellos semidespeinados como sobre una almohada de sed. No se ve sangre. Se ha ido escurriendo por los agujeros del piso, que está completamente perforado como una criba. Sólo cerca de la cabeza se evidencian en el mármol blanco círculos rosados alrededor de cada agujero, como si el interior del mismo hubiera sido teñido con minio.

Cecilia no gime, no llora. Reza. Tengo la impresión de que, cuando la hirieron, cayó así y se quedó en esa posición, probablemente porque los nervios tronchados, sobre todo en el cuello, le impedían alzar la cabeza. Sin embargo, la vida resiste. Cuando comprende que está yéndosele, hace un esfuerzo sobrehumano para moverse y ponerse de rodillas. Pero sólo consigue hacer una semirotación sobre sí misma para caer en la postura, tanto de cabeza como de los brazos, que ya conocemos; ha tratado inútilmente de apoyarse en los brazos, pero éstos se han deslizado sobre el reluciente mármol sin lograr sostener el busto. Donde antes estaba la cabeza aparece una mancha roja de sangre fresca y los cabellos en ese lado de la herida están tan impregnados de sangre que parecen una madeja de hilos purpúreos.

La santa muere sin sobresaltos, con un último acto de fe que cumplen los dedos en lugar de los labios, que ya no pueden hablar. No veo la expresión de su rostro porque está contra el piso pero, seguramente, murió con una sonrisa.

Dice Jesús:

<<La fe es una fuerza que arrastra y la pureza un canto que seduce. Habéis visto el prodigio.

El matrimonio no debe ser una escuela de corrupción sino de elevación. No seáis inferiores a los brutos que no corrompen con inútiles lujurias el acto de generar. El matrimonio es un sacramento. Y, como tal, es y debe permanecer santo; de lo contrario, se convertiría en un acto sacrílego. Y aun cuando no fuera un sacramento, siempre es el acto más solemne de la vida humana, cuyos frutos os equiparan casi al Creador de la vida; como tal, debe estar contenido en una sana moral humana. Si no lo está, se transforma en delito y lujuria.

Es raro que dos seres se amen santamente desde el principio, porque la sociedad está demasiado corrompida. Mas el matrimonio es elevación recíproca. Debe serlo. De los dos cónyuges, el mejor debe ser fuente de elevación y no debe limitarse a ser bueno, debe empeñarse para que también el otro alcance la bondad.

Hay una frase en el Cantar de los Cantares que explica el suave poder de la virtud: "¡Atráeme a ti! En pos de ti correremos siguiendo el aroma de tus perfumes"[40]

Cecilia ha usado sólo eso: el perfume de la virtud. No ha ido hacia Valeriano con amenazas y fingimientos. Como la esposa que se presenta al rey, ha ido impregnada de sus méritos como si fueran abundantes óleos perfumados; con ellos ha arrastrado a Valeriano hacia el bien.

Me ha dicho por toda la vida: "Atráeme a Ti"; me lo ha dicho sobre todo en la hora de las bodas. Así, abandonada en Mí, no era más que una parte de Cristo. Y del mismo modo que en la hostia, en ese pequeño fragmento, está todo Cristo, en esta virgen estaba Yo, Yo que obraba y bendecía como si recorriera de nuevo los caminos del mundo.

"Atráeme a Ti para que Valeriano te sienta a través de mí y *nosotros* (he aquí el verdadero amor de esposa), nosotros iremos en pos de Ti". No se limita a decir: "e iré en pos de Ti, porque no puedo vivir sin

[39] Esta celebre estatua se encuentra en la iglesia de Sta. Cecilia, situada en el barrio de Trastevere, en Roma.
[40] Cantar de los Cantares 1, 4 (vulgata 1, 3).

sentirte". Quiere que también el consorte corra a Dios junto con ella, porque también él experimenta ya la santa nostalgia del perfume de Cristo.

Y lo logra. Como el capitán de la nave embestida por la marejada –que es el mundo- Cecilia es la última en abandonar la nave, después de haber salvado a todos los que ama y sólo cuando para éstos ya se ha abierto el puerto de la paz. Entonces su deber ha terminado. No queda más que testimoniar otra vez la propia fe, más allá de la vida.

Ya no hace falta llorar. El llanto nacía del amoroso afán por esos dos seres que iban al martirio y que, por ser hombres, podían sentir la tentación de abjurar. Ahora ya son santos en Dios, ya no hay más llanto. Sólo hay paz, plegaria y un grito, un mudo grito de fe: "Creo en el Dios uno y trino".

Cuando se vive de fe, se muere con el resplandor de la fe en el corazón y en los labios. Cuando se vive de pureza, no se necesitan muchas palabras para lograr convertir. El perfume de las virtudes cambia al mundo. No todo se convierte, mas lo hacen los que en el mundo son mejores. Y ya es suficiente.

Cuando se conozcan las acciones de los hombres, se verá que para santificar sirvieron, más que las prédicas altisonantes, las virtudes de los santos esparcidos en la Tierra, o sea, de los amorosos de Dios>>.

25 de julio de 1944

Ayer no hubo ningún dictado. Así que descansó mi pobre espalda, agobiada por mucho escribir de los días anteriores. Pero no por eso estuvieron ausentes los favores celestes.

Ante todo, sentí una enorme paz y, además, disfruté la presencia visible de mis Amigos del Cielo, de sus caricias y del perfume de rosas, que también otros advirtieron. Es un perfume que a veces llega nítido, puro, como si en el cuarto hubiera ramos de rosas recién cortadas, y otras se confunde con un tenue olor de yodo o de vinagre, como si las rosas se hubieran plegado sobe el tallo, algo marchitas. El perfume se esparce lentamente; al principio es sólo un vislumbre, luego se afirma, aumenta, llegando como olas, a veces intensísimas y otras menos. Luego se disuelve como ha venido.

Por lo general es perfume de rosas, pero a veces es un perfume compuesto, como si se tratara conjuntamente de gardenias, jazmines, violetas, muguetes, azucenas y tuberosas. Nunca siento olor a claveles, gladiolos, junquillos, fresas u otras flores. Siento solamente el perfume de las que he nombrado antes.

Pienso que me lo trae algún "Amigo" o que llega con la bendición del Padre Pio[41]. Pero no lo sé con exactitud. Todas las veces lo acojo con gratitud y con este saludo: "Seas quien seas, gracias por tu sensible protección", porque en medio de estas fragancias me siento protegida aún más que de costumbre, como si estuviera en los brazos de alguien que me ama con la perfección de un santo.

Antes de escribir esto, he cogido la Biblia y la he abierto casualmente. ¡Tan casualmente, que se me ha abierto al revés, fíjese Ud! He girado el libro para ponerlo derecho y he visto lo siguiente: Cap. 30 del Éxodo: El altar de los aromas.

Jesús me dice: "Déjalo abierto allí. Es la lección de hoy. Antes escribe acerca de los perfumes que te mando y luego Yo hablaré acerca de lo que quiero que tú me mandes". He escrito y espero.

Dice Jesús:

<<A todas las almas que me aman les digo: "Haz de tu corazón un altar en el que perfume tu amor ante mi santidad". Mas a mis predilectos les doy una orden más estricta, porque os quiero perfectos. Lo quiero por amor y lo quiero por justicia. Todo don exige una retribución. Os he dado más de la medida. Debéis darme sin medida.

Con la metáfora del altar bíblico[42] trata de comprender cómo quiero que seas.

[41] Se trata del Padre Pio de Pietrelcina, un capuchino que recibió los estigmas y del que la escritora era devota (1887-1968)
[42] Éxodo 30, 1-10.

¿Cómo debe ser tu corazón para ser altar del perfume? Debe ser de materia preciosa por dentro, por fuera y en todas partes.

El sentido de la preciosidad, de la incorruptibilidad, de la resistencia y de la ligereza, está escondido en la madera de acacia. Esta madera poseía todas las cualidades y era preciosa, sea porque no existía en gran cantidad, sea por sus características. Era preciosa por lo escasa y porque era raro presentar troncos tan macizos que podían cortarse en bloques de un metro de altura por medio de lado. Era incorruptible a la acción del agua y de carcoma, debido a su dureza, que aumentaba cuanto más envejecía, así como se hacía más apreciable el color; en efecto, el cálido amarillo pajizo se iba haciendo lentamente cada vez más oscuro hasta parecer negro como el ébano. Siendo sumamente resistente a la deletérea acción de la humedad y la carcoma, se le usaba sobre todo para realizar esos objetos que, por su utilización, tenían que ser preservados de un rápido desgaste, como los objetos sacros en primer lugar. A esta condición unía un peso más ligero que el de otras maderas, menos resistentes pero mucho más pesadas. Por eso, era adecuada para confeccionar objetos que, si era necesario, tenían que ser transportados a mano en señal de respeto.

Tu corazón debe ser así. Será precioso, porque se habrá formado por el amor y por la unión con Dios y por la generosidad en el amor.

Será incorruptible a la acción deletérea de las tres carcomas del alma: los sentidos, la tentación y la insidia satánica, porque el amor generoso y la unión hacen que las fibras del corazón sean incorruptibles a la acción disgregadora que proviene del exterior. ¿Cómo puede entrar alguna otra cosa en su corazón que ya está colmado de Mí? ¿Cómo puede entrar la corrupción en lo que está saturado de El que jamás ha conocido, por la eternidad, lo que es corrupción? ¿Cómo puede entrar la muerte donde mora El que vive?

Tu corazón debe ser durísimo, fortísimo, resistentísimo. Debe ser un bloque sobre el cual se deslicen inútilmente las fuerzas adversas como sobre las alas de las moscas. Perteneces a Dios. En cada una de tus fibras está mi sello. No debe haber ningún otro sello. Fortifícate cada vez más en el amor y en la unión, para hacer que tu corazón sea cada vez más resistente a todo lo que no es tu Dios.

Pero al mismo tiempo, haz que tu corazón sea sumamente ligero, que no esté aprisionado por ninguna raíz humana, que no esté gravado por ningún material ni por mezquinas convenciones. No envilezcas nunca tu espíritu y tu fe en bajezas. Tu espíritu y tu fe son cosas celestes y deben ser conservadas en una atmósfera sobrenatural.

Te he dado mucho para que me des mucho. Te he enseñado mucho para que me sirvas con justo entendimiento. No lo olvides. Del mismo modo que Yo te tomé a ti, criatura insignificante, para elevarte mucho más arriba de donde merecías, tú, con todos los medios, debes evitar descender de ese lugar; es más, debes tratar de subir cada vez más con el ímpetu de tu vuelo. No debes tener miedo de no ser capaz. Estoy Yo para velar por ti y ayudarte. Tú emplea toda tu voluntad.

Que tu espíritu sea cuadrado como piedra angular, donde las virtudes sean los lados y las caras de tu espíritu, convertido en altar del perfume para Mí. Que ese cuadrado se apoye sobre una base de sacrificio: la constituirá el lado que se apoya sobre la mísera tierra, que debe ser salvado con el sacrificio. Que los cuatro lados verticales estén hechos de templanza, fortaleza, justicia y prudencia y que el lado superior, el que está opuesto a la base, esté hecho de caridad. La caridad viene del Cielo y tiende al Cielo. La caridad es la piedra de altar en el que se consumen las oblaciones para homenajear a Dios y propiciar a los hermanos. Que los dos cuernos sean la esperanza y la fe.

Que esté recubierto completamente de finísimo oro, como corresponde a las tres virtudes teologales y a la dignidad del altar. Cada uno de tus actos de amor y sacrificio se convertirá en una molécula de oro. Sacrificio y amor: he aquí la preciosa amalgama que reviste de esplendor el altar del corazón. Todo lo que se relaciona con Dios debe ser de oro. Tu holocausto, ese perfume que le agrada a Dios más que el de todas las flores de la Tierra, debe ser ofrecido en un objeto digno del Señor. Y, por lo tanto, en un objeto de oro, ese metal que el hombre ha pervertido convirtiéndolo en instrumento de delito, pero que el alma quiere poseer, espiritualmente, para ofrecerlo al culto de Dios.

La moldura del altar debe construirla la vigilancia, siempre alerta para que no se debilite el fuego perfumado de tu amor. Las anillas las forma tu buena voluntad; los barandales, tu solicitud en servir a Dios, dejándote llevar adonde Él quiere.

Tendrás este altar constantemente ante Mí, ante el Arca del Testimonio de Dios, que es tu Salvador, que es el Verbo del Señor cubierto por el velo de la carne humana. Te hablaré a través de este velo, porque aún debo usar medios adecuados a tu condición de ser viviente. Cuando llegue el tiempo de tu paz, entonces hablaré a tu espíritu y él me comprenderá con sólo mirarse en la luz del Cielo.

"Y Aarón hará arder sobre él un perfume"

¿Quién es Aarón? ¡Pues, soy Yo! Yo soy tu Sacerdote y Pontífice, Yo soy el que día y noche hace arder, sobre el altar que me has preparado, el suave y fragante perfume de la inmolación de amor. La hago arder día y noche, es decir, siempre. Debes proporcionarme este incienso para que Yo lo consuma. Déjate arder, por ti, por tus hermanos y por la gloria de Dios.

En oriente hay plantas que tienen preciosos aromas y que, cuanto más son heridas y descortezadas por el hombre, más perfuman. Si no se les hiere, no son diferentes de las demás plantas: tienen verdes frondas y corteza rugosa, no tienen perfume. Mas si el hierro abre heridas en ellas, destilan gotas de bálsamos, como lágrimas derramadas por el dolor, que sirven para perfumar los óleos y preservar de la corrupción. Hay qué herir siempre la planta para que dé, dé, más y más, hasta su muerte. Si ya no se le toca, la herida cicatriza y las preciosas gotas no vuelven a caer.

Medita y aprende.

Sobre este altar no debe ponerse ningún otro perfume, ni oblación, ni víctima. Debe ponerse únicamente el perfume de tu caridad, la oblación de ti misma, tú como víctima ofrecida a la Caridad divina para caridad de todos.

En el Éxodo se dice: "Una vez al año, Aarón hará expiación con la sangre ofrecida por el pecado". Mas Yo te digo: "Todas las veces que lo quiera, con tu sangre haré sacrificio de expiación por los pecados del mundo; con tu sangre, que brotará y esparcirá bajo el cuchillo del Dolor".

No te lamentes. Todos los días Yo subo al altar miles de veces para ser consumido. En las 24 horas del día, no existe un minuto, no existe un segundo, en el que, en un punto del globo, deje de resplandecer la Hostia inocente, elevada sobre el altar. Existís aún debido a este perpetuo y continuo holocausto mío; de lo contrario, ya desde hace mucho tiempo la ira del Padre os habría destruido, porque vuestra maldad supera la infinita paciencia de Dios.

¿Qué dice el sacerdote en el altar?: "Pro me et omni humano genere". Este es el pensamiento del sacerdote mientras ofrece e inmola. También debe ser el tuyo: "Jesús se inmoló por mí y por todo el género humano. También yo me inmolo por todo el género humano con Él, en Él, por Él". Piensa que *todas tus angustias, todos tus tormentos* –que no significan desesperación, porque sigues esperando en Mí, pero que de la desesperación tienen el sabor acre-, *sirven para conceder una gracia al género humano.* Piénsalo siempre, cada vez que la angustia y el tormento te inflamen y te traspasen, te trituren y te claven con instrumentos candentes.

No es un inútil padecer. Y ni siquiera es un padecer egoísta, aceptado porque te procura bien. Es un padecer con el que les compras dones de gracia a los infelices que no saben amar ni rezar, o que no saben hacerlo del modo debido. Por eso, cuando padeces mucho, di para tus adentros: "Con este padecimiento se anulan autenticas desesperaciones. Gracias, Dios mío, por usarme para esto".

Ve en paz, pequeño Juan. El excelso Juan ha dicho que Dios está allí donde hay caridad y amor[43]. Por eso, Yo estoy contigo y tú con Dios, porque has comprendido el amor>>.

26 de julio de 1944

Dice Jesús:

[43] 1 Juan 4, 7-16.

<<La impureza puede manchar muchos sentimientos que, sin duda, son dignos de alabanzas: el amor, la misericordia, la plegaria, la mortificación, el deseo de poseer los dones de Dios y de poseer la santidad; la impureza puede mancharlos, echarlos a perder y, por lo tanto, hacer que no sean gratos a Dios.

La pureza de corazón no consiste en tener un corazón encerrado en un corazón virgen, ni en querer sinceramente permanecer así. La pureza de corazón es algo tan delicado que, en comparación, la pureza es una nadería. La pureza física es un sólido muro contra el que rebotan sin serias consecuencias las tentativas de Satanás. Para no llegar a la profanación, es suficiente que uno no lo quiera. En cambio, la pureza de corazón es como la plateada telaraña que hasta el ala de un moscón puede romper. El ala del moscón es como la insensatez del espíritu que deja de vigilarse a sí mismo constante y atentamente. Entonces, es sumamente fácil que aun las cosas más santas se manchen con las ruindades humanas, descomponiendo o, al menos, afeando su buena esencia.

El amor a Dios es impuro cuando ofrecéis a Dios un culto cuya finalidad es ésta: "Te amo porque quiero muchas cosas de Ti". Todo podéis quererlo y esperarlo en Dios; porque Él os ama. Pero ¡cuánto más bello decir: "Padre, te amo y quiero lo que Tú quieras. Sólo pido hacer lo que Tú quieras. Quiero sólo lo que Tú mandes porque, si me lo mandas, seguramente es para mi bien. Tú eres mi Padre y me abandono a tu amor". El amor a Dios es impuro cuando pretende recompensa. Hay que amar a Dios por encima de todo cálculo. Hay que amarle en Sí mismo y por Sí mismo. Si he dicho: "Amad sin esperar recompensa" cuando me refería al prójimo[44], ¿no será más razonable que este amor libre de cálculos sea dado a Dios?

Del mismo modo, el amor al prójimo es impuro cuando amáis solamente a aquellos prójimos que os aman, os sirven o que, de alguna manera, os son útiles.

Yo no he puesto limitaciones al amor al prójimo. He dicho: "Amad a vuestro prójimo como a vosotros mismos"[45]. Y, dado que conozco vuestra tendencia a autoproclamaros buenos, gentiles, afectuosos, santos, etc. y dado que conozco también vuestra sutileza en distinguir lo que os conviene, (tendencia que os habría llevado a amar a bien pocos porque, respecto a vuestras virtudes, en todos habríais encontrado defectos que, a vuestros ojos, habrían justificado vuestro rigor para con el prójimo), he especificado: "Al que os ha golpeado, ofrecedle la otra mejilla; al que os ha quitado la túnica con prepotencia, dadle también el manto. Amad y beneficiad al que os odia; rezad por el que os hace sufrir"[46]Sé que el mundo considera estos consejos: "tonterías". Los cerdos llaman sucios guijarros a las perlas y prefieren el fétido bodrio en el que flotan excrementos y deshechos. El criterio del mundo tiene muchas afinidades con los gustos de los puercos. Mas lo que es tontería para el mundo es ciencia para los hijos del Altísimo, es inteligencia y gracia.

Seguid esta ciencia, esta inteligencia, esta gracia, y por ello tenderéis un magno premio en el Cielo y especiales consolaciones en la Tierra, ese consuelo de todos los momentos que los seres humanos en vano piensan encontrar entre las cosas del mundo, hasta el punto que cuanto más se sumergen en ellas, tanto más penetran en su corazón el disgusto y la amargura. Sólo Dios y la buena conciencia dan la paz, dos cosas que los pecadores no tienen por amigos.

La misericordia es hermosa. Mas para ser verdaderamente bella y pura como una virgen feliz que va al altar, debe apoyarse en la recta intención como en el brazo del esposo al que se jura fidelidad. De lo contrario, se convierte en vanidad, en soberbia y dar es tan inútil como arrojar vuestro óbolo en las fauces de Satanás.

He dicho: "Sed misericordiosos como lo es el Padre mío"[47]. Mas, ¿acaso Dios Padre suena la trompeta o se asoma a una saliente del Cielo para decir: "¡Oíd! ¡Oíd! Hoy he dado pan y vida a muchas criaturas, he defendido del peligro a muchas otras. He perdonado a un elevado número de ellas"? No, no lo hace. Obra y calla. Obra con tal modestia, con una atención tan reservada, que vosotros, los necios del mundo, ni siquiera comprendéis que todo lo que disfrutáis os está concedido por Dios, que siempre es demasiado bueno para con vosotros. Y, dado que en realidad no sois tontos, aunque aún estáis muy lejos de ser cristianos como se debe,

[44] Mateo 5, 43-47; Lucas 6, 27-35.
[45] Mateo 22, 39.
[46] Mateo 5, 39-40. 44.
[47] Mateo 5, 44-48.

decía: “Dios me lo ha dado, pero lo he merecido”. ¡Ah! ¡Ah! ¡lo ha merecido! ¿Esta soberbia no es ya fuente de reprobación? ¿Y quién, aludiendo a ello, puede decir: “Si Dios no lo hubiera hecho, habría errado”?

De la mañana a la noche, del ocaso al alba, Dios es misericordioso con vosotros y os beneficia; sin embargo, son poquísimos los que, constituyendo una excepción entre los hijos de la Tierra, alzan la mirada y el corazón para decirle con una sonrisa: “Gracias, buen Padre. Reconozco tu mano en este don”. Cuando hagáis algo misericordioso, hacedlo únicamente por amor: por amor a Dios, para imitar al buen Padre; por amor al prójimo, para obedecer a mi palabra y a mi ejemplo.

¡La plegaria, qué buen don es la plegaria! Dios la depositó en el corazón del hombre para que la necesitara como la respiración. ¿No es acaso la respiración del alma? Si cesa la respiración, cesa también la circulación de la sangre y el cuerpo muere. La plegaria es lo que mantiene la vitalidad del espíritu, conservándolo siempre delante de Dios. Dos que se ven continuamente no pueden olvidarse el uno del otro, ¿no es verdad? Pues bien, la plegaria significa ponerse en calidad de hijo en presencia de Dios y decirle: “Heme aquí. Sé que eres mi Padre y por eso me pongo a tu lado. ¿Con quién he de hablar, seguro de que me escucha, sino con El que me ha enseñado la Palabra, su Palabra?”.

Pero la plegaria, como todo lo demás, debe ser pura, es decir, los hombres no deben pronunciarla con finalidades utilitarias. En mil millones de plegarias que se dicen en la Tierra cotidianamente, 999 millones invocan gozos humanos, dinero, salud y, a veces para librarse de alguien que os resulta odioso, hasta piden la muerte del mismo, o piden sinsabores para un semejante que tiene la única culpa, verdadera o no, de no ser de vuestro agrado. ¿Acaso puede Dios causar el mal para contentar al que odia a un semejante?

Sólo un millón de plegarias invoca ayudas sobrenaturales que os permitan ascender a esa perfección que queréis alcanzar para agradecer a Dios, que quiere que seáis santos y unidos a Él. Este millón de plegarias sube al Cielo con humildad, con agradecimiento; estas plegarias dicen; “Padre, ayúdame a santificarme. Mi debilidad te necesita para fortificarse. Padre, quiero amarte con perfección, pero no sé hacerlo. Enséñame Tú, que eres Amor. Padre, sé cuánto me has dado y no lo olvido. Sin Ti ahora sería un miserable en cuanto al cuerpo y aún más en cuanto al espíritu. Gracias por todo, Padre. Te pido: ‘Dame más beneficios, aún más’. Pero no los quiero por ávido deseo de bienestar humano. Si pido ‘aún más’ lo hago más que por la carne, por mi espíritu, para el que quiero conquistar la Patria eterna. ¡Oh, Padre santo! Tu criaturita añora tu pecho. Sostenme en el camino para que no me pierda por otros senderos, para que venga a Ti, que eres mi Descanso y mi Gozo”.

El deseo de poseer los dones de Dios y la santidad es casi una obligación. ¿Qué diríais del hijo de un rey que no quisiera poseer los dones que su padre le ofrece por medio de mensajeros que le anuncian: “Existen incalculables riquezas para ti, para que los uses como más te guste y te sea útil. Cuando las necesites, pídelas y te las mandaré”? ¿Qué dirías de ese hijo de rey que, sabiendo que su padre le ha destinado la corona, no tuviera el deseo de ceñirla para continuar la soberanía de su padre? La corona que su padre, el rey, le ha preparado, es un signo de amor paterno, demuestra que el padre ha pensado en su heredero aun estando en el exilio. Por eso, rechazarla o descuidarla significa falta de respeto y de amor hacia el padre, lLo mismo sucede con el hijo del Rey de los reyes: su espíritu muere en la indigencia, porque con culpable abulia no recurre a los tesoros del Padre y no piensa nuca en esa corona, que representa la santidad que le hará rey en el Reino eterno.

Mas, ¿de qué santidad se trata?, ¿de qué dones? Es la santidad para gozar de Dios, no para satisfacer la vanidad de ser alabado entre los hombres.

En verdad os digo que en mi Cielo hay tipos de santidad y santos con las más variadas características, pero que no hay uno solo que haya obtenido la santidad por el deseo de ser conocido y alabado por ella entre los hombres. Uno es santo por el martirio, otro porque fue un anacoreta; uno porque fue un incansable modelador de corazones por medio de la predicación, y otro porque se consumió en el silencio y la oración: éste, porque fue el amante de mi infancia y aquél heraldo del gran Rey. Pero no existe uno que sea santo porque quiso serlo para lucir su aureola a los ojos del mundo.

No veis a los santos el día que en la Tierra es proclamada su santidad. Pero si pudierais verles en ese instante, advertiríais en ellos un estupor infantil, el estupor del niño que mientras tiene en sus manos un juguete muy valioso o está contemplando un bellísimo grabado, ve que también le ponen en las manos un

mísero harapo y ante sus ojos un dibujo estropeado, y luego oye que el adulto que se los ofrece le dice: "¡Mira qué hermoso regalo te doy!". El niño los mira y calla pero, con la precisa observación infantil piensa: "Pero esto no puede compararse a lo que yo tengo". Por lo tanto, demuestra indiferencia por ese regalo y sigue mirando y jugueteando con lo que ya poseía.

Los santos tienen a Dios. ¿Podéis pretender seducción mayor para ellos? ¿Acaso la aureola aumenta su júbilo? Ellos ya tienen una aureola completa y perfecta. Tienen a Dios.

Otro ejemplo: el niño que es bueno, que es verdaderamente muy bueno, que no es un niño hipócrita, piensa cuando le alaban por haber sido bueno: ¿Acaso no tendría que haber hecho así? Mi padre me dice siempre que debo ser bueno y, por lo tanto, no he hecho nada que merezca alabanzas. He obedecido a mi padre para contentarle". En su humildad, el niño no entiende cuán grande es saber obedecer por amor y para hacer feliz a quien le ama.

También los santos, que son humildes por ser santos, piensan: "¿Qué acción especial he cumplido? He obedecido la orden de Dios, mi Padre, para que esté contento". Y con esto se quedan tan felices que las fiestas terrenas les dejan indiferentes. He dicho "las fiestas", no las plegarias de los fieles, porque éstas son peticiones que los amigos lejanos les mandan, dado que los santos, por estar junto a Dios, pueden confiarle más directamente las necesidades de los mismos. Esta es caridad, una caridad que ellos han practicado a la perfección en la vida y que se ha hecho aún más perfecta al fundirse con la Caridad misma.

Por lo tanto desead con pureza la santidad y los dones que os ayudan a poseerla, Mas deseadlos con pureza de corazón, es decir, con el único deseo de uniros cuanto antes con Dios, para amarle todavía más, y de ser provechosos para vuestros hermanos por la comunión de los santos.

¿Qué diré de la mortificación? ¡Que sea pura! ¡Cuántas mortificaciones inútiles y pecaminosas hacéis? ¿Por qué lo son? Porque son vanas y por la falta de caridad. Es inútil ser buenos para obtener loas, cumplir penitencia para ser notados, hacer el sacrificio de no comer un fruto para ser admirados por el mundo y, en cambio, no saber ser pacientes, humildes, misericordiosos. ¿Cómo queréis que me importe el fruto que no habéis comido, si luego os cobráis el sacrificio mordiendo con palabras venenosas a un hermano vuestro? ¿Cómo puede importarme vuestra penitencia, si luego no sabéis soportar ni siquiera lo que la vida os acarrea? ¿Qué mérito puede haber en ser buenos fuera de casa, si en la vuestra sois como víboras? ¿Y qué mérito implica llevar el cilicio, si no sabéis llevar en silencio el cilicio de mi Voluntad?

Acordaos de los que os he dicho: "Cuando hacéis penitencia, ungíos la cabeza y lavaos el rostro"[48]. Dejad que el mundo necio crea que no hacéis penitencia. Basta que no provoquéis escándalo, porque el escándalo, siempre es un mal. Si, en cambio, mientras en secreto os consumís por amor de Dios y de vuestros hermanos, os comportáis como criaturas comunes y, por lo tanto, suscitáis sólo indiferencia y no alabanza, vuestro mérito será grande a los ojos de Dios.

Y si no sabéis imponeros penitencia, aceptad la que os presenta la vida. ¡La vida está llena de penitencias! Aceptadlas diciendo: "Si esta pena proviene de Dios, que se haga, oh Señor, tu voluntad; si proviene de un hermano malvado, te la ofrezco, Padre, para que le perdones y le redimas". Haced así, oh dilectos, y todo en vosotros será puro. Entonces alcanzaréis la pureza del corazón. Y en el corazón en el que hay pureza, Dios tiene su trono.

Ahora ve en paz. Prosigue con mi paz por el camino de la pureza de corazón y piensa que los puros de corazón gozarán de Dios[49]>>.

28 de julio de 1944

Juan 9, 31.

Dice Jesús:

[48] Mateo 6, 17.
[49] Mateo 5, 8.

<<¡Qué potencia implica hacer la voluntad de Dios! Ella hace que Dios no pueda negarnos nada. Dada la majestad del Señor, no es que pueda decirse que Él se convierte en siervo del hombre obediente, mas parece que, ante éste, el Altísimo quiere superarle en cuanto a solicitud y que, por lo tanto, le concede prontamente todo lo que es para su bien.

Las plegarias numerosas no son las que obtienen resultados. El resultado se obtiene haciendo la voluntad de Dios. Rezar y resistir a dicha voluntad, significa hacer nulas las plegarias. Por un criterio de justicia, ¿cómo podéis exigir que Dios se doblegue a vuestra voluntad cuando pretendéis algo, si no os doblegáis a la suya que os pide una cosa diversa?

Pensad qué fuerza tiene en el corazón de Dios la obediencia a su voluntad: Yo no os he redimido con ningún acto propiamente mío. Habría podido hacerlo porque era Dios, como lo es el Padre, y para Dios todo es posible. Por lo tanto, con una sola palabra habría podido borrar la culpa, del mismo modo que cancelaba en cada uno de los individuos que lo necesitaba, la invalidez, el pecado y la muerte. Mas, para enseñarle al hombre a volver a ser hijo de Dios, cuando me hice Hombre. Yo quise redimir por medio de la obediencia a la voluntad de Dios. ¡Y considerad qué obediencia fue la mía! Cuando la cumplí totalmente, digo: Totalmente, se abrió el Cielo para el hombre degradado y surgió el Perdón.

La desobediencia había desheredado al hombre, la obediencia volvió a hacerle heredero de Dios. Por la obediencia, todo lo que es eterno e infinito, volvió a ser vuestro.

Por lo tanto, aprended el camino para ser escuchados: "Haced la voluntad de Dios por amor a Él".

Ve en paz>>.

29 de julio de 1944

Cántico de Débora[50]*, v. 2 y v. 31.*

Dice Jesús:

<<Si allí donde dice "Israel" ponemos "de Cristo", tenemos el pueblo de Dios. Ese pueblo que entrará, marcado con el santo Signo del Hijo, en el Reino que el sacrificio de éste le ha abierto.

Por lo tanto, digamos: "Oh vosotros, los cristianos que habéis ofrecido voluntariamente vuestra vida al dolor, bendecid al Señor… porque amando con generosidad, habéis logrado brillar en el Cielo como el sol cuando surge". Y brillaréis sin conocer el crepúsculo, porque todo lo que pertenece a Dios es eterno. Y vosotros sois eternos, porque estáis en Dios y en el Cristo crucificado, al que imitáis en lo más arduo de su ejemplo.

Por lo tanto, guardad la paz en el corazón, la paz para todo lo humano y todo lo sobrenatural. Yo estoy en vosotros. Y sobre vuestras debilidades desciende la indulgencia más amplia, porque vuestra ofrenda anula a mis ojos santísimos todos los desfallecimientos.

No puedo trataros con rigor, justo a vosotros que continuáis la obra de mi Verbo. Más allá del aspecto severo de vuestra misión, que a los ojos humanos puede mostrarse como rigor divino, está la Dulzura infinita, lista para volcarse sobre vosotros como la ola sobre la orilla; está el Amor que os ama; está Dios con toda su caridad, su dulzura, su paciencia y su compasión.

Responded a mi bendición bendiciéndome. Y que entre el Cielo y la Tierra haya un recíproco cambio de amorosos arrebatos para tener unida esta Tierra infeliz, que no quiere ser de Dios y de su Cristo, al Creador que la socorre, aunque no merezca ser socorrida. Tejed una red de amor para prender con ella las almas desviadas y llevarlas a la Luz. Apresadlas con esa red hecha de vuestros arrebatos unidos a los de Dios. Haced que el mundo se acuerde de que Dios existe, viéndole brillar en vosotros, en todos vuestros actos.

Y sed felices pensando en vuestro futuro. Tras tantas tinieblas, ¡cuánta luz os espera!; tras tanto dolor, ¡cuánto gozo! Vuestro día eterno será más alegre que un sol al surgir. Pensando en ese Día, olvidaos del horror actual, en el que se agitan Satanás y sus siervos, llevados por el odio a Dios y a sus hijos.

[50] Jueces 5.

Os bendigo>>.

Creí que era Jesús. En cambio, es el Padre Eterno.

30 de julio de 1944

16 horas

Ahora que me he repuesto un poco, escribo lo que ya desde ayer por la noche debía escribir.

Estaba haciendo la hora de la Dolorosa, que no había podido hacer el viernes por la noche, y contemplando a Jesús, tendido sobre la marmórea piedra de la unción; a su lado, la Madre besaba llorando las manos traspasadas por los clavos. Entonces noté que el rostro de ese Jesús que acababa de morir, que acababa de ser depositado sobre esa piedra, era más parecido, por lo enjuto y bello, al rostro del Jesús vivo que al que se había visto camino al Calvario o en la Cruz o al que aparece en el Santo Sudario, sólo algo más viejo y cansado, pero delgado y noble como siempre. Entonces, me pregunté por qué.

Jesús me respondió:

<<Camino del Calvario estaba sofocado por el calor, tumefacto, con las venas hinchadas por la fiebre y el cansancio; la retención de urea, sucesiva a la atroz flagelación, provocaba una naciente hinchazón. Todo eso aumentó sobre la Cruz. Después de la muerte –cuando ya había cesado el espasmo y el cuerpo se había vaciado en parte de sus líquidos, sea naturalmente, sea por el lanzazo- el rostro se afiló repentinamente. También el llanto materno fue una verdadera ablución, que sirvió para dar a mi rostro un aspecto más semejante al habitual.

Pero en el Santo Sudario aparece el rostro de una persona que ha muerto desde hace varias horas. Es decir, que ya ha comenzado el consabido proceso edematoso, que es tanto mayor en el que fue asesinado mediante torturas como las que Yo sufrí. Se trata de los exudados que se filtran a través de las membranas serosas y que llevan a decir que el muerto aparece como cuando estaba vivo. Es la enorme paz que la muerte extiende aun sobre los rostros más torturados.

Además, tienes que considerar que la efigie aparece en una tela y está fijada en ella por un proceso de aromas y de sales naturales. Ya sabes que en una tela cualquier mancha tiende a dilatarse. Pero, en realidad, en la mañana de la Resurrección, es decir, cuando ya dejé de estar cubierto por el Santo Sudario, los rasgos de mi rostro se veían hinchados de ese modo.

La vida volvió al Viviente, pero durante esas cuarenta horas estuve muerto absolutamente y, por lo tanto, nada me diferenció de cualquier hombre atrapado por la muerte. Por lo tanto, el cuerpo siguió las reglas comunes en todo cuerpo muerto, especialmente si la causa son las múltiples heridas, pero no se descompuso debido a la rápida Resurrección. Yo-Víctima he querido aniquilarme también en este aspecto. Toda descomposición comienza con la hinchazón. Digo esto para que lo sepa quien todavía tiene dudas acerca de la autenticidad de mi muerte>>

Estoy segura de que esas fueron sus palabras porque ahora me las acabo de repetir dado que, habiendo pasado varias horas, yo temía no escribirlas exactamente.

31 de julio de 1944

Mateo 8, 22.

De repente, mientras estoy haciendo mis ofrendas cotidianas y, por lo tanto, aun no he abierto ningún libro, me habla Jesús. Su voz resuena en mí de modo claro y repentino mientras va repitiendo el versículo y haciéndome comprender que se trata de la lección de hoy. Por lo tanto, dice Jesús:

<<Deja que los muertos entierren a sus muertos. Los muertos de los muertos son las preocupaciones vanas, los cuidados del mundo, los afectos terrenos. Los "vivos" no deben ocuparse de estas cosas>>.

(Esto es lo que me dice inmediatamente. Luego prosigue).

<<Llamo muertos a los que, por no haberse entregado por completo a la Vida, se vuelven pesados y lentos, fríos e inertes como cuerpos muertos o a punto de morir. Muertos no son únicamente los grandes muertos en los que no hay huella alguna de vida, o sea, los que pertenecen a Satanás debido a sus culpas. También son muertos los que a causa de su tibieza, de su apatía, no sienten el impulso hacia el Bien. Ésos son como piedras que permanecen apoyadas en el suelo, que no están ocultas en las entrañas de la tierra; pero aunque no esté enterrada, una piedra no se mueve por sí misma. Para que pueda desplazarse, se necesita un pie que la haga rodar, una mano que la arroje.

Esas almas, que Yo llamaría embriones de alma, porque su apatía las ha atrofiado hasta convertirlas en insignificantes almas, sumamente débiles y sumamente gráciles, son iguales a estas piedras. A veces mi mano las recoge misericordiosamente y las arroja, para ver si nace en ellas el deseo de movimiento. Mas ellas no se mueven más que por la fuerza de mi impulso y luego vuelven a su inmovilidad, Mis amigos las empujan, arrastrándolas hacia lo alto por medio de sus penitencias, sus ejemplos, sus palabras. Mas, tan pronto como las abandonan a sí mismas, aun sin caer en el mismo lugar que antes, se detienen en lo bajo. Son piedras pegadas como ostras al escollo de la vida, como musgos al tronco de la humanidad; viven para esas pocas cosas que pasan tan veloces como un relámpago de verano. Yo las llamo, Yo les hago una señal y les digo: "Venid. Seguidme". Mas no saben hacerlo. Seguidme significa convertir en una cosa secundaria la vida y lo humano, para hacer de Dios y del espíritu lo principal y ellas no saben hacerlo; y no saben *porque no quieren.*

Yo os digo a ti y a mis fieles discípulos: "Dejad que los muertos entierren a sus muertos. Vosotros seguidme y pasad por sobre todo lo que no sea de Dios. Seguidme desatendiendo toda voz que no sea la mía. Seguidme despreocupándoos de todo lo que no sea hacer lo que os pido. Mis auténticos secuaces deben ser más libres que los zorros y los pájaros; no deben estar ligados a las cosas del mundo, ni siquiera al nido, ni siquiera a la cueva. Deben evitar *todo apego que sea un obstáculo para seguirme,* porque Yo no condeno el santo afecto por la casa natal; también Yo lo sentí. Pero ¿veis?, supe separarme de la casa y de la Madre para cumplir la Voluntad de Dios. Amadlo todo, santamente, en Dios. Comenzad desde la Tierra a amar como amaríais en el Cielo. Es decir: dad a todo lo que amáis (parientes, amigos) los auxilios que aconseja la caridad, *mas no ese tipo de afecto absoluto que os impida amarme más que a ellos.* Les amáis más que a Mí cuando, en condición de tener qué elegir entre hacer algo grato a Dios o a ellos, preferís contentarles en lugar de contentarme. ¡Oh, dilectos míos!, caminad mirando el rostro de vuestro Jesús, mirándolo como lo más hermoso, lo que merece todas las miradas. Que todas las demás cosas y todos los demás seres, sean mirados a través de Mí. ¡Oh, qué puras y santas se volverían todas vuestras inclinaciones, si todo lo que hacéis o decís o amáis, lo tamizarais con la criba del amor por Mí! Quedarían despojados de todo egoísmo, serían más ligeras pero mucho más preciosas a la perfección, y se transformarían en motivo de bien para vosotros y para los que amáis".

Esto es lo que quiero decirte, pequeño Juan: que Yo quiero que vengas sin que ninguna atadura retarde tu vuelo. ¡Álzate por encima de todo terreno! ¡Hay tanto Cielo para ti!

Los zorros tienen sus cuevas y los pájaros sus nidos. El Hijo del Hombre no tiene dónde apoyar la cabeza[51]. En cambio, el pequeño Juan tiene una almohada y un nido: el corazón y el pecho de su Jesús. Mas debe poseer sólo eso.

Deja de lado todo lo que no sea tu Maestro y de tu Maestro. ¡Hay tantos "muertos" que pueden ocuparse de los muertos!… Sé una "viva" y ocúpate únicamente de Jesús-Vida.

Ven y descansa>>.

2 de agosto de 1944

9 de la mañana

[51] Mateo 8, 20; Lucas 9, 58.

Mientras hago mis plegarias cotidianas después de la acción de gracias de la Santa Comunión, siento eso que llamaría una sacudida, es decir, esa sensación especial que experimento cuando Jesús quiere bendecirme con una gracia.

Nunca lograré explicar bien este fenómeno. Es como una advertencia que llega a todo mi ser. Me llega al alma, pero la siente también mi cuerpo. Al alma llega como una paz y un gozo inmediatos y sobrenaturales, que aún no tiene un nombre pero existe; al cuerpo, con una especie de estremecimiento que produce, al mismo tiempo, calor y bienestar. Luego me ataca como una somnolencia física que me impulsa a recogerme en el silencio y la soledad y a abandonarme sobre la almohada como si sintiera sueño. Pero, en realidad la mente y las facultades espirituales están más despiertas que nunca y viven intensamente viendo, oyendo, gozando. Sólo disminuyen las fuerzas físicas, como cogidas por una languidez o un desmayo. De todos modos, ¡es un gozo enorme!…

Esta mañana he quedado sumergida en cúmulos de nieve paradisíaca, que veo mientras escribo; es como si estuviera en medio de inconmensurables y blanquísimas ventiscas recortadas contra el terso azul. La nieve está formada por finísimas legiones de ángeles, verdaderas perlas vivas que atraviesan volando el zafiro del cielo. Sólo hay ángeles, ángeles, ángeles: sensación de luz y armonía. Respecto a estas luces, son opacas y mugrientas las perlas más cándidas y los diamantes más tersos; respecto a estas armonías, el canto más perfecto y dulce de la Tierra es sólo un estridente estrépito.

Hay alegres círculos de luz nívea, otros en torno a la luz, aún más cándida y resplandeciente, de la beatísima Madre de Dios. Es una luz tan relumbrante que veo el rostro y las manos de María como si fueran soles cuyos rayos relucen de un modo casi imposible de sostener para el ojo humano; por eso veo con dificultad su amado rostro y sus adoradas manos, unidas en la plegaria, a través del velo de luz que irradia de ellos y constituye una aureola, una impalpable pantalla de gloriosa luminosidad. Pero, aun así, cerrando los ojos del alma ante tal fulgor, percibo la beata sonrisa de María, su dulce mirada, humilde y casta y tan amorosa; veo que sus ojos, algo velados por las pestañas, están mirando hacia abajo, hacia la pobre Tierra y la pobre María, es decir, hacia mí misma. Es la mirada de una virgen humilde y pura, feliz por esta fiesta en su honor, pero no por ella orgullosa. Con su actitud parece repetir el "Magnificat"[52] que, si bien representa el reconocimiento de los dones de Dios a su Madre, sobre todo es una alabanza a Dios mismo.

No veo más que esos ángeles jubilosos y a la Reina y Madre erguida sobre su espléndido sostén hecho luz, solamente de luz y asciende y la envuelve con su fulgor. Es hermosísima con su atavío de perlas convertidas en paño, convertidas en luz aún más intensa de la que la envuelve; son hermosísimos su rostro y sus manos, y su fulgor sobrepasa todos los otros.

¡Cómo relumbra esta Madre nuestra! Como ya he dicho al principio siento mi alma fresca y cándida como si estuviera entre incomparables ventiscas y viera sólo nieve inmaculada contra un cielo terso y bajo un sol puro.

¡Oh, Paraíso!…

Mediodía

Cap 44 (si leo bien) de Ezequiel.

Dice Jesús

<<Has visto a la No violada, gozosa en el Cielo; has visto el Arca cerrada, que nada ni nadie pudieron abrir, porque el hombre o a lo que se relaciona con él, por cargar con la culpa de Adán no le es lícito entrar a donde ha entrado Dios. Para Ella la terminación de la vida significó Vida gloriosa e inmediata, pues La que había llevado en su seno al Viviente no podía conocer la muerte, La que no había sido profanada por lo humano no podía ser profanada por el sepulcro. Además, la gran Reina que arrebata a los ángeles en el gozo del éxtasis, te enseña algo más.

[52] Lucas 1, 46-55.

Se ha dicho: "El príncipe mismo se sentará ante ella para comer su pan en presencia del Señor"[53].

Nadie, por más grande que sea, puede venir a mi presencia si no reconoce a María, la Puerta cerrada por la que sólo ha entrado Dios, a la Madre del Salvador, a la Madre-Virgen, a la Madre divina.

Para demostrar cuán grande es su gloria, Yo la he asociado a mi destino de Viviente en el Cielo. Ella es inferior tan sólo a Dios, porque Él la creó. Mas su maternidad y su dolor de corredentora la colocan por encima de todas las demás criaturas. De Ella, como Puerta de Dios, surge fe, esperanza, caridad; de Ella surge templanza, justicia, fortaleza, prudencia; de Ella surge la Gracia y las gracias; de Ella surge salud; de Ella os llega el Dios hecho Carne.

¡Oh, Madre mía!, para el Pontífice y para el último de los creyentes, eres la santa Píxide, en la que la Eucaristía está esperando ser dada al que cree. Todas las gracias pasan a través de tu cuerpo inviolado, a través de tu corazón inmaculado. Y los misterios y las verdades, los sacramentos y los dones, son conocidos con verdadera sabiduría y apreciados con pleno conocimiento y provecho, sólo por los que saben pedírtelos a Ti y ante Ti. Tú eres la pantalla entre el Sol y las almas y entre las almas y Dios, a través de la cual la Divinidad puede ser contemplada por el hombre, y la humanidad puede ser presentada al Perfecto. Tú eres la Madre por quien Dios fue dado al hombre y el hombre, instruido por tu sonrisa y tu amor, es dado a Dios.

Mi pequeño Juan, ven siempre a Mí pasando por María. Este es el secreto de los santos. La Puerta cerrada, que no se abrió ni se abrirá nunca por medio de la violencia humana, Puerta santa, que sólo Dios puede atravesar, se abre al toque amoroso de un hijo de Dios. Se abre bondadosamente. Cuanto más humilde y simple es el espíritu que se dirige a Ella, tanto más se abre y se acoge. Os acoge para enseñaros la Sabiduría y el Amor mientras os estrecha entre sus brazos de Madre.

Ve, Juan, hacia tu Maestra, que te ama.

Añado esto para otra categoría de personas, que no saben ser "pequeños Juanes" ni voces de Cristo.

"Los levitas que, en el extravío de los hijos de Israel, se alejaron de Mí… serán siervos y guardianes de la casa… En cambio, los sacerdotes y levitas hijos de Sadoc… se acercarán a Mí y estarán en mi presencia… Yo soy la herencia que les compete"[54].

Esto no sucede sólo a los sacerdotes en el sentido estricto de la palabra. Consideremos un ámbito más vasto: el de los creyentes, o cristianos, si os gusta más.

El que cree sirve a Dios. Os habéis comprometido a hacerlo con el Bautismo y la Confirmación. Siendo fieles a estas ceremonias, queréis decirle a Dios, a vosotros mismos y al mundo, que queréis servir a Dios. Por lo tanto, sois pequeños sacerdotes de vuestro Dios, aun sin haber sido consagrados Tendríais que serlo porque Yo os llamo a todos en torno a Mí para amarme y servirme en esta vida y en la futura.

Pero entonces, ¿qué es lo que pasa? ¿Por qué vemos desde lo alto del Cielo a demasiados levitas que, en el extravío del mundo, se alejan de Mí y van tras ídolos que, si ya son vergüenza para todo hombre al que la Gracia hizo hijo de Dios, son una vergüenza suprema y una profanación para quien está consagrado? ¿Por qué estos consideran otras religiones y otras ceremonias que no son las mías? ¿Por qué han convertido el egoísmo, la sensualidad, la ambición, el dinero en su propia religión? ¿Por qué tienen sólo el hábito de sacerdotes, pero no el alma, como demuestran haciéndose servidores de la mentira?

Y, ¿por qué Yo debo elegir entre los hijos de Sadoc a los que han de sustituir las voces que han quedado mudas y las antorchas que se han apagado? Debo hacerlo por piedad hacia el mundo; sí, debo hacerlo por piedad.

Mas ¡ay de los que debo relegar a la función de guardianes de mi Casa, sólo de guardianes! En cada siglo hubo elegidos para sustituirles. Provenían de todas las profesiones y de todas las clases sociales, traídos por un torbellino de amor, y subieron muy alto para purificarse en el Fuego e instruirse con las voces de la Llama divina. Miraron a Dios por un instante, con la sincera y buena voluntad de verle. Y esa visión les consagró a su servicio.

[53] Ezequiel 44, 3.
[54] Ezequiel 44, 10-28.

Y Yo les digo: "Por su fidelidad, estarán en mi presencia, apreciaré sus dones, Yo les instruiré en la Verdad, Yo seré su herencia".

¡Oh, benditos míos, venid! Venid vosotros, a quienes la Verdad ha sido revelada no por obra del hombre sino por voluntad de Dios, como premio por vuestro amor fiel; vosotros, a quienes puede decirse como le dije a Simón: "Bienaventurado eres, porque ni la carne ni la sangre te han revelado la Sabiduría y te han dado a conocer a Cristo, sino que lo ha hecho mi Padre, que está en los Cielos"[55]. Quedaos en mi corazón. Está colmo de enseñanzas para vosotros y de amor infinito>>.

Jesús agrega: <<He querido hacerte un comentario adecuado a las festividades de hoy: Sta. María de los Ángeles y S.A. M. de Liguori[56]

3 de agosto de 1944

3 Reyes 19.

Dice Jesús:

<< ¿Dónde estoy? ¿Dónde hay qué buscarme para recibirme en cada instante? ¿Acaso hay que hacerlo en las cosas grandiosas y sólo en ellas? No es así. En ese caso, vendría a vosotros muy raramente, pues la vida está hecha de cosas pequeñas y los momentos solemnes son raros. Así lo ha querido mi misericordia. En efecto, ¿cómo podría resistir una criatura si estuviera sometida de la mañana a la noche y en todos los días del año, a la continua consumación que provocan los grandes dolores, las grandes luchas, las grandes renuncias?

La vida, esa vida con la cual podéis conquistar la Vida eterna está hecha de pequeñas cosas. Mas hay que mirar las cosas pequeñas con los ojos del amor y de un conocimiento cabal y hay qué cumplirlas como un acto de amor. Entonces, aunque sean menudas, se vuelven grandes.

Mirad con los ojos del amor y del conocimiento cabal. Nunca dejaré de deciros, para que os persuadáis de ello, que el mal no proviene de Dios, que el mal es el fruto del connubio entre vuestros semejantes y Satanás o, si se trata de un mal de escasa importancia, de una ligereza de vuestros semejantes. El mal que os hace sufrir no proviene de Dios. Cuando un dolor proviene de Él (por ejemplo, si os quitan a una persona o una cosa, para que estéis más separados de los humano y seáis más libres de seguirle), trae aparejadas fuerzas y paz. Tú lo has comprobado y sabes que es así. Explícales a las almas qué diferencia existe entre el dolor que proviene de Dios, aunque sea un enorme dolor, y el que es fruto de la crueldad humana y del odio entre hermanos.

Por eso, debéis saber discernir y amar, amar, amar, cuando vivís las cosas cotidianas, las que suceden en cada instante. Debéis amar la mano de Dios, si es ella la que os tiende las cosas. Debéis amar a los desdichados, culpables de vivir en la maldad, si son ellos los que os imponen las cosas. Pero debéis amar siempre. Debéis cumplirlo todo con amor. ¿Es algo que viene de Dios? Pues, debéis amarlo porque representa su Voluntad. ¿Es algo que viene del hombre? Pues debéis hacer de esa cosa human, algo precioso y sobrenatural, y soportarla con paciencia y caridad, siempre que no sea contraria a mi Ley. En ese caso, es necesario saber resistir, intentando inclinar hacia el bien, con dulzura, al que quiere el mal y si éste insiste en hacer su voluntad, hay que saber morir, con tal de no llegar a pecar. Mártires no son solamente los que murieron en manos de los tiranos. También son mártires los que mueren todos los días porque no quieren causar mal: los hay muchos, desconocidos y humildes, algunos mueren asesinados con violencia, otros agonizan poco a poco, consumidos por la opresión lenta pero continua de quien les odia porque advierte que son más fuertes que él; porque advierte que tienen una fuerza sobrehumana y que se erigen en sus jueces.

Mas volvamos al Libro[57]: ¿Dónde está el Señor? ¿Está en el viento impetuoso y violento? ¿Está en el terremoto o en el fuego? No; está en la brisa ligera.

---

[55] Mateo 16, 13-17.

[56] Se trata de Alfonso María de'Liguori, doctor de la Iglesia (1696-1787).

[57] Reyes (vulgata: 3 Reyes) 19, 9-18)

¡Oh, el Señor siempre es dulce para con sus hijos! Siempre es paciente y misericordioso con ellos. Os muestra un rostro paterno para enamorar de Sí cada vez más a los hijos buenos y para atraer a Sí a los hijos pródigos. ¡Cuánta paciencia tiene! Si su paciencia no fuera infinita, os tendría qué fulminar continuamente con su desdén. Pero no interpretéis eso como debilidad. Os da la vida para que os convirtáis, ¡oh, hijos ingratos! Pero cuando estéis fuera de la Tierra en la que os creéis amos y os burláis del Amo de verdad, entonces, cada uno de los días en que Dios os concedió una inútil magnanimidad estará marcado y lo pagaréis duramente.

La brisa ligera es la paz que envuelve todo lo que proviene de Dios y os dice: "Aquí está el Señor". Entonces, apresuraos a servirle; no digáis: "No me da miedo y, por lo tanto, no le hago caso". Al contrario, precisamente porque os ama, aprended a amarle. Aprended a estar en presencia de Dios con respeto y con confiado amor. Aprended a decir lo que dijo el profeta: "Ardo de celo por el Señor".

Todos tendríais que estar ansiosos por servir al Señor. En cambio, la mayor parte está lista para servir al hombre y descuidar a Dios. Demasiados hijos de Dios han dejado de lado su pacto y han destruido en su corazón el altar del amor por el Señor, burlándose de los hijos fieles y oprimiéndoles, a veces hasta llevarles a la muerte.

Mas entonces el Señor se dirige a los que, en medio del árido desierto –el mundo- y los bajos y nocivos matorrales espinosos –los malvados-, se quedan solos como palmas solitarias; se dirige a los que como palmas dispensadoras de dulces frutos, son útiles. A ellos el Señor les dice: "Ve sin temor. Tu vida está en mis manos. Estás reservado para Mí, al igual que los siete mil que no doblaron la rodilla ante la Bestia y no tuvieron besos para ella. Sois míos de modo absoluto, eterno, y con una bienaventuranza sin límites".

Pero aún no ha terminado la lección: recordad también que mientras estéis empeñados en la lucha, no debéis vanagloriaros de la predilección de Dios. Habéis luchado como un soldado bien armado y por ello habéis sido premiados, mas aún tenéis qué luchar. Dios está con vosotros, es vuestro Adalid. Mas no puede llamarse vencedor el que, después de las primeras victorias, abandona a su jefe y se considera contento con las alabanzas que recibió. Un verdadero y fuerte vencedor es el que sigue a su jefe hasta el final. La vida es una guerra cotidiana y vosotros sois los soldados que la ganáis.

Conocéis al Enemigo. Es uno solo, mas tiene muchas caras. La primera es la del Demonio; las otras secundarias, son la carne, el mundo, el dinero. Sed fieles. ¿Habéis ganado? Que la alegría de la victoria os dé fuerzas para las nuevas luchas. ¿Habéis perdido? Que no os abata el desaliento. Y que, en cambio, la humillación de vuestra debilidad os impulse a redimiros con una victoria. Sólo el que ha llegado al final puede vanagloriarse en el Señor, porque el Enemigo común y el enemigo individual –que es la parte inferior de vuestro yo- puede hacernos morder el fango con una caída mortal, hasta en el último instante de lucha.

"Que el que esté armado, no se vanaglorie como el que posa las armas". Tenéis que confiar en el Señor pero tenéis que estar en guardia siempre. Llegará la hora en que abrazaréis a vuestro Rey. Entonces, las armas serán sustituidas por las palmas y el fragor de la lucha por las armonías celestiales. Entonces, podréis gritar vuestro gozo por haber vencido.

La vida es lucha, el premio es el Cielo. Debéis saber merecerlo sintiendo a Dios en la brisa ligera, resistiendo a los violentos torbellinos de Satanás. Debéis saber doblegar el corazón sólo a Mí y conservar besos amorosos para Dios, vuestro Señor. No tenéis otro Dios. Servidle solamente a Él y estaréis entre los siete mil que reservó para Él, entre los ciento cuarenta y cuatro mil que habla Juan[58], es decir, entre los elegidos para la verdadera gloria, que no tiene parangones ni límites, entre los que provienen de las grandes tribulaciones de la Tierra para reposarse en el Reino de Dios>>.

Ayer por la noche la excelsa Reina, que durante todo el día había estado ante mí con su fulgor, se volvió Madre junto a su pobre hija que sufría tanto. Es decir, ya no resplandecía con su reluciente atavío en el azul del Paraíso sino que estaba con su acostumbrada túnica color marfil junto a mi lecho y me acariciaba y me sonreía dulcemente, bondadosamente.

[58] Apocalipsis 7, 4. 9-17.

Me refugié en su pecho, que parece el de una esbelta jovencita, y me quedé allí, acariciándole las manos, tan pequeñas y bellas, suaves, perfumadas como flores, perfumadas con su perfume del Cielo. ¿Sabe Ud.?, es muy bello permanecer así, con la mejilla apoyada sobre el corazón de la Madre y sentir, a través de la áspera tela, el latido de su corazón y la tibieza de su pecho; es bello poder jugar con sus dedos afilados como con los de una madre. ¡Cuántas veces le he dicho: "Mamá"!

Ud. dirá que repito. Pero es tan grande el júbilo de contarle a Ud. y también a mí misma mis encuentros con María, que no puedo dejar de hacerlo. Ayer por la mañana le pedí muchísimo a Ella, que es la Reina de los Cielos, por las necesidades de todos. Ayer, con la familiaridad de una hija, le repetí mis pedidos, para todos, especialmente para algunos que quiero salvar de dolor, porque para ellos dolor significa desesperación.

Al leer, yo no sé cuántas veces, la vida de Santa Teresita, encuentro esta frase: "Poniéndome en los brazos del buen Dios, imité al niño que, cuando está muy asustado, esconde la cabecita rubia en el hombro del papá". En cambio, yo reclamo: "La esconderé en el pecho de la Madre. Jesús es el Esposo, el Hermano, el Señor. Por eso, me apoyaré en Él como esposo y hermano y cogeré su mano armada con la cruz para que me guíe. Cuando Él lo quiera, me rodearé con su brazo para apoyarme sobre su corazón, pero ésa será una condición de esposa, una posición transitoria que, por lo tanto, no podré pretender en todo momento. En cambio, una hija que, está enferma, puede estar apoyada siempre sobre el corazón de la Madre. Por eso me abandono en el pecho de la Madre. No juzgo que sea una defección hacia Jesús. Al contrario; estoy segura de que, estando de ese modo, me encontraré siempre cerca de Jesús, porque tengo la absoluta seguridad de que Jesús se encuentra siempre en los brazos de María. Si le buscara en otro lugar, correría el riesgo de no hallarme en su camino. En cambio, si le busco allí le encontraré siempre. Madre, elijo tu hombro como mi refugio. Apoyando mi rostro en tu mejilla, te lo diré todo y esperaré todo. Una Madre no decepciona".

Si supiera cuán dulce es sentirla aquí, totalmente entregada a mí…; sentirla y verla toda, toda, toda para mí, viva y verdadera, respirando, sonriente… Ayer era el gozo estático, sólo para el alma. Hoy es el gozo también para mi cuerpo. No sé explicar bien esta alegría total, esta paz, esta compañía, en fin, lo que siento. Habría qué experimentarlo para comprenderlo. Estoy sola pero, en realidad estoy con Ella y no me sorprendería que, si yo tuviera necesidad de abrir la puerta, fuera a abrírmela Ella o que, si yo necesitara ayuda, me auxiliaría Ella. No me sorprendería por lo real que es su presencia.

¡Oh, no merezco todo esto! La bondad de Dios supera verdaderamente todo cálculo humano, aun el más hiperbólico…

4 de agosto de 1944

Job 33, 14. 19. 23. 29.

Dice Jesús:

<<Para conduciros de nuevo al bien, Dios no os habla una sola vez ni tres veces, como dice Elihú sino que os habla con incansable paciencia. Os habla de todas las maneras, las más dulces y las más severas; os habla con sueños y, como tú sabes, con inspiraciones, con consejos, con ejemplos, con lecturas, con dolores, con enfermedades, con muertos. Se dirige a vosotros para deciros: "Yo existo. Tened presente que olvidarse de Mí y de mi Ley significa una desdicha sobrehumana".

Si Dios tuviera que hablar sólo una vez a vuestro espíritu para volver a conducir a dicho espíritu al sendero recto, ni siquiera uno de vosotros llegaría a la meta, que es la Vida eterna. Que bastase una sola vez podían pensarlo los de la antigua Ley. Mas, desde que reino Yo con mi cruz, es otra la Ley que os juzga y os gobierna: es la ley de la misericordia, que se ha enlazado a la Justicia de la Ley inalterada e inalterable del Sinaí[59] y la ha abrazado tan estrechamente y la ha cubierto tanto con sus flores, que la recia y áspera piedra ha quedado fajada por completo en un atavío cuajado de flores y cada uno de los estambres de las mismas es un gesto de piedad del Señor hacia vosotros. Sobre la antigua Ley se tendió el velo de mi Sangre, que ahora le grita al Padre: "¡Misericordia!" para vosotros.

[59] Éxodo 20, 1-17; Deuteronomio 5, 1-22.

Yo, el Hijo del Amor, he venido a instaurar el Amor en la Tierra, el Amor que es paciencia y perdón. Yo, el Maestro, le he enseñado al hombre a perdonar a su prójimo setenta veces siete[60], que es como decir perdonar sin contar las veces. Mas, si pretendo esto del hombre, de ese pobre en el que el Enemigo inocula el odio a pesar de toda mi voluntad y todo mi prodigio, a pesar de la ayuda de mis sacramentos; de ese pobre hombre en el que dicho odio fermenta, porque la carne es terreno propicio para el fermento de los vicios satánicos, debo pretenderlo perfectamente de Mí mismo, que soy la Perfección. Por eso Yo hablo y aconsejo y perdono no setenta veces siete, sino infinitas veces siete, o sea, siempre –desde que se abre vuestra mente a las luces de la razón hasta que éstas se apagan en vuestra extrema agonía- con tal de que vengáis a Mí con recta intención.

Mas, la debilidad del hombre es tan grande que por sí mismo no sabría comprender ni obrar, ni arrepentirse y salvarse. Ya el pecado significa debilidad para el espíritu, una debilidad que aumenta cuanto más grave es el pecado o más abundante y repetido, hasta llegar a matar como por consunción las fuerzas del alma. Y cuanto más débil es el hombre, tanto menos es capaz de comprender, obrar, arrepentirse y salvarse. Entonces, por la Comunión de los santos le llegan infusiones de fuerzas sobrenaturales que le hacen capaz de comprender, obrar, arrepentirse y salvarse.

Elihú dice: "Si un ángel habla en su favor, Dios tendrá piedad de él"[61]. En tiempos de Job, el Cielo estaba poblado solamente de ángeles. Haciedo un alto en el Limbo, los justos esperaban a Cristo para llegar a ser ciudadanos del Cielo. En cambio, ahora a los ángeles se unen las filas de los santos del Cielo y de los santos de la Tierra.

¡Oh, qué dulce cadena une y encierra a sus mallas de oro caritativo el Cielo y la Tierra, a los santos del Cielo y a los justos de la Tierra para circundar en un abrazo, cuyo fruto es ayuda y salvación, a los pobres de la Tierra, pero a los *verdaderos pobres*, esos que están privados de la Gracia o que están muy poco dotados de Ella!

Esta sublime Comunión de los espíritus "vivos" de la Tierra y el Cielo es muy poco conocida en su verdad. Su programa consiste en comunicar a los pobres hermanos enfermos, moribundos y, a veces, ya muertos, la Vida de que están henchidos por ser una sola cosa conmigo, que soy la Vida. Ellos ruegan para obtener que la paciencia de Dios sea aún más magnánima; para obtener que Él envíe rayos de amor, y no de castigo, que conviertan a los pecadores como ocurrió a Saulo camino a Damasco[62]; hacen ofrendas por ellos, por ellos se inmolan en secreto, cumpliendo sacrificios –nunca bendecidos lo bastante- que, como olas de imponente río, vana a volcarse en las cuencas de las gracias celestiales. Y cuantos más tesoros se extraen de dichas cuencas, más rebosan, porque cada justo que vive y cada santo que asciende alimentan este océano, que al principio estuvo formado por mi Sangre, y al que asocio vuestras lágrimas y vuestros méritos para que seáis "una sola cosa conmigo" tanto en el redimir como en el amar, en el padecer como en el gozar.

Alguien te preguntó cómo se conceden estas indulgencias que no están convalidadas por un notorio milagro y qué luz las ilumina. Éste es uno de los escollos contra los cuales se estrellan o en los que quedan atascados los ánimos ignorantes en cuanto a la Fe. Por eso, Yo os instruyo en esta verdad; Yo, que soy el buen Maestro que quiere vuestra cognición y no vuestra ignorancia, porque conocer es amar, conocer es salvarse y Yo, que soy Rey además de Maestro, como soy el Rey bueno, quiero que os salvéis, porque un rey bueno ama a sus súbditos y, por lo tanto, no quiere verles en poder del dolor, de la indigencia, de la muerte; un rey bueno quiere verles salvos en los confines de su reino.

Las indulgencias se conceden por los medios extraídos de los tesoros de la Comunión de los Santos, a partir del tesoro del Santo de los santos –es decir, Yo, Jesús- hasta el de los justos. Así como los prados en primavera, después de un tibio chubasco nocturno, se muestran cubiertos de flores al beso del sol, así, bajo el rocío de la Gracia, Yo veo florecer en los áridos campos de la Tierra las almas justas y vivir, perfumar y morir con la corola tendida al Cielo, en el que vuelcan su vida y sus fragancias que luego, fundidas con las

[60] Mateo 18, 22.
[61] Job 33, 23-26.
[62] Hechos 9, 1-6.

luminosas de los bienaventurados, vuelven a la Tierra para santificarla. Felices de esos terrones que las acogen y saben hacer florecer sobre la árida piedra un nuevo espíritu, hijo de Dios.

¿Teméis acaso que los infinitos millones de días de indulgencia no correspondan a la suma de los méritos? ¡Oh, no temáis! Yo multiplico por un número infinito de veces los méritos de los santos porque los fundo en los míos, que son infinitos. Son tan grandes que, aunque cada hombre gozara de ellos todos los días por la suma total de todos los días de indulgencia obtenidos por todas las plegarias de la Tierra, los tesoros de los méritos no diminuirían.

¿Teméis en cambio, que quien debe aplicarlos los aplique erróneamente? Yo, le dije a Pedro: "Lo que desates en la Tierra será desatado en el Cielo"[63]. En consecuencia, si le he dado facultad a mi Pedro, y a los que de él descienden, para absolver las culpas –y, por lo tanto, para soltarlos del nudo del Maligno-, es lógico que le haya dado también la facultad de tomar entre los tesoros del Cielo las riquezas que os perdonan también la deuda, o parte de la misma que queda tras la absolución de la condena. Si al que está investido de mi espíritu le es posible juzgar y absolver, ¿cómo puede no serle posible aplicar riquezas ciertas?

Puede juzgarse una culpa personalmente. Esto sucede raramente en mi Tribunal, porque Yo remedio los olvidos de mis jueces y les ilumino cuando examinan. Sólo a los que no son dignos de ser tales, les privo de mi luz. Mas, para las almas, esto no es un peligro porque Yo suplo con mi misericordia hacia ellas y las encamino hacia otros sacerdotes dignos de guiarlas. Yo velo siempre. Puede juzgarse una culpa personalmente. Por eso, hay tantas diferencias, mayor o menor severidad en los jueces. Mas los méritos de los santos son ciertos, son seguros, aun en su vastedad. Por consiguiente, no hay que temer que, cogiéndolos a manos llenas, el Jefe de la Iglesia y los jefes de las diócesis se encuentren un día con que deben aplicar lo que ya no existe. Y, por lo tanto, quedaos tranquilos.

Me critican diciendo: "Mas, ¿es justo disponer esta indulgencia o aquella para esta o aquella plegaria, o práctica o festividad?"

No os preocupéis. Os hago notar que, en lo que atañe al culto, mis Pastores están guiados divinamente; mas, aunque no fuera justo, Yo no permitiría nunca que sea burlada la confianza de las almas. Y, por eso, ésta o aquella plegaria, o práctica o festividad, darán a las almas la indulgencia correspondiente a las mismas por el mérito de la fe de las almas. *Y Yo no descuido dicho mérito y dicha fe; por el contrario, los premio seguramente.*

Tomemos en consideración también el caso de un Pastor que concede indulgencias a algo que no la merece, o peor, a algo que es erróneo, o peor aún: consideremos que el Pastor está privado de la luz porque la culpa mortal ha matado su espíritu. ¿Acaso por ello las almas serán defraudadas del tiempo de indulgencia concedido a ese hecho? No, no sucederá jamás. Las almas buenas cumplen dicho acto con un fin santo y recto. O sea, que su obra parte de un punto santo para llegar a uno aún más santo: la Comunión de los santos. Si a mitad del camino se levanta el pilar de un error, no crea obstáculos a su marcha, porque su obra vuela, no se arrastra, se remonta sobre el escollo, lo sobrepasa muy por encima y va a sumergirse directamente en los tesoros celestes, sin menoscabo alguno.

Yo premio la verdadera fe. Acordaos de una gran verdad, todo acto de fe es fruto del amor. El amor es por sí mismo la indulgencia total que anula la multitud de los pecados[64]. Aunque una indulgencia hubiera sido aplicada sin ninguna autoridad, para el alma que, por amor mío, intenta obtenerla, *está reservado y aplicado el indulto de mi amor infinito, que la librará de toda sombra de muerte espiritual, para vivir y ver la Luz.*

Ve en paz. Yo estoy contigo>>.

6 de agosto de 1944

1 Corintos 12, 3.

[63] Mateo 16, 19; 18, 18.
[64] 1 Pedro 4, 8.

Dice Jesús:

<<Me has dicho: "Señor, prefiero esto a lo que yo era entonces". Por lo tanto has comprendido cuánto más agradable es servir a Dios y amarle que amar y servir a un hombre. Por lo tanto, has alcanzado ese nivel de inteligencia que tendría qué existir en las criaturas y que, en cambio, existe muy raramente.

Para llevarte a ese conocimiento, he tenido que hacerte recorrer como un maestro severo un penoso camino de enseñanza.

Un maestro severo no tolera que el alumno conserve juguetes u otros objetos que, con el recuerdo de afectos familiares o amigos, pueden desviar su atención del estudio. Naturalmente, un maestro de esa suerte le parece severo, hasta cruel, y casi llega a odiarle. Mas, cuando llegue la edad adulta y haya alcanzado una cultura superior que le permita ser alguien en la sociedad, bendecirá a su inflexible maestro y comprenderá que la actual madurez de su pensamiento, su bienestar actual, la fortaleza de su carácter, se deben a la constante severidad del maestro.

Y, pensando en ella, también se da cuenta de que al principio era mucho más acentuada y que hacia el final ha ido mitigándose cada vez más. Y entonces se pregunta: "¿Por qué fue así? ¿No habría sido mejor ser más dulce cuando aún era niño y advertía mucho más la diferencia entre las ternuras maternas y la severidad escolar? ¿No habría sido más justo tenerme sujeto cuando la adolescencia y la incipiente juventud me habían llevado a sentir menos ansias de caricias?" Mas luego –y precisamente porque ha sido educado con sensatez- el alumno, que ahora ya es un hombre, reconoce que el mérito educativo está justamente en ese proceder y que, gracias a él, ahora, en la vida, es un hombre de temple.

Es un hombre de temple. ¡Pobres de esos hombres educados con blandura que luego, ya adultos, se enfrentan con las luchas de la vida que por cierto, no es tierna como el corazón de una madre, ni clemente como el ambiente familiar, sino que está llena de dureza de enemigos, de luchas, de esfuerzos! Son los que terminan con ser arrollados por estas adversidades o que, para no ser arrollados se convierten en deshonestos y obtienen con malas artes lo que no saben obtener por sus méritos.

Fui un Maestro muy severo contigo porque quería hacer fuerte tu espíritu. ¡Eras tan débil! Como la sutil campánula, tenías necesidad de abrazarte a los demás para darles la alegría de tus flores de amor y para darte la alegría de tener quien sostuviera tus flores, para no soportar la pena de verlas caer bajo el pie de la indiferencia y morir después de haber florecido inútilmente. Yo hice el vacío al tu alrededor y dejé en tu páramo *un sólo tronco* gigantesco y rugoso, demasiado rugoso para la pobre y débil campánula a la que inspiraba temor.

Por eso te quedaste en la tierra y conociste la sequedad, el polvo y el muy poco agradable sabor del suelo árido. A veces, al pasar sin verte siquiera, alguien te pisaba o estrujaba mientras tú, al contrario, le habías saludado alegremente desde lejos y habías intentado alzar tus ramitas, que el júbilo y la esperanza habían cubierto de flores; entonces llorabas y el llanto se mezclaba con la tierra polvorienta y manchaba la seda de tus flores con el barro, que es aún más desagradable que el polvo. ¡Pobres flores, que se manchaban de tierra mientras tendrían que haberse colmado de Cielo, porque para esa misión Yo las había creado!

Cansada de estar sola, pisoteada, manchada por todo lo que no podía saciarte –el mundo con su dureza, sus egoísmos y con los pobres afectos humanos, falsos, egoístas y sensuales, que no te entendían, que no podían ser suficientes-, empezaste a pensar en el tronco que, fielmente, permanecía en su lugar junto a ti, mientras los otros tallos, que eran sólo cañas que se inclinaban a todos los vientos, *que no eran más que cañas,* iban siendo desraizadas por una fuerza que era misteriosa sólo para tu ignorancia de aquel entonces y cuyo nombre era Amor Divino.

¡Pobre María, cuánta fatiga fue necesaria para tenderte hacia esa bóveda, para alzarte hasta obtener que enlazaras la primera rama alrededor del tronco tan rugoso, tan rugoso respecto a tu debilidad, tan difícil de abrazar! Tuviste que lavarte con el llanto provocado por la fatiga y por el dolor de esa rugosidad que te hería, para quitarte todo el polvo humano, para sentirte más ágil y ligera, pues el polvo y el barro con sus costras pesan. Mas ¡cuán grande fue tu júbilo cuando viste que la primera que, entre tus flores, floreció contra el áspero tronco, no fue abatida por la rudeza humana, no se mustió en el polvo ni se manchó en el barro, sino que pudo perfumar mientras acariciaba su sostén y cubrirse con las perlas del rocío, sólo del rocío fresco y

purificador, y con gemas de rubí, que llovían desde lo alto del tronco para hacer más bella y fuerte tu corola. Fue la primera, entre tus corolas, que se colmó en el Cielo.

Quisiste volver a experimentar ese júbilo y subiste aún más. Dos, tres, diez lazos se envolvieron alrededor del áspero tronco, cada vez más arriba, y siempre con más fuerza y perfume, y siempre más rocío, más cielo, más rubíes cubrían tus flores, que brotaban cada vez en mayor número. Cuando llegaste a mitad del camino, supiste el nombre de aquel tronco: era mi cruz. Y ella te habló con su voz de dolor y de amor. En su madero leíste las verdades que son vida, escritas con la Sangre de tu Dios. Las besaste, sentiste su sabor y quisiste subir hasta lo alto, hasta donde su Rostro doloroso te sonreía mientras de él goteaban llanto y sangre, es decir, tú rocío y tus rubíes. Quisiste sólo eso.

Entonces tu Maestro y Redentor hizo más liso el tronco de su trono; lo hizo cada vez más liso y dulce para ayudarte a subir, porque al amor responde el amor y el mío, que ya te amaba hasta querer que fueras toda de él, en el momento en que lo amaste con toda tú misma, te amó dilectamente.

He aquí pues, oh pequeña voz, *que has llegado a conocer a tu Bien.* Desde lo alto de nuestro patíbulo de redentores-amantes, miras la Tierra lejana, pero no la miras con deseo sino con misericordia; miras los pobres tallos que no saben dirigirse a la Cruz; mientras el Cielo para implorar por ellos, porque así, unida a Cristo, *compartes su divina sed de amar y salvar las almas.* Desde lo alto de la Cruz, aprendes la ciencia más alta y, como un pajarito en la cima de un altísimo cedro, cantas sus enseñanzas para que lo oigan los pobres tallos y vengan hacia la Luz.

Recibiste los dones más grandes, *pero el don entre los dones fue el amor*. Yo te enseño a subir cada vez más por el camino sublime: *el camino del amor.* Medita sobre esta gran verdad, que es la clave de todos los afectos humanos: si pasando del verdadero amor al pequeño amor, volvieras a amar a ti misma en las criaturas, *tus sostenes aflojarían su abrazo en el tronco sublime y volverías a conocer el amargo barro, que colma pero no sacia.*

Ama; ámame a Mí por sobre todas las cosas, por todo el bien que te he dado. Ama a tu prójimo en Mí sin esperar nada de él, sin pretender nada de él. Ámale precisamente porque es tan incapaz de amar y tan infeliz por no saber amar. Ámale pensando que cada uno de tus prójimos es obra de Dios y que por cada uno de ellos Yo he muerto. Ámale pensando en mi dolor del Getsemaní, en el que cada sollozo correspondía al nombre de uno de ellos, de ése por el cual Yo iba a morir inútilmente. *Ámale de modo sobrenatural perdonando, compadeciendo, enseñando, tolerando, sufriendo por él.*

¿Eres pobre? No importa. El medio de difusión del amor no es el dinero: es el amor sobrenatural. ¿Estás enferma y te sientes impotente? No importa. El medio de difusión del amor no son la salud física y la fuerza: es el amor sobrenatural. ¿Estás recluida y el mundo te ignora? No importa. El medio de difusión del amor no es la libertad material y la notoriedad entre la multitud: es el amor sobrenatural.

Mi Madre era un ser pobre e ignorado; primero estuvo recluida en el Templo y luego en su virginidad retraída. Y, sin embargo os ha dado el Tesoro. Y, sin embargo, ha llevado a los hombres la Palabra. Era silenciosa, era impotente por ser mujer, el judaísmo la consideraba una "nada". Y, sin embargo, a excepción de Mí mismo, ninguna criatura ha hablado con sus palabras y ha obrado como Ella.

El amor sobrenatural, que fue perfecto en mi Madre, cumplió el prodigio de llegar al Cielo, abrir sus puertas, extraer el Tesoro, interponer entre los silencios y la ignorancia del mundo culpable la Palabra, que es Ciencia, distribuir la Vida con la Sangre que, como un río, había brotado de la roca de purísimo diamante de su seno virginal. ¡Oh, míseros hombres que la culpa hizo semejantes a las bestias! Mi madre supo daros la Gracia, que es el don entre los dones, al ofrecer a su Jesús en el silencio y el amor, desde el momento en que se hizo Carne hasta el momento que llevó su Carne al Cielo… ¡Oh, separación! ¡Oh, martirio de mi Madre!, ¡Oh, martirio de espera, en la espera de ascender a su trono!

Delante del Ángel[65], en la gruta de Belén, en el Templo, en Nazaret, en el Gólgota y en el Monte de los Olivos, Ella dijo siempre: "Hágase de mí según tu palabra". Lo dijo cada vez que el Padre le pidió un sacrificio de su voluntad y de su amor, un sacrificio cada vez más alto. Ella fue y es sublime, no tanto por ser

[65] Lucas 1, 38.

Madre de Dios sino por haber conocido la Caridad; recuerda que *la inmediata obediencia a la voluntad eterna es el agua regia que pone a prueba el oro de la caridad.*

Los dones provenientes de Dios. El amor es un mérito vuestro. Por lo tanto, ante los ojos de Dios *vuestro mérito consiste en el amor que tenéis.*

Yo, que soy el Maestro, te instruyo en la Ciencia sublime para que, a través de ella como por un camino seguro, llegues muy a lo alto. Antes lo hice con severidad y ahora con dulzura. La Caridad te fortalece con su bendición para que procedas cada vez más por su camino>>.

7 de agosto de 1944

Ayer noche tuve una visión muy singular que al principio, me dejó verdaderamente desconcertada. Luego me di cuenta que se refería a las primeras persecuciones contra los cristianos, que acaecieron justamente en Jerusalén. Pero esto lo entendí más tarde, cuando la visión se animó, porque al principio veía sólo el interior del Tempo y, en especial, el pórtico en el patio junto al cual está la entrada del Tesoro, es decir, el punto en el que Jesús, apoyado en una columna, observaba a la multitud en la visión de la viuda que ofrece sus dos monedas como óbolo.

En esa misma columna –y reconozco que, precisamente, es la misma por la colocación junto a la entrada del Tesoro y a la escalera que conduce al otro patio- está apoyado un personaje respetable por cierto. Seguramente es un fariseo, como me lo demuestran su modo de vestir y mi amonestador interior.

A juzgar por su aspecto debe tener alrededor de sesenta años; digamos de 55 a 60. Es alto, su porte es noble y son bellos sus marcados rasgos semitas. Lleva un curioso gorro que le cubre la frente –que debe ser alta- casi hasta las cejas, muy espesas y rectas, que dan sombra a sus ojos negros, almendrados, penetrantes, de mirar sumamente inteligente, en medio de los cuales desciende desde la frente una nariz fina, larga, ligeramente curva en la punta, con fosas nasales palpitantes. Las mejillas son más bien jundidas, no por estar demacradas, sino por la forma misma del rostro; tienen un acentuado color marfil. La hermosa boca es más bien ancha, pero los labios son delgados, sombreados por los bigotes, que no pasan de las comisuras y se mezclan en una barba cuadrada que desciende hasta unos tres dedos de la barbilla. Tanto los bigotes como la barba están muy cuidados pero tan encanecidos que, en realidad, son más blancos que negros, como habrían sido al principio y como demuestran las raras hebras de un negro tan acentuado que es casi azulado.

Pero lo que más me llama la atención es su atavío. En la cabeza lleva un gorro hecho con una tela de lino más bien rígida, que ciñe la frente y que está atado en la nuca como la cofia de las enfermeras de la Cruz Roja. El borde que queda libre cae, por encima de la atadura, sobre el cuello y llega a los hombros. O sea, que es una especie de capuchón, que hay qué adaptar todas las veces que uno se lo pone. Su vestimenta consiste en esto: lleva un indumento muy largo, pues llega hasta el suelo y le cubren los pies que, en efecto, no veo; es de un lino blanquísimo, sumamente amplio, con mangas largas y anchas, sostenido en la cintura por un suntuoso cinturón, enriquecido completamente por bordados y cordones. Los bordes de este atavío están bordados formando una alta franja. Por encima de este vestido lleva una especie de sobrepelliz muy extraña. Por detrás parece una casulla para la Misa, es decir, se trata de un trozo de tela completamente bordado, que cuelga desde los hombros casi hasta las rodillas, está abierta a los costados y por delante desciende en forma de V, formando 3 pliegues a cada lado hasta donde termina el esternón y, justo en ese punto, está recogida por una placa de metal precioso cincelado, que parece la hebilla o cierre de un valioso cinturón, la cual va a enlazarse ligeramente (es decir, sólo lo necesario para que la tela quede firme) con la parte posterior de la que llamaré casulla. A partir de la hebilla, la casulla desciende sin pliegues hasta la rodilla.

(La escritora pinta un dibujo que parece una casulla como las que usaban los sacerdotes en la misa allá por 1950. Hoja 518)

Con este grabado he intentado representar la parte delantera del atavío del fariseo. No se ría de mí. Esta singular sobrepelliz presenta en el borde, todo en derredor, unas cintillas azules muy compactas, de este modo: (La escritora dibujó tres pentágonos puestos de cabeza. Hoja 518) es decir que forman una franja igual

a la que se ve en el borde de un amplísimo manto de tela muy dúctil que, por lo flexible y ligera, parece seda; en realidad, debe ser lino o lana de hilado fino, aunque por su blancura diría que se trata de lino. El manto es tan amplio que podría cubrir perfectamente a tres personas. En este momento está abierto y cuelga de los hombros hasta el suelo, donde se recoge en suntuosos pliegues.

El fariseo tiene los brazos y las manos cruzadas sobre el pecho y está mirando algo con severidad, casi diría con disgusto, pero no se trata de desprecio sino de dolor.

Hasta aquí llega la primera parte de la visión, que he descrito en presente para que resulte más viva y también porque, en realidad, todavía está delante de mis ojos como ayer por la noche. ¡Si supiera con cuánta atención he observado el atavío del fariseo! Podría describir y dibujar, si fuera capaz de hacerlo, los arabescos de la preciosa hebilla y las franjas de los bordes enriquecidos con bordados.

Más tarde vi que se acercaba al fariseo un jovencito con facciones muy marcadas, que seguramente no sólo era hebreo, sino un hebreo muy feo. Era bajo, basto, casi diría algo raquítico, con piernas cortas y gruesas, algo separadas a la altura de las rodillas; se las puedo ver muy bien porque lleva una túnica corta, propia de los viajeros, según me advierte mi amonestador… Es una túnica grisácea. También los brazos son cortos y musculosos, el cuello corto y grueso sostiene una cabeza más bien grande, morena, con cabellos cortos e hirsutos; las orejas son salientes, los labios carnosos, la nariz muy achatada, los pómulos altos y marcados, la frente convexa y alta, los ojos… no saben lo que es la dulzura: son ojos saltones, cuya mirada demuestra dureza, ira. Sin embargo, esos ojos muy negros cobijados bajo la mata de las cejas despeinadas, son ojos bellísimos, que hacen meditar. Las mejillas están ensombrecidas por una barba que no es larga pero sí muy espesa y, probablemente, hirsuta como los cabellos. Es un hombre feo sin ninguna duda, tanto en el cuerpo como en el rostro. Hasta parece tener una joroba en el hombro derecho. Sin embargo, a pesar de su aspecto feo y también perverso, impresiona y atrae.

Se planta delante del fariseo y le dice algo; veo moverse sus labios carnosos, pero no entiendo la que dice.

El fariseo le contesta: "No acepto la violencia, por ningún motivo. Nunca tendrás mi aprobación en un proyecto violento. Lo he dicho también públicamente".

"¿Acaso eres el protector de estos blasfemos, secuaces del Nazareno?".

"Soy el protector de la justicia. Y la justicia nos enseña que hay que ser cautos al juzgar. Ya lo he dicho: 'Si es algo que proviene de Dios, resistirá; si no es así, caerá por sí mismo'. Pero no quiero mancharme las manos con una sangre que no sé si merece la muerte".

"Tú, que eres fariseo y doctor, ¿hablas de este modo? ¿No temes al Altísimo?".

"Le temo más que tú, pero pienso y recuerdo… Tú eras apenas un niño, aún no eras un hijo de la Ley, y yo ya enseñaba en este Templo con el rabí más sabio de estos tiempos… Nuestra sabiduría recibió una lección que nos hizo meditar por el resto de nuestra vida. Los ojos del sabio se cerraron con el recuerdo de aquella hora y su mente con la consideración de esa verdad que se revelaba a los honestos. Mis ojos han seguido vigilando y mi mente ha seguido pensando y coordinando las cosas… Yo oí hablar al Altísimo por labios de un adolescente[66], que se convirtió en hombre justo y al que, por ser justo, le mataron. Y aquellas palabras fueron confirmadas por los hechos… ¡Mísero de mí, que no le comprendí antes! ¡Mísero pueblo de Israel!".

"¡Maldición! ¡Estás blasfemando! Ya no hay salvación si los maestros de Israel blasfeman contra el Dios verdadero".

"No fui yo el blasfemo. ¡Lo fueron todos! Y seguimos blasfemando contra Él. Lo has dicho justamente: ¡ya no hay salvación!".

"Me causas horror".

"Denúnciame al Sanedrín, como hicieron con el que fue lapidado. Será un comienzo feliz para tu misión y, con mi sacrificio, yo seré perdonado por no haber comprendido al Dios que pasaba".

[66] Lucas 2, 41-50.

El desagradable joven se va con gesto insolente y la visión cesa en ese punto. Esta mañana se ha vuelto a presentar nítidamente en mi memoria, pero con un hecho precedente que me permite entenderla.

Veo el aula del Sanedrín; es la misma de la noche entre el Jueves y el Viernes, cuando acogió a mi Jesús, también la disposición es la misma: El Sumo Sacerdote y todos los demás están en sus respectivos escaños; en el medio del aula, en el espacio vacío donde estaba Jesús, se encuentra ahora un joven de unos 25 años, es alto y bello. A su alrededor hay esbirros y alumnos del Sanedrín; en realidad, no sé si se llaman así, pero como me parecen estudiantes al servicio de los rabinos, les llamo alumnos.

Esteban ya debe de haber hablado[67], porque el tumulto ha llegado al colmo y sólo puede ser comparado con el vocerío asesino que acompañó la salida de Jesús del aula. Contra el diácono Esteban se lanzan puñetazos, maldiciones y blasfemias y hasta golpes brutales por lo que se tambalea mientras le tironean ferozmente de aquí para allá.

Pero él conserva la calma y su dignidad. En verdad, más que calma es júbilo. Con el rostro inspirado e iluminado, sin preocuparse por los salivazos que bañan sus mejillas ni por el hilo de sangre que le desciende de la nariz debido al violento puñetazo recibido, alza los ojos y sonríe a algo que sólo él ve. Abre los brazos en cruz y los tiene como para un abrazo y de este modo cae de rodillas, adorando y exclamando: "¡Veo los Cielos abiertos y veo que Jesús de Nazaret, el Hijo del Hombre, el Cristo de Dios que vosotros habéis matado, está a la diestra de Dios!".

Entonces en tropel, abandonando toda apariencia de humanidad y de legalidad y con la furia de una jauría de mastines hidrófobos, se abalanzan sobre el diácono, le muerden, le aferran, le ponen de pie a fuerza de puntapiés, le empujan hacia afuera a fuerza de puñetazos, tirándole de los cabellos, haciéndole caer, arrastrándole, creando obstáculos a su furia con su propia furia, porque en la reyerta el que pisotea al mártir obstaculiza al que intenta arrastrarle.

Entre los más crueles y vehementes está el feo joven –al que llaman Saulo- que antes he visto hablar con el rabino y fariseo. Lo lamento por el apóstol… pero antes de consagrarse a Cristo parecía un gamberro.

Veo también al fariseo y doctor (en un rincón en penumbra, me parece ver también a Nicodemo), que es uno de los pocos que no participa en la violenta riña. Ha permanecido siempre silencioso, tanto durante la acusación como en el momento de la sentencia de condena y, disgustado por esa escena ilegal y feroz, se envuelve en su amplísimo manto y se dirige hacia una salida situada en la parte opuesta a la de la salida hacia la cual se encamina la turba de los verdugos.

Saulo no deja de advertir el movimiento y le grita: "¿Te vas, rabí?" y, como el otro parece no comprender que la pregunta está dirigida a él, Saulo declara: "¿Te abstraes de este juicio, rabí Gamaliel?".

Gamaliel se vuelve completamente y, mirándolo con frialdad y altivez, le responde simplemente: "Sí", pero ese "sí" vale como un discurso entero.

Saulo comprende y, abandonando la jauría, corre hacia él. "Maestro, no me digas que desapruebas nuestra condena".

No hay más respuesta que el silencio.

"Ese hombre es culpable doblemente; lo es por haber renegado la Ley al seguir a un samaritano poseído por Belcebú y también por haberlo hecho tras haber sido su alumno.

Otra vez hay sólo silencio.

"¿Acaso eres un secuaz del malhechor llamado Jesús?"

"No lo soy, pero si Él era el que se decía, ruego al Altísimo que me convierta en su secuaz".

"¡Qué horror!".

"No es un horror. Todos tenemos una inteligencia qué emplear y una libertad para aplicarla. Que cada uno la use de acuerdo con esa libertad que Dios ha dado y esa luz que nos ha puesto en el corazón. Los justos la usarán para el bien; los malvados, para el mal. Adiós". Y se va sin preocuparse por ninguna otra cosa.

[67] Hechos 7.

Saulo se reúne con los verdugos en el patio, sale del Templo con ellos y con ellos atraviesa las puertas de la ciudad, siempre en medio de golpes e insultos.

Una vez fuera de las murallas, los verdugos se disponen en círculo en un lugar pedregoso y baldío. En el centro del círculo está el condenado, cubierto de sangrantes heridas y con las ropas desgarradas. Todos se quitan el sobreveste y quedan vestidos sólo con cortas túnicas, como la que Saulo llevaba en la visión de anoche. Le dan las ropas a éste, pues él no participa en la lapidación, no sé si es porque es demasiado pequeño o porque sabe muy bien que no tiene habilidad de lanzador o porque le han tocado las palabras de Gamaliel. El hecho es que, vestido con larga túnica y el manto, se queda vigilando las ropas de los demás, que matan al mártir a pedradas sin dificultad, pues las piedras –tanto redondeadas como puntiagudas-. Abundan en ese lugar.

Esteban recibe los primeros golpes de pie, con una sonrisa de perdón en los labios heridos. Antes, esos labios se han abierto para saludar a Saulo. Mientras la multitud enfurecida se disponía en círculo y Saulo estaba ocupado en retirar las ropas, le había dicho: "Amigo, te espero en el camino de Cristo". Pero Saulo le había respondido, acompañando las injurias con un vigoroso puntapié: "¡Puerco! ¡Poseído!".

Luego Esteban vacila y bajo la granizada de golpes cae de rodillas diciendo: "¡Jesús, Señor mío, recibe mi espíritu!" Por los nuevos golpes, que le atormentan la cabeza herida, Esteban se desploma y mientras cae y su cabeza termina entre las piedras, apoyada en su sangre, murmura expirando: "Señor, Padre,… perdónales… no les tengas rencor por su pecado. No saben lo que…". La muerte detiene la frase en ese punto.

Los verdugos arrojan la última piedra sobre el muerto, que queda casi sepultado por ella, vuelven a vestirse y se van. Regresan al Templo y los más exaltados, ebrios de celo satánico, se presentan al Sumo Sacerdote para solicitar carta blanca en las persecuciones.

Entre ellos, el más exaltado es Saulo. Tras haber recibido la carta de autorización –que consiste en un pergamino con el sello del Templo en rojo- sale de allí. No pierde tiempo. Se prepara enseguida para el viaje y la persecución. La sangre de Esteban ha surtido sobre él el mismo efecto que el color rojo en el toro o que el vino en un alcohólico. Es decir, le ha enfurecido. Se le ve más feo que nunca. Y que el apóstol me perdone, pero tengo qué decir lo que veo.

Mientras está esperando no sé a quién, ve a Gamaliel, que está apoyado en la columna, y va hacia él. Tengo la impresión de que Saulo era una de esas personas que nuca dejan de lado una discusión y que, por el contrario, siempre vuelven al asalto con la insistencia de una mosca, tanto para mal, como fue al principio, como para el bien, como fue después.

Vuelvo a ver exactamente la escena de ayer noche y, por eso, no la repito. No veo nada más.

Ayer no reconocí a Gamaliel, pues era mucho más viejo, que en el momento de la disputa del adolescente Jesús y, para más, llevaba ese gorro que no tenía en ocasiones anteriores. Pero, a decir verdad, ya entonces me había gustado y ahora me gusta todavía más. Me infunde respeto. No sé si se habrá convertido al cristianismo antes de morir, pero me gustaría que así fuera, porque me parece que lo merecía: era un hombre justo.

Como Ud. ve, es la visión que menos podía esperarme, sobre todo por lo que se refiere a Gamaliel. ¡Pero fue tan clara!; fue una de las más claras y persistentes. En efecto, los detalles han sido tan precisos que podría contar las personas, los golpes, las piedras.

Por ahora no ha habido ningún comentario por parte de Jesús.

8 de agosto de 1944

Dice Jesús:

<<Puede definirse mi vida terrenal como una Epifanía continua, dado que epifanía quiere decir manifestación. Y, en efecto, Yo me manifesté a los hombres durante 33 años de mi vida, sin concederme pausas.

Y, aun cuando y donde la manifestación no estuvo acompañada por algo milagroso (es decir, apto para atraer violentamente la atención de los hombres, que está desviada siempre hacia las cosas menos buenas), fue siempre un signo de manifestación sobrenatural la Virtud practicada de modo perfecto, con todos sus nombres, por el Hijo de José y de María de Nazaret, por el Hijo de José, el carpintero, y de María, la humilde mujer, pobre y silenciosa, que sus paisanos casi no notaban porque vivía apartada en su casa. Mucha era la sabiduría del Hijo de José, el carpintero, en cuanto a las humildes virtudes cotidianas *del amor y el respeto a los padres, de laboriosidad, de honestidad en el trabajo y de honestidad en las ganancias, de respeto hacia sí mismo, de obediencia a las leyes y a los superiores, de caridad hacia el prójimo, de justicia, de templanza,* y aún más, en los sentidos, y cada acto suyo manifestaba un espíritu en el que vivía Dios en toda su perfección.

Mas el mundo entero y, por eso, también el pequeño mundo de Nazaret, nunca advierte las manifestaciones de una virtud que, por ser cotidiana y estar relacionada con los hechos cotidianos, pasa humildemente por su senda florida de espinas, que se convertirán en rosas únicamente si las pisotean y se hieren y manan sangre y derraman lágrimas para proseguir fielmente en la virtud. Por lo tanto, dejemos esta manifestación cotidiana que duró treinta años; esta manifestación de El que crecía y se fortalecía no sólo en la carne sino también en lo superior a ella; de El que, aun poseyendo la plenitud de la Sabiduría y de la Gracia por su misma naturaleza, por amor a los hombres había puesto límites a estas perfecciones encarnadas en vuestra miseria junto con su espíritu y les permitía crecer según las reglas relacionadas con las edades humanas –o sea, progresando mesuradamente en el crecimiento de la sabiduría y de la gracia- como Hijo del hombre ante Dios, su Padre, y ante los hombres, sus hijos y ahora también sus hermanos, debido a la Encarnación.

¡Oh, qué luminosos horizontes de ciencia divina puede desplegaros aun una sola palabra de mi Evangelio! ¡Qué gran misterio de perfecto amor y perfecta justicia está encerrado en esas palabras del Evangelio de mi infancia: *se fortalecía, crecía!*[68] Leéis y proseguís. O bien leéis y meditáis, pero lo hacéis embebiendo en sustancia humana lo que es sobrenatural. En vosotros, la carne es tan fuerte que sobrepasa las fuerzas intelectivas del espíritu. De lo que se desprende que *sólo a los que han matado la carne en cuanto a sus reclamos y sus prepotencias, y han hecho de estos restos la base del trono para el espíritu-rey, se les conceden los conocimientos, sea a través de la palabra divina que por la divina infusión de una inteligencia que raya en lo perfecto porque proviene del Paráclito.* Éste, por una espiritual encarnación del Verbo en vosotros, ¡oh, espíritus vírgenes deseosos únicamente de bodas eternas!, os impregna de Sí, y engendra en vosotros la Palabra y os hace "portadores de Cristo", como lo era la Esposa virginal de sus ardores septiformes.

He dicho de la inteligencia "que raya en lo perfecto". Es perfecta porque proviene de Dios, mas una criatura humana no podrá poseer la Perfección tal como es. Se disolvería, porque el corazón y la mente de un ser terrenal no pueden contener la cognición total de lo que es Dios. Lo infinito no cabe en lo finito.

Para el espíritu separado de la carne, conocer a Dios es vida y es júbilo. Para la criatura en el exilio sería una fulguración. Él éxtasis demasiado sublime destruiría su inteligencia y su vida al despedir la chispa proveniente de la Verdad. Por eso, la Verdad –que es buena- siempre se reviste de un velo de carne, de modo que vuestra debilidad pueda soportarla, de modo que vuestra limitación pueda conocer a Dios y vivir en su conocimiento, llevando el Cielo en vosotros sin que por ello tengáis que morir antes de que llegue la hora.

Pero volvamos al tema inicial.

Para Mí que soy el Maestro, para Mí que soy vuestro Amante, es un gozo tan grande hablar con vosotros –que, como niños amorosos, estáis ansiosos por oírme y permanecéis en torno a Mí, que os amo, con vuestros puros ojos de infantes espirituales y con vuestra sonrisa plena de amor- que no sé frenar el jubiloso deseo de instruiros, oh seres que mi corazón ama, oh benditos que me concedéis ser aún el "Maestro" entre sus dilectos discípulos. Mas mi amor es como una crecida que, para difundirse, rompe los márgenes, que son los temas y los límites que establezco en mi lección por compasión hacia vuestra debilidad, que os lleva a cansaros de escuchar o de retener o de escribir. Por eso, Yo introduzco en el tema inicial otros temas, para

[68] Lucas 2, 52.

llevaros conmigo cada vez más hacia lo alto y estrecharos a Mí por más tiempo, ya que sois discípulos e hijos predilectos en los que me complazco como el Padre conmigo.

Dejemos las manifestaciones cotidianas de mi vida y tomemos las grandes manifestaciones: el Nacimiento, la Presentación en el Templo, la Adoración de los Magos llegados de Oriente, la Disputa en medio de los doctores, el Bautismo en el Jordán, la Transfiguración, la Redención, la Ascensión al Cielo. Menos que de ésta, tuviste la visión y el comentario de tu Dios y de su Madre para cada una de las otras. A través de mi comentario o por las luces de tu mente –es un espejo orientado hacia la Luz y aumenta su luminosidad concentrando en sí la Luz que refleja por ansias de amor y que en él se espeja como respuesta de amor- pudiste ver cómo a cada manifestación corresponde la santificación de los que, entre los presentes, tienen la "buena voluntad" que se requiere a los hombres para poseer la Paz, o sea, a Dios.

Los pastores fueron los primeros a quienes se manifestó el Verbo encarnado[69] y quedaron santificados por Él. La Gracia obró en ellos como hace la semilla en la tierra: ningún ojo humano ve su obra durante el invierno pero, cuando la hora llega, da tallos y espigas que el hombre ve con alegría pensando en el futuro pan. De este modo, la Gracia obró en los pastores durante los treinta años en que estuve oculto y luego floreció en la espiga santa cuando llegó el tiempo en que los buenos se separaron de los malvados para seguir al Hijo de Dios, que iba por los senderos del mundo lanzando su grito de amor para convencer a las ovejas del eterno rebaño, diseminadas y desviadas por Satanás.

Les habrías visto, si hubieras estado presente, mezclados a la multitud que me seguía. Más aún: habrías visto que eran mis embajadores, porque con sus narraciones, simples y convincentes, anunciaron a Cristo diciendo: "Es Él. Le reconocemos. A su primer vagido, descendieron sobre Él las canciones de cuna de los ángeles. Se nos ha dicho que lograrán la paz los hombres de buena voluntad. Buena voluntad es el deseo del Bien y la Verdad. Sigámosle, seguidle y lograremos la paz que ha prometido el Señor.

Mis primeros embajadores entre los hombres fueron humildes, ignorantes y pobres y se escalonaron como centinelas a lo largo del camino del Rey de Israel, del Rey del mundo, con sus ojos fieles, sus bocas honestas, sus corazones amorosos, como incensarios que exhalaban el perfume de su virtud para que fuera menos corrompido el aire de la tierra en torno a la Persona Divina que se había encarnado por ellos. Les encontré hasta a los pies de la cruz, tras haberles bendecido con la mirada a lo largo de la senda sangrienta del Gólgota, allí donde eran los únicos, en medio de la plebe desencadenada, que no maldecían, que, al contrario, amaban, creían, esperaban aún y me miraban con ojos compasivos, pensando en la noche lejana y llorando por el inocente que durmió su primer sueño sobre un áspero leño y el último sobre otro, aún más doloroso. Esto sucedía porque mi epifanía les había santificado por ser almas rectas.

Y así sucedió con los tres Sabios de Oriente[70], con Simeón y Ana[71], con Andrés y Juan en la manifestación del Jordán[72] y con plena santidad, en el Tabor, sucedió a Pedro, Santiago y Juan[73]; sucedió también a María Magdalena en el huerto de José de Arimatea el domingo de Pascua[74] y con santidad perfecta en el Monte de los Olivos a los once que fueron perdonados por su instante de desconcierto y que, por el amor que ardía en ellos, volvieron a ser fieles[75].

Gamaliel al igual que Hill.el, no eran simples como los pastores, ni santos como Simeón, ni ascetas como los tres Sabios. En él y en su maestro y pariente, la maraña de las lianas farisaicas sofocaba la Luz y la libre expansión de la planta de la Fe. Pero había pureza de intenciones en su condición de fariseos: creían estar en lo justo y deseaban seguir estándolo. Lo deseaban por instinto, pues eran justos, y por razonamiento, porque su espíritu, descontento, clamaba: "Este pan está mezclado con demasiada ceniza. ¡Dadme el pan de la Verdad verdadera!".

[69] Lucas 2, 8-20.
[70] Mateo 2, 1-12.
[71] Lucas 2, 33-38.
[72] Juan 1, 35-40.
[73] Mateo 17, 1-8; Marcos 9, 2-8; Lucas 9, 28-36.
[74] Marcos 16, 9; Juan 20, 11-18.
[75] Marcos 16, 29: Lucas 24, 50-53; Hechos 1, 3-14.

Dado que no era tan fuerte como para romper esas lianas, todavía seguía demasiado esclavizado por la materialidad así como también por las consideraciones de la estima humana, del peligro personal, del bienestar familiar: Gamaliel no había sabido comprender "a Dios en el momento en que pasaba" ni había sabido usar "esa inteligencia y esa libertad que Dios ha dado al hombre", según las palabras del propio Gamaliel, para reconocer a Dios y para mudar su pensamiento de modo que, de doctor del error –dado que los hombres para su provecho, habían corrompido la Verdad, transformándola en Error- se convirtiera en discípulo de la Verdad.

No fue el único. Tampoco Nicodemo y José de Arimatea sabían pisotear las fórmulas y las costumbres y abrazar manifiestamente la nueva Doctrina e iban hacia ella "en secreto por miedo a los judíos". Pero los dos ya estaban más adentrados que Gamaliel en el camino del bien, hasta el punto de osar hacer el gesto piadoso del Viernes. Mas observa el poder de la recta intención: aunque Gamaliel estaba más atrás en ese camino, en la hora en que el Mal se desencadena y le pone ante la encrucijada de elegir entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto, su justicia humana se impregna de esencias sobrehumanas, mientras la de Saulo, en la misma circunstancia, se mancha con matices demoníacos.

El árbol de Bien y del Mal[76] *se alza ante todos los hombres y presenta los frutos del Mal con un aspecto más apetitoso; en su follaje silva la Tentación con engañosa voz de ruiseñor. El hombre, criatura dotada de razón, debe saber discernir y debe desear solamente el fruto bueno,* aun cuando es arduo cogerlo, porque es espinoso; aun cuando su sabor es amargo, aun cuando su aspecto es mezquino. Pero cuando se ha elegido y se ha nutrido el espíritu con esa santa amargura, *se cumple la metamorfosis y se vuelve blando, dulce, bello.*

Saulo tiende las manos ávidas hacia el fruto del Mal, del Odio, del Delito. Gamaliel, superando las tenaces lianas de lo humano y de la costumbre, gracias al florecer de la lejana semilla de luz que mi cuarta epifanía le había depositado en el corazón –ese corazón de rectas intenciones- y que él había acogido y defendido con afecto honesto y selecto anhelo de verla brotar, tiende las manos al fruto del Bien. Su voluntad y mi Sangre rompen la dura corteza de esa semilla que ha tutelado y, bajo el sol de las palabras apostólicas y de la fe de Esteban, de ella nace la planta nueva de su cristianismo y de su santidad a mis ojos. Se le perdona por no haberlo comprendido antes; su deseo de convertirse en mi secuaz es bendecido por el Altísimo y se vuelve realidad sin necesidad de la fulguración camino de Damasco[77], que le era necesaria al malvado, pues por ninguna otra senda habría podido ser conquistado por la Luz.

No hago otros comentarios porque no es necesario. Pequeño Juan, pequeño ser justo que amas al que es justo y deseas saber que es santo, has sabido que el rabino Gamaliel es santo ante mis ojos porque fue justo. Sélo también tú cada vez más.

Cristo se ha manifestado también a ti. Y no lo ha hecho una sola vez, sino muchas veces. No lo ha hecho únicamente con el aspecto, sino también con la sabiduría. Por lo tanto, que tu justicia crezca proporcionalmente a su revelación. Aún hay más y aún por mucho tiempo me manifestaré a ti. Y, siempre que lo merezcas, estaré contigo hasta que llegue el momento en que estarás conmigo; lo estaré hasta que lo quiera, con la palabra y siempre con la presencia. Ahora Yo soy tu huésped, como en una nueva Betania; luego serás tú mi huésped, serás aún más que huésped: serás esposa. Oh, nueva y pequeña Ester[78], serás elevada al trono de tu Rey, serás hermosa y fragante, no por obra de adornos femeninos sino porque destilará la oleosa mirra del sacrificio y los aromas y fragancias del amor, de la fidelidad y la pureza y de todas las virtudes que me pertenecen, lo tendrás todo de Mí. He ordenado a mi ángel, que es el tuyo, que te adorne, que te dé lo que se necesita y te he dado siete doncellas –mis dones- y otras siete aún –los sacramentos- , porque también es mío lo que es del Espíritu-Amor. Serás amada más que muchos otros que creen estar en una posición favorable y que, en cambio, no son diversos del hastioso Amán y, como él, por soberbia odian a los sabios y a los fieles a Cristo. Junto a tu Rey encontrarás gracia y benevolencia y también paz y bendiciones para los seres por quienes rezas porque Dios satisfará tu plegaria.

Ahora ve en paz. La mano de tu Señor esta sobre tu cabeza>>.

---

[76] Génesis 2, 15-17.
[77] Hechos 9, 3-9; 26, 12-18.
[78] Ester 5 (vukgata).

Por la noche, Jesús agrega:

<<Pequeño Juan, ahora que has descansado agrego esto:

Divinamente inspirada, la Iglesia recuerda a Gamaliel junto con Esteban, cuyo martirio fue la lluvia abrileña que hace culminar el tallo en la espiga. Justamente en estos días de agosto, la Iglesia recuerda en sus anales el hallazgo del cuerpo de Estéban y también al que encontró la senda de Dios, que había buscado por toda la vida llevado por la nostalgia de mi voz infantil; la senda que le iba indicando la mirada extasiada de mi primer mártir.

Ahora basta. Mañana vendré a hacerte feliz>>.

9 de agosto de 1944

Dice Jesús:

<<Ven, pequeño Juan. Pon tu mano en la mía, como hizo el pequeño Benjamín, cuya visión te gustó tanto, para que Yo te conduzca por los campos de mis gracias, las gracias para ti y para los demás, dones y más dones, porque cada cosa que te revelo o te digo es un enorme don.

Tú ni siquiera conoces su valor. No me refiero al valor espiritual, que para ti es infinito; me refiero al valor cultural o, si lo prefieres, histórico. Son gemas de gran valor. Las encuentras en tus manos y, como un niño, las aprecias por su color variado, pero no sabes adjudicarles más valor que el de una dádiva, que el valor de la belleza y el de ser prueba de mi amor. En cambio otros más doctos que tú, pero menos predilectos, observan ansiosamente esas gemas espirituales que tu Jesús te dona y ansiosamente te las piden; las observan, las examinan y las valúan con un conocimiento mayor que el tuyo y hasta con tu modo de amar, ¡si su voluntad lo quisiera! Pero eso es más difícil para ellos, pues son complicados. Sólo los niños saben amar con simplicidad, con espontaneidad, con pureza.

Tú sólo sabes amar. Permanece siempre en ese modo para Mí. Deléitate con las matizadas gemas que te dono y luego ofrécelas, con generosidad y alegría, al que espera. Yo colmaré siempre tu pequeña mano de nuevos tesoros. No temas. Dona, dona. Tu Rey posee cofres inagotables para el gozo de sus pequeños>>.

La primera parte de lo que he escrito con fecha de hoy ha nacido del hecho de que, durante todas las horas en que he estado despierta esta noche, yo había pensado en las cosas bellas que me revela Jesús y le decía: "¡Qué bueno eres con la pobre María! ¡Cuántas cosas me enseñas! ¡Y qué bellas son!". Por cierto, yo no decía palabras sublimes. Hablaba como una niñita porque, por ser tan ignorante, no sé entender el valor histórico de lo que veo y escribo y, si eso me deleita, es sólo porque es bello de un modo sobrenatural y me hace vivir con Jesús o con los amigos de Jesús. Y Jesús hace bien permitiéndome vivir de esta manera.

Parecía que desde que Ud. estuvo aquí, es decir, desde hace un mes, estoy más tranquila y serena. No es así. He obedecido su consejo intentando apartar mis ojos de mi condición de exiliada en un lugar que no amo, que no puedo amar; intentando no volver a decirme ni a decir a los otros una palabra más a este respecto; intentando distraerme de este dolor que me atormenta.

Si me examino con profunda observación y sinceridad, creo que he faltado a mi palabra sólo tres veces y que con el pensamiento lo he hecho aún menos porque, en verdad, huyo inmediatamente cada vez que mi corazón y mi mente van a mi casa, a la necesidad de su presencia, Padre, a los recuerdos de estos meses: la muerte de Papá, el onomástico de mamá, el cumpleaños de papá, la enfermedad de mi madre, a la que podría decir que perdí el 24 de agosto, pues desde ese día no volví a verla.

Mire Ud., tan solo el 6 de agosto me atreví a corregir el fascículo que Ud. me trajo, que se refiere al período del 30 de marzo al 26 de mayo y que, por lo tanto, es el fascículo que encierra la crónica desesperada de los días malditos. Y he sufrido indeciblemente por ello. Ya lo sabía que iba a sufrir. Esta determinación de no hurgar en las heridas de mi corazón, parece haber extendido un sutil velo, como una epidermis, sobre ellas y por eso se las cree curadas. Pero no es así. Peor aún: bajo el velo que impide el desahogo de los acres

humores de la herida, *ésta obra cada vez más en lo profundo y me consume.* Sólo yo sé cómo va destrozándose mi corazón. Reaccionar era un desahogo. No poder reaccionar significa destrozarse. Pero obedezco y me destrozo.

Por obediencia, no quiero pensar ni recordar que Dios permitió que yo conociera el infierno. Pero ese recuerdo vive en mí, sin que yo misma me dé cuenta. Y si el espíritu no quiere recordarlo, lo recuerda la mente. Y si ésta se obliga a no recordar, lo grita el corazón. Y si el corazón es triturado para obligarlo a callar, lo dice a gritos la carne. Cuando se ha vivido en el infierno, no se le olvida jamás, ni siquiera cuando se está en el Paraíso. Por eso creo que los que por un motivo inescrutable han sufrido en la Tierra esta tortura, aun en medio de la luz del Paraíso no podrán dejar de ver un pequeño punto oscuro: su infierno; que en medio de la dulzura del Paraíso advertirán siempre una gota de hiel: su infierno; que en medio del júbilo del Paraíso cada tanto serán sacudidos por un estremecimiento de horror: el recuerdo de su infierno.

A Jesús le digo: "Maestro y Amor mío, no me hagas pensar. Sostén mi pobre cabeza entre tus manos queridas para que no vea, para que no sienta, para que no recuerde el pasado, las voces del pasado, los hechos del pasado, y para que tampoco vea las sombras del futuro… Jesús mío, no me hagas pensar… no me hagas pensar. Pensar quiere decir volver a sentir en la boca la amargura de la desesperación, de la locura. ¡Ten piedad, buen Jesús!". Y me apoyo en el corazón de la Madre, que está siempre junto a mí desde el 2 de agosto; de la Madre amorosa que no se impone pero que encuentro enseguida, tan pronto como la busco para que sea mi refugio.

Pero si leer la crónica de esos días me hizo mal, en cambio las otras páginas me han hecho mucho bien.

En la primera hoja, que corresponde a la visión de la muerte de la Magdalena, se lee: "No hay espera para María" y Jesús con una caricia me ha susurrado: "Tampoco hay espera para la pequeña María". Luego se lee: "Te bendigo, bienaventurada" y Jesús me dice: "Te bendigo, bienaventurada".

Y prosigue: "Sólo Yo bebí el cáliz hasta el fondo sin atenuarlo con la miel y no quiero que sufrais lo que Yo padecí". Y entonces Jesús me dice: "Créelo también para ti".

Y luego leo: "Nuestro sufrimiento debe ser tuyo" y Jesús dice: "¿Ves cómo te amo? Te uno a mi dolor y al de mi Madre".

Más adelante, María le dice a Juan: "Él (Jesús) no ha tenido en cuenta tu desconcierto". Y Jesús me dice: "En verdad. No he tenido en cuenta tu desconcierto de abril. Quédate en paz".

Y el 9 de abril se lee: "Te pido la caridad (de sufrir aún más, también en el tiempo pascual) por las almas". Y Jesús dice: "Me has dado esa caridad con dolor, pero has permanecido fiel. Gracias".

No comento esos 20 días desgraciados. Quiero decir solamente que, ahora que los releo tras algún tiempo y mientras estoy en los brazos de Jesús y de María, esos días –tanto como los otros días penosos pero no sucesivos, que están esparcidos entre los oasis de piedad divina .me parecen aún demasiado dulces y moderados respecto a lo que yo padecía realmente. No me creía capaz de permanecer tan fiel, estando tan agarrada por Satanás.

¡Qué justos son los primeros dictados de Jesús después de la tormenta! Siempre son justos, como es natural, pero éstos lo son en el modo de expresar mi tormento, que sólo Él podía valorar justamente.

No he corregido sino hasta el 12 de mayo, porque lo hago solamente el domingo, cuando suspendo la costura. En resumidas cuentas, me han dado consuelo mezclado con dolor. Pero el consuelo ha sido mayor que el dolor. Y ahora basta, porque el cansancio me agobia la espalda.

10 de agosto de 1944

Dice Jesús:

<<Has llegado muy cerca de la verdad, pero no las has alcanzado perfectamente.

Es verdad que los que están conmigo en el Paraíso y que por motivos inescrutables han vivido en la Tierra una hora de infierno, como tú la llamas, la recuerdan. Pero no sienten amargura de ese hecho, no ven ese punto oscuro, no tendrán más estremecimientos de horror al recordarla. Aquí todo es luz, dulzura y paz.

Y nada puede anularlas, ni siquiera el recuerdo de los suplicios más atroces que se han soportado. El recuerdo permanece, vive, pero ya no hace mal. Es el acicate para una caridad operante.

No digas nunca más, pequeña hija mía, no digas nunca más: "Si puedo ir a otro lugar, no quiero recordar que he vivido. No echaré ni siquiera una mirada a esta Tierra atormentada, donde hay tanto dolor y tanto mal". Si razonas de este modo, razonas con criterios humanos. No debes hacerlo así. Yo te he puesto fuera del pequeño y mezquino círculo de lo humano. Ya te he colocado en la infinita, en la gozosa libertad de lo sobrenatural. Con prisa santa y con jubilosa voluntad, despójate de todo residuo humano. Sé "hija de Dios" de manera total.

Ser hija de Dios de manera total quiere decir serlo del mismo modo que en el Cielo, o sea quiere decir poseer un amor que supera todos los obstáculos que representan los recuerdos amargos; más aún, quiere decir hacer de estos recuerdos amargos el acicate para cumplir una caridad mayor.

Ves, hija mía, cuando se está aquí, en mi Paraíso, se posee el Amor, porque el Paraíso es posesión eterna de Dios que es Amor. Al poseer el Amor perfecto, el espíritu sufre una metamorfosis de perfección que invierte hasta el último residuo de justicia humana.

¿Un espíritu sufrió en la Tierra? Precisamente porque sabe que en la Tierra se sufre, *tiene piedad por la Tierra y, llevado por esa piedad, se entrega a una caridad operante.*

¿Sufrió en la Tierra por causa de los hombres? En efecto, la Tierra en sí misma, es buena. Os da el pan y la lana, los frutos y el fuego; no es cruel, no es vuestra enemiga, como lo es el hombre. Mas, precisamente porque sabe que son los hombres los que sufren y hacen sufrir en la Tierra, el espíritu elevado a Dios experimenta la santa voluntad de obrar a favor de los pobres hermanos en el exilio. Son pobres todos ellos: los que sufren y, más aún, los que hacen sufrir, porque se condenan a una pobreza eterna y a una eterna desolación.

Desde el seno beatífico de la contemplación, mis santos no cesan ni un instante de obrar por vosotros, los que aún vagáis en el exilio. Y para ellos es un júbilo inmenso cuando, con una sonrisa, les ordeno que desciendan entre vosotros para beneficiaros y volver a conduciros al Bien.

El Paraíso de los santos tiene dos caras. Una mira a Dios y se deleita. La otra está vuelta hacia los pobres humanos y no dejará de practicar esta caridad, amorosa y atenta, hasta que el último hombre haya terminado de luchar en la Tierra. Los santos dirigen sus rezos a mi Majestad a fin de que les conceda ir hacia vosotros para ayudaros.

¿Ves, hija mía? Mi mártir Lorenzo hoy mira con más amor que nunca a la pobre Tierra y a los pobres hombres porque, estando embebido totalmente de Caridad y Sabiduría, en esa Tierra y en esos hombres ve una de las dos razones principales de su eterna beatitud, y quiere beneficiarlos por gratitud, porque han sido motivo de gloria para él. Aunque te encontraras en el lugar de la temporal expiación, tendrías esta caridad operante, porque las almas purgantes aún no ven a Dios pero le aman ya como en el Cielo y tienen ya los impulsos caritativos de los bienaventurados.

Por lo tanto, no digas nunca más que quieres olvidarte de la Tierra. Mis hijos nunca tienen un amor egocéntrico; por el contrario, imitan a su Señor, como verdaderos soles propagan sus rayos sobren los buenos y los malvados para llamarles a todos hacia la Luz.

Yo, tu Padre; Yo, que he amado tanto la Tierra, que ya conocía todos los delitos pasados y futuros acaecidos en ella, los delitos que los hombres cometieron en ella; Yo, que arranqué de mi seno el Verbo para enviarlo a santificar la tierra, Yo he querido darte esta lección. Mi mente sabía que entre los futuros delitos estaría el deicidio. Y, sin embargo, ese pensamiento no frenó mi amor, como no frenó la amorosa prisa del Verbo ni la amorosa obra del Paráclito.

Piensa como hija de Dios y la bendición del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo te acompañarán siempre

¡Con qué dulzura ha hablado el Padre santísimo! Ha sido una lección tierna como una caricia, explicada con tanta majestad y tanta calma que, como Ud. habrá notado, a excepción de la expresión "elevado a Dios", que he vuelto a escribir porque se me había hecho un garabato debido a un repentino movimiento de la mano, no me he visto obligada a hacer correcciones o añadiduras por haberme atrasado mientras dictaba la Voz.

Por lo tanto, no volveré a decir… eso y desde hoy pensaré que, cuando haya abandonado la Tierra, me ocuparé de ella. Pero lo digo entre dientes. A fuerza de repetirlo, espero llegar a pensarlo sin esfuerzo, si Dios me ayuda…

¡Cuántas cosas la pobre María "no debe hacer más" desde que es un "portavoz"! Podría decir que poco a poco he tenido qué renunciar a todos mis pensamientos. Podría decir que la palabra que sirve de base a los amorosos coloquios divinos es: "No hagas eso, por amor mío". Que así sea, siempre. Me basta que Él me tenga entre sus brazos para impedir que Satanás me torture con los recuerdos…

Mas tarde dice Jesús (es Él sin duda, porque siento su caricia):

<< En los momentos de peligro y de borrasca, el patrón del barco permanece en su puesto y vigila. Ya no se fía de sus marineros, ni siquiera del que empuña el timón, ni siquiera del mejor entre ellos, el destinado a maniobrar las velas. Empuña él mismo el timón, da órdenes, controla las maniobras de las velas. Lo hace porque sabe que nadie como él –que es su propietario- puede amar ese barco en el que ha empleado sus ahorros para obtener pan para sus hijos. Ese barco en el que cada tabla, cada clavo, cada cuerda, lleva el nombre de un recuerdo.

Esto lo compró gracias al sacrificio de su mujer, que quiso renunciar a su vestido y a una modesta alhaja para que pudiera ser más bello su barco; aquello fue comprado con el fruto de su dura labor en una nave extranjera que lo tuvo por mucho tiempo lejos de casa, pero lo hizo para obtener un buen salario y lograr realizar su sueño de poseer el barco más bello entre todos los del pueblo; en aquella tabla dio sus primeros pasos el mayor de sus hijos; en la otra, el anciano padre lloró de alegría viendo que su hijo había llegado a ser propietario del barco y sus lágrimas fueron el agua lustral de la navecilla… ¡Cuántos recuerdos encierra!

No quiere que su barco corra peligro porque lo quiere demasiado, lo ama como si fuera su mujer o su hijo, como si fuera una parte de su casa… Por lo tanto, vela sobre él con atento amor y en los momentos de peligro no lo descuida ni por un instante, porque no quiere verlo destruido. Pero tampoco quiere verlo herido porque ha chocado con los escollos o ha quedado varado en un banco, ni verlo desarbolado, sin el ala de las velas, porque una maniobra imprudente permitió que lo atraparan las garras de la tempestad. Tampoco quiere que retarde su marcha, con las velas aflojadas en la tórrida bonanza, porque sabe que el mar no es de fiar y que la calma demasiado profunda preludia la tormenta apenas se sale de la zona en que dicha calma predomina.

Esto es lo que hace un buen patrón. Y entonces, ¿Yo no tendría que hacer lo mismo contigo? Mira hacia atrás y observa si Yo no empuñé tu timón cada vez que se preparaba una borrasca o si te debatías porque ya se cernía sobre tu cabeza.

Ahora que tu ojo espiritual es nítido y fuerte, puedes ver toda tu vida en su verdad, o mejor, en sus verdades; las humanas y las sobrenaturales. Y en éstas ves brillar como una estrella la previsión y el amor de tu Jesús en la cima de tu árbol. No dejé que buscaras la Estrella polar del hombre, sino que bajé Yo, me puse al frente de tu yo y con el magnetismo de mi divinidad, que es mucho más fuerte que el que baja de los astros, desprendí fluidos para domar los acontecimientos y para llamarte a Mí.

Por mucho tiempo, tú… tú, perdida en las nieblas de lo humano, creíste que la luz de esa Estrella era una lucecita cualquiera que, con su constante titilar, te molestaba los ojos. Tú… tú, perdida en el fragor de tus borrascas, no supiste comprender la Voz de ese palpitar. Mas Yo seguía siendo Yo y cuando te veía correr al encuentro de un peligro, fuera el que fuera, te arrebataba de las manos el timón y las velas y las orientaba hacia el océano abierto de mi amor, que te pretendía. Y lo hacía con la dulzura que te adormecía o con la violencia que te postraba. Cuando supiste verme ya te habías desencallado, ya estaba fuera de los escollos. No tenías más que navegar confiada hacia el Sol.

Sigue mirando. Es conveniente mirar cada tanto hacia atrás para ver las obras que son señales de amor dejadas a lo largo del camino por quien nos ama. Sigue mirando. También al que navega en mar abierto puede cogerle la tormenta, pues ésta no se desencadena solamente cerca de la escollera. Tú encontraste muchas tormentas y muchas encontrarás aún. Mas, ¿acaso pereciste alguna vez? No sucedió jamás. ¿Por qué?, pues porque Yo estoy contigo. Permito que sientas acercase estas tormentas. Es más: quiero que

comprendas que están acercándose, a fin de que puedas fortalecerte anticipadamente para enfrentarlas y también para que tengas un mérito doble al sufrir también anticipadamente. ¡Oh, hermana-esposa!, también en esto te hago semejante a Mí y a María. Nosotros conocimos con mucha anticipación nuestra Pasión… ¿Por qué permito que vengan las tormentas?

Una criatura seráfica ha escrito: "Muchas páginas de mi vida serán leídas en la Tierra". Teresa de Lisieux no es la única que puede decir esto. De todas las almas, y especialmente de las privilegiadas, puede decirse sin mentir "que muchas páginas de su vida no serán leídas en la Tierra". Son las páginas de los secretos del Rey[79], de los insondables motivos de su conducta hacia las almas. Cuando puedas leer, sumergida en la Luz, las inmortales páginas de los libros eternos, encontrarás el porqué de ciertas horas tuyas.

Permito que estas borrascas lleguen. Y son atroces; sí, son atroces, sumamente atroces. Lo reconozco, ¡oh, pobre María!, víctima de nuestro amor: del mío y del tuyo. Mas, cuando las borrascas llegan ya no me limito a estar en lo alto del palo mayor como Estrella descendida a derramar influencias astrales en tu camino. Bajo aún más, llego a tu lado. Tomo entre mis manos la pobre cabeza y el pobre corazón –sí, María, lo hago, así como tú quieres- y en las heridas del corazón vierto el bálsamo de mis caricias y de la sangre que gotea de las palmas traspasada y con estas manos que te aman, tapo tus ojos y tus orejas para no hacerte ver ni oír las acciones y las voces aterradoras de la borrasca.

No digas: "Pero en abril me dejaste sola". No lo digas. Cuando un niño enfermo delira, es inútil que su padre le acaricie y le bese, estrechándole entre sus brazos, para que no se haga mal, para que sienta que no está solo. El niño enfermo no ve ni comprende; llora y exclama: "Papá, papá! ¿Por qué no vienes? ¿Por qué no me ayudas?" Mientras dura la fiebre, el niño llora y el padre se acongoja; el uno teme que le dejen solo y el otro que no puedan reconocerle.

Eso es lo que pasó en abril entre Yo y tú. El motivo es uno de los motivos que se leen en los libros eternos. Mas piensa y cree –y que contigo lo crea quien asistió a tu tormento- que es un motivo basado en un "gran" amor; creedlo todos firmemente. Te debatías y me llamabas. Pero tú estabas entre mis brazos. Creías haber chocado contra Satanás y la maldad humana. No era así. Estaba a tu lado pero, en realidad, chocabas contra Mí, contra Mí solo, porque estabas rodeada por mis brazos y estrechada contra mi pecho. No te estrechaba Satanás. Te estrechaba Yo. Creías estar sola. No oías mi voz. Pero Yo susurraba entre tus cabellos. Le hablé tanto a tu subconsciente que se calmó como un niño arrullado por una canción de cuna.

Yo soy aquel Jesús que calmó las tempestades en el lago de Galilea[80]. Las calmé sin tocar el timón ni el velamen, sólo con el poder de mi voluntad. Así puedo calmar la tempestad que ruge en torno a un hijo mío, teniéndole entre mis brazos y ordenando a los vientos y a las olas que se calmen.

No temas hija. Quédate encerrada en mi abrazo y luego no temas nada. Aunque el mundo entero se derrumbe a tu alrededor, Yo no permitiría que conocieras la desolación. Yo derramaré sobre ti los "torrentes de paz y de júbilo" de que habla Isaías. Aunque quedaras tú sola en el mundo vacío, siempre encontrarías "un regazo acogedor: el mío, que te acunaría sobre las rodillas como si fueran las de una madre"[81].

El año pasado justo por esta fecha, te dije: "Seré para ti padre y madre y hermano y esposo. Jesús no miente nunca. Lo fui, lo soy y lo seré. "Porque te he amado con amor eterno y por eso te reservo una ininterrumpida benevolencia"[82].

Ve segura bajo los rayos de la Estrella de tu amor: Yo, Jesús>>.

Dos horas después de este dictado, me coge una crisis cardiaca muy fuerte y me parece que voy a morir. En medio de mi postración, para morir mirando a la Madre y a Jesús, apoyo en mi regazo la imagen de la Dolorosa y la de mi Jesús Crucificado, ésa en cuyo reverso, en los días malditos en que no podía rezar, escribí 3 versículos del "Dies irae" y 4 del "Stabat Mater". Los leo, los miro, leo también la hoja en la que

[79] Tobías 12, 7.
[80] Mateo 8, 23-27; Marcos 4, 35-41; Lucas 8, 23-25.
[81] Isaías 66, 12-13.
[82] Jeremías 31, 3.

escribí mis letanías a la bondad de Dios que, siempre en esos días, transcribí de mis libros de plegarias manuscritos, para tenerlas siempre delante de mí y lograr decir al menos una palabra a Dios.

Y mientras sufro y languidezco, pienso y le digo a Jesús: "Jesús, Tú hablas muy bien, pero en aquellos días, yo no era capaz de decirte una palabra, ¡ni siquiera una!… ¡Pasaron tantos días sin que pudiera decirte que te amaba!…".

Jesús me contesta y, aunque me siento morir, escribo su respuesta porque esta flor es demasiado bella para que se pierda:

<<No importa. La plegaria es la elevación del alma a Dios. Por eso es el pensamiento que tiene el alma hacia El que ella ama. Cuando se ama, se sigue amando aunque no pueda decirse al amado: "Te amo". Los labios callan porque los dos amantes están separados por la distancia y la voz no llega, pero el corazón no calla.

¿Dejaste de amarme en aquellos días? No; al contrario, amaste como nunca, porque seguiste amando aun sin sentir que tu Amor te correspondía. Y delirabas, loca de amor, pero no tanto por lo que te afligía, sino porque ya no me sentías. Era eso lo que te quitaba la paz… Entonces, ¿qué nombre quieres dar a este delirio que te impedía decirme palabras consabidas, pero que no impedía suspirar por Mí? ¿Qué otro nombre podría ser; sino "amor"? El amor más perfecto que pueda sentir una criatura: el Amor por Mí, no por lo que podía provenir de Mí sino por Mí, solamente por Mí. El amor que propiciaba tu seráfico Francisco: "Bienaventurado el que ama y no pide ser amado", o sea, amar por amar.

Por eso no rezabas con los labios, sino con tu parte más alta, con la más perfecta. Quédate en paz. Desde que me amas, no has cesado un instante de rezar, porque no has cesado un instante de amar>>

¡Qué hermosa absolución! Bendito sea Dios.

11 de agosto de 1944

11 de la mañana

Me quedo pensativa a causa de lo que ha dicho una persona conocida. Todos ven la situación con pesimismo y creen que se prolongará… yo, en cambio, tengo prisa por ir junto a mi Director.

Jesús me dice: <<Ten paciencia, tened paciencia. Ahora, para todos, es sólo cuestión de días>>. No dice nada más. No escribo nada más porque pongo mi atención en "ver" y Jesús quiere que vea.

Mediodía

En una pausa de lo que estoy viendo, una pausa que, seguramente, me ha sido concedida por piedad hacia mí, pienso cómo practicar la virtud en este II viernes de la Dolorosa.

Después de tantas lecciones, espero ir bastante bien en cuanto a la soberbia y a la vanidad. Y todavía mejor en cuanto a la obediencia a las inspiraciones, porque es sumamente raro que no adhiera rápida y totalmente a la inspiración que siento llegar de Dios. Pero, en lo que se refiere al alejamiento de todo… atrasada. Es verdad, que Jesús ya ha pensado en eso, porque me lo ha quitado todo, hasta el punto que ya no sabría qué darle. Pero me falta la serenidad acerca de la pérdida de ciertas cosas. No añoro la salud ni tampoco mi vida sin afectos… pero añoro mi casa…

Éstos son los pensamientos que se agitan en mi mente y la dulce voz de la Madre me dice:

<<Hija, mientras das descanso a tu debilidad y antes de subir conmigo al Calvario, escucha la lección de la Madre. Quiero enseñarte el desapego perfecto.

Debes darle a mi Jesús lo más precioso, más precioso que la vida, más apreciable que los afectos, más amado que la casa. Debes dárselo aún. No se puede matar el recuerdo… y no se puede impedir la nostalgia. Pero basta impregnar de resignación el recuerdo y la nostalgia. Entonces, no serán imperfecciones, sino méritos ante los ojos de Dios. Serán espinas que estrechamos contra el corazón para que se enjoyen con

lágrimas y sangre y se conviertan en ornamentos ofrecidos al trono divino. También yo las soporté y, por eso, sé.

Mas quiero enseñarte, el desapego perfecto. Esta perfección no es un acontecimiento único en la vida; no es que, una vez superado, no vuelva a presentarse cientos de veces. ¿Qué digo? Se presenta en un año, en un mes de vida. ¡Considera qué suma de gracias eternas deriva de ello! El desapego perfecto es saber separarse del propio modo humano de pensar.

¿Cómo está compuesto ese modo de pensar? Por mitad está compuesto de resentimientos; por un cuarto, de excesiva sensibilidad y, por otro cuarto, de egoísmo. ¿Un ser humano roza a su prójimo con un pétalo, con una pluma? ¡Oh, ese roce, para el archisensible yo humano es más que un latigazo, es más que la punta de la espada cuando penetra y hurga en las carnes! Entonces estalla el egoísmo: "Yo soy un rey y no soporto estas ofensas. Yo ejerzo el mando y no tolero resistencias a mi voluntad". Y, por tanto, entre una sensibilidad excesiva y un despiadado egoísmo, nacen los resentimientos inacabables, el apego a las propias ideas.

Bien, mi Hijo ha dicho: "Si vis perfectus esse, i et vende quae habes"[83]. Y yo te digo que si quieres ser perfecta, vengas, pongas en mi mano tu modo de pensar, el apego hacia ese modo y, sobre todo los resentimientos. Yo los echaré en la hoguera de la Caridad. ¿Te parecían de un buen material? Pues, verás que no se trata de oro, verás que es sólo hierba seca que, al arder, deja cenizas, cenizas y más cenizas. Piensa como hija de Dios.

¿Ves cómo obra mi Hijo? Arrastra la cruz, lleva en la cabeza la corona de espinas, pero no piensa en Sí mismo. Dice: "Hijas de Jerusalén, no lloréis por Mí sino por vuestros pecados"[84].

Basta. Síguele hasta la cumbre>>.

Y, de este modo, he aquí otra cosa que la "pobre María no debe hacer"

Ahora puedo escribir lo que vi. O, por lo menos, puedo narrar lo que volví a ver sin hacer una descripción muy detallada, dado que ya lo hice en la debida ocasión.

Ayer noche quería hacer la Hora de agonía en el Getsemaní, dado que era jueves, y me había puesto cerca el cuaderno donde está lo que me dictó Jesús el 6 de julio. Iba a leer esa plegaria de medianoche, a la luz de una bujía, porque no puede encenderse la luz eléctrica. Pero a las 21, cuando estaba sola porque los demás estaban cenando en la planta baja, ante mi vista espiritual, que se esforzaba inútilmente por ver algo referente al mártir Lorenzo (tal como yo deseaba y pensaba desde la mañana del 9), apareció Jesús entre los apóstoles por esa senda que ahora conozco tan bien y que era del Cenáculo al Getsemaní, pasando más allá del Cedrón a través del puentecillo.

El comienzo es totalmente igual a la primera visión, la que tuve en febrero, y sigue así. Sufro como entonces al ver la tristeza de Jesús en las tres fases de la plegaria: una tristeza al principio solemne, luego angustiosa, al final de evidente postración. Le observo atentamente; dado que sé cuál es la futura evolución de la visión, puedo notar mejor los mínimos detalles de los gestos, de la ropa, del sufrimiento.

En la primera parte de la plegaria, Jesús está de pie, con los brazos abiertos y con bastante calma. Pero cuando vuelve, luego de haber encontrado durmiendo a los tres discípulos, ya está menos tranquilo. Su expresión ha cambiado: parece que se le han marcado arrugas a los lados de la nariz, los labios están plegados en una mueca triste y en su mirada se lee el desaliento. Reza, primero lo hace de rodillas, luego de pie y con suma agitación, yendo y viniendo como quien está inquieto, o sea que cuando vuelve, luego de haber visto a los tres durmiendo, está tan desalentado que se le ve encorvado bajo el peso de una cruz moral que le aplasta: la indiferencia…

Después noto muy bien que cae con el rostro contra el suelo y que cuando vuelve a alzarlo, ese rostro es una máscara de sangre. Noto también que el ángel es sólo una claridad suspendida sobre Él y, gracias a mi amonestador interno, comprendo que el ángel se le apareció como Jesús se me aparece a mí, es decir, sólo el

[83] "Si quieres ser perfecto, ve y vende lo que tienes". Mateo 19, 21; Marcos 10, 21; Lucas 18, 22.
[84] Lucas 23, 28.

espíritu. Esa luz se me evidencia para hacerme entender en qué momento Jesús recibe consuelo angélico inmaterial.

La agonía de Jesús siempre es trágica y el hecho de haberlo visto ya muchas veces no le quita sentido trágico: por el contrario, lo aumenta, porque se le sigue con más intensidad cuanto más se le conoce.

Cuando Jesús, una vez que ha despertado a los tres, se encamina hacia la salida del Getsemaní para reunirse con los otros ocho y encuentra a Judas y a los guardias, vuelvo a ver su mirada y oigo sus palabras, como en febrero. Pero también puedo notar la actitud de los apóstoles. Pedro está adelante de todo el grupo que se encuentra a la izquierda de Jesús, colocado de este modo: (La escritora incluye un dibujito mostrando la forma en que están Jesús y los apóstoles).

El rostro de Pedro está angustiado, su expresión es de temor e irritación a la vez. Los demás apóstoles se apoyan a su espalda como un pequeño rebaño de ovejas atemorizadas. Son 22 ojos desorbitados y once bocas entreabiertas en once rostros empalidecidos por la sorpresa, por el dolor y… por un rayo de luna.

También puedo notar que Pedro y Mateo son los dos más bajos de estatura, que la honestidad de Pedro se refleja límpidamente en su rudo rostro de hombre de pueblo. Y también puedo ver cuando el ardor de su sangre plebeya le lleva, con un salto felino, a darle un mandoble a Malco.

También veo que el gesto bondadoso de Jesús –demasiado sumiso según el deseo y el concepto que sus secuaces se habían hecho de Él- provoca la fuga general. Deben de haber pensado que era inútil luchar por un débil que, aun teniendo poder sobre todas las cosas, incluso sobre los elementos, se dejaba prender como una oveja por un grupo de mercenarios, de plebeyos mal aderezados de soldados. Fue una gran desilusión…

Luego, por el camino, todo es igual a la visión anterior.

En el aula del sanedrín logro notar aún mejor el rostro simiesco y enfurecido de Caifás y la calma de Jesús. Y veo además la mirada llena de dolor que dirige a Pedro, que está calentándose junto al fuego. El rostro de Pedro, que ya está enrojecido por el esfuerzo de mentir a la sierva que está interrogándole, se convierte en una máscara purpúrea cuando Jesús lo mira al atravesar la parte destacada del pórtico. Puedo verle bien a la luz de las llamas.

Luego sigo a Jesús en su ir y venir del Pretorio al palacio de Herodes y viceversa y noto su mirada cuando encuentra a Judas. Esa mirada me enseña a perdonar… También sigo el interrogatorio de Pilato, sentado en un escaño en el estrado situado en posición destacada, y las preguntas burlonas de Herodes y luego la atroz flagelación… Por mí, siempre es éste uno de los puntos cuya vista atormenta más. Lo veo caer al suelo, aflojándose como un saco sangriento y vivo… Veo la mirada que dirige a los soldados, que se burlan por haberle disfrazado de rey. Parece decirles: "¡Amadme! ¿Por qué me hacéis mal, a Mí, que os amo?".

Y luego, más allá de los tres peldaños de la morada de Pilato, el Hombre es presentado a la multitud ebria; está frente a ella en actitud serena y solemne, llena de majestad, erguido a pesar de que sus miembros deben de estar destrozados por los azotes. Y, por último, veo a Pilatos, que se alza de su escaño y, de pie en el estrado, extiende el brazo derecho con la palma de la mano hacia arriba y la cabeza baja, como quien pronuncia un juramento, y ordena: "Que sean conducido a la cruz", y luego: "Id, soldados. Le mando a la cruz". En realidad, lo dice en latín y me parece haber comprendido bien.

Y Jesús va, precedido por los soldados a caballo y flanqueado por otros a pie. ¡Necesitan una centuria entera para escoltar a un inocente! A no ser que lo hagan para protegerle de las excesivas torturas, ¡que les parecieron excesivas hasta a los soldados de Roma!…

Y después… después sucede lo que no puede expresarse sin que se nos destroce cada vez el corazón: la presencia de la Madre, los clavos, la agonía. Al final, la muerte es un alivio. Lo que no se logra soportar es su sufrimiento…

Bien, he escrito bajo el mandato de Jesús que ha querido que yo llegara a descubrir el fin mientras lo estaba viendo, en la hora exacta: en efecto, son las 15 horas 15 minutos (hora solar) de hoy, viernes. La contemplación es sumamente nítida, dura ya desde ayer noche con intervalos que no he querido y con reanudaciones que no he ocasionado.

Le hago notar esto porque me parece que tiene importancia. En efecto, son cosas tan extrañas a mi voluntad que no puedo provocarlas ni tampoco evitarlas; que no puedo aclarármelas concentrándome ni sufrir menos a causa de ellas distrayéndome. Si se trata de algo que me gusta ver y cierro los ojos materiales y también los oídos para concentrarme más, a lo mejor la pierdo de vista o la veo alterada mientras que, si Dios así lo quiere, la percibo con nitidez aunque aparentemente esté haciendo o mirando las cosas comunes. Lo único que cambia es mi expresión y, a veces, Paola se da cuenta. Por ejemplo, el día 2 de este mes, hasta mi primo Giuseppe[85] me dijo: "¿Qué te pasa? Tienes la cara de sueño y estás palidísima".

En las pausas de la visión he tenido los dos breves dictados, de Jesús y de María. Ahora todo ha terminado, o al menos, ha terminado por ahora, pues no sé si más tarde, como todos los viernes por la noche, veré a la Madre que llora ante Jesús en el Sepulcro.

El dictado de María ha sido provocado por un pensamiento que he tenido esta mañana. Estaba pensando que, dado que tengo que mostrarme serena para no preocupar a los demás, sería justo que los demás hicieran otro tanto conmigo mientras, por el contrario, todos vienen a depositar su fardo de suspiros, grande o pequeño, y luego ellos, que son santos, se van más contentos y en cambio yo, que estoy enferma y tan triste, me quedo con el peso de mi dolor y el suyo. Por eso tenía un enorme deseo de decirles: "¡Eh, amigos míos! Carguemos todos, cada uno por su cuenta, con un poco de nuestras penas. Dado que…" y entonces por ahí asomaba, en silencio, el diablillo del resentimiento y del recuerdo.

He tenido una segunda tentación: la de contestarle a María como se debe, diciéndole: "Hasta ahora he hecho lo que se les antojaba a los demás, sin ningún provecho y con mucho daño para mí. Ahora basta; haré lo que se me antoja a mí. Dado que… y otra vez se ha asomado el citado diablillo.

Pero la Madre se calma y me dice que "no debo hacerlo". ¡Es siempre el estribillo santo de mis Maestros! A fuerza de no hacer, María terminará por no existir. Pero, con tal de que ellos me ayuden y me amen…

14 de agosto de 1944

Por más que esté cansadísima –porque en estos últimos siete días mi Señor ha empleado mis fuerzas de modo… desmesurado y ya no puedo contar con ellas- siento la necesidad de poner al final de este cuaderno una nota que, probablemente, le será útil. La pongo aquí a propósito porque, dado que Paola ya ha leído la última visión, nadie más tendrá en sus manos este cuaderno y, por lo tanto, esta nota la leerá sólo Ud.

Ya le he hablado, y también se lo escribí en esa hojita que le di el 11 de julio, de ese fenómeno que me sucede: ver a las personas no por cómo se muestran sino por lo que son realmente en su interior. Este hecho me hace sufrir mucho porque me quita algunas ilusiones y me lleva a experimentar repulsiones que debo superar con un aumento de caridad. ¡Es tan triste decir: "Para éste, todo es inútil. Es un vicioso incurable"! ¡Y también es insoportable tenerle cerca y sentir el hedor de su amo: Satanás, que le mantiene aferrado a él y no le suelta!…

Probablemente Ud. –como, por otra parte yo misma- al escuchar lo que le confié el 11 de julio, habrá pensado que esta tendencia mía a ver a alguien tan feo hasta ser repelente y con una expresión demoníaca, provenía de mi particular estado de ánimo, irritado hacia esa persona. Yo también quería creerlo. Habría preferido pensar que me faltaba caridad y no que él era como yo le veía.

Hace ya 34 días que le obedezco, Padre y que, por lo tanto, no sólo no pronuncio palabras de reproche sino que tampoco las pienso tal como he escrito en ocasión de la visión y el dictado del 9 de este mes. Me esfuerzo por no pensar nunca en lo sucedido y en el modo en que mis huéspedes se han comportado conmigo, a pesar de que, aún hoy, no escasean las faltas de tacto y de afecto por parte de los mismos, naturalmente con excepción de Paola.

[85] Se trata de Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora y padre de la citada Paola.

Sin embargo, ese fenómeno permanece tal cual. No veo casi nunca a mi primo y, si le veo, es sólo por pocos instantes del día. Pero tras su rostro carnal, material, aflora siempre el otro… y hago esfuerzos para no demostrar temor o repugnancia.

Por lo pronto le diré que, a pesar de que Paola y yo hemos aludido a lo bellos que son los dictados desde hace un mes a esta parte, a la Hora del Getsemaní dictada el 6 de julio, etc., él no ha solicitado leerlos. Hace ya dos meses (desde el 18 de junio hasta el 14 de agosto) que se desinteresa completamente de ellos. Antes, de desde que vinimos aquí, su interés era a algo ocasional, desganado. Luego le abandonó por completo. No es que yo pretenda que se lea… pero me hace mal ver que ya no le seduce ni siquiera la belleza literaria de los dictados. Yo esperaba que, por medio de esa belleza, le llegara alguna sugerencia, que la belleza sirviera para hacer penetrar lo santo. En cambio…

Esto es por lo que se refiere a él y se trata de una sensación vivísima y nitidísima, la sensación más neta y más difícil de superar. En cuanto a los otros, sean parientes o no, el fenómeno perdura igualmente pero, por suerte, ninguno de ellos está en condiciones tan desventuradas y por eso mi espíritu sufre menos ante la evidencia. En cambio, ¡por él mi sufrimiento es doble! Sufro en mi afecto humano, porque le quiero como pariente; sufro en mi afecto sobrehumano porque como cristiana, quiero su bien.

Sin embargo, esta evidencia dolorosa me ayuda al juzgar toda su conducta que antes, dado que el cambio se había producido en pocos días, me había dejado perpleja y sin saber explicármela. No siente repulsión por mí como María Valtorta, sino por mí como "pequeña voz de Jesús". El efluvio del Maestro, esa fragancia de que estoy impregnada, que se percibe porque estoy absolutamente saturada de ella y puedo decir que vivo encerrada en el círculo de sus enseñanzas, no puede ser soportado por quien es enemigo del Maestro, por quien vive en el error.

¡Oh, infeliz criatura!, ¡cuántos habrá como él! Y, si tras un año de continuo contacto y de lectura de los dictados (de abril de 1943 a abril de 1944 y, de modo esporádico, aún después) sucede esto, ¿qué sucederá cuando vuelva a las espirales del satanismo, que en su ambiente se practica ampliamente? Son pensamientos dolorosos, ¿sabe Ud.?

En cambio, para Paola tengo sólo pensamientos de júbilo, porque veo que en ella ha caído la semilla y ha echado profundas raíces y ha fructificado en consistentes virtudes.

Así es. Y ahora ¡adelante! Jesús ha dicho que no debe pretenderse salvar a todos. No lo pretendo y prosigo.

15 de agosto de 1944

Las primeras horas de la noche de ayer fueron muy penosas y aún más lo han sido las de esta madrugada, porque mi dolencia cardiaca no me ha dado tregua. Pero durante este sufrimiento me ha confortado la contemplación de la Asunción de la Virgen que le describí anteriormente.

Se trata de una casita que tiene sólo un piso, la planta baja, cubierto por una terraza al estilo oriental. Es un blanquísimo cubo de cal viva, muy simple, interrumpido solamente por las puertas que dan luz a los pequeños cuartos. Los defino pequeños porque, dado que se trata de un cubo que tendrá a lo más 6 metros de lado, por cierto que las habitaciones no pueden ser grandes. La casita está en medio de grandes y frondosos olivos. Los troncos parecen aún más oscuros debido a la blancura de la construcción, que surge en un pequeño claro entre los árboles, distantes de ella a lo más dos metros.

La primera vez que tuve la visión, me puse a observar con tanta atención a los ángeles que estaban en la terraza, que no me fijé mucho en los detalles. Observé la casita, a los que salían de ella y a los que estaban en la terraza y nada más.

Diría que no habían llevado a la Madre fuera de la casa en la que se había adormecido. ¿Acaso Juan era el propietario de aquella casa? ¿O quizá lo fuera un pariente suyo? Tengo la impresión de que, para el tránsito de la Virgen, el Predilecto ha preparado un cuarto de la casa a fin de no separarse de la Madre del Salvador y también por su convicción acerca de la incorruptibilidad de María. He ahí el motivo por el cual Ella está en esa casita que, por estar situada en un olivar, podría haber sido un lagar anexo a la casa del

mismo. No sé por qué pienso esto, pero mi persuasión es tan cierta que creo que proviene de mi amonestador interior. Si estuviera equivocada, Jesús me corregiría.

El resto de la visión es igual a la primera. O sea que, aparte del detalle de los olivos, no existe ninguna diferencia o agregado. Me deleito con la luz extraordinariamente cándida de la legión de los ángeles y con la belleza de la Madre, que duerme en esos brazos angelicales y se despierta en la luz que baja del Paraíso, para sonreírle al Hijo que desciende a cogerla… Aunque esta dulzura no atenúa mi dolor físico, me lo hace soportable, porque el alma dichosa, con su júbilo, vence también los dolores físicos.

Luego llega el alba y un atisbo de descanso… y luego me despierta el Ave María. Mientras, aún dormida, digo el primero de los tres Ángelus, sonrío al recuerdo de la gloriosa visión. Y después, a cada tañido de las campanas que llaman a la primera misa, repito el Ángelus. Me resulta espontáneo hacerlo de esta manera…

Más tarde, en el silencio de la casa que aún está dormida, vuelvo a pensar en las visiones de los días precedentes, en las palabras de Jesús… y me parece sentir miel en los labios y que esa miel desciende a mi corazón. ¡Qué consuelo, qué paz significan esas palabras para nosotros, los pobres pecadores! Querría que todos el mundo las oyera, pero que las oyera como las oigo yo, pues puedo transcribirlas pero no puedo hacer sentir el amor, la piedad, la majestad de la voz de mi Señor. Si el más duro de los pecadores, el más desesperado de los desesperados, el más vicioso de los hombres, oyera hablar a Jesús, se convertiría, esperaría, se salvaría.

Yo guardo en mí ese tesoro… me basta querer elegir, para encontrar la gema que busco en ese momento. Me las ha dado de todo tipo y calidad, para todas las contingencias y los estados y las necesidades de mi corazón en los diferentes momentos del día. ¡Es natural que yo no pueda recordar, palabra por palabra, todas las que Él me dice desde hace 16 meses! Pero, del mismo modo que quien ha comido un fruto muy jugoso siente en la lengua y el paladar la frescura y la exquisitez de dicho fruto aún después de muchas horas que lo ha saboreado, también yo llevo en mí el zumo de sus palabras y, para mí dicha, vuelvo a sentirlo en cuanto lo deseo. Del mismo modo, tampoco puedo recordar todos los gestos que vi en las visiones, pero en cada visión están los que llamaría gestos de base, esos determinados gestos que me impresionan más, los que por sí solos tienen valor de palabra. Esos gestos vuelvo a encontrarlos inmediatamente cuando los necesito para mi consuelo o mi dicha o como acicate, como ayuda en la plegaria y en la espera, en el guardar una confianza inconmensurable de mi Señor.

¿Cómo podría olvidar ciertas miradas, ciertos gestos, ciertas sonrisas? Podría citarle algunas… pero hoy tengo pocas fuerzas, menos que de costumbre, y justo en este momento Jesús me muestra una visión.

16 de agosto de 1944

Nota sobre la Pasión:

Antes de guardar este cuaderno el 16 de agosto, he querido hacer una comparación con la primera visión de la pasión, la que tuve el 11 de febrero. No pude hacerlo antes porque los cuadernos están… en el sótano para preservarlos de todo peligro y tengo que esperar la merced de los demás para recuperarlos, o sea que me los traen cuando les viene bien. Esta mañana voy comprobando que las dos visiones son iguales… lo que me causa gran placer, dado que tengo el perpetuo temor de ser el pelele del Maligno, la víctima de sus bromas.

Pienso que Satanás es listo hasta cierto punto pero que, después de seis meses en los que no he vuelto a leer nunca más la Pasión porque me angustia hasta hacerme sentir mal, si yo me hubiera engañado, o si hubiera sido presa del Engañador éste, en algún momento, se habría contradicho, porque no sabe hacer las cosas precisamente perfectas y siempre deja alguna indiscutible huella de su paso: la Mentira.

19 de agosto de 1944

Ayer era el III viernes de Dolores y Jesús se encargó de hacérmelo cumplir. En efecto, por más que en estos días, sumida en la gran tristeza que me causan los recuerdos, yo haya buscado desconsoladamente a Jesús, la única medicina para mis tristezas, Él no ha permitido que lo encontrara y me he quedado abrumada

por esta soledad. Y sigo estándolo, porque Él no se hace presente ni siquiera con sus consuelos silenciosos y entonces, tan pronto como me quedo sola, vuelvo a sentir el sabor atroz de mi cáliz del pasado mes de abril.

Jesús responde a mi tristeza con el salmo 22 del I libro de los salmos. Me lo hace leer y me dice: "Considérate esa ovejilla amada por el pastor. He hecho por ti todo lo que se dice en el salmo"[86].

Sí, es verdad, y también yo puedo decir: "¡Cuán bello es mi cáliz embriagador!". Aun en su amargura es bello y embriaga, porque en su borde encuentro el sabor de los labios de mi Jesús, que bebió en él antes que yo. El dolor es más embriagador que el gozo, si se trata del dolor de Cristo. Y puedo decir que estoy ebria de dolor porque es un dolor tan agudo que, si no fuera porque Dios tiene piedad de mí, me haría enloquecer. El esfuerzo de seguir esperando contra toda posibilidad de espera es un esfuerzo que consume.

Sin embargo, quiero decir, y decirlo creyéndolo firmemente: "Tu misericordia me acompañará por todos los días de mi vida"[87] y aún más: quiero esperar, ¡oh Jesús!, que habitaré en Ti no por muchos años, sino eternamente. Pero date prisa en venir por mí… porque esta pasión es demasiado larga para mis pobres fuerzas.

Dice Jesús:

<<Escribe:

"¡Oh, Señor!, sé que en los días en que me haces llorar más, me haces ganar más. Por eso, te agradezco que me hagas llorar.

¡Oh, Señor!, sé que en los días en que me haces sufrir más, me haces olvidar más los dolores ajenos. Por eso, te agradezco que me hagas sufrir.

¡Oh, Señor!, sé que en los días en que me haces angustiar más porque te escondes, Tú vas junto a un pobre hermano mío que está perdido. Por eso, te agradezco esta angustia.

¡Oh, Señor, sé que en los días en que vuelvas sobre mí la onda amarga de la desolación, que ya encierra el salado sabor de la desesperación, te entrego a un hermano desesperado. Por eso, te agradezco esta onda amarga.

¡Oh, Señor! Sé que las tinieblas que me enceguecen, que el hambre que me hace languidecer, que la sed que me hace morir por Ti debido a Ti, sirven para que, como Luz, Fuente, Alimento, vuelvas a darte al que muere por todas las muertes. Por eso te agradezco mis tinieblas, mi hambre, mi sed.

¡Oh, Señor!, sé que mis muertes espirituales en tu cruz significan resurrección para otros tantos muertos en tu cruz. Por eso, te agradezco que me hagas morir.

Porque creo, ¡oh, Señor! Que todo lo que me haces es para mi bien, tiene como fin el bien, es para gloria de Dios, el Bien Supremo;

porque creo que encontraré de nuevo todo esto cuando el verte me haga olvidar todo el dolor que sufrí;

porque creo que mi gozo aumentará con cada sufrimiento;

porque creo que mi gozo tendrá como ornamento el nombre de los que yo haya salvado con mi sufrimiento;

porque creo que para las 'víctimas' no hay Justicia sino solamente Amor;

porque creo que nuestro encuentro se concentrará en una sonrisa, en un beso, tu beso, Jesús-Amor, que enjugará completamente las huellas de mi llanto;

porque creo todo esto, te agradezco por mis innumerables espinas y te amo aún con mayor amor.

Tú no me has dado el papel de María, que es el mejor,[88] sino tu mismo papel, que es el perfecto, pues es el Dolor.

Gracias Jesús".

[86] Salmo 23 (vulgata 22).
[87] Salmo 23 (vulgata 22), 6.
[88] Lucas 10, 38-42.

Tienes que decir esto, pero no con los labios, sino con el espíritu persuadido de tal verdad, que te indica quién encarna la Verdad.

Si para darte un eterno futuro más bello hubiera conocido un camino menos penoso, lo habría elegido para ti, porque te amo; pero ese camino no existe. Por lo tanto, te he dado éste por un motivo de infinito amor.

Cada lágrima derramada con constante adhesión a la voluntad de Dios, cada lágrima derramada con amor por El que te la pide, cada lágrima que se ha sabido ofrecer, se adorna con el nombre de una obra cumplida por quien llora o de una criatura a la que éste ha llevado a la salvación.

El llanto no significa culpa. Es un tributo a nuestra condición. La defino "nuestra" porque tu Dios fue también hombre y lloró y María –la que no albergó miserias por ser inmaculada- lloró porque, siendo Corredentora, tuvo que vivir el Dolor que, sin embargo, no le correspondía. Lloraron, pues, el Hombre y la Mujer. Puedes llorar también tú, que eres un alma abrazada a Dios, pero que no eres ni divina ni inmaculada.

Lo esencial es saber llorar sin que el llanto se convierta en pecado, es decir, que sea un llanto sin acrimonia*, y haciendo del llanto una moneda para rescatar a los esclavos que Satanás mantiene atados a su galera.

¡Salva, salva! Y no temas. Dios está contigo>>.

20 de agosto de 1944

Dice Jesús:

<<Cuando te revelo episodios desconocidos de mi vida pública, ya oigo el coro de los doctores críticos que dicen: "Pero ese hecho no está referido en el Evangelio. ¿Cómo puede decir esa mujer: "He visto esto"? A esos doctores les respondo con las palabras del Evangelio.

Dice Mateo:[89] "Y Jesús iba por todas las ciudades, predicando el Evangelio del Reino y curando todas las dolencias y enfermedades".

Más aún: "Id a referir a Juan lo que veis y oís: los ciegos ven, los cojos andan, los leprosos quedan limpios, los sordos oyen, los muertos resucitan, a los pobres se les anuncia la buena nueva"[90].

Más aún: "¡Ay de ti Corozain! ¡Ay de ti Betsaida!, porque si en Tiro y en Sidón se hubieran producido los milagros que se han producido en vosotras, ya desde mucho tiempo atrás habrían hecho penitencia con cilicio y ceniza… Y tú, Cafarnaum, ¿acaso te encumbrarás hasta el cielo? Descenderás al infierno pues, si en Sodoma hubieran acaecido los milagros que se obraron en ti, subsistiría aún, quizás"[91].

Y dice Marcos: "…y le siguió una gran muchedumbre desde galilea, desde Judea, desde Jerusalén e Idumea y desde la otra orilla del Jordán. También desde los alrededores de Tiro y Sidón acudió a Él mucha gente por haber oído las cosas que hacia…"[92].

Y dice Lucas: "Jesús iba por ciudades y aldeas predicando y anunciando la buena nueva y el Reino de Dios, y con Él estaban los doce y algunas mujeres que habían sido liberadas de espíritus malignos y de enfermedades"[93].

Y dice Juan: "Después de esto, Jesús fue más allá del mar de Galilea y le seguía una gran multitud porque veía los prodigios que realizaba en los enfermos"[94].

Y dado que Juan estuvo presente en todos los prodigios de cualquier índole que fuera y que cumplí en tres años, el predilecto me ofrece este testimonio: "Éste es el discípulo que vio esas cosas y las escribió.

* acrimonia = agudeza de dolor.
[89] Mateo 4, 23; 9, 35.
[90] Mateo 11, 4-5; Lucas 7, 22.
[91] Mateo 11, 20-24; Lucas 10, 13-15.
[92] Marcos 3, 7-8.
[93] Lucas 8, 1-3.
[94] Juan 6, 1-2.

Sabemos que su testimonio es verdadero. Además, hay otras cosas que hizo Jesús y creo que, si se escriben una por una, el mundo no podría contener todos los libros que habría qué escribir"[95].

Y entonces, ¿qué dicen ahora los doctores en sutilezas?

Si mi Bondad hace conocer episodios de mi ministerio para aliviar a quien me ama, a quien moriría con tal de saber que no sufro y que, por eso, me ha quitado la cruz de los hombros y ha cargado con ella y la lleva con vosotros; si mi Bondad lo hace también para despertaros del letargo en que estáis muriendo, ¿vosotros querríais reprochárselo?

En verdad, no merecéis este don y este esfuerzo de vuestro Salvador para extraeros del miasma en que os asfixiáis. Mas, visto que os hago este don, aceptadlo y emerged del miasma. En el coro que cantan mis Evangelios éstas son notas nuevas; ¡si, al menos, sirvieran para despertar vuestra atención que, desgraciadamente, está inerte y así permanece ante los conocidos episodios del Evangelio que, por otra parte, leéis muy mal y con ánimo ausente!

Espero que no penséis que en tres años Yo haya hecho los pocos milagros narrados. Espero que no penséis que las mujeres sanadas hayan sido sólo las pocas nombradas y que los prodigios citados hayan sido los únicos que cumplí. Pero, si la sombra de Pedro ya lograba curar[96], ¿qué habrá podido hacer mi sombra? ¿Qué habrá podido hacer mi aliento? ¿Que habrá podido mi mirada? Acordaos de la hemorroisa: "Si logro rozar el borde de su túnica, estaré curada". Y así fue.[97]

De Mí emanaba, continuamente, un poder milagroso. Había venido para traeros a Dios y para abrir los diques del Amor, que estaban cerrados desde el día del pecado. Siglos de amor se difundían como ondas sobre el pequeño mundo de Palestina. Era todo el amor de Dios hacia el hombre, ese amor que, por fin, podía difundirse como anhelaba, para redimir a los hombres antes con el Amor que con la Sangre.

Puede que me digáis: "Mas, ¿por qué elegir a ésta, que es tan insignificante?". Os responderé cuando ésta, a quien despreciáis y a quien Yo amo, esté menos agotada. Mereceríais el silencio que dispensé a Herodes[98]. Pero esta es mi tentativa para redimiros a vosotros, a quienes el orgullo convierte en los más difíciles de persuadir>>.

21 de agosto de 1944

Dice Jesús:

<<Y os responderé con las Palabras de Pablo apóstol: "Los miembros que parecen más débiles son los más necesarios; revestimos con mayores adornos los que consideramos los más débiles y tratamos con mayores atenciones los menos decentes, pues las partes honestas no tienen necesidad de atenciones. Dios ha dispuesto el cuerpo de modo que tuvieran mayor honor los miembros que carecían de él"[99].

¿Creéis quizás que esta "pequeña voz" se considera grande? Si la interrogarais, os respondería: "Soy el miembro más débil y vil del Cuerpo de Cristo". Y os lo diría con autentica sinceridad. Mas vosotros no le creeríais, porque cada uno mide con su metro. No podríais creer que es sincera porque no tenéis humildad ni sinceridad y decís: "Soy malo" para oíros decir: "¡Pero no, sois muy bueno!" y, en realidad, pensáis que es verdad y lo pensáis de modo superlativo, hasta el punto de que, si hay alguien sincero que sabe que sois muy poco buenos o que no lo sois para nada y, en consecuencia, calla porque es caritativo y no os alaba porque es sincero, vuestra ira recae sobre él y le odiáis porque no os ha alabado.

Mas Yo, que leo en su pensamiento y veo en lo más íntimo de su corazón, sé si ella piensa de sí misma de un modo o de otro. ¡Cuántas veces en los coloquios entre esta alma y su Dios resuenan las palabras tranquilizantes de ese Dios, pues ella dice: "¡Oh, Señor!, ¿cómo puedes haberme elegido a mí, que no valgo

[95] Juan 21, 24-25.
[96] Hechos 5, 14-15.
[97] Mateo 9, 20-22; Marcos 5, 25-29; Lucas 8, 43-44.
[98] Lucas 23, 8-9.
[99] 1 Corintios 12, 22-24.

nada, que he cometido tantas faltas y que todavía las cometo?" Y, casi, casi, hasta duda de Mí, porque le parece imposible que Yo la haya elegido para esta misión.

Se cree débil, muy débil. Y, naturalmente, si se le compara a la Perfección, es más débil que un cabello de un recién nacido. Se cree vil. Y, naturalmente, si la comparamos a su Dios, es menos que un gusano nacido en el fango. Pero tiene una fuerza sola: un amor total. En el acto de dar o de darse, no piensa nunca en sí misma o en el provecho que puede derivarle de los demás. Piensa en agradarme a Mí solo, en ser útil a Mí solo y, por eso, termina por hacerse odiosa al mundo. Ella ha llegado hasta a odiar su carne, con ese santo odio que Yo he enseñado diciendo: "El que quiera salvar su vida (terrena), la perderá (también como vida terrena) y el que la pierda por amor mío, la recuperará" [100]. ¡Santo odio del que ha comprendido la Palabra! Yo la elegí por ese amor que supera sus debilidades.

Un día tomé a un niño, le puse en medio de mis apóstoles señalándoles a éste como ejemplo[101], porque el niño ama con todas sus capacidades y sin orgullo, pero me refiero al niño muy pequeño, al infante, porque la semilla de Satanás, que da como primera espiga la soberbia, fructifica cuando apenas ha alzado su tallo del vientre materno; luego surge la segunda espiga: la de la sensualidad y luego la tercera que es la de la potencia, tanto del dinero como del poder. Pero la primera es de la soberbia, siempre, y brota en los labios que hace muy poco que ha olvidado la dulzura de la leche materna. Quiero que mis discípulos sean como infantes, para darles las palabras de vida. ¡Qué bello era verles venir a Mí confiados, sinceros, afectuosos, con las manitas colmadas de flores y decirme: "Tómalas" y luego huir riendo para volver otra vez con nuevas flores en un juego amoroso…!

Quiero que estos infantes estén en el mundo para santificarlo. La inocencia que pasa y vive entre vosotros tendría que haceros más buenos, porque el inocente es un ser celestial, un ser que emana pureza y paz; que habla –sin hablar- del Dios que le engendró; que impone respeto –sin hablar- hacia lo que es de Dios; que implora piedad y amor hacia su infancia, que no debe ser contaminada; hacia su debilidad, que debe ser amada; que es cándida flor de vuestro prójimo, como lo es el enfermo y el infeliz –la una de color rojo y la otra de color violeta- flores que tendríais que preferir entre todos vuestros semejantes que han de ser amados. Mas, dado que la inocencia de los párvulos no es suficiente para haceros buenos, Yo creo los infantes espirituales, creo los que, impregnados de una ciencia que no tenéis, son humildes, simples, confiados y espontáneos como los niñitos que dan sonriendo los primeros pasos y saben que, sin la presencia de la mamá, se caerían –eso lo saben bien- y, por eso, no la abandonan nunca.

Del mismo modo, éstos no me abandonan nunca, ésta no me abandona nunca. He aquí por qué a ella y a los que, como ella, os parecen miembros débiles, os parecen miembros indignos, se les da lo que no se os da a vosotros.

En el místico Cuerpo, son estos miembros precisamente, estos miembros despreciados por el mundo de los soberbios, los que obran más. Por cierto, un dedo no puede valer como el cerebro. Pero, ¿qué haríais sin dedos? No podríais hacer ni siquiera los actos más comunes y humildes de la vida, seríais como el recién nacido envuelto en fajas, que ni siquiera puede coger el pezón y tomar su alimento si la madre no se lo apoya en los labios. Y, aunque fuerais sumamente doctos e inteligentes, seríais incapaces de inmortalizar en el papel el pensamiento, fruto de vuestro cerebro.

Del mismo modo, ésta es… un dedo. Mas a esta pequeña parte Yo le he encomendado la misión de atraeros, de indicaros la Luz e indicaros a la Luz. Esa Luz que quiere volver a encenderos a vosotros, oh lámparas humeantes por los vapores del racionalismo o apagadas por innumerables causas, que van del desamor al dinero, del dinero a la sensualidad, de la sensualidad a la falta de caridad.

¡De rodillas! No ante la "pequeña voz", sino ante la Palabra que habla. La "pequeña voz" repite sus palabras, es un instrumento de su Dios. Adorad al Señor que habla. Es el Señor. La "pequeña voz" es anónima, Yo quiero que sea desconocida para el mundo. Será conocida después. Ahora es sólo una "voz". Es la que lleva mi Voz. Este honor es su martirio, porque toda elección de Dios es una crucifixión para el ser humano.

[100] Mateo 10, 39; 16, 25; Marcos 8, 35; Lucas 9, 24; 17, 33; Juan 12, 25.
[101] Mateo 18, 2-3; Marcos 9, 36-37; Lucas 9, 47-48.

Ni siquiera pido que la améis. Para eso basto Yo y ella no quiere nada más. Mas quiero que la dejéis en paz, que le guardéis el respeto que le es debido a lo que es usado por Dios>>.

23 de agosto de 1944

A las 14, después de dos horas de visión y el dictado de la Fiesta de los Tabernáculos en el cuaderno de la Natividad de María, cuando no hay ninguna flor en el cuarto y ni siquiera en la casa ni en los jardines vecinos, siento un repentino e intensísimo perfume de claveles que proviene del lado izquierdo de mi lecho. Es un perfume tan fuerte y nítido que me hace volver la cabeza tratando de descubrir de dónde proviene. Pero no existe una proveniencia humana.

También lo sentí hace algunos días. Pero entonces había un clavel, uno solo; pero al menos estaba allí y por más que la intensidad y cantidad del perfume eran excesivos respecto al solitario clavel, pude decirme: "Es el perfume de este clavel".

Hoy no hay ninguna flor. También esta mañana, a las 5, la primera sensación que he advertido al despertarme del sopor, ha sido un agudo perfume –que provenía siempre del lado izquierdo- y, a pesar de que aún estaba aturdida, lo he aspirado porque era agradable, pero no analicé sus características. Hoy afirmo: "Es el mismo olor a claveles de días pasados". No sé de qué se trata. Después de haberse difundido en múltiples oleadas, desapareció de improviso, como había venido.

Paola me ha descubierto mientras estaba oliendo. Me he hecho la indiferente y no he querido decir nada. Sé que se ha dado cuenta de algo, pero no se lo he preguntado. Cuando lea estas líneas, me explicará lo que ha notado y entonces lo agregaré aquí.

25 de agosto de 1944

Hoy no ha habido ni dictado ni visión. Es viernes y también esta vez Jesús se encarga de hacerme cumplir este IV viernes de la Dolorosa.

De la consideración del IV dolor pueden deducirse estas conclusiones: paciencia en las tribulaciones, para imitar al Paciente, encorvado bajo el peso de su cruz; vida exenta de culpas, para no aumentar su carga al Torturado y el dolor que en la Madre provoca dicha carga; compasión y afecto hacia Jesús y María.

A decir verdad desde ayer, inmediatamente después de la III visión y del dictado del ciclo de la Infancia de María –que escribí con mucha dificultad sea por el sufrimiento físico, que se hace cada vez más agudo, sea por el calor tropical y sus efectos sobre mi enfermedad- tengo qué ejercitar la paciencia en las tribulaciones. Tenía ganas de beber cosas heladas para calmar mi sangre, que quería romper las venas, y el agua era para mí como fuego; tenía necesidad de silencio, porque mi cabeza repicaba como una campana y, en cambio, había una batahola terrible; habría tenido necesidad de no pensar… y, en cambio, pensaba que hacía un año que había visto salir de su cuarto a mamá para no volver a entrar en él nunca más. Y luego de este pensamiento, seguía toda la retahíla de los otros, de las preocupaciones, de la segregación en este… llamémosle solamente: pueblito, guardando en el corazón el adjetivo que, instintivamente, le aplico, La fiebre era tan alta que me provocaba delirios. Veía sombras monstruosas y oía rumores extraños. Hasta oí tocar a muerto las campanas de Viareggio, como en ocasión de un funeral solemne. ¡No se imagina lo bien que oía el repicar de S. Paolino y S. Andrea! Le dije a Marta: "¿Por qué estas campanas tocan a muerto?". No obtuve ninguna respuesta porque, dado que eran las dos de la madrugada, Marta estaba durmiendo plácidamente.

Hoy es como ayer… ¡Paciencia! Quiere decir que tengo que pasar de ese modo el jueves y el viernes en la tarde. ¿No es verdad que parece imposible que, a pesar de la dulzura que impregnaba la suave visión de la felicidad de S. Ana por su maternidad y la armonía de su canto, que resuena en lo íntimo de mi ser, yo pueda sufrir tanto? Sin embargo, es así. No me abandona el recuerdo de la jubilosa escena que vi, pero es la hora del sufrimiento y sufro.

En estos días, en estas horas, leo y releo mis letanías sobre la bondad y, ahora, también la plegaria que Jesús me dictó el 19 de este mes. Si no supiera que estas dos plegarias son una verdad, que son una absoluta

verdad, tendría que sentirme enloquecer al comprobar cómo me trata Jesús. Pero, como sé por qué me trata así, me quedo tranquila. Me es suficiente que no vuelva a esconderse como sucedió en abril. Eso no lo soporto.

27 de agosto de 1944

Sufro una singular tentación.

Estaba pensando otra vez lo que me había dicho Paola: "Cuando leo estas cosas (se refería a las visiones) me siento transportada a otro mundo… me parece leer fábulas del Paraíso… algo tan hermoso que luego se me queda dentro como una luz…"

Y el Tentador me dice: "Te importa mucho publicar tu libro, sea para obtener un provecho que por orgullo. Ya no puedes hacerlo porque el Maestro te quita todo el tiempo y, por su parte, la enfermedad te quita las fuerzas. Para poder tener igualmente esta satisfacción que, en el fondo, es justa especialmente en tu caso, dado que te ha sido negado todo, ¿por qué no publicas las hermosas visiones que tienes? ¡Se escriben tantas cosas inventadas –y, por lo tanto, inexactas- acerca de la vida de Dios y de sus santos! ¿Por qué no contribuyes a que se le conozca verdaderamente? Obtendrías honores y provecho y harías el bien sirviendo al Bien".

¿Ve Ud.? ¡Se las inventa todas! Le mandé… a su casa y no creo haber hecho mal porque… es peor para él si vive en el infierno.

Pero, fuera de bromas… ¡mire Ud. qué vueltas da para llevarme a actuar de modo tal que cometa inconveniencias o pecados! Visto que, desde hace muchos meses, mi carne está como muerta y ya no responde a su obra, se vuelve una y otra vez a mi espíritu; antes lo hizo en Viareggio, en los días malditos, cuando le dijo: "Adórame y te haré feliz"; luego en los primeros días de julio, le dijo al corazón: "Altera las palabras del Maestro, usa las tuyas imitando su estilo al fin de plegar a alguien que no te gusta", y ahora le dice a la mente: "Usa estos dones para obtener alabanzas humanas".

¡Pobre desgraciado! Naturalmente, si enloquezco no respondo de mí. Pero el cerebro sigue funcionándome, con la ayuda del Señor no caeré en estos errores. Son cosas sagradas. Nadie puede decirlo con tanta certeza como yo, que las escribo, y me parecería sacrilegio usarlas para obtener un provecho o por una soberbia humana. Claro que me alegra que sean empleadas para los pobres hermanos y me gustaría que fueran por todo el mundo, convocando a las multitudes y reuniendo a muchos bajo la Luz. Pero no quiero, no quiero absolutamente comerciar con ellas ni usarlas para obtener fama.

María Valtorta ya no existe. Al ser absorbida por la Voluntad, vive sólo como alma, en el bienaventurado anonimato que aúna a tantos santos del Cielo bajo una sola denominación: santos. ¡Oh! si, como espero, Jesús me abre su Paraíso, ¡ni siquiera entonces desearé que el mundo me conozca! Soy el pequeño Juan, el portavoz. Quiero que me conozcan con los nombres que me ha puesto Jesús y que, por eso, me designan como un ser irreal desde el punto de vista humano. El ser real desapareció para los ojos del mundo y por ningún motivo quiero que se alce el velo que me oculta.

Este temor es mayor que el que me causa un peligro material. Si un ladrón entrara y me despojara de lo poco que aún me queda, me causaría menos dolor que quien, como un ladrón, entrara en mi secreto y, por eso, me despojara de mi condición de desconocida para el mundo y me mostrara ante dicho mundo como el ser al que Dios otorga el beneficio de sus palabras.

A veces siento la tentación de pedirle a Dios la salud física, no para no sufrir más sino para poder entrar en un convento carmelitano o en uno trapense y, de este modo, morir absolutamente para los ojos del mundo a fin de poder vivir –protegida por las resistentes rejas y la austera regla- únicamente y con seguridad mi misión.

29 de agosto de 1944

Dentro de una carta del Padre Pennoni encuentro otra, que me ha enviado el P. Migliorini y veo que mis angustias no eran infundadas. Esta carta me trae consuelo pero también pena. ¿Cuándo terminará esta agonía?

Me dicen: "¿Ves que ha sido una suerte no estar en Camaione? Si hubieras estado allí…". Pero les respondo: "¿Acaso no es mejor morir de una sola vez que ir muriendo poco a poco, en medio de los sufrimientos que me causa el clima, el agua, la alimentación, etc., etc., y de la desolación por la ausencia de quien, con su palabra, después de Jesús representa mi paz?".

¡Cómo se nota que no entienden mi mayor tragedia! La nostalgia de mi ambiente y de la proximidad de una persona, que son dos factores ultra necesarios en mi caso especial, me consume aún más que la fiebre, pero me dicen: "Fue una suerte no haber estado allá". Para mí fue un daño. Debido al hecho de estar alejada de mi casa y al esfuerzo de mi misión, me veo sometida a un desgaste tres veces mayor, diez veces mayor del que habría padecido allí. Pero aún ahora y siempre no entienden plenamente mi caso.

Creo comprender cuál es el 4° voto del P. Pennoni. Es el voto que más se necesita en el mundo, un mundo que no encontrará la tranquilidad –y no hablo de alegría, digo solamente tranquilidad- insistiendo en el odio y la intransigencia, sino con el sacrificio de mucha gente, de modo que la infinita gente restante aprenda a mirar el amor. Yo sería algo si mirara… pero, por ahora, no sabe hacer ni siquiera eso.

Recuerdo una lejana visión invernal de la Virgen, que viste de luto y aparta unas flores enlodadas mientras recoge otras, rotas, y me dice: "Son almas de sacerdotes, éstas de los mártires y aquellas de los culpables de herejías políticas y humanas". Las dos cartas que he recibido informan acerca de las persecuciones a los sacerdotes buenos y del desinterés culpable de los sacerdotes en los que se ha apagado la llama, o sea, que ya han cumplido la primera etapa hacia la herejía sacerdotal. Y dentro de mí resuenan todas las palabras de Jesús a los sacerdotes…

Durante la noche vuelvo a escuchar las campanas que tocan a muerto. Es la 1 y 30 de la madrugada, estoy sentada en la cama y voy diciendo el rosario de los siete gozos de María. Estoy bien despierta y no puedo estar delirando, pues mi temperatura es de 37.5°, o sea, la más baja que he tenido. Pero las campanas están sonando; oigo hacia la izquierda, nítida y evidentemente, sus fúnebres repiques, que se repiten tres veces.

¿Qué querrán decirme? ¿Anunciarán mi muerte? Lo único que me horroriza es esto: morir en este lugar y sin mi Padre espiritual.

10 de septiembre de 1944

Una vez acabado el ciclo del nacimiento de María y de su infancia y adolescencia, por todo el 6, el 7 y el 8 de septiembre estuve sumergida en la beatitud de su contemplación como esposa purísima. Además, durante el 6 y el 7 me acompañó la alegría, pero el 8 se produjo la tormenta. Era viernes y sufrí mucho por numerosas causas provenientes de todo y de todos. Ayer, nueve, se repitió lo mismo.

Esta mañana al despertarme del brevísimo sueño, interrumpido por los sufrimientos físicos, ya estaba allí, lista, mi angustia. Pero siento que Jesús está conmigo, cerca, muy cerca. ¡Le tengo solamente a Él! Y Él quiere ser el único.

Le dice a mi alma:

<<Una de las primeras veces en que fui tu Maestro, te hablé de tu función y de la función de las almas semejantes a ti. Te dije: "Sois los portadores y los pararrayos".

Como ostensorios vivos, como púlpitos de carne, lleváis a Cristo entre los hermanos, para que el mundo me vea y, desde dichos púlpitos, Yo pueda hablar a las multitudes que me inspiran piedad[102]. Mas sois también pararrayos, pues desviáis las desventuras con vuestra presencia, no porque se trate de vuestra presencia, sino porque atraéis mi Presencia y, donde Yo estoy no hay desventura, hay sólo protección.

[102] Mateo 9, 36; Marcos 6, 34.

Ahora ya tendrías qué estar persuadida de ello. Tu Director ya estaba convencido porque es menos Tomás que tú,[103] y también por este motivo quería que estuvieras con él. El mundo no sabe, pero Yo sé y puedo obrar un milagro continuo en favor de mis predilectos y en torno a ellos, porque les amo y a ellos me dirijo para que me sirvan.

También tendría que repetirte un reproche anterior, pero no lo hago porque ya estás abatida al ver en ti las consecuencias de haber preferido la Tierra, con sus voces de sangre, al Cielo con sus luces de espíritu. Por encima de la sangre y los afectos, están siempre el espíritu con sus necesidades y Jesús. Recuérdalo. Lo he dicho y lo repito: "Tu error es perdonado porque lo cometiste por un motivo de caridad. Pero no vuelvas a caer en él nunca más". Tu caridad debe estar alejada hasta del más leve vislumbre humano. Por lo tanto, debe ser una caridad universal, gracias a la cual, en el amor activo, para ti serán iguales los parientes y los desconocidos. Ya no eres más María Valtorta, eres mi "portavoz".

La voz de Cristo va hacia todos, del mismo modo que Cristo fue hacia todos. Es más, Cristo abandonó a sus parientes para ir hacia los desconocidos, entre quienes estaban sus difamadores y asesinos. Lo hizo porque así lo deseaban los intereses de mi Padre. Decir que "todos, sin distinciones de carácter afectivo, sois mis hermanos y que Yo estoy al servicio de todos", es una dolorosa mutilación. Mas, sobre esta mutilación, despuntas las alas del águila seráfica…

Ten paciencia ahora. Éstas son las últimas consecuencias de haber entrevisto el bien y el mal en esa ocasión en que sufriste el ataque más feroz por parte de Satanás, que quería arrebatarte a Mí. Entonces no cediste al mal sino a cosas que son minucias respecto al interés de tu Dios, que no transige nunca por lo que se refiere a tu bien.

Quédate en paz ahora. Yo así lo quiero, porque en la turbación se ofusca la luz de tus ojos espirituales y se ofusca tu oído espiritual. Deja obrar al que te ama, es decir, a Mí>>.

12 de septiembre de 1944

Dice Jesús:

<<El final de la visión podría ser el dictado hecho para todos, porque ahora, tal como 20 siglos atrás, Yo les digo estas palabras a todos. Mas muchos son los fariseos que no quieren acogerlas.

El mundo se dirige hacia su paz, que no es mi paz, porque mi paz es paz de santidad y de justicia. En cambio, la paz del mundo es paz de atropello y corrupción. ¿No es verdad que es espantoso lo que sucedió y sucede aún?

Os recuerdo mis primeros dictados. Os he dicho siempre que esta no era una guerra entre naciones, sino de Satanás contra Dios, una de las guerras que preparan la llegada del Anticristo, cuyos precursores existen ya. Siempre he dicho que Satanás hacía la guerra contra los espíritus por medio de horrores que infligía a los cuerpos y que muchos cederían, porque el espíritu de los hombres es sumamente débil ante el mal cuando ya no está nutrido por la gracia y por la fe. He dicho también que mis ángeles, por medio del sacrificio de los buenos, iban a luchar para impedir que los demonios hicieran su abundante siega en la raza humana.

Por lo que se refiere en particular a los italianos, he dicho que sobre ellos iba a descender el castigo si no hubieran sabido emplear rectamente la primera gracia y si se hubieran dado en usar los mismos métodos crueles del que habían adorado como a un dios –aunque era menos que un ídolo- y servido con servilismo de brutos. Porque una gracia merece, por parte del hombre, un esfuerzo hacia la bondad, no hacia la perversidad. Y, en cambio, vosotros habéis gozado, maldecido, odiado, os habéis convertido en Judas de vuestro pequeño maestro y de los más íntimos suyos. Ayer, tan solo ayer, estabais postrados como esclavos; hoy, ya maldecís, con los puños tendidos y las uñas rapaces, para arrebatar lo que ayer les dolía ver en poder de otros. He dicho que el castigo consistiría en sembrar el horror en todo el país, un horror que, si lo hubierais imaginado, lo hubierais creído una pesadilla, fruto de la fiebre. ¿Veis si era verdad? ¿Vais a corregiros?

[103] Juan 20, 26-29.

Los fariseos, los escribas, los saduceos de mis tiempos, tenían la prueba segura del fruto de sus repetidos pecados. Israel, abatida, perseguida, dominada, dispersa, decía con llanto en la voz: "He aquí el castigo porque ya no somos verdaderos hijos de Dios"[104]. Sin embargo, sólo muy raramente alguno entre los jefes se convirtió a Mí. De todo me serví para sacudirles o persuadirles: solicitudes y reproches, dulzura y severidad, condescendencia e intransigencia, sonrisas y tristeza, rapidez en obrar un milagro e insensibilidad ante su deseo de milagros. Sólo obtuve que su oscuro comercio con Satanás fuera aún más profundo, aún más completo, hasta llegar a pisotear a los profetas, a negar que Yo era Cristo –como demostraban los hechos, confirmando las profecías- y a matar a Cristo, el Verbo de Dios.

Ahora está sucediendo lo mismo. En un ámbito grande o pequeño, en lo social o en lo individual, el 90% de los seres vive como los fariseos de aquella época y actúa con los mismos sistemas. La base de vuestra vida y el código de vuestras acciones son el interés, la soberbia, la lujuria, la avaricia, la gula, la dureza de corazón y todos los egoísmos. No os horroricéis por la dureza de Ismael. Vosotros hacéis lo mismo con quien ya no os sirve. En vosotros se ha muerto la Caridad y la caridad. No amáis sino a vosotros mismos.

Mas ahora os digo: La Caridad, que no queréis, se vuelca precisamente en los que despreciáis, en los que abandonáis, en los que escarnecéis, probablemente tras haberles explotado. Son los que viven sólo para la Caridad y que, al amar a Dios más que a sí mismos, os aman también a vosotros más que a sí mismos. Os aman como os ama Dios: socorriéndoos tanto en el alma como en la materia. Vosotros no sabéis nada, no entendéis nada, no os preguntáis nada. Mas Dios sabe, ve, comprende, sin preguntar. Sabe por qué se extiende aún sobre vosotros la suprema piedad: por ellos, los caritativos que me aman y os aman y convierten el amor en el objeto de su vida; ellos, los que os aman no por vosotros mismos sino para cumplir un acto que me agrada.

¿Sabéis, acaso, cuántas lágrimas, cuántos dolores, cuántas penitencias, cuántos sacrificios son el precio de vuestra existencia? Creéis deber la vida a la madre que os engendró y al padre que os alimentó. Si os equiparáis a las bestias, ése es el origen de vuestra vida. Mas la Vida, la verdadera Vida, perdura en vosotros para daros el tiempo de convertiros gracias a éstos. Muchos de vosotros no mueren eternamente porque esos héroes, que os son desconocidos, con los brazos alzados se interponen entre vosotros y Dios y alejan los castigos divinos y a vosotros, a quienes las enfermedades morales han desangrado, transfunden un poco de esa sangre espiritual que circula en el gran Cuerpo místico y que es sangre de gracia. A través de la criba de su yo sacrificado, filtra este bien para vosotros, los malvados.

Es un dictado severo; lo lamento por mi pequeño Juan, pero le consuelo con una caricia. Es ésta: aunque todos te abandonaran, Yo estaré contigo; aunque todos te olvidaran, Yo te recordaré; aunque todos te odiaran, Yo te amaré. ¿Ves cómo te ayudo, aun materialmente, dándote fuerzas físicas cuando es necesario? Oh instrumento amado y precioso, estás en mis manos. No temas.

Vive en tu misión y para tu misión. Haz como esos niños que reciben un juguete que hace ver maravillosos panoramas si se tienen los ojos fijos en la lente, pero que se convierten en una simple caja oscura si se separa de ella la mirada. Ten los ojos fijos en Mí y en tu misión. El mundo está a tu alrededor y debes estar a su alrededor; no debe estar dentro de ti, porque dentro de ti está mi mundo. Da al mundo, a ese pobre mundo ignorante y ciego, las lecciones y las luces que te llegan de mi mundo. ¡Si pudieras ver cuánto Cielo hay en torno a tu tarea!…

¡Ah!, ¡qué feliz serás cuando te des cuenta de estar en mi mundo para siempre y de haber llegado desde el pobre mundo sin advertirlo siquiera, pasando de una visión a la realidad, como una niño que sueña con su mamá y al despertar se encuentra estrechado entre los brazos maternos! Así Yo haré contigo[105].

Sé buena, paciente, caritativa y no temas. Te doy mi paz. Te doy torrentes de mi paz en el día del Nombre de María, que sea éste el don de gracia para el pequeño Juan>>.

---

[104] Como en las Lamentaciones 5.

[105] Estas palabras adquieren un conmovedor valor profético si se tiene en cuenta que María Valtorta murió el 12 de octubre de 1961, después de algunos años de aislamiento psíquico gradual y creciente, que la llevó a apartarse por completo del mundo exterior, como si estuviera absorbida totalmente por su vida interior. De este modo, al morir pasó de una visión contemplada a una realidad que viviría siempre.

13 de septiembre de 1944

Dice Jesús:

<<No es una ilusión de tus ojos. En el rostro agonizante y ensangrentado de tu Jesús del Getsemaní, ves de verdad esa sonrisa que floreció en él cuando el ángel de Dios llevó a aquellas tinieblas, que me envolvían por completo, una luz sobrenatural que me permitió ver el rostro de los que me amarían en los siglos futuros.

Ese cáliz consolador, ese cáliz metafórico que el ángel acercó a mi espíritu intoxicado por el cáliz expiatorio[106], no fue más que la iluminación futura de todo el bien que causaría mi muerte –opuesto a todo el mal que mi misma muerte no lograría vencer- y de todos los corazones que iban a amarme. Entonces, junto a las lágrimas floreció una sonrisa, junto a la angustia descendió también una certeza. Aunque el sacrificio siga siendo terrible, se hace soportable cuando se alcanza la certeza de que es útil. Ahora, yo la había alcanzado y sonreía a esta certeza.

También te veía a ti, pequeño Juan… Y ahora te hago ver la sonrisa de aquel entonces para consolarte>>.

Nota mía:

Como hace quince días, al mirar el certificado de inscripción a los Siervos de María que Ud. me dio, ¡he visto florecer en el rostro de Jesús en el Huerto una sonrisa muy bella, bellísima! Es una sonrisa que le ilumina todo el rostro. Parece decir: "¡Soy feliz!" mientras sonríe a su interlocutor –un interlocutor secreto, quizás su mismo Yo- a quien, después de la angustia derivada de la persuasión de la inutilidad del enorme sacrificio, era dulce confiar, como a un compañero fiel, la paz derivada de la persuasión de la utilidad de dicho sacrificio.

Y, mientras le miraba, yo decía para mis adentros: "¡Qué bromas nos hace la vista! ¿Cómo es posible que esté viendo que Jesús sonríe en este momento de agonía?". Pero ¿ha visto qué contesta Jesús? Entonces, ¡quiere decir que no me he engañado!

Bendito sea por esa sonrisa porque… no puedo más… y si expresara todo lo que grita dentro de mí… le desobedecería a Ud. y desobedecería los consejos de la Madre. Por lo tanto, me quedo callada. Pero callar no significa callar esas voces. No se les puede sofocar porque cada minuto, con sus sufrimientos físicos, con su vacío moral, con la necesidad cada vez más fuerte de tenerle a Ud. junto a esta lenta agonía mía, las hace renacer.

¡Ah, Señor!…

14 de septiembre de 1944

Día de la Santa Cruz.

Dice Jesús:

<<Ven, sor María de la Cruz. Tiempo atrás eras solamente: María de la Cruz. ¿Recuerdas aquel tiempo? Me amabas. Te amé porque me amabas con todas las fuerzas de aquel entonces.

Siempre has sido absoluta en tus cosas. Cuando te lanzabas en una empresa o te abandonabas a un afecto, no has considerado nunca el pro y el contra ni el cuánto ni el cómo, no te has puesto dudas. Cuando viniste a Mí, viniste enteramente, con todas tus capacidades de amar y sufrir por Mí, viniste aún con más que tu capacidad de sufrir. La fuerza que te faltaba te la di Yo, porque me gustaba tu impulsividad generosa, tu santa y despreocupada prodigalidad en el sacrificio. Aunque hubieras muerto entonces, habrías sido justificada, porque obedecía a la orden: "Amar a Dios con todo el ser, con el cuerpo, con el alma, con la mente y el corazón"[107].

[106] Lucas 22, 43.
[107] Deuteronomio 6, 5.

En aquel entonces te parecía que no era posible amar aún más. Y, dado que amabas a tu Jesús sobre todo en su condición de Redentor, quise llamarte María de la Cruz. ¡La Cruz!, he ahí tu amor. En aquel entonces te parecía que no era posible amar aún más. Mas, oh pequeña esposa, ves que el amor hacia Dios, precisamente por ser algo perteneciente a Dios, participa en la infinitud de Dios. Se puede amar cada vez más y, aun así, no alcanzar nunca el límite porque, cuanto más se cumple y perfecciona, tanto más crece el amor.

Lo que se cumple en el mundo, es decir, la obra cumplida por los hombres, no está sujeta a aumento alguno. Está completada y así queda. Si se le retocara, si se le añadieran partes, significaría arruinarla. Mas el Amor no es humano. Es algo sobrehumano. Tenéis la capacidad de amar a Dios, porque provenís de Dios. Por eso la Caridad puede pasar de la perfección a una perfección mayor a medida que el espíritu se perfecciona.

Dice el Eclesiástico: "El temor de Dios es el principio de su amor, y a él debe estar unido el principio de la fe"[108]

El temor de Dios es el primer grado del amor. El que teme ya respeta y reconoce que aquél, a quien está dirigido su temor, es alguien superior a él, un amo, o por lo menos un jefe. Los hijos que no son perfectamente buenos temen al padre. Los dependientes que no son perfectamente buenos temen al amo. Los animales que no son perfectamente buenos temen al domador.

El creyente, que se detiene en la primera vuelta de la escala mística que sube hacia Dios, teme a Dios, cuyo rostro ve resplandecer allá arriba, lejos, muy lejos; un rostro que, visto tan de lejos, parece severo porque se advierten solo sus rasgos principales, mientras pasan inadvertidas la sonrisa, la mirada, la voz. Muchos quedan paralizados por la majestad de Dios y olvidan la paternidad de Dios, una paternidad tan generosa que llegó a inmolar a su Primogénito para salvar a los otros hijos. Estos creyentes no practican el mal porque temen a Dios y, por eso, serán premiados con la vida eterna.

Mas no tendrán el premio que, en cambio, ya les toca –mientras aún dura la jornada terrena- a los que no se limitan a temer a Dios sino que, superando el temor, dan la segunda vuelta de la escala mística y pasan al deseo de conocer más de cerca a Dios, pues están seguros de que, sí pueden conocerle mejor, le amarán… En efecto, cuanto más suben, más logran percibir qué significa Dios. El deseo se convierte en afecto. El afecto, que Dios premia con suaves e invitantes caricias, se convierte en amor. Y el amor… ¡oh, el amor!, el amor ya no sube un peldaño tras otro. El amor tiene alas y vuela…

¡Oh, predilecta!, ¿has visto alguna vez un pajarillo cuando comienza a volar? Comienza su vuelo yendo de una teja a una chimenea, o de una rama baja a otra más alta. Luego se atreve un poco más. Desde la chimenea conquista el techo de la casa vecina, que es más allá, o la cima del árbol más cercano. Y, desde allí arriba, trina alegremente. ¡Hay tanto sol, tanto calor, tanto azul allí! ¡Y el mundo lleno de insidias, de pícaros, de felinos, está tan lejos! Mas luego el pajarillo dice: "Estoy demasiado cerca de lo que puede limitar mi libertad". Entonces mira y ve que sobre la torre o sobre el campanario o allá, en la cima de aquel grueso árbol que se yergue en lo alto de la colina, hay aún más sol, mas libertad, más azul. Y hacia allí va trinando. Pero el sol está todavía más arriba y el pajarillo, que ahora está muy seguro de sí, se lanza al espacio. Va arriba, arriba, arriba… ¡Qué feliz es! No siente el peso. El aire lo transporta, los rayos parecen atraerlo. Su fuerza crece a cada instante. Vuela y canta. Vuela y goza, sintiéndose amo del aire.

También el espíritu, cuando se pone las alas del amor, hace lo mismo. Llega un momento en que se siente en su elemento como cuando ama con vehemencia, sumergido en océanos celestes, arrebatado por torbellinos de pasión divina… Los pobres hombres crean instrumentos que, al principio, utilizan con fines científicos y que luego cuando la serpiente demoníaca les muerde atrozmente, dedican a fines delictuosos, y con ellos se atormentan intentando subir cada vez más alto en la atmósfera. Pero esta subida tiene y tendrá siempre un límite. En cambio, la subida del amor no tiene límites. Sube, sube, sube… y Dios aumenta, aumenta, aumenta las fuerzas del que sube e infunde cada vez más su gracia en la criatura; por eso, dicha criatura se eleva cada vez más a Dios y cuanto más sube más ama, cuanto más ama más sube… Lleva a cabo su amor y su subida cuando, como una alondra fulminada por la ebriedad del vuelo, muere para el mundo, es

[108] Eclesiástico 25, 16(vulgata).

decir, cuando cae –con un último palpitar del alma, prisionera de la carne- sobre el corazón de Dios y conquista su Amor y su eterna Libertad.

Tú, que tiempo atrás eras, por tu deseo, María de la Cruz, ahora eres sor María de la Cruz por mi Voluntad. Como a la esposa consagrada por las bodas, te he dado mi feudo. Te lo has merecido por tu constante subir.

Desde la cima en que estás posada, mira; mira y compara tu temor de creyente (el temor de Dios es el amor de los creyentes) con tu amor de esposa. Y observa también las fases de tu crecimiento… ¿Puede aumentar aún? Sí, lo puede. El amor de los santos es un torbellino de amor. Yo llamo a todos hacia ese amor. También te llamo a ti, oh predilecta.

Te hablo desde mi Cruz. Mas no me limito a hablarte impregnado por la púrpura de mi Sangre. Te atraigo a Mí para ataviarte con ella. Ven y amémonos nosotros en medio de un mundo que odia: tú enjuga mis heridas con tus besos, Yo enjugaré tus lágrimas con mi amor. Ven y reposa en mi paz>>.

15 de septiembre de 1944

Santísima María Dolorosa

Hoy, hacia el alba, mi despertar del breve sueño acostumbrado ha sido caracterizado por estas palabras, que una voz queda me susurraba casi en un soplo:

<<Yo soy la Caridad de Dios, el canal de amor entre el Padre y el Hijo, el canal de caridad entre Dios y los hombres. Soy libre, soy fértil, me encamino y circulo, distribuyo y recojo, disemino y concentro. Por Mí el Eterno está en vosotros. Por Mí vosotros estáis en el Eterno. Soy la Fuerza inicial y seré la última Fuerza. Soy la Fuerza eterna.

Todo terminará, mas Yo no terminaré. Mi vivir y mi reinar son eternos porque Yo soy la Perfección de las perfecciones de Dios y la perfección de las perfecciones del hombre. Cuando ya nada sea necesario al hombre, porque ya no existirá el tiempo ni la pobre vida, ni carne ni exilio, porque sólo existirá eternidad y espíritu, cuando nada deba hacer Dios, incansablemente, a favor de lo creado, porque de todo lo creado quedará solamente el Cielo con sus eternos –y entonces ya completos- habitantes, Yo existiré aún. Yo existiré. Yo existiré.

Y entonces los "vivos", que ya ahora me comprenden, me comprenderán totalmente y de esta total comprensión derivará su júbilo sobrehumano, porque comprenderme totalmente quiere decir comprender a Dios y su misterio trino. O sea, quiere decir conocer a Dios perfectamente y permanecer absortos, eternamente, en el éxtasis de este conocimiento>>.

Luego esa voz, más suave aún que la de María, se ha callado y me ha dejado feliz y dichosa, sumida en un gozo fuera de lo humano.

16 de septiembre de 1944

En lo alto, veo un límpido cielo de septiembre, risueño en esa tenue aurora. Abajo, veo un pequeño llano entre abruptas laderas montañosas, muy altas, muy salvajes, muy pedregosas. Es un pequeño llano de hierba corta y esmeraldina, en la que aún reluce el llanto del rocío, pero que bien pronto brillará con resplandeciente sonrisa al beso del sol.

En lo alto, en el cielo puro, tan azul y tan límpido, está fijo un personaje que despide llamas y que parece estar hecho de inflamado fuego. El fulgor de ese fuego es más vivo que el del sol, que asoma por detrás de una sierra de lujuriante vegetación con tal pompa de rayos y de esplendor que todo se ilumina de gozo.

Ese ser de fuego, lleva un traje de plumas. Se lo explico mejor. Parece un ángel, porque dos alas inmensas le mantienen suspendido y fijo en el inmaterial cobalto del cielo de septiembre; son dos alas inmensas y abiertas que perfilan la parte horizontal de una cruz, sostenida por el cuerpo resplandeciente. Son dos alas inmensas de incandescente candor, abiertas sobre la rutilante incandescencia del cuerpo, vestido con

otras alas que lo fajan por completo porque sus sobrenaturales plumas de perla, de diamante y de plata purísima se recogen en torno a la persona. También la cabeza parece estar fajada con este singular tocado de plumas. Escribo "parece" porque yo no la veo. En el lugar que correspondería a ese rostro seráfico, sólo veo un resplandor tan vivo que me deslumbra. Para encontrar algo semejante a él, tengo qué evocar los más vivos fulgores entre los que contemplé en las visiones paradisíacas, aunque reconozco que este es aún más vivo. La cruz de llameantes plumas está fija, pues, en el cielo con su misterio.

Abajo, veo un frailecillo macilento en el que reconozco a mi Padre seráfico[109]; está rezando de rodillas en la hierba, bastante cerca de una gruta desnuda, llena de asperezas, que causa temor como un abismo infernal. Parece que la pesada túnica, muy ancha respecto a los miembros, ya no cobija el cuerpo destruido. De la cogulla* grisácea (de un color entre el de la ceniza y el de ciertas arenas amarillentas), asoma el cuello cetrino. Las muñecas delgadas y las manos asoman de las amplias mangas, con las palmas vueltas hacia arriba y alzadas como en el "Dominus vobiscum" y se tienden en la plegaria. Son dos manos macilentas, que otrora eran morenas y ahora están amarillentas como las de un enfermo. El rostro delgado parece estar esculpido en un viejo marfil; no es bello ni regular, pero expresa una belleza particular, hecha de espiritualidad.

Los ojos, castaños, son hermosísimos, pero no miran a lo alto. Bien abiertos y fijos, miran las cosas de la Tierra, mas no creo que vean. Están abiertos y, en realidad, la mirada se posa sobre la hierba regada por el rocío y parece estudiar el bordado grisáceo de un cardo silvestre y el arabesco de plumas de un hinojo, también silvestre, que el rocío ha convertido en una verde "aigrette"[110] constelada de diamantes, pero estoy segura de que no ve nada, ni siquiera el petirrojo que baja trinando para buscar en la hierba unas pequeñas semillas. Reza. Los ojos están abiertos, pero no miran hacia afuera, sino dentro de sí.

No sé cómo, por qué, cuando se ha dado cuenta de la cruz viviente que está fija en el cielo, no se ha sentido su atracción o si la ha visto por un llamado interior. Se ve que levanta la cabeza y busca con ojos en los que ahora se lee la luz del interés, lo que confirma mi convicción de que antes su mirada estaba ausente en cuanto a lo exterior.

La mirada de mi Padre seráfico encuentra la cruz llameante, grande, viva. Por un instante le sobrecoge el estupor, luego se oye un grito: "¡Señor mío!", y Francisco cae un poco hacia atrás, sobre los talones, y queda en éxtasis, con el rostro sonriente, dirigido hacia arriba y derrama las dos primeras lágrimas de beatitud, abriendo aún más los brazos…

Ahora el Serafín mueve su refulgente y misteriosa figura. Se acerca. No viene a la Tierra. No, aún está muy en lo alto, pero menos que antes. Está a medio camino entre el cielo y la Tierra. Pero ya la Tierra se ilumina aún más por este vivo sol que, en la aurora bienaventurada se une a otro sol, el de cada día, y lo supera. Al descender, con las alas siempre abiertas en cruz, no hiende el aire por el movimiento de las plumas sino por la fuerza del propio peso y produce, al mismo tiempo, un sonido paradisíaco, un sonido que ningún instrumento humano puede producir. Entonces me llega el recuerdo del sonido del globo de Fuego de Pentecostés…

Y mientras Francisco sigue riendo y llorando, al mismo tiempo y resplandece en su estático júbilo, el Serafín abre sus alas –ahora veo bien que son alas- que están hacia la mitad de la cruz. Entonces aparecen las santísimas plantas de mi Señor clavadas en el madero y sus largas piernas, que en esta visión resplandecen tan vivamente como sus miembros glorificados en el Paraíso. Luego se abren otras dos alas, justo en el punto más alto de la cruz y este vivo deslumbramiento produce en mis ojos –y creo que, aunque él esté sostenido por la gracia divina, también en los de Francisco- un doloroso júbilo.

Ahora se ve también el torso del Salvador, que palpita al respirar… y luego ¡oh!, luego se ve el Fuego, en el que sólo por una gracia puede detenerse la mirada; el Fuego de su rostro, que aparece cuando el sudario de las plumas centelleantes queda abierto completamente. El fuego de todos los volcanes, de todos los astros y todas las llamas, rodeado por seis sublimes alas de perlas, plata y diamante, daría aún poca luz respecto a este

[109] Se refiere a San Francisco de Asís.

* cogulla = Hábito o ropa exterior que visten vatios religiosos y monacales.

[110] Tocado de plumas de garza

indescriptible, inconcebible esplendor de la Santísima Condición Humana del Redentor, clavado en su patíbulo.

Además, el rostro y los cinco orificios de las llagas no pueden ser descritos, pues no es posible encontrar un parangón. Pienso… pienso en las cosas más brillantes… pienso hasta en la misteriosa luz que emana el radio. Pero, si todo lo que leí es exacto, la luz del radio, aún siendo muy viva, tiene el fulgor azul-plateado de una estrella, mientras ésta que veo es como la condensación de la luz del sol multiplicado por un número de veces incalculable.

La cumbre de La Verna debe de aparecer como si mil volcanes hubieran surgido a su alrededor formando una corona. El aire tiembla con ondas que el ojo percibe, debido a la luz y al calor que emana de mi Señor crucificado (un calor que arde mas no quema) y los tallos y las hojas parecen irreales, puesto que la luz llega a penetrar también en la opacidad de los cuerpos y los convierte en luz…

Naturalmente, no puedo verme, pero pienso que, en el reflejo de esa luz, mi pobre persona debe parecer fosforescente. Por su parte Francisco, sobre el cual la luz se vuelca, le embiste y le penetra, ya no parece un cuerpo humano, sino un serafín menor, hermano del que ha puesto sus alas al servicio del Redentor.

Ahora Francisco está tan echado hacia atrás, con los brazos completamente abiertos bajo su Sol, su Dios Crucificado, que se le ve casi boca arriba. Por estar intensamente impregnado de luz y de gozo, su aspecto es inmaterial. En realidad, no habla, no respira. Parecería un muerto glorificado si no fuera por esa posición, que requiere al menos un soplo mínimo de vida para mantenerse. Por sus mejillas enflaquecidas ruedan las lágrimas y resplandecen como regueros de diamante; quizás sirvan para mitigar el humano calor de esta mística llama.

No oigo las palabras de Francisco ni las de Jesús. Hay un silencio absoluto, profundo, estupefacto. Es una pausa en el mundo que está en torno al misterio, una pausa para no turbar; una pausa para no profanar este sacro silencio en el que Dios se manifiesta a su bienaventurado. Al contrario de lo que podría suponerse, los pájaros no exaltan esta fiesta de luz con agudos trinos y alegres vuelos, no danzan las mariposas y las libélulas, no se deslizan las lagartijas y los lagartos. Todo está detenido en una espera en la que percibo la adoración de los seres hacia El que los creó. Ya ni se oye susurrar, como un suspiro entre las frondas, la ligera brisa ni tampoco los lentos y sonoros arpegios del agua escondida en alguna cavidad entre las piedras, que antes desgranaba sus notas, como perlas raras, en una modulada escala. No se oye nada. Sólo existe el Amor. Jesús mira y sonríe a su Francisco. Francisco mira y sonríe a su Jesús… Nada más.

Pero pronto el Rostro glorificado, tan luminoso que parece consistir casi en líneas de luz como el del Padre Eterno, empieza a materializarse. Los ojos adquieren en brillo de encendido zafiro que se les nota cuando obra milagros. Los rasgos se hacen severos, imponentes, como siempre en esas horas que definiría imperiosas. Una orden del Verbo debe llegar a su Carne y la Carne obedece. Así, de las cinco llagas parten cinco saetas (cinco pequeños rayos, tendría qué decir) que descienden por el aire perpendicularmente, es decir, sin zigzaguear, y con extraordinaria velocidad. Son cinco agujas de luz insostenible que traspasan a Francisco…

Naturalmente no veo las plantas de sus pies, cubiertas por el hábito, ni el costado, cubierto por el sayo, pero veo sus manos. Y veo también (desde mi ubicación, digamos, detrás de Francisco), que después de que estas puntas quemantes han entrado en la carne y la han traspasado, la luz que cae sobre la palma de la mano pasa, a través del orificio, al lado opuesto, es decir, al dorso. Parecen dos ojales abiertos en el metacarpo, de los que descienden dos delgados hilos de sangre, que se deslizan lentamente por las muñecas, por el brazo, por debajo de las mangas.

Francisco sólo exhala un suspiro tan profundo que me recuerda el suspiro póstumo de los moribundos, pero no se desploma. Permanece en la misma posición por algunos momentos, hasta que el Serafín –del que nunca he visto el rostro sino sólo las seis alas- vuelve a extender estas alas sublimes, como un velo sobre el Cuerpo santísimo y, de ese modo, lo esconde; luego, con las dos alas iniciales, vuelve a subir, cada vez más arriba en el cielo, mientras la luz disminuye y, al final, queda sólo la claridad normal de una serena mañana de sol. El serafín desaparece más allá del cobalto del cielo, absorbido por éste, que se cierra sobre el misterio desconocido a llevar la bienaventuranza a un hijo de Dios, para luego volver a subir a su reino.

Sólo entonces Francisco advierte el dolor de las heridas y con un gemido, sin levantarse, abandona la posición anterior y se sienta en el suelo. Se mira las manos… se descubre los pies. Aparta el sayo en el pecho. Cinco regueros de sangre y cinco tajos son el recuerdo del beso de Dios. Francisco se besa las manos, se acaricia el costado y las plantas de los pies, mientras llora y murmura: "¡Oh, Jesús mío! ¡Mi Jesús! ¡Qué amor! ¡Qué amor, Jesús"… ¡Jesús!… ¡Jesús!…".

Trata de ponerse en pie, apoyando los puños en el suelo; lo logra con dolor en las palmas y en las plantas y, tambaleándose como quien está herido y no puede apoyarse en el suelo y vacila por el dolor y por la debilidad que comporta el desangrado, se encamina a su gruta y cae de rodillas sobre una piedra, con la frente apoyada en la cruz que forman dos ramas atadas. Allí vuelve a mira sus manos, en las que parece advertirse la cabeza de un clavo que penetra y traspasa, y se echa a llorar. Llora de amor, golpeándose el pecho y exclamando: "¡Oh, Jesús, mi dulce Rey! ¿Qué me has hecho? ¡Este don es excesivo para mí, a mí, que soy pobre e indigno? ¡Me donas tus llagas, oh Jesús!…".

No oigo ni veo nada más.

Cuando frecuentaba gente, me parece que he oído describir esta visión de otra manera. Me parece que decían que se trataba de un Serafín con los rasgos de Cristo. No sé qué hacer. La he visto así y así la describo.

Nunca he estado en La Verna, ni en ningún otro lugar franciscano, aunque siempre lo he deseado mucho. Por lo tanto, ignoro totalmente la topografía de dichos lugares.

18 de septiembre de 1944

Pienso que este año he perdido las absoluciones y bendiciones generales, tanto franciscanas como servitas, correspondientes a la Natividad de María Santísima, a la Dolorosa y a los Estigmas de San Francisco, y me duele mucho.

Y hete aquí que Jesús me dice:

<<¿Es que acaso, todo lo que de Mí fluye hacia ti no tiene poder de absolución y bendición? De mis labios, de mi corazón, de mis manos fluyen y recaen sobre ti como una lluvia de gracias la palabra y el amor. ¡Oh, mi violeta de la Cruz!, estás toda regada por esa palabra y ese amor.

Te doy mi caridad. Te he dicho que la indulgencia más grande es la de la caridad, que cubre la totalidad de los pecados y que es para todos los cristianos. Pero éstos deben hacer un acto de fe continuo y de caridad continua para creer en la posibilidad de gozar de esta indulgencia y para merecerla. ¡Pero para ti no es así! Tú tienes ante ti a tu Señor que te ama, oyes su palabra, que te da la seguridad de su amor. No tienes que hacer más que estar ante Él amando, para tener la seguridad de que la indulgencia total desciende sobre ti a cada minuto y te purifica.

Para el que me recibe de este modo, amarme es facilísimo, ¿no es verdad? Por lo tanto, ¿de qué te quejas?

Yo quiero que sigas humildemente el camino común y que te dirijas a mis ministros para obtener esas indulgencias y absoluciones que he definido a ellos para que las den en mi nombre. Mas cuando algún motivo te impide este medio, no te aflijas por ello. Sientes el deseo de obtenerlas, reconociendo humildemente tus necesidades de pobre criatura. Ya sabes que el deseo sincero tiene casi el valor de la realidad y, a veces lo tiene totalmente.

Y, además me tienes a Mí, a tu Dios, a tu Jesús, a tu Maestro, a tu Amor. Este Dios tuyo, este Jesús tuyo, que es también Maestro y Amor tuyo, es el Sacerdote eterno y como tal generado por el Padre. Es el Sacerdotes de los sacerdotes. Todos los bienes espirituales que os llegan a vosotros, los que estáis en la Tierra, descienden de mi cátedra de Pontífice supremo.

Soy Yo quien obra; Yo, quien aplica; Yo, quien da. Yo soy: Jesús, Dios Hijo de Dios, Redentor del mundo. Soy Yo. De mi pecho abierto, de mis miembros quebrados y atravesados por flagelos, espinas y clavos, de mi corazón destrozado por un delito de amor hacia vosotros, llega lo que purifica: la Sangre y el

Amor. Yo soy quien reina. Yo soy quien ama. Yo soy quien absuelve. Soy Yo, a quien el Padre ha diferido todos los juicios.

Y tú me tienen a Mí. Por lo tanto, sé dichosa. He aquí: Yo alzo mi mano traspasada y te bendigo y absuelvo, ¡oh, mi pequeña voz! Te absuelvo y te bendigo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo>>.

19 de septiembre de 1944

Dice Jesús, respondiendo a ciertas reflexiones mías:

<<Lucifer es inteligentísimo, además de ser astuto. Emplea la astucia para urdir asechanzas, pero emplea la inteligencia para pensar si puede arruinar a una criatura y cuándo y cómo puede hacerlo y, por lo tanto, apenarme. Puedes estar segura que jamás derrocha inútilmente su tiempo.

Y como tiene mucho que hacer en las numerosas poblaciones del globo, por más que sea omnipresente en la Tierra y por más que la exigua atención del hombre y su escasa voluntad hacia el bien conviertan la ya enorme potencia de Lucifer en casi omnipotencia sobre las criaturas, tiene que calcular bien su tiempo y no perder un minuto para trabajar con provecho. Con el nefasto provecho de colmar sus cofres infernales con los tesoros que le roba a Dios, es decir, las almas.

En verdad, es un incansable trabajador. En lo alto, el Incansable obra el bien para vosotros. En las profundidades, el incansable obra el mal para vosotros. Y en verdad te digo que éste es más afortunado que Dios. Sus conquistas son más numerosas que las mías. Mas como puedes comprender bien por la premisa, aún siendo astuto e inteligente, estando tan atareado no puede concederse el lujo de ocuparse de todos en igual medida. Y no se le concede.

¡Oh, aunque lo sea en el ámbito del mal, es un asceta de la idea que persigue, está entregado por completo a ella, no se distrae, no se aviene a transacciones ni a desfallecimientos ni a postergaciones! ¡Oh hombres, si vosotros fuerais en cuanto al bien lo que es Satanás en cuanto al mal! Mas no lo sois.

Cuando una criatura nace a la inteligencia, Lucifer se ocupa poco de ella; se limita a observarla escudriñándola como un probable chivo de un rebaño infernal en el futuro. Pero a medida que la criatura comienza a saber pensar, a saber emplear su voluntad, es decir, cuando ya ha pasado los siete años, Lucifer aumenta sus tentaciones y empieza su adoctrinamiento.

El ministerio angélico instruye y conduce a los espíritus con palabras de luz. El ministerio satánico instruye e instiga a los espíritus con palabras de tinieblas. Es una lucha interminable. Que avanza o pierda el uno, que avanza o pierda el otro, el ángel de la luz y el ángel de las tinieblas combaten en torno a un espíritu hasta el último minuto de su vida mortal, para arrebatarse recíprocamente la presa, el uno para devolvérsela a su Señor en la luz, luego de haberla tutelado por todo su día terrenal; el otro para arrastrarla consigo en las tinieblas si, por último, la victoria fue suya.

Mas, entre estos dos que combaten, hay otro ser que, en el fondo, es el personaje más importante: está el hombre por el cual los dos combaten. Está el hombre, libre de seguir su voluntad y dotado de inteligencia y razón, provisto de la fuerza incalculable de la Gracia, que le ha concedido el Bautismo y que los Sacramentos le mantienen y aumentan.

Como tú sabes, la Gracia es la unión del alma con Dios. Por este motivo tendría que daros una fuerza tal que os hiciera no aferrables e incorruptibles ente las insidias y corrupciones satánicas, puesto que la unión con Dios tendría que convertiros en semidioses. Mas, para permanecer siendo tales, hay que quererlo; hay que decirle a Satanás y decirse a sí mismos: “Yo pertenezco a Dios y quiero ser sólo de Dios”. Por eso es necesario obedecer los preceptos y consejos; por eso es necesario un esfuerzo continuo para seguir, proseguir, conquistar el bien, un bien cada vez mayor; por eso es necesario observar absoluta fidelidad y constante vigilancia; por eso es necesario heroísmo para vencerse a sí mismos y vencer lo exterior, frente a las seducciones de la concupiscencia trina y en su múltiples aspectos.

Pocos, muy pocos, excesivamente pocos, saben hacer estas cosas. Entonces, ¿qué pasa? Entonces, Satanás se ocupa poco de ellos, que pueden ser capturados fácilmente, cuando él lo quiera y que, una vez

capturados, se muestran inertes, sin intentar huir. Actúa con ellos como el gato con el ratón. Les coge, les aprieta un poco, les aturde y luego les deja, limitándose a propinarles un nuevo zarpazo, un nuevo mordisco, si advierte la señal de una tímida fuga. Pero hace sólo eso. Sabe que son "suyos" y no pierde mucho tiempo por ellos ni usa mucha inteligencia.

¡En cambio, con los "míos", con los "míos" es otra cosa! Los "míos" son la presa que aguijonea sobremanera su hambre maligna. Son los "inaferrables". Y Satanás, como es un cazador experto, sabe que es meritorio capturar la caza difícil. Son la "dicha" de Dios. Y Satanás festeja mucho cuando puede darle un dolor a Dios, cuando puede ofenderle y desilusionarle. Vive de odio. Del mismo de que Dios vive de amor. Él es el Odio. Así como Dios es el Amor. El Odio es su sangre. Así como el Amor es la mía. He aquí por qué multiplica los cuidados y la vigilancia en torno a uno que es "mío".

Entrar en una fortaleza desmantelada es un juego de niños. No le interesa al cruel rey del Infierno. Le interesan las fortalezas de Dios, las rocas puras y lisas, límpidas como el cristal, resistentes como el acero, que llevan esculpido en todas partes, aun en las honduras más profundas, el Nombre más santo: el Nombre de Dios. Es más: propio de esas profundidades, el nombre filtra como un fluido que emana desde lo íntimo al exterior. Es el Nombre que aman, que sirven, que pronuncian, con el espíritu de adoración, a cada latido de su corazón. Por eso el gozo de Satanás consiste en cogerlas, en cogeros, en arrebataros de Mí, en borrar ese Nombre de vuestro ser trino, hecho de espíritu, carne y razón, y hacer de vosotros, que sois las flores de mi jardín, inmundicia para su infierno y luego reír, arrojando su risa blasfema contra el trono divino, reír por su victoria sobre el hombre y sobre Dios.

Cuanto más sois "míos", más se empecina en haceros suyos. Y, cuando en vosotros existe una voluntad y una vigilancia asiduas, él, el Astuto, no os sigue y persigue con el método que emplea con los demás. Por el contrario, os ataca a traición, manteniendo distancias cada vez más largas, en los momentos más imprevisibles y con los motivos más inesperados. Se aprovecha del dolor, de la necesidad, del abandono, de las desilusiones y se abalanza como una pantera sobre vuestra desconsolada debilidad, sobre vuestra atónita debilidad de ese momento, con la esperanza de venceros esta vez para rehacerse de todas las veces en las que habéis vencido.

¿Cuáles son sus medios? Son infinitos. ¿Cuál es su método? Es uno solo: la dulzura benévola, engañosa, la palabra meditada y calma, la apariencia de un amigo que ayuda, que está dispuesto a ayudar.

¿Ya has sufrido esos asaltos? Los sufrirás aún, serán numerosos y cada vez más astutos. ¡Oh, qué rencor hacia Mí y hacia ti! Cada vez más sufrirás estos asaltos y serán más sutiles que lograrán engañar hasta al más listo. Quiero decir "listo" desde un punto de vista humano pues, ¡sonríe, oh alma que amo!, la sencillez que está impregnada totalmente de Dios, y que así se conserva, es impenetrable a cualquier sutileza.

Los asaltos herirán tu carne. Mas la cicatriz que marca la carne representa el honor del soldado y afirma: "Esta señal es la prueba de una batalla viril". Y cuanto más la carne del soldado está marcada por estas señas, tanto más el mundo se inclina ante este valiente. En las batallas espirituales sucede lo mismo. Y vuestras heridas, que no dañan el espíritu sino que cubren de livor* solamente la envoltura del espíritu-rey, constituyen vuestro honor. Y por ellas seréis honrados en el Cielo.

En verdad te digo que llamáis "mártires" sólo a los que perecieron por obra de los tiranos. Pero lo son todos mis santos, porque para ser santos debieron sufrir la persecución de Satanás y aun así, mantenerse fieles. ¡Gloria a los que vencen! Las palmas celestes son para vosotros>>.

21 de septiembre de 1944

Ayer vino el Padre Migliorini. ¡Dios sea loado! Hoy es sólo silencio. Jesús me deja al Padre por completo.

22 de septiembre de 1944

* livor = de color cárdeno. Cardenal.

Dice Jesús:

"Tu tesoro lo guardas en tu corazón. Búscalo allí". Le pregunto: "Señor, ¿cuál es ese tesoro?". Me responde:

<<Me tienes a Mí. He dicho en el Evangelio que "donde está el tesoro, allí está el propio corazón"[111]. También he dicho que los pensamientos, los sentimientos y las obras salen del corazón. Y son buenas si el corazón es bueno, malvadas si el corazón es malvado. Precisamente estas cosas que salen del corazón, y solamente éstas, son las que tienen valor de elevación o de contaminación. Mas también podemos decir con certeza que, así como el corazón está donde está el tesoro, el tesoro está donde está el corazón o mejor aún: el tesoro está en el corazón (Yo lo dije, aunque está referido en las muchas sentencias que pronuncié, esas sentencias con fórmula invertida, según el sistema filosófico sumamente empleado en aquel entonces).

En efecto, al elevar este órgano a sede de los sentimientos, el hombre lo ha convertido en trono y asilo de la pasión predominante. De este modo, al lujurioso le llega del corazón el acicate de la lujuria; al avaro, el del dinero; al iracundo, el de la prepotencia. Y el goloso siente subirle del corazón la necia hambre de deliciosos manjares, mientras el perezoso lo escucha cuando le aconseja: "Ocia". En cambio, el que está orientado al bien, recibe desde el corazón el estímulo que le impulsa al estudio si cultiva las ciencias, a la beneficencia si es piadoso, a la templanza en todo sentido si es honesto, al amor por la perfección si es alguien que se entrega totalmente a su Dios. El hombre acaricia en lo profundo de su corazón la pasión predominante, la guarda en sus escondrijos. Puede ser pobre, estar despojado de todo, hallarse aparentemente solo y desconsolado. Mas en su interior, en lo hondo, he ahí una gema que resplandece y es santa y confidente o que llamea y es engañosa y malvada: es su tesoro, el sentimiento que le domina.

Me tienes a Mí. Y en verdad te digo que no podrías tener nada más grande. Así como en verdad te digo que Yo no podría tener nada más querido que el refugio en un corazón que me ama totalmente.

El mundo podría arrebatarte todos los tesoros, mas no podría quitarte la posesión de tu Jesús. El mundo podría lanzarme toda suerte de cosas, para honrarme o maldecirme, según sus estímulos. Mas los honores, los ritos, las flores e inciensos, las ceremonias, los templos y colgaduras, los cantos y las genuflexiones, no me otorgan el honor santo que me otorga el que hace de Mí su único tesoro. Del mismo modo que no hay maldición o blasfemia, sacrilegio o abjuración, que no sea enmendado por el honor santo del que me acoge en cambio del que me rechaza; del que profesa un credo de amor hacia Mí en cambio del que es sacrílego para conmigo, del que me alaba y me bendice en cambio del que maldice y blasfema contra Mí.

¡Oh! ¡Sé feliz! ¡Yo estoy en ti y tú estás en Mí! Es la dicha recíproca. Siente cómo te estrecho a mi corazón. No te digo nada más. Es viernes. Mas he querido mitigar el sacrificio del viernes con esta flor para hacer que sonrías y que esperes cada vez más. Más aún: para que te sientes cada vez más segura.

Ve en paz, oh dilecta. Callo, mas me quedo contigo>>.

24 de septiembre de 1944

Dice Jesús:

<<En medio de las corrientes adversas que acometen a mi pobre navecilla llamada María-Juan, el portavoz, vengo Yo, el divino Timonel, a tomar el timón y a corregir y enderezar las diferentes tendencias.

Tú, portavoz, eres demasiado reacio a toda divulgación de los escritos, ya sean tuyos como de otras fuentes, más elevadas. Ya te he reprochado por esa avaricia espiritual tuya. Y en ti el reproche ha dado frutos y, en todas las ocasiones y con el dolor que puede experimentar el que siente que le arrancan un trozo de piel, te has doblegado, dando a los demás lo que era tuyo ya sea porque se había originado en tu mente o porque te lo había donado Dios.

[111] Mateo 6, 21; Lucas 12, 34.

Otros, a pesar de que Yo había hablado más de una vez de ello, no se atuvieron escrupulosamente a mis palabras. El acicate que les estimula a obrar es bueno, mas habría que tener presente que la mayor parte de los hombres no es buena, especialmente entre los consagrados.

Habría que considerar que un celo excesivo puede arruinarlo todo de modo peor de lo que lo haría una moderada indolencia. Lo forzado termina por quebrarse. Y Yo, que sé y que soy la Verdad, te digo que esta cosa santa, útil, que Dios ha querido contra tu mismo deseo, no debe quebrarse. Pero tampoco debe ser un torrente tumultuoso que pasa impetuosamente y abate, sumerge, devasta, y prosigue. Debe ser agua tranquila, que fluye dulcemente, sólo un hilo de agua que irriga y nutre poco a poco las raíces, sin ajar ni siquiera un tallo. He dicho sólo un hilo. Y debe ser concedido con mucha prudencia y mucha mesura. Debe ser concedido con bondad, sin intransigencias, pero con dignidad. En cambio, se lo ha concedido con demasiada prisa, con demasiada abundancia, con demasiada rigidez e intransigencia.

Toda manifestación de lo sobrenatural es "signo de contradicción"[112] entre los hombres. Los instrumentos de Dios son signos de contradicción. Pero los primeros en pagar las consecuencias de tal contradicción son precisamente ellos, los instrumentos. Yo mismo soy un ejemplo de esto. Con suma paciencia y prudencia, quien les tutela debe dedicarse con empeño a que la "contradicción" no asuma formas de violencia capaces de destruir la misión del instrumento con veredictos e imposiciones que atarían los miembros espirituales del mismo, atormentarían su espíritu y su moral, y le pondrían ante Dios, que quiere esa obra, y el hombre, que no la quiere. Mis instrumentos necesitan paz. No pueden ocuparse más que de su trabajo, o sea, de lo que Dios les hace hacer.

¡Oh, vosotros, todos los hombres!, ¡si supierais qué esclavitud es ser instrumentos de Dios! Es una santa esclavitud, pero también ¡una esclavitud total! Es una esclavitud como la del galeote encadenado al remo. Deben soportar el sueño y el hambre, los sufrimientos y el cansancio; no pueden pensar en otra cosa ni leer palabras que no sean las de fuentes ultraterrenas, no pueden decir u oír palabras comunes, no pueden permitirse el deseo de ser criaturas comunes y vivir la vida común, al menos por un día, porque el azote inexorable de la voluntad de Dios les impide convertir en realidad todo eso. Y sobre todo esto el rencor de los hombres pone su sal y su acidez, como si sobre las llagas provocadas por los azotes, el dueño de la galera vertiera sal y vinagre.

¿Por qué, por demasiado amor o por demasiado odio, atacáis a mis siervos, que ya están afectados por mi exigente voluntad?

Yo había dicho, ya desde el principio, que mi "portavoz" debía ser dejado en un ámbito de paz y envuelto en los velos del silencio, que iban a ser alzados después de su muerte. Cuando las plegarias y los deseos de alguien que amo y que me agrada por su intención siempre recta, me llevaron a la condescendencia, para tutela de mi instrumento puse cláusulas y sugerencias. Dije: "Hay que comportarse como en el caso de Sor Benigna Consolata"[113]. Cuando vi que se excedía y que se pacía en campos en los que también la humana prudencia aconsejaba: "No deben ser tocados", dejé de lado los dictados que tenían relación con el tiempo y aclaré que eso era un castigo para los que perseguían curiosidades humanas y que convertían lo grandioso (grandioso desde el punto de vista sobrenatural) casi en un puntilloso juego de niños que, para hacer rabiar al rival, dicen: "Yo sé y tú no sabes; yo tengo y tú no tienes. Mira todo lo que tengo, mira, mira; yo sé, yo sé…" Mas aquí no se trata de un juego de niños. Aquí se trata de los intereses de Dios y de la paz de un corazón. ¡Prestad atención, hombres! ¡Y me refiero a todos los hombres!

Mi "portavoz" siempre ha sido contrario a toda violación de su secreto, a todo exhibicionismo, a toda manifestación en su honor y favor. Vosotros que os acercáis a él, lo sabéis. No por nada es "violenta". Si le he dado ese nombre, sé bien por qué. Ha sufrido debido a ciertas intrusiones e incensaciones. No ama el incienso para sí. Quiere que se lo den todo a su Maestro Jesús.

En el momento en que, por el amor hacia el mundo que ha de ser salvado con el dolor, ya estaba por disponerse una cruz tan grande sobre sus hombros, vosotros, con vuestra imprudencia, habéis agregado otra tortura. Fue la tortura de saber que las palabras de Dios estaban esparcidas por doquier, como flores preciadas

[112] Lucas 2, 34.
[113] Se refiere a Benigna Consolata Ferrero, hermana de la Visitación y sierva de Dios (1885-1916).

confiadas a un niño, y hasta en poder de quienes, por su propio modo de pensar o por otras cosas, son enemigos de las voces de lo sobrenatural. Y en nombre de la palabra de Dios, mi portavoz os solicitó que observarais una moderación que, tanto desde el punto de vista humano como sobrehumano, era justo observar. Entonces tratasteis de remediar. Mas lo habéis hecho mal, atacando a los que os contradecían y negando luego a una completa categoría –que, si bien presenta algunas lagunas, tiene también luces en sus filas- todo contacto con lo que antes había sido concedido y divulgado a todos, sin ninguna selección en especial.

¡Oh, amigos y siervos! (empleo para llamaros el nombre más dulce y el más hermoso, pues ser mi amigo es un signo de predilección y servirme es reinar), os hago ver cómo Yo acostumbraba actuar con el que, entre mis filas, representó el clero que se las arregla entre Dios y la Tierra; el que hizo del propio provecho el rey colocado por encima de los intereses de Dios, contra los intereses de Dios que, en cambio, debía haber sido el rey de su razón de vida[114]. Tuve para con él palabras serias, palabras propias del Maestro que educa y que también debe amonestar si el alumno incurre en error. Mas, cuando vi que el Maestro, con su autoridad, no era suficiente, anulé al Maestro y su seriedad y descubrí al Amigo, cuyo corazón rebosaba de afecto, de indulgencia, de comprensión. Oíd las palabras que le dije para llevarle al "camino", para volverle al camino que es mi camino. No habrían podido decirse palabras más dulces, más seductoras. Lo intenté todo para salvarle. Y cuanto más caía, más cerca de él estuve. ¿Conseguí, acaso, mi objetivo? No lo conseguí, es verdad. Tampoco vosotros lo conseguiréis con todos. Mas, al menos, se habrá salvado la caridad.

¡Oh, amigos y siervos míos!, se necesita dulzura, mucha dulzura, y luego prudencia, mucha prudencia, prudencia y discreción.

Ayer os dije, refiriéndome al episodio con los gentiles en Joppe: "Si mantenéis un orden regular, tenéis que colocarlo un año antes de mi muerte". Os dije: "Si mantenéis". No os dije "Mantened" o "Hacedlo enseguida". Cuando lo hagáis, mantened las reglas que os doy y que os daré, mas no tengáis prisa para no dañar en lugar de favorecer.

Mientras tanto, respetad mis palabras desde el primer instante y respetad también al menos un poco de los deseos de mi "portavoz". También a él le corresponde una parte de este hecho. Por el amor que siente en demasía por su obra, hay que escucharle y no hay qué dejarle a un lado sin piedad alguna.

No tengáis prisa. La vida del portavoz es breve y, en cambio, el tiempo es largo. Cuando el secreto de la tumba proteja ya al que fue portavoz, todavía tendréis tiempo, aún mucho tiempo para hacer, hacer y hacer. No tengáis prisa humana, aunque se cubra de ropajes sobrehumanos. Las cosas de Dios maduran lentamente y duran. Las cosas del hombre maduran precozmente y sucumben.

¿Lo veis? Hay alguien que desea saber algo acerca del misterio de la venerable di Agreda[115]. ¿Quién arruinó la obra verdaderamente santa de María di Agreda? Fue la prisa de los hombres, que suscitó observaciones y hostilidades. Obligó a la iluminada a rehacer la parte descriptiva. En cuanto a la parte instructiva, a ella proveyó el Espíritu y es igual en su enseñanza. ¿A qué llevó este rehacer? Un gran sufrimiento y, además, fatiga y turbación en la iluminada y alteración de la magnífica obra primitiva.

Todos los que describen y son profetas, son esclavos de su tiempo. Mientras escribe, mientras ve (me refiero al que escribe por voluntad de Dios), escribe describiendo exactamente, aun contra su modo de ver, que está de acuerdo con su tiempo. Por ejemplo, se asombra por no ver esto o aquello o por notar objetos y formas de vida diferentes de las de su tiempo, pero las describe como las ve. En cambio, si debe repetir una serie de visiones después de un tiempo de haberlas recibido, es decir, sin volver a verlas ante sí, se adentra una y otra vez en los aspectos de su personalidad y en los sistemas de su tiempo. Y los que llegan después permanecen estupefactos ante ciertos trazos demasiado humanos en el diseño de un cuadro de Dios.

Fue así como María di Agreda, en la parte descriptiva, cayó en oropeles de humanismo de tipo español e hizo la santa penuria de la vida de mi Madre y de su sublime creación para la Tierra y de su reino en el Cielo, un hato de rutilantes pompas de la Corte de los Reyes de España en la época más ostentosa que haya existido. Su tendencia de española, de española de aquellos tiempos, y las insinuaciones de los que, por ser españoles

[114] Se refiere a Judas Iscariote.
[115] Se trata de María di Agreda, franciscana y venerable (1602-1665).

de esa época, estaban llevados a ver, pensar, transportar a lo eterno y sobrenatural lo que era temporáneo y humano, poblaron dichas descripciones de oropeles que estropean sin proporcionar méritos.

¡Es un notable error imponer ciertas refundiciones! La mente humana, perfecta e imperfectísima a la vez, no puede repetir ciertas cosas y, especialmente, una obra de este tipo y esta mole, sin caer en errores que son involuntarios pero dañan lo que era perfecto porque había sido iluminado por Dios.

Entonces, ¿por qué no ilumino de nuevo el instrumento? Lo haría si fuera por el instrumento. Pero los incrédulos deben recibir un castigo. Yo no soy el siervo del hombre, sino que el hombre es mi siervo. Dios viene, se detiene, obra, pasa. Cuando el hombre dice: "No quiero" y destruye la obra de Dios o, con escepticismo e incredulidad, dice: "No creo" e, imprudentemente, pretende pruebas, no siempre vuelve a Dios. Y entonces, ¿quién es el perjudicado? ¿Lo es Dios, acaso? No, el perjudicado es el hombre.

Hacía mucho tiempo que quería hablar de María di Agreda, porque había alguien que así lo deseaba y porque Yo me inclino siempre ante los justos deseos. Mas he conservado el tema para este momento porque es útil ahora. Yo sé esperar el momento propicio. Aprended de Mí.

Os he dado también las páginas acerca de la infancia y la adolescencia santa de mi Madre. Vosotros diréis: "Entonces ¿por qué nos las has dado?". Mas, ¿acaso Yo podría hacer escribir a mi portavoz aunque éste ya estuviera muerto? Podría hacerlo porque nada es imposible para Dios, pero no lo haría porque tampoco este milagro de un muerto que escribe lograría convertir a los incrédulos. Por eso, utilizo a mi portavoz mientras está vivo.

Mas, no tengáis prisa. Sed pacientes y atentos, prudentes y dulces. Vuelvo a decirlo: si a vosotros, que estáis más cerca, os permito tomar a manos llenas para vuestro ministerio y para la elevación de las multitudes aterrorizadas por la vida de hoy, no debéis olvidar jamás que aquí se trata no sólo de vuestros intereses sino también de los de Dios, que quiere resplandecer con su potencia y sabiduría en una criatura suya>>.

Luego dice Jesús: "Busca y copia los trozos de los dictados que se refieren a esto. Te los indicaré". Y sólo ahora que he terminado de recibir el presente dictado, le pido a Paola los dictados aludidos, como ella misma puede testimoniar.

En el dictado del 18 de julio de 1943, el Maestro dice: "En cuanto al P. Migliorini estoy muy, pero muy contento de que emplee mis palabras para sí, para su alma, para su prédica, para guía y consuelo de otras almas, sacerdotes o no. Pero por ahora no debe revelar la fuente de las mismas… etc.…".

Dictado del 23 de agosto de 943: "…Id, propagad mi palabra. Id con discernimiento y atención. No la apliquéis a todos del mismo modo… Os aconsejo que seleccionéis las palabras que vais a decir. Hay trozos que, por ahora, deben permanecer como un dulce coloquio entre vosotros. Hay otros que daréis a conocer sólo a personas que ya están en condiciones de ser admitidas a ciertos conocimientos, ya sea por su cargo o por su alma. Otros trozos pueden ser dados y difundidos entre las almas… Se necesita sentido común cuando se usa mi don. Proceded como para Sor Benigna. No os empeñéis en una difusión abierta y rimbombante; que sea una lenta expansión cada vez más vasta y que no tenga nombre. Esto lo mando para tutelar tu espíritu, que podría ser turbado por la soberbia, y tu persona, que no tiene necesidad de otras agitaciones. Cuando tu mano esté firme en la devota espera de resurgir en la gloria, entonces, sólo entonces, se te nombrará… Los portavoces son tan raros que no quiero que sean molestados o destruidos por el odio del mundo".

Dictado del 13 de agosto de 1943: "Que de lo que digo al P. M. emplee cuanto juzga útil emplear. Son perlas que otorgo gratuitamente. Mas que, entre todas, deje atrás una, la perla madre. Que te deje atrás a ti, de quien tengo sumo cuidado y sobre quien ejerzo un absoluto poder de propiedad. Tú no eres María y no debes ser conocida como María… Tu personalidad está anulada… Nadie debe conocerte como escritora de mi pensamiento, excepto dos o tres personas privilegiadas… Más tarde, cuando Yo lo quiera, cuando nadie pueda ya dañarte, se conocerá el nombre de la pequeña voz. Mas entonces estarás allí donde la mezquindad humana no llega y donde no puede obrar la maldad de los hombres".

Dictado del 15 de agosto de 1943: "Usad así de tus escritos. La parte que es tuya tendrá el consabido valor informativo para la curiosidad del hombre, que siempre quiere sondear los secretos de las almas, La parte que es mía –y que debe separarse de la tuya- tendrá valor formativo, porque en ella está la voz evangélica y esta voz siempre tienen valor de formación espiritual…"

Dictado del 10 de septiembre de 1943: "Mi pequeño Juan, te confío mi palabra. Trasmítela a los maestros para que la empleen para el bien de las criaturas".

Dictado del 9 de diciembre de 1943: "…Respecto a los trozos (del dictado) (aclaro que Jesús dice trozos, es decir que no se refiere a páginas y más páginas completas) es inútil esparcirlos para alimento de los reptiles… He dicho y repetido que se necesita mucha prudencia… ¿Por qué quieres saciar las necias curiosidades? No dicto todo lo que dicto para vuestro solaz ni para acceder a vuestra morbosa sed de conocimientos futuros… Los espíritus rectos ya tienen más de lo necesario con lo que se ha dicho para todos, sin que haya que alzar verlos más profundos… He dicho –y si no me cansa repetir mi Palabra, me cansa repetir las órdenes en cuanto al portavoz- que sólo cuando él ya no esté en el mundo se conocerá totalmente su esfuerzo. No os afanéis por hacer exposiciones generales… Le cuesta lágrimas de sangre permitiros usar estas paginas que son tan suyas, completamente suyas. Mas no quiere otra cosa porque Yo no la quiero… En los dictados tenéis cofres de gemas suficientes para iluminar el mundo entero. ¿Por qué queréis extraer de allí también los diamantes, que sólo dentro de unos años podrán ser manejados sin que las fuerzas del Mal se apropien de ellos para destruirlos? El que escribe es guiado. Mas el que copia debe saber comprender lo que ha de estar a disposición de uno solo… Por lo tanto, conservad toda la tarea de mi portavoz para la hora que os indicaré y dad a los pobres del mundo lo que debe serles dado según su condición. Y rezad para no dejaros arrastrar por lo humano en vuestra elección. En cuanto a los hechos del día, el P. M. ya ha podido notar las coincidencias y puede testimoniar. En cuanto a los demás, repito que haga como hizo el director de Benigna, que vivió en tiempos mejores y manejaba una materia menos explosiva… No repitáis las preguntas porque no responderé. No oséis salir de la regla porque no bendeciré vuestra acción. Coged vuestra tarea y dadla al portavoz. Él os indicará los puntos que no deben ponerse a disposición de los curiosos y los malvados. Yo le llevaré de la mano en esa elección…".

Dictado del 13 de diciembre de 1943: "No hablo para satisfacer curiosidades derivadas de supersticiones o simplemente humanas. No soy un oráculo pagano ni quiero que seáis paganos. Por eso, no te quitaré la dicha de mi Palabra sobre puntos dirigidos únicamente al espíritu, sin trazar paralelos entre éste y los acontecimientos modernos o relativos a un futuro inmediato. Esta laguna será una admonición para muchos y durará hasta que Yo lo quiera. Mas, si tu trabajo llega a usarse de modo no espiritual, te mandaré que escribas para ti sola y, si entonces no me obedecieras, te quitaría la palabra".

Jesús dice: "Es suficiente. Ya hay bastantes dictados. Los demás son repeticiones de éstos. Quédate en paz y haz saber estas cosas a quien debe saberlas".

25 de septiembre de 1944

Esta mañana, como hago siempre antes de abrir la Biblia para que me dé luz y consuelo cuando Jesús no habla directamente, digo el "Veni Sancte Spiritus" con el ánimo aún turbado por el dictado de ayer y luchando entre la obediencia y el deseo de no causar un dolor al P. Migliorini.

La Biblia se me abre en la página en la que se lee la última parte de la plegaria de Judit antes de encaminarse hacia el campamento de Holofernes. . "Dios de los cielos… escucha a una mísera criatura que recurre a Ti y lo espera todo de su misericordia… pon en mi boca las palabras, fortalece el empeño de mi corazón, para que tu casa conserve siempre su santidad… etc., etc." (cap. 9°, v. 17-19).

Me digo a mí misma: esto se ajusta perfectamente a mí, que reconozco mi mísera condición y debilidad y no quiero más que la gloria de Dios; que no quiero más que la gloria de Dios que no quiere sino que la casa de Dios, la Iglesia militante, conozca la santidad, un santidad cada vez mayor.

Pero, mientras escribo esto, la voz bendita de mi Señor que, como Maestro mío, con su blanco ropaje, está presente de modo continuo desde anteayer, me dice:

<<No sólo mi Casa, sino también la tuya, o sea, la casa espiritual del corazón en la que acoges a Dios y el amor por Dios, debe conservar siempre su santidad, o sea, la amistad con Dios y el celo hasta el sacrificio por su causa: con mi fuerza lo lograrás. Nunca temas hablar u obrar. ¿Ves de qué modo en los momentos más graves, en los que hay que decidir, estoy visiblemente junto a ti? Lo hago para darte mi fuerza y aprobación>>.

En efecto, cuando está presente ¡siento un coraje y una sinceridad tan grandes! ¿Cómo se podrá recurrir a engaños, aunque sólo se tratara de callar llevados por afectos humanos, cuando Él nos mira con esos ojos?

Más tarde Jesús me hace abrir la Biblia al final de la profecía de Jonás[116] y me dice (y, como me lo dice con severidad, me da miedo).

<<Escribe. Hay algo para los dos. Porque los dos os afligís por algo que no os ha costado fatiga alguna, que no habéis hecho crecer y el uno por un lado y la otra por el otro, queríais quitar esta misericordia a las Nínives modernas. Es decir: tú, portavoz, querrías quitársela a tus hermanos laicos y el Padre Miglirini a sus hermanos consagrados.

¿No sabéis que en la una y la otra Nínive hay ciento veinte mil personas y otras ciento veinte mil que no saben distinguir la propia derecha de la izquierda, o sea, el bien del mal, porque una serie de cosas, constituidas por ardides y obras de Satanás, las han convertido en deficientes por lo que respecta al espíritu? ¿No sabéis que en la una y la otra Nínive existe, entre esas ciento veinte mil personas y las otras ciento veinte mil, una décima y una veintésima parte que siente la infelicidad de estar enceguecida y la reducción de su intelecto espiritual, y que claman diciéndome: "¡Jesús, ten piedad de nosotros, los enfermos! ¡Haz que podamos ver! ¡Abre nuestro corazón y nuestra mente para que te comprendamos!". Y Yo, Yo, Jesús de Nazaret, el Maestro bueno, el Taumaturgo divino, ¿no debería tener compasión de ellos? No sólo de ellos debo tener compasión sino también de los que, por su comercio con el Vicio se han hecho semejantes a animales.

¡Cuántos animales hay en la Tierra! ¡Son hombres que el maleficio de Satanás ha degradado, convirtiéndolos en animales, solamente animales!

Yo he venido para traer otra vez el Espíritu. He sido el precursor de la venida del Paráclito. Y vendré para reunir a los fieles al Espíritu del Señor, que es Ciencia y Conciencia del Bien y Fidelidad y Amor a Dios. Mas ahora no puedo venir con ropaje carnal a preparar la senda para el triunfo del Rey. El Padre ya no lo quiere. Entonces, ¿he de dejar que la barca de la pobre humanidad naufrague y muy pocos de sus tripulantes se salven? No he de hacerlo. No viene la Carne, mas viene la Palabra y, para llegar a mis pobres hombres, se confía en sus siervos.

Mis siervos no son los amos de la Palabra, sino sus custodios y distribuidores. Y deben serlo sin irritaciones ni inclinaciones humanas. Por lo tanto, repito mis órdenes de ayer noche. Que a ellas se atengan escrupulosamente>>.

27 de septiembre de 1944

…y a mí me oprime el dolor, porque pienso en mi madre, que tuvo miedo de Ti, Jesús, cuando te vio… ¿Por qué tuvo miedo de Ti, Jesús?

Dice Jesús:

<< ¿Me preguntas por qué? Muchos "por qué" albergas en tu corazón después de este dictado. Pero comienzo por el último.

Mi pequeña voz, mi pequeña esposa, no llores. Tu madre está mejor que otros, a pesar de que no supo verme como soy, o sea, como Misericordia que obra, como Amor en lugar de Justicia, como Amor que, para donar la Absolución total, pide sólo amor y confianza. Mi amor y el tuyo han formado el peso justo, el peso

[116] Jonás 4, 10-11.

de amor necesario al alma de tu madre a fin de que pudiera rescatarse a sí misma. El amor es su tesoro, ¿no lo sabes? Lo compra todo, lo libera todo, lo redime todo. No llores.

¿Me preguntas por qué tuvo miedo de Mí? Fui a ella para darle fuerza y luz. Tuvo miedo porque…Recuerda lo que dice el Evangelio de mis discípulos, tan imperfectos aún, no sólo antes de la Pasión –cuando me vieron caminar sobre las aguas- sino también después de haberme recibido como Eucaristía y quedar redimidos por el Sacrificio que, al darles la Gracia, debía hacer que su espíritu fuera vidente y capaz de reconocer el rostro de Dios. "Tuvieron miedo de Jesús porque le creyeron un fantasma, un espíritu", dice el Evangelio[117]. También tu madre sintió ese miedo. Creyó que Yo era un fantasma, un inflexible fantasma.

¡Oh, amiga mía!, ¿ves a qué error lleva a una conciencia turbada? ¿Ves que hacer que el espíritu sea amigo de Dios es una segura promesa de muerte serena?

Iba a ella como el buen Maestro, para decirle palabras aptas para purificarla con una contrición verdadera; aptas para aliviarla con una santa resignación, para darle una inmediata salvación con el surgir del amor, purificación de una vida eterna. Iba por piedad hacia ella y para hacerle feliz. A la viejecita de la visión le di trigo, besos y bendiciones. A tu madre iba para darme Yo mismo, Pan del Cielo; para darle el beso de amor y la bendición del viático. Tuvo miedo porque me conocía demasiado poco. Y demasiados son los que me conocen demasiado poco.

Mas no padezcas por amor filial. A la viejecita le dije: "Yo te abriré las puertas y además que a ti, las abriré a tu hijo y el hijo de tu hijo". A ti te digo: "Yo te abriré las puertas y además que a ti, las abriré a tu padre y a tu madre". ¿Puedes creerlo? ¿Puedes creer que mi amor te dará esto? Tú reza y ama. No estás sola. Yo estoy contigo y el que ahora te ama, en la verdad y en el bien, está junto a ti>>.

Tenía tanto miedo de haberle entristecido en estos días… y tenía tanta pena pensando en mi madre…

Esto se une a la gracia de la flor que brotó en el balcón de mi casa y que Marta me ha traído, sin saber qué gesto estaba repitiendo. Es la primera flor que me causa alegría, después de que por 6 meses menos 15 días aun las flores más bellas me dejaron indiferente.

¡Pobre, pequeña flor de geranio blanco, medio marchita! ¡Pertenece aún a aquellos geranios que mi madre conservaba, ésos que crecieron en la tierra de mi cuarto que, casi totalmente, habría traído mi papá! ¡Pobre flor, tan bella para mí!

¡Oh, María, cómo comprendo tu dicha al recibir esa rama de almendro de tu casa! Marta no lo sabe, no ha leído las visiones; pobre Marta, nunca tiene tiempo para hacerlo, está siempre en movimiento como una verdadera Marta[118]. Pero ha repetido el gesto de José cuando ofreció a la Virgen, su esposa, esa rama florecida. . Y Marta no sabe que me ha dado una alegría aún más grande que si me hubiera traído una joya.

Las últimas flores que amé fueron las violetas que la misma Marta recogió en el pinar y que he conservado y la nomeolvides que una buena amiga me envió como saludo desde Viareggio cuando yo estaba enloqueciendo en mi infierno. Esta flor vuelve a hacerme amar las flores. Es la primera flor que, de nuevo, es una "flor" y no algo que me hacía mal.

Muchos no entenderán… No me importa. Siento con mi corazón y amo con mi corazón. Es ese corazón que sabe darse a Dios por entero. Si fuera más frío, razonaría, ponderaría el sacrificio. Pero no razona ni pondera nada, precisamente porque es ese corazón. Por eso…

28 de septiembre de 1944

Dice Jesús:

<<Escribe solamente esto. Existe una persona, que nos es muy querida tanto a ti como a Mí y que vive a tu lado, que debe darte la medida de la resonancia en los espíritus de mis palabras y de mis obras de misericordia, de las que tú eres el medio de divulgación: debe dártela a ti, no a Mí, que sé sin necesidad de

[117] Mateo 14, 25-26; Marcos 6, 48-50; Juan 6, 19.
[118] Lucas 10, 40-41; Juan 12, 1-2.

medir nada. Tú misma ves cómo esta criatura se eleva cada día más hacia la luz, del mismo modo que la tierra emerge del fondo del mar y poco a poco se eleva hacia el sol, convirtiéndose en un monte luminoso y florecido. ¡Oh, cuánto le hemos dado a esta criatura que nos es tan querida! ¡Qué tesoro para su vida, qué amistad, qué consuelo le hemos dado! Pues bien, puedes observar que las páginas del Evangelio, vivificadas por la visión, son las que más le estremecen.

Así les sucede a muchos. Por eso, sé muy feliz porque ves y sé incansable en el describir. De este modo, haces que me amen y sientan el deseo de Mí, que soy Maestro y Luz. Los doctos, que son los menos numerosos, pretenden lo más elevado. Los curiosos, con sus intenciones impuras, desean explicaciones sobre los misterios futuros y sobre los tiempos futuros. No siento piedad alguna hacia ellos. Y, en cuanto a los primeros siento menos piedad, de la que experimento por los "pequeños" de mi rebaño. Para estos siempre soy El que dice: "Siento piedad de esta gente"[119] y les doy el pan de mi Palabra y de la Vida.

Les doy mi bendición a Paola y a ti>>.

Estaba ocupada en una faena muy poco mística: preparaba las verduras para la comida, no tenía papel para escribir, pero Jesús me ha ordenado: "escribe". He dejado de lado inmediatamente las verduras y he cogido el único pedacito de papel que tenía a mi alcance.

Las palabras de Jesús traen dicha a mi corazón, por ser pariente de esa criatura e instrumento de Jesús. Y le dan fuerza a mi pobre ser que, físicamente, ya no puede más y sufre tanto al escribir que… piensa que ya no podrá seguir haciéndolo.

Pero, si hay que producir en muchos lo que mi esfuerzo en describir produce en Paola, que vengan, y a centenares, las visiones y que yo me consuma, aún antes de la hora presumible, debido a la enorme fatiga. Y que hasta muera con la pluma entre los dedos. Un buen soldado muere en la batalla y un mártir en la arena. Yo, que quiero pertenecer a la milicia de Cristo y ser mártir de su amor, quiero morir en mi batalla y en mi arena: quiero morir por amor y por agobio. Y que haya alabanzas para Dios, gracia para las almas y para mí, misericordia.

30 de septiembre de 1944

21 horas, sábado

Estoy haciendo la hora de la Dolorosa, que no he podido hacer antes, Veo las lágrimas de María y oigo sus gemidos. Veo, el tembloroso resplandor de las antorchas, a mi Salvador, inmóvil e intensamente pálido.

Jesús me dice: <<En otro momento te haré conocer la venganza del Vencido sobre su Vencedora. Te haré conocer la terrible angustia espiritual de mi Madre. Ahora no lo hago, estás demasiado abatida. Llora con Ella>>.

Lo que antecede lo escribí ayer noche, en la oscuridad y, por eso, está tan mal escrito. Me iluminaba sólo la claridad lunar…

8 de octubre de 1944

Hechos 17, 27-28.

Dice Jesús[120]

<<En verdad, no estoy lejos de ninguno de vosotros. Basta que me busquéis –y, para encontrarme, ni siquiera es necesario ir a tientas como pobres ciegos- y me encontraréis.

¿Dónde estoy? ¿Dónde está ese Dios eterno? ¿Dónde está ese Señor del cielo y de la tierra, ese Creador de todos los hombres, derivados de aquel Hombre que fue la obra maestra de la creación y que ahora es la

[119] Mateo 15, 32; Marcos 8, 1-3.

[120] La escritora rectifica y añade en el renglón: *que luego resulta ser el Padre.*

piedra de toque de su bondad? ¿A caso es necesario recorrer montes y valles, navegar por los mares, enfrentar los desiertos o, simplemente, salir de las casas y de las ciudades, para encontrarle en ciertos lugares especiales? No es así. Es verdad que hay templos e iglesias elevados al nombre y al culto del Dios omnipotente y que en ellos está el sol sin ocaso de la Eucaristía, que convoca a los hombres para inflamarles, para nutrirles, para purificarles, para hacerles una sola cosa con la Carne eucarística, o sea, con mi Amado y Dilecto. Mas, ¿sólo allí tenéis a Dios? No: Dios está en vosotros: regocijado en sus santos, paternal en sus hijos, severo en sus enemigos.

Yo estoy en vosotros. Vivo con mi Gracia, torrente de gozo y de paz, fuente de continuos favores, caminando con el único poder de la mirada, que no puede rehuirse y que es palabra y trueno de recriminación (en caso de que no basten mi palabra y el centelleo de mi mirada para incitar la conciencia a su deber) y estoy en el espíritu de cada hombree. Estoy Yo, que soy el Rey y Creador del hombre.

Quisiera estar dentro de cada espíritu. Estoy en el de los justos como está la Sagrada forma en el ostensorio. En cambio, estoy como Ostensorio que resplandece en lo alto pidiendo adoración, sobre los fieles de temerosa voluntad. Estoy entre relámpagos y truenos y airado resentimiento en lo alto de mi Gloria y les digo a los rebeldes: "No vayáis más allá de los límites de vuestro mal; retroceded, purificaos, tomad la senda de la santidad si no queréis que os haga morir".

Mas, para buscarme, no es necesario ir a tientas. Yo estoy junto a vosotros y vosotros vivís, os movéis y estáis siempre en el ámbito de mi luz.

¡Ay de los que llevan la contaminación de almas pecaminosas dentro de los límites santos! Con la palabra divina, que no miente, Ya os digo que seré benigno con quien, aun ignorando al Dios verdadero, lo sirven igualmente según su instinto espiritual al servir a la bondad y a la moral. Mas mi juicio será muy diferente hacia los que, aun conociendo mi Nombre y mi Ley, destronan a Dios para dejar lugar a vicios e idolatrías. Los primeros sirven al "Dios ignoto"[121]. Los segundos abandonan la mansión y la milicia del Dios conocido parta servir a infinitos dioses, a ídolos de muchos nombres y de un solo resultado: la ruina.

Y el Hijo, que murió para que todos amaran al Dios verdadero; el Hijo, que fue elegido por el Padre como Juez así como fue designado como Hostia del mundo, ¿puede ser magnánimo hacia los que, con obstinada maldad, permanecieron en sus idolatrías? ¿Acaso al crearos, os negué algo que puede justificar vuestra necedad? No, os di inteligencia y voluntad y habrían sido suficientes, porque os las di como Dios, es decir, aptas para manteneros en el bien. Y no me limité solamente a ellas. Os di también sabiduría y doctrina.

Se ha dicho todo lo que el hombre debe hacer para ser mi hijo. El que no lo hace, es porque no quiere serlo. Por lo tanto, no debe murmurar si Dios es para con él severo como un juez indignado, en lugar de ser amoroso como un padre hacia sus hijos>>.

11 de octubre de 1944

Anteayer y ayer hubo sólo silencio y oscuridad. Pero no hubo desconsuelo porque, si bien la bondad de Jesús le evitó a mi cuerpo agotado y sumamente dolorido el ajetreo de escribir, no hizo más que consolar mi espíritu con su invisible presencia, luminosa y sonriente, completamente para mí. Y toda la serenidad de esos ojos santos se volcó en mi corazón.

¡Oh tesoro mío, desconocido para el mundo!, tesoro desconocido aun para el mundo que me está más cerca, o sea, para los que conviven conmigo y me ven ocupada simplemente en leer mis oraciones o en bordar puntillas, o en comer una fruta o hablar de temas comunes y no saben que mi "mejor parte"[122] no hace más que adorar al Dios que ve y hablar con Él y escucharle hablar. A veces noto que estoy sonriendo al pensar que quien está conmigo, no sabe en realidad con quién estoy. Y, en cambio, otras veces sufro: cuando en presencia el Santo e Invisible, del Puro y Adorable, se tocan temas que no son santos, que no son puros, que no son piadosos. La gente no puede saberlo y yo no puedo decirlo… ¡Pero qué conmoción me provoca y

[121] Hechos 17, 23.
[122] Lucas 10, 41-42.

qué vigilancia ejerzo para remediar con actos de amor, de fe, de esperanza, de pureza, la consternación provocada en mi Jesús por esas conversaciones! Y esa consternación debe ser muy fuerte si ya en mí, que soy un pobre gusano, suscita tanta pena sólo porque mi Jesús me ha comunicado una pizca de su modo de sentir y de pensar.

Esta mañana siento ese gozo activo que en mí siempre es preludio de su Palabra. Lo explicaré como pueda. Siento un gozo pasivo cuando, como sucedió ayer y anteayer, me regocijo por la Presencia pero Ella no me llama a su servicio. Siento un gozo activo cuando ese "algo" indescriptible que experimento me dice: "Sierva de tu Jesús, Él te llama. Sírvele". Entonces paso de la serenidad al alborozo del espíritu, de la paz a una suave condición que me eleva. Si pudiera moverme, creo que iría de aquí para allá, en casa o, mejor, fuera de casa, por la fuerza de esta dicha y de este brío que penetra en mí. Pero, tal como estoy, no tengo más desahogo que el canto… Luego se produce esa languidez que me muda la expresión, esa languidez en que me disuelvo en una dulzura que no es de esta Tierra. Y paso de esa languidez a la tarea propiamente dicha de escribir el dictado o de escribir lo que se presenta a mis ojos. Si se trata de escribir al dictado y si el dictado se refiere a un pasaje de la Biblia, entonces antes que nada, Jesús me hace abrir en la página en que se encuentra lo que quiere explicar. En cambio, si se trata de un dictado sin referencias particulares, entonces no me hace coger ni la Biblia ni ningún otro libro sacro. Si se trata de una visión, se presenta, como ya he dicho, con una figura inicial, que generalmente representa el punto culminante de la visión, y luego prosigue con orden su desarrollo. Tan pronto como se presenta, me colma de una dicha aún más viva. Cuando la visión tiene un desarrollo ordenado, comienza desde el principio. Cuando se presenta en un punto culminante, describo dicho punto y luego, cuando se evidencia la parte precedente, escribo esa parte y lo que sigue (así ocurrió, creo en los primeros días del mes de agosto, con la visión del rabí Gamaliel).

Jesús me ha dicho que repita una vez más, para iluminar mejor al que está a oscuras o al que quiere quedar a oscuras sobre mi caso. Ahora me manda abrir la Biblia. Entonces, hoy se trata de un dictado.

Copio el pasaje que me indica, porque así me lo dice; se trata de Jeremías, cap. 42, v. 10-11-12-13-14-15-16. "Si os quedáis tranquilos en esta tierra, Yo os levantaré y no os destruiré, os plantaré y no os desarraigaré, porque ya me he aplacado con el mal que os he hecho. No temáis al rey de Babilonia, que os hace temblar, porque Yo estoy con vosotros para salvaros y libraros de sus manos. Y os traté con misericordia y tendré piedad de vosotros y haré que habitéis en vuestra tierra. Mas si decís: 'No habitaremos en esta tierra, no prestaremos oídos a la voz del Señor Dios Nuestro' y agregáis: '¡Ni por asomo nos quedaremos! Iremos a la tierra de Egipto, donde no veremos más guerras, no oiremos más el rencor del cuerno, no padeceremos más hambre, y allí nos quedaremos', escuchad a tal propósito la palabra del Señor… Esto os dice el Señor de los ejércitos, el Dios de Israel: 'Si os obstináis a ir a Egipto y si vais para vivir allí, la espada que teméis os alcanzará en la tierra de Egipto y el hambre que tanto os preocupa caerá sobre vosotros en Egipto, donde moriréis'".

Dice Jesús:

<<La paciencia y la obediencia son dos grandes virtudes. La paciencia aporta la paz; la paciencia aporta la amistad con Dios, el respeto a Dios, la caridad hacia el prójimo, la salud espiritual y física y las bendiciones celestiales.

El impaciente está inquieto. Dios no está en la inquietud, pues se hace sentir sólo en la paz del corazón. También un corazón apenado puede estar en paz. Hay paz cuando hay resignación. Mas en el corazón que se empecina ante la Voluntad eterna y el embate de las cosas comunes, siempre hay esfuerzo, sufrimiento, inquietud.

¡Como si sirviera ser inflexibles y obstinarse como mulos, reacios a desviar a su propio favor el curso de las cosas, aun el de las más humildes! ¡Mas no es así, hijos míos! Las cosas humanas no se doblegan y, si oponéis resistencia, os doblegan duramente con el rigor de las leyes o de los superiores. Y en cuanto a las sobrenaturales, es más fácil que se modifiquen ante una filial y dócil sumisión vuestra y que no lo hagan ante vuestra arrogante rebelión.

El impaciente termina por no tener respeto hacia Dios. Para él, es fácil pasar a pensamientos, actos y palabras que nunca deberían brotar del corazón de su hijo y súbdito respecto a la paternidad y majestad de Dios. El impaciente es soberbio. Se cree más justo que Dios y del que le dirige y, por lo tanto, desea obrar por sí mismo. El impaciente llega hasta a hacer desaires hacia el prójimo y le hace responsable del atraso en obtener lo que desea. El impaciente daña su salud espiritual al ofender la caridad hacia Dios y hacia el prójimo y daña su salud física porque todo resquemor deprime el organismo. El impaciente cierra con el dique de su rebelde impaciencia los ríos de las bendiciones celestes.

¿Creéis no merecer ese sufrimiento por el que padecéis? ¿Sois acaso perfectos monstruos de soberbia, tan perfectos que proclamáis no tener culpas por expiar? Miras hacia atrás, hacia vuestro pasado. No digáis: "No maté, no robé". No son sólo esas las culpas que merecen un castigo. Y no roba solamente el que se oculta en un zaguán y luego asalta al que pasa. ¡Oh, se puede robar de tantos modos! Y pueden robarse muchas cosas, no sólo dinero.

¿Queréis conocer algunos objetos que pueden robarse, además de las monedas, las alhajas y los bienes materiales? Son el honor, la pureza, la estima, la salud, las ganancias y, en cuanto a Dios, el respeto, el culto sincero y la obediencia hacia Él. ¿Veis? Yo os he citado sólo algunos. En cambio, ¡cuántos y cuántos otros robos practica hasta el hombre aparentemente más honesto! ¿Acaso no mata el que lleva a su prójimo a la desesperación, aun cuando el desesperado no se mate? Sí que mata, mata la parte más selecta: el espíritu, que en su desesperación se aparta de Dios, matriz de todo hombre destinado a nacer para el Cielo, y por eso muere. ¿Acaso no comete un robo el que quita la fe del corazón de su prójimo? Sí que lo comete y, sin embargo, ¡cuántos arrancan la fe, con obras y palabras, a quien creía en su justicia y siembra en él la incredulidad hacia toda fe o la venenosa planta de la idolatría! ¿Acaso no roba el que quita el honor y la paz a una mujer y le niega la paternidad al bastardo nacido por su causa? Sí que roba: He citado los hechos más graves. Pero luego… pero luego…

¡Oh, nadie está libre de culpas qué expiar. Yo me he aplacado con el castigo que he querido daros aquí, en la Tierra; es un castigo de amor, porque no quiero castigaros en ese otro lugar donde el castigo se mide en siglos o en eternidad, mientras aquí –ya sean meses o años- siempre se trata de una migaja de tiempo. Pues, si Yo me he aplacado, ¿por qué queréis reavivar inmediatamente mi severidad desobedeciéndome y mostrándome un corazón airado por la impaciencia? Haced que Dios os sea amigo y Dios estará con vosotros contra los enemigos, que son los hechos de la vida, las consecuencias de la tragedia que habéis provocado con vuestra culpable ligereza, al dejar que Satanás y los demonios menores quedaran libres de torturar al género humano.

Mas, si queréis hacer lo que mas os gusta, según la antigua soberbia de la raza humana; si queréis hacerlo, sordos a las voces celestiales que desean vuestro bien, sordos a las voces de la caridad y movidos por el sentimiento de egoísmo que aborrezco, Yo os digo: "Hacedlo. Mas no evitaréis lo que habríais evitado si os hubierais entregado a Mí. Y entonces será inútil llamar a Dios">>.

Luego Jesús me dice:

<<Esto es para ti. Pero no para ti sola. Que cada uno tome su parte y la use como medicina>>.

No dice nada más. Y yo, por lo que me toca, tomo mi pare y reconozco que me corresponde. Y por lo demás siento dolor, un verdadero y sincero dolor. No habría querido este dictado, en el que vuelvo a advertir al severo Maestro de un año atrás…

13 de octubre de 1944

Con el ánimo abatido por demasiadas cosas, rezo para lograr una luz. Se me guía al cap. 12 de la Epístola a los Hebreos y, en realidad, se serenan las fuerzas de mi espíritu y vuelve el afán por "oír" porque, bajo la presión de tantas cosas, se me ha ocurrido pensar: "No quiero hacer nada más. Quiero una vida común, una vida común a toda costa". Pero sé quién es "El que habla" y veo que me solicita con ojos amorosos. Y ya no sé decir: "No quiero".

En verdad, Dios es un fuego que devora aun nuestras tendencias humanas cuando nuestra parte humana se abandona a Él. A El que habla y dice: "Yo no te dejaré, no te abandonaré", quiero repetirle una vez más con plena confianza: "No temo al hombre, Tú me ayudas. ¡Oh, Dios!, no defraudes mi esperanza".

15 de octubre de 1944

Mientras recibía la S. Comunión, Jesús me ha dicho:

<<Quiero que todos los dictados y visiones que te concedo pertenezcan a la Orden de los Siervos de María. Quiero que dicha Orden las use para su propio bien y para la predicación. Quiero que la Orden te defienda, te proteja y te ayude. Si estuvieras sola, te avasallarían los escarnecedores, los calumniadores, los que cobijan odio, pues los hay en exceso. No por nada Yo predispuse que tuvieras contactos con esta Orden, a la que querías sustraerte hasta el punto que casi te fue impuesto pertenecer a ella.

La índole y la misión de la Orden de los Siervos de María están de acuerdo con tu índole y con la misión a la que he querido llamarte. Ya eras una hija de la Dolorosa aun sin saberlo y, por eso, ya estabas elegida previamente para conocer sus tormentos; ya lo estabas desde tu infancia, cuando llorabas sobre Mí, lacerado muerto. Te he formado así porque te había destinado para esto. No hago nada sin un fin.

La otra Orden que has elegido, no está dispuesta para acoger el don de Dios. Tendría que estarlo, porque en sus filas ha habido santos y santas que son campeones de manifestaciones sobrenaturales. Mas el racionalismo apaga en ella demasiadas luces. Hay demasiada ciencia allí donde mi Francisco quería sólo amor, y amor al Dios Crucificado.

Por lo tanto, repito que quiero que tú seas una luz que se derrama sobre la Orden de los Siervos de mi Madre y que se te concede dicha Orden como tutela.

Y para quitar toda duda en cuanto a las palabras que he dicho, preciso: lo que está destinado a los parientes y a Marta, que quede para ellos con el deber moral y espiritual de usarlo únicamente para sí, sin prestarlo a nadie ni siquiera por una hora. Si les cogieran cansancio o dudas, que destruyan con el fuego cuanto poseen y que dejen escrito que así se haga a su muerte, pero que no cedan a nadie las copias. Esto digo por lo que se refiere a las copias. En cuanto al original, pertenece y pertenecerá siempre a la Orden de los Siervos de María, si ellos lo cuidan como un don mío.

Esto es cuanto dispongo Yo, que soy el Amo y Dispensador de este don>>.

Por la noche tengo esta visión que me consuela y me apena al mismo tiempo.

La Virgen se me aparece en un prado muy herboso y no del todo llano sino más bien levemente inclinado y encerrado entre dos colinas. Está vestida de modo muy curioso. Parece un frailecillo servita, muy joven y muy bello, pero con el cabello largo como lo llevamos nosotras las mujeres. Su larga túnica negra está ceñida en el talle por una cinta, igualmente negra. En cambio no veo la corona, quizás porque la cubre el manto. Sobre la túnica lleva esa estola que llega hasta el suelo y desciende tanto por delante como por atrás y sobre ella el amplio manto negro, anudado en el cuello, que también llega hasta el suelo. Parece ser de una tela resistente pero ligera. No conozco el nombre de estas sedas opacas que las mujeres usan también para vestidos de luto.

Parece extraño porque soy mujer, pero siempre me he ocupado tan poco de modas y de cosas fútiles que apenas si sé distinguir el algodón de la lana, la lana de la seda, la seda del terciopelo, sin conseguir diferenciar la calidad de las diversas categorías.

En resumen, la Virgen lleva un amplio manto como el que tiene la estatua de S, Filippo Benizi[123], que estaba en la iglesia de los servitas de Viareggio y como el que también Ud. se pone, de verano, cuando me trae la Santa Comunión. El manto está abierto y por eso veo el vestido. Pero, si lo quisiera, la Virgen podría envolverse toda en él, por lo amplio que es. La cabeza está descubierta, es como una palidísima flor que

[123] Se trata de Filippo Benizi (1233-1285), médico florentino, general de la Orden de los Siervos de María, que difundió en toda Europa; canonizado en 1671.

emerge de tanta negrura. El velo es negro como todo lo demás y es de la misma tela que el manto; está fijado por debajo de la garganta y sobre el pecho, se ha deslizado de la cabeza y cuelga como un capuchón sobre los hombros, por encima del manto, de modo que parece un indumento casi igual al que llevan los servitas por sobre todos los otros y que no sé cómo se llama.

Nunca he visto a la Virgen vestida de ese modo. La vi vestida de negro una vez, si no me equivoco en enero, cuando acogía o rechazaba las almas de los sacerdotes. Pero entonces se trataba de un vestido negro, no de este vestido.

Mas lo que me apena es la expresión de su rostro. Está vuelta hacia el norte y, por lo tanto, dirige su mirada en esa dirección y tiene el aspecto de quien ha llorado mucho y sigue llorando en su corazón. No hace ningún gesto, no pronuncia palabra alguna. Mira con enorme tristeza hacia el norte. Se le ve aún más pálida que de costumbre, probablemente porque lleva tanto negro y porque está tan triste.

Mas he aquí que vuelve la mirada hacia el poniente y me ve. Estoy junto a Ella, inmovilizada ante su aspecto. Esboza apenas una sonrisa. Alza el manto por la izquierda y, extendiendo el brazo, me acoge bajo él; me tiene muy estrecha contra su costado y me cubre por completo con su manto negro. Por eso, no veo más que la tela negra de su túnica y el cinturón de cuero igualmente negro.

No pronuncia aún ninguna palabra. Tan solo suspira con pesar y nada más. ¿Qué querrá decir? Para mí en cuanto alma, nada malo. Me ama y, por lo tanto, estoy segura. Pero está triste; ¿por qué? ¿Qué pena acosa a la Madre en su carácter de Servita? ¿Querrá significar un duelo en la familia de los Siervos de María o alguna desgracia espiritual aún más grave que una muerte?

¡Cuántas cosas querría saber, concernientes a visiones o a sonidos escuchados! Desde que sé que los campanarios de S. Andrea y de S. Paolino han sido abatidos, pienso en ese nítido tocar a muerto que oí en los últimos días de agosto. La fecha está en los cuadernos que Ud. está copiando. Quisiera saber precisamente si fueron abatidos en esas fechas.

Hoy ha vuelto Marta… y me ha dicho que la casa que está a la izquierda de la mía y también otras que están a la derecha y enfrente y detrás han sido dañadas por los últimos cañonazos. Y también me cuenta cómo ha sido lesionada la casa de la esquina. Recuerdo que en febrero lo soñé y sufrí por ello y se lo dije también a Ud. Luego me tranquilicé porque supe que la casa de la esquina había sido alcanzada sólo por un fragmento, un pequeño fragmento de la artillería antiaérea, y creí que el sueño se había cumplido. En cambio, ocho meses más tarde, se realizó en sus detalles más mínimos.

¡Oh, Señor!, ¿por qué me mandas estas cosas no comunes a mí, que tengo tanto miedo de lo que no es común?…

16 de octubre de 1944

Abro la Biblia. Se me presenta el Cap. 23 del Eclesiástico, v. 1-4.

Es una plegaria que me gusta. ¡Es tan fácil que la mente se deje llevar por la soberbia y que el corazón se colme de orgullo! No, es mejor la muerte que llegar a esto, porque el orgullo y la soberbia significarían perderte, oh Señor, y no quiero perderte. Usa flagelos y castigos pero haz que tu "violeta" siga estando doblegada.

A las 12 le digo a Jesús que mientras estoy leyendo una frase que Él le ha dictado a Sor Benigna[124] y que es mi pensamiento para ese día: "Sí, Señor, llévame de la mano. Quiero lo que Tú quieras y no quiero otra cosa. Pero tengo miedo del mundo…"

Jesús que sabe a qué tipo de temores me refiero, me responde: <<Si te imponen silencio y no reconocen que haces lo que haces por mi nombre y voluntad, debes responder lo que respondieron Pedro y Juan en el Sanedrín después de que fue sanado el tullido: "Juzgad vosotros mismos si es justo delante de Dios obedeceros a vosotros en lugar que a Dios. Nosotros (yo) no podemos (no puedo) dejar de hablar de lo que

[124] Se trata de Sor Benigna Consolata Ferrero (1885.1916) hermana de la Visitación de Como, sierva de Dios.

hemos (que he) visto y oído"[125]. Por otra parte, no podrías impedirme venir a ti y obligarte a ver y oír. Y sería necio que oyeras al mundo que quiere imponerle a Dios, en lugar de oír a Dios, que quiere darle luz al mundo. Si Yo lo quiero, ¿quién puede oponérseme?>>.

18 de octubre de 1944

Escribo como puedo a la luz del crepúsculo.

Acaba de irse una de esas pobres criaturas que contribuyen a hacerme aún más insoportable este lugar de mi exilio. Se ha ido después de haber hecho gala de su… cultura. Mientras la oía, yo pensaba en Ti, oh Maestro mío, y en tus lecciones, en esas verdaderas lecciones que educan a una sabiduría y que es pan para el espíritu además que para el pensamiento. Y… me daba náuseas esa otra pobre ciencia que no tiene sabor a ti. No puedo rezar porque todavía sigo pensando… y Tú me conduces a la visión.

Hete aquí; te veo, oh mi Dios encarnado, deslumbrante y majestuoso, erguido en el éter más puro. Estás solo. Te veo solamente a Ti, con el glorioso aspecto de Rey de la creación. Tu atavío de etérea y perlífera materia resplandece y aún más resplandece tu Carne glorificada, que es carne y luz a la vez. ¡Oh, Belleza desconocida a los muchos que no se preocupan de obrar de modo tal que puedan conocerte un día! ¡Oh Belleza mía, que borras todas mis penas sólo con mostrarte!

Jesús no habla pero me invita con la mirada a ir hacia Él. Y yo voy. Alentado por su deseo, impulsado por el mío, mi espíritu asciende hasta mi Rey.

Y Él dice: <<Mira. Conoce. Compara>>. Y con su luminosa mano, en la que resalta el rubí de la llaga, indica un ilimitado horizonte celeste. Pues, en efecto, estoy en lo alto, más allá de la atmósfera, más allá de la estratósfera, en la zona en que hay solamente astros y éter. No hay nubes, ni polvo, ni vientos. Aunque, en realidad, un viento queda: es el viento musical, armónico, creado por el movimiento de los astros.

Comprendo que Jesús quiere mostrarme, sin palabras, la "verdad" de este signo estelar. ¡Oh, cuán diferente es el pobre concepto enunciado hace poco y de todos los que hasta hoy he conocido! Me esfuerzo por explicarlo.

Transitan nítidos astros, unos en línea recta como proyectiles de cañón, otros deslizándose como serpientes en el azul; unos girando sobre su eje mientras recorren la propia órbita, otros danzando como infantes gozosos en el prado del éter. A cada movimiento, la luz palpita como si el gozo del movimiento y de la obediencia a las leyes del Creador aumentara la incandescencia de su cuerpo ardiente. Sólo el sol está fijo e irradia su luz uniforme como un enorme globo de oro fundido con ardientes topacios y ese metal y esas gemas son tales que nuestras joyas más bellas son sólo sucios guijarros y opaco latón. Ese sol parece una enorme lámpara votiva que adora la majestad de Dios.¡Cuántos astros hay! Mi mirada gira, gira, gira… y por doquier ve astros y planetas… ¡Cuántas vidas estelares desconocidas hay aquí arriba y cuántos ignorados fulgores! ¡Qué lenguajes misteriosos y qué vidas misteriosas se hallan aquí!

Hay astros que, en su fulmíneo recorrido, se purifican perdiendo efluvios y escorias, que se funden con las de otras estrellas y crean los núcleos de nuevas vidas; así el polvo de los astros forma una senda de innumerables y pequeñas vidas que, en realidad, son pequeñas respecto a los planetas pero incalculablemente grandes respecto a la nada que es un cuerpo humano. Y esta senda, completamente luminosa, que es como un verdadero vivero de estrellas, deja escapar cada tanto una de sus relucientes vidas que, como una flor, se abandona en el viento del firmamento, se aparta del cuadro natal y, por un proceso que no sé explicar, nutriéndose de sustancias que atrapa en su camino, va a plasmarse definitivamente… así ha nacido una nueva estrella. O mejor dicho: esta estrella se ha aislado para decirle al hombre que la descubra: "Yo también existo". Y aún hay otras estrellas, que están en el proceso de formación y transitan por la estela de su combustión y solidificación como un manto llameante o una cabellera suelta, desplegada por el aura de su mismo recorrido. Todo esto sucede en un prado de etéreo azul que hace perder valor a la turquesa más pura y el más precioso zafiro pues, si se les compara con él, se muestran pálidos y opacos.

[125] Hechos 4, 18-20.

¡Oh, luz de los campos celestes!, ¿por qué no sé explicar mejor estas conjunciones, estas formaciones, estas disgregaciones, este inexhausto fermentar de vidas, esta obediencia, belleza y majestad del mundo estelar?

Jesús hace un movimiento: su mirada se aparta de las estrellas y se vuelve hacia atrás y hacia la izquierda. Probablemente de su Pensamiento parte una orden, un deseo, aunque no oigo palabra alguna. Un ángel llega velozmente y se postra, adorándole, a los pies del Salvador. Jesús me dice: <<Compara esta luz con esas luces>>. No dice nada más. En efecto, por más que la luz de este ilimitado jardín de astros que es el firmamento sea tal que no hay mente de poeta o de científico que pueda imaginarla ni siquiera lejanamente, el ángel, ese único ángel, resplandece más que todos los astros juntos…

19 de octubre de 1944

Dice Jesús:

<<Y ahora Yo te hablo.

Te he mostrado solamente un ángel, un simple ángel. No era un serafín ni un querubín ni un arcángel. Era sólo un ángel, diría que era el más pequeño, y te lo he mostrado para hacerte comprender que es un ángel común en las filas que exultan en el Cielo. Y has visto cómo su luz, que otorga un cuerpo etéreo a su esencia hecha sólo de espíritu, ha ofuscado la luz de todos los astros juntos.

Con el deseo de mi Pensamiento he llamado a un ángel y ha venido desde el más lejano Empíreo y entre mi llamado y el momento en que se ha postrado a mis pies, no ha pasado ni siquiera esa fracción de tiempo que llamáis segundo.

He querido hacer esto para demostrarte cómo los que creen ser sabios porque conocen los dogmas de la ciencia humana, no siempre exactos y nunca completos, se creen dueños del océano de luz, de verdad y de belleza, en realidad poseen sólo una partícula de los mismos y, para colmo, unida a muchas escorias.

Has dicho: "¡Cuántos misterios hay aquí arriba!".

Es así, ¡oh estrellita de tu Maestro! La vida no se detiene en esta creación. No se detiene en ninguna parte de ella. Y no se detendrá hasta que Yo no diga "Basta" y cambie, como está establecido en mi Pensamiento, los aspectos y las leyes que desde hace miles de siglos he dado a la Vida.

Vida es la del éter, que con su ligera solidez facilita la carrera de los astros y sostiene su peso y que con su composición y frigidez permite la perfección cada vez mayor de los mismos hacia ese límite máximo que he establecido para cada vida. Aquí se obedece mi voluntad. Vida es la de los astros y planetas que, partiendo de nebulosas que podríamos llamar fetos de astros formados en el amplio seno del éter, van solidificándose lentamente, se nutren como voraces bocas infantiles, pues arrebatan gases y metales a las vidas ya formadas, del mismo modo que un niño arrebata alimento y zumo del seno de la nodriza. La misma insomne carrera de todas estas vidas estelares permite el fluir de ellas de moléculas –gases y metales- que encienden las nebulosas y en el fuego se funden con el núcleo primitivo y se hacen cada vez más concretas y, al final, la llama se convierte en fuego y el fuego en astro. Se suceden esponsales y nacimientos, nacimientos y esponsales, y muertes de astros longevos que, al disgregarse en la última convulsión vital, se hacen núcleo de otras vidas, latentes en el gran río de Galatea. No hay una siquiera que no tenga una misión de amor también para vosotros, que estáis lejos, a distancia de miles de millones de kilómetros; para vosotros que estáis aún más lejos, porque ya no sabéis "ver" con los ojos de los hijos de Dios.

Te he mostrado este polvo de astros, que es polvo respecto al fulgor de mi ángel. Mas, ¡oh, pequeña hija a quien alzo los velos del misterio para hacerle olvidar la Tierra y enamorarse cada vez más de mi Patria!, ¿cómo hemos de llamar el polvo de los que son grandes sólo en cuanto al orgullo, de los que llevan el nombre de: hombre? ¿A ésos podría decirles: "Mirad"? No, pues no verían. Y no creerían aunque les hiciera ver por un milagro de mi potencia. Han masticado el pan y el fruto de la soberbia y de la ciencia humana. Y se han enloquecido. Di y doy páginas de verdad y de santidad. Mas, para muchos, caen por lo suelos como briznas de mísera paja. Los "hombres" –démosles el título de nobleza de acuerdo con el concepto que ellos tienen- no se cuidan de sus palabras.

"Hombre" debería querer decir: "hijo de Dios, hecho a imagen y semejanza del Padre en los pensamientos, en los afectos, en los actos, en los impulsos, en los deseos". Los hijos son así. En cambio, actualmente "hombre" significa "el animal más soberbio, más vacío, más cruel, más fútil, más contrario a Dios". Cree serlo todo. Es una nada. Lo es porque es solamente "hombre" y ya no es más "hijo de Dios". ¿Dónde está el espíritu del hombre? ¿Quién lo posee aún?

Hija, dejemos a estos infelices librados a su triste suerte, a la que intentamos arrebatarles con el amor. Sólo el amor puede lo que ninguna otra cosa puede. Mas, aunque sea "potente", a menudo queda impotente porque choca contra una soberbia que pertenece impertérrita ante todos los ataques del Bien. Se creen "dioses" porque tienen en los labios el agresivo fruto del saber humano. Adán, que se perdió por querer conocer, por querer conocer para convertirse en "dios"[126], no muere. Sus tendencias renacen en cada uno de los hombres.

Ven. Que a los hijos de la Luz, a los hijos de Dios, sea dado el pan y el fruto de la Verdad y la Sabiduría, que no se refiere sólo a lo que únicamente es inherente a Dios, sino también a todo lo que existe en el universo, puesto que todo vino de Dios.

Aspira al Cielo. Aquí ya no habrá disonancias entre tú y los que estén a tu lado. Aquí ya no habrá contrastes entre tu desear y tu tener. Aquí descansarás feliz y regocijada. Aquí me tendrás… Si el tenerme en medio de las constricciones de tu condición de ser viviente en la Tierra te proporciona el gozo que te exalta, considera qué significará tenerme ya sin más límites.

La vida pasa. El Cielo llega. El dolor muere. La bienaventuranza permanece. Los que me amaron y me sirvieron serán las estrellas eternas cuando todos los astros hayan muerto en el final de la creación. Serán mis estrellas…>>.

20 de octubre de 1944

En estas primeras horas del día estoy sola y tengo la posibilidad de concentrarme y reflexionar sobre tantas cosas. Entre ellas, pienso por qué Jesús ha esperado tanto tiempo para llevar una luz al caso B. P. No digo que debería haberlo hecho en 1941 y en 1942, cuando yo estaba privada aún de la Palabra. Pero esperaba que lo hiciera en estos 18 meses en que Ella me guía y en los que tanto el P. Migliorini como yo y como el mismo Giuseppe deseábamos una luz divina acerca de lo que, si bien de modo diferente pero con la misma ansiedad, tanto nos importaba saber. También le digo a Jesús: "¿Por qué en 1941, cuando se produjo el primer contacto con aquel hombre, Tú, Maestro, me dijiste: 'No juzgues. En el curso de los siglos hubo criaturas consideradas poseídas que eran santas y viceversa. Por eso, no juzgues. Yo hablo donde quiero y a quien quiero y puedo hablar también al que parece menos digno'? Me dijiste más o menos esto. No tengo aquí las palabras de tu luz que, en ese entonces creía que eran sólo una inspiración interior, pero sé que eran más o menos éstas".

Jesús me responde:

<<En ese entonces no merecías más que eso. Y no había llegado la hora de darte algo más. Necesitabas llegar a perdonar para merecer tenerme como Maestro del modo en que me tienes. ¡Piensa qué mérito tiene el perdón! Además, reflexiona y comprende a través de una parábola. Los tiempos actuales pueden hacértela gustar mejor que los tiempos normales, en los que sentíais solamente el sabor del pan sin conocer las dificultades vencidas para hacerlo.

Una mujer quiere hacer un pan para su familia. Tiene mucha harina y la tiene muy buena. Tiene los utensilios adecuados para amasarlo, tiene el agua, tiene el horno, lo tiene todo. Pero no tiene la levadura o, por lo menos, tiene sólo unas briznas. Piensa si debe hacer pan o no hacerlo; piensa si debe esperar a conseguir la levadura en cantidad suficiente. Pero el hambre y la prisa la vencen y dice: "¡Pues bien! Pondré mucha buena voluntad, trabajaré muy bien la masa y resultará buena aun sin la levadura". Deslíe la harina con el agua, se afana, suda… Empeña toda su fuerza y su voluntad para lograr el resultado. Modela el pan, lo

[126] Génesis 3, 1-7.

cubre, lo deja al calor, lo examina cada tanto. La masa no fermenta. La mujer dice: "Es más dura que de costumbre, pero en el horno aumentará. ¡He trabajado tanto! ¡Y todos eran productos óptimos! Tiene qué salir bien por fuerza". Regula la llama y el calor del horno e introduce el pan. Más tarde lo saca del horno. El pan está cocido. Pero no es un pan blando, fragante, apetitoso. Es una masa ácida y pesada contra la cual aun los dientes más robustos se cansan sin lograr convertirlo en un tierno bocado. El estómago sufre, el malhumor cunde por la casa, se ha desperdiciado por nada la harina, se ha empleado la energía para nada. Y todo por culpa de su impaciencia y la falta de preparación.

Esta es la parábola. Ahora expliquémosla.

En 1941, tenías mucha harina: tu amor a la Verdad y tu fidelidad hacia ella. Usabas mucha buena voluntad para servirme y para llevar la Luz a los corazones… aun a costa de pesar y herir para abrir paso a la Luz. Tenías mucha prisa de llevar tus conquistas a mi hambre de corazones. Lo tenías todo. Pero no tenías suficiente levadura de Caridad. Es una virtud que falta no únicamente a los neófitos, sino también a los ministros para el cuidado de las almas.

Bien, las almas son las criaturas más delicadas y enfermas que existen. Son más delicadas que un niñito de pocos días. En efecto, son niños que crecen y se forman lentamente. Hablo de las almas de la mayor parte de los hombres. En realidad, un niño al nacer ya está dotado de todo lo que existe en el adulto. Ya es un adulto. Mas, si se observa bien, su patrimonio vital presenta una delicadeza tal que no es un error decir que el hombre sigue formándose, con una gestación extra materna, hasta completar su desarrollo. Si quisiéramos darle a un niño alimentos y costumbres de adulto, le haríamos morir. Es necesario adecuar los alimentos y el sistema de vida, a la edad y a la formación orgánica. ¿No te parece? Los padres y madres atentos y amorosos hacen así.

Del mismo modo, las almas son enfermos –de una u otra enfermedad-, son heridos, son convalecientes (y estas últimas ya son afortunadas). Mas ¿qué sucedería si un médico tratara sin consideración los miembros fracturados o los órganos agotados? ¿Y qué sucedería si dijera: "¡Necio! ¡Si estás así es por tu culpa! Y entonces, ¡quédate así! ¡Te lo mereces! Me repugnas"? Sucedería que el pobre enfermo, el pobre herido, el débil convaleciente, se desplomaría, no reaccionaría a causa del abatimiento, no podría acentuar su mejoría por falta de ayuda, sus heridas se infectarían aún más o se acentuarían al no ser curadas por una mano experta o al ser mal curadas por alguien inexperto.

Por eso, ¡cuánto amor se necesita, cuánta experiencia, paciencia y dulzura, en suma, cuánta caridad se necesita para curar las almas, para convertirlas de enfermas en sanas, de intoxicadas en libres de toxinas, de informes en almas formadas! Si uno se dirige a ellas con dureza, intransigencia, impaciencia, falta de caridad, produce un daño mayor, pues provoca intransigencia y cólera, las aleja del médico y del educador, o mejor de quien las sustenta y, por lo tanto, del Bien.

Si no te hubiera detenido con esas palabras: "No juzgues", haciéndote reflexionar en que Dios podía estar también en alguien aparentemente menos adecuado para ser un instrumento de Dios, habrías destrozado con tu violencia todo lo que Yo había anudado: la hebra de seda destinada a convertirse en la gruesa gúmena de la nave por medio del cáñamo enlazado de la caridad sobrehumana y del afecto humano.

¿Sabes?, también en esto eres el "pequeño Juan". Un día en que los discípulos habían sido rechazados por los samaritanos, Juan y Santiago dijeron: "Señor, ¿quieres que digamos al fuego que descienda del Cielo y les consuma?". Mas Jesús les amonestó diciendo: "No sabéis de qué espíritu estáis hechos. El Hijo del hombre no ha venido a perder las almas sino a salvarlas"[127] y para corregir sonriendo su impetuoso celo, que tendía a tomar aspectos humanos, les llamé "hijos del trueno"[128].

¿No es más dulce ser hijos de la paz que de la tormenta? Sabes que Dios no está en el viento impetuoso sino en la brisa ligera. Yo quiero que seas dulce, dulce, dulcísima, como una cordera sin defectos ni malicia, hacia sus hermanos. Deben seguirte por tu vellón suave hecho de blandura y tibieza, por el dulce sonido de tu voz amorosa, por tu acogida jubilosa hecha sólo de amor. Te he modelado con la caridad, que era una levadura insuficiente para ti, porque me amabas con todo tu ser pero no amabas al prójimo como Yo le amo.

[127] Lucas 9, 51-55; Mateo 9, 13; Marcos 2, 17; Lucas 19, 10.
[128] Marcos 3, 16-17.

Yo quiero que le ames como le amo Yo: con misericordia aunque sea leproso, con infatigable paciencia aunque sea obstinado.

Ahora, ahora que la levadura hace de tu harina buen pan, ahora has podido merecer la posibilidad de repetir mis palabras y de unir a ellas las tuyas. Y ahora es tiempo para Mí de decirlas y para ellos de recibirlas. Yo habría podido decirlas también algunos meses atrás, pero no habrían caído en un terreno preparado para ellos. También "su" terreno tenía que estar preparado para recibirlas.

Ve en paz. Tu Jesús no hace nada sin una finalidad perfecta. Y, en cuanto a todo lo demás que quieres saber, te repito. "Proceded como Sor Benigna".

La bendición para los buenos, la bendición para la Obra naciente, entra en el ámbito de esa preparación de los espíritus a la venida de mi Reino, de esa cohesión para ofrecer resistencia al Disgregador del mundo, al que apresura sus obras y las hace más penetrantes, para poder demoler completamente y en tiempo breve. Por lo tanto, puedes dar a la Obra misma, todo lo que tienes: sufrimientos, plegarias, obras.

¿Recuerdas, María, tu acto de oferta al Amor y a la Justicia? Cubierta por lo méritos de tu Dilecto, repites en dicho acto mis palabras: "Padre, perdona a los hombres… y, si para aplacar la justicia, se necesitan hostias de expiación, heme aquí, Padre; inmólame por la paz entre el hombre y Dios, entre un hombre y otro; inmólame por la venida de tu Reino". Y a Mí, que soy tu Amor, me dices: "Tú has dicho que el amor más grande es el del que da la vida por sus amigos[129]. Pues bien, vengo, me ofrezco a Ti para que tu Reino se establezca en la Tierra y en los corazones". Y me pides que para ello te use como instrumento, como un ciego instrumento que no pregunta el por qué de nada.

Te uso. Te uso para eso. Te uso para establecer mi Reino en el corazón de los hombres, que ya no me conocen tal como soy. Si me conocieran verdaderamente, muchos, muchísimos vendrían a Mí. Quiero que vengan. Siento piedad por estas multitudes. En ellas hay muchos que se han desviado por no conocer al pastor.

Reunid el rebaño. El Pastor vendrá. Que las ovejas y los corderos se reúnan al son de mi llamado de amor. Los machos cabríos se separarán de ellos. ¿Sois pocos? Eran doce y quedaron en once. ¿La cuna es anónima y mísera? El Salvador nació en un pesebre en la más pequeña de las ciudades de Judea[130]. Bendigo esas "buenas voluntades" que se reúnen. Que Yo tenga "mis secuaces" como Satanás tiene los suyos.

Hijos, volved al Evangelio. Volved a él. Si hubieran existido obras y palabras más santas para guiar los espíritus al Bien, Yo, que soy la Sabiduría, las habría usado. Nada hay más adecuado para santificar que el Evangelio.

Venid a la "Fuente de las aguas del Salvador"[131]. Sí, en verdad son aguas manadas de mi corazón estas palabras de amor que son mi Evangelio, las palabras de la Buena Nueva. Es la Buena Nueva que vuelvo a repetirle, con apremiante invitación, al mundo que perece en medio del mal.

A vosotros, los grandes y humildes que queréis esta Obra, os doy mi bendición. Y tú, pequeño Juan, sé más mártir que nunca para ello. Ve en paz>>.

21 de octubre de 1944

No ha habido un dictado en particular, porque se me ha dado solamente una guía acerca de cómo proceder en la distribución del trabajo y los dictados. Luego, por la noche, cuando ya se ha ido el Padre, escribo en el cuaderno B las observaciones especiales y privadas que Jesús me hacer a ese respecto. Y nada más.

[129] Juan 15, 13.
[130] Mateo 2, 5-6.
[131] Isaías 12, 3.

22 de octubre de 1944

Plegaria dictada por Jesús para el Octavario de su Majestad:

<<Jesús, Rey de Amor, ten piedad de nosotros.

Puesto que queremos amarte, ayúdanos a amarte.

Puesto que reconocemos que Tú eres el Rey verdadero, ayúdanos a conocerte cada vez más.

Puesto que creemos que lo puedes todo, confirma nuestra fe con tu misericordia.

Tú, Rey del mundo, apiádate del pobre mundo y de nosotros, los que estamos en él.

Tú, Rey de la paz, concede la paz al mundo y a nosotros.

Tú, Rey del Cielo, concédenos que nos convirtamos en súbditos del Cielo.

Tú sabes que lloramos: consuélanos.

Tú sabes que sufrimos: alívianos.

Tú sabes que lo necesitamos todo: ayúdanos.

Sabemos que sufrimos por nuestra culpa, mas esperamos en Ti.

Sabemos que aún es poco lo que sufrimos respecto a lo que mereceríamos sufrir, mas confiamos en Ti.

Sabemos lo que te hicimos, mas también sabemos lo que Tú hiciste por nosotros.

Sabemos que eres el Salvador: ¡sálvanos, Jesús!

Rey con la corona de espinas, por tu martirio de amor sé para nosotros el Amor que socorre.

Con tus manos traspasadas, abre para nosotros los tesoros de la Gracia y de las gracias.

Ven a nosotros con tus pies heridos. Santifica la Tierra y también a nosotros con la Sangre que cuela de tus llagas; esas gotas son las gemas de tu majestad de Redentor.

Con las llamas de tu Corazón abierto para nosotros, abre nuestros corazones al amor.

Si te amamos, tendremos la salvación aquí, en la hora de la muerte y del Juicio final.

¡Oh, Señor! Que venga tu reino, que venga a la Tierra, al Cielo y a nuestros corazones>>.

23 de octubre de 1944

Al amanecer he recibido con insistencia esta orden, que me ha sido repetida más y más veces para que no la olvidara en espera de poderla escribir; lo hago ahora, apenas me es posible ver.

Dice Jesús:

<<Escribe; todo lo que te dicto será colocado como encabezado de cada uno de los trabajos, ya sean impresos o escritos a máquina, que se han de dar a los buenos, según lo que ya he dicho:

"Esta es la Voz del Maestro. Ruge y acaricia. Ruge cuando se dirige a los que no quieren convertirse. Acaricia cuando habla a los que, aún siendo imperfectos, tienen la 'buena voluntad' de encontrar a Dios y su Palabra y que, cuando los han encontrado, tienen la 'buena voluntad' de santificarse. Para ellos se convierte en la caricia del Amigo y en la bendición de Jesús.

Estas palabras deben ponerse como encabezado de cada trabajo.

En cuanto a las obras más completas y aprobadas –han de ser siempre obras aprobadas para que no sean anuladas por la animosidad de los fariseos, de los saduceos, de los escribas y los doctores- sería algo grato que pusierais la plegaria a la Palabra que te dicté el 7 de diciembre de 1943.

Por ahora basta. Más tarde volveré>>.

24 de octubre de 1944

Son las 6 y 15; por la ventana entran las primeras luces del día. Escribo con dificultad lo que Jesús me dicta:

<<Se avecina el mes dedicado a los difuntos. Ruega por ellos de este modo:

"¡Oh, Jesús!, que con tu gloriosa Resurrección nos has mostrado cuáles serán en la eternidad los 'hijos de Dios', concede la santa resurrección a nuestros seres queridos, muertos en tu Gracia, y a nosotros, cuando llegue nuestra hora.

Por el Sacrificio de tu Sangre, por las lágrimas de María, por los méritos de todos los santos, abre tu Reino al espíritu de esos muertos.

¡Oh, Madre, cuyo tormento cesó en el alba pascual ante El que había resucitado; cuya espera para reunirse al Hijo culminó en el jubileo de la gloriosa Asunción!, consuela nuestro dolor liberando de las penas a quienes amamos aún más allá de la muerte, y ruega por nosotros que esperamos la hora de volver a encontrar el abrazo de los que perdimos.

¡Oh, mártires y santos que os regocijáis en el Cielo!, dirigid una mirada suplicante a Dios y una fraterna a los difuntos que están expiando la pena, para rogar al Eterno por ellos y para anunciarles: 'He aquí, la paz se manifiesta para vosotros'.

¡Oh, dilectos nuestros que no hemos perdido, amados nuestros de los que sólo estamos separados!, que vuestras plegarias sean para nosotros el beso que añoramos y cuando, por nuestros sufragios. Seáis libres en el beato Paraíso con los santos, protegednos amándonos en la Perfección, unidos a nosotros por la invisible, por la activa y amorosa Comunión de los Santos, que anticipa la perfecta reunión de los 'benditos', la reunión que nos concederá el deleite de la vista de Dios y, además, nos permitirá encontrarnos como os conocimos, pero enaltecidos por la gloria del Cielo">>.

Contando los días, me doy cuenta de que hoy comienza la Novena de los Difuntos. Por lo tanto, Jesús me la ha dictado para que, de este modo, yo la rece ahora además de en noviembre.

1° de noviembre de 1944

Esta mañana a las 6, he tenido una visión que, al menos en parte, dejará incrédulos a algunos, pero que para mí ha sido motivo de consuelo y también de pena.

Veía el elevado Paraíso con su innumerable y gozosa población de Santos en la bienaventuranza de la contemplación de Dios. Los espíritus infinitamente cándidos que estaban absortos en la visión de Dios eran como incalculables luces de amorosas llamas. Todos tenían el rostro y el amor fijos en un punto: la Santísima Trinidad.

Pero en lo que llamaría el límite del Cielo, justo allí donde comienza el Reino beato, aparecía un espíritu diferente tanto en el aspecto como en el obrar. En efecto, el aspecto era de un candor menos reluciente, algo más opaco, casi diría ceniciento también en la fisonomía que, sin embargo, mostraba ya las características de los espíritus bienaventurados: rostro y miembros trazados sólo con líneas de luz. Del mismo modo, su atavío –aún siendo blanco- no relucía, no era aún una luz hecha tela como el de los otros. Parecía que acababa de salir de un lugar triste y tenebroso, que había oscurecido el traje y su color. También su actitud era diversa de la de los demás. Parecía luchar contra el deseo de adorar a Dios y el deseo de mirarme, con extraña mirada; una mirada que parecía pedir disculpas, decirme: "ahora sé", decirme: "te quiero", decirme: "gracias", decirme: "estaba ciega, pero ahora veo". No sé cómo explicar, tenía un aspecto serio, casi triste y, sin embargo, plácido y sereno, un aspecto humilde y, sin embargo, majestuoso…

Era mi madre. Y era inconfundible por la semejanza en el aspecto y la expresión, que era ésa de los raros momentos en que dejaba hablar a su corazón y a la razón.

He buscado muchísimo a mi papá pero no lo he visto. Y, sin embargo, creo que está en la gracia de Dios más que mamá… ¡Cuánto le he buscado en medio de los rostros tan nítidos e identificables de los

bienaventurados! Entonces mi dicha habría sido completa. Aunque ya he experimentado júbilo al verla a ella, a mamá, por quien tanto recé en vida y después de su muerte.

Creo –aunque no sé si es exacto lo que creo- que acaba de terminar su expiación o que está a punto de terminarla, que está allí en el umbral, en el límite entre el Purgatorio y el Paraíso y que por eso es menos resplandeciente que los demás, está menos absorta en Dios que ellos y muestra aún la necesidad de recordar la Tierra y también un impulso, surgido de su renacer en la Perfección: el impulso de decirme ahora todo lo que nunca ha sentido la necesidad de decirme, ni siquiera en su último día, y de remediar todo su intransigente y soberbio egoísmo.

Sé que quienes la conocieron no creerán en una expiación tan rápida. Pero pienso que Jesús ha querido que yo lo supiera para estar menos desconsolada. Me deleito con el recuerdo de todo lo que he visto y bendigo por ello al Señor.

3 de noviembre de 1944

Luego Jesús me dice (y me lo dice sólo para mí):

<<Debes usar como único saludo para todos ese saludo que te gusta tanto, es decir, mi saludo: "Que la paz sea contigo". Así se trate de mi Vicario, salúdale como Yo he saludado y te he enseñado a saludar.

¿Acaso la Paz no es Dios mismo? ¿Acaso alabar la paz, que reconocemos como la cosa más hermosa, no es alabar a Dios mismo?

Por lo tanto, di: "Que la paz sea contigo". Y no debes decir "con Usted"; tienes que decir "contigo", así como lo decía Yo. Y si te sucediera tener que entrar en una casa, di: "Que la paz sea en esta casa". No existe un saludo más vasto, más dulce, más santo, más fiel a mi recuerdo que éste.

Adiós. Que la paz sea contigo>>.

9 de noviembre de 1944

Veo una figura alta, hermosa, imponente, luminosa, risueña por una alegría paradisíaca y oigo una voz sonora, de tonos dulces. Ese tono me recuerda los aterciopelados y amorosos matices de la voz de la Magdalena, mientras que el acento evoca el habla toscana más genuina. Me dice: <<Hermana, también yo he venido. Escribe mis palabras, te causarán júbilo y una enorme paz>> La aparición espera a que tome el cuaderno y escriba esto. Luego vuelve a hablar:

<<Soy Catalina[132]. Vacilas entre amarme y no amarme, porque eres semejante a mí pero, aun así, te turba mi fuerza. Dulce hermana mía, ¿por qué te turba? ¿No sabes acaso, que mi fuerza es la misma que está en ti, es decir, la fuerza del dulce Cordero desangrado? ¡Oh, toda su Sangre está en los que le aman! Y por esta Sangre, que es fuego, nosotros podemos en el mundo y nos regocijamos en el Cielo. ¿Acaso el que lleva consigo esa Sangre puede no ser fuerza y fuego? ¿No sabes que esa Sangre es néctar de Dios y lleva en sí la esencia de Dios, es decir, la Caridad perfecta? Alégrate, hermana.

Esta bien que también tú, que eres cordera y halcón, hayas tenido a tu Tuldo [133]. Está bien. Con tu pico amoroso, has logrado raptar una presa mayor que la que logré yo en el palco. El mío era un delincuente innato. El tuyo era un delincuente por Satanás y en el espíritu. ¡Oh, dulce cordera de mi Pastor!, tú le has conducido al mismo prado, es decir, al prado de las tres virtudes y de las infinitas verdades. Has dado sangre y fuego. Y sangre y fuego tendrás aquí por diadema y por vestido.

Adiós hermana. Que la Paz, o sea el dulce Cordero desangrado, sea siempre contigo>>.

[132] Se trata de Catalina Benincasa, santa y ahora doctora de la Iglesia (1347-1380)

[133] Tuldo es el nombre del joven que, habiendo sido condenado a muerte, fue asistido por Santa Catalina y murió santamente.

10 de noviembre de 1944

Lo primero que he tenido hoy es esa carta que, si hubiera debido escribir yo, ¡¡¡habría sido mucho más mordaz!!! Luego ha hablado por primera vez S. Catalina de Siena. Luego he tenido las dos visiones y, al presentarme la segunda, Jesús dice: <<Escribe hoy. Mañana estarás tan mal físicamente que no podrás hacer nada>>. En efecto, desde ayer estoy sufriendo y sufro tanto que me siento aún más enferma que de costumbre. A veces, las personas comunes son tan crueles como los asesinos… Que Dios sea misericordioso con ellas.

Me alegra que Giuseppe parta con el viático de las palabras de la carta que aquí adjunto[134] y las del dictado de Santa Catalina. Ha llorado como un niño, especialmente cuando Jesús me ordenó darle la medalla de Hija de María que me era tan querida, sobre todo porque era un recuerdo de mi colegio. En ella está escrito: "Madre, vuelve a nosotros tus ojos y protégenos". Así sea.

Los que piensan que tengo demasiado apego a las cosas porque me hace sufrir lo que sabe a profanación, quizás rectificarían al ver que, sin discutir, es más, con gozosa y rápida voluntad, he desenganchado del rosario esa medalla y también otras dos; las tres tenían la imagen de la Virgen y las tres me eran muy queridas, no por ser de plata, sino por un valor afectivo, como recuerdos. Una se la di a Paola, a quien ya le había dado, porque me lo pidió, un crucifijo muy valioso para mí porque había estado entre las manos sin vida de papá y mamá, un pequeño crucifijo que pertenecía a este rosario, que también estará entre mis manos cuando yo muera. Otra medalla se la di a Titina y por último esta, que para mí es la más querida, se la di a Giuseppe. Mas aún: la primera que di fue la de Giuseppe[135], porque la orden se refería a él. A Paola y a Titrina se las di para no crear deseos y añoranzas.

Y además… ¡con tal de que la Virgen les salve a todos! Intenté la última prueba con sus dictados sobre la primera infancia y la niñez, y vencí. Ahora he terminado mi diurna misión. Él se va lejos… pero Satanás es tan maligno. Se lo encuentra en todas partes y los hombres, aun los menos sospechables, son los instrumentos de que se sirve para que torturen a sus semejantes. Él se va lejos… que la Virgen lo salve.

Cuando Jesús me dijo: "Dale a Giuseppe tu medalla de Hija de María", terminó la frase sonriendo y diciendo: "Y la que está de rodillas ante la Madre (Santa Inés), eres tú y lo haces por tu primo".

Si, rezaré por éste que Catalina llama "tu Tuldo", para que encuentre placer en el "prado de las virtudes".

A las 15

Heme aquí, sola. Ellos han partido. Ahora ya no tengo cerca a nadie de mi sangre, Hay sólo extraños más o menos buenos. Y cuando yo muera habrá sólo extraños. Y cuando me entierren habrá sólo extraños. Habrá siempre solamente extraños.

Lo trágico de mi condición se me evidencia completamente, sin que piadosos o afectuosos velos suavicen los ángulos, más tajantes que espadas. Y todo esto me sucede aquí, donde ni siquiera le tengo a Ud. ni estoy rodeada de las cosas de mi casa. Sólo esto habría querido por parte de Dios: que mi partida se produjera cuando estaba en mi casa y le tenía a Ud. cerca de mí. Creía que iba a serme acordado, puesto que me parecía justo.

¡Oh, Paola, Giuseppe, Titina!, a veces he sufrido también por vuestra culpa. Sin embargo, ¡cómo os voy a extrañar! Ahora sí que me he quedado completamente huérfana y con la certeza de no ver nunca más esos rostros familiares que por tantos meses -¡15 meses y medio!- he visto siempre en esta casa.

Y, dado que cada vez estoy más enferma, ¿quién me asistirá cuando Marta salga? Y cuando, por una fuerte crisis, esté ya moribunda, ¿quién me auxiliará mientras Marta va en busca de ayuda?

[134] No existe ninguna carta unida al cuaderno.

[135] Se trata de Giuseppe Belfanti, primo de la madre de la escritora. Anna, llamada Titina, era esposa en segundas nupcias y Paola era su hija e hijastra de Titina

¡Oh Paola, Giuseppe, Titina, yo sufría si os alejabais de mí aunque fuera por una hora! No os lo decía, pero sufría. Y lo que me ha hecho aún más odioso este lugar es que estaba recluida aquí arriba y os veía y os oía mucho menos.

¡Era tan feliz en esas noches en que Paola dormía conmigo! Me parecía haber vuelto al tiempo en que, en el Centralino, velaba por ella, que era una niña sin madre.

¡Ahora ya no hay nadie más! ¡Nunca habrá nada más! Ya lo sé: tenía que suceder. He rezado para que sucediera, dado que lo deseabais. Pero sufría ante esa perspectiva. Vuestra regocijada prisa por partir me envenenó el onomástico. No os lo dije, pero ¡cuánto sufrí! Marta lo sabe.

Os lo he dado todo: como pariente, como amiga, como cristiana. Os he dado mucho más que cosas materiales, que para mí siempre han equivalido a la nada. Os he dado el corazón y el espíritu. Ahora puedo decirlo: os defendí a fuerza de penitencias. En las enfermedades, en los peligros, en los viajes, pagaba yo por vosotros, Paola, Giuseppe, Titina y también por ti Gigi[136]; ¡no sabes cómo recé por ti! Os he llevado a la salvación y a lo alto. Ahora seguiré rezando, con el corazón sangrante por el desgarramiento que me provoca vuestra separación.

Queredme. Queredme aun más allá de esta vida que espero que se prolongue por poco tiempo aún, porque "en la Tierra ya no hay lugar para la pobre María" y porque anhelo que se me abran las puertas del Cielo. ¡Si hubiera podido teneros a mi lado en esa hora!… Queredme. Por cristianos, por amigos y parientes, queredme como a una pariente, a una amiga, a una cristiana. ¡Quién sabe cuánto recibiréis este fascículo con esta página doliente! ¡Quisiera Dios que, al mismo tiempo, supierais que ya estoy sumergida en la paz!

Cuando lo recibáis, sabréis un poco más acerca de cómo os vi y cómo era yo hacia vosotros

11 de noviembre de 1944

Ayer estaba tan abatida y me sentía tan mal que no podía añadir nada más. Ni siquiera podía referirme al dulce consuelo que, en la noche entre las 9 y las 10, me brindó ante todo, y brevemente, María y luego, por mucho tiempo, Jesús.

Yo lloraba con la cabeza bajo las mantas para que no me oyeran Paola y Marta, que dormían conmigo. Pensaba que dentro de pocas horas ya no habría tenido más a Paola junto a mí… y lloraba desconsoladamente. Y también rezaba. Entonces vino la Madre a rezar conmigo y a acariciarme. Pero se quedó muy poco. Cedió su lugar a Jesús, que con su brazo izquierdo me atrajo hacia su pecho y me estrechó tan fuerte que en mi mejilla, apoyada sobre su corazón, sentía el calor de su carne mientras oía el latido regular y vigoroso de su corazón. Lo comparaba con el mío, que era como una pobre carreta tambaleante y desvencijada… En cambio, ¡qué perfecto era el suyo! Jesús dejaba que siguiera así; dejaba que la tibieza de su pecho calentara el pobre gorrioncillo enfermo, helado, lloroso y que la música de su corazón lo desviara un poco de tu tormento. ¿Sabe?, ¡es hermoso descansar de este modo!

Vi un rayo de luz que traspasaba la túnica de lana color marfil a la altura de la herida del costado e, indicándola, le pregunté: "¿Por qué te hicieron esta herida?" y Jesús respondió en voz muy baja, susurrando entre mis cabellos: "Por el amor de Dios y de los hombres".

Después de un tiempo, reteniéndome aún, rozó con su mano derecha el costado que me dolía tanto, entre el corazón y la pleura, y me dijo sonriendo: "¿Por qué padeces este sufrimiento? Y le respondí: "Por el amor a Dios y de los hombres". Entonces Jesús me estrechó aún más fuerte y me tuvo así hasta que se calmó mi sufrimiento, y me quedé casi adormecida sobre su pecho: luego me depositó en el lecho como un papá amoroso y se quedó allí para que dejara de llorar…

¡De qué modo le miraba! ¡Qué bello era! No hay cuadro alguno que se le parezca. No puede haberlo.

Esto sucedió ayer por la noche. Esta noche, en cambio, desde las dos de la madrugada en adelante, la pleuritis y la fiebre me hacían padecer atrozmente. He hecho de este modo la Hora de la Dolorosa. Y mientras contemplaba a la Madre, que lloraba inclinada sobre el Hijo tendido sobre la piedra de la unción,

[136] Luigi Belfanti, hermano de Paola.

miraba a la Magdalena, que lloraba de rodillas al pie del marmóreo lecho fúnebre; a Juan angustiado, erguido cerca de María, a la que miraba con ojos de niño atemorizado y lloroso al ver a su nueva Madre tan desconsolada; a las demás mujeres, que se agolpaban cerca de la abertura; a los dos embalsamadores, que estaban en su rincón. Entonces, mi amonestador interior me ha dicho: "Alrededor del lecho fúnebre de Jesús están los representantes de todo el género humano. La Magdalena representa la humanidad pecadora y arrepentida; Juan, la humanidad pura y consagrada; las mujeres piadosas, la humanidad de los creyentes; Nicodemo y José representan el mundo con las brumas de la ciencia, de la duda, del respeto humano… ¿Lo ves? Está todo". Es verdad. Nunca lo había notado.

No he recibido nada más. Puesto que tengo tanta fiebre, Jesús me deja descansar. Pero no me abandona. ¡Oh!, ¡está aquí! ¡Ahora no sucede como en abril, cuando callaba y no se me mostraba! No puedo olvidar la tibieza de su carne; me parece que mi mejilla conserva aún ese calor y me la acaricio. Tampoco puedo olvidar el vigoroso toc, toc, toc, de su corazón divino. ¡Oh, mi Jesús!…

12 de noviembre de 1944

También esta noche, cono en la anterior, he estado con Jesús, desde las dos de la madrugada hasta el alba.

Me ha dicho: "Heme aquí, junto a mi pequeño Juan, para que no llore". Pero ya no lloraba. No he vuelto a llorar desde la otra noche. No se puede llorar si Él nos consuela. Y Él lo sabe. Esta noche me ha dicho sonriendo: "He hecho otra vez el milagro de transformar las lágrimas en sonrisas, las espinas en rosas, la agitación en paz. Lo he logrado como cuando murió Giacomino y te acaricié por primera vez para que no lloraras más".

Mientras estaba apoyada en su pecho -¡me gusta tanto oír cómo late su corazón-, le he preguntado: "¿No hablas tampoco hoy, Jesús?".

Él me ha respondido: "Pero si hablo tienes que escribir y, por lo tanto, tendrás que apartarte de esta almohada. ¿Lo prefieres?".

"No, Jesús. Prefiero quedarme así, a pesar de que tus palabras me hacen feliz. Pero lo he dicho por las almas".

"Mi pobre Juan, mi pequeño Juan, estás demasiado mal para que pueda hacerte escribir. Ya sabes que también soy Médico, soy tu Médico más grande, lo soy también para tu pobre cuerpo, que me sirve como instrumento y que no debe ser quebrantado. Por eso, Yo soy severo con quien no te trata como debe ser tratada una persona en tus condiciones, es decir, como un niño. Eres mi niño. Lo eres por ahora. Cuando estés mejor, volverás a ser Juan el menor. Ahora quédate aquí. Ya ves qué experiencia tengo en acunar a los niños. Parezco un papá perfecto. Mas, ¿acaso no lo soy? ¿Acaso no he engendrado a todos mis santos? ¿Acaso no he amado de modo tan perfecto que he muerto para daros vida?".

"Así es, Jesús. Entonces, ¿no me dictas nada para las almas?".

"¡Oh, amada pordiosera! ¿Quieres, o quieres dar?".

"Quiero, y quiero dar".

"Dame tu sufrimiento".

"Es demasiado poco y demasiado corriente. Quiero dar más. Y, además, quiero algo para mí".

"¿Quieres un regalo o un recuerdo?".

"Lo que quieras, pero que sea algo que me hable de Ti".

Jesús me ha estrechado con fuerza y ha dicho: "Te daré algo que fue mío y que me darás por las almas". Y mientras Jesús seguía estrechándome contra su pecho, de modo que me quedaba libre toda la parte izquierda del tórax, he sentido dos latigazos, solamente dos, ¡pero qué dolorosos! En todos los puntos, alrededor de diez, en que me habían golpeado las puntas nudosas del látigo, sentía un dolor semejante al de un proyectil que penetrara en los huesos y en los órganos, mientras la piel escocía donde la correa la había levantado.

¡He sentido sólo dos latigazos! Y Jesús me explica: "¡No has recibido más que dos porque hacen demasiado mal, porque hacen demasiado mal! Y tú estás enferma. Dame el dolor del tormento que también Yo padecí, ese dolor atroz, dámelo por las almas. Y ahora, quédate tranquila aquí, conmigo".

Y me he quedado así: feliz y torturada; feliz en el alma, torturada en el cuerpo. ¡Pero cómo me sentía feliz!

14 de noviembre de 1944

Jesús no envía visiones ni dictados. Me siento tremendamente mal. La pleuritis cumple bien su tarea en lo que queda de mis pulmones. Me falta el aire. El sufrimiento es agudo; la fiebre, alta; la debilidad, muy grande, también debido a las tres hemorragias que tuve ayer.

Pero no estoy triste por mis sufrimientos ni tampoco por el silencio visivo y auditivo (para los demás). Estoy triste porque quisiera estar en mi casa y tenerle cerca a Ud. Si estuviera también Ud., no desearía nada más. Digo "también", porque ya tengo el mejor de los enfermeros que podría tener, un enfermero que en las horas más tristes no me deja nunca: Mi Jesús. Me vela cuando duermo y me acaricia cuando despierto.

¡Oh, no estoy sola, no! No ha querido que sintiera el alejamiento de los parientes. Y ha cubierto por completo el puesto de los mismos, ha ocupado por Sí mismo todo lugar vacío. ¡Él bien sabe cómo es el corazón de la pobre María! Si no tuviera un corazón como este, no sabría ser lo que soy. Sabe también que, no obstante Él sea mi Todo, aún siento la necesidad de dar y recibir afecto, mucho afecto y que sufro por un afecto truncado. Sabe que no puedo sufrir más de lo que sufro porque si no me destrozaría. Y entonces aumenta sus ternuras hasta llegar a tener cuidados humanos.

¡Aunque sus coloquios íntimos sean breves, qué inspiradas enseñanzas me da!

Esta mañana me ha dicho: "Debes darle el fascículo 12 a quienes te lo han pedido".

"Pero puede que el Padre Migliorini no quiera que lo haga".

"Lo quiero Yo. Ha dicho que sean dados, con *tino y medida*, a quienes lo merecen y, en especial, a las comunidades que los piden para el propio bien. No todos son iguales en una comunidad. Mas los pocos que se asemejan obtienen un provecho y, dado que la llama calienta a su alrededor, también los otros, por reflejo, mejoran aunque no se les hagan conocer los dictados, que no aceptarían por lo que son, es decir, como algo sobrenatural. El Padre Tozzi y el Padre Fantoni[137] merecen leerlos (Y precisado exactamente: primero Tozzi y luego Fantoni), Son sacerdotes ya formados y pertenecen todavía a la antigua escuela. También antaño había sacerdotes áridos. Los ha habido siempre. ¡Pero los que se forman ahora…! Ésos son mi pesar… Debes decirle todo esto al Padre Migliorini".

"¿Te causan tanto dolor, Jesús?".

"¡Sí, tanto!, más que los azotes, cuyo atroz recuerdo conservo aún. Los azotes de la flagelación han sido comparados a los pecados sensuales. Es verdad; también éstos me causan mucho dolor. Mas los sacerdotes idólatras, impuros, ateos, son flagelos aún más pesados e hirientes. Destrozan con los golpes y laceran con los garfios".

"¿Dices idólatras, impuros, ateos, Señor?".

"Así digo. ¿Te parece imposible? No lo es. Son idólatras porque su adoración no está dedicada a Mí. Se complacen en la ciencia y el poder. Se complacen de sí mismos. Son impuros porque, a pesar de ser puros en cuanto al cuerpo, cometen impurezas espirituales al profesar amor hacia quien no es Dios, o sea, no lo profesan hacia Mí. Prefieren amar y conocer la ciencia humana y no a Mí, que soy la Sabiduría divina. Son ateos porque niegan a Dios el atributo de la Potencia. Niegan el milagro. El milagro tiene muchos aspectos. Es un milagro tanto sanar a un enfermo como impedir que alguien muera al caer desde gran altura. Es un milagro tanto multiplicar los alimentos como hacer de quien no es nadie el 'portavoz' de Dios. Ellos niegan todo esto. Querrían poner límites a la omnipotencia divina, porque ellos mismos son tan limitados que no sólo no pueden dejar de desear lo que va más allá de los mezquinos límites de su capacidad de creer, sino que

[137] Se trata de dos sacerdotes de la Orden de los Siervos de María.

tampoco pueden aceptarlo. Y para persuadirse exigen pruebas, que son otros tantos actos de desconfianza. Y aún después de haberlas obtenido, siguen sin creer. No pueden creer. *Han perdido la inocencia del espíritu, la que os he dicho que es la condición necesaria para poseer el Reino de los Cielos:* 'Si no sois semejantes a niños, no entraréis en el Reino de los Cielos'[138]".

"Jesús, yo creo también por ellos. ¡No sufras!".

"¿Puede no sufrirse por ciertas cosas? No es posible. ¿Acaso tú puedes no sufrir, así sea sólo por el recuerdo de un hecho que has juzgado ofensivo hacia María o hacia Mí? De seguro lo tienes ante ti como una pesadilla. ¡Y se trata de un hecho! Entonces, considerando que cada cosa que se ofrece por el bien del hombre es un don, ¿puedo no sufrir Yo cuando veo destrozar mis dones, mofarse de ellos, pisotearlos?".

Ante esa angustia de mi Jesús, no sé qué responder. Me quedo callada, con la cabeza reclinada sobre su pecho.

Luego me atrevo a hacerle una pregunta que desde hace un mes me aflora a los labios, es decir, desde que Jesús ha hablado tan claramente sobre el caso Belfanti-Punturieri; etc., etc. "Jesús, ¿qué debo hacer de esos dos libros de Ubaldi? ¿Los quemo o se los doy al Padre Migliorini? Por otra parte, como Tú sabes, desde que eres mi Maestro no leo absolutamente nada; no leo textos buenos y sacros para que no ejerzan influencia sobre mí; no leo textos mundanos y menos recomendables para que no me contaminen. Esos dos libros están allí desde hace dos años y no los he tocado. Y ahora también me causan repugnancia. ¿Los quemo?".

"No, consérvalos. Ahora tenemos qué seguir ilustrando el Evangelio a ese pobre mundo católico que ya no sabe verlo como la perla celeste de toda cultura sacra, la perla indispensable, insuperable. Pero luego… quizás te pida la extenuante fatiga para consultar esas obras erróneas. Sólo Yo puedo hacerlo…"

¡"Oh, Jesús!, pero entonces ¿cuándo me llevarás contigo?".

Jesús sonríe, me acaricia y calla.

"¿Entonces me dejas aún por tanto tiempo en la tierra? ¿Crees que el mundo acogerá beneficiosamente tu don, el don que le haces en detrimento de tu pobre María?".

"Es verdad, el mundo no apreciará mi don. Desde un punto de vista humano, ni sé si se lo merece. Pero he dicho: quizás lo haga".

"Pero Tú lo sabes todo…"

"Y digo sólo lo que quiero. Quédate tranquila. No pienses en eso. Debes desear sólo una cosa: 'Hacer lo que quiere Jesús'. Y, además, dime: ¿estás muy lejos de tener lo que tendrías en el Cielo? ¿Qué es el Paraíso? Es la posesión y el conocimiento de Dios. ¿Acaso ahora, aún siendo todavía de carne no me posees, no me conoces tan ampliamente que casi iguala la posesión y el conocimiento que tienen de Mí quienes ya son espíritus? Esa posesión y ese conocimiento los adapto a su condición humana para salvaguardarte, para no reducirte a cenizas. Pero tú me posees; por lo tanto, puedes quedarte todavía un poco ahí abajo y servirme. Y ahora basta. ¿No ves que ya no puedes más? Descansa. Yo estoy contigo y no te abandono. Saludémonos con el saludo de paz".

"Jesús, una sola respuesta aún y luego me quedaré tranquila. Diría que el libro que me ha traído el Padre Fantoni me llega propiamente de Tí, aunque el estilo esa más simple y haya un error cuando habla de la peste. ¿Es tuyo verdaderamente?".

"Sí, es mi palabra. Adapto el estilo a la capacidad de quien ha de recibirlo, pero la enseñanza es la misma".

"¿Y en cuanto a la peste…?".

"¿Y en cuanto los curiosos…? ¿También quieres esa otra peste? ¿No te basta la peste de esta guerra? Cálmate. Obedece. De lo contrario, me iré". Pero sonríe y se queda.

¡Puede imaginarse si no obedezco enseguida!…

[138] Mateo 18, 3; Marcos 10, 14-15; Lucas 18, 16-17.

16 de noviembre de 1944

Con el ánimo afligido por tanto egoísmo, por demasiado egoísmo que, siendo tal, retribuye con indiferencia lo que no ha sido indiferencia, oigo repetidamente la voz querida que me dice: "Ya en el dictado del 11 de octubre había algunas referencias a estos obstáculos, a estos gastos, a esta ausencia de una bendición para una empresa que Yo no puedo bendecir, porque está realizada contra la caridad y contra una palabra ya dada hace unos meses y que ahora se finge olvidar, pero que Yo no olvido. Hice este dictado más para ellos que para ti y habrían tenido que meditar sobre él y aplicarlo. Ahora abre la Biblia. Encontrarás la repetición de amenazas".

Abro la Biblia al azar. Se me presenta el cap. 30 de Isaías: "¡Ay de vosotros, oh hijos desertores que hacéis planes sin Mí y urdís una tela que no corresponde a mi espíritu y acumuláis pecado sobre pecado; que os disponéis a bajar hacia Egipto sin haber interrogado mi boca"… he aquí por qué acerca de esto he dicho en voz alta: 'No hay más que soberbia; no te muevas'. Ve pues y escríbeselo… regístralo exactamente en un libro que sea un eterno testimonio para los días que vendrán, porque éste es un… que causa desdén… que no quieren escuchar la Ley de Dios. Les dicen a los profetas: 'No hagáis profecías' y a los videntes: 'No veáis para nosotros la verdad; habladnos de lo que nos gusta'"[139]

Dice Jesús: "Basta, no comento. Hasta es demasiado claro".

Le pregunto: "¿Para mí no hay nada?".

Y Él contesta: "Abre la Biblia más adelante".

Abro. Y vuelvo a encontrar a Isaías, en el cap. 62, v. 11-12: "He aquí que viene tu Salvador, trae consigo su recompensa y su obra está delante de Él… Te llamarán la ciudad buscada, la ciudad no abandonada".

Riendo y llorando beso su dulce mano y vuelvo a preguntarle: "¿Y luego, para los demás no hay nada?".

"Lo habrá cuando estés mejor. Entonces habrá tanto, tanto, tanto, como para hacer subir al tercer cielo a ti y a tu Padre director". Y, diciéndolo, se ríe.

Vuelvo a besar su mano y pienso en Ud., que está tan feliz por las páginas sobre la inmaculada infancia de María y que recibirá aún tantas de ellas…

17 de noviembre de 1944

Acabo de hacer la santa comunión, que he ofrecido por mi regreso a casa y porque la familia Belfanti haga un viaje tranquilo.

Mientras rezo sobre todo por Paola, a la que quisiera saber feliz tanto desde el punto de vista humano como sobrenatural, tal como merece, reflexiono también acerca de Giuseppe… A menudo, muy a menudo, reflexiono acerca de él y de su incongruente yo. Y me pregunto: "¿Se habrá liberado verdaderamente? ¿Habrá tomado la buena senda? ¿Sabrá proceder por ella? ¿Y *sabrá continuar en ella* hasta morir como católico?".

Jesús, que no me ha abandonado nunca en estos siete días en los que he sufrido por el alejamiento de mis parientes (su presencia ha quitado a mi sufrimiento el carácter excesivo que habría tenido, de modo que lo he considerado como un hecho desagradable pero no mío precisamente, es decir, como un hecho que se ha producido pero que apenas interesa porque otras cosas nos preservan de él) , me dice: "No te hagas demasiadas ilusiones. Es sincero, pero no tiene un carácter firme. Hay demasiado orgullo en él. Y el orgullo es el terreno en el que Satanás vuelve a apoyar su pie para emprender de nuevo su obra en un corazón que le ha sido arrancado. Judas, y como él muchos otros, anheló sinceramente el bien y volvió sinceramente hacia el bien. Pero luego cedió a las tentativas del mal, que le acarició cuando parecía a punto de ser extirpado en él. Entonces, el Mal comprendió que era el más fuerte y recobró la audacia y la vida. *La posesión demoníaca es la enfermedad que provoca más recaídas; sólo en un ser humilde muere de verdad.* Pero es muy difícil que un poseído sea humilde. Porque la primera semilla que siembra Satanás es la soberbia".

[139] Isaías 30, 1-2. 7-10.

"Pero Tú has dicho que le amas 'porque ves que sigue la Verdad de modo sincero y voluntarioso'. ¿Y entonces?".

"¿Y entonces qué significa? Ahora es así. También Judas era así cuando venía a Mí con la intención de ser mi discípulo o de volver a serlo. Mas luego… ¡ya lo has visto! ¡Cuántos Judas hay! ¡Cuántos infelices hay en todas partes! Los hay en las casas, en las oficinas, en los conventos. *Los superiores deben aguzar los ojos del espíritu, poner mucha atención.* Díselo al Padre Migliorini. No siempre estos desgraciados quieren ser tales, *mas no son suficientemente fuertes y firmes*. El superior debe vigilar y sostener, y también *debe vigilarse.*

"¿Respecto a qué cosa debe hacerlo?".

"¡Oh, se trata de muchas cosas! Debe poner atención al elegirles para cargos especiales o para especiales ocupaciones; debe poner atención al hacerles partícipes de datos secretos, especialmente si se trata de jóvenes, ¡tan poco preparados en la época actual! ¿Dónde están los semejantes a Juan de Zebedeo? ¿Dónde están los diáconos como Lorenzo? ¡Atención! ¡Atención! ¡Atención! Mas ahora basta, quédate en mi paz".

23 de noviembre de 1944

Estoy turbada. No es la primera vez, desde hace algún tiempo, que advierto la señal de que alguien no obra honestamente hacia mí. Siempre he callado este hecho en vez de confiarlo y siempre he rechazado esta señal. Pero ahora es demasiado apremiante.

No sé de quién se trata. ¿Es hombre o mujer? No lo sé. Sé que hay alguien que obra en cuanto a mí de modo hipócrita e incorrecto. Pero si lo hiciera solamente hacia María Valtorta no sería nada malo. Lo que temo es que lo haga al "portavoz". Me esfuerzo por no dar un nombre a este ser hipócrita y sin respeto por Jesús. Pero si obro así porque no tengo pruebas y no quiero faltar a la caridad cultivando dudas (pues Jesús dice que también la sospecha es falta de caridad y así lo ha expresado dos o tres veces en las escenas evangélicas), no quiere decir que, aun involuntariamente, uno que otro nombre no se insinúe en mi mente como el probable autor del mal.

Le digo esto porque no guardo secretos para con Ud. y porque pienso que es oportuno que también Ud. conozca este hecho. Lamentablemente, nada lograremos impedir. Pero será útil saber que lo he advertido anticipadamente.

Estoy muy turbada, lo repito. Estoy turbada *por este hecho*. No me turba ninguna otra cosa. Jesús no me abandona. ¡Y qué lecciones les da a todos! ¡Con qué respeto tutela el secreto! Ya no tengo la libertad de "ver y oír". El hecho de estar aquí, sola con Marta, me impone la presencia de amigos y conocidos y Jesús, que no quiere que se descubra a su "portavoz", calla. ¡Cuánto hay que aprender de este silencio! Pero conmigo, en lo íntimo, ni calla ni se ausenta; por el contrario, me colma de caricias…

Alguien preguntará: "¿Por qué no habla y te envía visiones de noche?".

No lo hace porque estoy demasiado mal. María está muriéndose y Jesús *es piadoso.* No emplea *"modales duros"*, ésos que yo llamo prepotentes y faltos de delicadeza, porque tiene antes Sí a una que le ama. Atormenta cuando advierte la necesidad de hacerlo, pero no se deleita atormentando.

También en este caso, ¡cuánto hay que aprender!…

25 de noviembre de 1944

¡Cómo para escribir! Ayer, desde las 6 de la mañana hasta las 19, no tuve un solo minuto, insisto: un solo minuto de libertad. Como Marta tenía que ir a Lucca, vino la Señora Lucarini; se fue a las 9 y la sustituyó Alba Sorbi. Cuando Alba se fue, vino Enzo Lucarini, que se fue a las 15, cuando volvió Marta. Marta no había terminado aún de preparar la sopa, porque hasta ese momento *yo seguía estando en ayunas,* cuando

llegó la Señora Pellini. A ella se agregaron más tarde el Señor Lucarini, su hijo y su mujer, su hija Rosanna y su nieta Alba. De este modo, en el cuarto ¡había diez personas!…

Por fin, a las 19, se fueron todos y pude lavarme. No agrego nada más. He dicho estas cosas para que se juzgue si es posible que yo pueda escribir y para que se comprenda en qué estado me encuentro por la noche, después de ese verdadero carrusel de personas…

¡Ah, me olvidaba! Después de las 19, cuando apenas acababa de lavarme, llegó la hermana de la dueña de la casa con la nietecita, pues se sentía obligada a hacerme compañía mientras Marta preparaba su cena. ¿Qué le parece?…

Son catorce horas de esclavitud y fatiga, tras las cuales quedo sin aliento, sin pulsaciones y precipito como una piedra en las profundidades de ese sopor, del que despierto entre atroces espasmos hacia las 3 de la madrugada. ¿Todavía queda alguien que juzga que debo tener aún más paciencia? ¡Por cierto ese "alguien" no es Jesús! Le aflige que haya que esperar tanto para nuestra tarea. Pero dice, y lo repetía poco antes: "Esto les servirá a muchos". En verdad, no sé en qué o en cuáles sentidos les servirá.

Me hizo una promesa. Le dije: "¡Jesús, cómo me gustaría ver la ceremonia de tu mayoría de edad!". Y Él me contestó: "Será lo primero que te daré tan pronto como podamos ser "nosotros" sin que se altere el misterio[140]. Y lo colocarás después de la escena que te di recientemente, la de mi Madre, mi Maestra y también Maestra de Judas y Santiago (29-10). Tienes que colocarla entre ésta y la de la Disputa en el Templo".

Se quedó callado por algunos instantes, mientras sonreía y me acariciaba. Luego se puso serio, su expresión se hizo severa y dijo:

<<Te daré eso… si veo que quien está más cerca de ti no obra mal para con mi don y mi instrumento. No es posible exigir que todos respeten los dictados y al "portavoz". No es posible exigir que todos tengan respeto y caridad. Pero hay que pretenderlos, al menos, *de los que, por estar en contacto contigo, deben comprender –siempre que sean rectos- todo lo sobrenatural que encierra este hecho y comportarse hacia él en consecuencia.*

Tú no eres nada. Mas Yo te he llamado a esta misión. Te he formado para ella, velando también sobre tu formación mental. Y también, te he dado facultades no comunes de redacción, porque lo necesitaba para hacer de ti la persona capaz de ilustrar las escenas evangélicas o místicas, en las que Yo hablaría o actuaría por Mí mismo o a través de mis siervos. Yo te he crucificado en tu corazón devoto y en tu carne *precisamente para esto,* para que quedaras libre de cualquier esclavitud afectiva, para que fueras dueña de todo el tiempo, para que dispusieras de todas las horas, como no puede hacer el que está sano. He reducido a la mínima expresión tus necesidades fisiológicas en cuanto a la alimentación, al sueño, al descanso, *para esto.* He aumentado la energía en tu cuerpo atormentado y agotado por cinco de las enfermedades más graves y penosas y por otras diez entre las enfermedades menores, a fin de que hicieras lo que no podría una persona sana y bien nutrida, *para esto.*

Quisiera que se interpretara esto como una señal segura. Mas esta generación árida y perversa no entiende nada. Pero ¡estad alerta!, ¡*que el Señor no haga un gesto de castigo! Puedo hacerlo, si quiero.* Y sé que te dejaría contenta, pequeño Juan, mi pequeño amor. Podría llevarte conmigo *y dejar que estos*, que no tienen respeto ni fe o que tienen apenas un vislumbre de fe y de respeto, *se afanen por recoger las migajas de lo que estaba dispuesto a darles,* pues son migajas si se considera la mole de la tarea que tendría que hacer cumplir.

Tú no eres nada. Pero, Yo he penetrado en esa "nada" y he dicho: "Observa, habla, escribe". Esa nada se ha convertido en mi instrumento. *Y lo que es mío siempre es una cosa consagrada y debe ser tratado como cosa consagrada.*

Escucha esta parábola:

[140] Recibirá esta visión el 21 de diciembre.

Un orfebre posee varios cálices de plata: algunos están repujados y tienen artísticas incrustaciones de oro y de piedras; otros basan su hermosura sólo en el metal liso y en la forma elegante de cono invertido, como si fuera la corola de un lirio sobre un tallo sutil.

Llegan compradores y observan. Hay muchos señores pudientes que compran esos cálices para sus suntuosas moradas. Eligen los más bellos, los repujados, completamente cubiertos de incrustaciones y gemas, y se los llevan. Por último, un humilde sacerdote compra con el óbolo de sus feligreses, un sencillo cáliz de plata. Es el más simple, humilde como lo es él y como lo es la iglesia en la que es párroco; humilde como la pequeña suma recogida con las dádivas y acumulada moneda tras moneda.

El pobre cura se va con su tesoro. Se regocija pensando que Jesús descenderá con su Cuerpo y con su Sangre, con su Alma y Divinidad, en ese cáliz nuevo, más digno de él –que es el Santísimo- que el otro, ya deteriorado por innumerables años de uso. Está impaciente esperando que llegue el domingo por la mañana para poder usarlo, para apoyarlo sobre el mármol sagrado y pronunciar las palabras santas: "Este es el cáliz de mi Sangre…". ¡Oh, qué santo es ese cáliz para sus ojos y para los de los que creen, porque en él la fe ve la Sangre de Jesucristo, el Salvador, el Verbo de Dios, el Hijo del eterno Padre! ¡Ese cáliz no resplandece por la plata nueva y reluciente sino por toda la Luz que encierra en él!

Dime pues: si un ladrón penetra durante la noche, sea en las ricas moradas a las que fueron llevados los magníficos cálices, sea en esa iglesia donde, en un modesto armario está guardado el sencillo cáliz que espera ser usado al alba en la Misa cotidiana, ¿cuál será el robo mayor? ¿Lo sería acaso, el de los espléndidos cálices? No, sería este último, porque ya ni es robo: es sacrilegio. Al descender en ese cáliz, Yo lo he ennoblecido con una nobleza que va más allá de todas las noblezas, que es superior a todas las noblezas derivadas del precio, la ejecución, la materia, la hermosura. Es sagrado porque Yo lo he elegido y, por lo tanto, *debe* considerarse sagrado y usarlo como debe usarse una cosa sagrada, es decir, con respeto.

El que tiene oídos, que oiga.

Ahora basta, el pequeño Juan está agotado y, aunque está más contento porque ha obtenido algo (¡eres una incomparable pordiosera!)…, está aún más agotada. Acuéstate, en paz.

Aprende a saludar como te enseñé (3-11). Lo haces muy raramente y te olvidas siempre de comenzar de este modo tus cartas. Recuérdalo.

Que mi paz sea contigo>>,

Tiene razón. Me olvido de hacerlo a pesar de que me gusta mucho. ¡Soy una desmemoriada!

Me disgusta mucho advertir que Jesús está descontento. Está descontento por algo que sucede en el ambiente más cercano a nosotros, de eso estoy segura.

¡Qué prisa tengo por "ver" esa nueva escena de su infancia! ¡Oh, mi Jesús!… para que pudiera escribir esto me ha hecho empezar antes de que rayara el día, porque después ya no hay más libertad. Ahora son las 8 y comienza el ir y venir…

28 de noviembre de 1944

Sigue el exilio y sigue el silencio (para los demás). Luego le diré personalmente lo que me ha dicho Jesús a este respecto. ¡No hay peligro de que lo olvide! Pero es algo que debe decirse personalmente, algo demasiado delicado como para confiarlo a un escrito. Sé cómo debo comportarme.

La semana pasada no pude hacer de ningún modo la Hora de la Dolorosa. El viernes fue ese… delicioso día que le escribí. Debido a ello, el sábado estaba agotada y por la noche caí en un sopor que sólo terminó al alba en cuanto a letargo absoluto pero que, como aturdimiento, se prolongó casi hasta las 8 de la mañana del domingo. Y por eso no pude hacer nada. Lo lamento porque, desde que soy Servita[141], nunca he dejado de hacer esta compañía a la Virgen Dolorosa.

[141] Es decir, "Terciaria de la Orden de los Siervos de María, también llamados Servitas.

29 de noviembre de 1944

Le hago una pequeña crónica penosa. Y siento la necesidad de aclararles que, probablemente, le parecerá pueril. Pero no es así para mí que, desde hace años, conozco la veracidad de mis sueños.

Hace ocho días, es decir, el 22 de noviembre, justo en esa noche anterior a la ida de Marta a Lucca para informarse acerca del permiso de transporte para nuestro regreso, durante la breve somnolencia que precede al alba, sueño que camino (a pie) por Viareggio junto con Marta y que encuentro por la calle al Padre Pío[142], o a un franciscano (pero para mí era al Padre Pío), que me mira y dice como hablando consigo mismo: "Pero, ¡qué amargura!, ¡haberse acostumbrado a la idea del regreso y tener qué aguardar tanto!". Un poco resentida y emocionada, me vuelvo y pregunto: "¿Qué dice?". Me responde: "No tiene importancia. Decía que es amargo acostumbrarse a la idea del regreso y tener que aguardar tanto". Lo dice dos veces y luego desaparece.

Me despierto agitada y le digo a Marta: "Verás que no obtendrás nada". Marta responde: "¡Pero no!, Padre Pío ha venido a decirte que el atraso ha sido amargo pero ha terminado". Pero insisto: "No, no; verás que el atraso comienza ahora. Le vi demasiado triste mientras pronunciaba esas palabras. Sentía compasión por mí".

Marta va a Lucca… y se entera de que no se puede partir hasta después del 30 porque han negado los permisos. *¡Y va uno!*

Pasan dos noches. Tengo otro breve sueño; es el 24 de noviembre y en el sueño me parece que voy yendo hacia Viareggio y que sigo, o mejor, precedo, en el camión que transporta los muebles. Pero hay todo tipo de obstáculos que hacen que el camión se retrase y, al final, no puede proseguir. Veo frente a mí un toro furioso, me salvo a duras penas refugiándome en una casa, que es la de la Señora Sacconi de Viareggio. La señora se queda asombrada de que yo haya podido transitar por la Vía Aurelia pues me dice que "siempre está estremecida por los cañonazos". En efecto, se oye el cañón. Me dice además: "No es prudente estar aquí. Yo, ya que estoy, me quedo. Pero el que pertenece a otra zona, es conveniente que esté fuera de aquí". *¡Y van dos!*

Pasan otras dos noches. Ayer por la noche (era 27) sueño con una hermana de Giuseppe que murió hace muchos años y con la que yo nunca había soñado, ni de viva ni de muerta, a pesar de que había estado con ella durante dos años y que la quería mucho. En el sueño me parecía que yo estaba esperando a Irma o a María para partir con ellas a Viareggio (se trata de las otras dos hermanas de Giuseppe, que viven aún, una en Vigevano y la otra en Mirandola). Pero no llegan ni Irma ni María. En cambio, veo que entra Amelide, la hermana muerta. Me sorprendo y digo: "¿Tú aquí…? Yo estaba esperando a Irma o a María para partir". Me responde: "Ellas no pueden venir. Yo puedo ir adonde quiero. Toma, te he traído estos dos panes porque te vendrán bien. *Tienes qué esperar todavía dos tiempos (subraya mucho la palabra "dos").* En efecto, me da dos panes, aproximadamente de medio kilo cada uno. Uno es apetecible, está intacto. El otro está medio estropeado y mordisqueado. *¡Y van tres!*

¡Y qué decir de esta noche!… Es la noche entre el 28 y el 29. Ayer el sopor me había tumbado ya a las 17 y 30, haciéndome sufrir muchísimo, y luego terminó hacia las 20 y 30. Seguí sufriendo y agitándome casi hasta media noche. Luego me quedé dormida y me desperté cuando acababa de tocar la una. Me parecía que tenía que partir para Viareggio porque habían bombardeado enérgicamente Pontedera y toda la zona era insegura. De pie delante de la ventana de ese cuarto, le decía a Marta: "Para estar poco seguras aquí, da lo mismo estar poco seguras en Viareggio; vayámonos allí. Al menos estaré en mi casa y tendré cerca al Padre Migliorini".

Una voz masculina me dice desde la puerta: "No puedes ir allí". Me vuelvo y veo, erguido en el umbral, al Padre Giuseppe Giurlani, el ex párroco de San Paolino[143], que murió varios años atrás. Avanza sonriendo,

[142] Se refiere al Padre Pío de Pietrelcina (1887-1968) de S. Giovanni Rotondo que recibió los estigmas y del que la escritora era muy devota.
[143] Era la parroquia en Viareggio de la escritora.

con suma naturalidad, y repite: *"No puedes ir allí.* No lo permiten porque bombardean frecuentemente, *en especial en tu zona*. Los cañonazos están dirigidos casi siempre hacia el rectángulo encerrado entre la plaza del Hospicio o de la fuente y la Vía Aurelia (los lados cortos) y la calle Vespucci y la calle Mazzini (los lados largos). Bombardean especialmente esa zona y tú, en tu estado y con un corazón tan enfermo, no puedes ir allí. Siempre te he querido mucho porque eras una de mis mejores feligresas y no quiero que te pase nada malo".

"¡Pero dicen que son proyectiles pequeños y que causan poco daño!".

"¡Ah, no!, ahora se trata de proyectiles de gran calibre y donde caen… dejan muerte y ruinas. Los últimos han caído justamente cerca de tu casa, en el triangulo formado por el chalé de los Andreotti (en la calle Veneto, frente a la calle Raffaelli), la casa de Sanminiatelli (en el fondo de la calle Leonardo da Vinci) y la casa de los Soccani (también en la calle Leonardo da Vinci). ¿Quieres que se te arruinen todos los muebles, después de haber gastado tanto para salvarlos?".

"Pero el Padre Migliorini me escribe que vaya tranquilamente porque no hay peligro y otros me dicen que son cosas de poca importancia".

"Que te digan lo que quieran. *La verdad es la que te digo yo.* ¡Pobre María!, entre todos los que te rodean, no hay uno que te diga la verdad. Unos no la dirán por un motivo y otros por otro. Pero yo no tengo ningún motivo en especial. Te quiero porque lo mereces y quiero defenderte. Hazme caso. Ten paciencia. ¿Qué puedes hacer? Te has quedado tanto tiempo aquí… quédate todavía un poco. Y, además, *no te dejarán entrar. El gobernador no quiere víctimas humanas".* Me bendice y desaparece.

Me despierto llorando. Y no logro quitarme esta impresión, hasta el punto de que le cuento el sueño a Marta apenas se despierta y luego, a las 11, se lo cuento al Señor Lucarini y a las 15 a su mujer.

A las 17 llega de Lucca Enzo Lucarini. Había ido allí para solicitar el permiso del camión. Nos trae noticias de los bombardeos, que han causado ruinas y víctimas, en la zona vecina a mi casa, en las calles Vinci y Fratti y dice que no ha hecho ningún trámite porque personas serias, de las que puede afirmarse con seguridad que no son exageradas, se lo han desaconsejado. Entre ellas, estaba también el Padre Fantoni.

Me quedo triste y desalentada…

… y a las 20, Marta me anuncia la muerte del Doctor Lapi…

Esta noticia la trajo el viernes 24 el Doctor Winspaere, , que fue su colega y amigo y en cuyos brazos murió. Fue él quien aconsejó que me lo dijeran con cautela, dado mi estado. El mismo Dr. Winspaere no tuvo el coraje de decírmelo. Murió en Córcega, en una emboscada, el 26 de octubre de 1943, *veintidós días después de mi mamá…*

¿Recuerda, Padre, cuando le decía que no iba a quedar impune la angustia que el doctor me causó por descuidar a mamá hasta el punto de provocar su fin, entre graves sufrimientos, porque mostró evidente negligencia tanto en diagnosticar como en curar la fractura costal que sufrió mamá el 5 de diciembre de 1942? En enero de 1943, también él se fracturó una costilla y allí empezaron los castigos (por haberse alejado de su puesto sin autorización) y todo lo demás: Córcega, la muerte…

Siempre he rezado por él, persona buena y muy humana; por él, que no estaba entre los peores, ni como hombre ni como médico. Y más aún he rezado por su niñito, al que adoraba, y por su pobre mamá, que ya ha perdido dos hijos en la guerra de 1915-1918 y que encontraba absoluto consuelo en su Lamberto. Pero hacía meses que yo venía soñándole (he soñado con él 5 veces) y siempre le veía tan demacrado, macilento, envejecido, encorvado, triste, que había tenido la certeza de su muerte y de su purgatorio (al menos, esperemos que esté en el Purgatorio). Ahora rezaré para que descanse en paz.

Me duele pensar que no lo veré más. Para mí era como un hermano. Por nueve años me curó con paciencia y amistad. Y, en verdad, también con provecho. ¿Quién se habría comportado como él? ¡Cuántas veces se interpuso entre mamá y yo para calmar sus delirios, que agravaban mi estado! Lo hizo también 6 días antes de partir. Su antipatía por mamá se debía al hecho de que él, *más que todos los demás* por ser médico, comprendía que por lo menos el 60% de mi mal dependía de la tortura moral que yo había sufrido desde la infancia debido al carácter de mi madre. Pero, aun así, yo no quería que la descuidara, porque su vida era entrañable para mí. Era un tormento que era también mi amor…

Me duele también que por su lentitud, Padre, lo haya dejado sin interrogarle sobre mí y sin hacer que le diera un certificado. ¿Qué otro médico puede hacerlo del modo exacto en que lo habría hecho Lapi, que vino por nueve años hasta más de tres veces por día y que conocía cabalmente mi mal, sus aspectos, mi paciencia tanto en lo que se refiere a los sufrimientos que me producen los muchos males que me atormentan, como en lo que se refiere al ámbito familiar y de las amistades que me rodean, como zarzas entre espinas? ¿Eran un enmarañado zarzal? Lapi sabía todo esto. Y, dado que era muy honesto, habría podido exponerlo de modo exhaustivo.

Ahora ha muerto. Y así se ha perdido también esta prueba, del mismo modo que tanta correspondencia que Ud. me ha dejado destruir, porque esperó a decir que le interesaba cuando yo estaba quemada. Muchos de mis amigos han muerto. Y son pruebas que faltan. Pero son pruebas para quienes las pruebas sirven sólo probar su falta de fe.

Basta… de lo contrario, me desmayo. Estoy muy mal.

2 de diciembre de 1944

Ha venido el Padre Pennoni; acaba de irse en este instante.

Con referencia a mis especiales reflexiones a su respecto, Jesús me dice con una hermosa sonrisa:

<< ¿Ves que tengo razón? María mía, las almas se presentan más desengañadas y llenas de elementos contradictorios que una madeja que haya caído entre las patas de un cachorro, que la enreda y la desgarra. Para poder devanarla y utilizarla, hay que quitar, con paciencia y caridad, todos los restos recogidos por el suelo y también los trozos de lana inútiles y rotos. Algo se pierde, pero no es mucho. Por el contrario, si dijéramos: "¡Oh, es un trabajo demasiado complicado!" y nos desembarazáramos de ella, se perdería todo.

Ya sé que, a ciertos caracteres, otros caracteres los chocan y raspan. Pero ¿dónde dejamos la caridad? ¿Y no recuerdas ese otro elemento que te nombré? Piensa, piensa, no dejes de pensar, pues ése es el que lleva a los hombres, movidos como por improvisos delirios o momentáneas hipnotizaciones, a cometer actos que significan dolor para otros hombres.

Ya lo vez, es muy joven. Te pido que le sumerjas en tu mundo, que es el mío, hasta hundirle en él para que se impregne y surja así como un hombre nuevo, como un sacerdote nuevo, del modo que Yo quiero que sean mis sacerdotes.

Ve en paz. Te bendigo>>.

6 de diciembre de 1944

Estoy cada vez peor. Desde hace tres días, el dolor en la región esplénico-renal izquierda es tan terrible que me arranca gritos cuando me muevo mientras que, si estoy inmóvil, es como si un perro me royera las entrañas o como si allí hubiera un enorme absceso. Hasta se me ha hinchado toda esa zona. Además, desde ayer tengo dolores aún más agudos en los dos pulmones, de modo que respirar me es sumamente difícil y penoso. Ayer, precisamente a las 15, tuve un momento de desazón… y lloré pensando que quizá tenga que morir aquí, sola y lejos de mi casa…

¿Por qué está Ud. tan lejos? ¿Por qué he consentido en venir aquí? ¿Que piedad me ha sido concedida por este sacrificio que hice por los demás? Ahora que estoy así, aislada y gravemente enferma, los otros se han ido y ¡sanseacabó! ¡Pero, paciencia, vayamos adelante!

Menos mal que sigo entre los brazos de Jesús. Poco antes, hablándole, me lamentaba: "¡Oh, Señor!", le decía, "estoy cada vez peor. Tú ya no me dictas nada porque te apiadas de mi estado. No tenemos más libertad. Y no existe ni siquiera la más mísera esperanza de poder irme de aquí. ¿Qué haremos?".

Me atrajo a Sí -¡oh, cuán dulce gesto!- y me dijo: "Ponlo todo en mi rústica cuna de Belén. Sientes tanto frío. Tienes tantas espinas. Estás tan molesta. Estás tan sola. Sufres tanto. Dame tu frío, tus espinas, tus molestias, tus soledades, tus sufrimientos. Colma de ellas mi pobre cuna. Por el contacto con el Niño Dios, se

convertirán en gracias y bendiciones. Quiero que ellas colmen toda la cuna. Porque el mundo tiene necesidad de gracias de amor y de misericordia. Yo quiero inundar el mundo de misericordia. Y esa misericordia debe rebosar de mi cuna. Mas, en realidad, es el amor y la generosidad de mis almas víctimas, de las almas que son en verdad mis esposas, lo que colma la cuna. Ve en paz. Yo estoy contigo".

Y entonces… vayamos adelante. Pero ten piedad, Jesús. Ten un poco de piedad también por nosotras, las víctimas. Tú has tenido al Cirineo y a las mujeres pías[144], has tenido a la Verónica y el amor de tu Madre y de Juan. A mí dame, al menos, a mi Director y mi casa. Hazme morir junto a él y en esa casa. Y luego haz de mí lo que quieras, cuanto quieras, como quieras.

7 de diciembre de 1944

Como respuesta a la carta recibida hoy a las 15, hacer leer los siguientes dictados: de 11 de octubre, del 6 de noviembre, del 25 de noviembre y del 6 de diciembre.

En las últimas horas del 7 de diciembre.

La Madre responde a mi sufrimiento por la carta del Padre Migliorini apareciéndoseme bella, dulce, etérea en su níveo atavío. Y me dice: "¡Pobre hija mía, es nuestro destino de víctimas! Ninguna otra mujer fue tan incomprendida o más incomprendida que yo ni recibió tantos o más reproches de parientes y sacerdotes. Pero imítame: obedece a Jesús. Nadie es superior a Él". Y se queda conmigo hasta que mi dolor se calma.

8 de diciembre de 1944

Escribo al Padre Migliorini la carta que adjunto aquí[145]. Esperemos que la comprenda definitivamente.

Ahora siento la cabeza y los pulmones congestionados por el esfuerzo. ¡Jesús bien sabe que no puedo hacer nada en este estado! Pero los demás no saben nada…

10 de diciembre de 1944

Ayer noche le escribí la carta que espero le entreguen hoy y ruego a Dios que le ilumine para que la interprete poniéndose en nuestro lugar, es decir, en el lugar de quienes están recluidos aquí, necesitados de aclaraciones que sólo Ud. puede darles y muy pero muy decepcionados por su sibilina* respuesta del 6 del corriente, que en verdad nos ha asombrado y desmoralizado. Después de haber escrito esa carta, caí en un sopor sumamente penoso. ¡Cómo sufro ahora cuando vienen! ¡Sufro especialmente si tengo que luchar contra el sopor porque hay gente… etc.! He salido de ese sopor a las primeras luces del alba. Enseguida me he puesto a rezar y ha llegado Jesús.

Jesús ha empleado este periodo de pausa que llamaríamos pública, para dar una instrucción privada a su pobre María. Indico de dicha instrucción *lo que quiere Jesús.* Lo demás es un secreto mío y queda en mí para siempre.

Esta mañana Jesús responde de este modo a mis reflexiones impregnadas de desconsuelo porque me siento incomprendida.

<<Aun las personas más buenas cometen errores. Sólo Dios es perfecto. Y aun así, los hombres han pretendido encontrar imperfecciones también en Mí y sistemáticamente diría, han dado significados diversos

[144] Mateo 27, 32; Marcos 15, 21; Lucas 23, 27.

[145] No se encontró ninguna carta adjunta al cuaderno.

* sibilina = misterioso, oscuro con apariencia de importante.

de los reales a cada una de mis acciones. Por eso he enseñado este criterio: "No juzguéis"[146]. Piensa, alma mía, que los hombres son tan incorrectos y están tan impregnados de soberbia –y lo están aun sin quererlo, es más, aun sintiendo repugnancia por ello- que se atribuyen el derecho de adjudicar a Dios acciones que, en verdad, han querido ellos y no Dios y que, si hubieran sido queridas por Mí, habrían justificado las críticas de los hombres, pues se trata siempre de acciones de índole injusta y de consecuencias deletéreas. ¿Cuándo los hombres llegarán a entender y a creer firmemente que Dios es Bondad, Paciencia, Justicia, Amor, aun en las cosas más insignificantes?>>.

Después de esta lección, me quedo pensativa. Y luego yo, que odio hacerle preguntas a Jesús, me atrevo a repetirle una. Me gusta que Él, de modo absolutamente libre, me instruya como quiere y acerca de lo que quiere, pero el Padre Pennoni, la vez pasada, insistió sobre esto. Si se tratara de otro, pasaría por alto el tema. Pero siendo él…

Jesús sonríe con una sonrisa buena pero grave y dice:

<<Si esas personas son *verdaderamente* religiosas, deben encontrar alivio aun a su dolor más agudo, en la certeza de que sus cuatro parientes muertos trágicamente, murieron en la gracia de Dios. He dicho: el dolor *más agudo*. (Escríbelo claro) El dolor humano es de brutal intensidad. Les arranca gemidos hasta a los santos. Los que escuchan los desahogos de los supervivientes y tiene como misión consolar, (escribe lentamente pero, sobre todo, escribe claro) tendrían que considerar esto siempre.

El dolor más agudo es el espiritual. Y es intensísimo en quien no ha muerto para lo espiritual, porque siempre se ha nutrido de espíritu. En él, a la pena humana por haber perdido una ayuda y un afecto, se une la de la incertidumbre acerca de la suerte eterna del difunto. No es así en este caso. *Que se aplaque el dolor por la certeza de que volverán a reunirse en la eterna bienaventuranza.*

Mas dile a quien ha solicitado esta respuesta que no sea un piloto incapaz, un timonel que olvida las normas más elementales de la navegación (escribe lentamente, pero escribe claro). Un alma trastornada por una trágica conmoción puede compararse a una nave en medio de la borrasca. Necesita ser ayudada y aliviada de su peso, sin que se impreque por su incapacidad de huir de esa borrasca y entrar en aguas más tranquilas. Pues bien, ¿qué comandante sería y qué timonel, el que sólo supiera obstaculizar aún más el rumbo de la pobre nave con maniobras teóricas y no siempre exactas y, a veces hasta dañinas, especialmente en ciertos casos? Si en lugar de recoger las velas las desplegara, ¿acaso no dejaría aún más la pobre nave a la merced del viento? Si en lugar de aligerarla para que pudiera huir más velozmente de la borrasca, la sobrecargara diciendo: "Así tendrá más estabilidad", ¿acaso no determinará su naufragio? Lo mismo sucede con las almas en la tormenta. Hay que aliviar su peso, *hay que comprenderlas en sus reacciones y en sus necesidades. No hay que aumentar su extravío con injustas condenas.*

¡Oh, cómo se condena fácil y rápidamente! ¿Acaso Yo mismo no he sido condenado más y más veces como si hubiera sido un demonio?[147] Es fácil decir: "Estás endemoniado". Mas, ¿no lo estará, en cambio, el que así acusa y falta a la caridad y la justicia?

Una vez más tomadme como ejemplo a Mí, que soy vuestro Maestro. Marta y María, trastornadas por el dolor, le reprochan a Jesús que no haya acudido con la debida solicitud para impedir la muerte de Lázaro. ¿Las reprocho por eso? No: *las acaricio y las consuelo*[148]. *Sé comprender y comprender las almas trastornadas. Aprended.*

Probablemente, quien te solicita esta respuesta, te preguntará además cómo se puede dar alivio a esa pobre alma en la tormenta. ¡Oh, es facilísimo! Se lo puede hacer *pidiendo sufrir para aliviar su sufrimiento y darle la paz y la luz. Hay que cargar con el peso ajeno, crucificarse en las cruces ajenas para descargar a los demás del peso y para bajarles de la cruz.* Yo lo hice. Hacedlo también vosotros.

Y ahora basta. Descansa en mi paz y apacigua el sufrimiento que siente Jesús por tantas culpas y faltas humanas, cantando, como un pajarillo dichoso ante un sol resplandeciente, la canción de cuna de mi Madre. El sol ya lo tienes: soy Yo. Te bendigo>>.

---

[146] Mateo 7, 1; Lucas 6, 37.
[147] Juan 7, 20.
[148] Juan 11, 20-34.

Nota mía: El Padre Pennoni me había hablado de este caso aquel desdichado 8 de noviembre. Por 32 días, Jesús siguió callando a este respecto. Sólo esta mañana ha hablado.

13 de diciembre de 1944

Santa Lucía, a la que le he rezado tanto para que me trajera el regalo del regreso, me trae en cambio una visión celestial, que comienza cuando digo el Rosario y las oraciones de Fátima junto con Marta.

Aparece un cielo nocturno cuajado de estrellas. Es un hermoso cielo de Oriente, en cuyo oscuro zafiro brillan manojos de luminosos astros. En el paisaje nocturno adormecido, se ven casitas silenciosas y cerradas, en primer plano hay una casi cuadrada, con su terraza y una especie de cúpula, tan nítida que podría dibujarla con sus más mínimos detalles, si fuera capaz de dibujar. Es un paisaje ligeramente ondulado como si se tratara de un acogedor valle entre colinas.

Del cielo desciende un cortejo de ángeles de luminoso candor, son incorpóreos y, sin embargo, resultan visibles a los ojos humanos. Son hermosísimos. Describen una curva así[149], dirigiéndose del cielo hacia la Tierra, hacia la pequeña ciudad quieta y adormecida, y la noche se hace más luminosa por el resplandor de los cuerpos angélicos. Los dos primeros, de belleza inefable, descienden velozmente pero sin mover las alas, con las manos cruzadas sobre el pecho y el rostro, vuelto hacia la pequeña ciudad, resplandeciente de amor sobrenatural. Detrás de ellos, van todos los demás. ¡Son un número incalculable!…

No sé si la música que producían se debía al sonido causado al hender la atmósfera o a su palpitar de amor; probablemente, se debía a ambas cosas juntas. No era, por cierto, un canto material, es decir, hecho de palabras, cuerdas vocales, úvula, arte. Siendo de índole sobrenatural, era infinitamente e indescriptiblemente hermoso… No puedo retener este canto no humano. Me colma el corazón, exalta mi espíritu, anula todas mis penas, pero no logro repetir ni siquiera una nota. Pienso –en realidad no sé por qué- en ese canto que mi San Juan dice que será cantado solamente por los que sigan al Cordero, por los 144,000 salvados que no se mancharon con la sensualidad[150]…

La cándida y armoniosa cohorte celeste recorre una y otra vez su parábola, que une el Cielo con la Tierra. La veo desaparecer tras haber rozado apenas la Tierra y luego volver a descender como si con sus vuelos trazaran una rueda desde el trono de Dios a la pequeña ciudad…

…y Jesús sin aparecérseme, me dice… "Pues bien, que a tu sufrimiento sea dado el primer consuelo del tiempo navideño: el canto que invadió todos los horizontes la noche en que nací. Henchidos de su amor, los ángeles cantan 'Paz en la Tierra a los hombres de buena voluntad'. Te cantan la paz para ti. Goza de ella. Te bendigo".

Y yo agrego que ahora, 24 horas después, es decir, en la noche del 14 de diciembre, aún sigo sumergida en la beatitud de esa resplandeciente visión angélica, pacífica y armoniosa… y me invade también otra dicha –es una dicha menor, pero siempre es una dicha- porque en mi brevísimo sueño he soñado una cosa gozosa, como una promesa de algo que iba a suceder en los próximos 10 días. No recuerdo a qué se refería y a quién la había hecho porque Toi[151] me ha despertado tan de sobresalto que no he podido ver cómo seguía ni recordar exactamente. Pero no sé… guardo en mi corazón también esta chispita de alegría.

No diga: "¿Pero ahora ésta cree en los sueños.". Desgraciadamente, lo ve Ud. por sí mismo que los sueños del 22, del 24, del 26 y del 28 de noviembre han sido más que confirmados los hechos. Ya sé por experiencia, desde niña, cómo se me anuncia el futuro en sueños.

[149] La escritora ha trazado en el cuaderno una línea curva, cuya trayectoria va de arriba a abajo y de derecha a izquierda
[150] Apocalipsis 7, 4.
[151] La perrita de la escritora.

15 de diciembre de 1944

Dice Jesús:

<<Hay mucha gente, demasiada gente, que cree lícito alzar la voz en mi nombre para hablar a sus hermanos. Es fácil dárselas de doctor. Mucho más difícil es hacer el papel de alumno y más difícil aún el de alumnos pacientes y, en fin, es peligroso hacer el de alumnos obedientes a todos los doctores.

No te asombres porque digo esto. La obediencia es santa, pero nunca debe dejar de ser inteligente. No sólo: también debe pedirse a la Inteligencia que ilumine la inteligencia del individuo, que la guíe: "Veni Creator Spiritus, mentes tuorum visita… Deus qui corda fidelium Sancti Spiritus illustratione docuisti, da nobis in eodem Spiritu recta sapere et de ejus semper consolatione gaudere…"[152]

¿No os he dicho muchas veces a todos vosotros, a través de lo que dije a los apóstoles y discípulos, que en cuanto a las cosas superiores y en todo lo superior a las cosas ordinarias, tendríais como Maestro y Guía al Espíritu Santo? Se reza muy poco a este inefable Amor, a esta luz divina, a esta Inteligencia perfecta, a esta Tercera persona nuestra, que crea y completa la uniforme y triniforme Naturaleza.

Pequeño Juan, ¿sabes qué es lo que te ha hecho merecer tanta luz? Ha sido, por cierto, el amor a tu Jesús, pero también, y en alto grado, tu gran amor al Espíritu Santo. Lo recibiste de manos de un santo mío[153] y vino a ti plenamente, obrando en ti, en quien halló el terreno propicio para crear la 'gran planta que se eleva hasta el Cielo y en la que los pájaros hallan amparo, alivio y alimento'; la planta cuyas raíces penetran en lo más bajo: en el humilde y sincero conocimiento de ti y de tu nada; la planta que se nutre del único humus verdaderamente propicio a esta planta de santidad: la humildad, la planta cuyo follaje tiende hacia el Amor, ese Sol que calienta, y se ramifica hacia un ámbito cada vez más vasto, para ser amor hacia sus semejantes.

Debido al amor que le has profesado desde tu primer encuentro con Él, el Espíritu Santo te ha amado con especial amor, te ha protegido y formado, ha enmendado tu parte humana, te ha salvado, guiado, elevado. Te ama. Vives en su rayo de luz. Que esta certidumbre que te doy, te consuele siempre y te regocije. Eres en verdad hija de nuestra Trinidad por habernos amado a nosotros, Tres y Uno: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, como pocos cristianos nos han amado. Y, por eso, te hemos amado; por eso te amamos.

He dicho al principio que, si es fácil hacerse los doctores, es difícil hacerse los escolares. Y, sin embargo, la mayoría de los hombres hacen ambas cosas y las hacen mal. Todos quieren ser doctores. Casi todos saben hacer mal de escolares: muchos, porque no obedecen ni a los hombres ni a la luminosa palabra que Dios les inspira; otros porque obedecen supinamente a los hombres, sin consultarme antes a Mí. No lo hagas nunca.

En cuanto a los doctores… ¡Oh, cuántos Elifaz, cuántos Bildad, cuántos Sofar hay en la Tierra! ¡Y qué bien saben alzar la voz, amenazadoramente, contra los pobres como Job[154]! ¡Mas ellos, ellos, si se encontraran en la situación de Job, estarían más atemorizados y petrificados que un pollito hipnotizado por una serpiente!

¿Te acuerdas, María, de Zacarías, ese pariente mío que, con ridículos atuendos de doctor, decretó que era justo que Jesús creciera en Belén y como apoyo de su tesis enunció la posibilidad de educarle él mismo? Piensa: ¡Jesús, la Sabiduría del Padre, nacido humanamente de la Esposa del Espíritu, había de ser educado, necesitaba ser educado, por un hombre!… ¡Cuántos Elifaz, Bildad, Sofar y Zacarías hay en la Tierra! ¡Cuántos hay que quieren reemplazar a Dios!

A ti te digo la frase que, en nombre de Dios, se decía a los consagrados de Israel: "Camina delante de mí, camina por mi senda y prosigue"[155].

Ve en paz. Yo estoy contigo.

---

[152] "Ven, oh Espíritu Creador, visita la mente de tus fieles… ¡Oh Dios!, que has instruido el corazón de los fieles con la cruz del Espíritu Santo, concédenos discernir cuál es el bien según el Espíritu mismo y gozar siempre de su consuelo…" Trozo del himno en honor del Espíritu Santo y de la oración para dicha fiesta, según el misal que se usaba en la época de la escritora.

[153] Se refiere a Andrea Carlo Ferrari (1850-1921), cardenal, arzobispo de Milán desde 1894 hasta su muerte. Juan Pablo II lo proclamó beato en 1987. Suministró la Confirmación a Martía Valtorta el 30 de mayo de 1905.

[154] Job 4-31, passium.

[155] Génesis 17, 1.

Escribe la hora de este dictado: son las 10 de la mañana del 15 de diciembre. Ruega por el mundo y espera. Te bendigo>>

16 de diciembre de 1944

¡Recibo tu beso!… ¡qué beatitud!…

18 de diciembre de 1944

Dice Jesús:

<<Pues bien, doctores que no habéis medido con la justa medida la tremenda prueba de mi María y habéis considerado pequeña su tortura, que no puede llamarse "infierno" y que os escandalizáis de oír definir "maldición", ¿qué os ha parecido estar en ayunas de mi palabra? ¿Habéis comprendido el porqué de este ayuno? ¿Queréis merecerlo aún? Hablad, pues. Hablad teniendo en cuenta que nadie fue tan afectado por él como mi pequeña voz.

Se os puede comparar con esos guijarros que están lejos de la rústica cuenca de la fuente alpestre y son regados y adquieren brillo por las salpicaduras de la fuente que brota de la ladera de la montaña; en cambio, María es la cuenca que recibe todo ese flujo que la colma y la hace resonar y existe por eso. Y si la priváramos de eso, sería una cosa desolada, cuya existencia no tendría objeto alguno.

Sin embargo, vivió su hora de tortura cuando, para mis fines y su formación, la privé de mi Palabra. Porque debéis saber que las almas que se donan a Mí son como el hierro, que el fuego hace dúctil y, por tanto, deben dejarse elaborar, plegar, afinar, en todo sentido y según mi Voluntad; deben ser dóciles en recibir para dar y dóciles al quedar sin su tesoro, es decir, sin Mí; deben ser dóciles tanto en el tener sólo para sí mismas como en el tener y no poder guardar para sí ni siquiera el eco de una sola palabra, es decir, no poder retener la dulzura que deja mi Palabra, que es semejante al dulzor que queda en la lengua después de haber chupado un panal rebosante de miel; deben ser dóciles al retomar su misión. Debéis ser dóciles siempre, ¡oh amadas, dilectas almas que mi amor tortura para hacerlas cada vez más suyas, que tortura por vosotros: para hacer que vosotros seáis un poco más míos!

¿Qué os ha parecido mi silencio? ¿Ante él no habéis recalcitrado, encabritándoos como caballos caprichosos y considerando duro este apretado freno que reprime vuestro deseo de tener aún más? ¿No habéis faltado de caridad y justicia dando a este silencio un significado que no tiene, es decir, el de un castigo para el portavoz por un pecado que sólo vosotros suponíais? ¡No habéis faltado de humildad y justicia al no reconocer que os lo habéis merecido por varias razones *y que es justo que os haya sido dado para que entendierais el tormento que se causó a este corazón?* Habéis merecido ese castigo y volveréis a recibirlo *si lo merecéis, es decir, si no usáis como se debe mi don, si queréis convertirlo en materia humana, si tenéis poco respeto del misterio, si desobedecéis mis deseos.*

Aunque le he colmado de personal regocijo, a mi portavoz no le basta, porque ha comprendido qué es el Amor y quiere dar amor, o sea, quiere que la dicha que le colma sea para todos y no sólo para él. Por eso, porque no quiero que mi portavoz siga languideciendo, ahora, tras 40 días de silencio, retomo mi evangelización. Y que con esto se refute también la idea latente en ciertos cerebros de que dicho silencio se produjo por falta de sugestión.

¡Oh mortales presentes, ausentes, lejanos o cercanos!, nada sois para ella. *Sólo Yo existo, sólo Yo*. Aunque fuera la única supérstite* de la raza de Adán en el mundo sería mi "portavoz" para los libros eternos, si Yo lo quisiera. El hombre es un espectro sin poder ni voz en este ministerio. Sólo Dios existe y es el Autor y la Voluntad de este hecho.

¡Oh, si fuerais capaces de entender y de creer! Meditad y mejoraos. Id, Y estadme agradecidos porque he tenido misericordia de vosotros y he vuelto a dispensar el don>>.

* supérstite = que sobrevive.

Oigo una voz dulce, leve, risueña. Sí, el solo oírla colma de leticia. Es la voz del Espíritu Santo, que es la más inmaterial, la más gozosa. Con ella penetran en el corazón luz y delicia, paz y júbilo y se propagan en todo el ser. ¡Oh, plácido beso de esta Voz de Amor!…

A su llamado respondo: "Heme aquí" y pregunto: "¿Por qué has callado por tanto tiempo? ¿Por qué hablas tan raramente?". Entonces me dice:

<<No es verdad que callo ni que hablo raramente. *Yo te hablo siempre.* No callo nunca. Hablo para todos. Hablo solamente a ti. Hablo por boca del Verbo y uso la lengua de María, mi Santísima Esposa, para darte mis lecciones. Hablo por medio de las visiones y armonías que te envío desde el Cielo. Hablo por medio del consuelo y los besos de paz con los que elevo tu corazón a alturas sobrehumanas. Hablo al convertirme para ti en el Amor que cubre los aspectos y las voces del mundo. No hay instante en que no me ocupe de ti. Crees que los Otros vienen a ti. No es así. *Soy Yo quien te lleva a los Otros. Soy* Yo, el Amor. Con los siete dones te fortalezco y te purifico, te hago piadosa y capaz de ver, humilde y docta en ciencias no humanas, te guío y aconsejo, abro tu inteligencia y en ella instilo la Sabiduría, o sea, la reina cuyo Reino es el Cielo.

Ven. Entra. Sumérgete en el Amor. Tienes que estar abrasada para ser capaz de recibir. Tienes que estar limpia para que se transparente la Luz. El labio del Profeta fue purificado por un serafín[156]. El Amor cumple la purificación en las almas que son "portavoces".

Te bendigo para que seas capaz de ser cada vez más "fuerte", fuerte contra todas las insidias que el Insidioso lanza para dañar los instrumentos de Dios y para profanarlos ensuciándolos.

Sé pura y brillante como una estrella. Ve en paz>>.

26 de diciembre de 1944

Escribiré más tarde la crónica de estos 5 días. Por ahora escribo lo que he recibido para el Padre Pennoni

Dice Jesús:

<<Dile en mi nombre: Gamaliel, Nicodemo y Saulo eran "doctores difíciles" e intentaban explicarse lo sobrenatural –que no conocían y que aceptaban sólo teóricamente- por medio de lo natural. Mas cuando les alcanzó mi Gracia porque… porque, aun siendo error, el de ellos era un error sin fondo maligno (lo que Yo no perdono es la malignidad; la malignidad me causa repugnancia), cuando mi Gracia quiso tocarles, el uno fue el que defendió al primer mártir, el otro fue el que me desclavó de la cruz, y el tercero es el que predica mi doctrina entre la gente con la fuerza de un huracán de gracia.

Dile esto y dile que confíe en Mí. *Yo puedo todo lo que quiero. Y lo quiero todo cuando veo humildad, voluntad y rectitud.* Que me ame. *Cuanto más me ame, más comprenderá los milagros de Cristo.* Díselo y que esto sea tu adiós de hermana y mi viático.

Dile también: "Hay un Mendigo que te pide pan y agua para muchos que están hambrientos y sedientos. No te lo pide para Él. Pide tu dolor de hoy. Es Jesús…".

Que vaya y quede en mi paz.

Te bendigo>>.

[156] Isaías 6, 6-7.

27 de diciembre de 1944

Al recibir la Santa Comunión de manos del Padre Migliorini, vuelvo a encontrar un gozo eucarístico que en Compito había desaparecido; es decir, vuelvo a descubrir la presencia visible de mi Jesús junto al Padre Migliorini. Sonrío a mi dulce Jesús vestido de blanco… y mientras rezo el acto de gracias, me pregunto por qué está a la izquierda del sacerdote. Me parece que su lugar tendría que estar a la derecha.

Viniendo al encuentro de mi deseo de aclaraciones, Jesús me responde y dice:

<<En mi actitud hay una enseñanza de fe, de respeto, de humildad, ¿Cómo me ves? ¿Me ves como una presencia gloriosa? No, me ves como Jesús de Nazaret, como al Maestro, como al Hombre.

¿Qué es la Eucaristía? Es el milagro más grande, más santo, de Dios. Es Dios mismo. Es Dios porque en la Eucaristía está el Hijo de Dios, Dios como Padre, Dios hecho carne por el Amor, es decir, por Dios, que es Amor, y por obra del Amor, es decir, por obra de la tercera Persona. Es Dios porque es un milagro de amor y Dios está donde está el amor. El amor es un testimonio de Dios más que cualquier palabra o ruego o acción u obra. Yo, que soy el Autor de este milagreo que testimonia la potencia de Dios y su índole -el Amor-, rindo honor a este milagro *para deciros que es verdadero, para deciros que es santo, para deciros que hay que venerarlo con el máximo respeto.* Jesús-Maestro adora su Naturaleza divina en la Eucaristía. Es por eso que aparezco ante ti como Maestro y no como Jesús glorioso. El Jesús glorioso no podría adorar nada. Por el contrario, están dirigidas a Él las adoraciones de todo lo que existe, porque es el Dios que ha vuelto a su Reino. Mas el Hijo del hombre puede demostrar aún su voluntad de venerar el Arca que me contiene como Dios –el Pan eucarístico- y así lo hago, para enseñaros a hacerlo.

¿Por qué estoy a la izquierda? También esto lo hago para enseñaros. Mientras cumple sus funciones sacerdotales, el sacerdote es digno del máximo respeto. Y os lo demuestra seguramente el hecho de que Yo obedezco su orden y desciendo, como Sangre a lavaros el corazón y como Carne a nutriros el espíritu. Aprended de Mí, que soy humilde, a tener humildad.

Por ahora basta. Reza. Pequeño Juan, escribe todo lo que debes pues luego hay que trabajar. El Evangelio está esperando.

¡Oh, mi pequeño Juan, minúscula perla nacida en el basto mar del dolor pero que, sin embargo, está destinada a ser incrustada, como piedra preciosa, en la corona del Hijo y de la Madre! Cuanto más se han formado en los mares profundos y azotados por violentas tempestades que los agitan hasta el mismo fondo, tanto más son bellas las perlas. Sin estas tempestades, no se abriría el corazón de la ostra y no se depositaría en esa herida el núcleo sobre el cual el dolor incrusta la gema.

¡Y luego están las lágrimas, las lágrimas, María! ¡Cuán valiosas son las lágrimas! *Su valor es menor sólo por un punto al de mi Sangre.* Estáis redimidos por la Sangre de Jesús y las lágrimas de María.

Que mi paz esté siempre contigo>>.

28 de diciembre de 1944

Mediodía

Dice Jesús:

<<Escribe: “Rey santísimo, Corazón adorable, Maestro y Señor mío, te ruego que seas Tú el Rey de mi casa, de esta casa. Que tu Corazón pleno de misericordia derrame en ella sus misericordias y no sólo en ella sino también en quien la habita. Que tu Sabiduría instruya los corazones en la ciencia del Bien, de tu Bien. Y que reine en ella sólo tu Potencia; que ni el pensamiento ni la acción ni el deseo humanos reemplacen nunca lo que Tú deseas. Que desde este momento, y para siempre en el futuro, seas Tú solo El que manda aquí, El que dirige, El que aconseja. Nos damos a Ti en cuerpo y alma. Seremos tuyos, seremos siempre tuyos, para la Tierra y en la Tierra, para el Cielo y en el Cielo. Y tú, oh María amabilísima. Lirio de la trinidad, florece en esta morada con tu sonrisa y el perfume de la gracia, acoge al amparo de tu pureza nuestros corazones, enciérralos en el cáliz de tu materno amor, defiéndenos del Infierno y de sus crueles legiones estrechándonos

contra tu seno virginal, contra tu corazón inmaculado y herido. Madre y Reina, sé nuestra Madre y nuestra Reina. José, fiel custodio de los dos más Santos, custódianos también a nosotros que queremos pertenecer a Ellos. Atento y laborioso guíanos y ayúdanos en los senderos de la Salvación y en los peligros de la vida. Jesús, María y José: con vuestra constante presencia, haced de esta morada una casa de Nazaret. Corazón de Jesús, corazón de María, corazón de José, dadnos vuestro amor, tomad el nuestro, Salvadnos ahora y en la hora de nuestra muerte. Así sea".

Debes repetir estas palabras para volver a consagrar la casa y harás bendecir todos los ambientes, uno por uno. Y recordad, tanto tú como quienes están contigo, que donde estamos Nosotros, no debe haber nada que pueda herir nuestra santidad>>.

30 de diciembre de 1944

Mientras espero que el Señor me ilumine, obedezco sus órdenes, que aún no he podido cumplir completamente.

Hace ya siete días que bendigo vehementemente al Señor porque me ha concedido la gracia de regresar.

Desde el 11 de octubre yo, la impaciente, había decidido acabar con la impaciencia –que no le gusta a Jesús- y, aunque no hacía más que suspirar pensando en el regreso, había renunciado completamente a todo acto que pudiera acelerármelo. Me había dicho a mí misma: "Jesús dice: 'No os dejéis llevar por la impaciencia. Consultadme para saber cuándo llegará la hora'; por lo tanto, no volveré a ser impaciente y lo esperaré todo de Él". Hasta parecía que el regreso me dejaba indiferente y, quizás, me habrá considerado voluble, dado que se me veía tan tranquila. Muchos deben haber pensado que, después de haber dicho pestes de este pueblito de S. Andrea, al final me había acostumbrado a estar allí y ya no tenía prisa por irme. ¡Por favor!, me habría ido arrastrando por el suelo como una serpiente. Pero Jesús había hablado de esa manera y yo esperaba. Me sentía morir en medio de ese hielo, de esa soledad, de esa confusión… Parece una contradicción, pero era así. Era soledad porque mi alma estaba sola. Era confusión porque ya no tenía modo de rezar en paz, de escribir, de estar con Jesús, excepto de noche. Pero yo permanecía callada; es más, intentaba demorar la prisa de otras personas. Mientras tanto, cantaba… por no llorar, para no caer en absoluta desolación, para impedir que ésta, visto que estaba al acecho en todas las partes y en todas las cosas, se abalanzara sobre mí desde todas las direcciones.

Luego, en la mañana del viernes 22, cedieron repentinamente mis fuerzas morales y caí en una abatimiento profundo como no había tenido desde hacía muchos meses. ¡Cuánto lloré ese viernes por la mañana! Lloré y supliqué a Jesús, a María, a todos los santos… Estaba muy desconsolada. Para superar esa hora tremenda, me puse a corregir el fascículo del nacimiento y la infancia de la Madre. Y, ante su sonrisa infantil, se me enjugaron las lágrimas.

Luego a las 11 y 30, he ahí que llegó el Padre Fantoni[157]… y la gozosa noticia del regreso. Fue un júbilo que me sofocó. Ni siquiera pude comer. Se me subió la fiebre más de lo acostumbrado. Preparando las maletas trabajé más que una persona sana, hablé, escribí hasta media noche y mi alma cantaba: "¡Gracias Jesús, gracias María, gracias santos míos, gracias, gracias!". Este "gracias" que repito todavía ahora sin descanso, que creo repetir hasta cuando duermo, porque me despierto diciendo: "Gracias, Dios mío".

Y luego llegó el momento de la partida… y el del arribo. Volví a ver mi casa… Ya había previsto que eso me iba a destrozar los nervios. Lo he previsto siempre. Y no me equivoqué. ¡Sí que se me destrozaron los nervios! Pues, como un río amargo en un lago de miel, se me volcaron en el corazón, todas juntas, oleadas y oleadas de dolor, de todo el dolor que sufrí en esa casa, de todo el dolor que sufrí cuando me arrancaron de allí, de todo el dolor de aquel terrible exilio y también los recuerdos de los días transcurridos, de mamá y

[157] Era el sacerdote de la Orden de los Siervos de María que en el periodo de la evacuación mantenía el contacto entre la escritora y el Padre Miglirini.

papá muertos… tantas… tantas cosas… todo se volcó en ese corazón ya extenuado por la dicha excesiva. Y entonces lloré, lloré, lloré por 24 horas sin poder contenerme.

Ahora no queda más que la enorme paz de estar aquí. Es como si la casa me abrazara… y, junto con la casa, también mis muertos; con ellos vuelvo a encontrar "mi" pequeño Paraíso, el que perdí en abril, y regresan todos, todos, todos, como entonces. Todos regresan para mí.

Esta casa la llamo la casa de mi amor y, en efecto, lo es, Aquí he amado a Dios, le he conocido cada vez más, hasta llegar a mi conocimiento actual, el de portavoz. Aquí he recibido sus primeras caricias, esas caricias que, según creo, me han dejado una señal hasta física. Aquí he aprendido a amar a la Madre como se debe hacer. Aquí me he convertido en el pequeño Juan. Y ahora Jesús me ha consagrado esta casa llamándola "casa de Nazaret".

¡Oh, Dios, es demasiado grande esta alegría y no sé qué puedo darte para retribuírtela! Como no sé qué dar a los que en tu nombre y por tu amor, y con tanta caridad hacia mí, me han procurado tanta dicha. No sé dar más que amor, obediencia, plegarias. Haz Tú el resto, pues Tú eres el Rey.

Lo que en este hecho añade un sabor especial es tu bondad, que diez días antes ya me había dicho: "Dentro de diez días serás…" Iba a ser dichosa, gracias a tu bondad, a la de mi Padre tan deseado y a la de esa alma dulce y fraterna: Sor Gabriella…

Mi santa Teresa del Niño Jesús ha escrito: "Muchas cosas de esta vida no serán leídas en la Tierra". También yo lo digo: muchas cosas serán escritas en el Cielo y se les conocerá allí arriba. Y esta caridad de dos seres buenos estará escrita en el corazón de Dios. De allí no será borrada y de allí vendrá el premio. Benditos sean ellos y El que les ha formado, es decir, Dios, nuestro Señor.